

S. Laureano Vicos Cuevo, S. J

LA MARAVILLOSA

IMAGEN

DE LA



MADRE SANTISIMA de la CRUZ

L. VERES,
LA IMAGEN
DE LA MADRE
SMA.
De la Cruz

ÓNOM

BT660
L9
v4

000907



1080015083

EX LIBRIS

HEMETHERIT VALVERDE TELLEZ

Facultad Leonensis



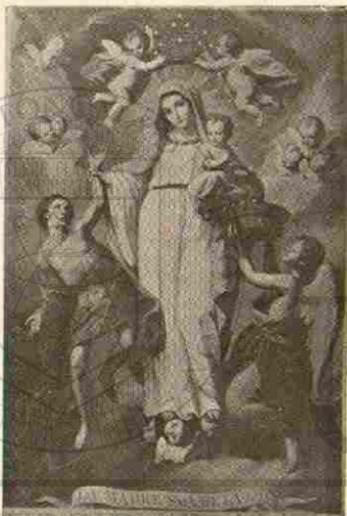
UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS CENTRAL

®

UANL



Maravillosa Imagen de LA MADRE SANTÍSIMA DE LA LUZ, que se venera en la Catedral de León (México). Fue pintada en la primera mitad del siglo XVIII, en Palermo (Italia). Hallase poseída de Anselmo Ferrer, radiante de ternura y de amor, y sólo se dejó ver de una santa religiosa, la cual daba las señas y hacía las convenientes observaciones al artista, cuya piedad dirigida de una manera favorable a la modesta Señora, terminada el retrato, la Inmaculada Reina se mostró complacida. El tamaño y el carácter general parecían religiosos.

Fue solemnemente coronada esta perfectísima Imagen, con autorización y en nombre del Señor Don Juan LÓPEZ XIII, por el Ilustre Sr. Don Joaquín Ruiz, Obispo de León, con asistencia de don Juan Arias y don Plácido Martínez, en la Catedral de León, el 8 de Octubre de 1902.

LA MARAVILLOSA IMAGEN

DE LA

MADRE SANTÍSIMA DE LA LUZ

DE AMBIÉN E ACEROSO,
CULIAR QUE SE LA HAN VENIDO VENEJANDO HASTA LA FINCA
DE SU SOBERANA CORONACIÓN

OBSEQUIOS QUE PODEMOS DEDICARLE.

POR EL

R. P. LAURELINO VERES ACEVEDO,

DE LA CATEDRAL DE LEÓN.

Con licencia de la Autoridad eclesiástica.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN

Biblioteca Valverde y Teller.

MÉXICO

EN LA TIENDA DE LA EUROPEA, EN J. ALFONSO VERES Y COM. S. S. C. S.
Calle de Santa Isabel núm. 6.

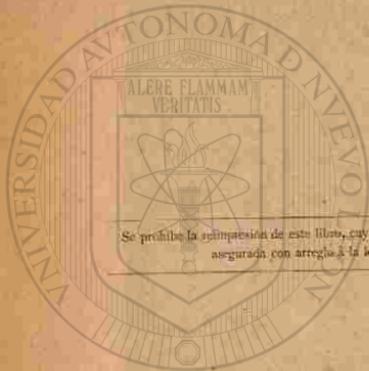
1901

Capilla Alfonso
Biblioteca Universitaria
038570
FONDO PATRIARCA
VALVERDE Y TELLER

BT660

.L9

v4.



Se prohíbe la reproducción de este libro, cuya propiedad queda asegurada con arreglo a la ley.



FONDO EMETERIO
VALVERDE Y TELLEZ

AL LECTOR.

Una de las sagradas imágenes de la Inmaculada Madre de Dios, que más devoción han despertado siempre en la piadosa Nación Mexicana, es la portentosa Pintura de *La Madre Santísima de la Luz*, que desde el año 1732 es venerada en la ciudad de León. En referir su interesante historia y en agradecer y cantar las maravillosas gracias que por medio de ella se ha dignado dispensar la amabilísima Virgen María a sus devotos, hánse empleado con Berro entusiasmo y con acierto y sabiduría, escritores eminentes y piadosísimos; y mucha es, sin duda, la honra que a la celestial Señora proporcionaron con sus celebrados escritos, que cada día van haciéndose mas raros, por desgracia.

Acercándose la época, por tanto tiempo suspirada, de la solemne Coronación de esta antigua y milagrosa Imagen, tan venerada en todo el pueblo mexicano; y deseando que en ella sean cada día más y más conocidas y admiradas por todas partes las glorias de nuestra Madre Santísima de la Luz, nos hemos propuesto con su auxilio, escribir brevemente su historia, defender de una manera razonada la conveniencia, oportunidad y justicia de su amable título de "*Madre Santísima*

000907

de la Luz." recordar á grandes rasgos el culto que en diferentes épocas le han tributado agradecidos y entusiastas los pueblos, y proponer á la piedad de los fieles algunas prácticas de devoción, que en ellos conserven y acrecienten en lo posible el ardoroso y filial amor, que cada día los una con laxo más estrecho á esta tierna y dulcísima Madre.

Al proponerlos, sin embargo, esta empresa de tan elevada importancia, para la cual se necesitan más altas dotes y más probado y encendido amor, confesamos que nos asaltan gravísimos temores, y esto con tal violencia, que á veces nos sentimos como desfalecer. Animamos, por otra parte, la inenarrable bondad de esta Madre, sobre toda ponderación amabilísima, y recordamos complacidos aquellas palabras con que San Andrés de Creta pinta de algún modo la actitud del arcángel San Gabriel, cuando se disponía á comunicar á la Virgen purísima de Nazaret la celestial embajada por la cual en nombre del Altísimo se le invitaba á que prestase su consentimiento para ser Madre del mismo Dios.

"¿Cómo ejecutaré, pensaba él, el decreto supremo? ¿Entraré á prisa en la habitación de María, ó iré con paso lento? ¿Llamaré á la puerta, ó abriré sin tocar? ¿Nombraré á la Virgen, ó la hablaré sin nombrarla? Dirigiré mis pasos según la inspiración del que me envía. Y ¿cómo me acercaré á Ella? ¿Le anunciaré motivos de gozo, ó le diré simplemente que en Ella habita el Señor? ¿Le significaré la venida del divino Espíritu, y que la virtud del Altísimo le hará sombra?

1 Orat. de Annuntiat.

Voy á anunciarla motivos de gozo, y á manifestarle este admirable misterio. Llegaré, la saludaré, y entonaré esta dulce salutación: "Dios te salve, gozate, alegrate."—Y cierto, que así conviene saludar, dice el Santo, á la Reina amabilísima del cielo, porque este es asunto de gozo, motivo de tranquilidad y principio de consuelo.

Incomparablemente, mayor razón nos cabe á nosotros para temer, al hablar de esta Inmaculada y poderosa Reina, cuya santidad y grandeza están muy por encima de todos los elogios; pues, como dice San Pedro Damiano¹, todo cuanto de ella pueden decir los mortales, no podrá nunca igualar los méritos de su grandeza.

Pero, si alta é inconcebible es su grandeza, ilimitada debe ser también la confianza con que á Ella debemos acercarnos, para ofrecerla nuestros pequeños obsequios y suplicarla el remedio de nuestras miseria. Asunto de gozo es también para Ella el que nos mostremos tiernamente agradecidos al recordar sus carifiosos esfuerzos como Madre Santísima de la Luz para aliviar nuestros dolores y proclamar, sobre todo, nuestra salvación eterna. "Hay una roca tres veces solidísima, dice San Bernardo², sobre la cual se funda la confianza de los hijos de esta Madre de amor; descanso que gozan con tanta mayor seguridad, cuanto que no puede existir temor alguno que los conturbe. La primera, es la admirable caridad que la impulsa á recibirlos en el número de sus hijos, sin que á ello se sienta atraída por sus méritos ni obligada por servicios que la hayan prestado. La

1 Homil. 36. de Nativit. B. Virg. Marice.

2 Serm. III. De septem Pœnitibus.

segunda, es la irrevocable promesa que ha empeñado de no abandonarlos jamás, sino interesarse por ellos hasta el fin. La tercera, es el poder que tiene para hacer triunfar sus designios; poder que ninguna fuerza extraña puede impedir, ni retardar.¹

He aquí por qué en medio de nuestra pequeñez é insuficiencia nos sentimos alentados para recordar, en la medida de nuestras fuerzas, las glorias y las bondades de nuestra Madre Santísima de la Luz. ¡Y pluguiese á Dios nuestro Señor que á ello se animasen también, haciendo á un lado recelos y temores, todos los que dotados de clara inteligencia y de ardoroso corazón pueden proporcionar sobre la tierra alguna gloria más á esta Señora amabilísima, la más tierna y la más dulce de las madres!

Todos los hombres debieran alabar á María cuanto les fuese dable; todos deberían esforzarse en cantar sus grandezas y sus glorias; pues por lo mismo que son tantas é inenarrables, ni uno ni muchos bastan para celebrarlas. Por eso, al vaticinar Isaías el gran milagro de la fecundidad de una Virgen, limitase á decir: *1* "Sabed que una Virgen concebirá y dará á luz un hijo." No determina el tiempo, ni el lugar en que ha de verificarse tan gran prodigio, ni el nombre de la Virgen, ni otras circunstancias que pongan más de relieve la singularidad de aquella maravilla. Es tal la grandeza de María, que para ponderarla no bastan uno ni varios; preciso es que muchos á la vez se dediquen á cantarla.² "Sabed que una

¹ Isaías, VII. 14.

² *Theologia Mariana*, auctore Christophoro Vegn, S. J. T. II. Palaestra Proemialis, Cert. II.

Virgen concebirá un hijo. ¿Cómo, Profeta?—No lo explico, dice¹, porque esto queda reservado á Gabriel. Muchos se empeñan en declarar distintamente los milagros de la Virgen; muchos de ellos, sin embargo, han sido omitidos. Por lo demás, yo doy testimonio del futuro alumbramiento de una Virgen, Miqueas hablará de la región y del lugar en que esto ha de verificarse; David indicará el tiempo, Gabriel el cómo.—No sin razón dice de la sagrada esposa el Espíritu Santo: *2* "Tus ojos son como los cristalinos estanques de Hesebon, situados en la puerta más concurrida de las gentes." Bien hubiera podido compararlos á los estanques ó piscina de Betsaida, cuyas aguas venia á agitar un ángel cada año 3, y el primero que, después de movido el agua, entraba en la piscina, quedaba sano de cualquiera enfermedad que tuviese." Pero en esta piscina no sanaba más que uno, mientras que la piscina de Hesebon hallábase situada "en la puerta más concurrida de las gentes." Y á las aguas de ésta, y no á las de Hesebon, se comparan los ojos de María; porque las glorias de esta celestial Señora no uno ni varios, sino todos nosotros debemos empeñarnos en celebrarlas. Con mucha oportunidad, pues, llama San Cirilo 4 á María "objeto de las alabanzas de los Santos Padres y de los Doctores."

Haba mandado el Señor á Moisés que cubriese el sagrado tabernáculo, no sólo con los velos de oro, plata y seda que con este objeto ofrecían

¹ Essebio, hom. II, de Assumpt.

² Cant. VII. 4.

³ Joan. V. 4.

⁴ Homil. V, in Nestorium.

⁵ *Theolog. Mar. Palaestr. Prooem. Cert. II.*

los ricos, sino también con los que hechos de pieles de animales y tejidos de pelo de cabra regalaban los pobres; y esto tenía por objeto alentar las esperanzas de todos y hacer que de esa manera sensible se persuadiesen los desheredados de la fortuna de que el Señor se complace en ser el Dios de los humildes y de los desvalidos, tanto como en serlo de los potentados y de los reyes.

Tabernáculo del divino Monarca de los siglos es María; y sus gracias, excelencias y privilegios no los celebran sólo los doctores y los proceres de la elocuencia, sino también el pueblo humilde y el más oscuro é ignorante campesino; porque el campo vastísimo é inmenso de las alabanzas y grandezas de esta Virgen purísima no puede recorrerle jamás la inteligencia del hombre, ni aun la del ángel, ni alcanzaría nunca á ser medido por las sublimes investigaciones de todos los celestiales espíritus. Con elegante profundidad lo decía en bellísima composición métrica el poeta Pedro Comestor. Los que á celebrar las glorias de este animado y bellísimo Tabernáculo dedican su actividad y sus talentos, bien pueden esperar, si continúan siendo fieles, oír un día de la boca del Altísimo palabras semejantes á aquellas que el rey Salomón dirigió un día al desleal Abiatar: ¹

1 Si fieri posset, quod arenae, pulvis et totaer,
Udarium guttae, rosa, gemmae, lilia, flammae,
Aethera, coelicolae, nix, grandis, sexus aterque,
Ventorum pennae, volucrum, et peccatum genus omne,
Silvarum rami, frondes, avium quoque pennae,
Gramina, ros, stellae, pisces, angues et aridae,
Et lapides, montes, convallies, terra, dracones,
Linguae cuncta forent, minime describere possent,
Quae sit vel quanta Virgo Regina Maria;
Quae tui sit pietas, nec litera nec dabit aetas.

2 III Reg. II, 28.

"Tú, á la verdad, mereces la muerte; pero yo no le quito hoy la vida, por cuanto llevaste el Arca del Señor Dios delante de mi padre David." ¡Empeño felicísimo el de alabar, bendecir y glorificar á María, y defender sus prerrogativas y sus glorias! Con razón decía San Anselmo: ¹ "Es imposible que se salven aquellos de quienes la Virgen María aparta los ojos de su misericordia: por esta razón, preciso es que se salven y sean glorificados aquellos á quienes dirige sus clementes ojos, convirtiéndose en su abogada."

Singular distinción merecieron al divino Jesús sus tres apóstoles predilectos Pedro, Santiago y Juan, cuando les permitió fuesen testigos de su gloriosa Transfiguración en el monte Tabor; las razones de tan apreciable singularidad indicadas sabiamente San Ambrosio cuando dice: ² "Subió Pedro, porque recibió las llaves del reino de los cielos; Santiago, porque fué el primero á quien se concedió la elevación al solio sacerdotal; y Juan, porque le fué encomendada la Madre Purísima del mismo Dios." Y por esta última razón fueron concedidas también á Señor San José gracias singularísimas, como la de gozar en vida alguna vez de la visión beatífica y contemplar el cuerpo glorioso de Cristo nuestro Señor del mismo modo que en el Tabor le admiraran un día los tres apóstoles.

Concedáanos Su divina Majestad á todos nosotros el don precioso de su luz siempre que hayamos de alabar á su Purísima Madre, y especialmente en esta circunstancia en que tier-

1 En San Antonino, 4 p., tit. 15, cap. 14, § 7.

2 In Luc., c. 9.

3 Morales, S. J. *In Matth.* lib. 1, tract. 1, núm. 14.

8

nísima veneración nos proponemos recordar amantes y agradecidos los incalculables favores con que ha regalado á sus devotos en esta maravillosa Imagen de "La Madre Santísima de la Luz."



PARTE PRIMERA.

ORIGEN, TÍTULO Y CULTOS.

UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





En cumplimiento de los decretos de Urbano VIII, de 13 de Marzo de 1625 y de 8 de Junio de 1634, *presento* y declaro que á los milagros, revelaciones particulares y demás gracias de que se hace mérito en este libro, no intento prestar, ni que otros presten, más que una fe puramente humana, sometiéndome desde luego en esto y en todo al juicio de la santa Iglesia Católica, Apostólica, Romana.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

CAPÍTULO I.

ORIGEN DE LA PORTENTOSA IMAGEN

DE

LA MADRE SANTÍSIMA DE LA LUZ.

Es esta Imagen venerable una de las más preciosas en la católica región del Anáhuac, después de la sobrenatural Imagen de la Santísima Virgen María de Guadalupe, que con tan tierna devoción veneramos en el histórico santuario del Tepeyac, donde se dignó aparecerse llena de gloria al venturoso neófito Juan Diego.

La amorosa piedad, con que en toda la República Mexicana, y especialmente en la religiosa ciudad de León, es venerada la sagrada Imagen de la Madre Santísima de la Luz, ha inspirado á sus devotos, conceptos y epitetos bellísimos, contenidos en una hoja titulada *«Diez minutos en presencia de la Madre Santísima de la Luz.»* Han sido para mí alguna vez ante aquella Imagen preciosísima, de mucho aliento y de suavísimo consuelo:

y no puedo resistir al deseo de ofrecer algunos de ellos siquiera, á la fervorosa consideración de mis lectores, antes de consignar en este librito mis humildes apuntes acerca de tan venerable Imagen.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL DE

I

Invocación.

«¡Oh Madre Santísima de la Luz! ¿Quién te dió un título tan sublime? ¿Quién te llamó con un nombre tan dulce? ¿Quién pudo compendiar así tus privilegios y tus glorias . . . ? ¡Ah! ¡Benditos esos tus labios, que nos enseñaron á pronunciar un nombre tan adecuado á tu grandeza, tan superior á cuanto puede decirte toda criatura!

Es verdad, Señora, que nuestro corazón palpita gozoso cuando te contemplamos como la graciosa Eva que nos ha dado á gustar el fruto de la vida; como la incorruptible Arca en donde se salvó del diluvio la dichosa familia de los predestinados; como el brillante Arco-iris que nos ha anunciado la paz del cielo; como la espléndida Estrella que ha disipado nuestras tinieblas; como la risueña y dorada Aurora del suspirado día de la gracia. Pero no, no queda satisfecho con esto el deseo que tenemos de alabarte; porque eres todavía incomparablemente más hermosa, más digna, más elevada, más excelsa. En vano apuramos nuestro pobre lenguaje para llamarte Cielo animado, en donde resplandecen, como estrellas sin ocaso, todas las

virtudes; Luna apacible y bella, que ilumina por todo el mundo los fulgores de la santidad; Paraíso de delicias, en donde está plantado el árbol de la vida; Huerto cerrado, de eterna primavera é inmarcescibles flores; Fuente sellada, serena y cristalina, que jamás ha sido enturbada por el polvo ni azotada por el viento; Lirio de extremada blancura, bañado siempre del rocío de la gracia; Rosa fresca y lozana, que no ha perdido su primer aroma; oloroso Nardo, que perfumó los cielos y la tierra; inocente Corderita de vellón de nieve, que alimentó con su leche virginal al Cordero de Dios, que quita los pecados del mundo; Paloma de la inocencia; amorosa Tortolilla; Milagro de los milagros; la Única, la Inmaculada, la Perfecta, la Incomparable, y la Sin Igual en todo lo creado. Ah! todo esto nos encanta, nos llena de júbilo, nos hace rebotar de purísima alegría; mas no se aquietan nuestras aspiraciones, ni se sacia nuestra alma, hasta que te llamamos «*Madre de Dios*» «*MADRE SANTÍSIMA DE LA LUZ*».

«Oh nombre más dulce que la miel! ¡más suave que la leche, más regalado que el maná! ¡Oh nombre de melodía gratísima, de irresistible atractivo, de mística y celestial poesía! *Madre Santísima de la Luz!* He aquí el nombre que lo encierra todo, que lo dice todo. . . . Este es el nombre que incesantemente repiten en sus cántares los Ángeles, los Arcángeles y los Tronos; este es el nombre con que se recrean las Dominaciones, los Principados

y las Potestades; este es el nombre que en éxtasis altísimo contemplan las Virtudes, los Querubines y Serafines; este es, en fin, el nombre con que el mismo Verbo, Dios de Dios y Luz de Luz, honra á María, cuando, con estupor de los cielos, la llama *Mi Madre* . . . !

«Pero ¿cómo es, ¡Oh Reina y Señora de la grandeza! cómo es que nuestros inmundos labios se atreven á pronunciar un nombre tan sagrado? ¿Cómo es que nuestra alma no queda deslumbrada y ciega con el resplandor de tanta luz? ¡Oh misterio de amor! ¡Oh arcano de misericordia! ¡Oh abismo de felicidad! Escuchad, cielos y tierra, cuán buena es para nosotros María . . . !

«Sí, Madre nuestra, Dulzura nuestra, Delicia nuestra; mientras los blasfemos herejes crujen sus dientes de furor y rabia, cuando articulamos tu augusto nombre; mientras el demonio cae por tierra, derribado como por un rayo, cuando te llamamos Madre de Dios, y sus huestes infernales se deshacen como el humo cuando te proclamamos la Madre de la Luz; nosotros, los venturosos hijos de la Iglesia católica, sentimos almiarada nuestra lengua, dilatado el corazón, alborozado nuestro pecho, y transportado nuestro espíritu por un sentimiento de filial confianza y de cénica complacencia.»



Primera Aparición de María.—Tentativa infructuosa del pintor.

Recorría muchas de las comarcas de Italia, abrazado en fervoroso celo, el P. Juan Antonio Genovesi, de la Compañía de Jesús, y con tiernísimo afecto encomendaba á la Immaculada Madre de Dios el resultado de sus penosos esfuerzos y el fruto de las apostólicas misiones, en que constantemente le ocupaba su ardiente celo por la salvación de las almas. A sus amorosas ansias no bastaba publicar las gloriosas prerrogativas de María y su maternal ternura para con los hombres; érale necesaria una imagen, en que la celestial Señora apareciese radiante de majestad y de belleza; de nobilísimo continente, sí; pero de suave mirar y de apacible semblante; de modo que, excitando profunda admiración por su aire de cénica grandeza, se llevase tras sí los corazones por su amabilidad y su dulzura. Pero imagen tal, como en su alma purísimamente enamorada la concebía el P. Genovesi, ¿dónde se pudiera encontrar...? No por éso desmayó en su empeño el apostólico religioso; porque cuando se trata de la gloria de Dios, no desmaya un corazón que verdaderamente ama. Acarició una y cien veces en su alma este oportunísimo pensamiento; y al fin, encomendándolo con piadosa insistencia á la Santísima Virgen, ocurrióle que una santa reli-

giosa, cuyas heroicas virtudes y pureza de alma le eran bien conocidas, podría pedir con amorosa constancia á la Immaculada Madre de Dios se dignase proporcionarle alguna imagen suya, á propósito para que la conquistase corazones.

Era la religiosa, en quien pensaba el santo misionero, muy apta para la trascendental empresa que meditaba; favorecida con alguna frecuencia por la Purísima Virgen con encantaderas apariciones y coloquios dulcísimos, bien podía esperarse consiguiese de su celestial Protectora una gracia, que no parecía aventurado suponer contribuyese en gran manera á la salvación de las almas. Accedió, pues, á los deseos del P. Genovesi; y puesta en oración, suplicó á la celestial Señora se dignase disponer entre tantos que estaban á su poderoso alcance, algún medio que asegurase al piadoso misionero el cumplimiento de sus ardientes deseos. Esta petición reproducía, muy confiada, una mañana que acababa de comulgar, cuando he aquí que se le acerca la Reina purísima de los ángeles:

Devotio et obsequia erga Deiparav, novotitulo Mairis Sanctissimae Luminis, auctore anonymo, qui est P. Joannes Antonius Genovesius, collato studio P. Emmanuelis Aguilerae, duobus tomis comprehensa. ... —Parormi, typis Stephani Anati, 1733, 8°.—Devoción y obsequios á la Madre de Dios bajo el nuevo título de Madre Santísima de la Luz, por un autor anónimo, que es el P. Juan Antonio Genovesi. ... —Palermo, 1733.

La tradujo al castellano el P. Lucas del Rincón.—México, 1737, 8°, dos volúms.

El P. José María Genovese, S. J., publicó en México en 1737

pero en aspecto fuera de lo común, tan graciosa y amable, que parecía vencerse á sí misma; y tan nueva se le hizo á aquella religiosa la extraordinaria pompa de belleza, de cortejo y de gloria, con que nunca la había visto hasta entonces, que quedó altamente sorprendida. Derramaba el celestial semblante un torrente de luz tan viva, tan copiosa, que en su comparación parecía el Sol una luciérnaga. La Iglesia en que apareció estaba entonces tan circundada de excesivos resplandores, que no acertaba á concebir cómo pudiese ser mayor la luz del eterno día allí en el cielo. Pero los rayos de aquel grande abismo de luz no se estancaban en sus ojos, sino que penetraban como reverberados al corazón, donde mudados en llamas de ardentísima caridad, lo liquidaban en un néctar de dulcísimo júbilo, tanto que ella, como náufraga en un mar de contento, no cesaba de contemplar aquel rostro, en que aparecían compendiadas todas las bellezas del paraíso.

Un ejército de serafines que la cercaban volan-

la obra: *Antifona contra todos*, teniendo á la vista la obra del P. Juan Antonio Genovesi.

El P. Manuel Aguilera, S. J., natural de Alicante, en Sicilia, publicó: *La divocione di Maria Madre Santissima del Lume, distribuita in tre parti, e dedicata... da un Sacerdote della Compagnia di Gesù*. In Palermo, per S. Stefano Amato, 1733. 12^o. 2 vol.

(Bibliothèque de la Compagnie de Jesus. . . Nouvelle édition par Charles Sommervogel, S. J. — MDCCCXC, t. 1, pag. 87, núm. 11).

do, sostenían sobre la cabeza de su Reina Purísima una triplicada diadema imperial. Engalanaba el virginal cuerpo de la Señora un vestido talar, más lícido que el Sol, y más blanco que la nieve. Una faja granizada de piedras las más preciosas del tesoro de las estrellas le ceñía de una manera primorosa el talle, y de los hombros pendía con inimitable gracia un manto azul: un escuadrón innumerable de ángeles en actitud respetuosa, como lucidos cortesanos, asistían adornados con pomposa gala en torno de su Inmaculada Reina. Sobre todo, robaban las miradas y el corazón de aquella santa religiosa que tales maravillas contemplaba, la extraordinaria afabilidad, benignidad y gracia que respiraba el augusto semblante de María, la cual en aquel día, más que nunca, parecía hacer gala de mostrarse amable, risueña, toda complacencia, toda amor. Crecía la admiración de la religiosa, al ver que la celestial Señora no se aparecía sola, como otras veces, sino llevando en su brazo izquierdo á su divino Hijo en forma de niño hermosísimo y manifestándose como su Purísima Madre, risueño y alegre.

Atónita, y como fuera de sí con tan nueva y extraña visión, y al verse mucho más favorecida que las demás veces en que no solía aparecérsese el Niño Jesús, no pudiendo contener sus afectos de profunda admiración ni la avenida de dulcísimas lágrimas, en que se sentía como anegada: "¿Cómo, la dijo, cómo á mí, indigentísima criatura, tan singular-

res y sublimes gracias? Y ¿por qué, oh soberana Señora, por qué me honráis con vuestra presencia en aparato tan extraordinaria de belleza, de afabilidad y de tales esplendores? Y ¿por qué añadís al placer de dejarme contemplar vuestro celestial semblante, el júbilo mayor y más vivo de mostrarme á nuestro ávido Hijo, que resplandee en vuestro virginal regazo, y con excesiva dignación me conceda á esperar de El y de vos algún favor insigne?"

—“Pues ¡que!, replicó la Santísima Virgen, ¿no te acuerdas de la instancia que debes hacerme de parte de aquel religioso, que con tanto empeño te lo rogó? Pláceme el atenderle, y por eso he tenido aquí con tanta abundancia de clemencia y de luz, para consolarle, anticipándome benigna á su deseo. Dile que me agrada su obsequioso pensamiento, que admito bajo mi protección su apostólico ministerio, y que quiero ser retratada en lienzo como ahora me ves. Observa bien mi actitud, mírame atentamente.”—y al decir esto, inclinándose un tanto, se dejó ver en ademán de sacar con su diestra un alma pecadora de la horrenda garganta del infierno, y de tenerla suspensa de su mano, para que no fuera á precipitarse en él.

Mírola con grandísima atención la religiosa; y de una manera tan exacta y con tal viveza quedaron como estampadas en su imaginación las facciones bellísimas y la actitud de la celestial Señora, que bien pudiera decirse que esta imagen, grabada desde entonces en su fantasía, fué la primera copia que de la Santísima Virgen se formó en tal

actitud, para que con mayor facilidad pudiese instruir al pintor, inspirándole la idea del retrato que debía trasladar á la tela.

Pero, recordando la buena religiosa que el P. Juan Antonio Genovesi le había indicado que deseaba vivamente fuesen representados en la pintura los corazones de los pecadores, como manifestación de que se ofrecían á la Santísima Virgen, á fin de significar que de Ella debía esperarse y á Ella debía atribuirse su conversión; lo participó á la Señora, suplicándola humildemente se dignase indicarle si era de su aprobación esta idea. A lo cual contestó la benignísima Madre de Dios: “Yo apruebo el designio, y aun quiero que veas con tus propios ojos de qué manera se debe ejecutar el pensamiento.” E inmediatamente, un ángel hincó ante Ella con profundo respeto las rodillas, teniendo en sus manos un cestillo lleno de corazones; y presentándose por el lado izquierdo, el divino Jesús, á quien su Madre Purísima tenía en sus virginales brazos, fué tomándolos uno á uno, y con su eficacísima mirada y celestial contacto acalorándolos y encendiéndolos en su amor; “*¡Ayuda ahora,* dijo entonces la Reina inmaculada de los ángeles á la religiosa, *y cual me he dejado ver de tí, tal, ni más ni menos, quiero ser retratada, y con tal divisa invocada con el nombre de Madre Santísima de la Luz.*” Y este mandato repitió tres veces, encargándola que no se le olvidase que quería ser conocida bajo el título de “*Madre Santísima de la Luz.*” é indicándole que las

gracias singularísimas con que á menudo manifestaría su celestial protección, serian la más cierta señal que diese testimonio de su voluntad y complacencia.

Desapareció la encantadora visión, y la religiosa favorecida dió cuenta de todo cuanto habia acontecido en ella al P. Juan Antonio; el cual, después de haber escuchado con humildad y tierna gratitud con qué palabras tan amorosas y expresivas se habia manifestado la voluntad de la Santísima Virgen, se avistó desde luego con un pintor, é informándole con el mayor cuidado y los más minuciosos pormenores acerca del modo, idea, facciones, postura, vestido y circunstancias todas que debian ser estampadas en el cuadro, le encargó se dedicase cuanto antes á hacer de todo ello la más espléndida pintura á que su habilidad y genio artístico alcanzasen. Pero, por muy elocuente que hubiese sido la explicación del piadoso P. Genovesi, no era fácil que se grabasen en la imaginación del pintor las ideas y encantadoras impresiones con que la celestial visión habia regalado el alma de la santa religiosa con ella favorecida. Así que, entregado el artista al recuerdo de los informes recibidos y á su propia inspiración, su obra distó mucho de colmar las esperanzas de los que en ella estaban tan interesados. Bien pudo ser que en las imperfecciones é inexactitudes de esta primera pintura hubiese tenido alguna parte la astucia maligna de Satanás, el cual ciertamente no podía ver

imposible aquella nueva forma de tierna solicitud y maternal clemencia con que la piadosísima María queria resucitar á la vida de la gracia á millones de pecadores endurecidos, por medio de aquella preciosa Imagen. Ello es que en esta primera pintura, ó ensayo del artista, notáronse tres faltas de no pequeña entidad: el aumento de una media luna á los purísimos pies de María; la ausencia de aquellos angélicos escuadrones que en su aparición dichosísima rodeaban alegres y obsequiosos á la celestial Señora; y el color rojo con que aparecía el vestido de la Inmaculada Madre de Dios, siendo así que en su aparición se habia dejado ver vestida de blanco.

Si la tal pintura no gustó al buen religioso, mucho menos satisfizo á la Santísima Virgen, y así se dignó manifestarlo, dando entonces nuevas pruebas de que queria ser retratada tal como se habia aparecido á aquella santa religiosa.

III

Segunda aparición.— María en el estudio del pintor.—
La portentosa Imagen.

El convento en que ésta residía, estaba situado á alguna distancia de la ciudad de Palermo en que vivía el pintor; pero esta dificultad era de muy poca importancia, tratándose de un asunto en que se interesaba la purísima Reina de los ángeles; la cual

apareciéndosele un día, le dice: *«Y bien! ¿qué haces aquí, peregrina, en un tiempo en que necesitas de ti en Palermo para un negocio, en que te interesa tu gloria?»* — «Yo, Señora, respondió humilde y agradecida la religiosa; yo, que soy vilísima criatura y vuestra inútil esclava, ¿cómo podré ser jamás instrumento de vuestra gloria? Vos á quien sirven de escabel los espíritus más excelso del paraíso ¿os dignáis fijaros en mí, guano vilísimo de la tierra, para un asunto en que se empeña vuestro honor? Pues, ¿quién mejor que Vos puede saber los vínculos indisolubles que me tienen como atada á un pedruzco, é incapaz de dar un solo paso para partirme á otro lugar?» — «No importa, replicó la Purísima Madre de Dios; de ti he querido valerme para llevar á cabo un asunto del que ha de resultarme mucha gloria; y por esto te quiero de cualquier modo en Palermo, á donde pronto te encaminarás sin detenerte. Será empeño de la divina Providencia disponerlo todo de manera que, ó cesen las dificultades, ó cedan ante fuerza mayor.» Y dicho esto, desapareció.

Poco tiempo después, la religiosa fué de improviso asaltada de un peligrosísimo mal de pecho que apenas le permitía hablar, ni aun respirar; pero el tal accidente revestía un carácter tan particular, que solamente la dejaba hablar de una manera tranquila y perfecta cuando hablaba con su Director. Agotó la ciencia todos sus métodos y medicamentos, entre tantos, ninguno hubo al cual debiese la religiosa el menor alivio; los médicos, tal vez sin darse cuenta de lo que decían, estuvieron todos de

acuerdo, cual si seriamente obedeciesen á indeclinable consigna, en declarar que era preciso que la enferma fuese trasladada á Palermo, cuyor aires, más saludables y templados, podrían serle muy provechosos. Hizose así, y apenas llegó á Palermo la religiosa, sin recurrir á medicina alguna, sanó de sus males como por ensalmo. En la repentina curación de su misteriosa enfermedad comprendió se ocultaba algún designio del cielo; pero no acertaba á conocer cuál fuese.

Acordóse de que en aquella ciudad vivía el pintor, al cual se había encomendado el retrato de la Madre Santísima de la Luz; y desde luego se decidió á visitarle. Pero al contemplar la pintura con tan vivas ansias esperaba, *«Ay!»* exclamó, *¡ay! que no es esta la forma en que quiere aparecer la Santísima Virgen! No es esta la figura en que se ha dignado que yo la viese.»* — Tal me parece también á mí, dijo el P. Genovesi allí presente; lo que á vos os dicen ahora los ojos, hace tiempo me lo estaba persuadiendo á mí el corazón, que hasta hoy nunca ha podido darse por satisfecho con esta imagen. . . . Renová, pues, vuestra petición á la Virgen, y preguntadle si le agrada que se haga nuevo retrato á que se entienda el que ya está hecho. — A las nuevas súplicas de su fervorosa devota contestó la celestial Emperatriz, apareciéndosele una mañana después de recibida la sagrada comunión, bella y alegre, más de lo que solía. Postrada ante sus virginales plantas, díjole entonces la religiosa: *«Señora, vuestra esclava, que vino al parecer para tu-*

rarse en Palermo, pero en realidad para obedecer vuestras insinuaciones, encuentra que vuestra sagrada Imagen no ha salido como Vos me lo habiais ordenado. Tanto yo, como el religioso por quien os subliqué, estamos asfijados, y no sabemos qué hacer. Decidnos, Reina del cielo, cuál es vuestra voluntad soberana, y favorecednos con vuestros oráculos, para que sepamos si os agrada que vuestra imagen se pinte de nuevo de aquella misma manera que os dignasteis significarme desde un principio.

—A esta pregunta contestó la Santísima Virgen con tono y ademán entre severo y amable, que se admiraba de que después de tantas pruebas de sumo beneplácito por su parte, todavía se dudase cuál fuese su voluntad en este punto; que dijese de su parte al P. Genovesi que no sólo gustaba, sino que mandaba expresamente se hiciese desde luego otro retrato, en todo semejante á la actitud en que se había dignado aparecerse, y añadió: «Y tú, hija mía, sábeta que éste, y no otro, es el asunto de mi honra y gloria para el cual te he dicho era necesario vinieras á Palermo».

Todo esto comunicó sin tardanza la religiosa al P. Genovesi; y éste le pidió suplicase de nuevo á la Madre Purísima de Dios uniese á su grande dignación la bondad de hallarse presente en el estudio del pintor, á fin de que el nuevo retrato resultase en alguna manera digno de Ella. Largas y fervorosas fueron las súplicas que en este sentido dirigió á la celestial Señora su amante sierva; y una tarde se le aparece un ángel para anunciarle,

como solía hacerlo siempre la víspera en que se le aparecía su amabilísima Reina, que á la mañana siguiente, después que ella hubiese comulgado, vendría la Santísima Virgen á hablarle sobre la pintura de su sagrada Imagen. Así se verificó al otro día: dejöse ver de la religiosa la Reina de los cielos, y después de manifestarle el gusto singularísimo que había recibido de que la pintasen conforme á su primera Aparición y la honrasen con culto especial bajo el título de Madre Santísima de la Luz, le dijo: «Ve al pintor, que ahora está trabajando; allí me encontrarás, pero sola tú me verás; y mientras tú, teniéndome delante de los ojos, vayas haciendo observaciones al pintor, YO GUIARÉ INVISIBLEMENTE EL PINCEL, de modo que, acabada después la obra, conozcan todos por su belleza sobrehumana, que MENTE Y ARTE SUPERIOR CONDUJERON LOS COLORES Y DISPUSIERON LA IDEA DEL BOSQUEJO.»

Obedeció gustosísima la santa religiosa; y llevada á casa del artista, le encontró aplicado á la obra. Según se lo había prometido, allí estaba ya la Inmaculada Reina, haciendo saltar de júbilo tiernísimo el corazón de su sierva, al dejarse ver con la misma arrebatadora belleza en su celestial semblante, el mismo traje, la actitud misma y el mismo océano de resplandores y de luz, con que desde el principio había querido que la pintaran. Con las indicaciones que la religiosa iba haciendo al pintor, tan propias y tan exactas, como que delante de ella tenía el bellísimo y encantador ori-

ginal cuya presencia la sumergía en un océano de embelesadoras delicias; y, sobre todo, con la asistencia eficazísima de la celestial Señora, que INVISIBLEMENTE GUIABA EL PINCEL, no es maravilla que el retrato resultase perfecto, cuanto puede verse con elementos de este mundo, y con ojos de carne. Admiráse en él un aire celestial tan vivo, tan grave, tan penetrante y amable, que hasta hoy no ha sido posible sacar de él copia que se le parezca con exactitud. Pintores eminentes lo han intentado; y si pudieron igualarse con el inspirado artista en el dibujo, en el arte, en el concierto, hermosura y suavidad de colores, no han podido imitarle jamás en la sobrenatural belleza é inimitable gracia que parecen rebosar aquel semblante purísimo y las partes todas de esa obra más que humana. «Más que humana,» sí; porque no es sólo obra de hombre; en ella se empleó el pincel, INVISIBLEMENTE DIRIGIDO POR LA MADRE PURÍSIMA DEL MISMO DIOS. El mismo artista que bajo tan sabia dirección pintó este hermosísimo retrato, no ha podido nunca, por más que en muchas ocasiones lo ha intentado, copiar en lienzo alguno aquella jovial, devota y majestuosa afabilidad que brillan en el primero, y tienen el singular privilegio de cautivar dulcemente los ojos y enternecer con amor misterioso el corazón. Tan complacida se mostró de su retrato la Reina Inmaculada de los cielos, que en presencia de la santa religiosa, á quien miró con aspecto gracioso y risueño, alzó su diestra

purísima y, haciendo la señal de la cruz, BENDIJO ESTA PRECIOSA PINTURA, que es, sin duda, obra suya, más que del artista que en su mano sostenía el pincel. «Con esta bendición, creo yo, dice el venturoso P. Juan Antonio Genovesi,¹ QUE SEDIÓSO COMUNICAR A AQUEL SU AMADO RETRATO LA VIRTUD DE LOS CONTINUOS Y ESTUPENDOS MILAGROS, con que después ha querido autenticar la parcialidad especial con que reconoce por obra suya, y obra favorecida, aquella pintura, confiriéndole sus veces y la investidura de su celestial beneficencia, bajo el hermoso título de Madre Santísima de la Luz.»

IV

Oportunidad de la presencia del dragón infernal en la maravillosa Pintura.— María nos consiguiera gracia para no morir en pecado, y para no caer en las tinieblas del pecado.

Censores atrevidos ha habido siempre, y no deja de haberlos todavía hoy, que con increíble facilidad arrojarse á criticarlo todo; y no es en ellos obstáculo su propia pequeñez para que, abocando á su mezquino juicio, cual si fuese altísimo tribunal, todas las causas, fallen temerarios con aire magistral aun sobre asuntos elevadísimos, en que consta haber intervenido con especial complacencia la mano poderosa de Dios nuestro Señor. Tal ha acontecido también con la prodigiosa Imagen

1 «Devotio et obsequia erga Deiparam...»

de la Madre Santísima de la Luz; pues no han faltado algunos que, sin meditarlo sin duda, se atreviesen á decir que debía reformarse esta pintura, borrando la figura del dragón que se ve al lado derecho de la Santísima Virgen. Y dan por razón el que la actitud de la celestial Señora sosteniendo con su mano un alma que toca ya las fauces del infernal dragón, pudiera infundir en el pueblo sencillo el error de que Ella saca las almas de los ya condenados, de los antros mismos del infierno; y que, por lo mismo, éste no es eterno, y bien puede caber en él el consuelo gratisimo de la esperanza: lo cual sería contrario á la doctrina que enseña la Iglesia: *in inferno nulla est redemptio*.

A eso se contesta que esta actitud de la clementísima é Inmaculada Madre de Dios significa la maternal solicitud que con nosotros tantas veces despliega, para que, cuando estamos por desgracia en pecado mortal, no muramos en tan triste situación cayendo en el infierno eterno; ó para que, cuando nos hallamos en gracia de Dios, no caigamos en las tinieblas del pecado. Bien sabido es con qué misericordia acoge siempre á los que sinceramente recurren á Ella. «Exhortamos á todos los que aquí se hallan, dice una de las antiguas Liturgias, á que invoquen á la Madre de Dios. . . . para que los ayude con Dios, nuestro Padre celestial, y se compaínezca de sus criaturas.» — El Beato Al-

1 Liturgia de los armenios.

berto Magno hacia notar ¹ que *Maria es el trono de la gracia*, según aquellas palabras del Arcángel San Gabriel: ² «*Dios te salve, oh llena de gracia!*», y que por eso nos anima el Apóstol, diciéndonos, ³ «*Unguémonos*, pues, *confiadamente al trono de la gracia*, á fin de alcanzar misericordia, y hallar el auxilio de la gracia para ser socorridos en tiempo oportuno.» Libranos, pues, del infierno la celestial Emperatriz, no porque nos saque de él, si á él tuvieramos la inmensa desgracia de ir, sino porque con su poderosa y maternal protección nos aleja de él, haciendo que no muramos en pecado.

Para esto, preciso es que, por mediación suya, resucite á la vida de la gracia el que por su desdicha cayó en la muerte del pecado. Por esta razón la llamamos nuestra vida: «*Madre de la Vida*» dice de Ella que es, Sergio Hierapolita: ⁴ con el nombre de nueva Eva, ó «*Madre de todos los que viven vida de gracia*, la reconocen todos los santos Padres. San Germano ⁵ la llama «*Verificadora*», y añade: «*Esta es Aquella por la cual todos renacemos.*» — «*Esta nueva Eva, dice San Atanasio: llámase, y es Madre de la vida, y está ricamente adornada para proporcionar las primicias de la vida inmortal á todos*

1 Serm. de Dedicat. Ecclesie.

2 Luc. 1-28.

3 Hebr. IV-16.

4 Orat. in ejus Nativitate.

5 Gen. III-20.

6 De Virgine.

7 In Evang. de Sanctissima Deipara.

los que viven.»—No menos expresivo Teófanos ¹, llámala «*Madre purísima de la vida*».—Su maternal clemencia no se satisface, hasta que de nuevo encontramos la vida que habíamos perdido. Por eso San Ildefonso ² dice en su elogio, que es la *Reparadora de la vida*, la Puerta del cielo, el Ornamento de las mujeres y la Gloria de todas las vírgenes.—San Pedro Crisólogo ³ ingeniosamente la compara á María Magdalena, *sin cuya intervención no quiso Jesús resucitar á Lázaro*.—«*Pax de vida*» ⁴ la llama Hesiquio; y «*Armarío de la vida*» y «*Tesoro de vida inmarcesible*» ⁵ Crisipo Jerosolimitano.—Por ella, pues, conseguimos la vida de la gracia y nos libramos de caer en el infierno los que por el pecado mortal estamos próximos á precipitarnos en él. Tienen, por consiguiente, su razón de ser la actitud clementísima de la celestial Señora y la exhibición del dragón infernal, en la prodigiosa pintura de la Madre Santísima de la Luz.

Brilla también la maternal protección de María en favor nuestro, al conseguimos las gracias que nos son necesarias para no caer en las tinieblas del pecado. Cierto es que la Santísima Virgen no es como causa eficiente la causa propia y principal de nuestra salvación; pues con divina sabiduría dice

- 1 Himno de la Anunciación.
- 2 Serm. I. de Assumptioe B. Mariæ Virg.
- 3 Serm. 64.
- 4 Homil. 2 de Sancta Maria Deipara.
- 5 De Sancta Maria.

el Espíritu Santo: «*Porque Dios ama la misericordia y la verdad: dará el Señor la gracia y la gloria*».—Pero nuestra Madre tiernísima del cielo coopera de algún modo á nuestra salvación, suplicando, mereciendo, y á su manera cooperando al ministerio inefable de la Encarnación de Cristo nuestro Señor. «*A todos abre María*, dice San Bernardo, ¹ «*el seno amoroso de su misericordia*, para que de su plenitud reciban todos algo, el cautivo la redención, el enfermo la salud, el triste el consuelo, el pecador el perdón, la gracia el justo, la alegría el ángel, toda la Santísima Trinidad la gloria, y finalmente, la Persona del Hijo la sustancia de carne humana, para que no haya nadie que pueda escudarse de su calor.»—Así lo proclamaba también su insigne devoto San Germán, al exclamar: ² «*No te causas nunca, Señora, de defendernos; tus beneficios no tienen número. Porque nadie hay que se salve, sino por ti, Virgen Santísima. Nadie hay, á quien se conceda algún don, si no se le concede por ti, oh Virgen honestísima*».—«*Medianera*» la llama también el abad Absalón: ³ «*Allí, en el cielo, tiene su trono la Reina de los espíritus bienaventurados y Medianera de los pecadores, que siempre está rogando por nosotros*».—San Lorenzo Justiniano reconoce ⁴ su gran-

- 1 Ps. LXXXIII-12.
- 2 Serm. 98.
- 3 Serm. de Coena Domini.
- 4 Serm. 41.
- 5 Serm. de Annuntiatione.

de misericordia para con nosotros, aplicándola los preciosos epítetos de *«Esperanza de los pecadores, Puerto de los que naufragan, Estrella del mar, Refugio de los que peligran, Fortaleza de los vacilantes, y verdaderísima Mediana entre Dios y los hombres.»*

—Y que en todos nuestros peligros Ella es *«nuestra única esperanza»*, lo dice el Eucologio de los griegos¹; pues bien sabemos, como lo recuerda con religioso entusiasmo otro devoto suyo², que es *«Abogada poderosísima.»*—Grato es en gran manera á nuestro corazón, recordar algo siquiera de lo que sobre su amabilidad y su clemencia dicen los Santos Padres, Teólogos y Doctores místicos. Erico³ asegura que *«María consigue que nuestra alma quede purificada de sus pecados, pues ella sin mancha alguna de culpa apareció como que se purificaba, cuando vivía en este mundo.»*—Con mucha razón recuerda San Agustín, *«que Ella puede, más que todos los bienaventurados, ayudarnos; consiguiéndonos gracias.»*—Por eso exclama con acento piadosísimo San Efrén: *«Dios te salve, Propiciatorio de los atribulados.»*—Aplicando San Buenaventura á María aquellas palabras dirigidas á Ruth⁴ por Booz: *«Bendita seas del Señor, hija mía, que has sobrepa-*

1 Eucol. grecor., p. 100.

2 Zacarias Cristopolitano, «Comentar. in Evangel.»

3 Homil. de Purificat. Mariæ.

4 Serm. 25 de Sanctis.

5 Orat. ad Virgin.

6 Ruth. III-10.

jado tu primera bondad y cordura, con la que manifiestas ahora», dice: *«Grande fué para con los desgraciados la misericordia de María cuando vivía en este mundo; pero mucho mayor es ahora, reinando en el cielo. Por lo cual, atendido el brillo de la primera misericordia, fué hermosa como la Luna; pero, si se tiene en cuenta el esplendor de su misericordia actual, es escogida como el Sol. Porque, así como el Sol supera en brillo á la Luna, así la misericordia actual de María supera á su primera misericordia.»*

Si consideramos el pecado como carga, levántala la Santísima Virgen, que es nube leve y que aligera, según aquellas divinas palabras: *«He aquí que el Señor ascenderá sobre una nube ligera»*; nube verdaderamente ligera, observa San Ambrosio; ¹ porque ignoró la carga del matrimonio; ligera porque alivió al mundo de la carga de tantos pecados. —Si le consideramos como *«ola agitada»*, y como tempestad que por todas partes perturba el alma con ondas de tribulaciones y tentaciones, María es puerto felicísimo, al cual ansiosos nos dirigimos los naufragos, y en el cual permanecemos seguros: *«Tú eres, dice invocándola San Efrén, la Auxiliadora de los pecadores destituidos de auxilio, Tú el Puerto de los atribulados por la tempestad, Tú el Con-*

1 Spec. Mariæ.

2 Isaiæ XIX-1.

3 De Institut. Virgin., cap. 13.

4 Orat. De Laudib. Sanctissimæ Dei Mariæ.

suelo del mundo.» — Si miramos el pecado como *aire pestilente ó llaga mortal*, la Santísima Virgen es *saludable medicina*. Así la llama San Germán.² La sagrada Escritura nos enseña³ que: «Más vale la buena reputación, que los más preciosos perfumes; y bien sabemos que el nombre de *María*⁴ es más eficaz medicina para el dolor de los pecadores, que los más ricos ungientos. ¿Eres pecador? Recurre al nombre de *María*; porque su solo nombre basta para curarte. No hay peste tan asoladora, tan incurable, que al solo nombre de *María* no desaparezca.» — Si atendemos á que el pecado es *fuego*, que abrasa el cuerpo y el alma, fuerza es reconocer que *María* es *celestial rocío que extingue las llamas infernales*, como nota San Germán:⁵ «Sois divino rocío, que apagáis los ardores que amenazan consumirme.»

Gracias eficacísimas nos consigue, pues, la Immaculada Reina de los ángeles, para que no caigamos en pecado; porque *el pecado*, como nos enseña el Espíritu Santo⁶, es el infierno: *Arrebate á los tales la muerte, y descendan vivos al infierno*» palabras que así comenta San Gregorio⁷: «Vivos están los que sienten lo que con ellos se hace; porque los muertos ni saben, ni sienten. Consideráanse, pues,

1 Serm. in festo Praesentat.

2 Ecd. VII-2

3 Nicardo de San Lorenzo, lib. I de Laudib. Virgin. cap. 2.

4 Serm. in festo Praesentationis.

5 Ps. LIV-16

6 Lib. 18 Moral, cap. 6.

muertos los que no sienten ni saben, vivos los que saben y sienten. Así que, **BAJAR VIVOS AL INFIERNO, ES PECAR SABIENDOLO Y SINTIENDOLO.**» — Hablando San Bernardo¹ de la resurrección de Lázaro, dice: «A esta resurrección se refería de un modo manifiesto el Profeta², al decir: Porque yo sé que no has de abandonar tú, oh Señor, mi alma en el infierno; porque **INFIERNO, Y CARCEL DEL ALMA ES UNA CONCIENCIA CAUTIVA DEL PECADO.**» — Dos infiernos distingue Tomás Anglico³: el superior, que es «la perpetración del pecado,» y el inferior, que es el lugar de eterna desesperación. — Y no menos explícito San Ambrosio⁴, decía: *«El alma que peca, muere; porque desatada de los verdaderos vinculos de la virtud, desciende fácilmente al precipicio, RESBALANDO HASTA EL INFIERNO.»*

En perfecta consonancia con estos Santos Padres, así se expresa San Pedro Damiano⁵: *«Un alma reprobada* conviértese en confusión del infierno; y un alma santa, limpia y perfecta, es remedo del paraíso. Porque un espíritu odioso, mal apasionado, entregado por completo á los cuidados del siglo y abrasado con el fuego de la sensualidad, *gno se parece UN INFIERNO, en que habita el demonio y no*

1 Serm. IV. De Assumptione B. Mariae Virg.

2 Ps. XV-10.

3 In Ps. XXIX.

4 Lib. de Isaac.

5 Lib. II. epist. 3.

cesa de abrasar el fuego de la concupiscencia?—Constantemente asistida é inspirada por el Espíritu Santo la Iglesia católica nuestra Madre, no vacila en cantar, como poseida de tiernísimo entusiasmo y entrañable gratitud, este verso tan expresivo, que parece resumir con admirable elocuencia los innarrables esfuerzos hechos por nuestro divino Jesús, para salvar al hombre: «Bienaventurada tú, oh Cruz, de cuyos brazos estuvo pendiente el precio del mundo; tú fuiste la balanza en que ha sido pesado aquel cuerpo purísimo de Jesús, precio de nuestro rescate, QUE ARRANCÓ SU PRESA AL INFIERNO.» Y ¿cómo pudiera arrancar al infierno su presa, sino librándola de caer en él? Muy en su lugar está, pues, la pintura del infernal dragón en actitud de tragarse la presa, en ese cuadro bellísimo y prodigioso de la Madre Santísima de la Luz. Abonan perfectamente su oportunidad consideraciones místicas y teológicas, que pudiéramos todavía multiplicar.

1 Himno «*Vexilla Regis*», que canta la Iglesia en las Vísperas de la Dominica de Pasión:

Beata, cujus brachiis
Pretium pependit saeculi,
Statere facta corporis,
Inditque praeciam tortari.

El P. Juan Antonio Genovesi.

De aquella santa religiosa, á la cual tantas veces y con tan sobrenatural esplendidez se dignó aparecerse la Inmaculada Madre de Dios, nada más sabemos que lo que dejamos anotado en los párrafos anteriores. Abismada en su profunda humildad, motivos suficientes hay para creer que bajo la dirección suavísima de tan buena y celestial Maestra habrá conseguido admirables progresos en el arte de la santidad, oculta y como sepultada con Cristo¹ en todo el resto de su vida; que es seguro indicio de elevada perfección.

Del venturoso P. Juan Antonio Genovesi, sabemos felizmente algo más. Nació en Palazo Adriano, de la isla de Sicilia, el 4 de Mayo de 1684, y fué admitido en el Noviciado de la Compañía de Jesús el 2 de Marzo de 1703. Después de enseñar Humanidades, recorrió muchas diócesis de Sicilia como misionero apostólico durante veinte años, logrando incalculables conquistas espirituales en fuerza de su ardoroso celo y con la protección de la Santísima Virgen, bajo cuyo amparo amorosísimo había puesto sus misiones y los incesantes trabajos de su sagrado ministerio. Era hombre de sólidas y heroicas virtudes, de piedad tiernísima y

1 Rom. VI-4.

de admirable penitencia. Muchas veces, mientras celebraba el santo sacrificio de la Misa, se le veía inflamado el rostro como un serafín y temblando todo el cuerpo, como poseído de altísimo respeto hacia la soberana majestad de Dios. La fuerza del divino amor que entonces le abrasaba, manifestábase, bien á su pesar, en suspiros dulcísimos que casi á cada palabra se escapaban de sus labios.

Tantas y tales virtudes, unidas á su apostólico celo, movieron á los superiores á nombrarle Maestro de novicios y Rector del Colegio de Messina, cuyos delicados empleos desempeñó hasta su muerte. La peste que años después se desarrolló en esta ciudad causando numerosas víctimas, puso bien de relieve la caridad del P. Juan Antonio y el espíritu de abnegación que había sabido arraigar en el alma de sus novicios. Todos éstos, así como los demás religiosos que habitaban el colegio, en vista de los estragos que producía el contagio, lanzáronse desde luego á las calles y á los hospitales, ansiosos de consolar y cuidar á los apestados; su propio colegio le transformaron en hospital, cayendo poco á poco enfermos casi todos ellos al lado de los dolientes, por cuya salud corporal y eterna se sacrificaban con tan cristiana generosidad. A todos ellos prodigaba sus cuidados el fervoroso P. Genovesi con ternura y solicitud de madre; él era el cocinero de la casa y uno de los pocos enfermeros que iban quedando; pero era, sobre todo, el que á todos ellos consolaba y dirigía con oportu-

nas y cariñosas reflexiones por el camino del cielo. Sólo á cinco de aquella numerosa comunidad perdonó la muerte; los demás fallecieron en los brazos del celoso P. Genovesi, que á su vez, víctima generosa de su ardiente caridad, exhaló su bendita alma en medio de dulcísimos consuelos, el 6 de Julio de 1743.

Pero ¿en qué época de su vida acontecieron aquellas felicísimas apariciones de la Inmaculada Madre de Dios, á que antes nos referíamos? Cuando se verificó la maravillosa pintura de esta encantadora Imagen de la Madre Santísima de la Luz? En 1712 tenía sólo el P. Genovesi 28 años de edad y 9 de religión en la Compañía; los cuales, dada la antigua costumbre que en este Instituto se sigue, no habrían bastado para que terminase sus estudios y adquiriese la madurez y la práctica, que en él invariablemente se exigen para iniciarse en las delicadísimas tareas de misionero; mucho menos, cuando á esa edad de 28 años no habría recibido todavía las sagradas Ordenes, pues en la Compañía de Jesús es práctica constante y muy antigua que nadie ó casi nadie sea promovido al Presbiterado, sino después de haber cumplido los 30 años de edad. No parece, pues, verosímil que el P. Genovesi desempeñase ya el cargo de misionero en 1712, cuando sólo contaba todavía 28 años de edad, ni que desde ese año se hubiese propagado la de-

vocción á la Madre Santísima de la Luz, como afirma el apreciable autor del *Año Santificado*. Preferible parece la opinión del ilustre escritor del *Año Cristiano Mexicano*, que cree haber sido pintado el maravilloso Retrato de la Madre Santísima de la Luz el año de 1722, cuando el P. Genovesi contaba ya 38 años de edad y 10 de Compañía. Y, aun suponiendo esto, preciso es recordar que la primera obra que sobre esta preciosísima y venerable imagen ha sido escrita, no fué impresa hasta el año de 1733, como más arriba indicamos.

CAPÍTULO II.

EL AMABLE TÍTULO

III.

MADRE SANTÍSIMA DE LA LUZ.

I

Fundamentos del título de "Madre Santísima de la Luz."—Es Madre de la "Luz increada," de la verdadera "Alegria," de la "Vida" por excelencia.

Consignadas en los anteriores párrafos algunas noticias históricas relativas al origen de la portentosa imagen de la Madre Santísima de la Luz, restanos todavía apuntar breves y humildísimas reflexiones respecto á la providencial analogía que se descubre en este título de la Madre Santísima de la Luz, y algunas de las excelencias y singularísimos privilegios de la Inmaculada Madre de Dios. El título de *Madre Santísima de la Luz* que á la Inmaculada Madre de Dios se le reconoce en esta milagrosa Imagen, es el más glorioso que se le puede dar; puesto que equivale á llamarla, como

lo es, *Madre del mismo Dios*. Esta es una verdad de fe, como consta de tantas páginas de las sagradas Escrituras, en que se da á Dios nuestro Señor, y en especial al divino Verbo, el calificativo de *Luz*. Esto rezamos en el Prefacio de la Misa en honor de la celestial Señora, cuando decimos: «*La cual, después de haber concebido por inefable operación del Espíritu Santo á Vuestro único Hijo, conservando siempre intacta su virginal pureza, dió á luz al que es la LUZ ETERNA, Jesucristo Nuestro Señor*». — De este divino Verbo decía el evangelista San Juan,¹ que «*era LA LUZ VERDADERA, que, cuanto es de sí, alumbrá á todo hombre que viene á este mundo*». En cuanto Dios, es luz formal increada; en cuanto hombre, es luz creada, porque está lleno de sabiduría, de gracia y de gloria: es también luz causal, porque es causa de toda la sabiduría, gracia y gloria nuestra. Al iluminar á todo hombre que viene á este mundo, no le comunica tan sólo la luz natural de la razón,² sino también la luz sobrenatural de la fe y de la sabiduría. Por eso el Espíritu Santo le llama por el profeta³ Malaquías «*SOL DE JUSTICIA, debajo de cuyos alas ó rayos está la salvación*». No es de admirar que al estrecharle dulcemente enajenado entre

1 Quae et Unigenitum tuum Sancti Spiritus obumbratione concepti, et virginitatis gloria permanente, LUMEN VERUM ET VIVUM mundo effudit, Iesum Christum Dominum nostrum.

2 Ioann., I—9.

3 San Cirilo y Orígenes.

4 Malach., IV—2.

sus brazos, dijese de Él el santo anciano Simeón que era *LUZ BRILLANTE* que iluminaría á los gentiles, y gloria del pueblo de Israel. A Él se dirigía el Eterno Padre, cuando le decía por el profeta Isaías:⁴ «*He aquí que yo te he destinado para ser LUZ DE LAS NACIONES, á fin de que seas la salud á el Salvador enviado por mí hasta los últimos términos de la tierra*». — El mismo Jesús decía de sí:⁵ «*Yo soy la LUZ DEL MUNDO: el que me sigue, no camina á oscuras, sino que tendrá la luz de la vida*». — Y de esta luz de vida habla San Agustín, cuando dice:⁶ «*Por eso vino Cristo á iluminarnos, porque el diablo había venido á cegarnos. Hizo el médico supremo un colirio de precio infinito, para dar la luz á los ojos ciegos. Mira qué saludable colirio, del Verbo y de carne. El Verbo, dice el Evangelista, se hizo carne. . . . Y de tal manera se reanimaron los ojos del hombre, y tal luz adquirieron, que ya pueden compararse con los ojos de los ángeles y contemplar la gloria celestial del mismo Dios*».

El divino Jesús es «*LUZ VERDADERA*» porque el Verbo increado es la primera luz, la luz por esencia. El Bautista y todos los demás santos fueron tan solo luz «*por participación*» porque todos reciben prestada de Jesús la luz de la fe y de la gracia, como la luna y los demás planetas reciben la

1 Luc., II—32.

2 Isaías, XLIX—6.

3 Ioann., VIII—12.

4 Homil., 43, Inter. 50.

suya del Sol. Sólo Cristo nuestro Señor merece propiamente el nombre de *Luz*; así como sólo á Dios corresponde con toda propiedad el nombre de *señor* ó sea *el que es*, porque sólo Él es el ser verdadero, esencial, eterno é inmenso; los demás sólo reciben de Dios nuestro Señor alguna parte cilla, tan solo, de entidad.

Así, pues, con muchísima razón la Inmaculada Virgen María es llamada Madre Santísima de la Luz, porque es en realidad Madre de la Luz eterna é increada, Cristo nuestro Señor. Por otras varias razones la conviene, además, este título. La *luz* es símbolo de alegría, como leemos en el sagrado libro de Ester: *«Entrelanto, Mardoqueo, saliendo del palacio y de la audiencia del Rey, iba rotaganie, vestido á la manera del Rey, esto es, de color de jacinto y de azul celeste, llevando en la cabeza un corona de oro, y cubierto de un manto de seda y de púrpura. Y toda la ciudad hizo fiestas y regocijos. A los judíos les pareció que les nació UNA NUEVA LUZ. POR EL GOZO, la honra y holganza que les venia.»*—En este sentido, decía el santo Job: *«Mas ¡ay! huyéronse mis días felices; dissipáronse como humo todos mis designios, dejándome en tormento mi corazón. Ellos han convertido para mí la noche en día; y después de las tinieblas espero ya de nuevo con ansia QUE VENGA LA LUZ.»*—Análogos eran las quejas del Profeta de las Lamenta-

1 Esth. VIII.—15 y 16.

2 Job, XVII.—11 y 12.

ciones, cuando exclamaba: *«Entre tinieblas é aflicciones me ha hecho andar, y NO EN EL RESPLANDOR DE LA LUZ.»*

Pues, aun en este sentido, la Santísima Virgen es para nosotros Madre de la *Luz*, es decir, de la verdadera *«alegría»*. San Andrés de Creta¹ la llama *«Madre del inmenso gozo»*. San Germán, poseído de tierna devoción, exclamaba: *«Oh Señora mía, sola tú eres para mí, después de Dios, el consuelo de mi alma, la oblación de mis lágrimas, la cesación de mis gemidos, mi restauración después de las calamidades, la revelación de mis dolores.»*—*«Causa de nuestra alegría»*. La llama en la Letanía Lauretana la santa Iglesia: *«Vaso y receptáculo de alegría celestial»*, la proclama² San Gregorio de Neocésarea.—Crisipo³ la excita á alegrarse; porque *«en ti está, dice, todo el tesoro de la alegría, el Rey de toda la alegría y de toda la gracia.»*—El abad Ruperto,⁴ dirigiéndose á Ella con su acostumbrada devoción, la dice: *«Oh bienaventurada María, inundación de gozo, eficacia de amor, torrente de delicias.»*—No podía menos de armonizar con estos santos Padres el fervoroso San Efrén,⁵ el cual dice entre multi-

1 Thren. III.—2.

2 Serm. in Salut. Angel.

3 Encom. Deiparac.

4 Serm. II in Annuntiat.

5 De Laudibus Virgin.

6 Lib. I, ip Cant.

7 Orat. de laudib. SS. Del Matris.

tud de tierrísimos elogios á la Inmaculada Virgen de Nazaret: «Dios te salve, Cántico de los querubines é Himno de los ángeles; Dios te salve, ALEGRÍA DEL CÉNERO HUMANO.»

La luz es símbolo de vida; pues el evangelista San Juan dice,¹ hablando del divino Verbo: «En Él estaba la vida, y la vida era la luz de los hombres,» queriendo significar, como dice el Cardenal Toledo, que para conseguir la vida es necesaria la luz, con que el Verbo eterno ilumine nuestros corazones. Por eso decía Cristo nuestro Señor: «El que me sigue no camina á oscuras, sino que tendrá LA LUZ DE LA VIDA» y de una manera todavía más explícita se explica en aquella afectuosa oración que dirige á su eterno Padre: «Y la VIDA ETERNA consiste EN CONOCERTE Á TI, solo Dios verdadero, y á Jesucristo á quien tú enviaste,» como si dijese: «Yo no soy vida, sino para aquellos á quienes soy luz.» Por eso decía tan sabiamente del divino Jesús aquel admirable teólogo, San Gregorio Nacianceno: «Porque era LUZ, era VIDA.»

Ahora bien: María es Madre Santísima de la Luz, porque es Madre de la Vida por excelencia, Cristo nuestro Señor. Además, Cristo por Ella nos da la verdadera vida, como decíamos en el §IV del capí-

1 Iosann. I—4.

2 Iosann. VIII—12.

3 Iosann. XVII—3.

4 Orat. 4. Theolog.

tulo I. «Árbol de vida,» la llama San Efrén¹ con estas palabras: «Este árbol da frutos de vida, que son Cristo y otros varios dones.»—Meditando Guillermo aquellas palabras del sagrado libro de los Cantares: «Tus venuevos, ó plantas de ese huerto, forman un vergel delicioso de granados, con frutos dulces como de manzanas; son cipros con nudos.....» dice: «El único fruto de María es aquel que por la eficacia de la salvación mereció el nombre de Jesús; pero en Él sólo ocúltanse muchos frutos. En sólo el Salvador de todos, Jesús, María salvó á muchos: dando á luz á la Vida, DIÓ LA VIDA á otros muchos.»—«Esta es, decía San Gregorio de Neocesarea,² el paraiso florido siempre de la inmortalidad, en el cual está plantado el árbol de la vida, que á todos da frutos de vida inmortal. De aquí brotan para nosotros fuentes de inmortalidad y de sabiduría.»—María es el río de la vida, que brotando del paraiso, regaba toda la tierra.—«Fuente de inmortalidad,» la llama Sergio Hierapolita.—San Metodio³ la compara á la Cisterna de Belén, cuyas aguas con tantas ansias deseaba David, como si hubiesen de ser «restauración de su vida.»

En una palabra, María, la Madre Santísima de

1 De Landib. SS. Dei Genitricis.

2 Cant. IV—13.

3 Serm. II in Annunt. B. Mariæ V.

4 Orat. in Nativit. B. Mariæ.

5 Homil. II. de Sancta Maria Deipara

la Luz, es para nosotros, después de Dios, *todo bien*.—«*Bien del género humano* la llama San Gregorio Nacianceno; «*Benvignidad increíble*» San Andrés Cretense; y «*Enante y Rio de Benvignidad*» San Basilio; de Seleucia.—El Sabio Idiota nos dice: «*Acércate por medio de la devota contemplación de tu entendimiento á la gloriosísima Virgen María, Madre de Dios: porque con Ella, y en Ella, por Ella y de Ella tiene y tendrá el mundo TODO BIEN.*»—Ella concede al mundo el fruto de *todas las virtudes*; Ella es «*flor purísima*» sin espinas, que exhala en favor nuestro el aroma de todas las virtudes y el precio de todos los sacrificios.

Con razón, pues, se llama la Inmaculada Virgen María, Madre de la verdadera vida y de todo bien,
MADRE SANTÍSIMA DE LA LUZ.

1 Orat. de Christo patiente.

2 Orat. de Annuntiat.

3 De Annuntiat. B. Mariæ.

4 Lib. de Virgine Maria.—*Prólogo.*

5 Sotranio, Serm. de Assumpt.

6 Victorino, in Prosa de Assumpt.

Salve, Verbi sacrae Parens,

Flor de spinis, spina carens,

Flos spinet gloria.

Nos, spinetum, nos peccati

Spina sumus cruentati;

Sed tu spinis nescia.

«*María es "Aurora," es "Luz," es "Sol."*»

«*Aurora*» llama á María el abad Ruperto; porque así como la aurora es todos los días fin de la noche precedente y principio del siguiente día; así esta inmaculada Virgen fué para nosotros fin de todos los verdaderos dolores y principio de todo consuelo. La aurora, dice Spinelli, no sólo es fin de la noche y principio del día, sino que anuncia la presencia del sol, pone en huida las aves nocturnas, invita á cantar á las del día, adelanta siempre en esplendor, y al mismo tiempo cae el blando rocío con que se refrescan los sembrados y se fecundiza la tierra. Así brilló la Santísima Virgen, como extermínio de las eternas tinieblas, cuando yacía sumido el mundo en las tinieblas de la ignorancia y del pecado; no sólo precursora, sino Madre del divino Sol de Justicia, arrojó como aves inmundas de las tinieblas á los demonios; á los siervos de Dios y á los mismos ángeles, como aves del día que vuelan hacia las celestes alturas, alienta ó invita á cantar las divinas alabanzas, mucho mejor que los tres jóvenes maravillosamente ilesoes entre las devoradoras llamas del horno de Babilonia, invitaban á bendecir al Señor á todas las criatu-

la Luz, es para nosotros, después de Dios, *todo bien*.—«*Bien del género humano* la llama San Gregorio Nacianceno; «*Benignidad increíble*» San Andrés Cretense; y «*Enante y Río de Benignidad*» San Basilio; de Seleucia.—El Sabio Idiota nos dice: «*Acércate por medio de la devota contemplación de tu entendimiento á la gloriosísima Virgen María, Madre de Dios: porque con Ella, y en Ella, por Ella y de Ella tiene y tendrá el mundo TODO BIEN.*»—Ella concede al mundo el fruto de *todas las virtudes*; Ella es «*flor purísima*» sin espinas, que exhala en favor nuestro el aroma de todas las virtudes y el precio de todos los sacrificios.

Con razón, pues, se llama la Inmaculada Virgen María, Madre de la verdadera vida y de todo bien,
MADRE SANTÍSIMA DE LA LUZ.

1 Orat. de Christo patiente.

2 Orat. de Annuntiat.

3 De Annuntiat. B. Mariæ.

4 Lib. de Virgine Maria.—*Prólogo*.

5 Sotranio, Serm. de Assumpt.

6 Victorino, in Prosa de Assumpt.

Salve, Verbi sacrae Parens,

Flor de spinis, spina carens,

Flos spinet gloria.

Nos, spinetum, nos peccati

Spina sumus cruentati;

Sed tu spinis necia.

«*María es "Aurora," es "Luz," es "Sol."*»

«*Aurora*» llama á María el abad Ruperto; porque así como la aurora es todos los días fin de la noche precedente y principio del siguiente día; así esta inmaculada Virgen fué para nosotros fin de todos los verdaderos dolores y principio de todo consuelo. La aurora, dice Spinelli, no sólo es fin de la noche y principio del día, sino que anuncia la presencia del sol, pone en huida las aves nocturnas, invita á cantar á las del día, adelanta siempre en esplendor, y al mismo tiempo cae el blando rocío con que se refrescan los sembrados y se fecundiza la tierra. Así brilló la Santísima Virgen, como extermínio de las eternas tinieblas, cuando yacía sumido el mundo en las tinieblas de la ignorancia y del pecado; no sólo precursora, sino Madre del divino Sol de Justicia, arrojó como aves inmundas de las tinieblas á los demonios; á los siervos de Dios y á los mismos ángeles, como aves del día que vuelan hacia las celestes alturas, alienta ó invita á cantar las divinas alabanzas, mucho mejor que los tres jóvenes maravillosamente ilesoes entre las devoradoras llamas del horno de Babilonia, invitaban á bendecir al Señor á todas las criatu-

ras del universo; pues son tanto mayores los beneficios que Su divina Majestad dispensó al género humano por medio de su Purísima Madre. Aseméjase María á la aurora que á cada momento crece en esplendor; porque cuando vivía en carne mortal sobre la tierra, en todos sus actos iba multiplicando sus méritos; y ahora, después de su Asunción gloriosísima, el conocimiento de sus virtudes y grandezas va siendo cada vez mayor entre los hombres. Día por día crecen entre ellos la piedad, la admiración y el amor hacia esta Señora bondadosísima, por cuya poderosa intercesión derrámanse de lo alto como fresco rocío sobre los hombres raudales de divina gracia, con que se refrigeran sus almas en medio de los peligrosos ardores de tentaciones y concupiscencias, y van haciéndose fecundas para que en ellas germinen frutos meritorios de eterna vida. Por eso á la Inmaculada Virgen llama San Germán: «divino Rocío para refrigerar nuestros ardores.» Madre es esta celestial Aurora, y Madre Purísima del divino Jesús, que como benéfico rocío templá el ardor de nuestra concupiscencia, fecundiza el huerto místico del alma, y le hace fértil en todo género de buenas obras. No en vano desahogaba en tiernísimas ansias su oprimido corazón el profeta Isaías¹, exclamando: «*Oh Cielos! derramad desde arriba VUESTRO ROCÍO.*

1 De Oblat. virg.

2 Is. XLV.—8.

y lluevan las nubes al Justo; ábrase la tierra, y brote al Salvador, y nazca con El la justicia.»

Que María es luz, y luz esplendorosa y vivísima, cántanlo unánimes y con admiración creciente y entusiasta los Santos Padres y Doctores de la Iglesia; y entre sus millares de elocuentísimos testimonios vamos á recoger algunos; que no hay corazón agradecido al cual puedan parecer muchos ó excesivos los elogios que se tributan á una buena madre. «Espejo, que refleja los esplendores del eterno Sol,» la llama el seráfico Enrique Susón.¹ «Otros dicen de Ella que es «Espejo en que se ve á Dios,» no ya grande y en alto grado adorable, sino como Señor pequeño y amable en demasia; y aun más, mírase en Ella al mismo tiempo rico y pobre, pequeño y grande, eterno y niño, Hijo y Padre, creador y creatura.» — «Espejo de los espejos,» que brilla con tanta claridad que no se puede imaginarla mayor bajo el cielo.» — «Espejo de toda la virtud divina; porque «no hay virtud alguna en Dios que en Ella no brille, aunque Dios es la fuente y el dador de todas.» — «Espejo intelectual» del esplendor del Padre, con cuya claridad, que es claridad de Dios, somos nosotros ilustrados. — «Espejo clarísimo, más claro y más

1 *Dialogus Sapientie et ministri ejus*, cap. 16.

2 Ernest Prag. in *Mariali*, cap. 86.

3 El mismo *ibid.*

4 Santa Brígida. *Reve at*, lib. 1, num. 42.

5 San Andrés de Creta. *Orat. 1, de Dormit.* SS. V.

puro que el tercer Serafín, de tanta pureza, que otro más puro no pudiera imaginarse. á no ser el mismo Dios, el cual, siendo como es el Supremo Hacedor, la formó tan clara como manifestación plenísima de su poder y sabiduría. — «Clara Estrella, que ilumina el cielo y la tierra.» — «Estrella que ilumina nuestra noche.» — «Puerta de iluminación de toda creatura.» — «Puerta de luz, porque por ella salimos de las tinieblas de la culpa, de pena y de toda miseria, y entramos á la luz, que es Cristo, y á la luz de la gracia, de las virtudes, de los méritos y de la eterna bienaventuranza.» — «Puerta más clara que la luz.» — «Madre lucidísima de Dios.» — «Palacio lucidísimo del Señor.» — «Palacio luminoso de Dios.» — «Palacio lucidísimo de Cristo, Rey de todos,» y «Palacio lucidísimo del Verbo.» — «Nacimiento del Sol, que no puede tener ocaso.» — «Nacimiento del ver-

1 Santo Tomás de Aquino, opúsc. 61. «De 10 gradibus claritatis, gradu 10.

2 Santa Matilde, «*Gratia spiritualis*,» lib. 1, cap. 55.

3 Juan Hoenemio, *Evocatio SS. Deiparæ V.*

4 Beato Alberto Magno, *Biblia Sforis*, lib. de Esquilis.

5 Ricardo de San Lorenzo, *De Laudib. Virg.* lib. X.

6 Enrique Claravallense, «*De peregr. civit. Dei*,» tract. II.

7 Juan Tricentio, «*De Miraculis B. V. Mariæ in Urbe*,» lib. III.

8 San José el Iluminado, *in Mariæ.*

9 Crisipo, *Serm. de S. Mariæ Deiparæ.*

10 Beato Alberto Magno, *Serm. II. in festo omnium Sanctorum.*

«*Adæro Sol*,» — «*Ornamento esplenditimo* del cielo.» — «*Origen de la luz.*» — «*Origen de la luz en la regeneración.*» — «*Virgen lucidísima, encuyá comparación es negra la luna y oscuros el Sol y las estrellas,*» y — «*Estrella principal.*» — «*Estrella clarísima* sin género alguno de oscuridad.» — «*Estrella que viene al Sol en claridad.*» — «*Estrella del Paraiso.*» — «*Madre de la*

1 San Bernardino de Sena, t. III, *Serm. I. De gloriosa Nominis Mariæ.*

2 Dionisio Cartusiano, *De Præsentat. B. M. V.* lib. I, artículo 29. San Antonino, *In Summ.* part. IV, tit. 15, cap. 14.

3 Beato Alberto Magno, *Biblia Mariæ*, en el Apocalipsis.

4 San Buenaventura, *Psalter, minus B. M. V.*

Ave, tota dealbata LUNA NIGRA REPERIATUR.
Virgo, celi comparata SOL CUM STELLIS OSCUREATUR.

5 San Buenaventura *ibid.*
Accidens principale In æternum æternorum
Alma Dei Mater, cale Digna sono cybalorum.

6 San Buenaventura, *Laus B. V. Mariæ.*
Ista STELLA CLARISSIMA LUCE NITENS PERSISSIMA
Quam non voluit radiis Chrystallo fulgens claris.

7 San Anselmo de Cantorbery, «*Hymnus I, in laudem S. Deiparæ.*

Stella SOLIS CLAMITATEM Semper Mater, quia nunquam
SED VENGENS FERRE Eris sine sobole.

8 San Anselmo Cantuariense, *Psalterium Domini nostri,* part. I.

Ave STELLA PARADISI In laudes tui Filii
Cujus lumen adorans, Alleluja dum cantamus.

9 San Anselmo *ibid.*
Ave MATER VERE LUCIS, Lumen rectis corde Deus
Ex qua natus in tenebris Misericors est, et justus.

verdadera Luz,» y — «Madre castísima¹ del divino Oriente.»

Pero María no es luz tan sólo, ni sólo fuente de luz, sino que es Sol, en el sentido que determinan los Santos Padres² y Doctores de la Iglesia. — «Sol, como que fué ilustrada³ con el esplendor de la fe en la Pasión de Cristo. Porque, así como la luz del Sol nunca se extingue, así María no se movió ni vaciló en la fe, y permaneció, la única entre todos, siempre inmóvil, iluminando siempre y ardiendo en divino amor.» — «Sol hermosísimo,⁴ que ilumina á toda la Iglesia.» — «Sol⁵ comiso á los buenos y á los malos; porque á éstos les consigue gracia, á aquellos se la aumenta.» — «Sol⁶ que ilumina con el ejemplo y el beneficio.» — «Sol,⁷ pues de Ella se dice en el libro de los Cantares: «Escogida como el Sol; porque así como el Sol ya en el instante de su creación adquirió toda su claridad, así la Bienaventurada Virgen en el instante de su Concepción sin mancha, alcan-

¹ San Anselmo, *Hymni et Psalterium de S. V. Maria.*

Oracvris castissima Vita prorsus ut decedat

MATER, fac uobis, Domine, Vetus, nova proficiat.

² *Sanna aurea de laudibus B. V. M.*, sect. IV, Encomia Mariana.

³ Claudio Rapinas Celestino, *Serm. II, De Conceptione B. M. V.*

⁴ Juan Teiteimo, *De Miraculis B. M. V. in Urticeto*, lib. 1, cap. 6.

⁵ Felipe de Greve, *Serm. 190*, in Ps. 88.

⁶ Mauric, de Villa Prob. *Serm. 9, Coronae novae B. M.*

⁷ Pedro Gal. *De Arcanis*, lib. VII, cap. 5.

zó ya todas sus perfecciones.» — *Sol místico,³ porque así como el Sol ilumina á todo el mundo con su luz, y es mayor y más espléndido que todos los planetas, así la Santísima Virgen, mayor y más digna que todas las creaturas, ilumina, fecundiza y alegra á toda la Iglesia, no sólo militante, sino triunfante; porque es la única salvación y gloria de todos los elegidos de Dios.» — «Sol, en el que⁴ puso el Rey su tabernáculo, y del cual salió de su tálamo, para venir á nosotros el Esposo, Rey de las virtudes, Rey de la gloria, para que todos reinen por él.» — «Sol radiante,⁵ que despide saludables esplendores á los términos todos de la tierra.» — De ella dice el Beato Alberto Magno,⁶ que con razón se nos muestra vestida del Sol, puesto que parece del todo sumergida en aquella Luz inaccesible, no tocando de una manera superficial aquel fuego divino, sino de él completamente rodeada y cubierta: «Familiar te has hecho con El, oh Señora; vistesle y de El eres vestida; vistesle con la substancia de tu carne, y El te vise con la gloria de su majestad.»*

«La gloriosísima Virgen, observa San Bernardo,⁷ como lampara ardentísima, apareció tan admirable á los mismos ángeles, que exclamaban: ¿Quién

¹ Dionisio Fab. *De Conceptione B. M. V.*, tract. 1.

² San Ildefonso, *Serm. I, de Assumptione B. M. V.*

³ San José el Hinnógrafo, *In Mariati.*

⁴ Biblia Mariana.

⁵ *Serm. I, de Assumptione.*

es esta que va subiendo cual aurora naciente, bella como la luna, brillante como el sol, terrible y majestuosa como un ejército formado en batalla? *porque rutilaba con más claridad que todos ellos.*

Dos son las principales propiedades que se notan en el Sol: la luz y el calor. «En el brillo, escribe el Papa Inocencio III,¹ significase la sabiduría de la Santísima Virgen; en el calor, la caridad. Porque de la Sabiduría se lee que es: *«el resplandor de la Luz eterna, y un espejo sin mancha de la majestad de Dios, y una imagen de su bondad.»* De la caridad se dice que *«tiene su fuego en Sión y su hogar en Jerusalén.»* Y *«las muchas aguas no han podido extinguir el amor, ni los ríos podrán sofocarle.»* Elegida fué, por tanto, María para que brillase y calentase como el Sol para que brillase por su sabiduría y calentase por su caridad; porque el Espíritu Santo descendió sobre Ella, y la virtud del Altísimo la cubrió con su sombra. El Espíritu Santo es caridad, y de El se dice: *«Dios es caridad ó amor.»* Y la virtud del Altísimo es Sabiduría, de la cual se escribe: *«Cristo es la fortaleza y la sabiduría de Dios.»* Oye á María, que con sabiduría pregunta:² *«¿Cómo ha de ser eso? pues yo no*

1 *Sermones in SS. Dei Genitricem Mariam. in solemnitate Assumpt.*

2 Sap. VII, 25.

3 Isaías XXXI, 9.

4 Cant. VIII, 7.

5 1 Ioann IV, 16.

6 Luc. I, 34.

conozco ni jamás conoceré varón alguno.» Oye la cómo con caridad responde al ángel: *«He aquí la esclava del Señor, hágase en mí según tu palabra.»* Oye en la purísima Virgen la sabiduría:³ *«Y su Madre conservaba todas estas cosas en su corazón.»* Oye en ella la caridad:⁴ *«Mi alma glorifica al Señor y mi espíritu está transportada de gozo en el Dios salvador mío.»* Desciende sobre ella el Espíritu Santo para derramar en Ella afecto de caridad, á fin de que concibiese en su seno purísimo. Por esto se lee que Cristo fué concebido por obra y gracia del Espíritu Santo y nació de la Virgen María. Y la virtud del Altísimo la hizo sombra, para darle inteligencia de sabiduría al concebir en su corazón. Por esto se lee:⁵ *«Oh bienaventurada tú que has creído! porque se cumplirán sin falla las cosas que se te han dicho de parte del Señor.»* Concibió en su seno virginal: *«Y el Verbo⁶ se hizo carne, y habitó en medio de nosotros; pero especialmente en María, dice Inocencio III. Concibió en su corazón al Verbo,⁶ que estaba en Dios, y el Verbo era Dios.»* Fué, por lo tanto, elegida María como Sol, porque:⁷ *«Puso Dios especialmente en el Sol su tabernáculo; y á manera de un*

1 Luc. I, 38.

2 Luc. II, 1.

3 Luc. I, 46.

4 Luc. I, 45.

5 Ioann I, 14.

6 Ioann. I, 1.

7 Ps. XVIII, 6.

espero que sale de su tálamo, salta como gigante á recorrer su carrera.

Al contemplar á María vestida del Sol, como la vió el evangelista San Juan, dice Alejo de Salo: «Mientras vivió María entre los mortales, como vestido envolvían constantemente su pecho y su cuerpo purísimo las abrasadoras llamas de su amor hacia Dios. Y bien podemos decir que aquel Sol de que aparece vestida, es decir, el Verbo Eterno, el Sol de Justicia, nuestro Señor Jesucristo, cuando estaba encerrado en su seno virginal, no llenaba sólo su alma de violetinos esplendores, sino también todo su cuerpo purísimo desde la planta del pie hasta su venerable cabeza. Podemos decir, además, que está vestida del Sol, por aquella amplitud de gloria que alcanzó en el cielo, con cuyo esplendor se iluminan las mansiones todas del Paraíso y recreáanse los bienaventurados de una manera inefable.»

Admirado de tanta grandeza y de tan celestiales esplendores, exclamaba San Epifanio: «Oh Virgen Santa, Madre de la Luz eterna; de aquella Luz, que en los cielos ilumina los ejércitos de los ángeles; de aquella Luz que ilustra el ojo no entendido de los mismos Serafines; Luz, que alumbraba el Sol con espléndidas antorchas; Luz, que ilustra los términos todos de la tierra, para que crean

1. De arte pie amantú et colendú Desiparam, cap. 17.

2. De laudib. Virginis.

en la Beatísima Trinidad; Luz, que dijo de sí: «Yo soy la luz del mundo»...

III

María es "Luz" por su pureza inmaculada.

Y en primer lugar, una de estas gloriosas prerrogativas de la celestial Señora es su exquisita y sobrehumana pureza, hermosa y delicada como la luz. «Vaso de luz que ilumina todo el orbe.» Ig llama por esta razón San José el Himnógrafo. Anunciaba ya Moisés la concepción inmaculada de María, al hablarnos del diluvio universal, cuando decía: «Segunda vez echó á volar la paloma fuera del arca. Mas ella volvió á Noé, por la tarde, trayendo en el pico un ramo de olivo con las hojas verdes.» Sea que este ramo adornado de verdes hojas se hubiese maravillosamente librado de la ruina común en aquella universal inundación; sea que después del diluvio hubiese brotado con milagrosa rapidez; ello es que el bíblico ramo de olivo representa con mucha propiedad á la Inmaculada Virgen María mil veces más pura que la luz, y exenta, por privilegio especialísimo del Señor, de la original culpa que, sin otra excepción que la de Ella, contraemos todos

1. Gen. VIII, 10 y 11.

2. Pererio, lib. III in Gen.—San Juan Crisóstomo y San Ambrosio.

los hijos de Adán. Y bien pudo decir Ella misma en su inspirado cántico *Magnificat* que el Señor al formarla tan pura y tan hermosa, *chiso alarde del poder de su brazo*. De Julio César dicen ¹ las historias que apreciaba tanto sus «Comentarios», que en cierta ocasión en que naufragó, con uno de sus brazos nadaba y con el otro, levantado en alto, sostenía, con esfuerzo constante aquellas hojas, para que no perecieran entre las olas enfurecidas. Esto mismo podemos considerar que hizo Cristo nuestro Señor en medio de las embravecidas olas del mar rojo de su Pasión dolorosísima, ² en que parece exclamar: *«Las aguas han penetrado hasta mi alma.»* Con el brazo robustísimo de su Omnipotencia, y previendo sus incomprensibles méritos, libró del universal diluvio del pecado original á María, «libro preciosísimo» en que el divino Verbo fué escrito sin manos de una manera inefable.

Este inapreciable privilegio de la Inmaculada Concepción de María mil veces más pura que la luz, proclamó ya, á los cuatro años de la gloriosa Ascensión de Cristo nuestro Señor á los cielos, la silla episcopal de Zaragoza, en cuya ciudad ³ se

¹ Luc. I, 51.

² *Theol. Mar. ibid. Cert. II.*

³ Ps. LXVIII, 2.^o

⁴ San Juan Damasceno.

⁵ Marco Máximo, obispo de Zaragoza, el año 610. De él son las siguientes estrofas de un himno que compuso en con-

apareció María, viviendo aún en carne mortal, al apóstol Santiago el Mayor. Agradecido el ardoroso Hijo del Trueno, le erigió allí mismo un templo, dedicado á la purísima Concepción de María, el primero, ¹ entre todos los del universo; al cual siguieron después, viviendo todavía la celestial Señora, los de Tarragona, Sevilla, Toledo ² y otros. Del templo del Pilar de Zaragoza dice Murillo ³ que, no sólo tenía como Titular este inefable misterio de la Inmaculada Concepción de María, sino que en el altar mayor se veneraba una estatua que así la representaba; lo cual nada tiene de extraño, pues sabemos que ya desde el tiempo del Apóstol Santiago celebrábase en España esta hermosa ⁴

memoración de tan raro prodigio, como refiere Eleca, uno de sus sucesores, en las *Aditiones al Cronicon de Marco Máximo*:

Haec nam Jacobo Apostolo.	Conceptionis hinc diem
Et suo consanguineo	Jacobus hispanos docet
Aedem jubet conficere	Et praedicat (suo ceteris)
Cunctis manentem sacculis.	Quaecumque labi liberam.
Ostendit illi se litarem.	Hinc mos habet principium
Sinoque natalicio	Hanc celebrandi iugiter
Conceptionis aergae	Populis Iberis diem.
Templo manent encomia.	Qui durat usque hodie.

¹ Lucio Dextro en sus «Fragmentos», año de 38: «*Prima totius orbis aedes erecta B. Virginis Caesaraugustana fuit.*»

² Lucio Dextro, año 38.

³ Murillo, «*Historia del Templo del Pilar de Zaragoza.*»

⁴ Lucio Dextro, en el año 39: «*A Jacobi praedicatione celebratur in Hispania festum immaculae et illibatae Conceptionis Dei Genitricis Mariae.*»

fiesta; y en tal doctrina confirmaron, además, á los españoles muchos de aquellos fieles que, por efecto de la persecución suscitada en un principio contra los cristianos en Jerusalén,¹ emigraron á Cartagena y extendiéronse después por todas las regiones de España.

Admirado, dulcemente embesados los Santos Padres, esta bellísima prerrogativa de la Concepción Inmaculada de la Santísima Virgen, la dedican los más tiernos y expresivos epítetos. «Espejo lucidísimo de angélica pureza y de santidad, mostrado á todo el universo;» la llama Dionisio², y «Espejo lucidísimo de mis ojos en todos los días de mi vida.» — «Esplendor ilustrísimo y fulgentísimo de los siglos,» la apellida³ San Efrén. — «Esplendor del mundo,⁴» San Juan Crisóstomo. — «Esplendor rutilante con ojos de oro.» — «Esplendor hermosísimo con todo género de bellezas, cuya luz para nosotros no tiene ocaso.» — «Esplendor que centellea brillantísimo, é ilumina á todo el orbé;»⁵ y «Esplendor que recrea á maravilla,» dice de ella⁶ el Anónimo griego.

El mismo nombre de *Esplendor* le dan otros San-

1 Act. VIII, 1.

2 Lucio Dextro, en el año 33.

3 Dionys. Fab. tract. 1. *De Concept.* B. M. V.

4 Sermón de *Laud.* B. M. V.

5 Serm. VI. *De Ascensione Domini.*

6 Anónimo in *Menactis Graec.* día 7 de Marzo.

7 El mismo. *Euchologium* ó *Rituale Graecorum*, in *Officio in pestilentialis maris periculo.*

tos Padres y Doctores¹ místicos. «*Esplendor alegre y de mucha luz.*» — «*Esplendor de los ángeles y Esplendor de los Apóstoles.*» — «*Esplendor de las almas santas.*» — «*Esplendor singular.*» — «*Esplendor² de virtud.*» — «*Esplendor total³ de todos los fulgores que reciben los espíritus.*» — «*Esplendor que introdujo en el mundo⁴ al Sol, Cristo nuestro Señor.*» — «*Esplendor⁵ del cielo.*» — «*Esplendor de gloria⁶ que baña al mundo de luz.*» — «*Esplendor⁷ orientales* y — «*Esplendor de la santa Iglesia.*» — «*Esplendor⁸ brillantísimo.*» — «*Esplendor refulgente⁹ de la divinidad.*» — «*Esplendor¹⁰ de nuestra naturaleza.*» — «*Esplendor¹¹ de santidad.*» — «*Esplendor de la luz eterna¹² en cuanto á la pureza de la mente.*» — «*Esplendor celestia¹³*, al que sujetó el Padre Eterno las

1 Summa Aurea de Laudibus B. V. M. Polyanthea Mariana.

2 Jorge Nicomed. Orat. III. *De Praesentat.* B. V. M.

3 San José Himnógrafo, in *Mariali.*

4 San Anselmo, hymn. II. *Dei Genitricis.*

5 San Anselmo, *Psalter.* B. V. M., part. II.

6 San Bernardo, serm. IV. in *Assumpt.* B. V. M.

7 Teodoro Lascaris. Orat. *De Annuntiat.* B. V. M.

8 Teodoro Lascaris, Cant. ad S. *Deip.* V.

9 San Simón Stock, *Præcat.* ad *Deip.* V.

10 San Buenaventura, *Laud.* B. V. M.

11 San Buenaventura, *Litaniae Psalterii.* B. V. M.

12 Monje Jacobo, in *Mariali.* Orat. VI.

13 Isidoro de Tesalónica, Orat. *De Praesentat.* B. V. M.

14 Isidoro de Tesalónica, Orat. *De Assumpt.* B. M. V.

15 San Lorenzo Justiniano, *De Triumphali Christi agone*, cap. 7.

16 Bernardino de Bustos, serm. IV. *de Nativitate.* B. V. M.

17 Juan Bautista Mantuan. lib. V. *Parthen Marianae.* 5.

mentes angelicas y los astros; nadie ha tenido jamás tanta viveza de ingenio, nadie contó nunca con la venturosa gloria de lengua tan discreta y aguda, que pudiese dignamente cantar las glorias de María. Las gracias que á Ella han sido comunicadas, nunca las ha concedido antes el cielo á mortal alguno, ni las concederá jamás. — «Esplendor de las celestiales enseñanzas.» — «Esplendor más que celestial.» — «Esplendor de las vírgenes.» — «Esplendor máximo.» — «Esplendor para los pecadores.» — «Esplendor de inocencia», libre de toda sombra de culpa. — «Esplendor de paz», que goza de tranquilidad la más completa. ¡Tan expresivos y entusiastas son los epítetos que á la Reina Purísima de los ángeles dedican los Santos Padres y Doctores de la Iglesia, ante la consideración gozosísima de su Concepción Inmaculada! Y, ¿qué extraño, cuando las gracias que la celestial Señora recibió en su primera santificación fueron mayores y más ricas, que aquellas con que consuman su elevada perfección y su santidad los ángeles y los hombres? Con razón se la aplican aquellas significativas palabras del Espíritu Santo: «Sobre los montes santos está fun-

1 Juan Tritemio, *De mirac. B. M. V., prope Dittelh.*, lib. I, cap. 10.

2 Juan Tritemio, *de Mirac. B. M. V.*, lib. IV, in *Urtic.*

3 Juan Tritemio, lib. I, *de mirac. B. V. M. in Urt. c. 6.*

4 Manricó de Villa Prob. Seru. 31, *Cronac. uocac. B. V. M.*

5 *Ibid.*

6 Dionysa Fab. tract. 1, *de Concept. B. M. V.*

7 *Ibid.*

8 Ps. LXXXVI, 1

dada Jerusalem;» porque los comienzos de la admirable santidad de María están puestos allí donde termina la mayor altura de perfección en los santos; pues «ama el Señor las puertas de Sión» más que todos los tabernáculos de Jacob; preferencia muy explicable, toda vez que el Altísimo que la ha formado tan pura y tan hermosa, en Ella se ha dignado hacerse hombre. No en vano, con espíritu profético había dicho de Ella siglos antes Isaías: «En los últimos días, el monte en que se erigirá la casa del Señor tendrá sus cimientos sobre la cumbre de todos los montes, y se elevará sobre los collados; y todas las naciones acudirán á él.» Este monte, nota San Gregorio,¹ es María; y de Ella dice el Rímio Doctor P. Suárez,² que bien se puede creer le fueron concedidos más grados de gracia, que á todos los ángeles y á todos los hombres juntos; pues la multitud de gracias que en todos ellos podemos concebir, no igualan ni con mucho las gracias riquísimas de María. Y no es maravilla, cuando «con uno solo de sus ojos, es decir, en un solo momento de altísima contemplación, hería con agudísimas saetas de encendido amor el corazón del mismo Dios.»

1 Ps. LXXXVI, 2.

2 Ps. LXXXVI, 5.

3 Isaías II, 2.

4 *Ibid.* J. Reg. c. I, n. 3.

5 De mysteriis vitee Christi, D. 18, S. 4.

6 Magnetem perit illa oculis operosa pudicitia:

Hinc mentem et sensum magnetis more lucessit.

Y cuando tan amoroso influjo ejerce en aquel divino Corazón ¿con qué poderosa eficacia no logrará avasallar los corazones de los hombres? Entre millares que podrían, sin duda, citarse, sólo recordaremos al Petrarca, celebrado poeta que, aun en medio de humanas flaquezas á que un día rindió algún tributo, la dedicaba culto tiernísimo, y convertido ya y próximo á morir, la encomendaba el alma, queriendo que así constase en su mismo epitafio. La luz celestial que la Purísima Virgen María parece irradiar con amoroso encanto de todo su ser, arrancó también á la armoniosa lira del Petrarca melodías dulcísimas, como ardorosos encantos habia puesto también en las lenguas y escritos de los extáticos Doctores de la Iglesia.

- 1 *Prigida Francisci lapis hic tegit ossa Petrarcae.
Suscipe, Virgo Parens, animam: sate Virgine parces.
Fessaque jam terris, coeli requiescant in arce.*
- 2 *Virgine bella, che di sol vestita,
Coronata di stelle, al sommo Sole
Piacesti sì ch' in te sua luce ascose,
Amor mi spinge a dir di te parole:
Ma non so' neominar senza tu' aiuta,
E di Colui ch' amando in te si pose.
Invoco lei che ben sempre rispose,
Cui la chiamò con fede.
Vergine s'a mercede
Miseria estrema dell' umane cose
Giustiani ti voise, al mio prego t'inchina.*

IV

María es "Luz," por su Nombre dulcísimo y su hermosura.
Sus ojos son fustes de luz.

Clara analogía con la luz tiene también el nombre dulcísimo de María, que no sin fundamento creemos revelado á sus venturosos padres por algún ángel, ó impuesto por Dios nuestro Señor¹; pues tal distinción habia sido también concedida en favor del patriarca Isaac² y del inocente Precursor³ del Mesías. El nombre de María, dice el Beato Beda,⁴ es voz hebráica, que significa «*Estrella del mar*» . . . ; y con razón, pues mereció dar luz en favor de todos los siglos al Señor de todo el mundo y á la Luz indeficiente y eterna.

Muchos son los Santos Padres y Doctores que, teniendo en cuenta la significación consoladora de este nombre augusto de María, la llaman de muchas maneras⁵ «*Estrella*» — «*Estrella, de la cual brotó el Sol, Cristo nuestro Señor*» — «*Estrella fulgísimá, de la cual salió Cristo*» — «*Estrella de la vida*».

- 1 Suárez, «*De mysteriis*» . . . D. 2. S. 1.
2 Gen. XVII—19.
3 Luc. 1—13.
4 In cap. I Luc.
5 *Summa aurea de laudibus B. V. M. t. X. Sectio IV.*
6 San Felipe Apóstol, *Serm. In Transitu B. V. M. según Amadeo, raptio 8.*
7 San Efrén, *Serm. de Laudib. B. V. M.*
8 Esiquio *Serm. II de Laudib. B. V. M.*

— «Estrella del mar que dió á luz: á la Luz del mundo.» — «Estrella del mar, á la cual recibís en sus tronos el cielo.» — «Estrella resplendente con los resplandores de la Divinidad, nacida de Jacob, á para los que yacian oprimidos por las tinieblas; pues por ella encarnó Cristo Dios que nos ilumina.» — «Estrella clara y brillante, que ilumina el mundo con el ejemplo de su santidad, y con los numerosos rayos de sus virtudes, clara también por la pureza de su vida, sin tener en sí mancha alguna.» — «Estrella del mar, es decir, de los miserables, destinada desde la eternidad para que por ella el Señor se compadeciese de todos, y en ella encontrasen refugio todos los miserables que fluctúan en la amargura del pecado: Estrella, que engendró la luz que alumbra á los que navegan en este mar del mundo.» — «Estrella esplenditísima de la mañana, que luce antes de que amanezca; porque su nacimiento precedió al nacimiento de Jesucristo, su bendito Hijo, que es la luz y el día.» — «Estrella del mar, con cuya luz es imposible padecer naufragio, ni se interpone nube alguna, sino por culpa del que la mira.» — «Estrella clarísima, cuya luz es vida para los justos y alegría para los de corazón recto.»

1 San Isidoro, *lib. VII Orig.* c. 10.

2 San Ildefonso, *Serm. I de Assumpt. B. V. M.*

3 San Juan Damasceno, *Octoec. Graecorum.*

4 *Iliada. De B. V. M.* parte XIV, contempl. 15.

5 *Iliada. De B. V. M.* parte XIV, contempl. 16.

6 San Andrés de Creta, *Orat. de Dorott. B. V. M.*

7 San Anselmo Lucense, sobre el *Avs. Maria.*

8 San Anselmo de Cantorbery, *Cant in Ps. B. V. M.*, parte II.

— «Estrella iluminada por el verdadero Sol, á de la cual nació en medio de las tinieblas la luz para los rectos de corazón, el Señor compasivo, misericordioso y justo.» — «Estrella nobilísima, nacida de Jacob, cuyos rayos iluminan todo el orbe, cuyo esplendor brilla en los cielos y penetra los abismos, se extiende por la tierra y calienta más los entendimientos que los cuerpos, fomenta las virtudes y consume los vicios.» — «Luz celestial, y — «Luz para brillante del orbe,» la llama también San Anselmo.

Luz es también la hermosura de María. Filoteo la llama «Belleza de luz,» y — «Más hermosa que el Sol,»⁶ San Tarasio, patriarca de Constantiupla.

1 Abad Guiberto, *Tract. contra Iudaicos*, lib. III, c. 3.

2 San Bernardo, *Homil. II, de Laudib. B. V. M. super «Miserias est.»*

3 *Rhythmus ad Sanctam Virgineum Mariam.*...

Maria lux aetherea, Tui stratus vestigiis

Ut meas preces deferas, Mente despecto supplicii.

4 *Ibid.*

Regina caeli inelyta, Meas absorbe lacrymas,

Orbis lampas sidera, et peccatorum nebula.

5 *In Menais Graecor. die 16 Julii.*

6 *Serm. de Praesentat. suprasanctae Desipariae.*

Ave, lumen gratiae, Cunctis amabilior

Deo valde sapientiae, Aegria medicina;

Stimulae Sapientiae, Omnibus potentior.

Nata fabricata: Mater et Regina.

Ave, solis pulchrior, Radix pudicitiae,

Stella maturissima, Nunquam inquinata

Lilio floridior, Labis primogeniae,

Rosa sine spina: Semper illibata.

Aseguran á algunos, y de esto trata Luis Novarino, ¹ que cuando la Inmaculada Virgen vivia en

Inter spinas filium,	Caeli nobis ostium
Solis pulchra aurora,	Pande in mortis hora.
Tu pro nobis Filium	Et in Dei gaudium
Pia semper ora.	Transfer sine mora.

Así lo reconocen entusiastas, entre tantos otros, San Pedro, de Sicilia, en este himno.

<i>Ave Sole purior</i>	<i>Cujus lux latitavit</i>
<i>Luna plena pulchrior,</i>	<i>Mortis et moestitiae</i>
<i>Splendida Maria</i>	<i>Tenebras fugavit.</i>
<i>Coeli luce clarior,</i>	<i>Tu Sol super omnia</i>
<i>Cunctis astris gratior</i>	<i>Lucens, noctis inscia.</i>
<i>Digna laude pia.</i>	<i>Tota sole amicta:</i>
<i>In te solem gratiae</i>	<i>Verac lucis gaudia</i>
<i>Christus sol justitiae</i>	<i>Fiam nobis pervia</i>
<i>Mire radiavit.</i>	<i>Per te, benedicta.</i>

San Metodio, obispo de Tiro y mártir, dedicale también este himno:

<i>Maria, tu sideris</i>	<i>Solem tu justitiae</i>
<i>Instar lucuosae:</i>	<i>Præceps auraræ;</i>
<i>Stella maris dicaris</i>	<i>Tota pulchra specie</i>
<i>Mire radiosa</i>	<i>Fulges omni hora.</i>

<i>Plena luce gratiae,</i>	<i>MATER VERT LUMINIS.</i>
<i>Rutilans, decora,</i>	<i>Splendor puritalis.</i>

Y San Andrés, obispo de Creta, dicele en uno de sus himnos:

<i>Plus decora quam aurora,</i>	<i>Stella maris, ab amaris</i>
<i>Luna præcellentior,</i>	<i>Casibus me libera</i>
<i>Et solaris luminaris</i>	
<i>Radiis fulgentior.</i>	<i>V. Lux vicinis de sanguine.</i>

R. Illustra nos, Maria, gratiae lumine

¹ Theol. Mar. Palaestr. VI, Cert XII.

² «*Umbra Virginea*» excursu 80.

carne mortal, con sólo dejarse ver movía á todos á penitencia. A este propósito escribe Timoteo Hierosolimitano: «Dirigiendo la vista á una y otra parte el justo Simeón, vió en el templo muchas mujeres, pero todas ellas marcadas con el sello y adorno propio de la humana naturaleza; y advirtió que *sola la Virgen aparecía rodeada de una luz divina é infinita*. Corriendo, pues, fué á separarla de las demás madres. . . —Ricardo de San Lorenzo dice: «Convertióse Maria en vestidura del Sol de Justicia cuando le vistió de purísima carne; y estaba *Ella misma vestida de este Sol*». Con razón, Venancio Fortunato, al cantar la celestial belleza de Maria, dice: que el Sol y todos los astros del firmamento rendian vasallaje á la Inmaculada Madre de Dios.

Como fuentes de purísima luz eran, aun viviendo

- 1 Orat. ad «*Nunc diotiris*».
- 2 Lib. XII, Serm. in *Assumpt. B. M. V.*
- 3 Lib. VIII, hymno 6.

Ore diem jaculans, radios a fronte sagittans.
Luminibus rutilis, lumen honore rotans.
Siderum speculum, illustris domus Omnipotentis.
Nullibus ex illis fulgura clara ferens.

Crystalium, electrum, aurum, ostrum, concha
alba, smaragdus, ®

Quo tua forma nitet, cuncta metalla jacent.
Nix premitur candore tuo, sol, erinis honore,
Palescent radii, Virgo, decore tu.
Lichmies hebes est, cedit tibi Lucifer ardens,
Omnibus officis lampade maior ades.

sobre la tierra, los celestiales ojos de María; y algunos¹, recordando aquellas sagradas palabras del Cantar de los Cantares:² «*Aparta de mí tus ojos, pues ellos me han hecho salir fuera de mí, y me arroban.*» las comentan en estos términos: «Oh Virgen, que te dedicas á la altísima y purísima contemplación de la divinidad, aparta de ella los ojos del espíritu, y aplicalos á contemplar el misterio de la Encarnación del Verbo, que en tí se verifica; porque esos ojos de la pureza de tu alma como que me arrobaron é hicieronme volar del seno del eterno Padre á tu seno purísimo. De estos ojos augustos del alma de María daban alguna idea los ojos purísimos de su cuerpo virginal, que despedían destellos los más expresivos de su encendido amor de Dios. De ellos decía el Poeta:

«Luces del alma, soles del espíritu, teas del corazón, estrellas del entendimiento. Oh semblante, oh cielo, velado con tantas y tan divinas luces!» — «*Ojo del cielo.*» la llama Ricardo de San Lorenzo³, es decir, ojo de la Iglesia ilustrada por los santos, como otras tantas estrellas, por razón de su inmaculada pureza; porque así como el ojo ilumina

1 Alapide. *In Cant.* c. VI.

2 *Cant.* VI—1.

3 «*Charissimae luces
Nivissimi soles,
Felicissimae faces,
Augustissima sidera.*»

4 De Laud. Vig., lib. IV.

todo el cuerpo, así María ilumina toda la Iglesia, que es el cuerpo místico de su divino Hijo, con los rayos de sus santos ejemplos: por eso se dice de Ella: «cuya inclita vida ilumina todas las iglesias.» — «*Ojo para el ciego.*» la aclama Alberto Magno,¹ es decir, ojo para el pecador; pues le guía mostrándole el camino, y alejándole del abismo del infierno. — «*Ojo del orbe.*» la considera Bernardino de Bustos.² Y al meditar la pureza singular y lucidísima de esos ojos ¿quién habrá que no se sienta admirado una vez más³ de sus maravillosas gracias, de sus insignes prerrogativas y de sus deslumbradoras y purísimas luces?

1 La Biblia Mariae, en el libro de Job.

2 *Serm.* II de Assumpti, B. M. V.

3 Eco de la admiración de muchos es aquel fervoroso Franciscano del Colegio de Guadalupe de Zacatecas, autor de la «*Pintura afectuosa de la agraciada y peregrina hermosura de... María.*» cuando dice:

Ojos de paloma,	Si digo que sois
radiantes luceros,	á un mismo tiempo
¿qué diré de Vos	Sol, luna y estrellas,
que no sea lo menos?	amorchas, luceros,
Si digo que sois	me parece agravio;
antorchas del cielo,	pues junto todo eso,
ó lucidos soles,	es sombra y borran
no quedo contento,	en vuestro cotejo.
Si lunas os llamo,	Al inaccesible
me parece yerro;	sol, os asemejo,
si estrellas os nombro,	y sólo así queda
muy mirás me quedo.	mi amor satisfecho.

Maria es "Luz," por su sabiduría.

La sabiduría es luz; y de ella dice el Espíritu Santo¹ que «es el resplandor de la Luz eterna.» Y luz, por consiguiente, en razón de su admirable sabiduría, es la Inmaculada Madre de Dios, «Ciencia de las ciencias» santas, la apellida San Bernardo, y—«Ciencia» de todo el orbe.—Pablo de Heredia.—Llámanla también² Sabiduría, en la cual no hubo jamás ignorancia de secreto alguno.» La sabiduría fué en Ella perfectísima, porque más que todas las creaturas participó de la sabiduría de Dios, y de ella nos fué propuesta por Dios³ como ejemplar. Además, es Madre de la eterna Sabiduría, y en Ella redundan las justas alabanzas que por este y todos los conceptos se tributan á su divino Hijo. A María aplican los sagrados Comentaristas aquellas palabras del inspirado libro del Eclesiástico:⁴ «Desde el principio ó ab eterno, y antes de los siglos, ya recibí yo el ser, y no dejare de existir en todos los siglos venideros.» Porque ella fué ab eterno predestinada para ser prin-

1 Sap. VII, 26.

2 Serm. I. sobre la Salve, Regina.

3 De Concepción B. Marie V.

4 Bto. Alberto Magno, *Biblia Mariæ* sobre *Missus est*

5 Alapide, *In Eccl.* c. 24.

6 Eccl. XXIV, 14.

7 Alapide, *In Eccl.* XXIV.

cipio de las obras de Dios, ó sea de todas las creaturas; y para que fuese idea de la santidad á que había de elevar á los ángeles, apóstoles, mártires, vírgenes y confesores. Otorgóle el principado de gracia y de gloria; y le concedió también el de santidad y el de dominio, pues la destinó para ser la Reina y la Señora de todas las creaturas. Fundado en esta doctrina, el abad Ruperto supone á la Santísima Virgen⁵ meditando agradecida y humilde estos altísimos conceptos: «Antes de nacer, ya estaba yo en la presencia de Dios; antes de ser yo formada, le era perfectamente conocida. Me eligió antes de la creación del mundo, para que fuese santa é inmaculada en su presencia por la caridad.» Y si sus delicias son el estar con los hijos de los hombres; ¿cuánto mayores no habrán sido al contemplar y conversar con María, milagro de perfecciones y grandezas entre todos los hijos de los hombres? Esta consideración movía á San Juan Damasceno⁶ á llamarla «bismo de milagros y cúmulo de las más estupendas maravillas.»

Todos los dones y gracias que en algún tiempo han sido concedidos á todos y á cada uno de los santos, todos ellos y en toda su plenitud han sido otorgados á María; y esto, en que convienen todos los Teólogos, dedúcese, como explican San Sofro-

1 In Cant. II.

2 Serm. I de Nativitate B. M. V.

nicio y San Pedro Crisólogo,² de aquellas palabras del sagrado libro de los Proverbios: *Muchas son las hijas que han allegado riquezas; mas tú, á todas las aventajado.* Por esto decía San Bernardo:³ «Todo aquello que á alguno de los mortales, aunque sean pocos, haya sido concedido, de ningún modo se puede creer haya sido negado á tan excelsa Virgen, por la cual los mortales llegaron á conseguir la vida.»

Aplicanse también á la Santísima Virgen estas palabras del Eclesiástico: *Yo como canal de agua inmensa, derivada del río, y como acequia sacada del dioryx, y como un acueducto salt del paraiso;* y así la comenta San Buenaventura:⁴ «Todas las gracias entran en María, porque en Ella entran el río de gracias de los ángeles, y los de las gracias de los patriarcas, profetas, apóstoles, mártires, confesores, vírgenes y doctores; pero, ¿qué extraño, si todas las gracias vienen á converger en María, de la cual se van derivando, después á cada uno de los fieles?» Aun el mismo Mahoma, el llamado profeta de los musulimes, no vacila en rendir á la Santísima Virgen en su Alcoran algunos elogios, escribiendo: «Dijo el ángel Gabriel á María: ¡Oh María! Dios

1 Serm. de Assumptione.

2 Serm. 143.

3 Pröv. XXXI, 29.

4 Serm. 174.

5 Eccl. XXIV, 41.

6 In Speculo, cáp. III.

te ha elegido y dado gracia, y te predestinó sobre todas las mujeres de todos los siglos, y te puso como un nuevo medio entre los hombres de la tierra y los ángeles de Dios, en el paraiso de delicias.» Es, por lo tanto, muy lógico asegurar que, puesto que excedió María en todo género de gracias, prerrogativas y dones á todos los ángeles y á todos los hombres, excedió también en sabiduría á los más célebres Doctores, y aun á los encumbrados querubines.

Entre tan singulares gracias debemos contar la de la *ciencia infusa*, que no puede ser adquirida por estudio, sino que gratuitamente la concede Dios nuestro Señor. Muchos son los sagrados Doctores y los Teólogos que se extienden en encomiar este privilegio de María; pero merecen especial mención el Beato Alberto Magno,¹ San Bernardino de Sena,² el Doctor Eximio Suárez,³ Salazar⁴ y Luis Torres.⁵ Si tuvieron ciencia infusa nuestros primeros padres; si gozó también de ella Salomón, y aun de una manera transeunte algunos de los Profetas,⁶ ¿cómo no había de poseerla con mucha mayor razón la Santísima Virgen? Así lo considera, entre muchos, Dionisio el Cartusiano, que en pocas

1 Super Missus est, cap. 149, 176; 177, 197.

2 T. II, sec. 51, art. 1, cap. 2.

3 T. II in 3, part. disp. 18, sect. 2.

4 De Concep. c. 32.

5 Centur. 3, dub. 14.

6 El Abulense, In III Reg. IV, quæst. 11.

frases encierra un gran pensamiento: «Así como convino que el Santo de los santos tuviese una Madre Santísima, pues al que es esencialmente Santo se le debía una Madre de tanta santidad, que no pudiese haberla de santidad mayor después de Dios; así también, á Cristo, que es la Sabiduría del Padre y origen fonal de toda sabiduría, convenia tener una Madre sapientísima y de sabiduría tal, que ningún hombre sobre la tierra, y por la misma razón ningún ángel en el cielo, pudiese ser más sabio. Porque, ¿en quién podría obrar con más eficacia la superabundante fuente de sabiduría, Cristo nuestro Señor, á quien pudiera iluminar y transformar mejor con la unción de la sabiduría, que á su propia Madre? Por esto, de la Sabiduría eterna se derivaron en Ella con grande plenitud los rayos de la verdadera sabiduría; y así como fué en la santidad muy semejante á su divino Hijo, ASÍ LO FUE TAMBIÉN EN LA SABIDURÍA.»

No menos expresivo aparece el piadoso abad Rupert, al exponer estas palabras que el Espíritu Santo pone en boca de la sagrada Esposa de los Cantares: «*Introdujome el Rey en su gabinete.*» Y ¿cuál es este gabinete del divino Rey? Todos los sagrados misterios que contiene la Escritura. Ninguno de ellos me ocultó, sino que exaltó suarvisimamen-

1 De preceonio B. Virginia, art. 1. 2.

2 In Cant. 1.

3 Cant. 1, 3.

te mi alma con todo linaje de dulzuras. El que infundió en mi todo su Verbo, que estaba y está en su divino Corazón, *¿cómo no habia de darme con El todas las demás cosas?* Esta ciencia infusa, esplendísimas y exuberante, la tuvo ya la Santísima Virgen desde el primer instante de su Inmaculada Concepción. «En su primera santificación, dice San Bernardino de Sena, en cuanto á la razón y al entendimiento le fué infundida por Dios tanta claridad de sabiduría, que conocia perfectamente las creaturas, y en cuanto es posible, al Creador, los espíritus todos, y el bien que puede seguirse y el mal que debe evitarse.» Por esta ciencia infusa no sólo conocia la Santísima Virgen los objetos sobrenaturales, sino también, como Cristo nuestro Señor, las cosas naturales: De manera que todo el tiempo de su infancia gozó del uso de la razón y entendia perfectamente las cosas celestiales, y aun durante el sueño podia ocuparse en la contemplación y amor de Dios, y en todos los instantes de su santísima vida dedicábase á la actual consideración de las cosas divinas, sin que por ello pudiera sentir cansancio ó fatiga alguna, pues el cuerpo sólo se fatiga en la contemplación del entendido.

1 Dionisio Rikello, *In Cant.*, c. v.

2 Tract. de Virgine, sec. IV, art. 1. cap. 4.

3 Suárez, *De Incarnatione*, disp. 29, sec. 1. et 3.

4 Ragusa, disp. 90.—Calbera, quaest. 11, art. 6, disp. 3.

5 Iansuari Bacceroni, S. J. *Commentarii de B. Virgine Maria*, Comm. 19.

miento por su necesaria cooperación y la concomitancia de los fantasmas. Todos estos privilegios de que gozan los ángeles, ¿qué maravilla es los gozase también la Reina purísima de los ángeles y Madre inmaculada del mismo Dios?

Tenia, además, la Santísima Virgen, ciencia natural adquirida, es decir, la que alcanzamos con el uso de nuestros sentidos y la repetición de nuestros actos; porque esta ciencia es una perfección en el orden natural, y, por lo mismo que es perfección, era muy propia de la celestial Señora. Ella veía los objetos con sus respectivos colores por medio de especies impresas sensibles; oía las palabras y percibía las cosas tangibles, odoríficas y gustables; comprobaba por la experiencia las verdades que con la intervención de otras ciencias conocía claramente desde el primer instante de su purísima Concepción; y el conocimiento de estas cosas que por medio de sensaciones formaba en su purísimo entendimiento, es lo que llamamos ciencia experimental.

Entre muchas y profundísimas ciencias y todo género de conocimientos que poseyó la Santísima Virgen, cuéntase el don de lenguas,¹ que recibió en compañía de los Apóstoles, cuando sobre éstos, y muy especialmente sobre Ella, descendió el Espi-

¹ Raynaud, S. J. *Opp. t. VII. Dypt. Mar. prolog. et. caut.* part. II, p. 5.

² Biblia Mariana, *Act. Apóst.*

ritu Santo; y aun antes de este tiempo, porque no es creíble hubiese dejado de entender lo que le decían los Magos y lo que en su destierro le hablaban los egipcios; pues aunque la celestial Señora no estaba destinada á recorrer el mundo predicando la fe cristiana, muchas ocasiones se le habrán ofrecido en Jerusalén y en Efesó de consolar é instruir á cristianos de diferentes países, que acudían á visitarla para gozar del consuelo de conocer personalmente y consultar sus dudas¹ con la Purísima Madre de Dios. El divino Salvador, salva ligerísima excepción, no predicó más que á los judíos: «*Yo no soy enviado, decía El mismo,² sino á las ovejas perdidas de la casa de Israel;*» y, sin embargo, por más que no le necesitase, tenía el don de lenguas. Era, pues, muy propio que de él gozase también su santísima Madre, á la cual en nada podían aventajar los Apóstoles, ni las demás criaturas, tanto las humanas como las angélicas; mucho más cuando este don de lenguas le recibían³ con frecuencia en el acto de la Confirmación muchos de los fieles.

Brilló también la inmaculada Virgen María por su *elocuencia*, con mayor razón que el sabio hijo de David, á quien atribuye el Espíritu Santo estas pa-

¹ San Antonio, part. IV, tit. 13, cap. 19, § 8.—Beato Alberto Magno, sobre «*Missus est,*» cap. 153.

² Matth. XV—24.

³ Act. VIII—17—IX—6.

labras: ¹ «A mi me ha concedido Dios el expresar con claridad lo que siento, y el tener pensamientos dignos de los dones recibidos del Señor.» Y cierto, que todas las gracias de sublimidad y de feliz expresión que caracterizaron en algún tiempo á los más eminentes oradores, las poseyó con creces la Santísima Virgen, cuya elocuencia fué, sin duda, mucho mayor que la de nuestros primeros padres, ² á quienes dió el Señor, como dice el Espíritu Santo, ³ «ingenio para inventar, y los llenó de las luces del entendimiento,» para que interpretasen con energía y explanasen con escogidas palabras las operaciones del Señor y la virtud y elementos de las creaturas. Y si «la lengua de los sabios da lustre á la sabiduría,» como asegura el sagrado libro ⁴ de los Proverbios, ¿cuáles no serian los bellísimos cantos de sólida y escogida elocución con que expresaría sus elevados conceptos la Inmaculada Madre de Dios?

Plenisimo conocimiento tenía de las sagradas Escrituras, y sin poseer la práctica y los más propios y aventajados recursos de la retórica, no hubiera podido debidamente interpretar los relatos y descripciones de Moisés, ⁵ llenos de majestad, notables unas veces por la abundancia de amenidades poéticas, y otras por la terrorífica gravedad

¹ Sap. VII—15.

² Theol. Mar. Palaestr. XIV, Cerr. III.

³ Eccli, XVII—V.

⁴ Prov. XV—2.

⁵ Theol. Mar. *ibid*.

que imponen los mismos acontecimientos de que es historiador y testigo. La importancia y seriedad de las sentencias de Job, la belleza de sus descripciones y la elegancia de sus tropos; los copiosos recursos de sobrehumana elocuencia del inspirado Salmista y de su hijo Salomón, ora tronando y despidiendo rayos de terrible indignación contra los impíos, ora ablandando y moviendo con tiernas frases de encantadora suavidad los más obstinados corazones; los diversos giros y peculiares locuciones de los profetas, sus alusiones más ó menos claras, sus historias, quejas, vaticinios, alegorías, y la abundancia, variedad y belleza de sus figuras retóricas; todo esto lo comprendía á maravilla la Purísima Virgen, y para ello debía estar dotada de tales conocimientos y recursos de oratoria, como no los han poseído jamás los más célebres literatos y los más aventajados oradores que han alentado sobre la tierra. Admirábase en todo cuanto hablaba celestiales dotes de majestad y de suavidad, ¹ copia admirable y embelesadora variedad en sus frases y sentencias, gravedad en las palabras, y propiedad y finura en la dición. Sea que tratase alguna vez de la naturaleza y hermosura del cielo ó de la inconstancia de los bienes de la tierra; sea que hablase de Dios nuestro Señor y de su adorable providencia, para excitar á los hombres al arduo y difícil camino de las virtudes, re-

¹ Theolog. Mar. *ibid*.

traerlos de la peligrosa senda del vicio, librarlos de las eternas penas del infierno é inflamar los ánimos en el amor de Dios; sus palabras eran tan escogidas y elocuentes, su expresión tan natural, oportuna y ardorosa, que con misteriosa eficacia ablandaba los más duros corazones, y movíalos invariablemente á la virtud.

Y bien se puede decir de Ella, y con mayor motivo, lo que de Salomón dice el Espíritu Santo: *«Venían de todos los países á escuchar la sabiduría de Salomón, y enviados de todos los reyes de la tierra, entre los cuales se había esparcido la fama de su sabiduría.»* Nada significan respecto de la gracia y elocuencia de la Santísima Virgen las bendiciones y vaticinios de Jacob respecto de su hijo Neftali cuando predecía: *«Neftali será como un ciervo que se ve sueño, y la GRACIA SE DERRAMARÁ SOBRE SUS LABIOS;»* porque de Ella ha dicho con admirable propiedad el Espíritu del Señor en el Cantar de los Cantares: *«Como cinta de escarlata tus labios, tu hablar dulce y sonoro;»* como si quisiese decir que con sus palabras, como con cadena de oro, ligaba las inteligencias y los corazones de cuantos la oían. «Porque tu palabra, decía Teodoréto, los encanta y dulcemente los encadena.» No es maravilla que con estas palabras enconie la belleza y dulzura de

1 III Reg. IV—34.

2 Gen. XLIX—21.

3 Cant. IV—3.

su expresión el divino Esposo de los Cantares: *«*

«Son tus labios, oh Esposa mía, un panal que destila miel: miel y leche tienes debajo de la lengua.» Con esta dulzura arrancaba María del estado de perdición á los pecadores, y los dirigía hacia la vida eterna; y no sólo esto, sino que en las maravillosas conquistas de su celestial elocuencia llegó á atraer á su seno purísimo desde el seno del Eterno Padre al Unigénito del mismo Dios. ¿Qué extraño que de Ella diga San Anselmo *«* que «todos los hombres admiraban su elocuencia?» Y es de notar que no se limita el Espíritu Santo á comparar la dulzura de sus palabras con la dulzura de la miel, sino que *«* sus labios son un panal que destila miel; porque además de regalar con miel al paladar, el panal ofrece otro elemento no menos precioso, la cera que proporciona luz. No sólo eran dulces y suavísimas con admirable elocución y embelesadora elegancia las palabras de la Santísima Virgen, sino que *«* ilustraban con divina luz las inteligencias y encendían los corazones, disponiéndolos para la virtud.

Esta encantadora elocuencia de María sobresale en su precioso cántico *«Magnificat,»* cuyas frases todas son sobremanera elevadas y enfáticas; brillan en él la sublimidad de los pensamientos, la delicada elección de tropos y figuras retóricas, la riqueza de escogidas locuciones y una gracia, ma-

1 Cant. IV—11.

2 Opusc. de forma et moribus b. Virginis.

jestad y elegancia verdaderamente avasalladoras en fuerza de su misma grandeza y elevado misticismo. Admirable es aquella hermosa gradación con que va conmemorando los beneficios recibidos del Señor y dándole gracias; de éstos pasa al mayor beneficio de todos, el de la Encarnación, el cual ensalza diciendo:¹ «Acordándose de su misericordia, acogió á Israel su siervo». Analizando con breves palabras este bellissimo Cántico, dice Garson:² «Hay otros beneficios de Dios, grandes en demasía, que nuestra cejestial jovencita canta en su salterio de diez cuerdas, engrandeciéndolo en su alma al Señor, transportado de gozo su espíritu en Dios su Salvador. Le engrandece, porque ha tenido en cuenta la humildad de su sierva, porque habian de aclamarla bienaventurada todas las generaciones, y porque habia hecho en Ella cosas grandes, relacionadas con la grandeza de Dios en sí y el singular beneficio á Ella concedido; y por consiguiente, procede insinuando de un modo general otros beneficios, uniendo en varia y trópica antítesis la divina severidad con la misericordia, la exaltación de los humildes con la dispersión y abajamiento de los soberbios, y la vana abundancia con la salvadora pobreza. Finalmente, como oradora elocuentísima, termina en absoluto con esta palabra: «Co-

- 1 Salmerón, tom. III, tract. XI.
- 2 Theol. Marian. *ibid.*
- 3 Luc. 1—54.
- 4 Sobre el *Magnificat*.

gió á Israel su siervo» Observa Maldonado¹ que esta cantora celestial no nombra á Dios en el «*Magnificat*», sino describiéndole con alguna figura oratoria que tenga mayor énfasis, é indicándole con honoríficos epítetos. Así que, no dice simplemente que Dios ha hecho en Ella cosas grandes, sino que con elegante perifrasis exclama:² «Porque ha hecho en mí cosas grandes. Aquel que es todopoderoso». Bien pueden aplicarse á María aquellas sagradas palabras del libro de los Proverbios:³ «*Abre su boca con sabios discursos, y gobierna, su lengua la ley de la bondad y del amor.*» Y para que entendamos que, en tan soberana elocuencia, primero pensaba atentamente, y hablaba después con profundas y suavísimas palabras, dícela el divino Esposo de los Cantares:⁴ «*Tus cabellos dorados y finos, como el pelo de los rebaños de cabras que vienen del monte Galaad. Tus dientes blancos y bien unidos como halos de ovejas traquiladas. . . . Como cinta de escarlata tus labios;*» porque en los cabellos simboliza los pensamientos, y en los dientes y labios las palabras.

No sólo elocuente, sino *poetisa* y distinguida en la música era la Santísima Virgen. Y que esto no era indigno de su celestial modestia ni de su altísima dignidad, pruébalo el hecho de haber descollado en la poesía y en la música los reyes David y Salomón.

1 In Luc. c. 1.

2 Luc. 1—49.

3 Prov. XXXI—26.

4 Cant. IV—1 y 2.

el caudillo y legislador Moisés, el profeta Jeremías y tantos otros personajes serios é ilustres del antiguo y nuevo Testamento. El *Magnificat* es un cántico poético de composición métrica, grave y suavísimo, notable por el peso de las sentencias y lo grandioso de su elocución; cántico tal, que deja muy atrás y oscurece casi por completo las más preciosas composiciones de los poetas profanos y de los sagrados profetas. Respecto á la *música*, el beato Alberto Magno afirma¹ que la Santísima Virgen estaba en ella sumamente instruida, y que con voz meliflua y en ritmo suave cantaba los Salmos de David y otros cánticos é himnos de la sagrada Escritura. A esta voz dulcísima se refiere el Espíritu Santo, al decir por el Esposo de los Cantares: *«Suenen tu voz en mis oídos; pues tu voz es dulce y hermoso tu semblante.»* Con aquellos suavísimos cánticos adormecía en su infancia al divino Niño Jesús, y más adelante disipaba en alguna manera las nubes de resignada tristeza que cubrían su bellísimo rostro; con ellos celebraba las magnificencias del Señor y sus grandes beneficios, y engrandecía en tiernas y entusiastas alabanzas el poder, la bondad y los demás atributos de la Majestad divina.

En verso compuso la Santísima Virgen el *Magnificat*,² pues sólo las composiciones métricas se-

1 Luc. I—49.

2 Cant. II—14

llaman propiamente cánticos, y su destino era el de ser cantados. Por eso algunos llaman³ este cántico «Mariana cítara, perfectísimamente templada;» Gerson⁴ le da el nombre de «Salterio decacordo», ó de diez cuerdas. El Beato Canisio⁵ calificale de «primer himno del nuevo Testamento.» San Agustín llama con cariñoso respeto á María «timpanistría» ó tañedora de timpano, diciendo: *«Oid de qué manera canta nuestra tañedora de timpano: Dice pues: Mi alma engrandece al Señor.»* Con admiración entusiasta hacia este inimitable Cántico, dice⁶ Santo Tomás de Villanueva: «Cállen todas las Musas, enmudezcan las más celebradas entre los gentiles, y guarden silencio la furibunda Sibila, la Poesía armoniosa, la dulce Sirena y la cantadora Filomela; calle toda alabanza armónica de hombres y de aves. Suenen la cítara del Rey, canta la Inmaculada Virgen Madre de Dios, oigámosla cantar: Mi alma engrandece al Señor. ¡Con qué gracia, con qué elegancia rectifica, cantando, las alabanzas que la tributaria su anciana prima! ¡Con qué piedad y de qué manera tan humilde refiere á Dios, dador de todos los bienes, los elogios que se la rinden, y llena de gozo, inflamada con el fervor de su espíritu dirige al Señor este

1 Theol. Mar. Palestre. XIV. Cert. III.

2 Trácese II in Magnificat.

3 Tomándolo del Beato Beda.

4 Serm. X De Sanctis.

5 In Conc. De Visitat. Virginis.

precioso cántico! Aquella Virgen, que tan pocas veces hablaba, sientese como compeliada á cantar en fuerza de la magnanimidad de su espíritu.

Y que el cantar no desdecía de la grandeza altísima de María, lo prueba el haber cantado también alguna vez el mismo Dios hecho hombre: pues de El dice el Evangelista que la víspera de su Pasión, «dicho el HIMNO en acción de gracias, salieron hacia el Monte de los olivos.» San Agustín afirma que este himno fué cantado: «No es himno, observa él, aunque sea alabanza, ni alabanza de Dios, si no se canta.» Opinión, que con estas palabras corrobora San Jerónimo: «Himno es un cántico en honor de Dios.»—Y no menos expresivo se muestra San Juan Crisóstomo, al decir¹ del divino Jesús: «Dio gracias y cantó el himno, para que en esto le imitemos nosotros.»

1 Drexelio, p. 2. «De Christo Moriente», c. 1, § 4.

2 Matth. XXVI—30.

3 In. Ps. XXXIX.

4 In cap. V. Amos et in cap. V. Epist. ad Ephesios.

5 Homil. LXXXVI in cap. 6. Matth.

VI

Nada acerca de los divinos misterios le enseñaron los hombres, ni aun los ángeles. Los discípulos de María adelantaron en sabiduría en breve tiempo.

La admirable sabiduría de la Inmaculada Madre de Dios nada debió jamás á la ciencia de los hombres acerca de los divinos misterios; y así lo confiesa el Doctor Eximio¹ respecto á la sustancia y al perfecto conocimiento de los misterios de la fe. En cuanto á otras circunstancias y á la inteligencia de algunos pasajes de las sagradas Escrituras, cierto que la celestial Señora nada ha aprendido de los hombres, ni convenia que éstos en manera alguna enseñasen á la que de un modo tan singular había sido discípula del Espíritu Santo, y había de ser después maestra de los Apóstoles y luz de toda la Iglesia, y, lo que es infinitamente más honroso, Madre de la increada Sabiduría. Que Dios nuestro Señor se ha dignado ser su Maestro, inmediatamente en unas cosas, y mediante los ángeles en otras, dícelo San Bernardo² al hablar del inefable misterio de la Encarnación, con estas palabras: «Convino que de este misterio tuviese noticia por ministerio de un ángel, más bien que por medio del hombre, para que no apareciese la Madre

1 Suárez, t. II, in 3. p. disp. 19, sect. 2.

2 Homil. IV super Missus est.

precioso cántico! Aquella Virgen, que tan pocas veces hablaba, sientese como compeliada á cantar en fuerza de la magnanimidad de su espíritu.»

Y que el cantar no desdecía de la grandeza altísima de María, lo prueba el haber cantado también alguna vez el mismo Dios hecho hombre; pues de El dice el Evangelista que la víspera de su Pasión, «dicho el HIMNO en acción de gracias, salieron hacia el Monte de los olivos.» San Agustín afirma que este himno fué cantado: «No es himno, observa él, aunque sea alabanza, ni alabanza de Dios, si no se canta.» Opinión, que con estas palabras corrobora San Jerónimo: «Himno es un cántico en honor de Dios.»—Y no menos expresivo se muestra San Juan Crisóstomo, al decir¹ del divino Jesús: «Dio gracias y cantó el himno, para que en esto le imitemos nosotros.»

1 Drexelio, p. 2. «De Christo Moriente», c. 1, § 4.

2 Matth. XXVI—30.

3 In. Ps. XXXIX.

4 In cap. V. Amos et in cap. V. Epist. ad Ephesios.

5 Homil. LXXXVI in cap. 6. Matth.

Nada acerca de los divinos misterios le enseñaron los hombres, ni aun los ángeles. Los discípulos de María adelantaron en sabiduría en breve tiempo.

La admirable sabiduría de la Inmaculada Madre de Dios nada debió jamás á la ciencia de los hombres acerca de los divinos misterios; y así lo confiesa el Doctor Eximio¹ respecto á la sustancia y al perfecto conocimiento de los misterios de la fe. En cuanto á otras circunstancias y á la inteligencia de algunos pasajes de las sagradas Escrituras, cierto que la celestial Señora nada ha aprendido de los hombres, ni convenia que éstos en manera alguna enseñasen á la que de un modo tan singular había sido discípula del Espíritu Santo, y había de ser después maestra de los Apóstoles y luz de toda la Iglesia, y, lo que es infinitamente más honroso, Madre de la increada Sabiduría. Que Dios nuestro Señor se ha dignado ser su Maestro, inmediatamente en unas cosas, y mediante los ángeles en otras, dícelo San Bernardo² al hablar del inefable misterio de la Encarnación, con estas palabras: «Convino que de este misterio tuviese noticia por ministerio de un ángel, más bien que por medio del hombre, para que no apareciese la Madre

1 Suárez, t. II, in 3. p. disp. 19, sect. 2.

2 Homil. IV super Missus est.

putrisima ajena á los consejos del Hijo, y para que, conociendo Ella mejor el tiempo y el orden de las cosas, enseñase la verdad á los escritores y predicadores del Evangelio, puesto que desde un principio habia sido plenamente instruida de todos los misterios de una manera celestial.¹

De San Juan Bautista fundadamente creemos que en la lectura, escritura, en las verdades de la Ley Mosáica y en la manera de predicar fué instruido por el Espíritu Santo. De él díce San Juan Crisóstomo: «Así, pues, habiendo renunciado Juan á todo lo de este mundo, no necesitó de maestros, pues fué enseñado de un modo celestial.» Por eso eran tan bien recibidas las enseñanzas del Bautista, pues todos sabían que su ciencia no habia sido adquirida por medios humanos. Juan, dice San Bernardo,² es enseñado como ángel por el Espíritu de Dios. Porque tanto más se acercaba á Dios, cuanto que era voz próxima al Verbo, y no convenia que entre éste y Juan mediase otra voz que de algún modo fuese oída. No enseñó á Juan la predicación, sino la inspiración, de la cual le llenó el Espíritu Santo en el seno materno. De algunos otros nos dicen las historias que han recibido en igual ó menor escala este beneficio; y lo mismo refieren de Alfonso de Madrigal, Obispo de Avila, comunmente llamado «el Tostado», á quien

¹ Homil. 12 in Joann. t. 3.

² Serm in Nativit. S. Juan. Bapt.

el Señor infundió el conocimiento de las artes liberales, y tantos otros que campean en los muchos libros que escribió con ciencia tan profunda, tan vasta extensión y forma tan oportuna y tan propia; lo cual se hace tanto más creíble, cuanto que sólo vivió cuarenta años, y en muchos de ellos desempeñó los cargos de consejero del Rey de España y profesor de filosofía, teología y Derecho canónico y civil en la universidad de Salamanca. Si, pues, tan grande privilegio ha sido concedido por Dios á algunos hombres extraordinarios y santos de singulares méritos, ¿qué mucho que haya sido otorgado sin medida ni género alguno de limitación á la Reina Purísima de todos los santos?

No es de extrañar que de Ella diga San Antonino³ que ha enseñado más á los hombres, que las mismas sagradas Escrituras. Por gracia de Dios nuestro Señor, mayores verdades se nos han mostrado en María, que en la Escritura; porque á ésta emoblecó para que hablase de El; pero á María la elevó para que en Ella se nos muestre Cristo nuestro Señor; en la Escritura son muchas las figuras que nos representan á Cristo; pero es María la que le viste de carne putrisima; en aquella Cristo se nos anuncia, en María se nos muestra; en la Escritura ocúltase Cristo como en página muerta, en María aparece revestido con su Humanidad sacratísima. Y la ciencia de esta celestial

³ l. 4, p. tit. 15, c. 22.

Señora abarcaba sin ninguna limitación toda la sagrada Escritura, como observa San Agustín: «Considera, María, las lecciones de los profetas: porque nada te se puede ocultar de la ciencia de los divinos libros.» Y si tal es, como no pudiera menos de ser, el sentir de San Agustín respecto á la vasta extensión de la ciencia de María, bien podemos decir de esta Señora amabilísima con mayor razón que del eminente Doctor de la Gracia decían sus discípulos, que llegó á saber¹, sin que ningún mortal se lo enseñase, todo cuanto se contiene en las sagradas Escrituras y en todo linaje de libros, de artes y de ciencias.

Pero no sólo de los hombres, pero ni aun de los ángeles aprendió cosa alguna la Santísima Virgen: lo cual nos enseña San Bernardo², refiriéndose al consolador misterio de la Encarnación; porque preguntado por María el arcángel San Gabriel cómo había de verificarse el misterio altísimo que la anunciaba, contesta respetuoso³ el celestial parainfo: «*El Espíritu Santo descenderá sobre ti, y la virtud del Altísimo te cubrirá con su sombra.*» Como si

¹ Serm. 9, de Tempore.

² *Hic omne quod in litteris,
Quod artibus, in liberis,
El quidquid in scientiis,
Nullo tradente, concipit.*

³ Teolog. Mar. Palaestr. XV. Cert. IV.

⁴ Homil. 4, *super Missus est.*

⁵ Luc. 1:35.

dijese, observa San Bernardo: ¿Qué me preguntas á mí lo que muy pronto sabrás por ti misma? De ciencia cierta lo sabrás, y lo sabrás felicisimamente, enseñándote tu mismo Creador; porque yo sólo he sido enviado para anunciarte tu virginal concepción; otro es el que de un modo infelible obrará en ti esta maravilla.» La misma preciosísima lección nos da el doctor Meliflúo, cuando dice: «¿De qué manera podré yo indicar que ha sido conocido antes por los ángeles aquel misterio tan incomprendible, sobre el cual preguntaba solícita la Purísima Virgen? Pero pareceme que, dicho sea sin ofensa suya, ni le conocía el mismo que le anunciaba; lo cual reconoce él mismo, y lo advertiremos si nos fijamos en sus palabras. Porque, respondiendo á María le dice: «El Espíritu Santo descenderá sobre ti.» ¿Por ventura no se refiere con esto al magisterio del divino Espíritu, con cuya unción debería ser enseñada en cosas de que el arcángel no presumía tener ninguna ciencia?»

Ved, pues, con cuánta razón podemos asegurar que María, la Madre Santísima de la Luz, es la más sabia de todas las creaturas, Ella es la dispensadora de todas las ciencias⁴, y el acueducto de toda inteligencia, para que, como dice San Bernardo⁵, á todos pueda comunicar algo de la plenitud

¹ Epist. 77.

² Theol. Mar. Palaestr. XV. Cert. VI.

³ Serm. 11 de *Nativit. Mariae.*

de su sabiduría. No bastaba á la amabilísima María que Ella sola gozase de esta admirable plenitud: era preciso, como Maestra universal del humano linaje, que su ciencia se derramase por todas las inteligencias para la salvación de todos los hombres, y se difundiese de una manera especial, como distribuida en purísimos rachuelos de todos los ramos del saber, sobre los Doctores católicos. Así lo ha querido Su divina Majestad para mayor honra de su Madre purísima, y bien podemos decir que, por adorables designios del Altísimo, en más breve tiempo ha enseñado Ella á algunos de los más celebrados Doctores, que el que en oraciones ha invertido para el mismo fin el mismo divino Verbo. Símbolos fueron de este fenómeno interesantísimo, en que tan claro aparece el amor de Dios nuestro Señor hacia su purísima Madre, la columna que guiaba á los hebreos por el desierto camino de la Tierra de promisión, y la milagrosa estrella que desde Arabia dirigía á los Magos á la venturosa cueva de Belén. De la columna dice el Espíritu Santo: *«Condijole por diferentes rodos durante cuarenta años, y le adiestró, y guardóle como la niña de sus ojos... El Señor fue su único cau-dillo»*. Cuarenta años empleó el Señor en preparar á los hebreos, durante aquella penosa peregrinación por el desierto, para que llegasen á tener alguna idea de que es justo y remunerador. De la

1 Deuter. XXXII—10 y 12.

estrella decían los mismos Magos: *«¿Dónde está el nacido Rey de los judíos? porque nosotros vimos en oriente su estrella, y hemos venido con el fin de adorarle.»* Apenas ven la estrella, conocen que ha nacido el gran Rey, y vienen á adorarle. No tardan cuarenta años, como los hebreos en el desierto, ni siquiera cuarenta días, en conocer las verdades que quiere enseñarles el Señor; *«ven la estrella y vienen; y saben á qué vienen, pues vienen sólo con el objeto de adorarle. Y es que allá en la cueva felicísima de Belén, donde pugnaba por ocultar sus rayos el eterno Sol de Justicia, brillaba con disimulado fulgor una estrella. ¿Cuál? «Lucía una estrella en el aire, dice San Pedro Damiano, brillaba una estrella en la tierra, resplandecía el Sol en el pesebre. La estrella en el aire era cuerpo lúcido; la estrella en la tierra, la Virgen María; el Sol en el pesebre, Cristo.»* Esta notable diferencia en el método de enseñanza entre la columna y la estrella notaba admirado San Máximo, cuando decía: *«Observad, hermanos, cómo una sola estrella bastó para que los caldeos buscasen animos a un Rey de reyes, y al pueblo judaico ni una columna de fuego bastó para convertirle.»*

Contemplaba en sueños Jacob, caminando hacia Mesopotamia, *«una escuela hija en la tierra, cuyo re-*

1 Matt. II 2.

2 Serm. de Epiph.

3 Homil. 1 de Epiph.

4 Gea. XXVIII—12 y 13.

nate tocaba en el cielo, y ángeles de Dios que subían y bajaban por ella, y el Señor apoyado sobre la escala. Y al despertar, «dijo»: Verdaderamente que el Señor habita en este lugar, y yo no lo sabía... Notable suceso, que, durante el sueño, conozca Jacob al Señor apoyado sobre la escala; pero todavía es más notable el que, al volver de Mesopotamia veinte años después, Jacob, después de haber luchado con Su divina Majestad abrazado á El toda una noche, no le conociese, y se viese precisado á preguntarle quién era, aun después de haberle dicho el Señor: «*¿Con el mismo Dios te hay mostrado fuerte cuánto más prevalecerás contra todos los hombres? ¿Cómo se explica esto que parece misterio? No conoce Jacob al Señor, aunque estuviese luchando con El, porque no es María la que entonces le habla; y, sin embargo, habiale conocido veinte años antes en sueños, porque la escala en que le contemplaba era figura de María, estrella brillantísima, á cuyo admirable fulgor desaparece la obscuridad de la ignorancia y disipanse las tinieblas de los más crasos errores. Con razón exclamaba Metodio¹: «Por ti, oh Santísima Virgen, que como día clarísimo que ilumina á todo el mundo, has producido el divino Sol de Justicia, disipóse el pavoroso horror de las tinieblas, y toda la tierra resplan-*

- 1 Gen. XXVIII—16.
- 2 Gen. XXXII—29.
- 3 Gen. XXXII—28.
- 4 Homil. de Pacific.

deció con la luz purísima de la verdad. A la escala de Jacob se refería San Bernardo, al hablar de María, cuando exclamaba¹: «Esta es la escala de los pecadores; ésta todo el motivo de mi esperanza.» Así la llamaba también, entre tantos otros Doctores y Padres de la Iglesia, San Pedro Damiano²: «Tabernáculo de Dios, Estrella del mar, Escala del cielo, por la cual, humillándose, desciende á la tierra el Rey supremo, y exaltado sube á los cielos el hombre, que antes yacía prostrado.» Bien hubiera podido Cristo nuestro Señor dar inmediatamente la vista al ciego de nacimiento; pero quiso que al milagro precediesen aquellos actos misteriosos de escupir en la tierra³, formar lodo con la saliva y aplicarle sobre los ojos del ciego, enviándole después á que se lavase en la piscina de Sioé, y de ella volviese con vista; para hacernos comprender que su Madre Purísima, simbolizada en aquella fuente, es verdadera Fuente de Luz que hace desaparecer las nubes de los ojos, disipa las tinieblas del alma y nos recrea con la luz de la gracia, que nos concilia la posesión de aquella indeficiente é infinita Luz, Cristo nuestro Bien.

1 Serm. de Aqueducto.

2 Homil. in Nativit. B. Virg.

3 Ion. IX—6 y 7.

VII

MARIA supera en sabiduría a los ángeles.—Es Doctora de los doctores más excelentes.—Con la luz vivísima de su sabiduría extirpó todas las herejías.

Nueva y provechosisima lección se nos ofrece de esto en el Tabor¹. A la cima de este monte singularísimo y frondoso subió un día el divino Salvador, acompañado de sus tres Apóstoles predilectos, Pedro, Santiago y Juan. «Y se transfiguró² en presencia de ellos, de forma que sus vestidos aparecieron resplandecientes, y de un candor extremado como la nieve, tan blancos que no hay lavadero en el mundo que así pudiese blanquearlos. Al mismo tiempo se les aparecieron Elías y Moisés, que estaban conversando con Jesús. Y Pedro, absorto con lo que veía, tomando la palabra, dijo a Jesús: ¡Oh Maestro! bueno será quedarnos aquí: hagamos tres pabellones, uno para Ti, otro para Moisés y otro para Elías. PORQUE ÉL NO SABÍA LO QUE SE DECÍA, por estar todos sobrecogidos del pánico... Pero ¿cómo es que Pedro no sabía lo que decía?

—Porque trataba de construir pabellones en la cima del Tabor, para perpetuar allí de esta manera aquella visión embelesadora de la Transfiguración, á pesar de que oía que Moisés y Elías³ hablaban con el divino Jesús del exceso de amor que había

1 Theol. Mar. Palaestr. XV, Cert. VI.

2 Marc. IX—1 á 3.

3 Luc. IX—31.

de hacer muy pronto en Jerusalén, muriendo por el hombre. Ya en otra ocasión¹, cuando el amabilísimo Salvador manifestaba á sus discípulos que convenia que fuese él á Jerusalén, y que allí padeciese mucho de parte de los ancianos y de los Escribas y de los príncipes de los sacerdotes, y que fuese muerto, y que resucitase al tercer día; San Pedro, que amaba con ternura á su divino Maestro, trataba de disuadirle, diciendo: «Ah Señor! de ningún modo; no, no ha de verificarse eso en Ti. Pero Jesús, vuelto á él, le dijo: Quitáteme de delante, satanás, que me escandalizas; porque no tienes conocimiento ni gusto de las cosas que son de Dios, sino de las de los hombres.»—Y esta falta de conocimiento en San Pedro es tanto más de extrañar, cuanto que tres años había que estaba oyendo de los labios dulcísimos de Jesús aquellas palabras «de vida eterna», que tanto le instruían y embelesaban. ¿Cómo se explica, pues, que sin haber frecuentado la escuela venturosa del divino Jesús, sepan más que Pedro aquellos personajes del antiguo Testamento, Moisés y Elías? ¿Se dirá que las lecciones de la otra vida los habían transformado en sabios de primer orden? Erano, sin duda; pero bien pudiéramos decir de ellos que habían aprendido mucho de la inmaculada Virgen María, Madre Santísima

1 Math. XVI—21.

2 Math.—XVI—22.

3 Ioan. VI—69.

de la Luz, aunque de una manera más ó menos misteriosa. A Ella honraban Elias y sus fervorosos discípulos los solitarios del Carmelo, desde que siglos antes de nacer la contemplara tras el sangriento sacrificio de los falsos profetas de Baal, bajo la forma de suspirada nubecilla, «como la huella de un hombre», que parecía subir creciendo majestuosa y con presagios felicísimos, de las aguas del Mediterráneo.—Moisés, al observar en el monte Oreb² que una zarza estaba ardiendo y no se consumía, resolvió acercarse para contemplar más de cerca aquel fenómeno tan maravilloso; y entonces fue cuando desde la zarza oyó la voz del Señor, que le decía: «Quitate el calzado de los pies; porque la tierra que pisas es santa.»—Pero ¿santa! ¿por qué?—Porque aquella zarza representaba á la Santísima Virgen, é hizo entonces con él oficios de celestial Maestra y Fuente de vivísima luz. «Cuando brillaba para Moisés, dice San Gregorio Niseno⁴, una estrella más luminosa que el Sol, vió que ardía una zarza, y sin embargo, sus ramas lejos de quemarse, parecían reverdecer de nuevo, merced á una continua irrigación; pero la naturaleza de aquella luz dividíase en dos objetos, pues al mismo tiempo que á los ojos ofuscaba con el esplendor de sus rayos, iluminaba el espíritu con

1 III. Reg. XVIII—4.

2 Exod. III—2.

3 Exod. III—5.

4 Commentar in S. Script.

el conocimiento de dogmas inauditos é inmortales.» Este amoroso magisterio de Maria en favor de Moisés reconoce San Juan Damasceno, cuando dice¹: «Fue creado Moisés tan notable Legislador y Príncipe, gracias á una figura y sombra de Maria,» como era la misteriosa zarza.

La inmaculada Madre de Dios, Fuente admirable de vivísima luz, supera en sabiduría á todos los ángeles, como incomparablemente los aventaja en gracia y en todo género de dones y de virtudes. Tuvo la dicha de contemplarla el evangelista San Juan² «vestida del Sol, y la luna debajo de sus pies, y en su cabeza una corona de doce estrellas;» de manera, que no sólo podía observar Maria de hito en hito los rayos del eterno Sol, sino que del mismo Sol estaba vestida; de aquel divino Sol al cual no se atreven á mirar los mismos ángeles; pues, como notó en regaladísima visión el profeta³ Isaias, «al rededor del solio estaban los serafines: cada uno de ellos tenía seis alas; con dos cubrían su rostro, y con dos cubrían los pies, y con dos volaban. Y con voz esforzada cantaban á coros, diciendo: Santo, Santo, Santo el Señor Dios de los ejércitos, llena está toda la tierra de su gloria.» Y los excede á todos en gracia y en sabiduría, como á todas las estrellas excedía en luz la maravillosa estrella que guiaba á los

1 Orat II, de Assumpt.

2 Apoc. XII—1.

3 Isaias, VI—2.

Magos á Belén, la cual, como observa San Juan Crisóstomo¹, no sólo lucía de noche, sino que brillaba también de día, sólo inferior en resplandores al Sol, como únicamente al divino Sol de Justicia se reconoce inferior la Reina purísima de los ángeles. «Con razón se nos muestra María vestida del Sol», dice San Bernardo², porque penetró el profundo abismo de la divina sabiduría mucho más de lo que podemos imaginarnos. . . . De manera que, cuanto es posible á una creatura, aparece como sumergida en aquella luz inaccesible. Con aquel fuego purificábase los labios del Profeta, en aquel fuego enciéndense los serafines; pero mucho más que ellos mereció María; y no sólo ser tocada de él muy por encima, sino cubierta por completo, y del todo vestida de aquel fuego purísimo é increado».

Ni es de admirar que superase en ciencia y sabiduría á los ángeles la Madre Santísima de la Luz, cuando aun del mismo San Juan Bautista dicen algunos Santos Padres que llegó á conocer misterios ocultos á todos los cortesanos del cielo. Sumamente deseosos se muestran éstos, según el real Profeta³, de conocer el misterio inefable de la Encarnación, pues preguntan con ansia: «¿Quién es ese Rey de la gloria?». Y con no menor ansiedad nos

1 Homil. in Matth.
2 Serm. I de Nativit.
3 Ps. XXIII—8.

los representa Isaías⁴, cuando pareciendo ignorar todavía el futuro misterio de la Redención, dicen: «¿Quién es ese que viene de Edom ó Idumea y de Bosra con las vestiduras teñidas de sangre?». En este sentido interpreta esas preguntas el Doctor Angélico⁵; y tal es también el parecer de San Juan Crisóstomo, cuando dice⁶: «Oh sucesos verdaderamente admirable! Lo que en el cielo ignoraron los ángeles, lo conoció Juan aun en el seno materno. Ocultóse á los Tronos, y súpulo el que todavía no había nacido; no fué revelado á las Dominaciones el misterio de la Encarnación, y si á Juan antes de nacer». De igual modo se expresa Antipatro⁷, y análogos son los conocimientos revelados que en el evangelista San Juan supone⁸ San Pedro Damiano. Muy puesta en razón encuentra esta sabiduría altísima de María el Beato Alberto Magno, cuando dice⁹: «La potestad imperial está incomparablemente sobre toda potestad ministerial; y como la potestad de la Virgen es imperial, y la potestad de todos los ángeles es ministerial, siguese que su potestad está sobre la potestad de todos los ángeles. Ahora bien, en los seres perfectamente ordenados, al mayor poder sigue mayor ciencia, y á mayor ciencia

1 Isaías, LXIII—1.
2 Part. 1, q. 57, art. 5.
3 Apud. Metaphr. Homil. II de Nativit. Baptiste.
4 Apud. Metaphr. *Ibid.*
5 Serm. II.
6 Salazar, *De Concept.*, c. 32, núm. 41.

mayor operación; por eso, aun ésta llegó á lo sumo en la Bienaventurada Virgen. Y no menos profundo y expresivo es sobre este punto el argumento de San Antonino: «El conocimiento de la Bienaventurada Virgen Maria excedió todo conocimiento y todos los modos de conocer que pudo haber en cualquiera otra creatura, en estos tres grados. Por su elevada pureza, en la cual excedió á todo hombre mortal; por la improporcionable cantidad del medio que la elevaba, ó sea la plenitud de la gracia, en la cual no pudo igualarla ninguna otra pura creatura; y en el amor de Dios que la elevaba, el cual la amó más que á toda otra creatura, y á Ella se unió con más amor que á todas las demás creaturas juntas.»

Con razón la llaman *Doctora* los Santos Padres y los más eminentes Teólogos; porque para merecer esta laureola, como dicen el Doctor Angélico¹ y el Doctor Eximio,² basta comunicar á otros, aunque no sea predicando, la doctrina de la fe y de las buenas costumbres; y bien sabido es que esto hizo en gran manera la Santísima Virgen, enseñando á los Doctores y difundiendo en los pueblos las enseñanzas de la fe inmediatamente por sí misma, y mediante los Apóstoles y otros Doctores de la primitiva Iglesia. Dignos son, dice San-

1 Part. 4, tit. 13, c. 17, § 1.

2 In 4, dist. 49, q. 5, art. 5.

3 T. II, in. 3. p., disp. 21, sect. 4.

to Tomás³, de la láurea de Doctor los escritores de la doctrina sagrada, los predicadores y los intérpretes de la sagrada Escritura; y como escritor sagrado fué enseñada por el Espíritu Santo la Santísima Virgen⁴ para conocer y enseñar á otros el verdadero sentido de las divinas Letras.

Y no sólo era verdadera Doctora; sino que merecía ser coronada con láurea más excelente de la que merecieron jamás todos los Doctores⁵; y de esta fundada aseveración da la razón el Eximio Doctor Suárez⁶, diciendo que sólo la Santísima Virgen superó en el conocimiento de Dios á los Apóstoles y á todos los Teólogos. Por eso el divino Esposo la dice en el sagrado libro de los Cantares⁷: «Ven, descendiendo del Líbano, Esposa mía... y serás coronada; ven de la cima del monte Amaná...» es decir, «de la principal médula de la verdad y de la sabiduría, y de la doctrina más sublime de la fe.»

Y aun los especiales devotos de esta celestial Doctora gozarán en el paraíso de una distinción particular, que los señalará con honra entre los demás cortesanos⁸ felicísimos del emperio. Y en es-

1 In 4, dist. 33, q. 3.

2 Theol. Mar. Palaestr. XIV, Cert. 7.

3 Auctor Supplementi Gabrielis, in 4, dist. 9, art. 3, dub. 2.

4 T. II, in 3, p. disp. 10, sect. 1.

5 Cant. IV—8.

6 Deíro, in *Florida Mariana*, ad lectum Assumptionis.

7 Pelbaro de Temesner in *Stellarario B. Virginis*, lib. 12, p. 1, art. 3.

te sentido entienden algunos aquellas sagradas palabras del Eclesiástico: «*Los que me esclarecen, ó me dan á conocer á los demás, obtendrán la vida eterna.*» La misma consoladora enseñanza adopta Spinelli¹, al citar las oportunas aplicaciones de Temesuer; pues así como en las cortes de los reyes sus más nobles servidores distingüense entre los demás por algún entorchado ó insignia especial, así parece que será en la corte eterna y felicísima del cielo; porque, como dice el sagrado libro de los Proverbios², «*Todos sus domésticos truen dobles vestidos.*»

Con la luz vivísima de su admirable sabiduría extirpó la inmaculada Madre de Dios todos los errores contra la fe católica, y todas las herejías que de tiempo en tiempo han venido suscitándose en el mundo; y esto³ de varias maneras. Primero, porque trajo en su seno purísimo al divino Sol de Justicia, que ha dissipado las tinieblas de todos los errores; en segundo lugar, porque fué Maestra de los Apóstoles, con cuyos escritos pueden refutarse las falsedades y delirios de todos los herejes; tercero, porque en todo tiempo ha prestado efficacísima ayuda á los Santos Padres y Doctores que se consagraron á la defensa de la fe contra los

1 Eccli. XXIV—31.

2 *Maria Virgine Thronus Dei*, auctore R. P. Petri Ant. Spinelli, S. J., cap. XXXIV, núm. 14.

3 Prov. XXXI—21.

4 *Theolog. Mar.* Palaestr. XV, Cert. V.

herejes, como hizo con Santo Domingo de Guzmán contra los Albigenes; y además, porque con sus méritos y su intercesión vence á los enemigos de la fe. Llama á primera vista la atención que en aquella visión famosísima, que contempló en Patmos el evangelista San Juan¹, «*Una mujer vestida del Sol, y la luna debajo de sus pies, y en su cabeza una corona de doce estrellas.*» la luna, cuyo brillo desde la tierra aparece mayor, estuviere á las virginales plantas de María, y coronasen su bellissima cabeza las estrellas, que brillan menos. Y este misterio lo aclara San Bernardo² haciéndonos observar que la luna aparece á las purísimas plantas de María, porque por razón de sus fases y menguantes representa á Satanás, un día hermoso y felicísimo mientras permaneció fiel á Su divina Majestad. «*Esta es, dice, aquella venturosa Mujer un tiempo prometida por Dios, la cual había de quebrantar la cabeza de la antigua serpiente, que con muchos y diabólicos planes acechó constantemente á su calcañar; pero en vano, porque Ella quebrantó la herética pravedad. Uno dogmatizaba que no fué verdadera Madre de Cristo; otro decía que á Ella no le debía su sacratísima Humanidad, sino que ésta existía ya; otro blasfemó que después de su purísimo y maravilloso alumbramiento no permaneció virgen. Pero fueron destrozados estos pro-*

1 Apoc. XII, 1.

2 In Apoc. XII.

tervos insidiadores, pisoteados estos conculcadores, y á la purísima Maria siguen llamándola Bienaventurada todas las generaciones.»

Ella, por el favor divino, con suavísimas y poderosas gracias sostiene nuestra fe, y nos excita á la práctica de la virtud; porque Madre amorosa y tiernísima, es para nosotros esta Virgen, hija de David, como cantaba Santiago Nisibense, más esplendorosa que la luz de la luna y la del Sol, y más brillante que la de las estrellas que penden del firmamento; porque aquellas varían y mueren, la luz de Maria no matará jamás: es más serena que el aire, más excelsa que el cielo, más alta que el querubín, más gloriosa que el serafín, y más venerable que los Principados y las Potestades todas.»

Mellior est lux tua quam Solis et Lunae
Et siderum, quae pendent in firmamento:
Quia illa occidunt et mutantur,
Lumen vero tuum nunquam occidit.
Serenior es aere,
Excelsior es caelo,
Altior es cherubim,
Gloriosior es Seraphim,
Et Principibus et omnibus Potestatibus
Venerabilior es, Virgo, Filia David.

CAPITULO III

CULTOS QUE A LA MADRE SANTÍSIMA DE LA LUZ

HAÑ VENDÍO TRANSMITÁNDOSELE.

HASTA LA ÉPOCA DE LA SOLEMNE CORONACIÓN
DE SU MARAVILLOSA IMAGEN

I

La milagrosa Imagen de la "Madre Santísima de la Luz"
en las Misiones de Sicilia.

Piadosamente afano el celoso P. Juan Antonio Genovesi con la posesión de este riquísimo tesoro, la maravillosa Imagen de la Madre Santísima de la Luz, inauguró desde luego la segunda época de sus apostólicas Misiones, mil veces más feliz que la primera, por las numerosas conversiones con que visiblemente recompensaba sus esfuerzos Dios Nuestro Señor, merced á esta venerable Imagen de Maria, cuyo culto y tiernísimo amor iba propagando por todos aquellos países con incansable empeño.

Y ofrecían sin duda un espectáculo altamente consolador el amoroso rendimiento y los tiernos y

tervos insidiadores, pisoteados estos conculcadores, y á la purísima Maria siguen llamándola Bienaventurada todas las generaciones.»

Ella, por el favor divino, con suavísimas y poderosas gracias sostiene nuestra fe, y nos excita á la práctica de la virtud; porque Madre amorosa y tiernísima, es para nosotros esta Virgen, hija de David, como cantaba Santiago Nisibense, más esplendorosa que la luz de la luna y la del Sol, y más brillante que la de las estrellas que penden del firmamento; porque aquellas varían y mueren, la luz de Maria no matará jamás: es más serena que el aire, más excelsa que el cielo, más alta que el querubín, más gloriosa que el serafín, y más venerable que los Principados y las Potestades todas.»

Mellior est lux tua quam Solis et Lunae
Et siderum, quae pendent in firmamento:
Quia illa occidunt et mutantur,
Lumen vero tuum nunquam occidit.
Serenior es aere,
Excelsior es caelo,
Altior es cherubim,
Gloriosior es Seraphim,
Et Principibus et omnibus Potestatibus
Venerabilior es, Virgo, Filia David.

CAPITULO III

CULTOS QUE A LA MADRE SANTÍSIMA DE LA LUZ

HAÑ VENDÍO TRANSMITÁNDOSELE.

HASTA LA ÉPOCA DE LA SOLEMNE CORONACIÓN
DE SU MARAVILLOSA IMAGEN

I

La milagrosa Imagen de la "Madre Santísima de la Luz"
en las Misiones de Sicilia.

Piadosamente afano el celoso P. Juan Antonio Genovesi con la posesión de este riquísimo tesoro, la maravillosa Imagen de la Madre Santísima de la Luz, inauguró desde luego la segunda época de sus apostólicas Misiones, mil veces más feliz que la primera, por las numerosas conversiones con que visiblemente recompensaba sus esfuerzos Dios Nuestro Señor, merced á esta venerable Imagen de Maria, cuyo culto y tiernísimo amor iba propagando por todos aquellos países con incansable empeño.

Y ofrecían sin duda un espectáculo altamente consolador el amoroso rendimiento y los tiernos y

ruidosos obsequios, con que en el tiempo de las misiones recibían por todas partes los pueblos este admirable Retrato de la Madre Santísima de la Luz. Comunicada con alguna anticipación la alegre noticia de su proximidad, los representantes de la parroquia que iba á gozar la dicha de tenerla en su seno por algunos días, hacían levantar en alguna Iglesia del campo, al cual todos los vecinos de aquellas comarcas concurrirían á esperarla, un gracioso altar decorado con esplendidez é iluminado con profusión. Allí se congregaban en devotísima actitud todos los gremios, asociaciones piadosas y cofradías en hábito de penitencia y autorizados con sus insignias y estandartes; presidian estas escogidas y numerosas diputaciones el clero, la autoridad y los vecinos de mayor representación, todos ellos con velas encendidas, cerrando la comitiva algunas compañías de soldados provistas de sus cajas y clarines.

Un venerable grupo de sacerdotes, acompañados de una parte del pueblo y precedidos de escogida banda de música, adelántanse poseídos de piadosa ansiedad á recibir á la venerable Imagen de la Madre Santísima de la Luz: al verla póstranse humildes y obsequiosos, y no pocas veces derramando dulces lágrimas; tómanla reverentes sobre sus hombros, y cantando á coro himnos entusiastas y salmos de alabanzas, conducenla con pompa solemnisima á la campestre iglesia en que le ha sido preparado el altar, y á cuyas inmedia-

ciones la esperan ya palpitantes de emociones dulcísimas, millares de fieles.

Colocada ya sobre el altar, uno de los misioneros les dirige una breve plática, en que de ordinario les recuerda la gratitud que por tantos motivos deben mostrar á la Madre Santísima de la Luz, y los beneficios espirituales y aun temporales con que Su divina Majestad se complace en favorecer á los fieles, para honrar de una manera más expresiva aquella preciosa Imagen. Lágrimas en abundancia, suspiros que irresistiblemente brotan del fondo del alma, y ruidosas exclamaciones de júbilo, son por de pronto el filial obsequio con que los pueblos celebran estos primeros instantes de la llegada de su Reina Purísima. Organízase la procesión, colocados en interminables filas y con hachas encendidas en las manos los gremios, cofradías y asociaciones, seguidos de las bandas y coros de músicos, del clero secular y regular y de la autoridad civil, y dirígense todos hacia la iglesia parroquial conduciendo como en triunfo entre armoniosos acordes y devotos cánticos esta imagen bellísima de María, la cual, bajo palio, cuyas varas sostiene seis de los principales vecinos, llevan sobre sus hombros cuatro sacerdotes revestidos de sobrepelliz y decorados con preciosas estolas.

Al acercarse al pueblo la devota procesión, un repique general de las campanas de todas las iglesias, unidos á los alegres sonos de músicas, cajas

y clarines y al estruendoso retumbar de arcabuces, morteretes y cañones, anuncian la próxima llegada de la celestial Emperatriz de los ángeles y de los hombres, que después de hacer su entrada triunfal en la población, es colocada en la iglesia principal, sobre un altar portátil riquísimamente decorado é iluminado con incontable número de velas de cera. Uno de los misioneros sube al púlpito y anuncia la apertura de la santa misión, haciendo observar que, colocada bajo la protección de la Madre Santísima de la Luz, cuya maravillosa imagen tienen la dicha de contemplar, bien se pueden esperar de ella frutos copiosísimos. Terminado el sermón, cántase la letanía Lauretana, agregando al fin de ella, en medio de los repiques de todas las campanas de la ciudad, este precioso título: *Santa Maria, Mater Eximia, — Ora pro nobis.* — «Santa María, Madre Santísima de la Luz. Ruega por nosotros.»

Cantada con la mayor solemnidad y animación la letanía, es colocada la venerable Imagen en el altar mayor, convenientemente preparado con el adorno de las más ricas telas, alhajas, flores y luces. Allí queda por algún tiempo instalada como en su propio trono, asiento de majestad y de clemencia, desde el cual oye benigna y amorosa las constantes súplicas de su pueblo, y derrama dones y gracias con aquella admirable profusión, que tan bien sienta á la poderosa Reina del empireo, Madre augustísima del mismo Dios. Ante ella, aun cubierta por

riquísimo velo, arden día y noche, por lo menos, diez lámparas, y muchas veces pasan de cincuenta, y aun llegan á setenta y dos. Cuando se va á descorrer el velo que oculta la venerable Imagen, enciéñense numerosas velas de cera, y avisase al pueblo á toque de campana y haciendo sonar todas las campanillas de la iglesia.

Sería imposible pretender de alguna manera describir los distintos sentimientos de alegría, de ternura, de ansiedad, de gratitud y de compunción que esta maravillosa Imagen de la Madre Santísima de la Luz excitaba durante las Misiones, por todas las ciudades y pueblos de Sicilia y de Nueva España, en los corazones de los innumerables fieles que, poseídos de entrañable admiración, se acercaban á saludarla. Unos la veneraban humildemente rendidos, contemplábanla otros con tiernísima curiosidad ó irresistibile encanto, otros la exponían llorosos sus urgentes necesidades, le presentaban agradecidos sus más preciosos dones, ó ante ella imploraban arrepentidos el perdón de sus pecados. Algunos venían á visitarla desde lejos á pie descalzo, y muchísimos eran los que desde la puerta de la iglesia iban camilitando hacia ella de rodillas, ó arrastrando la lengua por el pavimento, ó en hábito de penitencia hiriéndose con duros golpes el pecho, ó mortificándose de otras muchas maneras, todas ellas penosísimas. Sucedia alguna vez que estas largas procesiones de penitentes, que desde la puerta del templo iban andando de rodi-

llas hacia su altar, empleaban más de dos horas en desfilar sollozando ante la venerable Imagen. Estas expresivas demostraciones de ánimo penitente y de filial amor duraban de ordinario todo el día; tanto, que para que pudiesen acercarse al altar y hacer oración ante la Imagen algunas otras personas, era necesario señalarles como hora especial alguna de las de la madrugada ó de la noche. Y no eran sólo los fieles que habitaban los pueblos en que se predicaba la Misión, ó vivían en sus confines, los que con tan sostenido afán visitaban esta maravillosa Imagen: la fama de su encantadora amabilidad y misteriosa belleza, y la profunda conmoción que en los pueblos causaban los beneficios y milagros que por ella se dignaba hacer Dios nuestro Señor, la atraían desde lejanos países entusiastas y numerosos devotos. Por gozar de su maravillosa presencia y de las gracias que con su maravilloso influjo iba derramando por donde quiera que pasaba, muchos eran los que desde regiones no poco distantes solicitaban con empeño los beneficios de la Misión. Y, felizmente, iban poco á poco consiguiéndolo; pues no en vano quiso llamarse Madre Santísima de la Luz, siéndolo Inmaculada y Purísima de aquel Señor, de quien con toda verdad se dice: *que es la luz verdadera, que alumbró á todo hombre que viene á este mundo.*

En los pueblos en que existían conventos de religiosas, no hay para qué decir con cuánta ternura y entusiasmo sería recibida por las castas esposas del Inmaculado Cordero la venerable Imagen de la Madre Santísima de la Luz. Acogíanla con religiosa pompa en sus iglesias, y exponíanla á la pública veneración en altares magníficamente decorados, que brillaban con la abundancia, riqueza y variedad de primores artísticos, de flores y de luces. Pero á ciertas horas, una vez que estaba ya de algún modo satisfecha la piedad de los fieles, las religiosas la introducían por algún tiempo en la clausura, desde cuya puerta hasta una de las capillas interiores, descalzas y en hábito de penitencia llevabanla en devotísima procesión entre cánticos, suspiros y lágrimas, y la colocaban en el altar que se le había destinado. Día y noche la velaban por turno, dulcemente satisfechas con pasar ante ella las horas más felices de su vida. Ayunos, disciplinas, repetidas visitas con los pies descalzos y todo género de ingeniosas mortificaciones eran ofrecidos con desconocido fervor á aquel bellissimo Retrato de María, que con alguna razón se imaginaban haber descendido del cielo para consolarlas en las angustias de su vida interior y derramar sobre ellas dones en abundancia. Ello es que con la encantadora presencia de la hermosa Imagen de la Madre Santísima de la Luz, sentíanse misteriosamente regeneradas aquellas sagradas vírgenes, y prontas para correr con ánimo varonil por los ca-

minos escabrosos de la virtud y las espinosas y accidentadas sendas de la vida religiosa.

Cuando después de la última procesión de penitencia y terminados todos los ejercicios de la Misión, los misioneros se despiden del pueblo y se preparan para llevarse con ellos la sagrada Imagen, no es para explicar la conmoción que tan triste anuncio causa en los pueblos, la cual se revela en dolorosas exclamaciones, suspiros y copiosas lágrimas. Consuélanlos el misionero, permitiéndolos que la acompañen por algún espacio fuera de poblado, y removida del altar mayor colócanla sobre una mesa en medio del templo; de nuevo estalla en expresivas manifestaciones el dolor de los fieles, al ver que realmente comienza á abandonarlos la venerable Imagen; y es necesaria entonces toda la elocuencia del predicador para calmar de alguna manera aquella general angustia, persuadiéndolos de que, aunque su bellísimo Retrato se aleja, no los abandona ni los olvidará nunca la Madre Santísima de la Luz; puesto que á todos los lleva ya escritos y como estampados en su Inmaculada Corazón.

En lugar de la plutura original, los misioneros dejaban una copia de ella en el altar mayor, y dábale principio á la procesión de despedida, procediendo al clero los músicos, soldados, cajas y clarines, y siguiendo la maravillosa Imagen, acompañada de los misioneros y de todo el pueblo, pronto, en fuerza la viveza de su dolor, á renovar sus

quejas y su llanto á cualquier pequeño accidente que se relacionase con la próxima ausencia de la que por algunos días constituía su más preciado tesoro. Una estrepitosa salva de morteretes, arcabuces y cañones, y las campanas todas de la ciudad con sus armoniosas lenguas de bronce saludan á la salida de la iglesia á la venerable Imagen, seguida de las cofradías en hábito de penitencia y de todo el pueblo, que no acierta á manifestar por una parte su desconsuelo ante la partida de la Madre Santísima de la Luz, y por otra su tierno reconocimiento al sentirse regenerado con la abundancia de las celestiales gracias por su amorosísima mediación obtenidas. Al fin, llegada la procesión á la iglesia campestre, en que con tan dulce ansiedad había sido días antes recibida, despidenla con cariñosa ternura y entrecortadas frases de la más profunda gratitud, y vuélvense dulcemente resignados á sus casas, llorosos los ojos y conmovido y amante el corazón.

II

El P. José María Genoveze.

Para enriquecer á la entonces Villa de León con este tesoro riquísimo de la venerable Imagen de la Madre Santísima de la Luz, quiso valerse Dios nuestro Señor de algunos Padres de la Compañía de Jesús, que vivían en esta provincia de México,

y en especial del P. José María Genovese y Thomay.

Nació el P. Genovese en Palermo, capital de la isla de Sicilia, el 9 de Diciembre de 1687, dos años y medio antes de que abriese los ojos á la luz en Palazzo Adriano el P. Juan Antonio Genovesi, á quien nos referíamos en el § VI. Setenta y seis años después escribianse en la ciudad de México por pluma muy autorizada, en elogio del P. José María, estas palabras: «Coronó todo este amenísimo jardín de sus virtudes con la tiernísima devoción de Cristo nuestro Señor Sacramentado, que fué tan especial, que desde joven le ganó el renombre de *estudiante del Santísimo Sacramentos*... y éstas con la singularísima devoción que tuvo como por necesidad á su queridísima Madre, la Virgen María Nuestra Señora. Y dixe «como por necesidad,» porque un varón que supo vivir á Dios solo, ya se ve que por necesidad avía de vivir para María. Vivió, pues, el Padre para María Santísima, y lo hizo de tal suerte, que parece que lo envió Dios al mundo para darle entre los hombres á la que eligió por Madre Suya otro hijo muy de su gusto; y parece también que para declarar la benignísima Señora que como á tal lo aceptaba, y que le miraba como á hijo desde su nacimiento hasta su muerte, dispuso el que naciesse en la Octava de su Purísima Concepción y que

1 Carta de edificación escrita á la Provincia por el R. P. Juan Francisco López, en 22 de Enero de 1758.

muriese en la de su gloriosa Assunción; y cumplió Su Reverencia tan de lleno todos los officios de tal hijo, que desde los primeros arrullas de su vida hasta los últimos suspiros de su muerte amó y sirvió á esta Santísima Señora sin interrupción por todos modos; porque no se satisfacía su intensísima devoción con sus diarios y continuos obsequios y frequentísimas jaculatorias con que se derretía su corazón de tal manera, que parecía que miraba á la Santísima Señora siempre que veía cualquiera Imagen suya, ni con las obras extraordinarias que le dictaba su fervor, sino que deseaba y procuraba abrasar en su amor á todo el mundo; y por esso, encontrándose en las Indias con el incomparable thesoro de la bellísima y CELESTIAL GUADALUPANA IMAGEN, despachó muchos retratos de ESTA PRODIGIOSÍSSIMA PINTURA á su patria, Palermo, donde estaba ya bien asentada la devoción á LA MADRE SANTÍSSIMA DE LA LUZ.»

Era el P. Genovese de nobilísima familia, tanto por su padre D. Pablo, como por su virtuosa madre Doña Felicianá Thomay. La virtud y el encendido deseo de cristiana perfección eran como hereditarios en su casa; y sus tres hermanas, que entraron en religión, eran de tanto provecho y tan notables en la vida espiritual, que cuando murió la excelente fundadora de la Congregación á que pertenecian, Lucrecia Brunacini, dejó por Superiora á la hermana mayor del P. Genovese; por muerte de ésta, á la segunda; y por la de ésta, á la tercera. Después de una niñez candorosa y devotísima

y de haber estudiado con grande aprovechamiento las materias que hoy llamaríamos de segunda enseñanza, el niño José María fué admitido en el Noviciado de la Compañía de Jesús, en Palermo, el 24 de Mayo de 1799. Ocho años después, obtuvo del Padre General patente para pasar á la provincia de México, en cumplimiento de un voto que tenia hecho de emplearse en las Misiones de los gentiles, y vino á ella en compañía de otros muchos y del P. Procurador Domingo Quiroga en 1767. Pocos días habian transcurrido desde su llegada á la ciudad de México, cuando encontró en la calle á aquel tan célebre *juanico*, tenido en este país por otro San Pascual Bailón; y luego que éste le vió, saltando extático fuese con los brazos abiertos hacia el P. Genovese, y estrechándole entre ellos, le dijo estas palabras: *¿Qué linda alma, que tienes!* y prosiguió dándole individuales noticias de sus tres hermanas y de sus singulares virtudes, de sus futuros trabajos en las Misiones de indios y de su regreso al gobierno del Noviciado. Entre los tiernos y edificantes episodios que acontecieron al P. Genovese en los trabajos de su apostólico ministerio, sucedió que, confesando en la iglesia de la Profesa el mismo viernes en que se leía en la Misa el Evangelio del Parálitico, oyó á uno que hacia treinta y ocho años no se acercaba al sagrado tribunal de la Penitencia. Durante algunos años estuvo empleado en los fructuosos trabajos de las Misiones, y en ellos fueron tales su

celo y acierto en la dirección, que consiguió que sus indios viviesen habitualmente como cristianos fervorosos. Fué nombrado después Maestro de novicios de Tepotzotlán, y en este delicadísimo cargo muchos fueron los méritos del P. Genovese, ilustre entre los religiosos de mas elevada santidad.

Era modelo de modestia, insigne en su espíritu de penitencia, apasionado al ejercicio de la oración, y demás prácticas espirituales, esclarecido en su devoción á la Santísima Virgen, de vivísima y ardiente fe, de encendido amor de Dios, de continua é ingeniosísima mortificación y dotado de luz celestial en la dirección de las almas. Su humildad, paciencia, angélica pureza, obediencia, discreción de espíritus, caridad, recogimiento interior... todas sus virtudes aparecian á pesar suyo tan notables, que con razón las personas de grande espíritu le consideraban como uno de los religiosos de mayor mérito, que en el siglo XVIII tuvo en esta Provincia la Compañía de Jesús.

Trataba á sus novicios como cariñosa madre, y con su ejemplo y con sus palabras encendidos en el amor de Dios y en el ardiente deseo de la salvación de las almas. Sus pláticas eran con frecuencia interrumpidas por sus propias lágrimas y las de los novicios, y muchas veces veíase precisado á retirarse á la sacristía para desahogar más á sus anchas las impetuosas avenidas de su espíritu, todo abrasado en el amor de Dios. Tal abstracción de

todo lo terreno y tan íntima comunicación con Dios nuestro Señor le merecieron aquella regaladísima gracia de que la Inmaculada Virgen María se le apareciese, como en otro tiempo al venerable Padre Martín Gutiérrez, en actitud de cobijarle bajo su sagrado manto en unión de todos sus novicios y de seis jóvenes escolares, acariciándolos tiernamente como Madre purísima. Esto declaró uno de ellos, estando ya para morir, para que, cediendo en este caso la humildad á la gratitud, no quedase para siempre ignorado tan grande beneficio. Para que, aun durante la recreación, se preocupasen los novicios de obsequiar de alguna manera especial á la Santísima Virgen, proclamada ya desde el tiempo de San Ignacio de Loyola, *Regina Societatis Jesu*, «Reina de la Compañía de Jesús», mandó construir en la huerta el P. Genovesi una hermosa capillita, que todavía subsiste hoy en el edificio que sirvió de Noviciado en Tepotzotlán, y la dedicó á la Inmaculada, Reina de los Angeles. Algunas veces se le oyó hablar con esta celestial Señora en una lengua desconocida; y efecto de estos dulcísimos coloquios era, en ciertas ocasiones, revelar el P. Maestro á algún novicio cosas muy íntimas que pasaban por el alma de éste. Con frecuencia les advertía, para su consuelo, que no olvidasen que estaban bajo el manto protector de la Reina Purísima de los cielos.

* Por más que solicitó del Padre General que le emplease en las Misiones, alegando que no tenía

dotes de gobierno, no pudo conseguir esta gracia, sino consuelos y algunas esperanzas que no llegó á ver realizadas; su habilidad para el gobierno le detuvo en Tepotzotlán algunos años. Pero, aunque logró descansar del rectorado un trienio, ocupáronle después otros tres, uno en el colegio de San Andrés, otro en el colegio Máximo y otro en Tepotzotlán, segunda vez de Maestro de novicios. Terminados estos tres últimos años, despidióse de ellos con paternal cariño en una afectuosa plática que concluyó postrado, arrasados en lágrimas sus ojos, pidiéndoles perdón de sus faltas y besándoles los pies. En las iglesias del colegio Máximo de San Pedro y San Pablo y del de San Andrés de México, erigió dos altares costosísimos á la madre *Santísima de la Luz*, dotándolos con la suficiente renta para celebrar en obsequio de la Purísima Señora fiestas anuales, y adornando con ricas alhajas sus imágenes. Tal se ve todavía hoy en el Sagrario Metropolitano de México la que con tanta piedad era venerada en el Colegio Máximo de San Pedro y San Pablo. Con todo empeño propagó siempre y por todas partes la devoción á la Madre Santísima de la Luz, escribiendo el *Antídoto contra todo mal*, y haciendo traducir en dos tomos la obra que sobre este amable asunto escribió el P. Juan Antonio Genovesi, S. J. Innumerables fueron las hermosas copias que logró repartir por todos los países de América, y aun de Europa, y las estampas y láminas que distribuía por los pueblos y ca-

sas de todo este vasto imperio del Anáhuac. Lo mismo hacía con las copias de la *celestial Imagen de Nuestra Señora de Guadalupe*.

Los últimos 17 años que vivió en México, en el Colegio de San Pedro y San Pablo, fueron, sin duda, para el fervoroso P. Genovese vanero fecundísimo de celestiales méritos, á causa de sus graves achaques y molestísimos accidentes, sufridos por amor de Dios con heroica resignación. A ellos agregaba prolongadas prácticas de piedad y austerísimos ejercicios de penitencia con que atormentaba su cuerpo, valiéndose de cilicios de mucho peso y de varias figuras, especialmente de uno que le cubría todo el cuerpo, de punzantes disciplinas y otros crudelísimos instrumentos, cuya sola vista inspiraba horror á los hombres de más temple, que tuvieron ocasión de observarlos después de la muerte del P. Genovese. En medio de tantas enfermedades, ocupaciones del sagrado ministerio y ásperas penitencias, quedábale todavía tiempo y ánimo para escribir á mayor gloria de Dios. Trece obras escribió sobre diversos asuntos, todos espirituales, firmándolos por humildad con el seudónimo de *Ignacio Thomay*, y otras que contenían meditaciones para todos los días del año; entre ellas lleva la palma el *Método para vivir á Dios sólo*, libro preciosísimo, en que, sin echarlo de ver, el P. Genovese se retrató á sí mismo al hablar de las virtudes cristianas, que él practicaba en tan alto grado. Murió este devoto insigne de la Madre Santísi-

ma de la Luz en el Colegio Máximo de San Pedro y San Pablo, de México, el 17 de Agosto de 1757, día miércoles, que es el consagrado á aquella celestial advocación, á los 76 años de su edad, y 38 de Compañía, de los cuales pasó en esta provincia de México más de 40. ¡Hombre verdaderamente admirable! Su oración era casi continua, y de ordinario hallábase por completo abstraído en *actos de amor de Dios*; éstos en él eran tantos, según opinaban sus Superiores, como las palpitaciones de su corazón. Algunos decían que desearían en la oración tanto fervor como tenía el P. Genovese en los actos ordinarios de su vida, como en el comer y recrearse. Después de celebrar la sagrada Misa, quedaba tan falto de fuerzas por las dulces y avasalladoras impresiones que en ella recibía, que de éstas tardaba mucho tiempo en reponerse. Viviendo él todavía, dícese que se obtuvieron muchas gracias milagrosas en Palermo¹ al contacto de una de sus cartas.

III

La maravillosa imagen de la "Madre Santísima de la Luz," en León.

Aun no había transcurrido un año, desde la llegada de algunos Padres de la Compañía de Jesús á la villa de León, con el fin de establecer en ella

¹ Cartas ánnuas de la Provincia de Sicilia.—1750.

un Colegio, cuando este pueblo privilegiado se vió ya altamente favorecido por el cielo con la posesión del tesoro riquísimo de la milagrosa Imagen de la Madre Santísima de la Luz. Plácenos recordar algunos consolidadores precedentes, para que recaiga con toda justicia sobre las personas que la merecen, la partecita de honra y de gratos recuerdos á que se han hecho acreedoras.

En 1731, un piadoso sacerdote, vecino de León, D. Nicolás de Aguilar, considerando en los satisfactorios resultados de los apostólicos trabajos del P. Manuel Valtierra, por León y las vecinas comarcas, los frutos copiosísimos que por todas partes conseguía con sus sagrados ministerios la Compañía de Jesús, moviéndose á pedir con ansias vehementísimas algunos Padres de ésta, para que fundasen en León un Colegio en cuyas clases aprendiese la juventud de aquella región sólida doctrina y edificantes ejemplos. Procuraron con mucho empeño disuadirle de este propósito algunos enemigos de la Compañía, valiéndose de engaños y de artificios de todo género, sin arredrarse ante la calumnia. No era hombre que cesase en sus resoluciones el Sr. Aguilar, cuando en ellas se interesaba de algún modo la gloria de Dios; y á los esfuerzos de sus preocupados consejeros respondió consultando de nuevo sus designios con personas sabias y virtuosas, é inclinando á sus dos hermanos Don Manuel y Don Marcos á que cediesen dos haciendas en beneficio del Colegio que á

toda costa quería fundar. Dirigióse, pues, al Padre Provincial Juan Antonio Oviedo exponiendo con toda decisión sus deseos, y ofreciendo sitio para la Iglesia y Colegio, cincuenta mil posos para la fábrica, trescientos marcos de plata para su adorno, y las dos haciendas para la dotación del Colegio. Contestó el P. Oviedo alabando el piadoso celo del Sr. Aguilar y agradeciendo su generoso ofrecimiento, y le prometió enviar desde luego á León algunos Padres, una vez obtenidas las licencias del Rey y del Padre General. Muy largo pareció este plazo al encendido celo del buen P. Aguilar, y pidió con empeño al P. Oviedo que mientras de Roma y de Madrid llegaban los permisos que se solicitaban, tomase desde luego posesión de las dos haciendas, y con las licencias del Virrey y del Obispo de Michoacán, á cuya diócesis pertenecía entonces León, fundase en esta villa un hospicio en que viviesen dos ó tres Padres y un maestro de gramática, de cuya enseñanza había mucha necesidad en el país. Accedió el Padre Provincial; y previa la licencia del Virrey, Marqués de Casafuerte, y del Obispo de Michoacán, Ilmo. Sr. D. Juan José de Escalona y Calatayud, la Compañía tomó posesión del sitio y de las haciendas en la persona del P. Manuel Andrés Fernández, en 16 de Mayo de 1731, y el 8 del siguiente Julio entraron en León los PP. Manuel Álvarez de Loba, nombrado superior del hospicio, y Manuel Rubio, y el H. Francisco Arriaga.

Los espirituales frutos que la Compañía recogió desde luego en León fueron tantos, que los mismos que antes se esforzaban en disuadir de su benéfico proyecto al Sr. Presbítero Aguilar, tornáronse de pronto acérrimos defensores y panegiristas entusiastas de la Compañía. Todo el pueblo manifestó bien claro el grande aprecio en que la tenía, no sólo entonces cuando se palpaban los consoladores resultados de la fundación, sino muchos años después, en las sostenidas instancias que hicieron para que volviesen de nuevo á establecerse entre ellos los Padres, que por justas razones se habían visto precisados á abandonar el hospicio.

Habia venido á poder del extático P. José María Genovese la maravillosa Pintura Original de la Madre Santísima de la Luz, á que se refieren los párrafos III, IV y V del capítulo primero; y deseando con amorosas ansias que esta bellísima Imagen, que con tan tierna devoción habia sido recibida siempre en todos los pueblos de la isla de Sicilia, fuera igualmente venerada por los fieles mexicanos, resolvió regalarla con este objeto á una de las iglesias que los Padres de la Compañía tenían entonces en Nueva España. Pero ¿cuál habia de ser la preferida? Muchos títulos parecían tener para ello la iglesia de la Profesa de México, y tantas otras de antiguo origen y de gloriosa historia. Y, sin embargo, el Padre Genovese no se dejó mover por razones de este género; prefirió que en este caso, como en algunos otros que nos recuerdan

las sagradas Escrituras, apareciese clara la voluntad adorable de Dios nuestro Señor por medio de la suerte. Sorteáronse, pues, todas las iglesias de la Compañía de Jesús en esta Provincia de México, y cayó la suerte sobre el novísimo hospicio de León. Segunda y tercera vez fueron sorteadas, y en todas ellas la iglesia de León fué la única favorecida. Fué, pues, con todo rendimiento acatada la voluntad santísima de Dios, y quedó por León la Imagen venerable de la Madre Santísima de la Luz.

Previa la promesa que por carta del 3 de Mayo de 1732, hizo el Padre Superior del Hospicio, Manuel Alvarez, de erigir en el crucero de la iglesia que la Compañía tenía entonces en León, un altar dedicado á esta sagrada imagen, la maravillosa Pintura de la Madre Santísima de la Luz entró triunfalmente en León el lunes 2 de Julio de aquel mismo año. Vano esfuerzo sería el de pretender describir el pomposo y entusiasta recibimiento que le hicieron aquellos piadosos fieles; los delicados sacrificios y piadosos obsequios, las tiernas lágrimas, las fervorosas jaculatorias y plegarias afectuosísimas que en aquel día feliz le fueron dedicadas. Cuáles hayan sido entonces, y cuál sea el entrañable amor que siempre la profesaron los piadosos leoneses, dicenlo todavía hoy los tiernos obsequios que diariamente le tributan, y las fiestas solemnísimas con que anualmente se conmemora el día 2 de Julio, aniversario de su feliz llegada y

de su cariñosa visita de amor y de gracia á aquella privilegiada ciudad.

De este venturoso acontecimiento quedamos, entre otros, fidedigno comprobante en un documento antiguo, que se conserva en el archivo municipal del Ilustre Ayuntamiento de León. Es copia autorizada de un ocurso, que el 6 de Agosto de 1777 dirigió el cara párroco de esta ciudad al obispo de Michoacán. Ilmo. Sr. D. Juan Ignacio de Rocha, solicitando en nombre del Ayuntamiento la aprobación de unas Constituciones, que tenían por objeto el esplendor del culto á la Madre Santísima de la Luz. En él escribía el celoso párroco estas palabras: «Por los años de MIL SETECIENTOS TREINTA Y DOS, EL DIA DOS DE JULIO, tuvo la felicidad este lugar de que entrara la Imagen de la Madre Santísima de la Luz á la Iglesia de la Compañía, HABIENDO SIDO SORTEADA ENTRE LAS DEMÁS DE LOS COLEGIOS, para ver el que escogía á su habitación, y logró esta villa la mejor suerte.»—La Iglesia de la Compañía, á que el párroco se refiere, es la que se llamó «de la antigua Compañía», porque fué la primera que los PP. tuvieron en León; designada después con el nombre de «Santa Escuela», porque á ella fué trasladada «la Santa escuela de Cristo», fundada por el V. P. Luis Felipe Neri de Alfaro, bajo la protección especial de la Madre Santísima de la Luz, el 12 de Noviembre de 1748.—Los PP. de la Compañía comenzaron á construir, y dejaron en 1767 muy adelantada ya, la magnífica iglesia conocida

con el nombre de «Compañía nueva», que es actualmente iglesia Catedral.

La identidad de la maravillosa Pintura de la Madre Santísima de la Luz compruébase por la siguiente nota, que consta al respaldo de la que se venera en León, firmada por personas respetables: «ESTA IMAGEN ES LA ORIGINAL QUE VIÑO DE SICILIA y fué bendita de la misma Santísima Virgen, que con su bendición le confirió el don de hacer milagros, como consta de una carta escrita desde Palermo á 19 de Agosto de 1729 años. Y esta imagen la da el P. José Genovesi á la Iglesia que se ha de hacer del nuevo Colegio, debajo la condición de que se le haga altar y colateral en el crucero de la Iglesia, según lo prometido del P. Rector Manuel Alvarez en carta de 3 de Mayo del año de 1732. Y por ser verdad lo firmaron los siguientes Padres que han leído la carta.—JOSÉ MARIA GENOVESI.—José María Monaco.—José Javier Alagón.—Francisco Bonalli.»

Gratisimos recuerdos de su apostólico celo por la salvación de las almas y de su amor entrañable y ardoroso á la Madre Santísima de la Luz, ha dejado en la ciudad de León el P. Manuel Alvarez de Lays, que fué el primero de los capellanes de aquel venerado Santuario. La suavidad de su carácter, su constante empeño en instruir é informar á los fieles en la práctica de la vida cristiana, su abnegación, su talento, sus virtudes y su admirable asiduidad en el desempeño de los sagrados ministerios del púlpito y del confesonario, merecieronle el respeto y el amor de los leoneses, hasta el grado

de que comunmente le llamaban *«el Apóstol de León»*, *«el Maestro de la Fe»*, *«el Padre de los pobres»* y *«el Ángel de la paz»*.

En el informe que acerca de sus virtudes rindió con la mayor formalidad un caballero de León, después del fallecimiento del P. Alvarez de Lava, decía: «Su predicación fué desde que entró en aquella fundación, continúa en el pulpito y en el confesonario del Hospicio: en todas ocasiones nos predicaba á los seculares, á quienes nos enseñó el camino de la verdad; porque en aquella región se encontraban á cada paso mil errores, en los que con una sosegada conciencia vivíamos; y de todos nos sacó con gran trabajo su capacidad, que realmente tenía grande.»

Dando cuenta de las virtudes de este piadoso Padre, un religioso muy caracterizado escribía al P. Provincial de la Compañía de Jesús, Mateo Ansaldo: «De su devoción tiernísima á Maria Señora, son testigos fidelísimos el esmero y cuidado con que adornó el altar de su Imagen con el título de Madre Santísima de la Luz; fuerontales uno y otro, que sólo quien vió al Padre y lo trató en este santo Hospicio puede conocerlo, pero no decirlo; porque, aunque se diga mucho, apenas podrán llegar á expresar las voces lo que por ellas se quiere significar; pues en medio de las cortedades de esta

1 «Carta de edificación del P. Manuel Alvarez de Lava, profeso de la Compañía de Jesús, defuncio en la Residencia de la Villa de León á 24 de Enero de 1737.»

villa, procuró de las limosnas cortas que le daban, hacer un *marco de plata* que le costó más de quinientos pesos, seis *blanconillos* y cuatro *candeleros*, también *de plata*, de competente tamaño; un ornamento blanco, frontales, paliós y ramilletes, á que se agrega la cera que en todas las festividades hacia arder en un curioso, aunque pobre altar, que le ponía á la Señora, costeando la limosna de la Misa que se decía en dichos días, en cuyas tardes concluía sus fiestas con una plática muy fervorosa del misterio que se celebraba aquel día. *No había plática en que no se oyese de su boca el renombre de la Madre Santísima de la Luz*, cuya devoción extendió el Padre con sus exhortaciones y pláticas con tanto empeño y fervor, en esta villa y por todos sus contornos, que no hay flexión, pretensión ni remedio que no se pretenga por medio de nuestra Madre Santísima de la Luz. Por este medio redujo el Padre á muchos pecadores, trayéndolos de las selvas incultas de las culpas al florido paraíso de las virtudes y frecuencia de sacramentos; en tal grado, que en días festivos, así de la Virgen como del Señor y otros santos, apenas puede, después de su muerte, darse abasto á las reconciliaciones que el Padre solo, hacia.»

Su excesivo trabajo y la aspereza y los rigores con que á sí mismo se trataba, fueron causa de su temprana muerte, cuando sólo tenía cuarenta y dos años. Recibidos los últimos sacramentos, y alegre porque una vez más se cumpliese en él la volun-

tad de Dios, exclamaba: «*Oh, qué dicha es esta, recibir los sacramentos y morir en la Compañía! Ayúdame todos á dar gracias á Dios por tan desmedida muerte!*» Eran fervorosísimos los actos de amor de Dios en que, como en vida, se desahogaba á orillas del sepulcro aquel ardoroso corazón; ni son para explicar las tiernas jaculatorias que incesantemente dirigía á la Madre Santísima de la Luz. «Ya le rogaba, dice uno de los Padres que presenciaron su dichosa muerte, ya le rogaba que le alargase una de sus manos purísimas, para asirse de ella é irse al cielo; ya se encendía tanto en su amor que, para asegurar, que cuando de la capilla le subieron el hermoso cuadro de nuestra Madre Santísima de la Luz, puestos los ojos en él, le salieron á la cara los incendios del alma; pues lleno de colores el rostro, de brillo los ojos, de dulzura los labios, dijo tales y tan fervorosas palabras, que parecía, no un religioso enfermo, sino un ángel que hablaba cara á cara con su Reina. Ya para alivio de los tormentos que la enfermedad le causaba, tierno le repetía: *Illos tuos misericordes oculos ad nos converte*, «Vuelve á nosotros esos tus ojos misericordiosos.» Ya para tomar algún descanso, en medio de tantos afanes, vueltos los ojos á la Señora, como verdadero amante, lo encontraba en su hermosura, diciéndote por esto las repetidas palabras de los Cantares: *Tota pulchra es, amica mea*, «Toda eres hermosa, amiga mía.» Y ya, por último, pidiéndole con devoto, tierno y filial afecto que se le muestra-

ra en aquel preciso lance, como lo había sido en todo lo antecedente de su vida, cuidadosa y providente Madre...»

Murió, al fin, el 24 de Enero de 1737, lleno de merecimientos, cantando himnos y salmos entre alegrías dulcísimas y consoladoras señales de eterna dicha. Apenas las campanas dieron la noticia de su muerte, tan tímida ya por todos los fieles de León, renováronse con más viveza las escenas de dolor que desde un principio había provocado su enfermedad. «*Murió el santo!*» gritaban por las calles los niños; «*Murió el santo Padre Mamuelo!*» repetían desconsolados todos los vecinos. Y á portia llenaban el Hospicio, para poder contemplar su santo cuerpo, besar sus manos y sus pies y obtener ansiosos algún objeto que en vida le hubiese servido, repartiéndose entre muchos con piadosa veneración menudísimos girones de sus pobres vestidos. El clero y las comunidades de San Francisco y San Juan de Dios, casi toda la villa en masa, acudió á presenciar sus funerales de la manera que podían. Para consuelo de toda aquella afligida concurrencia, fué preciso que el fúnebre cortejo diese la vuelta, como en procesión, por las cuatro calles que rodeaban el Hospicio; y siendo insuficiente la guardia que custodiaba el cadáver para contener la piadosa agitación de aquel inmenso gentío, ape-

1 «*Caria de edificatibus mencionada.*»

lósese al recurso de darle sepultura antes de dar principio á sus solemnes funerales, en que más que la lúgubre salmodia y los sonoros ecos de numerosos cantores, prevalecían los repetidos sollozos del pueblo y los prolongados ayes de ese dolor intenso del alma, que con dificultad encuentra consuelo.

"La Madre Santísima de la Luz" es Jurada Patrona de León. Es Patrona principal del Obispado.—Su culto en varios Estados de la República.

Desde el 23 de Febrero de 1864, en que llegado á León su primer obispo, fué trasladada de la iglesia de la antigua Compañía á la del Sagrario la milagrosa Imagen de la Madre Santísima de la Luz, los cultos que se le tributan son más espléndidos y constantes, y, por decirlo así, *oficiales*; puesto que desde aquella fecha rézase con regularidad en el coro el oficio divino, y celébrase diariamente ante la maravillosa Pintura la Misa conventual. Y tal ha sido desde entonces el aumento del culto divino, que á los veinte años habían sido construidas ya desde los cimientos más de cien iglesias.

A porfía se han esmerado siempre los fieles en rendir y acrecentar sus tiernos cultos y filiales obsequios á la Inmaculada Virgen María en su venerable Imagen de la Madre Santísima de la Luz. El marco de oro, que como á joya inestima-

ble la guarnece, le ha sido dedicado por la familia del coronel D. Ignacio Obregón; el pedestal y contramarco de plata, es uno de los dones que le ha ofrecido el fervoroso obispo D. José María de Jesús Díez de Sollano y Dávalos; los hachoneros ó blandones de bronce del mismo orden de los suntuosos candeleros, fueron regalo del Presbítero D. José María Gordoa; y manifestación diaria del tierno amor que la profesan todos los fieles, son esas magníficas funciones religiosas y ese culto solemne y constante, en que, más que la suntuosidad, agrada sin duda á la celestial Señora el filial espíritu con que le son ofrecidos. El mes de María celébrase en su precioso templo cada año con creciente fervor y entusiasmo; y contribuyen á aumentar el reconocimiento de sus bondades y la gratitud que por tantos títulos se la debe, los muchos millares de estampas y de medallas que en esos actos de religión y de piedad se distribuyen á los fieles.

Ya en 1772, en el decreto firmado en Pátzcuaro el 17 de Junio por el Ilmo. Sr. Obispo de Michoacán D. Pedro Anselmo de Tagle, en el cual aprobaba con su autoridad la elección de Patrona principal, que en favor del glorioso mártir San Sebastián hacia el Ayuntamiento de León, se recuerda el juramento que desde muchos años antes tenían hecho los vecinos de esta villa, de reconocer á la Madre Santísima de la Luz como Patrona y Protectora suya, para que los defienda de los rayos y tempestades; súplica y juramento jamás olvida-

dos, pues desde que comienza la estación de las lluvias, muchos de los sacerdotes acuden á celebrar la santa Misa en el altar de la milagrosa Imagen. Esta misma petición, y la de que nos alcance del Señor misericordia para la hora de nuestra muerte, se la dirigen siempre en la Misa que ante ella se canta el miércoles de cada semana en la iglesia catedral. En 1843, el venerable clero, las autoridades y demás fieles de León, juraron solemnemente como *Patrona principal*, conforme á la Bula de Urbano VIII, de 23 de Marzo de 1630, á la Madre Santísima de la Luz; y esta declaración con juramento fué confirmada por la Santa Sede el 19 de Diciembre de 1851. Erigida la diócesis de León, fué igualmente proclamada *Patrona principal de todo el obispado*, cuya elección aprobó también en Roma la Sagrada Congregación de Ritos, por Rescripto de 19 de Septiembre de 1872, en que se dispone se reconozcan á la celestial Señora en esta advocación todos los derechos, privilegios y honores que se deben á los Patronos principales de las diócesis.

No sólo en ésta de León, sino en otras muchas de la República, en todas más bien, es tiernamente venerada la Madre Santísima de la Luz: apenas habrá parroquia que en algunas de sus iglesias ó capillas no ostente su bellísima imagen; pocas serán las familias que no honren alguna copia de esta maravillosa Pintura; y todo el que haya viajado por las dilatadas regiones de la Nación Me-

xicana, sabe que en casi todos los vecindarios, por insignificantes que sean, hay niñas y señoras de toda edad, que tienen á dicha el que se las haya impuesto en el bautismo el hermoso nombre de *Maria de la Luz*, «Guadalupe» y «Luz» son entre los fieles mexicanos, nombres en gran manera gratos al oído, y amables por su mística significación: «Luz» y «Guadalupe» no pueden menos de evocar entre los católicos hijos del vasto imperio del Anáhuac los más alegres y consoladores recuerdos. En Lagos ha sido dedicado un templo á la Madre Santísima de la Luz; y de una manera especial en México, Puebla, San Luis Potosí, Jalisco, Durango, Yucatán, Tabasco y otros Estados, han ido tomando mucho incremento la devoción que se la profesa y los cultos con que se la honra.

Los Padres de la Compañía de Jesús propagan este culto por los países en donde predicán.—P. Francisco Javier Gómez.—P. Miguel Castillo.—Propáganle también por Italia: erigen altares y celebran fiestas en honor de Maria en esta dulcísima advocación.

Mucho contribuyeron á extender por todas las diócesis de este país la devoción á la Madre Santísima de la Luz en el siglo XVIII, los Padres de la Compañía de Jesús con las frecuentes Misiones que predicaban la mayor parte de ellos, recorrien-

dos, pues desde que comienza la estación de las lluvias, muchos de los sacerdotes acuden á celebrar la santa Misa en el altar de la milagrosa Imagen. Esta misma petición, y la de que nos alcance del Señor misericordia para la hora de nuestra muerte, se la dirigen siempre en la Misa que ante ella se canta el miércoles de cada semana en la iglesia catedral. En 1843, el venerable clero, las autoridades y demás fieles de León, juraron solemnemente como *Patrona principal*, conforme á la Bula de Urbano VIII, de 23 de Marzo de 1630, á la Madre Santísima de la Luz; y esta declaración con juramento fué confirmada por la Santa Sede el 19 de Diciembre de 1851. Erigida la diócesis de León, fué igualmente proclamada *Patrona principal de todo el obispado*, cuya elección aprobó también en Roma la Sagrada Congregación de Ritos, por Rescripto de 19 de Septiembre de 1872, en que se dispone se reconozcan á la celestial Señora en esta advocación todos los derechos, privilegios y honores que se deben á los Patronos principales de las diócesis.

No sólo en ésta de León, sino en otras muchas de la República, en todas más bien, es tiernamente venerada la Madre Santísima de la Luz: apenas habrá parroquia que en algunas de sus iglesias ó capillas no ostente su bellísima imagen; pocas serán las familias que no honren alguna copia de esta maravillosa Pintura; y todo el que haya viajado por las dilatadas regiones de la Nación Me-

xicana, sabe que en casi todos los vecindarios, por insignificantes que sean, hay niñas y señoras de toda edad, que tienen á dicha el que se las haya impuesto en el bautismo el hermoso nombre de *Maria de la Luz*, «Guadalupe» y «Luz» son entre los fieles mexicanos, nombres en gran manera gratos al oído, y amables por su mística significación: «Luz» y «Guadalupe» no pueden menos de evocar entre los católicos hijos del vasto imperio del Anáhuac los más alegres y consoladores recuerdos. En Lagos ha sido dedicado un templo á la Madre Santísima de la Luz; y de una manera especial en México, Puebla, San Luis Potosí, Jalisco, Durango, Yucatán, Tabasco y otros Estados, han ido tomando mucho incremento la devoción que se la profesa y los cultos con que se la honra.

Los Padres de la Compañía de Jesús propagan este culto por los países en donde predicán.—P. Francisco Javier Gómez.—P. Miguel Castillo.—Propáganle también por Italia: erigen altares y celebran fiestas en honor de Maria en esta dulcísima advocación.

Mucho contribuyeron á extender por todas las diócesis de este país la devoción á la Madre Santísima de la Luz en el siglo XVIII, los Padres de la Compañía de Jesús con las frecuentes Misiones que predicaban la mayor parte de ellos, recorrien-

do gran parte de las parroquias. El apostólico celo que en todas ellas desplegaban, y el ardor con que por donde quiera difundían la devoción á la Madre Santísima de la Luz, eran ordinariamente los mismos que en las Misiones que en 1766 predicaba el P. Francisco Javier Gómez, notan los biografos de este celosísimo misionero. «Habiendo aprendido la lengua maya, en la que empleó un año entero en uno de los curatos más pobres y de peor temperamento de Yucatán, teniendo por maestro al cura párroco del mismo, de tal manera poseyó este difícilísimo idioma, que llegó á hablarlo con la perfección que cualquier indio natural de él. Siguióse de esto, que aficionados los indigenas de este Padre, á quien comprendían tan bien en sus catecismos y sermones, todos querían reconciliarse con él, y no se negaba á confesar á ninguno, aun teniendo con frecuencia el improbo trabajo de examinarlos: componía todas sus diferencias, acariciaba á los niños, auxiliaba á los moribundos y no se rehusaba á ningún género de oficios con ellos; le concibieron tal cariño, que le seguían por todas partes, y se prestaban dóciles á todos sus consejos, manteniendo en los pueblos que recorría una regularidad de costumbres, que asombraba á todos.

«Y no era debido únicamente este fruto á la facilidad de comunicarse con los indigenas, sino, co-

1 Continuación de la Historia de la Compañía de Jesús en Nueva España, del P. Francisco Javier Alegre, por el Presbítero José Mariano Dávila y Arrillaga, t. I, p. 259.

mo decía á voz en cuello el cura que le había enseñado el idioma, á su ardentísima caridad, su grande penitencia, sus perpetuos ayunos y sus costumbres santas y edificantes. Con estas dotes de un verdadero apóstol, recorrió el P. Gómez los pueblos todos de la península de Yucatán, predicando en todos ellos, confesando á sus habitantes y haciendo prodigiosas conversiones. Y no podía menos, según la práctica que seguía en sus Misiones, práctica que debemos recordar para que se vea cuál era la piedad de aquellos tiempos y cuáles los frutos que recogían los operarios evangélicos. Llevaba el P. Javier por *Patrona de sus expediciones espirituales una hermosísima Imagen de la Madre Santísima de la Luz*, y el orden de sus Misiones era el siguiente:

«Muy á la madrugada y en ayunas, emprendía el Padre su camino á pie, llevando en sus brazos la dicha Imagen de la Santísima Virgen, acompañándolo multitud de hombres rozando el rosario con el Padre; concluido éste, se volvía el acompañamiento á sus casas: y el Padre envolviendo la sagrada Imagen montaba á caballo y seguía con un solo criado su camino, ocupado enteramente en una profundísima oración; á una ó dos leguas antes del lugar á que se dirigía, se encontraba con otro igual acompañamiento, que lo conducía como en triunfo. Volvía el Padre á caminar á pie, extendía de nuevo la Imagen, y comenzando el rosario y otras oraciones á la Virgen, se dirigía en derecha al templo; colocaba á la pública veneración á la Madre Santísima de la

Luz, y decía Misa con singular devoción y fervor. Ocho días se detenía en cada pueblo, y es increíble lo que trabajaba en tan poco tiempo, predicando, confesando, visitando á los enfermos y ocupándose en todos los ejercicios de caridad, al grado que solían decir los curas de aquellas parroquias: «El P. Javier no parece de carne, como somos todos los hombres, sino de mármol ó de bronce.»

Y con mucha razón, dice el P. Maneiro, admiraban todos aquel laboriosísimo y austerísimo tenor de vida; porque por nueve horas enteras de la mañana se ocupaba en el confesionario; cerca del medio día casi se arrancaba de él para decir Misa; tomaba después un alimento tan corto, que frecuentemente no llegaba á tres onzas; en seguida predicaba en el templo por media hora, y á la entrada de la noche, por otras dos, predicaba y confesaba á la gente del campo, que no podía asistir á la mañana, pasando lo que faltaba hasta el día, en gran parte en la oración, el oficio divino y en sangrientas disciplinas; ni debe omitirse, que cuando predicaba era tanto lo que se inflamaba y conmovía, que asombra ciertamente cómo podía manifestar tanto fervor en medio de un ayuno tan continuo y de tan ásperas mortificaciones. Los frutos que se seguían eran no menos admirables en la reforma de las costumbres públicas, frecuencia de sacramentos, reconciliación de enemistades, restituciones, separación de amistades malas, destierro, en fin, de todos los escándalos, al grado de que eran

interminables las peticiones que hacían al señor Obispo para que lo enviase ya á ésta y ya á aquella provincia, sin exceptuar la de Tabasco que evangelizó por un año entero, y sin número eran también las cartas de los párrocos y personas distinguidas de las poblaciones, en que encomiaban altamente al celosísimo misionero. Agregábase á esta fama, como siempre sucede en los varones apostólicos, la que tenía de haber obtenido del cielo algunas gracias *gratis dadas*, como el don de profecía, el de milagros y otros, de que se refieren mil casos extraordinarios; así que, nada extraño era que fuese el ídolo de los yucatecos, no sólo del vulgo, sino de los personajes más distinguidos, como el Illmo. Sr. Alcalde, dominico, que después fué Obispo de Nueva Galicia, el Illmo. Tejada, franciscano, Obispo también después de la misma diócesis, y el Illmo. Matos Coronado, que, como sus antecesores, fué Obispo de Yucatán y después de Michoacán: el mismo concepto tenía con las autoridades seculares, como los Sres. Benavides, marqués de Iscar y Navarrete, y en una palabra, con todo género de personas, que no le daban otro título que el del *santo misionero*.

«En Yucatán permaneció treinta y cuatro años ocupado en el ejercicio de las Misiones, con el método, fruto y recomendación, . . . que le hicieron adquirir generalmente entre todos los habitantes de aquella península el título de «El Apóstol Yucateco.» En 1767 salió de Mérida, como todos sus

hermanos, en virtud del decreto de expulsión, y en medio de las lágrimas y clamores dolorosos de todos los pueblos: en Bolonia pasó á vivir á una de las casas destinadas á los Padres mexicanos, vacando únicamente á la oración y siendo el consuelo de todos los jesuitas. Abolida la Compañía, se le unió un hermano suyo que había sido coadjutor en la provincia de Aragón, y encargado éste del cuidado de su subsistencia, el P. Javier, ya casi octogenario, no se ocupaba sino de visitar los templos y de sus ejercicios espirituales, que continuó con el mismo fervor que siempre había tenido; adquiriéndose igual fama de santidad entre los italianos como la había disfrutado en Yucatán: allí también se hizo distinguido por algunos vaticinios que se realizaron y varias curaciones que se tuvieron por milagrosas, y que el venerable anciano atribuía por su suma humildad á la reliquia de San Ciro, que aplicaba á los enfermos, como lo hacía en Nápoles su grande Apóstol San Francisco de Jerónimo. Ultimamente, atacado de apoplejía, paralizado de sus miembros y después de haber dado los mayores ejemplos de virtudes á los domésticos y extraños, murió el día 20 de Noviembre de 1781, de más de ochenta y tres años de edad, y fué sepultado en la parroquia de Santo Tomás de la dicha ciudad de Bolonia, en un sepulcro separado, sobre cuya losa se le puso un honorífico epitafio.

Como el P. Gómez en Yucatán, propagaba también en México la devoción á la Madre Santísima

de la Luz, el P. Miguel Castillo, de la misma Compañía. De él dice el Sr. Dávila y Arrillaga: «El P. Miguel Castillo estableció un sistema de predicación de suma utilidad para las poblaciones. No había una sola calle, una sola plaza en donde no se presentara, y subiendo sobre una mesa, no hiciera resonar su voz de rayo contra los pecadores, atemorizándolos con la exposición de las tremendas verdades eternas. Todos los domingos y días festivos bajaba á la portería del Colegio de San Pedro y San Pablo en punto de las tres de la tarde, donde lo esperaba ya multitud de pueblo; y poniéndose á su frente, llevando un estandarte con la imagen de la Madre Santísima de la Luz, la guiaba ya á esta, ya á otra plazuela, prefiriendo siempre la más inmediata á los públicos paseos, y allí explicaba algún punto de la doctrina cristiana, predicaba un sermón moral, y se volvía después al Colegio acompañado de mayor concurso que con el que había salido, entonando las letanias de la Virgen y otras devotas canciones, hasta llegar á la portería, donde despedía á su numeroso auditorio que había recogido, con un fervoroso acto de contrición. Esta misma misión la hacía también á lo menos dos días á la semana, en la plaza llamada antes el «Barátillo», donde siempre había una gran reunión de pueblo. . . . Ese ejercicio era diario en tiempo de Cuaresma. . . .»

«No contento con esta doble ocupación semanal, estableció el sistema de predicar explicando la doctrina á los lacayos y cocheros; todo lo cual, junto con los multiplicados servicios que prestaba á los enfermos en los hospitales, á los encarcelados ó destinados á las oficinas cerradas, como antes se llamaban, y á toda clase de necesitados, especialmente á las familias vergonzantes, le granjearon tanto el aprecio y respeto público, que mandado cierta ocasión á Valladolid, para convalecer de una grave enfermedad, habiendo vuelto á esta capital en un coche, al reconocerle á su entrada en la garita el pueblo, quitando las mulas lo condujo á brazo como en triunfo por una distancia considerable, hasta que movido de las muchas lágrimas y ruegos del Padre, permitió que volvieran á unirse las mulas para llegar al Colegio. Entre las personas . . . acomodadas no era menor el concepto de que disfrutaba el P. Castillo: un personaje de la primera nobleza y sumamente rico, de esta ciudad, cuando nuestro misionero dejaba de verlo le reconvenía amistosamente, diciéndole: «P. Miguel ¡qué! ya no hay pobres en México, ó juzga V. R. que no le voluntad, sino el caudal se me ha agotado». Y como en otra vez le hubiera llevado el Padre la cuenta de las cantidades con que había socorrido á ciertas familias vergonzantes, dijo delante de su mayordomo y administradores: «La

palabra de este Padre vale más que las cuentas mejor documentadas; cuanto os pida, sea lo que fuere, dádselo al punto, sin expresar en vuestras cuentas sino haberlo pedido el P. Castillo.» El Excmo. Marqués de Cruillas, Virrey de Nueva España, el Illmo. Rubio y Salinas, Arzobispo de México, la Audiencia, el Cabildo eclesiástico y otros distinguidos y elevados personajes, ocurrieron al P. Provincial cuando trató de enviarlo á Zacatecas, para que no privase á México de tan celoso Apóstol, ni á los pobres, de quienes por tanto título era aclamado padre ó insigne bienhechor. Entre los jesuitas era, en fin, tan considerado, que habiendo introducido el primero los diálogos en que explicaba la doctrina cristiana, apenas propuso en una junta provincial que se estableciesen en las demás Casas de la Compañía, se dió orden para que así se hiciera, dando principio en la misma Casa profesa. El P. Agustín Carta, uno de los últimos Provinciales, solía decir á los demás Padres: «Asombrado me tiene este P. Castillo; y si yo no lo viera, no creería que un solo hombre pudiese desempeñar tan cumplidamente la totalidad de nuestros ministerios.»

En los sudores de esta laboriosa vida recibió, así como los demás de sus hermanos, la orden para salir expulso de su patria; y aun en aquel momento manifestó todos los quilates de su ardiente caridad, porque, aunque atravesado de dolor por

la desgracia de su amada madre la Compañía, dobló como todos la cabeza al decreto de proscripción, y sólo al recordar la orfandad en que dejaba unas familias de niñas pobres vergonzantes y virtuosas, que sostenía con sus limosnas, esta dolorosa idea le hizo exclamar dando un suspiro: «Y qué será ahora de esas infelices. . .». Habiendo llegado á Veracruz en la fuerza del calor, varios jesuitas fueron atacados de la fiebre amarilla, y otros, de los más ancianos, experimentaron graves enfermedades: entre éstos últimos se encontró el P. Miguel Castillo, que rayaba en los sesenta años... El día 12 de Diciembre, cuando ya él sólo había quedado entre los enfermos de riesgo, habiendo recibido por devoción la sagrada Eucaristía, sentándose en una silla que estaba al lado de su cama, para dar gracias, entregó su alma al Señor sin dar ninguna señal de agonía, y permaneciendo por algún tiempo en la misma posición con los brazos cruzados al pecho y la cabeza medianamente inclinada, como si estuviera en oración.»

Eran, pues, numerosas las ocasiones, y tierno y eficaz el empeño con que aquellos populares y fervorosos misioneros excitaban al pueblo á la devoción hacia la Madre Santísima de la Luz.

Y no era sólo predicando, sino dedicándole altares y funciones solemnisimas, el modo con que los Padres de la Compañía de Jesús se empeñaban en hacer conocer y honrar á esta amabilísima y ce-

lestial Señora. Del P. Agustín Márquez dice su biógrafo el P. Mancero,¹ que para el Colegio Máximo de San Pedro y San Pablo hizo pintar dos cuadros de la Madre Santísima de la Luz, así como al Colegio de Puebla había regalado ya otra hermosa pintura. El mismo historiador² refiere que el P. Francisco Javier Gómez, después de haber erigido en distintas parroquias de la diócesis de Yucatán, *veintidós altares* á la Madre Santísima de la Luz y otro muy rico en el Colegio de la Compañía de Jesús, de Mérida, en aquella península, dotándole de suficiente renta para que perpetuamente se pudiesen celebrar en él todos los años la fiesta y la novena de esta amable advocación de la Luz con mucha solemnidad; en la ciudad de Bolonia (Italia), hizo distribuir por muchos años millares de estampas de la Madre Santísima de la Luz, y multitud de opúsculos de sus novenas en casas, escuelas y colegios, para propagar el conocimiento de Ella y difundir su culto.

Y como el verdadero amor, cuanto es más acendrado y más fino, más gusta de vivir y de acrecentarse á costa de peligros y de sacrificios; ni aun esta gloria faltó á los jesuitas mexicanos, cuando en aquella injustísima y bárbara persecución que fué víctima toda la Compañía en la segunda mitad del siglo XVIII, los de la provincia de México

¹ Ioannis Aloysii Manceri: *Veracruzensis «De Vitis aliquot Mexicanorum»*, t. I, pág. 167.

² *Ibid.*, t. II pág. 384.

fueron inhumanamente arrancados de su país y distribuidos, cual si fuesen perniciosos malhechores, por distintas comarcas de los Estados Pontificios. Oigamos lo que sobre el punto que nos ocupa, dice el P. Manuel Luengo, S. J., en su voluminoso «*Diario*»: 1. LOS MISMOS XX, 2. DESPUÉS DE EXAMINARLA, PERMITEN LA FIESTA DE LA MADRE SANTÍSIMA DE LA LUZ, Y SE DICE UNA PALABRA DEL CELO DE LOS JESUITAS MEXICANOS EN PROMOVER LA DEVOCIÓN DE NUESTRA SEÑORA DE GUADALUPE. No ha sido poca fortuna que sobre otra devoción, propia también de algún modo de los Jesuitas, hayan tenido estos días alguna equidad y moderación los XX. Un Jesuita mexicano llamado Cañas, ayudado por otros de la misma provincia, hizo algún otro año ha un altar muy hermoso á la Madre Santísima de la Luz en una Iglesia de Nuestra Señora de las Nieves; y uno ó dos años ha hecho ya con toda publicidad su novena y una fiesta muy lucida y devota. No obstante, este año debió ser delatada á los XX esta devoción de la Madre Santísima de la Luz, ó ellos por sí mismos llegaron á saber que se hacia la dicha fiesta. De cualquier modo que llegase á ellos esta noticia, no debían haber dado paso alguno, pues no pueden ignorar que tiene esta devoción la aprobación conveniente para que se pueda celebrar la novena y

1 Tomo XIII, pág. 234, año de 1779.

2 Por caridad omitimos los nombres propios.

la fiesta. Con todo esto, fué reconvenido sobre este asunto el jesuita mexicano Cañas, que se vió obligado á defenderse delante de los XX, é hizo una hermosa y conveniente apología de esta devoción á la Madre Santísima de la Luz. Mas, al fin, y no fué poco, á vista de ella desistieron los XX del negocio, y permitieron al jesuita mexicano Cañas, que pudiese proseguir haciendo su fiesta y novena. Con esta ocasión no puedo menos de decir de paso una palabra de la piedad y celo de otros jesuitas mexicanos en dar á conocer á esta ciudad (Bolonía), á Nuestra Señora de Guadalupe, Patrona de la capital y reino de México, y en promover en ella su devoción. Ya han hecho en Bolonia dos altares dedicados á Nuestra Señora de Guadalupe, colocando en ellos pinturas muy hermosas, y una de ellas traída consigo al destierro desde México. Uno de ellos está en la parroquia de Santa Catalina, calle de Zaragoza; y no lejos de esta iglesia, en un portal, ha puesto uno de los mismos mexicanos una bella pintura de la misma Nuestra Señora de Guadalupe; y todas las tardes reza el rosario con algunos niños delante de aquella Imagen. El otro altar ha sido puesto en la iglesia de San Juan en la Montaña; y en una y otra iglesia hacen todos los años en diversos días una fiesta muy lucida y devota. No aciertan los Jesuitas á dejar de hacer algún bien ó servicio de Dios y provecho de las almas, é impedidos de confesar y predicar, se ocupan en extender el culto y devoción de la Santísima Virgen, dedicándole altares, auxqui-

lándose para ella el bozaco de la boca. [Estos son los insignes malhechores, que han sido traídos des- terrados desde el Nuevo Mundo á este Estado de la Iglesia en el Antiguo].—Era, pues, en aquella época, considerada *propria también, de algún modo, de los Jesuitas, la devoción á la Madre Santísima de la Luz,* como hace notar el P. Luengo.

Callos é indulgencias en Bolonia y otras ciudades de Italia.—
En varias ciudades de España y de México.

En la iglesia de Nuestra Señora de las Nieves, en Bolonia, hay establecida una Cofradía de la Madre Santísima de la Luz, la cual goza de altar privilegiado y otras gracias é indulgencias, concedidas por Clemente XIII: una de ellas era indulgen- cia plenaria aplicable á las almas del Purgatorio, en la celebración de todas las Misas en el altar de la Madre Santísima de la Luz, todos los sábados del año y días infraoctava de la Commemoración de los fieles difuntos. Mucho se ha extendido allí esta devoción; y á ello contribuyó en gran parte el librito publicado en 1781 con el título de: *Breve Notitia della Sagra Imagine della Madonna del Lumee*. Pío VI, por su Breve de 17 de Febrero de 1781, concedió *indulgencia plenaria para todos los días del año, perpetuamente, á los fieles que se confie- sen, comulguen y visiten el altar de la Madre San-*

tísima de la Luz, orando según las intenciones de Su Santidad.

Esta misma indulgencia plenaria para todos los días del año, y con las mismas condiciones, ha sido concedida por Pío VI, en su Breve de 6 de Diciembre de 1780 en favor del altar de la Madre Santísima de la Luz, erigido en la iglesia parroquial de San Materno, tierra de Melara, en el arzobispado de Ferrara.

A los que devotamente recen la Letanía Lauretana ante la Imagen de la Madre Santísima de la Luz, que se venera en *Siracusa*, de Sicilia, concedió Benedicto XIV, en 1758, doscientos días de indulgencia.

Mucho se ha extendido por España esta devo- ción; pues, conociendo muy bien los Padres de la Compañía de Jesús que era la voluntad de la San- tísima Virgen, que á donde quiera que los misio- neros en sus expediciones apostólicas llevasen esta maravillosa Imagen, hiciesen por persuadir á los pueblos la conveniencia de erigir altares y dedi- car capillas y templos en honor de la Madre San- tísima de la Luz, aprovechaban en sus escritos, co- municaciones y viajes todas las oportunidades que se les ofrecían, para dar á conocer y recomendar con toda el alma el culto de la Inmaculada Reina de los Angeles bajo esta hermosa advocación. Y cuán fáciles fuesen en la segunda mitad del siglo XVIII estas comunicaciones de los jesuitas sici- lianos con los españoles, se conocerá teniendo pre-

sente que el cetro de Nápoles y Sicilia era empujado en una buena parte de aquella época por el hermano del Rey de España.—Así se explica que entre las cuatro aprobaciones del precioso libro, titulado: *Invocación de Nuestra Señora con el título de Madre Santísima de la Luz*, escrito por el presbítero D. José de Tovar, é impreso en Zaragoza en 1758, se lean en la del P. Fr. Marcos Antonio Varón, Lector de Teología, estas palabras: «Prendió esta devoción dichosamente en Sicilia; trasladóse á nuestra católica España; y como si en ella nos hubiera enviado Sicilia todos sus volcanes, PRENDIÓ EL FUEGO EN LOS CORAZONES ESPAÑOLES. ARDIENDO CADA DÍA MÁS LA DEVOCIÓN Á LA DULCISIMA MADRE DE LA LUZ.—Pase en gracia de la devoción, lo de *dulcísima*; porque diuice es sobre toda ponderación, y mucho más de cuanto pudieran ponderarlo millares de millones de querubines, todo cuanto á la celestial Señora se refiere; pero yo hubiera agradecido más al respetable P. Varón que en documento tan público é importante no hubiese cambiado una sola palabra del título preciosísimo y altísimo significativo, que á Sí misma se ha dado en esta Imagen la Inmaculada Madre de Dios.—Expresivo se muestra también en su aprobación el canónigo Penitenciario de aquella iglesia Metropolitana, Dr. D. Mariano Turmo, catedrático de Teología en aquella Universidad, cuando dice: Aunque esta invocación ha ocupado hasta aquí mayor lugar fuera de España, ha logrado un aumento en las

fechos españoles. . . SIENDO YA MUCHOS LOS ALTARES EN QUE SE VENERA CON LA INVOCACIÓN DE MADRE SANTÍSIMA DE LA LUZ.—Entre las muchas gracias espirituales, que por este título se habían concedido en aquel tiempo á muchas iglesias de España, figura la de doscientos días de indulgencia por cada vez que alguno de los fieles rezase la Letanía Lauretana ante la Imagen de la Madre Santísima de la Luz, que se venera en el Colegio de la Compañía de Jesús, de Zaragoza.

En otros muchos lugares, especialmente de Italia, se la han dedicado también altares, capillas é iglesias.—En poco más de dos años surgió como por ensalmo, en *Partana*, una espaciosa iglesia de bellísima arquitectura, con cinco altares y rentas y piadosos legados, para perpetuar espléndidos cultos en honor de la Madre Santísima de la Luz. Otro templo, de grandes proporciones se la dedicó en *Milano*, y en él fué instituida una piadosa Asociación, encargada de promover su culto.—Magnífica es la iglesia, y numerosa y animada la *Ce-fracchia*, que se le consagraron en *Palermo*, cuna de esta devoción preciosísima; puesto que en aquella ciudad llevó á cabo, con el auxilio de celestiales ilustraciones, el venturoso artista la maravillosa pintura de la Madre Santísima de la Luz.—Un altar en la iglesia mayor y una capilla en la parroquia de San Nicolás, le dedicaron los fieles de *San Fratello*.—Suntuosa capilla le erigieron los de *Fred-di*, en la cual anualmente celebran solemne y es-

pléndida fiesta. *Mitreta, Cimisi, Naso*. . . y cien y cien pueblos más en distintas partes de Europa, de América y de todo el mundo la dedican tiernísimos cultos; y cuantos de la Madre Santísima de la Luz tienen, por dicha suya, alguna noticia, no pueden menos de sentir conmovido el corazón, y obsequiar rendidos, y pedir gracias, luz y protección á la que con los deslumbrantes rayos de su gloria alumbró y alegró toda la tierra, con su caridad ardentísima basta á encender en divino amor todos los corazones, y con su maternal ternura calma todos los dolores y ahuyenta todo linaje de miserias.

En favor de la maravillosa Imagen de la Madre Santísima de la Luz, de *León*, concedió *Pío VI*, por Rescriptos de 6 de Junio de 1783 y 21 de Enero de 1784, las gracias siguientes: 1. Por el tiempo de siete años indulgencia plenaria, aplicable á las almas del Purgatorio una vez al año, el día que el Ordinario designe, á los que, habiendo confesado y comulgado, visiten la iglesia en que se venera la sagrada Imagen, orando según las intenciones de Su Santidad. 2. Por otros siete años, que sea privilegiado el altar en que se venera la portentosa Imagen. 3. Perpetuamente: que siempre que se recen, devotamente y con corazón contrito en dicha iglesia, las Letanias Lauretanas, se ganen doscientos días de indulgencia, aplicables á las benditas ánimas del Purgatorio.

¡Plegue á Su divina Majestad que el venerable

Cabildo de la iglesia catedral de León, compuesto de varones doctos y piadosísimos, pueda ver muy pronto aumentado este catálogo de gracias espirituales; y que sus votos, unidos á los del nuevo obispo de León, logren de la Santa Sede las gracias en otro tiempo concedidas á las mencionadas iglesias de Nuestra Señora de las Nieves, de *Bolonia*, y parroquial de *San Materno!* Estas gracias con tanto mayor fundamento pudieran esperarse de la benignidad del Padre común de los fieles, cuanto más noble que el de aquellas es el origen de la maravillosa Imagen que se venera en la catedral de León.

Por el P. Fr. José Antonio Alcozer, cuya erudita y magistral disertación he tenido ocasión de leer últimamente, sabemos que en una capilla de la iglesia de *Santa Domingo*, de esta ciudad de *México*, fué erigida una cofradía de la Madre Santísima de la Luz, por Bula de *Clemente XII*, fecha 5 de Abril de 1739. En cuatro Breves que tiene de este Pontífice, se le concede: que el altar de la Madre Santísima de la Luz sea privilegiado para los cofrades; indulgencia plenaria, en favor de los fieles que visitaren la iglesia el miércoles infraoctava de la Ascensión; cien días de indulgencia á los que visiten la capilla en cualquier día del año, y otra indulgen-

1 Carta apologética á favor del título de Madre Santísima de la Luz, que gozó la Reyna del cielo *María Purísima Señora Nuestra*. . . Escribirla el R. P. Fr. Joseph Antonio Alcozer. . . En México. . . Año de 1790.

cia plenaria el día que el Ordinario designe.—*Benedicto XIV*, por Breve de 5 de Septiembre de 1747, concede á ese altar de la Madre Santísima de la Luz, por tiempo de quince años, el privilegio de *Altar de Animas* para el día de la Commemoración de los fieles difuntos, su octava, y un día de cada semana por el alma de cualquier cofrade. Por otro decreto, y por tiempo de veinticinco años, concede indulgencia plenaria á los que concurren á la Novena de la Madre Santísima de la Luz en dicha iglesia, en uno de los días que elija el concurrente; *cien días* en los ocho restantes, y otras tantas *cuarentenas* en los siete sábados que se solemnizan todos los años.—*Clemente XIII*, en 21 de Febrero de 1765, concedió *doscientos días* de indulgencia á los que rezaren las Letanias de Nuestra Señora ante el altar de la Madre Santísima de la Luz, perpetuas y aplicables á las almas del Purgatorio; y en 19 de Mayo de 1765, otorgó por tiempo de quince años la indulgencia de las *Cuarenta Horas* para el miércoles después de la fiesta de la Ascensión.

Para la iglesia del convento de *Santa Ana* de México, *Benedicto XIV* concedió para siempre en favor de la *Cofradía* de la Madre Santísima de la Luz, que en ella iba á erigirse, indulgencia plenaria el día de la inscripción; plenaria también á cada cofrade para el artículo de la muerte; y plenaria igualmente á los que visitaren la iglesia el día de la fiesta. Por otro Breve, otorgó por tiempo de quince años la gracia de que el altar de la Cofradía fuese

de *Animas* el día de la Commemoración de los fieles difuntos, los de la octava, y uno de cada semana, en favor de los cofrades difuntos.

VII

Beneficios de la Madre Santísima de la Luz á la ciudad de León, preservándola de rayos, sequías, guerras, pestes y revoluciones.—Inundación de 1838.—Erección del Obispado.—Cabildo.—El primer Obispo de León.

Muchos son los beneficios que sobre sus hijos predilectos, los fieles de la ciudad de León, ha derramado en todo tiempo la Madre Santísima de la Luz.—En el *Catecismo histórico* de esta venerable Imagen escrito por el fervoroso canónigo de aquella catedral, D. José de la Merced Sierra, se hace mención de algunos de los principales, que me complazco en consignar aquí. Ya desde antiguo viene preservándolos de la furia de los rayos y de la escasez de lluvias, siempre que en estas necesidades la invocan: lo mismo ha hecho siempre en las inminentes calamidades de la peste y de la guerra, y esto con tan visible y notable protección, que no ha podido menos de ser muchas veces admirada en todo aquel país. Apareció en la ciudad

Catecismo histórico de la venerable Imagen de la Madre Santísima de la Luz, y de su culto en esta ciudad de León. . . por el Pbro. José de la Merced Sierra, canónigo Magistral de esta santa Iglesia.—2.^a edición.—León, 1887.

el cólera en 1850, sin duda para que de una manera más viva resaltase el constante y amoroso patrocinio de la Madre Santísima de la Luz; pues apenas, de acuerdo con el Ayuntamiento, acudió á la celestial Señora el inolvidable párroco D. José Ignacio Aguado, prometiéndola con voto en nombre del pueblo cantar públicamente todos los años la Letanía Lauretana en los tres días que preceden á su gloriosísima Asunción, el temible azote de la epidemia desapareció instantáneamente.

En las intestinas guerras y sangrientas revoluciones, que desde principios de este siglo tanta mortandad y tan profundas perturbaciones han venido causando en el país, León se ha visto constantemente libre de esos horrosos estragos. Defensora y celestial generala proclamó su valerosa guarnición, al estallar la revolución de 1808, ofreciéndola en testimonio de amoroso y rendido vasallaje el simbólico bastón de oro y una banda de color rojo. Y, como era de esperar, la Madre Santísima de la Luz sostuvo á maravilla la comisión que suplicantes le encargaran sus atribulados hijos: jamás penetraron en la ciudad las diferentes tropas que en muchas ocasiones la atacaron, ni siquiera se atrevieron á sitiarla con pretensiones de vencerla.—Admirados los demás pueblos á vista de tan singular y constante protección de esta Madre amabilísima, llamaban á la venturosa ciudad de León «Ciudad de Refugio», y á ella se trasladaban multitud de familias, especialmente desde el Estado

de Jalisco, ansiosas de participar de aquel beneficio inestimable.

Cuán temible se haya presentado para los vecinos de esta ciudad la espantosa inundación, que amenazaba destruirla por completo en la noche del 18 al 19 de Junio de 1886, muchos de nosotros lo recordamos. Mucho sufrieron entonces sus angustiados vecinos, y en el ánimo de todos está la consoladora persuasión de que sólo el maternal patrocinio de la Madre Santísima de la Luz ha podido librar á la ciudad de una completa ruina. Por eso, desde entonces se celebran anualmente con tierna gratitud los días 18 y 19 de Junio en aquella iglesia catedral solemnes y piadosísimos ejercicios en acción de gracias por esta insigne protección, los cuales serán perpetuos, según las bases propuestas por el vecindario y la aprobación y decreto del Prelado diocesano en 7 de Junio de 1890.

Beneficio apreciableísimo para sus amantes hijos los leoneses, fué también por parte de la Madre Santísima de la Luz la erección de un nuevo Obispado en aquella ciudad, en virtud de la Bula «*Gravissimum sollicitudinibus*», de 23 de Enero de 1863, por la cual Pío IX disponía que la Iglesia del Sagrario sirviese de catedral, mientras no se terminaban las obras de la «*Compañía nueva*». El 21 de Febrero de 1864, por comisión del Delegado apostólico Ilmo. Sr. D. Clemente Munguía, primer arzobispo de Michoacán, verificó en León la erección oficial de la nueva diócesis el canónigo Doctoral

de Michoacán, Dr. D. José Guadalupe Romero. El sabio y celosísimo Prelado, que la celestial Señora destinaba á fundar la Iglesia felicísima de León, era el Doctor Don José María de Sollaño y Dávalos, de imperecedera memoria, el cual, consagrado en la iglesia del Sagrario Metropolitano de México el 12 de Julio de 1863, tomó posesión del Obispado el 22 de Febrero de 1864.—Al siguiente día, la venerable Imagen de la Madre Santísima de la Luz, que desde su feliz advenimiento á León había permanecido constantemente en la Iglesia de la antigua Compañía, fué trasladada al templo del Sagrario, y ante ella comenzaron á celebrarse desde luego el rezo del Oficio divino en el coro y la Misa conventual. Antes de un año ya tenía constituido un *Cabildo eclesiástico*, compuesto del arcediano Lic. D. Francisco de P. Tejeda, magistral Dr. D. Pablo de J. Torres, y canónigos D. José María Espinosa, Lic. D. José María Sierra y D. Agapito Ayala; los cuales tomaron posesión de sus cargos el 12 de Febrero de 1865. Posteriormente, el personal del coro ha quedado definitivamente determinado de esta manera: un Deán, un Arcediano, seis Canónigos, dos Prebendados racioneros, otros dos medio-racioneros y seis capellanes.

El primer Obispo de León ha dejado merecido nombre de Prelado fervoroso y celosísimo. Mucha y profunda era su ciencia; notabilísima su humildad, tanto más de apreciar cuanto mayor era el lustre de su noble linaje; más claro su talento, y más

raras y apreciables sus personales dotes. De él cuentan los que tuvieron el consuelo de tratarle, episodios en alto grado edificantes, que ponen bien de relieve la pureza de su alma, la ternura de su corazón y el alto vuelo y heroico temple de sus virtudes. Sin que obstase lo elevado de su dignidad, él mismo daba clases de ciencias eclesiásticas en su Seminario, que instituyó el 25 de Mayo de 1864; él formó con su amor de padre, su celo de apóstol y su ciencia singularísima, el clero de su diócesis; y todos cuantos conocemos ese clero, podemos muy bien asegurar que en doctrina y espíritu sacerdotal, en celo eclesiástico, pureza de costumbres, amor práctico al Corazón sacratísimo de Jesús y á la Santísima Virgen, en nada cede al clero de ninguna otra diócesis de la República. Ese clero dignísimo es una de las glorias del Ilmo. Sr. Diez de Sollano, cuya santa memoria venera todo él con entrañable afecto de filial ternura.

El Ilmo. Sr. Diez de Sollano fué en su diócesis el apóstol del Rosario y de la devoción al Sagrado Corazón de Jesús; gustaba de conocer y comunicarse en todas las parroquias con sus ovejas, especialmente con los pobres; predicaba diariamente, visitaba con solicitud de padre á sus diocesanos, y no había parroquia, por lejana que estuviese, que no le tuviese en su seno cada dos años. Sus Cartas Pastorales, que exceden del número de veintidós, son verdaderos monumentos de ciencia y de piedad, de celo infatigable y de inquebrantable fir-

meza, digna de los Ambrosios y Basilio. Jamás le dominaron humanos respetos; y su salud, sus recursos, su misma vida estuvieron en todo tiempo dedicados al bien espiritual, y aun temporal, de sus diocesanos. Honróle Dios nuestro Señor en vida, y después de muerto, con acontecimientos maravillosos, que la Iglesia calificará en tiempo oportuno; por su parte, el venerable Cabildo de León no ha dejado de gestionar con empeño la formación de los expedientes canónicos, que para casos de esta naturaleza están indicados. Más cargado de méritos que de años, el Ilmo. Sr. Diez de Sollano falleció el 7 de Junio de 1881: sus venerables restos descansan bajo el pavimento de la entrada de la catedral, y cubre su modesto sepulcro una lápida en que se lee esta expresiva inscripción, que él mismo había dejado escrita:

IOSEPHUS MARIA A DIEZ
DIEZ DE SOLLANO ET DAVALOS.
EPISCOPORUM MINIMUS,
PECCATORUM MAXIMUS.
CREDIT FIDELITER AD EXTREMUM
USQUE VITAE SPIRITUM
QUIDQUID SANCTA ROMANA ECCLESIA
Non in morte dormit.
SED PERFECTO DONEC
VENIAT IMMUTATIO MEA.
Quoniam in mutatione die de terra
SURRECTURUS SUM.
ET IN CARNE MEA
Quia iudicabitur, servabit et pascetur
ET OCULIS MEIS VIDERO
DHUM SALVATOREM MEUM.
SED PARCE MIHI.
DOMINE, PARCA PECCATIS MEIS.

ORA VIATOR.
UT REQUIESCAN IN PACE.
OBIIT IN SINU C. A. E. MATRIS
ECCLESIAE, ANNO DOMINI
MDCCCLXXXI.
VII IDUS IUN. AETATIS SUAE
SEXAGESIMO ANNO.
SEX MENS. DUOBECIM DIEBUS.

Josef Maria de Jesús Diez de Sollano y Davalos; el menor de los Obispos y el mayor de los pecadores. Creó fielmente hasta el último instante de mi vida todo lo que creó la Santa Iglesia Romana. Ahora voy a dormir en el polvo; mas estoy esperando aquel día feliz en que vendrá mi gloriosa renovación: puesto que en el último día he de resucitar del polvo de la tierra, y en esta mi carne (ahora corrupción, gusanos y polvo) contemplarán mis ojos á Dios mi Salvador. Mas perdonadme, Señor, perdonad mis pecados. Ruga, viador, que descanse en paz. Murió en el seno de la Santa Madre Iglesia Católica, Apostólica, Romana, el 7 de Junio del año del Señor de 1881, á los sesenta años, seis meses, doce días de su edad.

El amor que el clero y el pueblo manifestaron en vida á su primer Obispo, vivo persevera aun después de su muerte. Sobre su sepulcro no faltan jamás flores frescas, y con frecuencia se ven cirios encendidos. Por más que la iglesia se vea en ocasiones atestada de fieles, nadie hay que en esos casos se atreva á pisar la lápida de su venerado sepulcro. Por su buena alma ofrecieron solemnes funerales á Su divina Majestad las parroquias, iglesias, asociaciones todas y su querido Seminario. Las que en los días 13 y 14 de Noviembre le de-

dió el Cabildo de la Catedral fueron tan suntuosas, que no hay noticia de que antes ni después hasta el día de hoy, se hayan celebrado otras que en pompa y solemnidad las igualasen.

VIII

Se terminan las obras de la Catedral. — Cae la clave de un arco sin causar desgracias. — Casa de Loreto. — Cúpula. — Traslación de la maravillosa Imagen al nuevo templo. — Camarin. — Ara. — Torre. — Sacristía. — Atrio. — Reloj. — Reparación de la Catedral. — Peregrinaciones.

Con arreglo á la condición impuesta por el P. José María Genovese, S. J., y aceptada el 3 de Mayo de 1732 por el P. Manuel Álvarez, Rector del Hospicio de León, poco antes de recibir, como don preciosísimo para esta ciudad, la maravillosa imagen original de la Madre Santísima de la Luz, se procedió desde luego á la construcción de la iglesia del «nuevo Colegio», en cuyo crucero había de ser erigido un altar en que esta bellísima y portentosa Pintura fuese fiernamente venerada. Tal fué la iglesia llamada «de la *Compañía nueva*», hoy catedral, en cuya obra trabajaron con ardor los Padres de la Compañía de Jesús hasta el año de 1767, en que por una orden inícia de Carlos III fueron expulsados del país. Empezaron la continuación de este hermoso templo los vecinos de la ciudad, entre los cuales merecen mención muy especial D.

Pedro Obregón,¹ que trabajó con cristiana generosidad y con empeño, principalmente desde el 10 de Noviembre de 1831; D. Julián de Obregón, que costeó los gastos del ornamento; y el inolvidable párroco D. José Ignacio Aguado, que con infatigable actividad promovió cuanto le fué dable la continuación de las obras. El 3 de Mayo de 1833 fué colocada la clave del arco del presbiterio, y terminado en 1837; habiéndose observado en 1855 que los cimientos no tenían la necesaria solidez, se hicieron otros más profundos, y en 1864 estaban concluidas ya todas las bóvedas, el tambor de la cúpula y el primer cuerpo de la torre del Poniente.

Nueva prueba de la maternal protección que la Madre Santísima de la Luz ha desplegado siempre en favor de sus amantes hijos los leoneses, fué el haber librado á la ciudad de una multitud de desgracias, que naturalmente pudieron ocurrir el domingo 18 de Junio de 1876; pues á las doce menos cuarto, cuando la iglesia estaba llena de fieles que se disponían á asistir á la Misa de doce, *cuyo* de repente *la clave del arco* contiguo á las puertas del Norte, sin que ni una sola persona quedase herida siquiera, ni contusa. Entonces fué cuando el fervoroso obispo, Ilmo. Sr. Diez de Sollano, colocándose con santa intrepidez bajo el arco sin clave, que amenazaba ruina, rogó á coro con su pueblo á la Madre

¹ «*Catecismo histórico*...» por el Pbro. D. José de la Merced Sierra.

Santísima de la Luz que se dignase sostener y conservar su santa casa. Así lo hizo, con admiración de todos, la celestial Señora; y agradecido el santo Prelado le dedicó la preciosa capilla, llamada «*la santa Casa de Lucrecia*», que hizo construir contigua á la Catedral, entre el camarín y el cruceiro del Poniente, con los cuales se comunica. Comenzada el 18 de Diciembre de 1876, pudo ya celebrar en ella Misa Pontifical el 10 de Diciembre del siguiente año. Sobre un pedestal situado junto á la puerta de Oriente, mostrábase antes con la inscripción conmemorativa de aquel caso providencial, la clave del arco, expresiva señal, entre tantas otras, del amoroso patrocinio de la Madre Santísima de la Luz.

La elegante cúpula de la iglesia, comenzada el 10 de Diciembre de 1864, quedó concluida el sábado 3 de Agosto de 1865, en que sobre la linterna fue colocada la cruz, solemnemente bendecida por el Prelado; el cual, abundantemente provisto

1 Hoy, la piedra en que aparece grabada esta inscripción, encuéntrese fuera de la Iglesia, junto á la puerta lateral que mira al Norte, y en ella leemos estas palabras:

«El Ilmo. S. Obispo y Cabildo de esta Santa Iglesia Catedral en testimonio de perpetua gratitud coloca esta piedra, que es la misma que se desprendió de la Clave del arco contiguo el domingo 18 de Junio de 1876, á los tres cuartos para las doce, en que esta Santa Iglesia estaba llena de fieles que adoraban al S. Sacramento expuesto, y que esperaban la Misa de doce, sin que ninguno recibiera la menor lesión y sin que el arco se resintiera: por singularísimo favor atribuido justamente á la Madre Santísima de la Luz.

Enero 8 de 1877.»

ya de todo cuanto era necesario para la celebración de los divinos oficios *el magnífico templo*, tuvo la satisfacción de *consagrarle* el 16 de Marzo de 1866. Este mismo día, á las cuatro y media de la tarde, *la venerable imagen* de la Madre Santísima de la Luz *fue trasladada* en solemnisísima procesión á la nueva iglesia. «Al verla llegar á sus puertas el Ilmo. Señor Obispo, como resumiendo los votos de las generaciones pasadas é interpretando los sentimientos religiosos de la presente, exclamó, ahogándose de ternura: «*ENTRE LA SEÑORA Á SU CASA!*»; y todos los leoneses derramaban lágrimas, en medio de las más puras emociones de júbilo.» Al siguiente día celebróse con extraordinaria pompa la Misa Pontifical de *Dedicación de la nueva iglesia*; y hasta el día de hoy viene felizmente continuándose, para honra y consuelo de los fervorosos hijos de León, esa constante y brillantísima serie de magníficos y sagrados cultos, que con inexplicable ternura dedican á la Madre Santísima de la Luz las clases todas de la sociedad.

Detrás del presbiterio, con el cual se comunica por medio de airoso arco, hállase el *camarín* dedicado á la maravillosa Imagen: el anillo de la cúpula se cerró el 20 de Abril de 1874, y contiguo á él fue trasladado el 1º de Julio de 1875 el magnífico altar que solemnemente bendijo el Ilmo. Sr. Diez de

1 *Historia de la Imagen de la Madre Santísima de la Luz, anotada por el Pbro. D. Luis Manrique.*—León, 1874.

Sollano. La hermosa *pedra del ara* de este altar, cortada de las canteras de Guanajuato y con mucho trabajo transportada á la ciudad de León, fué regalada por el canónigo Doctoral Dr. D. José Sotero Zúñiga y consagrada el 13 de Octubre de 1875. Mucho contribuyó á realizar el esplendor del culto la primorosa candelera gótica estrenada el 27 de Mayo de 1879, vispera de la popular solemnidad de la Madre Santísima de la Luz.

La construcción del primer cuerpo de la torre oriental comenzó en Febrero de 1864; el Prelado colocó el primer ladrillo del segundo cuerpo el 4 de Julio de 1875, y el 19 de Abril del siguiente año pudo colocarse sobre la cima de la torre, terminada ya, el signo augusto de nuestra redención. Continuada la obra de la otra torre desde el 14 de Julio de 1875, quedó concluida el 31 de Abril de 1878. Bella y espaciosa es también la *sacristía*, situada detrás del camarín; su fábrica comenzó el 14 de Marzo de 1879, y fué bendecida y estrenada el 5 de Septiembre de 1885. De la portada principal del hermoso *atrio* que precede á la iglesia, colocó también la primera piedra el Illmo. Sr. Diez de Sollano el 4 de Julio de 1878, y poco tiempo después ostentaba ya en su remate en preciosos relieves expresivas inscripciones latinas.—El *reloj* público de la catedral, adquirido en tiempo del sucesor del Illmo. Sr. Diez de Sollano, fué bendecido y colocado por el Illmo. Sr. Barón, el 31 de Mayo de 1885.

El 23 de Febrero de 1887, la venerable *Imagen* de

la Madre Santísima de la Luz fué trasladada desde su nuevo trono á la Iglesia del Sagrario; porque, habiéndose principiado á cerrar las cuarteaduras que dos años antes comenzaron á notarse en la catedral, al pretender reforzar los arcos de las bóvedas en Abril de 1886, persuadiéronse los ingenieros de que era necesario emprender una obra más seria. Al efecto, reforzaronse los arcos antiguos con otros nuevos, que descansan sobre gruesas columnas, apoyadas en proporcionadas y sólidas bases sobre profundos cimientos. Han sido reparado y embellecido el coro antiguo y convenientemente renovados el coro bajo, las portadas de los crueros que comunican con la santa Casa de Loreto y la sacristía, los altares, el púlpito, el órgano y el pavimento.

A las diferentes y antiguas formas de tiernísima devoción con que los leoneses veneraban la milagrosa Imagen de la Madre Santísima de la Luz, preciso es agregar las *Peregrinaciones*, que en nuestros días han llegado á tener en León tan consolador incremento. Fué la primera, la que al frente de una considerable parte de sus feligreses hizo el venerable párroco de Guanajuato, D. Perfecto Amézquita, hoy dignísimo Obispo de Puebla, en la tarde del 4 de Junio de 1873, vispera de la solemnidad de la Madre Santísima de la Luz. Todos aquellos piadosos romeros asistieron al siguiente día á la función religiosa con edificante fervor; y muy pronto imitaron su ejemplo en esta magnífica profesión

de acendrada piedad las parroquias de Silao, Purísima del Rincón y San Pedro Piedragorda.

A estos consoladores ensayos siguieron muy pronto otras peregrinaciones en grande escala, y otras muchas asignadas á determinados días y distribuidas entre los diferentes gremios y clases de la sociedad. Elegantes invitaciones, graciosamente encerradas en un marco de flores de pintura oriental, aparecieron en las puertas de todas las iglesias de León, y fueron profusamente repartidas por casi todas las casas de la ciudad á fines de Abril de 1880. En ellas se proponía á los fieles que en el mes de Mayo que iba ya á comenzar, honrasen diariamente y por clases á la Madre Santísima de la Luz, acudiendo en devota peregrinación á la Catedral para visitar su maravillosa Imagen, dedicarle una fiesta y ofrecerle algún obsequio. Comenzarían este caritoso turno de filial homenaje las peregrinaciones de las haciendas y ranchos situados en las vecinas comarcas; seguirían las de los distintos barrios de la ciudad, y continuarían después los diferentes gremios de artesanos, las escuelas, asociaciones, comercio y demás clases.

A tan oportuna invitación cupo desde luego un éxito portentoso; pues á pesar de lo inusitado de la forma, todas las clases la acogieron con entusiasmo y desplegaron en su fiesta respectiva nobilísima emulación. Las comisiones que encabezaban cada día distribuían con anticipación sus in-

vitaciones, engalanadas con poesías, á los individuos de su ramo; las músicas recorrían las calles recordando el día de sus respectiva entrada; ricos presentes se ofrecían, al presentarse ante el altar de María, en la mesa de oblacones; por la noche iluminábase la fachada de la Catedral, y frente á ella se quemaban vistosos fuegos artificiales; y por fin, fueron treinta y un días de solemnidades, de festejos, de santa y universal alegría. — Veinte años hace que estas peregrinaciones vienen continuándose, cada día, gracias á Su divina Majestad, con más viva animación y en mayor escala, y patentizándose en ellas una vez más el abrasado celo de los párrocos y la acendrada piedad de los fieles. ¡Plegue á Dios nuestro Señor que estas ardientes y colectivas manifestaciones de vivísima fe y de entrañable amor á la Madre Santísima de la Luz vayan cada día en aumento; que mucha luz, y luz celestial, necesitamos para abrimos paso entre las densas tinieblas de errores crasísimos y de ignorancia religiosa, que por todas partes nos envuelven en este desventurado siglo, por antífrasis llamado «de las luces!»

1 «La Luz», revista mensual publicada en León, núm. 1, 1.º de Junio de 1891.

La "Candela" de la Madre Santísima de la Luz.—Los "Siete Sábados."—La Archicofradía de "la Madre Santísima de la Luz." en Leon.—Seminario.—Los tres días de rogativas públicas.—Conferencias de caridad.—Peticiones de Oficio y Misa propia de la Madre Santísima de la Luz.

Otro de los obsequios que suelen ofrecerse á la Madre Santísima de la Luz, medita al mismo tiempo eficaz para conseguir de ella nuevos favores, es la *Candela* que se enciende ante una de sus imágenes, después de haber escrito en ella estas palabras: «Madre Santísima de la Luz.» El origen de esta provechosa devoción es el siguiente:

Suelen los Padres Misioneros, al partirse de los lugares donde han hecho la Misión, dejar á las personas beneméritas y más empeñadas en promover el culto de la santa Imagen, algunos cabos de candelas de cera que ardieron ante ella, y por memoria y distinción darlas en premio de los servicios hechos, y escriben en torno de las mismas candelas estas palabras: «Madre Santísima de la Luz.» Estas después se encienden en las urgencias, y la Madre Santísima ha querido acreditar este obsequio con gracias singularísimas en varias ocasiones, más especialmente en el peligroso trance de los partos. De las muchas gracias consecui-

1 «La devoción de María, Madre Santísima de la Luz.» t. II, cap. 6.

das por medió de este obsequio, cuéntanse algunas muy singulares.

Obsequio muy grato también á la Madre Santísima de la Luz es el de «*Los siete Sábados.*» He aquí su origen: Mas para que se conserve siempre viva la devoción de la gran Madre de la Luz, una de las más eficaces industrias ha sido instituir algunos sábados en número de siete, en que se acrecienta el culto y se solemnizan como una fiesta en honra suya, con empeño de generosa devoción, correspondiente al intenso amor que arde en el corazón de todos, á la gran Madre de Dios. En la antiquísima y devotísima ciudad de Mistroto se celebraron estos sábados, año de 1725, durante el curso de la Cuaresma con suntuosa magnificencia, que pareció un triunfo de la grandeza y de las victorias conseguidas en aquella ciudad contra el inferno, por la Madre Santísima de la Luz. Se avisaba la tarde del viernes antecedente al pueblo la fiesta del día siguiente, con una solemne procesión abundante de luces, al son de todas las campanas y estruendo de arcabuces y morteretes. En la mañana del sábado aparecía la iglesia mayor hermosamente adornada, y en el altar mayor, donde se colocaba la santa imagen, se veía una gran máquina á modo de teatro, de singular arquitectura, tapada de luces. Reunido el pueblo, comenzaba la Misa cantada; y al entonarse el *Gloria*, con admi-

table arteficio se atría en dos partes la máquina y descubría la santa Imagen, que estaba encerrada en el medio, haciendo alegre armonía con las repetidas salvas de morteretes, son de campanas y de muchos instrumentos músicos, los clamores festivos de los ciudadanos, que arrebatados de piadoso júbilo al ver tan tiernamente honrada á su Madre dulcísima, prorumpían en cordiales aclamaciones, diciendo en alta voz: *Viva, viva Maria, Madre Santísima de la Luz.* Cerraba la solemnidad un panegírico, en el cual el misionero procuraba tejer los elogios de la Reina purísima de los cielos, de suerte que con la estimación hacia Maria creciese también en los fieles la confianza: y de este modo, cada vez más inflamados en su devoción y amor, retirábanse á sus casas, deseosos de honrarla cada día con nuevos obsequios.

Repetióse esta fiesta en Mistréto durante muchos sábados, y lejos de antihiarse el fervor de aquel pueblo, la solemnidad y los obsequios fueron siendo cada día más espléndidos. Y tanto subió esta piadosa porfia entre los ciudadanos, que hubo sábado en que ardieron ante la sagrada Imagen ochenta lámparas, fuera de la gran copia de cera que, distribuida por toda la iglesia, parte iluminaba los altares, y parte la nave del templo, con gran número de candelas llenos de cera, que puestos en vistoso orden formaban varios racimos de luz: de suerte que toda la iglesia aparecía como sembrada de estrellas.

Esta preciosa devoción «de los siete Sábados.»

á la cual fueron concedidas tantas indulgencias, está recomendada por la Santísima Virgen de una manera especial, como preparación para celebrar su fiesta. «Debéis, ante todo, dice el citado libro de «La devoción de Maria, Madre Santísima de la Luz.» anticipar á la celebración de esta nueva solemnidad la devoción de los Siete Sábados, que preceden al día de la fiesta y comienzan el Sábado Santo. La misma Virgen ordenó por su boca esta previa disposición á su día festivo.»

Por decreto de 9 de Noviembre de 1873, el Illmo. Sr. Diez de Sollano, de acuerdo con su venerable Cabildo, erigió canónicamente con facultad concedida por el Sumo Pontífice, en la catedral de León, una *Archicofradía en honor de la Madre Santísima de la Luz*, la cual tiene por objeto promover su culto, celebrar en su obsequio las Misas Sabatinas y honrarla con el rezo del oficio parvo y ejercicio vespertino, rosario y plática los sábados; y manifestaba su deseo de que en todas las parroquias y vicarías fijas se erigiesen Cofradías del mismo título y fuesen canónicamente agregadas á esta Archicofradía. Cuando el celoso párroco de León, D. José Ignacio Aguado, llevó á cabo en aquella ciudad la fundación del *Seminario*, lo primero que hizo fué jurar por *especial Patrona* de este religioso plantel, en unión de todos los catedráticos, á la Madre Santísima de la Luz. Esto mismo hizo el Illmo. Sr. Diez de Sollano, al erigirle canónicamente como Seminario Conciliar el 25 de Mayo de 1664, dejan-

do consignado de este modo la cláusula tercera de su erección. «En tercer lugar, Nuestro Seminario Conciliar de la Santa Iglesia de León queda erigido bajo el Patrocinio de Nuestra Señora la Virgen María, en la advocación de Madre Santísima de la Luz...»

Recordábase en el § VII de este capítulo el voto perpetuo con que, en acción de gracias por haberle librado del terrible azote del cólera, se obligó en 1850 el pueblo de León á solemnizar todas las años los tres días que preceden al de la gloriosa Asunción de María con rogativas públicas y el canto de las *Letanias*. Del interior de la iglesia Catedral en que estaba fija la lámina de bronce que contenía esta promesa, fué ocultamente arrancado en 1872 este piadoso monumento, y con razón se ha pensado desde luego en reponerle para perpetua memoria. Están, sin embargo, tan grabados en el corazón de los fieles leoneses los beneficios recibidos de la Madre Santísima de la Luz y el voto con que á obsequiarla se obligaron, que bien se puede esperar de su probada gratitud serán siempre fieles en cumplir con este dulce compromiso. Las dos Conferencias de caridad, fundadas en 1853 y 1854, fueron puestas también bajo el patrocinio de la Madre Santísima de la Luz.

Registrando hace algunos días antiguos documentos, hemos tenido la grata sorpresa de encontrar impreso un ejemplar del *Oficio propio*, que para ser rezado con rito doble de segunda clase el miér-

coles infra-octava de la Ascensión en honor de la *Madre Santísima de la Luz* por el respetable clero de la provincia eclesiástica de México, que en aquel tiempo abarcaba toda la República, compuso el R. P. Ignacio Lerdo, de la Compañía de Jesús, y proponía á la aprobación de la santa Sede este venerable Cabildo Metropolitano en 1830. Hasta hoy no ha sido concedida todavía la ansiada aprobación, á pesar de los favorables y razonados informes del Rmo. P. Francisco Bartoleschi, que la gestionaba con luminosos argumentos y rara actividad.

¡Plegue al Corazón Sacratísimo de Jesús que este Oficio, que es ciertamente muy precioso, con antífonas, capítulos, oración é himnos propios, sea pronto aprobado por la Silla Apostólica para todas las diócesis de la Nación Mexicana, y aun para todo el mundo! Y pudiéramos aspirar todavía á que se nos concediese algo más; y es que en las Lecciones del segundo Nocturno se consignase íntegra la historia de la maravillosa pintura de la bellísima Imagen de la Madre Santísima de la Luz, y del culto con que desde entonces vienen obsequiándola agradecidos los fieles.

Otro Oficio propio en honor de la Madre Santísima de la Luz escribió por encargo del Ilmo. Sr. Diez de Sollano, en Mayo de 1880, el virtuoso presbítero y sabio escritor, residente hoy en Irapuato, D. Gabino Chávez. Tiene himnos y antífonas propios y las lecciones del II Nocturno están tomadas de un sermón de Santo Tomás, de los úl-

timamente descubiertos por el abate Uccelli. Precioso y oportuno como todo lo que con galana fecundidad brota de la docta y elegante pluma del mencionado escritor, mereció la aprobación y expresivas frases de gratitud del Illmo. Sr. Diez de Sollano, y fué desde luego enviado á Roma para obtener su aprobación por parte de la santa Sede. Pero las mismas causas que hasta hoy fueron retardando la aprobación del Oficio compuesto por el P. Lerdo, han aplazado también la del que escribió medio siglo después el Sr. Chávez. En los momentos en que trazamos estas líneas resuena todavía el eco de las festivas aclamaciones, con que el clero y los fieles de León celebran la llegada de su nuevo Obispo, el Illmo. Sr. Dr. D. Leopoldo Ruiz. Mucho, y con fundadísima razón, esperan de él aquella ilustre Diócesis y toda la República Mexicana: en el alma deseamos que sus singulares talentos, suficientemente reconocidos y admirados ya en dos Conclitos, y, más que todo, su amor á la Santísima Virgen y su probado celo, se empleen desde luego en obtener de la Sede Apostólica la aprobación del nuevo Oficio, con que tanta gloria podemos dar á Dios nuestro Señor, y tanto nos sería dable honrar á nuestra dulce Protectora, Madre Santísima de la Luz.

X

Preparativos para la Coronación de la milagrosa Imagen de la Madre Santísima de la Luz.—Breve de Su Santidad, en que concede la gracia de la Coronación, y Edicto del señor Obispo de León dándole á conocer á sus diocesanos.—Reparación de la catedral de León.—El nuevo Altar.—Fiestas de la Coronación.

Hace ya mucho tiempo que el clero y el pueblo de la diócesis de León, y aun los de las demás diócesis de la Nación Mexicana, deseaban con ansia que la portentosa Imagen de la Madre Santísima de la Luz fuese solemnemente coronada con diadema de oro, por autoridad y delegación Pontificia; honor que sólo se confiere á Imágenes que son célebres por su antigüedad, por la popular devoción que han alcanzado y por los numerosos milagros que por medio de ellas se ha dignado hacer Dios nuestro Señor.

Algunas gestiones se hicieron sobre el particular durante el gobierno del Illmo Sr. Baron. En el del Illmo. Sr. Garza Zambrano recibieron en aquella Secretaría episcopal numerosas solicitudes de todas las parroquias de la Diócesis y Asociaciones piadosas, en que, conforme á las instrucciones emanadas de Roma, pedían al Prelado diocesano y al venerable Cabildo elevasen de nuevo sus preces á Su Santidad, suplicándole se dignase conceder la autorización anteriormente pedida, para proceder

á la solemne Coronación de la sagrada Imagen. Hallábase vacante la Sede episcopal de León por promoción del Illmo. Sr. Garza Zambrano á la Metropolitana de Monterrey, cuando se recibió de Roma el decreto de concesión bajo la forma de: «*Utatur jure suo*» haga uso de su derecho.»

El venerable Cabildo eclesiástico de León, sede vacante, suplicó de nuevo á la Santa Sede se dignara conceder que la Coronación se verificase á nombre de Su Santidad, y que los fieles pudiesen ganar indulgencia plenaria el día en que se celebrase la deseada solemnidad. Ambas gracias se dignó otorgar el Vicario augusto de Jesucristo, ampliando la concesión de la segunda en términos, que no sólo se puede ganar indulgencia plenaria en el día de la Coronación, sino *perpetuamente* en cada aniversario.

Para dar mayor realce al culto que se tributa á la Madre Santísima de la Luz, el nuevo Prelado Diocesano, de acuerdo con su venerable Cabildo, ha dispuesto que la iglesia Catedral fuese decorada con la posible esplendidez, y que se sustituyese el antiguo altar mayor con otro de mármol, más rico y más elegante.

He aquí el *Edicto* que dirigió á sus diocesanos, dando á conocer el Breve de Su Santidad y la forma de la ejecución de las reformas proyectadas.

«El Breve de su Santidad León XIII, expedido en Roma el 27 de Marzo de este año, en que se Nos concede bondadosamente coronar la insigne

Imagen de la Madre Santísima de la Luz, debe ser, y es sin disputa, en estos luctuosos momentos que alcanza la Iglesia Mexicana, el feliz presagio de días bonancibles para la Religión y para la sociedad.

¡Siempre María es la estrella esplendidísima, que disipa con sus rayos las sombras del pecado y del error!

¡Es la estrella de la mañana, cuya claridad difunde su brillo en las borrascas y tormentas de la vida!

¡Es, en fin, la estrella de los mares, cuyos fulgores debemos siempre seguir, sin apartar de ellos las miradas, para salvarnos de la tempestad y evitar el naufragio!

He aquí ahora, la traducción del Breve, á que Nos hemos referido y que recibimos en el mes de Abril último.

LEÓN PAPA XIII.

PARA PERPETUA MEMORIA.

Como nuestros queridos hijos los Canónigos de la Iglesia Catedral de León, en la República Mexicana, Nos han rogado humilde y empeñosamente que concedamos Nuestra facultad, para que el nuevo Prelado de aquella Diócesis imponga con rito solemne una corona de oro á la inclita Imagen de la Madre Santísima de la Luz, que los fieles de la misma Diócesis veneran con singular piedad, Nos hemos asentido á tan piadosos deseos. Por tan-

to, absolviendo con la plenitud de Nuestra potestad á todos y á cada uno de aquellos á quienes favorecen estas Nuestras Letras, de cualquiera excomunión y entredicho y demás sentencias, censuras y penas eclesiásticas, si acaso hubieren incurrido en ellas, y teniéndolos por absolultos sólo para que gocen de estas gracias, en virtud de las presentes concedemos que el nuevo Obispo de la Diócesis de León pueda licitamente, el día que él mismo elija, y observando lo que por derecho deba observarse, imponer con rito solemne y á Nuestro nombre y con Nuestra autoridad, una diadema de oro á la mencionada Imagen de la Madre Santísima de la Luz. Y para que estas solemnidades sirvan para el bien espiritual de los fieles, con Nuestra misma autoridad concedemos á todos y á cada uno de los mismos fieles que verdaderamente arrepentidos, confesados y fortalecidos con la sagrada comunión asistan á esta Coronación, y á los que en los años venideros visiten la referida Iglesia el día del aniversario, y dirijan allí piadosas oraciones á Dios por la concordia de los Principes cristianos, la extirpación de las herejías, la conversión de los pecadores y la exaltación de la Santa Madre Iglesia, plenaria indulgencia y remisión de todos sus pecados, la cual pueden aplicar por modo de sufragio á las almas de los fieles difuntos. Dado en Roma, en San Pedro, bajo el anillo del Pescador, el día 23 de Marzo de 1901, año XXIV de nuestro Pontificado.—LUIS CARDENAL MACCHI.

Tan luego como tomamos nota del anterior documento Pontificio, Nuestro primer intento fué decorar la Basilica donde se venera aquella santa Imagen, y aun reconstruir especialmente el altar principal del mismo templo, si no de una manera digna de la Reina del cielo, á lo menos de la más excelente y perfecta que fuera dable, conforme á las circunstancias de pobreza en que nos encontramos; y con este pensamiento emprendimos en Nuestra santa Iglesia Catedral, los trabajos preliminares de reparación y ornato de que hemos hablado. Pero, como los gastos que demanda esta obra, sin embargo de ser económico el presupuesto votado para realizarla, son de alguna consideración, y, para sufragarlos, hemos contado particularmente con la piedad no desmentida de los fieles de la Diócesis, no vacilamos al presente en acudir á ella, absolutamente cerciorados de alcanzar por este medio el éxito á que anhelamos, y que de lo contrario había de ser por fuerza dudoso, para no decir imposible el lograrlo, á Nuestro juicio.

A efecto, pues, de obtener los resultados que Nos proponemos, creemos conveniente, que se organice una colecta entre Nuestros diocesanos, debiendo tener presentes los puntos que á continuación pasamos á expresar.

1.º—Los recursos que necesitamos arbitramos para llevar á cabo el fin manifestado, serán consistentes en objetos de oro, plata y piedras preciosas, así como valores en numerario ó en efectos que

realicen los colectores ó quienes hagan sus veces.

2.º—Los Curas párrocos y Capellanes de las respectivas Iglesias y Capellanías colectarán el domingo último de cada mes, al terminar las misas, la limosna que ofrecieren los fieles, teniendo cuidado de avisar el domingo anterior que éste es el designado para reunir los donativos de referencia, y así evitar la confusión de limosnas aplicables á distintos objetos, que sin previa explicación pudiera surgir.

3.º—Todos los Directores de cualquiera Asociación, Congregación ó Cofradía, recogerán también cada mes, de sus socios correspondientes, las limosnas que éstos dieren y con el mismo objeto ya indicado.

4.º—Los referidos Párrocos y Capellanes remitirán con toda regularidad á la Secretaria de Cámara y Gobierno del Obispado, ó al señor Director de la Archidiócesia de la Madre Santísima de la Luz, las mensualidades que hubieren recaudado de sus feligreses ó asociados, para invertir las en el uso á que se destinan.

5.º—La colecta y la remisión de que hacemos mérito, ha de tener verificativo, según hemos dicho, desde ahora hasta que anunciemos, mediante una Pastoral sobre la materia, la terminación de las obras y la fecha en que se efectúen las solemnes fiestas de la Coronación.

Este Nuestro Edicto será leído en todas las misas que hubiere el día festivo después de su recep-

ción, para que llegue á conocimiento de todos Nuestros diocesanos.

Dado en la Casa Episcopal de León, firmado, refrendado y sellado según estilo, á los trece días del mes de Agosto del año del Señor de mil novecientos uno.

†LEOPOLDO,

Obispo de León.

P. M. D. S. S. I. y R.

ANGEL MARTINEZ,

Secretario.

La *Catedral de León*, cuya decoración se proyectaba, es de muy buena construcción, de hermosas y elegantes proporciones, y de mucha solidez, pues las paredes miden más de dos metros de espesor. Es de orden dórico, y tiene 72'30 metros de largo, 13'40 de ancho en las naves, 27'30 en los cruceros, 24'75 de altura hasta las bóvedas, 17'70 desde el rompimiento de la cúpula á la linternilla, y 12'88 de diámetro la cúpula.

En su anterior ornamentación nada había de oro; dominaba un fondo verde botella *destemplado*, y el color rojo en las columnas, arcos y cornisas.

Hoy, la ornamentación es de estilo renacimiento reformado, con fondos claros, predominando el blanco y el plomo en las guarniciones, ó sea en las columnas, frisos, cornisas, etc.

En los trabajos de ornamentación se ha economizado el gasto de andamios, sustituyéndolos con

una torre de madera y hierro, de 21 metros de altura por 4^m 50 de base, y de 1,400 kilos de peso.

Al rededor de la iglesia se han construido *tribunas* de doble piso, que contendrán más de dos mil cuatrocientas personas. Las paredes del templo y de la cúpula están guarnecidas de yeso blanco y oro, que encierran un fondo imitando tapiz de seda, orlado de una faja de fondo oro fino unida al marco. Los dibujos de ornato son de colores neutros ó *destemplados*, y muy claros, en fajas de fondo oro fino, en que se han gastado más de *doscientos cincuenta millares* de hojas.

Entre las ventanas y las curvas de la bóveda, ó sean las pechinas, han sido pintados ángeles, unos tocando instrumentos, y otros arrojando flores.

Sobre los altares hanse colocado marcos blanco y oro, con guarnición de yeso de 0'57 metros de ancho, encerrando angelitos que adornan con guirnaldas los nombres dulcísimos de Jesús y de María, que resaltan en medio del cuadro. En yeso se han gastado más de 65,000 kilos.

El altar es de mármol de Carrara y de otros colores, y tiene 16^m 50 de altura total, 8'50 de ancho en la base, y 5^m 50 en las *columnas*. Estas miden 5'85 de alto; sin capitel ni bases, 4^m 50; diámetro en la base, 0'62; pesan 25,000 kilos, y guarnecen un *nicho* de 4'50 de altura por 1'60 de ancho.

El solo mármol del altar, fuera de la mampostería, pesa 34,000 kilos; y 2,700 el *bronce* de los capiteles, bases, columnas y ornato.

Sobre el nicho aparecen dos ángeles de bronce, de 1^m 60 de alto, destinados á sostener la *corona*; la cual es de oro macizo, labrada en la casa de Benziger, y tiene de costo \$10,500.

Corona el altar un grupo de la Santísima Trinidad, en el cual aparecen sentadas las Personas del Padre y del Hijo; su altura es de 1^m 75.

El *pavimento* del presbiterio es de mármol, y costó dos mil pesos. La baranda del *confesionario*, fabricada en casa de Benziger y de 11 metros de largo, tiene de costo cuatro mil pesos.

El mármol del altar, prescindiendo del trabajo de mampostería, costó cincuenta mil pesos. Para sostener toda la mole del altar, fué preciso reforzar una cripta subterránea con un macizo de ladrillo comprimido y cemento, en el cual se hicieron 27 túmulos destinados á sostener los restos mortales de los canónigos: en ellos pueden caber cien cadáveres.

Para dar vista al altar, hizose necesario *agrandar el último arco*, que estaba más cerrado que los otros. La operación era peligrosa; pues hacíase necesario contrarestar la resistencia que ofrecía la cúpula pequeña, que pesa 600,000 kilos y descansaba en el arco, y evitar también el cocolo de la cúpula mayor separada de la pequeña sólo por una bóveda. Fué encargado de esta operación el ingeniero D. Ernesto Brunel, el cual hizo construir en México cuatro puentes de hierro, de 14 metros por 2^m 25, sostenidos por dos arcos también

de hierro, de 10^m50 de diámetro por 1^m10 de altura; cuyo costo fué de 4,900 pesos. Con increíble perfección llevóse á cabo esta operación tan difícil, pues ni la cúpula ni la bóveda se resintieron en lo más mínimo. La parte de arco que se abrió abajo, fué de 475 metros cúbicos y 583,000 kilos de peso. A los lados del arco abriéronse *dos ventanas* de 18 metros de altura.

El *órgano*, que con destino á la catedral de León están construyendo en Alemania, es de 5^m50 de altura por 5 metros de frente. *Otro* hay actualmente en la Catedral, procedente también de una de las mejores fábricas de Alemania. Ambos serán colocados en dos tribunas que se extienden por encima de uno y otro lado del coro de los canónigos.

Los artistas que han trabajado en estas obras del altar y de la decoración de la catedral, son todos mexicanos, educados especialmente para ello, y han llevado á cabo esta obra importantísima con sólo habérseles facilitado los diseños, bajo la dirección personal del notable artista, Pbro. Dr. D. Luis Orozco y Jiménez, á cuya amabilidad debo los interesantes datos de esta humilde reseña de los trabajos de decoración. Merced á la acertada dirección del Sr. Pbro. Orozco, hanse logrado en todos estos trabajos grandes economías. La pintura de la catedral de León es toda de aceite, y tiene, además, cuarenta figuras al óleo y seis grandes cuadros. A pesar de esto, la decoración sola no excederá

mucho de 15,000 pesos; mientras que en otras iglesias de notable importancia, bien que de mayores dimensiones, empleóse poco oro y la pintura es en yeso, con el costo de 120 á 180,000 pesos.

El Ilmo. señor Obispo de León y el venerable Cabildo han acordado que la solemnidad de la Coronación sea el día 8 del próximo mes de Octubre de 1902, y que las fiestas religiosas con que ha de celebrarse tan fausto y suspirado acontecimiento, se verifiquen diariamente desde el 1^o al 15 de dicho mes. Del 1^o al 7 tendrán su fiesta las parroquias, barrios y piosas asociaciones de la ciudad: del 9 al 15 dedicarán las suyas á la Madre Santísima de la Luz las demás parroquias de la Diócesis, acudiendo á visitar á la maravillosa Imagen en numerosas y animadas peregrinaciones. Muchos son los Ilmos. señores Obispos, que se proponen rendir filial homenaje de su veneración y de su amor á la Madre Santísima de la Luz, asistiendo á la solemne ceremonia de la Coronación; y algunos de ellos se han ofrecido ya, con este motivo, para cantar las glorias dulcísimas de María desde la cátedra del Espíritu Santo.

Desde el atrio del lado Norte hasta el frente de la sacristía se ha construido un espacioso corredor, con el objeto de facilitar el mayor orden en las procesiones y proporcionar cómoda entrada al templo á los fieles que á él se dirijan por aquella dirección.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

ADVERTENCIA.

A las "Piadosas prácticas" que para esta *Segunda Parte* hemos escrito, creemos oportuno agregar, con algunas correcciones, otras varias prácticas, conocidas é impresas hace ya mucho tiempo, y que, ó por su verdadero mérito ó por la antigüedad de que gozan, ó el favor que se les ha acordado, han llegado á ser entre nosotros más ó menos populares. Enriquecemos las nuestras con preciosas observaciones que sobre la sagrada Misa hace el P. Luis de la Puente en su "Tratado de perfección," con algunos *Obsequios*, más ó menos modificados, que hemos tomado en gran parte del precioso librito "*El Sacrosanto, dulcísimo Corazón de Mario Santísimo*," escrito por el V. P. Juan Pedro Pinamonti, S. J.; y con la elegante traducción castellana de algunos versos latinos de respetabilísima procedencia, debida á la castiza pluma del eminente literato Pbro. D. Julián Villalán, con cuyas iniciales señalaremos las respectivas estrofas.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE MÉXICO

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

PRACTICAS CRISTIANAS DE CADA DIA.

AL DESPERTAR.

¡Dios mío! ¡Oh, mi Dios! ¡A Ti aspiro, y me dirijo desde que apunta la aurora. De Ti está sedienta el alma mía; y de cuántas maneras lo está también este mi cuerpo!

¡Bendita sea la santísima é individua Trinidad, ahora y siempre, y por infinitos siglos de siglos!—
Amén.

¡Gloria al Padre, que nos creó! ¡Gloria al Hijo, que nos redimió! ¡Gloria al Espíritu Santo, que nos santificó!

AL LEVANTARSE.

Por la señal de la santa Cruz, etc. En nombre de nuestro Señor Jesucristo me levanto. El me bendiga, guarde y dirija, y me guíe a la vida eterna.—Amén.

AL TOMAR AGUA BENEDITA.

Por esta agua bendita me sean perdonados todos mis delitos y pecados.

AL VESTIRSE.

Devuélveme, Padre Eterno, y conserva en mí el vestido de inocencia, que recibí en el bautismo, para que no sea excluido del celestial paraíso.—Amén. Vísteme, Jesús mío, Rey de la gloria, con las olorosas vestiduras de tus virtudes, humildad, paciencia, caridad y castidad, á fin de que obtenga la bendición del Padre celestial.—Amén. Adórname, Espíritu Santo, de la túnica de tus dones, para que halle gracia en tus divinos ojos.

ORACIONES DE LA MAÑANA.

Lavado ya, y puesto de rodillas, hace la señal de la cruz, y dice:

¡Oh, Dios mío! ¡Mi esperanza, mi deseo y mi amor! Séais amado y glorificado por todos, en todas partes y sobre todas las cosas, por siempre jamás. Os adoro y venero, oh, Santísima Trinidad! Os glorifico, alabo y bendigo, y humildemente me postro ante el trono de vuestra infinita Majestad. ¡Cuán buena habéis sido para conmigo hasta aquí! Os doy gracias por todos los beneficios que he recibido de Vos, y en especial, por haberme guardado y conservado en esta noche. ¡Cuántos en esta noche habrán sido arrebatados desde su lecho á vuestro augusto tribunal! Y de ellos, ¡cuántos, tal vez, precipitados en el infierno!

¡Oh, Corazón sacratísimo de Jesús! En ese delicioso asilo propongo pasar todo este día, sirvién-

doos, amándoos y desagráviándoos por las ofensas que por desgracia recibís; y con todo mi corazón os ofrezco todas mis intenciones y pensamientos, todos mis afectos y deseos, todas mis acciones y mis palabras; todo según las intenciones de ese divino y amantísimo Corazón.

¡Oh, Dios mío, á quien amo sobre todas las cosas! Dad á este vuestro indigno siervo un corazón dócil, para que hoy cumpla fielmente en todas las cosas vuestra santísima voluntad. Protegedme, Padre mío amantísimo, y guardadme de todo pecado. Prefiero morir, antes que cometer un pecado tan sólo, especialmente aquel. . . . Ruégoos me fortalezcáis, si puesto en tantos peligros, me véiereis de algún modo vacilar; pues habéis prometido: "*Andarás sobre aspides y basiliscos, y hollarás los leones y dragones.*"

ORACIÓN Á MARÍA SANTÍSIMA.

¡Oh, Señora mía! ¡Oh, Madre mía! Yo me ofrezco enteramente á Vos; y en prueba de mi filial afecto os consagro en este día mis ojos, mis oídos, mi lengua, mi corazón, en una palabra, todo mi ser. Ya que soy todo vuestro, oh, Madre de bondad, guardadme y defendedme, como cosa y posesión vuestra.

ORACIÓN Á SEÑOR SAN JOSÉ.

Acordaos de nosotros, oh, bienaventurado José, y ayudadnos con vuestros ruegos é intercesión ante aquel Señor que ha querido ser considerado como Hijo vuestro. Hacednos también propicia á la bien-

AL VESTIRSE.

Devuélveme, Padre Eterno, y conserva en mí el vestido de inocencia, que recibí en el bautismo, para que no sea excluido del celestial paraíso.—Amén. Vísteme, Jesús mío, Rey de la gloria, con las olorosas vestiduras de tus virtudes, humildad, paciencia, caridad y castidad, á fin de que obtenga la bendición del Padre celestial.—Amén. Adórname, Espíritu Santo, de la túnica de tus dones, para que halle gracia en tus divinos ojos.

ORACIONES DE LA MAÑANA.

Lavado ya, y puesto de rodillas, hace la señal de la cruz, y dice:

¡Oh, Dios mío! ¡Mi esperanza, mi deseo y mi amor! Séais amado y glorificado por todos, en todas partes y sobre todas las cosas, por siempre jamás. Os adoro y venero, oh, Santísima Trinidad! Os glorifico, alabo y bendigo, y humildemente me postro ante el trono de vuestra infinita Majestad. ¡Cuán buena habéis sido para conmigo hasta aquí! Os doy gracias por todos los beneficios que he recibido de Vos, y en especial, por haberme guardado y conservado en esta noche. ¡Cuántos en esta noche habrán sido arrebatados desde su lecho á vuestro augusto tribunal! Y de ellos, ¡cuántos, tal vez, precipitados en el infierno!

¡Oh, Corazón sacratísimo de Jesús! En ese delicioso asilo propongo pasar todo este día, sirvién-

doos, amándoos y desagráviándoos por las ofensas que por desgracia recibís; y con todo mi corazón os ofrezco todas mis intenciones y pensamientos, todos mis afectos y deseos, todas mis acciones y mis palabras; todo según las intenciones de ese divino y amantísimo Corazón.

¡Oh, Dios mío, á quien amo sobre todas las cosas! Dad á este vuestro indigno siervo un corazón dócil, para que hoy cumpla fielmente en todas las cosas vuestra santísima voluntad. Protegedme, Padre mío amantísimo, y guardadme de todo pecado. Prefiero morir, antes que cometer un pecado tan sólo, especialmente aquel. . . . Ruégoos me fortalezcáis, si puesto en tantos peligros, me véiereis de algún modo vacilar; pues habéis prometido: "*Andarás sobre aspides y basiliscos, y hollarás los leones y dragones.*"

ORACIÓN Á MARÍA SANTÍSIMA.

¡Oh, Señora mía! ¡Oh, Madre mía! Yo me ofrezco enteramente á Vos; y en prueba de mi filial afecto os consagro en este día mis ojos, mis oídos, mi lengua, mi corazón, en una palabra, todo mi ser. Ya que soy todo vuestro, oh, Madre de bondad, guardadme y defendedme, como cosa y posesión vuestra.

ORACIÓN Á SEÑOR SAN JOSÉ.

Acordaos de nosotros, oh, bienaventurado José, y ayudadnos con vuestros ruegos é intercesión ante aquel Señor que ha querido ser considerado como Hijo vuestro. Hacednos también propicia á la bien-

aventurada Virgen, Vuestra purísima Esposa, Madre del divino Redentor, que vive y reina con el Padre y el Espíritu Santo por infinitos siglos de siglos.— Así sea.

AL SANTO ÁNGEL DE LA GUARDA.

Ángel de Dios, que eres mi custodio, ya que la piedad divina me ha puesto bajo tu protección, ilumíname hoy y siempre, guárdame, rigeme y gobiérname.—Amén.

Á NUESTROS SANTOS PATRONOS.

Asistidme, oh, piadosos ejércitos de espíritus bienaventurados, y en especial vosotros, S. N. y... mis Patronos, ayudadme con vuestros méritos y vuestra poderosa intercesión en todas mis obras, y libradme de todo mal.

ACTOS DE FE, ESPERANZA Y CARIDAD.

Firmemente creo y confieso todo lo que Cristo nuestro Señor ha enseñado, lo que predicaron los apóstoles y enseña la santa Iglesia Romana; porque Tú, Señor, Verdad eterna é infalible, lo has revelado; y en esta fe, y con ella quiero vivir y morir.

Espero en Ti, y de Ti, ¡oh, Dios mio! la gracia, la gloria, y los medios necesarios para salvarme. Puedes dárme los, porque eres omnipotente; quieres, porque eres infinitamente misericordioso; y me los darás, porque bien persuadido estoy de tus promesas, y de tu eterna fidelidad en cumplirlas.

ACTO DE CONTRICIÓN.

¡Padre amantísimo! Dueñome y me pesa de todo mi corazón de haberos ofendido; porque la ofensa fué contra Vos, Dios mio y mi infinito Bien. Gimo, pues soy verdaderamente culpable, y me avergüenzo de haberos sido ingrato; que mis súplicas, Señor, obtengan el perdón.

MÉTODO PARA MEDITAR.

El arte de meditar no tanto se enseña con preceptos y doctrinas humanas, cuanto con la unión del Espíritu Santo y el constante empeño de una buena voluntad. Así que, preciso es pedir instantemente al Señor esta gracia, diciéndole: "Señor, enseñadme á orar; enseñadme á meditar."

La *preparación remota* consiste en el verdadero desco de aprovechar, y en el recogimiento espiritual, apartando con diligencia los obstáculos que á ello se opongan, y tomando las medidas que á este objeto sean favorables.

La *preparación próxima* consiste:

- 1) En leer ó oír con atención en la noche anterior, la materia de la meditación de la mañana siguiente, observando de paso el fruto que de ella se pretende conseguir, según el actual estado del alma.
- 2) En repasar estos puntos, cuando ya estamos en cama, próximos á conciliar el sueño.
- 3) En recordar como primer pensamiento, á la siguiente mañana, la materia de la próxima medita-

aventurada Virgen, Vuestra purísima Esposa, Madre del divino Redentor, que vive y reina con el Padre y el Espíritu Santo por infinitos siglos de siglos.— Así sea.

AL SANTO ÁNGEL DE LA GUARDA.

Ángel de Dios, que eres mi custodio, ya que la piedad divina me ha puesto bajo tu protección, ilumíname hoy y siempre, guárdame, rigeme y gobiérname.—Amén.

Á NUESTROS SANTOS PATRONOS.

Asistidme, oh, piadosos ejércitos de espíritus bienaventurados, y en especial vosotros, S. N. y... mis Patronos, ayudadme con vuestros méritos y vuestra poderosa intercesión en todas mis obras, y libradme de todo mal.

ACTOS DE FE, ESPERANZA Y CARIDAD.

Firmemente creo y confieso todo lo que Cristo nuestro Señor ha enseñado, lo que predicaron los apóstoles y enseña la santa Iglesia Romana; porque Tú, Señor, Verdad eterna é infalible, lo has revelado; y en esta fe, y con ella quiero vivir y morir.

Espero en Ti, y de Ti, ¡oh, Dios mio! la gracia, la gloria, y los medios necesarios para salvarme. Puedes darme los, porque eres omnipotente; quieres, porque eres infinitamente misericordioso; y me los darás, porque bien persuadido estoy de tus promesas, y de tu eterna fidelidad en cumplirlas.

ACTO DE CONTRICIÓN.

¡Padre amantísimo! Dueñome y me pesa de todo mi corazón de haberos ofendido; porque la ofensa fué contra Vos, Dios mio y mi infinito Bien. Gimo, pues soy verdaderamente culpable, y me averguenzo de haberos sido ingrato; que mis súplicas, Señor, obtengan el perdón.

MÉTODO PARA MEDITAR.

El arte de meditar no tanto se enseña con preceptos y doctrinas humanas, cuanto con la unión del Espíritu Santo y el constante empeño de una buena voluntad. Así que, preciso es pedir instantemente al Señor esta gracia, diciéndole: "Señor, enseñadme á orar; enseñadme á meditar."

La *preparación remota* consiste en el verdadero desco de aprovechar, y en el recogimiento espiritual, apartando con diligencia los obstáculos que á ello se opongan, y tomando las medidas que á este objeto sean favorables.

La *preparación próxima* consiste:

- 1) En leer ó oír con atención en la noche anterior, la materia de la meditación de la mañana siguiente, observando de paso el fruto que de ella se pretende conseguir, según el actual estado del alma.
- 2) En repasar estos puntos, cuando ya estamos en cama, próximos á conciliar el sueño.
- 3) En recordar como primer pensamiento, á la siguiente mañana, la materia de la próxima medita-

ción, rechazando toda otra idea, que á ella no se refiera.

4) En fomentar ideas y sentimientos conformes con esta meditación, mientras nos vestimos y la vamos.

5) En encomendar al Santísimo Sacramento, en la visita que le hagamos, el resultado de la meditación, y solicitar el auxilio de la Santísima Virgen y el de los santos.

6) En acercarnos al lugar de la meditación con ánimo tranquilo, y durante el tiempo que se tarda en rezar un Padre nuestro, estar en pie, elevando el corazón á Dios, reconocerle presente, y rendirle testimonio de reverencia.

PRINCIPIO DE LA MEDITACIÓN

Puesto en pie, se dice: "Pongámonos en la presencia de Dios. Dios está aquí presente. . . . Me ve. . . . Me oye. . . . Es de fe. . . . Intimamente penetrado de su presencia, le haré profunda inclinación con el cuerpo y con el espíritu." Se pone de rodillas, hace profunda inclinación, y dice la

ORACIÓN PREPARATORIA

Creo, Dios mío, que estáis aquí presente; y aunque indigno de estar ante vuestro divino acatamiento, por mis muchos pecados, que detesto con todo mi corazón, vengo á Vos y os ofrezco esta meditación, para que todos mis pensamientos, afectos y resoluciones vayan dirigidos á vuestra mayor honra y gloria.

PREÁMBULOS.

I. *Composición de lugar.*—Para fijar la imaginación en el punto que se ha de meditar, y evitar en lo posible las distracciones, nos imaginamos presente ahora mismo, y como que se verifica ante nosotros, aquello mismo que hemos leído, v. g., alguna de las parábolas ó enseñanzas de Cristo nuestro Señor, contemplándole á él y á las personas que intervienen en aquel paso de su santísima vida.

II. *Petición.*—Pedimos gracia, no para hacer bien la oración, pues esto se pide ya en la Oración preparatoria, sino para conseguir aquel fruto que nos hemos propuesto ya al oír la lectura de la meditación.

MEDITACIÓN.

Los puntos de la meditación son de ordinario dos, tres ó más; y en cada uno de ellos se ha de buscar la *materia práctica*, ó sea la parte que es más aplicable á las necesidades espirituales, que actualmente padece nuestra alma. De rodillas, sentados, ó en pie, pues la postura es accidental, con tal que la imaginación no se distraiga y seriamente pensemos en aquellos puntos prácticos que á nosotros mismos nos aplicamos, empleamos en esto las tres potencias del alma: la *memoria*, recordando distintamente los puntos ó partes de la meditación; el *entendimiento*, desarrollándolos y discuriendo sobre ellos, y haciendo sobre el acontecimiento ó sobre la verdad, reflexiones prácticas aplicables á las necesidades presentes; y la *voluntad*, moviéndose á varios afectos.

La memoria recordará *quid* dice ó hace aquello que se medita; *quid*, con qué medios, por qué, cómo y cuándo. El entendimiento se preguntará:

- 1) Qué debe considerarse en aquella meditación.
 - 2) Qué consecuencias prácticas se desprenden de ella.
 - 3) Qué motivos impelen á practicar aquellas verdades, considerando si estas son ó no convenientes, útiles, agradables, fáciles de practicar, y necesarias.
 - 4) Cómo las ha observado hasta aquí.
 - 5) Cómo las debe observar en adelante.
 - 6) Qué impedimentos debe remover.
 - 7) Qué medios conviene emplear.
- Ayudarán no poco al entendimiento estas consideraciones:

- 1) Qué aconsejaríamos sobre esto á otra persona.
- 2) Qué quisiéramos haber hecho, cuando nos encontrásemos próximos á la muerte.
- 3) Qué felices son los que esto han hecho, venciendo todo género de dificultades; y qué desgraciados para siempre los que descuidaron asunto de tanta importancia.
- 4) Qué hizo sobre esto Cristo nuestro Señor.
- 5) Cuánto deben excitarnos á esto los beneficios que debemos á Dios.
- 6) Cuán glorioso es para nosotros conciliarlos de este modo la protección y amistad del mismo Dios.

Todos estos motivos y consideraciones podemos ir aplicando, no sólo á cada punto, sino á cada una de las verdades prácticas en él contenidas.

La voluntad se emplea en dos clases de actos; que son afectos y propósitos. El fuego de la gracia y del

amor divino se excita y acrecienta con las expresadas consideraciones en el decurso de la meditación; y de aquí los afectos de admiración, de alabanza, de amor, acción de gracias, temor, dolor, humillación, etc.

Y como el fin de la oración es, enmendar la vida y progresar en virtudes y vencimiento propio, confirmandose en el servicio de Dios y previniéndose contra todo linaje de tentaciones, dificultades y peligros; cinco necesario de ella son los *propósitos*. Estos deben ser:

- 1) *Prácticos*, es decir, eficaces para adelantar en la virtud.
- 2) *Particulares y concretos*, acomodados á nuestras actuales circunstancias.
- 3) *Fundados* en motivos sólidos.
- 4) *Humildes*, porque razón hay para que desconfiemos siempre de nosotros mismos, y únicamente confiemos en Dios nuestro Señor.

FIN DE LA MEDITACIÓN.

Término de ella son los *coloquios*, ó palabras que dirigimos á Dios, al divino Jesús, á la Santísima Virgen ó á algunos santos, según la verdad ó materia que mediamos. El objeto de estos coloquios puede ser:

- 1) Dar gracias por los beneficios recibidos en esta meditación.
- 2) Pedirlas, para poder cumplir con los propósitos que en ella hemos formado.
- 3) Acusarnos de alguna falta cometida en la meditación: ó

4) Exponer las circunstancias en que nos encontramos, y pedir en vista de ellas consejo ó auxilio.

Y como en los coloquios tiene más parte la voluntad que el entendimiento, y en éste hablamos con nosotros mismos, y durante los coloquios hablamos con Dios ó con los Santos; preciso es desplegar en este último caso la debida reverencia, y mucho mayor al hablar con Su divina Majestad que con los Santos. Si los coloquios son con el Eterno Padre, se terminan con un "Padre nuestro;" si con Cristo nuestro Señor, en cuanto Hombre, Mediador y Abogado amabilísimo, se acaban con la antífona: "Alma de Cristo, santifícame;" si con la Santísima Virgen, se reza un "Ave, María."

EXAMEN DE LA MEDITACIÓN.

Terminada, hacemos por algún tiempo, sentados ó paseándonos por la habitación, el examen de la meditación, con el doble objeto de ver con qué atención la hemos hecho, y de recapitular los puntos prácticos en ella determinados. Así que, en el tiempo de este examen, consideramos con pausa y con atención estas preguntas:

- 1) Si he leído u oído los puntos con atención.
- 2) Si he conservado después el debido recogimiento en el espíritu.
- 3) Si después de acostado y antes de conciliar el sueño, he procurado recordar la materia de la meditación.
- 4) Si he hecho también ésto, al despertar durante

la noche, y mucho más por la mañana, rechazando cualquier otro pensamiento inútil.

5) Si mientras me he estado lavando y vistiendo, y al venir al lugar en que he meditado, he procurado excitar en mi alma afectos conformes á la materia que iba á meditar.

6) Si he procurado conservar tranquilo el espíritu, en especial inmediatamente antes de la meditación.

7) Si, dado caso que no haya vuelto á leer los puntos, he procurado, al menos, recordarlos con fidelidad.

8) Si antes de comenzar la meditación, he estado algunos momentos en pie, pensando lo que iba á hacer y reconociendo que me hallaba en la presencia de Dios.

9) Con qué reverencia, atención y devoción he rezado la oración preparatoria.

10) Si he procurado hacer bien los preludios, especialmente el segundo, de la petición.

11) Si he ejercitado bien en la meditación las potencias del alma, la memoria, el entendimiento y la voluntad.

12) Si he formado propósitos, y cuáles.

13) Si he sido constante y enérgico en vencer las distracciones, ó no las he admitido.

14) Si he vencido el tedio, que tal vez comenzaba á manifestarse: si he logrado sobreponerme á él, sin cesar de aplicar toda mi atención.

15) Si he recurrido al primer preludio, ó composición de lugar, para sujetar más fácilmente la imaginación.

- 16) Si he hecho coloquio.
 17) Si he procurado vencer el sueño ó la pereza que acaso comenzaba á insinuarse al fin de la meditación.
 18) Si la he terminado con reverencia.
 19) Si desde el principio de ella hasta el fin, me he esforzado con energia en corresponder á la divina gracia.
 20) Si he atendido á que la postura del cuerpo durante la meditación fuese la que conviene.
 21) Si he procedido con reverencia interior y exterior, especialmente en los actos de la voluntad.
 22) Si he interrumpido ó dejado la meditación sin proporcionada necesidad.

Si de este examen resultare que la meditación no ha estado bien hecha, averigüe el por qué, y excítese al arrepentimiento y propósito de enmendarse en adelante.

Si ha salido bien, dé gracias al Señor, y humíllese; pues de El, y no nuestro, es todo buen resultado.

DIA I.

LA SANTÍSIMA TRINIDAD.

I. *Preludio.*—Imaginarlos que contemplamos llena de majestad á la Trinidad beatísima en el bautismo del divino Jesús en el río Jordán, viendo descender sobre El al Espíritu Santo en figura de paloma, y oyendo la voz del Eterno Padre, que se complace en su Hijo muy amado.

II. *Preludio.*—Pedir humildemente á la Santísima Trinidad una fe muy viva en este inefable misterio.

PUNTO I.

Inefable grandeza del misterio de la Santísima Trinidad. Es este el primero de los misterios de nuestra santa fe; Dios *uno* en esencia, y *trino* en Personas, que son Padre, Hijo y Espíritu Santo.... El Padre es Dios, el Hijo es Dios, el Espíritu Santo es Dios.... Las Personas son distintas, coeternas, iguales en poder, en santidad, en todos los divinos atributos; sólo se distinguen en que el Padre es ingénito; el Hijo, purísimamente engendrado por el Padre desde toda la eternidad; y el Espíritu Santo es producido ó espirado eternamente por el Padre y el Hijo.....

Las tres divinas Personas son una entidad ó esencia simplicísima, é infinita en todo género de perfección, único y sumo Bien, primer principio de todas las cosas, y nuestro último fin.... Como las propiedades de los seres no dimanan de la persona, sino de la naturaleza, siendo *una* la naturaleza del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, *una*, no genérica ó específicamente, sino numérica é individualmente, siguese que los divinos atributos en las tres adorables personas son los mismos.... Esto nos enseña la fe.... ¡Ah! Yo no os comprendo, Trinidad beatísima, porque sois á todos incomprendible; pero creo en Vos con todas las fuerzas de mi alma.... Os adoro, Os alabo y Os glorifico.... Os amo y Os sirvo, reconociéndoos como centro de todos mis afectos.

Este altísimo misterio no es en manera alguna contrario á la razón. El Padre, conociéndose, engendra purísimamente desde la eternidad al Verbo; y el

- 16) Si he hecho coloquio.
 17) Si he procurado vencer el sueño ó la pereza que acaso comenzaba á insinuarse al fin de la meditación.
 18) Si la he terminado con reverencia.
 19) Si desde el principio de ella hasta el fin, me he esforzado con energia en corresponder á la divina gracia.
 20) Si he atendido á que la postura del cuerpo durante la meditación fuese la que conviene.
 21) Si he procedido con reverencia interior y exterior, especialmente en los actos de la voluntad.
 22) Si he interrumpido ó dejado la meditación sin proporcionada necesidad.

Si de este examen resultare que la meditación no ha estado bien hecha, averigüe el por qué, y excítese al arrepentimiento y propósito de enmendarse en adelante.

Si ha salido bien, dé gracias al Señor, y humíllese; pues de El, y no nuestro, es todo buen resultado.

DIA I.

LA SANTÍSIMA TRINIDAD.

I. *Preludio.*—Imaginarlos que contemplamos llena de majestad á la Trinidad beatísima en el bautismo del divino Jesús en el río Jordán, viendo descender sobre El al Espíritu Santo en figura de paloma, y oyendo la voz del Eterno Padre, que se complace en su Hijo muy amado.

II. *Preludio.*—Pedir humildemente á la Santísima Trinidad una fe muy viva en este inefable misterio.

PUNTO I.

Inefable grandeza del misterio de la Santísima Trinidad. Es este el primero de los misterios de nuestra santa fe; Dios *uno* en esencia, y *trino* en Personas, que son Padre, Hijo y Espíritu Santo.... El Padre es Dios, el Hijo es Dios, el Espíritu Santo es Dios... Las Personas son distintas, coeternas, iguales en poder, en santidad, en todos los divinos atributos; sólo se distinguen en que el Padre es ingénito; el Hijo, purísimamente engendrado por el Padre desde toda la eternidad; y el Espíritu Santo es producido ó espirado eternamente por el Padre y el Hijo.....

Las tres divinas Personas son una entidad ó esencia simplicísima, é infinita en todo género de perfección, único y sumo Bien, primer principio de todas las cosas, y nuestro último fin.... Como las propiedades de los seres no dimanan de la persona, sino de la naturaleza, siendo *una* la naturaleza del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, *una*, no genérica ó específicamente, sino numérica é individualmente, siguese que los divinos atributos en las tres adorables personas son los mismos.... Esto nos enseña la fe.... ¡Ah! Yo no os comprendo, Trinidad beatísima, porque sois á todos incomprendible; pero creo en Vos con todas las fuerzas de mi alma.... Os adoro, Os alabo y Os glorifico.... Os amo y Os sirvo, reconociéndoos como centro de todos mis afectos.

Este altísimo misterio no es en manera alguna contrario á la razón. El Padre, conociéndose, engendra purísimamente desde la eternidad al Verbo; y el

Padre y el Verbo, amándose, producen al Espíritu Santo; sin que el Padre sea anterior al Hijo, ni el Padre y el Hijo anterior al Espíritu Santo; porque la prioridad de principio no es prioridad de tiempo; no tiene tiempo la eternidad. De alguna manera, aunque imperfecta, vemos esto en alguna cosa creada. En el Sol, que no es más que *uno*, notamos la luz, el resplandor y el calor; la luz, que es su sustancia, el resplandor su hermosura, y el calor su virtud; las tres propiedades las sentimos á un mismo tiempo.
 Semejanzas, aunque imperfectísimas, de este misterio, notamos en la naturaleza. *Una sola* manzana tiene tres propiedades distintas: olor, color y sabor. . . .
 Brota el agua en una *fuentes* sobre la cumbre de un monte, derrámase hacia el valle formando un arroyo, y detiéndose en el fondo del valle, en forma de *laguna*; y es la misma agua. El alma, con ser *una*, tiene tres potencias: memoria, entendimiento y voluntad. . . .
 Ni aún así es comprensible este misterio; pero yo lo creo, lo adoro, lo amo. ¡Oh, Trinidad beatísima, siempre antigua, y siempre nueva! Tarde comienzo á amarle! En vez de un solo Dios, á quien debo todo el corazón, cuántos ídolos he alzado en mi alma, al ofenderos!

PUNTO II.

Devoción que debemos tener á la Santísima Trinidad.
 La santa Iglesia la invoca, alaba y adora todos los días en casi todos los lugares del mundo. En sus oraciones reconoce rendida la divina Majestad, y le pide gracias, confesando la soberanía y la unión de

las tres divinas Personas, con estas palabras: "Por Jesucristo nuestro Señor, que vive y reina con Vos en unidad del Espíritu Santo, Dios por los siglos de los siglos.—Amén." Y si bautiza, confirma, absuelve de los pecados y confiere los demás sacramentos ó ejerce otras funciones del culto divino, lo hace siempre invocando á las tres divinas Personas.
 ¡Y cuántas y qué tiernas alabanzas le tributa en el canto diario y perpetuo del Oficio divino! ¡Gloria al Padre, y al Hijo, y al Espíritu Santo!

En esta devoción debo imitar yo constantemente y con el posible fervor el espíritu de la santa Iglesia, rindiendo á la Santísima Trinidad mi entendimiento al creer con fe vivísima este augusto misterio.
 consagrándole mi memoria, al procurar con empeño estar en su divina presencia. ofreciéndole toda mi voluntad, al amarla con sinceridad y filial ternura, y agradecerle los innumerables beneficios que de Ella constantemente recibo. dedicándole todo el corazón, al poner en Ella toda mi confianza, reconociéndola humilde como mi Padre, mi Juez, mi Redentor, Fuente de todos los bienes. consagrándole mis labios, al glorificarla y alabarla por su amor, por sus infinitas perfecciones. rindiéndole todo mi cuerpo, al servirle con todo cuanto soy, entregándole, en fin, todo mi ser para bendecirla, adorarla, amarla perpetuamente, é imitar en lo posible la unidad de la divina esencia, uniéndome estrechamente en fe, en reverencia y en amor á la santa Iglesia, y en caridad por Dios á todos mis prójimos.
 ¡Oh, Trinidad amabilísima! ¡Seáis bendita, glorificada y adorada por todo el mundo, y por toda

la eternidad! . . . ¡Gloria al Padre, Gloria al Hijo,
Gloria al Espíritu Santo!

Afectos Propósitos Coloquios

DIA II.

LA MADRE SANTÍSIMA DE LA LUZ.

I. *Precludio*.—Imaginarnos á la Santísima Virgen en el taller del pintor de Palermo, radiante de majestad y hermosura, y despidiendo torrentes de vivísima luz, como se recordaba en el pár. II del cap. I de la I Parte.

II. *Precludio*.—Pedirle nos consiga del Señor gracia y luz, para conocer íntimamente algo de su grandeza y toda nuestra miseria.

PUNTO I.

Grandeza de la Madre Santísima de la Luz.—Aun considerada en sus circunstancias temporales, María es grande; como que desciende de raza de reyes, de la sangre de Abraham, de la familia gloriosa de David; siglos antes había sido prometida por Dios á los patriarcas, y desde entonces era objeto de los oráculos de los profetas. Su dignidad altísima de Madre de Dios la eleva sobre los ejércitos de los ángeles, y la constituye Reina y Señora de todas las creaturas, de todo cuanto existe fuera de Dios en los cielos y en la tierra. . . . Predestinada para esta dignidad de alteza inconcebible desde toda la eternidad, ha sido enriquecida sobre todas las creaturas con todo au-

mento de gracias, toda pureza de vida y todo adorno de virtudes heroicas; le fué concedida la mayor semejanza de costumbres con Jesucristo, el mayor grado de santidad, y la mayor abundancia de bendiciones celestiales. . . . ¡Cuánto exceso de grandeza! . . . Y ¡cuánto mayor no aparece esta alteza incomprendible, si la comparo con mi pequeñez! . . . Si traigo á la memoria las debilidades é ingratiudes de mi vida! . . . En María ¡cuánta luz. . . . y qué hermosura tan deslumbradora en su predestinación, su correspondencia á la gracia, su sabiduría, su abnegación. . . . en todo género de virtudes! . . . En mí ¡cuántas tinieblas y cuánta fealdad! ¡Cuánta miseria de ingratiudes, ignorancia, presunción y alejamiento de Dios, que es la Fuente de la verdadera grandeza!

PUNTO II.

Amabilidad de la Madre Santísima de la Luz.—Si amable es por su elevación y grandeza, más amable es todavía á mi corazón por sus bondades, y por la maternal compasión con que atiende á las necesidades de mi alma. Para encadenarnos suavemente con sus poderosos atractivos, desciende majestuosa y bellísima desde los cielos, y rodeada de millares de espíritus angélicos, y bañada en torrentes de vivísima luz, nuestranos la maternal solicitud que despliega por nuestras almas, presentando, por ministerio de un ángel, al divino Jesús nuestros corazones; y probémos de la manera más expresiva, el empeño que tiene por nuestra salvación, al dejarse ver en actitud de librar de la eterna condenación á

un alma, librándola de caer en las garras del dragón infernal. Así expresa con elocuencia tiernísima que, á fin de que yo no caiga en el infierno que tantas veces he merecido, me consigue gracia de su divino Hijo, para que no muera en pecado, ó para que no caiga en la desgracia de cometerlo. Y para librar á mi alma de la infelicidad del pecado, ó para levantarla de tan deplorable postración, si en pecado hubiese caído ya, ¿qué destellos de luz vivísima no derrama sobre mi corazón esta tierna Madre, á fin de que conozca mis miserias, y vea el insondable abismo de eterna condenación, que se abre á mis pies! Este ardiente deseo de mi salvación es el que la ha movido á bajar de los cielos y dejarse retratar en la ciudad de Palermo, bajo esa forma bellísima, en que tan al vivo se manifiestan su poder para protegerme, y su bondad, más que maternal, en querer salvarme. ¿Cómo correspondo yo á esta bondad? ¿Atiendo con empeño á conservar mi alma en gracia de Dios? Y si tuviese la desgracia inmensa de estar en pecado mortal ¿me empeño tal vez en continuar en él, arrojándome voluntariamente en las horribles fauces del infernal dragón?

Afectos. Propósitos. Colocáms.

DIA III.

FIN DEL HOMBRE.

I. *Preliudio.*—Imaginarnos que estamos contemplando la tierra surcada por todas partes de ríos, que van á sepultarse en la mar; figura de tantos millones

de hombres que después de pasar algún tiempo viviendo sobre la tierra, van á sepultarse también en la mar inmenso de la eternidad.

II. *Preliudio.*—Pedir gracia al Señor, para que nos haga prácticamente conocer cuál es nuestro fin.

PUNTO I.

El hombre ha sido creado.—No me hice yo á mi mismo. Hace algunos años, no existía yo. El ser que tengo lo debo á Dios nuestro Señor, que me lo dió valiéndose de mis padres. En vez de aumentar con mi persona ese número incalculable de seres, pudo aumentarle con una piedra, con un árbol más. Un árbol ó una piedra no habrían ofendido á Dios, como le he ofendido yo en tantas ocasiones. ¡Qué mal he empleado yo el ser que me ha dado el Señor! Ser hombre con toda verdad, es dedicar al servicio de Dios todo el ser de hombre, toda su actividad, toda su vida. Por eso, porque no he dedicado al servicio de Dios toda mi vida, no merezco propiamente ser llamado hombre. ¿No me he portado como racional, como hombre!

PUNTO II.

El hombre ha sido creado para alabar á Dios, reverenciarle y servirle.—Una persona sensata obra siempre con algún fin en todo cuanto hace.—Y Dios, que es infinitamente sabio, algún fin hubo de proponerse al darme el ser que tengo.—¿Cuál? I. El de que le alabe; porque así, como es el principio de todos los

seres, el que á todos da la vida y la existencia que tienen, así también quiere ser el fin de todos ellos, el término de sus aspiraciones, el objeto de su amor. Los ángeles, que son creaturas tan excelentes, le alaban y eternamente le alabarán en el cielo ; Destino gloriosísimo ! Pues, para esto me ha creado á mi también: para que constantemente le alabe con mis palabras, al dirigirme á El en mis oraciones, y al hablar con otros —Todas mis palabras deben ser buenas, caritativas y edificantes — Soy de Dios ! Constantemente debo alabar á Dios. — Y no sólo he de alabarte con mis palabras; porque mis pensamientos, mis acciones, mis intenciones, mi vida entera ha de dar testimonio de que en todo quiero ser de Dios, en todo aspiro á alabar, á complacer, á dar gloria á Dios

II. Me ha creado Dios nuestro Señor, *para que le reverencie, sometién dome en todo á sus divinos designios, reconociéndole en todas mis acciones, palabras y pensamientos como mi verdadero Señor, como mi adorable dueño rindiendo toda mi inteligencia, al creer con fe viva y ciega las verdades de la fe* Motivo gravísimo hay para que yo crea lo que enseña la Iglesia; puesto que es Dios el que ha revelado todas esas verdades — Dios, infinitamente sabio, que no puede engañarse ! Dios infinitamente bueno, que no puede engañarnos ! Debo hacer constante reverencia á mi Dios y Señor, poniéndome del todo en sus manos, para que haga de mí lo que le plazca El es el Señor; yo, el siervo vilísimo y miserable; que tanto favor recibo con que

de él se digne recibir algún obsequio Dios nuestro Señor

III. Me ha creado también, *para que le sirva*. Para esto, me ha dado los sentidos del cuerpo y las potencias del alma, para que le sirva con todo cuanto tengo y todo cuanto soy Miradas, palabras, pensamientos, recuerdos, las obras todas de mis sentidos, los afectos todos del corazón, todas mis aspiraciones y deseos, todo mi querer ha de fijarse en Dios, ha de referirse á El Hace el siervo la voluntad de su señor por un mezquino salario; sujétase el jornalero á trabajo pesadísimo y constante por pequeña retribución Y nosotros, que debemos á Dios el alimento y todas las comodidades y satisfacciones de que gozamos, y la misma vida que tenemos, ¿ no hablamos de servirle en todo ? ¿ Hay razón para ser agradecido con las creaturas, y no con el Creador ? Debo servirle: *todo* cuanto soy; porque soy *todo* de El Sólo á El, porque sólo El me ha dado el ser que tengo Y siempre á El; porque *siempre*, y en todos los instantes dependo de El ¿ Lo hago yo así ? Y, si esto no hago ¿ qué nombre tienen mi descomedimiento é ingratitude ?

APUESTA III.

El hombre ha sido creado, para que, mediante la obediencia, reverencia y servicio, que debe á Dios nuestro Señor, salve su alma. — No puede darse fin más glorioso, que salvar el alma, gozando eternamente de la visión beatífica de Dios, y con ella de todos los bienes imaginables Salvando el alma, lo he-

mos ganado todo. . . . Y si, por desgracia la perdiésemos, tolo lo habríamos perdido. . . . Preciso es que ante todo, y sobre todo, nos preocupemos de salvar el alma. . . . *nuestra* alma; porque si cuidamos de nuestra casa y de nuestros bienes, porque son *nuestras*, ¿cómo podríamos descuidar el alma, que es lo más *nuestro* que tenemos? . . . Debemos salvarla, porque no es más que *ma*; y si ésta perdiésemos, no habría otra con que sustituirla. . . . Debemos salvarla *con eficacia*, dedicando á este fin toda nuestra actividad, nuestros talentos y nuestra industria. . . . Debemos salvarla *con seguridad*; porque nada hay tan seguro como condenarse, si no alcanzamos la dicha de salvar el alma. . . . No hay términos medios en este punto de tanta trascendencia. . . . ¡O salvarse, ó condenarse! Si con la posible seguridad no acierto á salvarme, seguramente me condeno. . . . ¡Pero Dios quiere que yo me salve! . . . ¡Dios me ha creado, porque quiere salvarme! . . .

Afectos. . . . Propósitos. . . . Coloquios. . . .

DIA IV.

FIN DE LAS DEMÁS CREATURAS.

I. *Preludio*.—Imaginarlos que nos hallamos en un palacio riquísimo, en que abundan toda clase de bienes que el hombre pudiera soñar; y que oímos la voz de Dios, que nos dice: "Toma de estos bienes únicamente los que te sean necesarios para darme gloria." . . .

II. *Preludio*.—Pedit al Señor la gracia de conocer con claridad el fin, para el cual han sido hechas las demás creaturas.

PUNTO I.

"*Las otras cosas que existen sobre la tierra han sido creadas para el hombre, y para que le ayuden á conseguir el fin, para el cual ha sido él creado.*"—Así como el hombre ha sido creado para servir á Dios, así las demás creaturas han sido creadas para que sirvan al hombre, y en el hombre á Dios. . . . No podríamos fácilmente servir á Dios, si careciésemos de alimento, vestido, habitación, etc., por esto nos favorece el Señor con esas otras creaturas, para que le sirvamos con facilidad y con gusto. . . . ¡Admirable providencia! El sol, que es un millón de veces mayor que la tierra, y dista de nosotros treinta y ocho millones de leguas; las estrellas en número de cien millones; la luna, que nos alumbra por la noche. . . . todas esas brillantes creaturas están destinadas por Dios, para que nos sirvan alegrándonos é iluminándonos. . . . En el reino animal, *cien mil especies*, desde el elefante, que tiene quince pies de altura y vive doscientos años, y el camello que mide doce pies de largo y nueve de altura, hasta el gusano más insignificante. . . . y los millones de fusorios que pululan en un vaso de agua. . . . En el reino vegetal, cerca de otras *cien mil especies*, entre ellas la palma que se yergue como una torre y produce hojas de diez pies de largo; la malva que en algunos países cálidos mide setenta y cinco pies de altura por noventa de circunferencia, y extiende sus ramas á ciento veinte

piés. En el reino mineral y en las inmensas soledades del mar. ¡cuántas maravillas! ¡cuánta riqueza! Pues todo eso lo ha creado el Señor para el servicio del hombre. Creaturas son todas las cosas que existen fuera de Dios; y aunque todas las ha formado el Señor para que me sirvan, no pueden servirme todas del mismo modo.

Unas me son necesarias: como la comida, habitación, honesto recreo. y de éstas debo usar con *sobriedad*. El uso de otras es *libre*, sea que estén en nuestra mano, como elegir éste ó aquel estado; sea que no dependan de nosotros, como la vida más ó menos larga; en ellas debemos manifestar completa *indiferencia*, en todo conformes con la voluntad de Dios.

De todas las creaturas, unas son para mí materia de *obediencia*, como los mandamientos de la ley de Dios, los preceptos de la Iglesia y el cumplimiento de mis obligaciones. Otras, materia de *paciencia*, como las tribulaciones, pasiones, tentaciones, persecuciones, calumnias. Otras, instrumentos de *virtudes*, como la oración, el trabajo, penitencias, sacramentos, mortificación. Respecto á la práctica, unas *debemos* hacerlas, como las obras buenas que están á nuestro alcance. Otras, *podemos* hacerlas, pues están simplemente permitidas, como el pasear honestamente. Otras *no podemos* hacerlas, porque están prohibidas; tal es el pecado, y otras cosas que no son en sí pecado, pero á tal ó cual persona se le prohíben.

Pero, todas estas creaturas nos las proporciona el Señor para que *nos ayuden* á conseguir nuestro fin. . . .

Si en vez de usar de ellas con moderación, *abusamos* haciendo uso de las que no nos convienen, ó en la medida que no conviene, lejos de ayudarnos, nos perjudican, y á ellas mismas les impedimos que cumplan con su fin, que es servirnos con orden, y no ser ocasión de pecado. ¿Cómo he usado yo de las creaturas? ¿Busco en ellas lo que *agrada*, ó lo que me lleva á Dios? ¿Me he valido de las que á mí no me convienen? aquellas relaciones. amistades. compañías. distracciones. peligrosas, juegos. tal vez ruinosos. ¿Cuáles son las que convienen á mi estado. posición. fortuna?

PUNTO II

“De dónde se sigue que el hombre tanto ha de usar de ellas, cuanto le ayudan para su fin; y tanto debe prescindir de ellas, cuanto le impiden obtener su fin.”—Porque el caminante no sigue indistintamente cualquier camino, sino el que le conduce al término de su viaje. . . . El enfermo no toma cualquiera medicina, sino aquella que le conviene para su salud. No deben buscarse las cosas que agradan, sino las que elevan, llevándonos á Dios. De ordinario, nos conducen más á nuestro último fin las creaturas que á primera vista desagradan, como las enfermedades, desgracias, escasez. Las creaturas que en mi actual situación no me llevan á Dios, son vanas para mí, puesto que no puedo usar de ellas como medio para ir á Dios, que es mi único y verdadero fin. Esas creaturas serán hermosas, agradables,

pero siempre caducas. . . . Amándolas, llevo el desorden a la naturaleza, y la aflicción al espíritu. . . . "Justo castigo, dice San Agustín, que todo ánimo desordenado sea causa de pena para sí mismo". . . . Además, el espíritu de nuestra santa Religión se encierra en aquella máxima de Cristo nuestro Señor: "El que quiere venir en pos de mí, niegue-se A sí mismo. TOQUE SU CRUZ, Y SIGAME". . . . ¿Busco yo en las creaturas lo que me agrada, ó lo que conviene a mi fin, que es ir a Dios? . . . Con tantos medios de santificación en gracias, sacramentos, auxilios espirituales, congregaciones, mortificaciones. . . . voy realmente preparándome para ser santo y morir santamente. . . . ¿ pierdo miserablemente el tiempo, complaciéndome en las creaturas? . . . En suma: en todo cuanto hago, pienso, hablo y deseo. . . . ¿busco la mayor gloria de Dios, ó me busco a mí mismo para mi mal? . . .

Afectos. . . . Propósitos. . . . Coloquios. . . .

DIA V.

NECESIDAD DE HACERSE INDIFFERENTE EN EL USO DE LAS CREATURAS.

I. *Preludio.*—El mismo que en la meditación anterior.

II. *Preludio.*—Pedió al Señor gracia, para trabajar constantemente y con todo empeño en estar del todo indiferentes en el uso de las creaturas.

PUNTO I.

"Por lo cual es menester hacernos indiferentes á todas las cosas creadas en todo lo que es concedido á la libertad de nuestro libre albedrio, y no le está prohibido."—San Ignacio de Loyola, el inspirado autor del libro de los "Ejercicios espirituales," no dice que es menester que seamos indiferentes, sino que "nos hagamos indiferentes." Y la razón es, porque para ser indiferente en el uso de las creaturas, es preciso que el hombre se domine de tal manera, que ya no sienta, ó como si no sintiese, atractivo ni repugnancia por ninguna creatura, y sólo se determine por el amor á la divina gloria, en el uso de ellas. Para esto necesitamos hacernos indiferentes, nutriendo á nosotros mismos, y viviendo sólo para Dios. . . . Esto piden:

- 1) El universal y soberano dominio de Dios nuestro Señor; pues yo no debo aspirar á que se haga mi voluntad, sino la suya.
- 2) La infinita perfección de Dios. Si yo no me hiciese indiferente, sería porque amaba desordenadamente alguna creatura. . . . Y yo sólo debo amar al Creador!
- 3) La providencia de Dios. En ella debo descansar yo. . . . Y en ella no descansa, ni confía el que no se hace indiferente.
- 4) La necesidad, en que estoy, de adquirir y practicar las virtudes cristianas. . . . Y no las practica el que no se hace indiferente. . . . pues ni se niega á sí mismo, ni lleva su cruz.
- 5) La paz del corazón á que debémos aspirar con todo empeño. . . . Y no tiene verdadera paz en el

alma, el que ama lo que agrada á los sentidos, y teme lo que le desagrada.

La indiferencia no cabe sino en aquello que ni está mandado, ni está prohibido; pues no podemos estar indiferentes cuando se trata de evitar el pecado ó cumplir con nuestras obligaciones.

Si no procuramos hacernos indiferentes, para servir á Dios de la manera que á El le plazca, nos exponemos á grandes desastros:

1) A no valernos de los medios más eficaces, que nos llevan á Dios, como son de ordinario los que más repugnan á los sentidos. Como esos insectos que tienen muchísimos pies, y, sin embargo, son tan lentos para andar. Como los peces, que á pesar de hallarse constantemente rodeados y como impregnados de agua salada, son siempre dulces.

2) A trocar los medios en fin, poniendo el corazón, no en Dios, sino en aquellas creaturas que amamos desordenadamente.

3) ¡A servimos de los medios contra el fin, y de las creaturas contra el mismo Dios! ¡Lamentable ceguedad! ¡Hacer servir por el pecado contra el mismo Dios la belleza, riquezas, gracia, habilidades, talentos, por amar creaturas que no nos convienen, por poner en ellas el corazón, y por ellas ofender al mismo Dios!

PUNTO II.

“En tal manera, que no queramos de nuestra parte más salud que enfermedad, riqueza que pobreza, honor que deshonra, vida larga que corta, y por consiguiente

en todo lo demás.”—A esto se reducen todas las aficiones ó repugnancias, que experimentamos en el uso de las creaturas; estos desordenados afectos de salud, riquezas, honores y larga vida, son aquellos cuatro géneros de lazos, que San Antonio Abad vió que cubrían la tierra, y en los cuales tropezaban y caían muchos de los hombres. Ciertamente es que la salud y la vida son bienes apreciables; pero no son bienes espirituales, ni siempre convenientes á cada uno de nosotros, La enfermedad nos libra de ciertas tentaciones peligrosas al sentido y de la soberbia del espíritu. La riqueza es peligrosa; en cambio, son bienaventurados los pobres de espíritu. El honor y la gloria del mundo son de tan bajo precio, que los dió el Señor á sus enemigos, pues á ellos se erigen estatuas y monumentos. En cambio, el deshonor es la gloriosa librea de los que siguen á Jesucristo, por nosotros inflamado y vilipendiado en el Pretorio, en casa de Herodes y en el Calvario. La vida larga es peligrosa para algunos. Si la hubiesen tenido corta, hubieran sido más felices Salomón, Orígenes, Tertuliano y tantos otros.

PUNTO III.

“Solamente deseando y eligiendo aquello que más conduce al fin, para el cual hemos sido creados.”—San Ignacio inspira con estas palabras, á los que esto meditan, no sólo el empeño de hacerse indiferentes, sino el que se decidan á dar un paso más adelante, inclinándose á lo más perfecto. La salvación de mi alma depende de dos voluntades: de la de Dios, que

distribuye sus gracias, y de la mía..... Dios quiere ciertamente que yo me salve..... ¿Lo quiero yo también, eligiendo lo que más conviene á mi último fin?..... Difícil es que una plaza, por fuerte que sea, no se rinda al enemigo, si dentro de ella cuenta con traidores que estén en acecho para entregarla..... Y ¿qué es mi corazón, si no plaza fuerte, cuya posesión codicia Satanás, y en cuyo seno hierven á veces enemigas pasiones, que me impiden elegir lo que más conduce á mi último fin?..... ¿Trabajo yo con energía en sojuzgar y aniquilar estas pasiones, que me impiden ser todo de Dios?.....

Afectos..... Profusos..... Colopios.....

DIA VI.

DEFORMIDAD Y CASTIGO DEL PECADO MORTAL.

I. *Preudio.*—Imaginar á mi alma como encarcelada en mi cuerpo corruptible, y que, así compuesto de cuerpo y alma, vivo en este mundo, desterrado entre los brutos.

II. *Preudio.*—Pedir al Señor la gracia de sentir vergüenza y confusión de mí mismo, al considerar cuántos han sido condenados por un solo pecado mortal; y cuántas veces merecí yo haber sido condenado para siempre por mis muchos pecados.

PUNTO I.

Castigo del pecado de los ángeles rebeldes.—Innumerales y hermosísimos eran antes todos los espíritus

angélicos, creados por Dios nuestro Señor y por El elevados al estado de gracia y de hijos adoptivos suyos..... No estaban todavía confirmados en gracia, y podían pecar. Púsose á prueba su fidelidad, y revelóseles el misterio de la Encarnación, por el cual el divino Verbo había de hacerse Hombre, para salvar á los hombres..... Con todo su ser deberían desde luego venerar este inefable misterio, preparándose para adorar rendidos un día al Verbo de Dios hecho Hombre..... Pero les repugnó que, siendo inferior á ellos la naturaleza humana, hubiesen de adorarla un día en la Persona del divino Verbo, y la tercera parte de ellos resistieronse desde luego á adorarle..... Su soberbia los hizo para siempre desgraciados; porque inmediatamente perdieron la gracia santificante..... De ángeles trocáronse en demonios, de amigos de Dios en enemigos suyos para siempre; de buenos, hermosos y amables, en malos, feísimos y repugnantes; y en el mismo instante fueron precipitados en el infierno..... Gravisima deformidad encierra, sin duda, el pecado mortal, quando uno sólo fué castigado en los ángeles con tanto rigor..... No fué más que un solo pecado..... de pensamiento..... brevisimo..... no había precedido alguno todavia de pecados, ni de castigos..... no habían conculcado la sangre preciosísima de Jesús, pues no había venido aún al mundo..... Y, sin embargo, fueron inmediatamente castigados con la pena máxima, todos ellos, sin esperar á que se arrepietiesen, ó llorasen su pecado.... Y este castigo terribleísimo se lo impone un Dios infinitamente justo, que no puede excederse en casti-

gor; infinitamente *sabio*, que no puede caer en inconsideración; infinitamente *santo*, que no puede obrar por pasión; infinitamente *misericordioso*, siempre propenso á perdonar. Pues si así castiga el Señor un solo pecado en espíritus tan hermosos como los ángeles, ¿cómo es que no me ha castigado á mí todavía, siendo tantos los pecados que he cometido, de pensamiento, . . . de palabra, . . . de obra, . . . cayendo y cayendo con tanta frecuencia, . . . escandalizando á otros, . . . y conculcando cruel tantas veces la divina sangre de Jesús, que, generosísimo, la vertió toda entera por redimirme? ¡Dios tan clemente conmigo, y yo tan ingrato con El! ¡El empeñado en salvarme, pues tanto tiempo hace que me espera; y yo. . . . !

PUNTO II.

Castigo del pecado de nuestros primeros padres.— Fueron Adán y Eva enriquecidos de dones sobrenaturales y colocados en el paraíso terrenal. Eran los reyes de la creación, y á su imperio sometíanse rendidas hasta las fieras. Podían gozar de la gracia de no morir, si hubiesen sido fieles al precepto que les impuso el Señor, de que no comiesen de la fruta del árbol de la ciencia del bien y del mal. . . . Serían para siempre felices, ellos y todos sus descendientes. . . . Por desgracia, desobedecieron, comiendo de la fruta prohibida; é inmediatamente perdieron la santidad y justicia original, quedaron sujetos á la muerte temporal y á la eterna, rebeláronse contra ellos las fieras, y fueron arrojados del paraíso, vesti-

dos de túnicas de pieles y condenados al trabajo, á las enfermedades y á todo género de miserias. Desde entonces entraron el pecado y la muerte en el mundo. Todos esos millones de escándalos, abominaciones, muertes, guerras y calamidades de todo género, son como el cortejo tristísimo del pecado de nuestros primeros padres. ¡Por un solo pecado tantas desgracias! Pues si tan conforme y abominable es á los ojos de Dios un solo pecado, ¿cómo es que á mí me ha tolerado tantos, y no me ha castigado todavía como merezco? ¡Misterios de la divina gracia, que debo adorar rendido, y dispuesto desde hoy á enmendar mi vida y á hacerme santo, cueste lo que cueste!

PUNTO III.

Castigo del pecado en algunos, que por un solo pecado se condenaron.— Consta que algunos perdieron la vida y fueron precipitados al infierno después del primer pecado que han cometido. ¿Qué hubiera sido de mí hace tantos años, si Dios me hubiera castigado con tanta justicia al primer pecado que cometi! Y si tanta es la misericordia que conmigo ha venido desplegando hasta hoy la infinita majestad de Dios, ¿no sería verdadera locura que de ella me atreviese yo á abusar por más tiempo, cayendo en algún nuevo pecado?

Afectos. Profósitos.

Coloquio.— Imaginando á Cristo nuestro Señor delante y puesto en cruz, dolerme de mis pecados,

recordando agradecido cómo, siendo Creador, ha venido á hacerse creatura, y á padecer muerte temporal por mis pecados, siendo El la vida eterna. Y examinándome ante El, mirar lo que he hecho por Cristo, lo que hago por Cristo, y lo que debo hacer por Cristo.

DIA VII.
NATURALEZA Y FEALDAD DEL PECADO.

I. *Preludio.*—El mismo que en la meditación anterior.

II. *Preludio.*—*Peñir al Señor eruido é intenso dolor y lágrimas por mis pecados.*

PUNTO I.

El proceso de los pecados.—Desde que en mí comenzó el uso de la razón, ¡cuántos pecados he cometido!... ¡Qué precocidad para el mal, y qué triste afán el de conocerle en toda su variedad y pormenores!... Amistades... relaciones... lecturas... ¡Tan niño todavía, y ya tan gran pecador!... ¡Cuántos motivos para avergonzarme y confundirme en la presencia de Dios!

PUNTO II.

La fealdad y nubia del pecado.—Cuánta sea esta fealdad, dice la definición que del pecado hace Santo Tomás de Aquino: "alejamiento de Dios, y adhesión á la creatura".... Dios es todo grandeza, todo

hermosura.... La creatura es tan sólo partecilla de un bien aparente y fugaz.... ¡Y á esta partecilla insignificante se vuelve ansioso el hombre, menospreciando la infinita grandeza de Dios!... El pecado, respecto de Dios, es una injuria gravísima, con que prácticamente se niega su soberanía, desobediéndole.... Respecto del pecador, es el principio de su eterna desdicha, pues le despoja de la gracia y amistad de Dios, de la paz del alma, y le pone á la orilla del infierno, para que caiga en él, si antes de su conversión le sorprende la muerte.

PUNTO III.

Pequeñez del hombre que se atreve á ofender á Dios.—El pecador, si se le compara con los hombres de toda una nación, es muy poca cosa; menos, comparado con los hombres de todo el mundo; casi nada en comparación de un ángel.... Porque un solo ángel es capaz de infundir terror y sembrar el espanto en todo un ejército, como hizo el ángel exterminador en el campamento del rey Senaquerib, matándole en una noche ciento ochenta y cinco mil hombres.... Y ¿qué son todos los ángeles en comparación de Dios?... Son como si no fueran.... Podría el Señor reducirlos á la nada con sólo querer.... ¡Qué pequeño es, por lo tanto, el pecador, si se le compara con Su divina Majestad!... Pues este gusanillo miserable, este hijo de la nada, es el que con temeridad inconcebible se atreve á ofender á un Dios tan grande!.... Esto hice yo!.... ¿Cómo pudo suceder que yo llegase á tal grado de obcecación y de locura?....

PUNTO IV.

Grandeza incomprendible de Dios, á quien se ofende por el pecado.—Es tal, que los millones de ángeles que le sirven como rendidos cortesanos, con ser tan sabios y elocuentes como son, jamás podrían definir con alguna propiedad esta infinita grandeza. . . . Porque Dios es incomprendible. . . . Si consideramos su poder, sólo podemos decir que "dijo, y fueron hechas todas las cosas," que con sólo mirar la tierra, la hace temblar; con sólo tocar los montes, conviértense en abrasadora llama, y á las furiosas olas del mar pone por dique infranqueable menudos granos de arena. . . . Su edad, son los años eternos, después de los cuales aparecerá tan joven y de tan encantadora hermosura, como al principio de los siglos. . . . Sus vestidos, la hermosura y la gloria. . . . Sus ministros, son los ángeles, las tempestades, y aun los demonios, á quienes hace servir á sus altísimos designios. . . . Su coraza, son las alas de los vientos. . . . Su hermosura es tal, que hace muchos siglos le contemplan los ángeles, y cada día gozan en esa contemplación dichosísima más dulces encantos. . . . ¡Y contra este Dios tan grande se atreve el hombre miserable! ¡Contra El me he atrevido yo, al ofenderle tantas veces, . . . y con tan graves pecados!

PUNTO V.

Admiración que excitan la temeridad del pecador, y el que contra él no se lancen, para devorarle, todas las crea-

turas.—Porque sólo por la infinita clemencia de Dios nuestro Señor se explica el que, siendo todas ellas cuchillo de la divina justicia, no se apresuren á castigar severísimamente al pecador, en defensa de la majestad altísima de su Dios, tan vilmente ultrajado. . . . Admira, en verdad, que los ángeles no hayan hecho ya conmigo, cuanto he pecado, lo que uno de ellos hizo con tantos del ejército del Rey de Asiria; que las fieras no se hayan aprestado á devorarme, que las llamas no se hayan extendido para abrasarme, que la tierra no se haya abierto para sumergirme en el abismo. . . . ¡Bendita sea la misericordia infinita del Señor, que á tantos ultrajes corresponde con tan paternal clemencia!

Afectos. . . . Propósitos. . . . Coloquios. . . .

DÍA VIII.

LA INMACULADA CONCEPCIÓN DE MARÍA.

I. *Preludio.*—Imaginaros que estamos viendo cómo la Santísima Trinidad decreta que sea concebida sin mancha de pecado original la Virgen purísima, destinada á ser Madre del Mesías prometido.

II. *Preludio.*—Pedir al Señor gracia para conocer con humildad y gratitud algo de este misterio tan consolador.

PUNTO I.

María debía ser concebida sin mancha de pecado original.—María, la Virgen purísima destinada á ser Madre de Dios, debía concebir de su propia sustan-

cia y de una manera inefable á aquel Señor altísimo, cuya infinita majestad es incomprensible.... ¡Cuánta no debía ser la santidad y pureza de esta Virgen tan privilegiada!.... Siete siglos antes había dicho el Señor al profeta Jeremías: "Antes que yo te formara en el seno materno, te conocí; y antes que tú nacieras te santifiqué, y te destiné para profeta entre las naciones". Poco antes del nacimiento del Bautista, el ángel había predicho de él que sería *lleno del Espíritu Santo* desde el seno materno.... Pues si tan singulares gracias se concedieron á Jeremías, porque había de ser un gran profeta, y al Bautista, porque sería el Precursor del Mesías, ¿cómo pudiéramos imaginar que María, el propiciatorio de todos los siglos, y el tabernáculo dulcísimo del Unigénito del Eterno Padre, fuese privada, en el momento de su concepción, de la gracia del Espíritu Santo?.... Indudablemente, la que había de recibir en su seno purísimo á Aquel que quita todos los pecados del mundo; aquella, en la que y por la que se dignó hacerse hombre el mismo Hijo eterno de Dios, debía ser por completo y en todo tiempo exenta de la esclavitud del pecado.... Lo exigía la misma grandeza, y grandeza infinita, de aquel Dios santísimo que tan estrecho parentesco y tan dulces relaciones de Hijo iba á tener con Ella!.... El mismo Dios, complaciéndose en la pureza y hermosura de María, siglos antes de su nacimiento, decía de Ella: "*TODA hermosa eres, amiga mía; y no hay en ti mancha alguna.*" Y esto se lo dice el Dios tres veces santo, aquel Dios de amor, que es la misma eterna Verdad!.... ¿pudiera haberla llamado *TODA*

hermosa, si en Ella hubiese habido en algún tiempo sombra, siquiera, de pecado?.... ¡Ah! no.... En Dios no puede concebirse contradicción alguna.... ¡Blasfemia sería pensarlo!.... María debía ser, por lo tanto, concebida sin mancha de pecado original.... ¡Madre mía amabilísima! Con toda el alma Os saludo y Os reconozco Purísima é Inmaculada!.... ¿Cuáles son mis aspiraciones y propósitos, tratándose de obsequiar é imitar en lo posible á María?....

PUNTO II.

María fué concebida en gracia, y sin sombra alguna de pecado, desde el primer instante de su purísima é inmaculada Concepción.—María fué ya llena de gracia en su Concepción purísima, apareciendo como el Sol, cuya presencia anuncia la aurora.... El Señor, que ha creado todas las cosas con admirable sabiduría, creó y santificó en tiempo, preservándola de toda mancha de pecado, á la que desde la eternidad había elegido para Madre suya benditísima; y lo mismo en los primores y hermosura de la naturaleza que en la perfección de la gracia, la formó tan pura, tan santa, tan admirable, como convenia á la majestad gloriosísima de la que estaba destinada á tan elevada dignidad....

La misma Inmaculada Virgen lo reveló á Santa Brigida, diciendo: "La verdad es, que yo he sido concebida sin pecado original; porque no ha habido jamás matrimonio más santo, que aquel que me ha dado el ser. En mi Concepción, el amor divino tuvo más parte que la naturaleza. La hora, en que fui con-

cebida, bien puede llamarse hora de oro, hora preciosa; porque entonces comenzó la salvación de todos, y *tróronse en luz las tinieblas*. Dios ha querido obrar entonces una maravilla escondida á todos los siglos, como cuando floreció la vara seca de Aaron."

Así se explica que el Señor se haya dignado enviar á María un príncipe de la Corte celestial, para saludarla en nombre de la Santísima Trinidad, proclamándola llena de gracia!.... Un ángel, descendiendo de los cielos en forma visible, viene á decirla que el Señor está con ella, que es bendita sobre todas las mujeres..... que ha encontrado gracia delante de Dios..... y ha sido elegida para Madre del Mesías, tomando en Ella humana naturaleza el Hijo del Altísimo, por obra del Espíritu Santo, que la haría fecunda con su divino poder..... ¡Cuántos y cuán gloriosos misterios!.... Verdad tan consoladora y tan antigua, objeto de tanta piedad y de tan tiernas solemnidades desde los tiempos más remotos, ha sido confirmada y sancionada como dogma de fe por el inmortal Pontífice Pío IX en 1854..... ¡Gloria á María, nuestra amabilísima é inmaculada Madre!.... ¡Ella sin mancha alguna de pecado!.... ¡Y yo con tantos pecados!.... Pero, desde hoy, Madre mía piadosísima, enmendaré mi vida con vuestros auxilios; y en lo posible me esforzaré en evitar, con el poder de la divina gracia, todo pecado, comenzando por aquellas faltas..... que tanto Os desagradan.....

Afectos..... Profesiones..... Coloquios.....

Compendio de la doctrina de la Sagrada Eucaristía
Compendio de la doctrina de la Sagrada Eucaristía

DIA IX.

EL SAGRADO CORAZÓN DE JESÚS.

I. *Precludio*.—Imaginarnos que estamos viendo al amabilísimo Jesús mostrar su divino Corazón á la Beata Margarita-Maria Alacoque.

II. *Precludio*.—Pedirle gracia para penetrarnos prácticamente de la grandeza de su divino amor.

PUNTO I.

Existencia del Sagrado Corazón de Jesús.—Dignas de amor han sido en distintas épocas algunas creaturas, notables por la bondad de su corazón. Unos hicieron célebres por su amor purísimo y desinteresado á Dios nuestro Señor: tales, como Santa Teresa de Jesús, San Francisco Javier, Santa María Magdalena de Pazis, y tantos otros, para quienes la vida, sin amor de Dios, y amor tiernísimo y heroico, manifestado en trabajos y sacrificios de todo género, era carga pesada, que sólo podía soportarse por cumplir con la divina voluntad. Otros manifestaban este amor finísimo hacia Dios en la caridad que tenían con sus prójimos; como San Vicente de Paúl, San Juan de Dios, etc. Pero ¿qué valen esos grandes corazones, si se los compara con el Corazón sacratísimo de Jesús?.... Este es el corazón, no de un hombre grande, animoso y compasivo, sino el Corazón del mismo Dios. En El se complace el Eterno Padre, en él se encierran todos los tesoros de la sabiduría y de la ciencia del Altísimo; ríndele humilde y entusiasta

adoración los ángeles; y sólo El hasta para formar el eterno embeleso de todos los bienaventurados. . . . Un alma en gracia aparece tan llena de majestad y hermosura, que sola su vista sería capaz de excitar vivísima admiración en todos los hombres. ¿Qué será el Corazón adorable de todo un Dios? . . . Esto me lo dice la fe. . . . Idea de algún modo aproximada á tanta grandeza, me la hace formar mi razón, persuadida de que no puede menos de ser infinita la diferencia que hay entre la hermosura y demás perfecciones de Dios, y las cualidades y hermosura de los hombres. . . . Y ¿no adoro con toda el alma, y no amo con las fuerzas todas de mi corazón á este Corazón preciosísimo, en comparación del cual nada valen, nada representan las más admirables bellezas de la creación?

PUNTO II.

Amabilidad del divino Corazón de Jesús.—Siendo Dios, no puede menos de commoverse á vista de nuestras desgracias el Verbo eterno; y hácese hombre, sin dejar de ser Dios, y con nuestra humana naturaleza toma un Corazón tiernísimo y compasivo, capaz de las más árdidas empresas y de los mayores sacrificios, á trueque de hacer felices á los hombres. . . . Por nosotros hácese, no ya hombre tan sólo, sino niño, que es una de las más expresivas formas de anonadamiento á que pudiera llegar el amor más expansivo y más heroico. . . . Y este Corazón adorable, que me ama desde el seno virginal de María, sigue amándome, tierno, silencioso y abnegado;

en el pesebre, en el taller, en el templo; en la oración, en sus predicaciones y en sus tormentos y agonías; en Egipto, en Nazaret, en el Calvario; desde que comenzó á latir hasta que cesa de alentar por mi amor en la cruz. . . . y me ama con tal exceso de sacrificio, no sólo sin que yo lo merezca, sino aún siendo yo, por el pecado, su mortal enemigo. . . . Corazón que tanto y tan desinteresadamente ama, ¿no merece ser totalmente amado? Y ¿en qué le amo yo? Y ¿qué obsequios le consagro? ¿Qué sacrificios hago por El? ¿Hasta qué grado trabajo y me desvivo por su gloria? Y si nada tengo hecho, ó si hasta ahora he hecho tan poco, ¿qué debo hacer en adelante? En mí. . . . En mis prójimos. . . . Por su gloria. . . . Por el acrecentamiento de su culto y de su devoción. . . . Son para mí amables algunas creaturas, y no ha de serlo este Corazón adorable, que se entregó á la muerte por mí, y tantas veces me ha librado del infierno, esperándome compasivo á penitencia y regalándome con nuevas manifestaciones de amor. . . . !

Afectos. . . . Propósitos. . . . Coloquios. . . .

DIA X.

INFIERNO. ®

I. Preludio.—Imaginar nos aquellas tenebrosas profundidades del infierno, y los ayes de dolor y gritos de desesperación que en ellas resuenan.

II. Preludio.—Pedir al Señor conocimiento de las penas que padecen los condenados, para que si del

amor del Señor eterno me olvidare por mis faltas, al menos el temor de las penas me ayude para no caer en pecado.

PUNTO I.

Los tormentos que padecen los condenados en la vista.
—Padecen aquellos desgraciados en cada una de las partes de su cuerpo penas acerbísimas. . . . Santa Catalina de Sena vio en cierta ocasión un demonio, y fué tal la impresión que esto le produjo, que aseguraba que prefería ir caminando sobre brasas encendidas y arder en viva llama hasta el fin del mundo, antes que volver á verle. . . . ¡Qué tormento será ver tantos y ser víctima de su crueldad y de sus fueros por toda la eternidad! . . . El fuego de esta vida es fuego benéfico, que alumbrá; . . . aquel fuego del infierno es fuego tenebroso, y nada significan en comparación de las horrosas tinieblas que produce, las espesas tinieblas que en una de las diez plagas envolvieron á todo el Egipto. . . . Pero no sólo tinieblas y demonios. . . . ¡Qué escenas tan repugnantes y de horrible desesperación se verán en el infierno! . . .

PUNTO II.

Tormentos que allí padece el oído.—Ruido pavoroso de cadenas . . . el estallido de las llamas . . . blasfemias horribles . . . gemidos agudísimos y atormentadores de millones de réprobos . . . espantosos aullidos de desesperación. . . . Verifícase allí con trístísima exactitud lo que sobre aquellos infelices

decía el Espíritu Santo: "cuanto se ha engraido y regalado, dadle otro tanto de tormenta y de llanto". . . .

PUNTO III.

Lo que allí padece el olfato.—Basta recordar la definición que del infierno da un santo escritor: "Es una cloaca universal, á donde van á parar las inmundicias de todos los siglos". . . . ¡La fetidez intolerable que despiden tantos cuerpos! . . . San Buenaventura, que vió un día un demonio, decía que uno sólo sería capaz de apestar toda la tierra. . . . Un ladrón asesinó á un peregrino, con ánimo de robarle; y la víctima entre las ansias de la muerte, de tal manera se adhirió al asesino, que éste no pudo desprenderse de ella. El cuerpo del muerto comenzó á corromperse y fué poco á poco comunicando la corrupción y la muerte al cuerpo del asesino. . . . ¡Ligero bosquejo del hedor insufrible que se siente en aquellas cavernas infernales! . . .

PUNTO IV.

Lo que padece el sentido del gusto.—Sobre el tormento de gustar los más repugnantes sabores, sufrirán hambre intolerable, como dice el Espíritu Santo: "Estarán hambrientos como perros;" hambre tan rabiosa, que, en frase de Isaías, "cada uno devorará la carne de su mismo brazo". . . . Gustaron un día los infelices la engañosa miel de los placeres del mundo; y en su tardío arrepentimiento exclamarán como Jonatás: "Gusté ansioso . . . un poquito de miel; y he aquí que por eso voy á morir."

PUNTO V.

Tormentos que padece el sentido del tacto.—Hállanse aquellos desgraciados como embestidos é impregnados interior y exteriormente de fuego!.... fuego devorador, que hierve en las venas,.... se insinúa en las arterias,.... penetra por todos los poros, y los abrasa sin consumirlos jamás!.... Como el desventurado Epulón, se verán precisados á lamentarse, exclamando: "*Me voy horriblemente atormentado en estas llamas*".... No dice "abrasado;" porque el fuego del infierno no se limita sólo á abrasar, sino que en él se padecen todos los tormentos imaginables!.... Fuego sobrenatural, que armado como con divinos atributos, se cebará en el infeliz condenado con increíble saña, para castigar en él los pecados todos con que aquí ha ofendido á la infinita Majestad de Dios,.... fuego, que manifestará tener misteriosa ciencia, al ensañarse de un modo especial en los sentidos que fueron más culpables!.... fuego racional, como dicen algunos Santos Padres, porque, como si estuviese dotado de sabiduría, castigará cada una de las partes del cuerpo, según el grado de malicia que haya tenido cada uno de los pecados!.... Fuego que parece luir y extinguirse, y de nuevo penetra como reanimado, más abrasador y más sañudo por los innumerables poros del cuerpo!.... ¡Ah! ¿quién podrá habitar entre aquellas llamas devoradoras?.... ¿Serás tú?.... ¿Tú que tanto te amas á ti mismo?.... tú, que rehuyes constante é ingenioso la más ligera mortificación?.... ¿Tú, que aborreces hasta el nombre de sacrificio y de cruz,.... y sólo

piensas en pasar de la manera más agradable la vida?.... ¿Serás tú?.... Desventurados hay, que se jactan de no creer,.... Sin duda, que no por eso dejarán de ser reales y terribísimos aquellos eternos tormentos,.... Bien que, en este punto la falta de fe es uno de los vicios que tienen total enmienda en el infierno,.... Porque ¿será posible que todavía dejase de creer el infeliz que se encuentra entre aquellas devoradoras llamas, y en ellas arderá, sin consumirse, por siglos eternos?....

Para no ir allá ¿qué debo hacer?....

Afectos,.... Propósitos,.... Coloquios,....

DIA XI.

MUERTE.

I. *Preludio.*—Imagíname que me estoy muriendo, empuñando en una mano el crucifijo, y en la otra la vela bendita.

II. *Preludio.*—Pedir gracia á Dios nuestro Señor, para que á la luz que brota del pensamiento de la muerte, íntimamente conozca la vanidad de la vida.

PUNTO I.

Todo nos habla de la muerte.—Verdades hay que no son muy claras, y se hace preciso probarlas. La muerte es tan clara, que por sí misma se prueba, y éntrenos de la manera más evidente por todos los sentidos,.... Pero no sólo perciben la muerte todos, y cada uno de nuestros sentidos; sino que les habla

PUNTO V.

Tormentos que padece el sentido del tacto.—Hállanse aquellos desgraciados como embestidos é impregnados interior y exteriormente de fuego!.... fuego devorador, que hierve en las venas,.... se insinúa en las arterias,.... penetra por todos los poros, y los abrasa sin consumirlos jamás!.... Como el desventurado Epulón, se verán precisados á lamentarse, exclamando: "Me voy horriblemente atormentado en estas llamas".... No dice "abrasado;" porque el fuego del infierno no se limita sólo á abrasar, sino que en él se padecen todos los tormentos imaginables!.... Fuego sobrenatural, que armado como con divinos atributos, se cebará en el infeliz condenado con increíble saña, para castigar en él los pecados todos con que aquí ha ofendido á la infinita Majestad de Dios,.... fuego, que manifestará tener misteriosa ciencia, al ensañarse de un modo especial en los sentidos que fueron más culpables!.... fuego racional, como dicen algunos Santos Padres, porque, como si estuviese dotado de sabiduría, castigará cada una de las partes del cuerpo, según el grado de malicia que haya tenido cada uno de los pecados!.... Fuego que parece luir y extinguirse, y de nuevo penetra como reanimado, más abrasador y más sañudo por los innumerables poros del cuerpo!.... ¡Ah! ¿quién podrá habitar entre aquellas llamas devoradoras?.... ¿Serás tú?.... ¿Tú que tanto te amas á ti mismo?.... tú, que rehuyes constante é ingenioso la más ligera mortificación?.... ¿Tú, que aborreces hasta el nombre de sacrificio y de cruz,.... y sólo

piensas en pasar de la manera más agradable la vida?.... ¿Serás tú?.... Desventurados hay, que se jactan de no creer,.... Sin duda, que no por eso dejarán de ser reales y terribísimos aquellos eternos tormentos,.... Bien que, en este punto la falta de fe es uno de los vicios que tienen total enmienda en el infierno,.... Porque ¿será posible que todavía dejase de creer el infeliz que se encuentra entre aquellas devoradoras llamas, y en ellas arderá, sin consumirse, por siglos eternos?....

Para no ir allá ¿qué debo hacer?....

Afectos,.... Propósitos,.... Coloquios,....

DIA XI.

MUERTE.

I. *Preludio*.—Imaginarne que me estoy muriendo, empuñando en una mano el crucifijo, y en la otra la vela bendita.

II. *Preludio*.—Pedir gracia á Dios nuestro Señor, para que á la luz que brota del pensamiento de la muerte, íntimamente conozca la vanidad de la vida.

PUNTO I.

Todo nos habla de la muerte.—Verdades hay que no son muy claras, y se hace preciso probarlas. La muerte es tan clara, que por sí misma se prueba, y éntrasenos de la manera más evidente por todos los sentidos,.... Pero no sólo perciben la muerte todos, y cada uno de nuestros sentidos; sino que les habla

de la muerte casi todo lo que de alguna manera puede afectarlos.

I. Ven nuestros ojos el cielo, el Sol, los planetas; cielo, que se agita con rapidísimo movimiento; Sol y planetas, que pasan ante nuestros ojos en precipitada carrera, para enseñar tal vez á nuestros ojos que la vida es brevisima jornada, que se acaba en muy poco tiempo, que no es más que un continuo correr, que pronto termina. Ven embelesados nuestros ojos, árboles, plantas, flores; y en breve contemplan que la frondosidad que admiran en los bosques, y la verdura de los campos y la exuberante vegetación de los jardines tienen su invierno, y en pocos días árboles, mieses y plantas se decoloran, cuando no han caído ya al golpe del hacha ó á la intemperate saña de la hoz. Ven nuestros ojos, al recorrer calles y plazas, hombres, señoras, vivientes de toda categoria y especie, casas, iglesias, monumentos; y observan también que esos vivientes se mueren, y que hasta los mismos edificios envejecen y se convierten en ruinas, imagen de la muerte. ¡Y estos mismos ojos que ahora ven, han de eclipsarse un día, y convertirse en polvo!

II. Llega á nuestros oídos el murmullo del río, el cual corre sin detenerse nunca, rápido y majestuoso, en dirección al mar, que viene á ser su sepulcro. El ruido acompasado del reloj y el progreso del tiempo que va marcando la hora, me advierten que ya tengo menos momentos de vida. La encantadora armonía de la música, la dulce melodía del canto, el timbre suavísimo de la voz. cesan, es-

piran. y su eco viene á extinguirse en mis oídos. ¡También muere el sonido!

III. Y no menos entra la muerte por las ventanas del gusto. Porque cuando comemos, observamos, como nueva lección de la universal caducidad de las cosas humanas, que la carne con que nos alimentamos, es carne muerta; la fruta, es muerta también; el pan, formado de granos secos; y el vino, exprimido de uvas cortadas!

IV. Aun el sentido del olfato viene á confirmarnos en la saludable necesidad de morir. La más insupportable fetidez nos despierta, avisándonos que todavía será mayor la que despida nuestro cuerpo ya cadáver. Los olores más suaves y exquisitos, al exhalarase con tanta rapidez, nos dicen que tal es la velocidad con que se va pasando nuestra vida; y que llegará pronto el día, en que el alma con la rápida exhalación del rayo, romperá sin consideración alguna las pesadas ligaduras que la atan á nuestro cuerpo, dejándolo frío, pálido y sin vida.

V. El tacto nos advierte también esta verdad. Esos vestidos, si son de seda, nos dicen que proceden de gusanos muertos; si de lana, nos recuerdan que vistieron un día á animales hoy degollados. Los muebles de que uso, son de madera que un tiempo fué viva, y hoy. ¿qué es del árbol del cual ha sido aserrada? La casa que habito, y los bienes que poseo, fueron de otro que no existe ya. En el cargo que desempeño, otro me ha precedido, del cual hoy sólo queda el recuerdo.

PUNTO II.

La muerte nos despoja de todo.—I. De la fortuna; pues al más acaudalado, de tanto dinero no le deja un peso; de tantos vestidos con tanto primor y tan detenida elección preparados para los días de gran fiesta, para la ciudad y para el campo, no le deja más que uno con que le amortajen. . . . Era dueño, y dueño tan respetado y tan temido; y ahora la muerte le arroja fuera de su casa, de aquella casa amueblada con tanta esplendidez y exquisito gusto; fuera. . . . de aquellos almacenes llenos de ricas mercancías; . . . fuera. . . . de aquel empleo adquirido ó comprado á costa de tantos trabajos y humillaciones! . . .

II. De los bienes naturales; de aquel hermoso semblante, de aquellos ojos tan expresivos, de la elegancia y delicadas maneras en todos sus miembros, memoria privilegiada. . . . entendimiento vivo y perspicaz. . . . profundo saber! . . . Ya no hay palabras en aquella boca, antes tan graciosa en el decir; . . . ni mirada en aquellos ojos eclipsados; . . . ni movimiento en aquel cuerpo; un día tan majestuoso y tan flexible! . . .

III. De los bienes sobrenaturales. Estaba ya para convertirse á Dios. . . . Atormentada con cuentas atrasadas y gravísimas su conciencia, había resuelto ya reconquistar la paz del alma, por tanto tiempo perdida, y dar de mano á las engañosas vanidades del mundo. . . . Habíase fijado ya en el confesor, á quien descubriese sin reservas toda su conciencia. . . . Pero vino traidora la muerte, y. . . . quedó en proyecto su conversión. . . . ¿Habrá quedado también

en proyecto la salvación de su alma? . . . ¡Ay! ¿Qué desacierto tan grave el dejar para mañana la enmienda de la vida! . . .

IV. De la figura. Sólo ésta le quedaba de todos sus pasados bienes, y aún de ésta le despoja la muerte. . . . Tiempo hubo, en que con gracia singular y envidiada gentileza cruzaba las calles y las plazas, provocando tal vez entusiastas comentarios entre amigos y admiradores. . . . Hoy, por aquellas mismas avenidas, teatro de sus pasadas glorias, llévanle á enterrar, cubierto con un paño el desfigurado semblante! . . . Como si pretendiesen arrebatarle á los estragos de la muerte, ocúlhanle dentro de tres cajas. . . . Pero, á pesar de tan minuciosas precauciones, en breves días la carne se ennegrece, y á favor de la putrefacción véase florecer el rostro y las manos, y cubrir de amarillento moho todo el cuerpo. . . . La parte carnosa se resuelve en podredumbre; y entre ella multiplicanse y bullen los gusanos, buscando pasto á su asoladora voracidad! . . . Desaparece la figura; y tiempo después hasta la solidez y la forma de los huesos. . . . De algunos personajes, cuya fama parece llenar los siglos, queda todavía el suntuoso sepulcro; y en él, como único resto de la inanimada majestad que antes le llenaba, . . . diez onzas de polvo! . . .

PUNTO III.

Angustias en la hora de la muerte.—I. Lo pasado le conturba y acobarda, tal vez. . . . Las satisfacciones que ha gozado, le parecen sueño. . . . Como á Antíoco, acibara su alma el recuerdo de los pecados

cometidos. . . . Aquellas simpatías, que él creyó inocentes, ahora reconoce que fueron más graves; aquellos contratos, al parecer justos, no lo eran; aquellas confesiones, que parecían buenas, resultan sacrilegas. . . . Sólo vivió en el mundo para gozar la mayor suma posible de satisfacciones, no para servir á Dios. . . . siguiéndole por el camino de la cruz, ni para interesarse por el alma y el bienestar de sus prójimos. Agitábase, tal vez, el ansia de honores, . . . lujo. . . . comodidades, . . . y aficiones. . . . no conformes á la ley de Dios! ¡Ah! "*Cercóronme dolores de muerte; y torrentes de iniquidad me llenaron de terror.*"

II. *Lo presente.*—Atormentarle las angustias de la enfermedad, la separación de la familia, la pérdida inminente de los bienes, que constituyen su dicha, y, como en otro tiempo el desdichado Agag, exclama: "¿Con tan ruda inclemencia viene la muerte á separarme de lo que más amo sobre la tierra?" El demonio, persuadido de que le queda ya poco tiempo, lo aprovecha solícito para tentar al moribundo, como sagaz acreedor que gestiona incansable el pago de sus créditos. . . . Y si en vida era tan fácil el doliente para ceder á la tentación, ¿qué será en aquella hora suprema, en que son más recias las embestidas del enemigo y más débiles las fuerzas con que cuenta para resistirle? Tal vez, rodeado de familia más cariñosa que cristiana, fáltale al angustiado moribundo una persona verdaderamente caritativa, que sobreponiéndose á la corriente asoladora de los respetos humanos, le excite á recibir los últimos sacramentos. ; Pocas calamidades hay,

que con tan bárbara inhumanidad puedan pesar sobre el alma infeliz del moribundo, como la calamidad funestísima de parientes que, mintiendo cariño, descuidan el bien espiritual del enfermo, privándole de los últimos sacramentos! ¡*Mintiendo cariño*, si! Que no es verdadero cariño dejar que se pierda su alma, á trueque de que aquí tenga, como ellos equivocadamente dicen, un día más de vida. Pero, felizmente se confiesa. ¿Será esa una de tantas confesiones de última hora, en las cuales ni hay preparación, ni verdadero propósito de la enmienda, ni reparación de los perjuicios causados al prójimo? El confesor nada dice, porque nada puede decir; ni aun siquiera se atreve á pensarlo. Pero San Agustín nos enseña que "la penitencia improvisada y tardía, rara vez es verdadera penitencia". Y yo ¿dejo para entonces el arreglo de las cuentas, que tengo pendientes con Dios?

III. *Lo futuro.*—Afligele la consideración de la suerte eterna que le espera. ¿Siquiera esta confesión ¿habrá sido bien hecha? El propósito ¿será firme? ¿Verdadera la contrición? Preguntaba ansioso y arrepentido un moribundo á su confesor. "¿Dónde estaré mañana?" "En el fuego, le contestó el sacerdote; pero espero que será el fuego del Purgatorio." Tal como se halla hoy mi alma ¿podré lisonjearme con la esperanza de que fuese al Purgatorio? ; Y yo, que soy tan poco mortificado! Un sudor frío cubre ya el cuerpo del moribundo; corre por todo él ese misterioso estremecimiento, seguro precursor de la muerte; desplómense desallicidos los brazos, levántase el pe-

cho, hinchanse las piernas, afilase la nariz, . . . está ya para asomar la última lágrima, . . . el moribundo hállase en agonía. . . . Por dicha stuya, acude á auxiliarme en aquel apurado trance un sacerdote. . . . "Sal de este mundo, alma cristiana, en nombre del Padre, que te creó; en nombre de Jesucristo, que padeció por ti y te redimió; en nombre del Espíritu Santo, que sobre ti derramó sus gracias. Al salir tu alma del cuerpo, sálgale al encuentro esplendísimo coro de ángeles" ¡ Ah! ¿ Será verdad tanta dicha?

No podrá serlo, si el alma no está cristianamente preparada. ¡ Infelez! Al oír que la invitan á que salga de este mundo, razón podría tener para temblar, preguntándose: "Y ¿ á donde? El Padre me creó, si; pero yo no correspondí al fin para el cual me había creado! El Hijo padeció por mí; pero ¿ yo he pisoteado tantas veces su divina sangre! El Espíritu Santo derramó sobre mí sus gracias; pero ¿ yo no he querido aprovecharme de ellas! Al salir mi alma del cuerpo, el coro que salga á recibirla ¿ será realmente de ángeles?"

Afectos. . . . Propósitos. . . . Coloquios. . . .

DÍA XII.

LA APARICIÓN DE NUESTRA SEÑORA DE GUADALUPE.

I. *Preludio.*—Imaginarnos que la contemplamos en la cumbre del Tepeyac hablando con Juan Diego.

II. *Preludio.*—Pedir humildemente gracia á Dios; nuestro Señor, para que en adelante correspondamos

al amor tiernísimo de María, portándonos como buenos hijos.

PUNTO I.

La Santísima Virgen de Guadalupe viene á ofrecérsenos como Madre.—Quiso la Inmaculada Madre de Dios fijar su augustó trono entre los mexicanos, en el cerro feliz de Tepeyac, y entre numerosas luces de inusitado resplandor y embelesadoras y celestiales armonías, muéstrase con indescriptible majestad al humilde neófito Juan Diego, revelándole su dignidad altísima, y le encarga vaya á pedir al Obispo que en aquel cerro se le erija un templo, en que oiga benigna las súplicas de sus queridos hijos los mexicanos y reciba sus cariñosos obsequios. . . .

"Sábet, hijo mío muy querido, le dice la celestial Señora, que yo soy la siempre Virgen María, Madre del verdadero Dios, Autor de la vida, criador de todo y Señor del cielo y de la tierra, que está en todas partes; y es mi deseo que se me labre un templo en este sitio, donde como *Madre piadosa tuya y de tus semejantes, mostraré mi clemencia amorosa*, y la compasión que tengo de los naturales, y de aquellos que me aman y buscan, y de todos los que solicitaren mi amparo, y me llamaren en sus trabajos y aflicciones, y donde oír sus lágrimas y ruegos, *para darles consuelo y alivio*". . . . ¡ Cuánta bondad en nuestra Madre amabilísima! ¡ Llena de gloria, acompañada de brillante cortejo de millares de ángeles, baja de los cielos para brindarnos con su protección poderosísima! Y para que de una manera sensible y perpetua nos conste su maternal solicitud y el

empeño que tiene de ayudarnos con su altísimo valimiento á salvar nuestras almas, quiere dejarnos una Imagen suya preciosísima; y de frescas y olorosas flores, que brotan por milagro en pleno invierno en la estéril y pedregosa cumbre del cerro, hace que en la misma tilma del venturoso neófito que las lleva, quede sobrenaturalmente pintada en presencia del Obispo esa bellísima y celestial Imagen, que hoy con tan tierna piedad veneramos.

Viene á ser para nosotros Madre cariñosísima; y uno de sus primeros cuidados es atraer á la fe de su divino Hijo, en solos ocho años, más de ocho millones de indios, siendo así que antes de su feliz aparición apenas habian ingresado en el gremio de la Iglesia católica, durante siete años, un millón, niños en su mayor parte. ¡Qué tierna ansiedad la de nuestra dulcísima Madre porque se salven nuestras almas!

Y ¡qué prolijos y cariñosos cuidados los suyos, en favor de la naciente Iglesia! Cuando de 1544 á 45 causó tan cruel estrago entre los indios la terrible enfermedad del *cocoliztli*, en que perecieron ochocientos mil, apenas fue invocada con una devota peregrinación de indiecitos de seis á siete años, la celestial Madre de Guadalupe, cesó la peste como por ensalmo. Y esto mismo sucedió en tantas otras calamidades del siglo XVI y de los que le siguieron. ¡Igual solicitud de Madre cariñosísima, durante la memorable inundación de 1629, en que perecieron treinta mil naturales y cerca de veinte mil familias de españoles! Un siglo después, en 1737, el *Matlazahuatl* hizo en pocos meses más de setecien-

tas mil víctimas; pero apenas los cabildos eclesiástico y regular de México deliberán seriamente sobre la necesidad de jurar por Patrona á la Santísima Virgen de Guadalupe, desaparece el terrible azote de la peste!

Y ¡quién pudiera referir los beneficios particulares hechos á sus fieles hijos los mexicanos en el transcurso de cerca de cuatro siglos! Yo mismo ¡podría darme cuenta de la maternal protección que ha venido desplegando en mi obsequio desde hace tantos años, en tantas necesidades y peligros en que la he invocado como Madre tiernísima?

PUNTO II.

Debemos portarnos siempre con Ella como buenos hijos.

—A tan amante solicitud por nuestro bienestar temporal y nuestra salvación eterna, preciso es que correspondamos con sincero reconocimiento y con filial amor. Desde su gloriosa aparición ha sido siempre ruidoso y devotísimo el culto con que la veneraron nuestros padres. ¡Novenas. Misas cantadas. letanias. salves. rosarios. peregrinaciones animadíssimas. fiestas las más solemnes! Y ¡qué piadosa liberalidad en promover la magnificencia de su culto! Sin contar el oro y las piedras preciosas con que la obsequiaban gozosíssimas y rendidas las generaciones mexicanas, sólo la plata de las lámparas y demás alhajas y útiles del culto, prescindiendo de los vasos sagrados, pesaba á fines del siglo XVII, más de cuatro mil cuatrocientos noventa marcos. Ya entonces servían el Santuario del Tepeyac seis capellanes perpetuos, encar-

gados de celebrar la santa Misa y asistir en corporación á las Salves, Visperas y festividades de la celestial Señora,

Ya entonces, apenas había en toda esta Nación religiosísima, una familia en que no fuese tiernamente venerada alguna copia de la celestial Imagen de nuestra Señora de Guadalupe! Apenas podría encontrarse entonces un mexicano que no se honrara con llevar al cuello una medalla de la Madre dulcísima de Guadalupe! En su celebrado santuario recibían devotos el bastón de su alta dignidad los Virreyes, antes de tomar posesión de su cargo. Allí se preparaban con Novenas y devotas prácticas los arzobispos de México, para inaugurar con acierto los trabajos de su elevada jerarquía! Desde los reyes de España hasta el más ignorado de los habitantes de este vasto país del Anáhuac, virreyes, obispos, títulos de Castilla, magistrados, magnates, sacerdotes, religiosos, sabios, literatos, artistas, el nobilísimo pueblo mexicano, sin distinción de clases ni jerarquías, gozabanse á porfía en tributar con entusiasta piedad y ardiente amor á la Santísima Virgen de Guadalupe sus más tiernos obsequios, sus más ricas ofrendas, todo el ardor de su alma, los afectos todos del corazón!

¡Madre amantísima de los mexicanos! Yo también te saludo, amante y agradecido! Has sido siempre nuestra Madre. ¡Hoy, solemnemente coronada tu celestial y bellísima Imagen, eres, además y con título especialísimo, nuestra Reina! Y ¿qué hago yo en obsequio de mi dulce Madre? ¿de mi cariñosa y poderosísima Reina?

¿Tributarle rendidos obsequios? ¿Propagar el conocimiento de su interesantísima historia, su culto, su devoción, su amor, dentro y fuera de la Nación Mexicana?

Afectos. Propósitos. Cologios.

DIA XIII

JUICIO PARTICULAR.

I. *Preludio.*—Imaginar nos que en el mismo instante que sigue á nuestra muerte, nos encontramos ante el divino Juez, para darle estrechísima cuenta de toda nuestra vida.

II. *Preludio.*—Pedir al Señor conocimiento íntimo de lo terrible de sus juicios.

PUNTO I.

Comparece el alma ante el tribunal de Dios.—Y ¡con cuánto temor! Temblaba ante el día terribleísimo de la cuenta el santo Job. El santo abad Elías, que, desasido de todo afecto á las cosas de la tierra, vivía más como ángel que como hombre, exclamaba: "Tres cosas me hacen temer: la salida de mi alma del cuerpo, la severidad del juicio y la sentencia del divino Juez". Y el Apóstol de las gentes, tan favorecido de Dios nuestro Señor, que se dignó un día elevarle hasta el tercer cielo, en el cual oyó misteriosos arcanos que no pueden ser expresados con humano lenguaje; el apóstol San Pablo, aunque nada encontraba en su conciencia, que

le arguyese de pecado, temia: porque los juicios de Dios son muy distintos de los juicios de los hombres!.....

Esposa fiel del poderoso rey Asuero, era la virtuosa Ester; y sólo por verle en actitud majestuosa, sentado en magnífico trono y rodeado de la brillante corte de sus sátrapas y ministros, cayó desmayada en brazos de sus doncellas..... ¿Cuál será el temor que se apodere del alma, no ya fiel como Ester, sino tantas veces desleal y pecadora, al encontrarse en el terrible tribunal de Dios?..... del Dios tres veces santo, que profesa odio eterno al pecado..... de un Dios, cuyo poder no se limita á las ciento veintisiete provincias de la monarquía de Asuero, sino que se extiende á todo el universo y dura por todos los siglos?..... Un río, cuya caudalosa corriente pudiese ser durante treinta años contenida por sólidos y elevados diques, destruidos éstos en un momento ¿con qué impetu se desbordaría inundando los campos, asolando las ciudades y arrollando con su arrebatada corriente todo cuanto encontrase á su paso?..... Tal es la infinita justicia de Dios nuestro Señor, suavemente contenida por su amorosa misericordia en los años que van corriendo, de nuestra existencia..... ¿Quién no te temerá, ¡oh Señor! Rey de las naciones y de todos los siglos?.....

DIRECCIÓN GENERAL DE

Examen, que hará el Señor, de nuestra vida.— Dame cuenta, dirá, de tu administración..... del empleo de los sentidos de tu cuerpo,..... de las potencias

de tu alma..... de tantos millares de celestiales gracias, que has recibido..... Pedirá cuenta de todo,..... porque no se le oculta ninguno de nuestros pasos..... Su juicio será severísimo..... tiene dicho que juzgará con delicadísimo rigor las mismas obras buenas,..... los pecados cometidos por mí..... ¡Ah!..... "*Mis maldades sobrepujan por encima de mi cabeza: y como una carga pesada me tienen agobiado*"..... Cometidos por otros, con alguna intervención mía..... por escándalos,..... seducción,..... impiedad,..... por la palabra,..... por la prensa..... ¡Míos son también, y claman venganza!.....

Pecados de omisión, por haber descuidado la corrección de aquellos que me están sujetos;..... el buen ejemplo, á que estoy obligado;..... el pago de aquellas deudas,..... restituciones;..... la reparación de aquellos daños causados..... Pecados no impedidos cuando puede y debí hacerlos.....

Las mismas obras buenas, que por alguna circunstancia resultaron mal hechas, por el modo, pues fueron hechas con imperfección,..... tibieza;..... por el fin, pues con ellas se mezclaron la vanagloria,..... el amor propio,..... la hipocresía,..... la ostentación..... ¿Cuántos, á pesar de las obras buenas que creen haber practicado, resultarán en aquel día "*desdichados, y miserables, pobres, ciegos y desnudos!*".....

Las gracias,..... el tiempo de que puede disponer,..... las oportunidades que se me ofrecieron para aquella obra de la mayor gloria de Dios,..... para la conquista de aquella alma,..... para el triunfo de la justicia en aquel caso,..... para una lección enérgica y decisiva con aquella protesta que debí ha-

cer..... para triunfar de mí mismo en aquella circunstancia!.....

¿Hago con la debida minuciosidad examen de mi conciencia, para juzgarme con saldable rigor á mí mismo, antes de que me juzgue en aquel terrible día de mi muerte el soberano Juez?.....

La sentencia.—No habrá excusas que alegar ante el divino tribunal; porque, si soy frágil, la gracia pudo hacerme fuerte..... si joven, tiernos niños y delicadas doncellas han dado muchas veces al mundo lecciones de cristiana fortaleza; si eran fuertes las tentaciones, y complicada y peligrosa la ocupación, poderosos eran para sobreponerme á todos esos inconvenientes los divinos auxilios..... ¿No reconoces hoy mismo su eficacia?.....

Y ¿qué harás si te fuese desfavorable la sentencia?..... ¿Pretenderás encontrar valedores, que contra ella te amparen?..... Pero ¿quiénes?..... ¿Dios nuestro Señor?..... No lo será; porque aquel ángel misterioso del Apocalipsis "juró por el que vive en los siglos de los siglos..... que ya no habrá más tiempo," ni posibilidad de apelación..... ¿La Santísima Virgen?..... Tampoco; porque, como dice San Agustín, "en aquella noche de espesas tinieblas esta hermosísima Luna no dará luz"..... ¿Los santos?..... Lo único que entonces harán, será exclamar: "¡Justo eres, oh, Señor, y justos son tus juicios!..... ¡Ah! Si tanto temía el pueblo de Israel oír la voz majestuosa de un Dios amable y protector

en la cumbre del Sinai, ¡qué terror no sentirá el alma infeliz, si la sentencia que en este juicio particular mereciere, fuese sentencia de condenación!..... ¡Sentencia inmutable!..... eterna..... ¡tan eterna como el mismo Dios!..... ¿Qué sentencia merecería hoy la vida que actualmente llevo?..... ¿Qué hacer, para que en su día la sentencia que yo merezca, sea de goces eternos?.....

Afectos..... Propósitos..... Coloquios.....

DIA XIV.

ETERNIDAD.

I. *Preludio.*—Imaginarnos que vemos al rey David, el cual, humildemente postrado ante el Señor y derramando abundantes lágrimas, exclama: "¡Pásemo á considerar los días antiguos y á meditar en los años eternos!"

II. *Preludio.*—Pedir al Señor gracia para conocer algo de lo que es la eternidad, y para tenerla presente en todas mis acciones.

PUNTO I.

Lo que es la eternidad.—Más fácil es meditar lo que no es la eternidad; porque ni es tiempo, ni parte alguna de tiempo..... Si pensamos en la larga duración de un millón de años, y tantos millones de años como granos de trigo pueden caber en toda la tierra, y como gotas de agua contienen todos los rios y los mares; nada pensamos que tenga alguna

proporción con la eternidad. Es la eternidad un abismo insondable, que se encuentra tanto más profundo, cuanto más se mide con el pensamiento! La eternidad es inmutable, y de ella es incapaz de darnos verdadera idea la duración de muchos siglos, ni la sucesión de los tiempos. Porque el tiempo *pasa*, como pasan las aguas de un río; la eternidad está siempre *fija*, más que esas rocas, al parecer incommovibles, que desafían la furia de los vientos y las embestidas constantes de las olas en las riberas de los mares. El tiempo muévase, como se mueven y giran los planetas en el firmamento, como se suceden indefectiblemente los días y las noches; la eternidad es inmutable, como sol que no conoce ocaso, como noche á la cual nunca sucede la mañana. La eternidad es un reloj fijo, en el cual con manecillas que no se mueven se nos indica, de una parte el *siempre*; de otra el *jamás!*. Y ¡yo estoy sentado á las puertas de la eternidad! Y ¡lo peor es que no me preocupo, como debiera, de preguntarme á qué clase de eternidad me dirijo!

PUNTO II.

La eternidad, á que debo aspirar, con todos mis esfuerzos, es la eternidad feliz.—“El hombre sale como una flor, y luego es cortado y se marchita; huye y desaparece como sombra, y jamás permanece en un mismo estado. El árbol tiene esperanza de reverdecer; aunque sea cortado, y en efecto brota y echa sus renuevos. Pero el hombre, una vez muerto y descarnado y consumido, dime, ¿qué se hizo de él? ¿Acaso ha de volver á vivir, habiendo muer-

to ya? Esto pensaba muchos siglos hace el santo Job, preocupado con la salvadora idea de la feliz eternidad. El hombre “desaparece como sombra,” porque va de viaje á la eternidad; de allí ya no se vuelve! Y en el estado en que sea colocado el hombre después de su muerte, en ese mismo permanecerá inmutable por toda la eternidad; feliz para siempre en el cielo, ó eternamente desgraciado en el infierno! “*Si el árbol cayese hacia el Mediodía, ó hacia el Norte, dice el Espíritu Santo, donde quiera que caiga, allí quedará*” Y á los goces sin fin de la otra vida se va por las transitorias penalidades de ésta. “Porque, como dice el Apóstol, las aflicciones tan breves y tan ligeras de la vida presente, nos producen el eterno peso de una sublime é incomparable gloria”

Si te propusiesen quinientos años de vida felicísima á cambio de tres años de humillaciones y sacrificios, ¿no elegirías éstos por conseguir larga y dichosa existencia? Pues ¿con cuánta mayor razón deberemos constantemente preocuparnos de conseguir una dichosísima eternidad, aunque nos costase cien años de incesantes sacrificios! San Antonio Abad aconsejaba á sus discípulos que tuviesen siempre ante sus ojos los goces eternos del cielo y los eternos tormentos del infierno. San Luis Gonzaga, antes de emprender obra alguna, se preguntaba: “¿Qué tiene que ver esto con la eternidad?” O eternidad feliz, ó eternidad desdichada. Elige. ¿Qué debo hacer ó qué debo evitar yo en adelante, para conquistarme una feliz eternidad? *Afectos. Propósitos. Coloquios.*

DIA XV.

CONGREGACIONES PIADOSAS.

I. *Preludio.*—Imaginar nos que estamos oyendo á Cristo nuestro Señor recomendar al joven del Evangelio una vida más perfecta.

II. *Preludio.*—Pedir gracia al Señor, para conocer los grandes bienes que proporcionan al alma las congregaciones piadosas.

PUNTO I.

Las ventajas espirituales de las congregaciones.—

Son éstas un pequeño remedo de aquellas reuniones fervorosas de los primeros cristianos, en las cuales se oraba, se entonaban cánticos de alabanzas y acciones de gracias al Señor, oíase con respeto y docilidad la voz de los ministros del Santuario, y mutuamente se exhortaban en tiempos de persecución religiosa á la fidelidad y al martirio: . . . De las catacumbas y de los oratorios extendiéronse estas congregaciones á los desiertos, donde vivían como ángeles los solitarios y más adelante los monjes. Para gozar de los saludables frutos de estas edificantes reuniones, establecieronlas poco después en las ciudades cristianas fervorosas, á quienes los sagrados lazos del matrimonio y las obligaciones que los ligaban al siglo, impedían consagrarse á Dios en el desierto ó en los claustros. Así nacieron esas asociaciones, hermandades y cofradías tan conformes con el espíritu de la Iglesia, y tan útiles á la sociedad por

su generoso empeño en promover la piedad, la caridad, el amor al trabajo, las ciencias y las artes. . . .

Tales son los gremios parroquiales y las cofradías. . . . las congregaciones de la Santísima Virgen, asociaciones del Sagrado Corazón de Jesús, centros del Apostolado de la Oración, de la Guardia de Honor del Sagrado Corazón de Jesús, y tantas otras. En muchas de estas asociaciones hácese en común algunos ejercicios espirituales, meditaciones, lecturas y oportunas exhortaciones. . . . Recursos ingeniosísimos y eficaces, con que bajo nuevas formas busca con ansia nuestras almas el Corazón sacratísimo de Jesús! . . . Excitados y comprometidos en virtud de los estatutos, propios de cada asociación, á ser en adelante buenos y fervorosos; los fieles en ellas inscritos adelantan sobremedera en la práctica de la vida cristiana y en los caminos de la perfección evangélica. . . . Por esto decía San Alfonso María de Ligorio que en su larga carrera de misionero siempre había observado que en veinte fieles de los inscritos en alguna piadosa congregación, no había que lamentar tantos pecados, como en uno solo de los que no pertenecían á asociación alguna. . . . ¿Cuáles son las congregaciones en que yo estoy inscrito? . . . ¿Cumplo seriamente con sus estatutos y las obligaciones que en ella se imponen? . . . ¿Adelanto en el amor á la piedad y en la práctica de las virtudes cristianas y en la frecuencia de los santos sacramentos? . . . ¿Crece en mí de día en día el odio al pecado y á las vanidades del siglo, y el menosprecio de los respetos humanos? . . .

PUNTO II.

Fidelidad con que debo cumplir los deberes que me imponen las congregaciones.—Bien sabemos que ninguna de las prescripciones reglamentarias en estas congregaciones obliga bajo pecado, ni aun siquiera venial.... Pero no por eso debo dispensarme de cumplir con ellas; porque, tratándose de aprovechar seriamente en el camino de la salvación, preciso es desplegar mucha generosidad con Dios nuestro Señor y tener muy presente aquella saludable máxima del Espíritu Santo: "Todo cuanto pudieres hacer de bueno, hazlo sin perder tiempo; puesto que ni obra, ni pensamiento, ni sabiduría, ni ciencia ha lugar en el sepulcro, hacia el cual vas corriendo".....

Tal es el fin de las congregaciones..... tal es, felizmente, la práctica que en ellas se observa; y ya en el siglo XVIII, al hablar de los copiosos frutos de las congregaciones de la Santísima Virgen, decía en su "Bula de oro" el Pape Benedicto XIV: "Apenas se puede creer la saludable influencia, que estas piadosas asociaciones vienen ejerciendo en todas las clases de la sociedad. Los unos, caminando desde sus más tiernos años por la senda de la inocencia y de la piedad bajo la protección de la Bienaventurada Virgen María, han conservado hasta el fin una conducta irreprochable, mereciendo coronar su vida ejemplar con la gracia de la perseverancia final. Otros, arrancándose á las seducciones de los vicios que miserablemente los encadenaban y á las vías de iniquidad en que se hallaban enredados, vueltos al buen camino con los auxilios de la clementísima Madre de Dios,

emprendieron desde luego una vida de templanza, de justicia y de piedad. Otros muchos, en fin, gracias á la tierna devoción que en buen hora han concebido hacia la bendita Madre de Dios, llegando al más alto grado de divina caridad y abandonando con generoso corazón los falsos bienes y los placeres pecadores de este mundo, han ido á buscar en la vida religiosa un estado más santo y menos expuesto, y clavados, por decirlo así, á la cruz con Jesucristo, por medio de los tres votos de religión, se han aplicado del todo á trabajar en su propia perfección y en la salvación de los demás"..... Y en efecto, de una de las congregaciones de Italia salieron en menos de cuarenta años más de quinientos miembros para ingresar en diferentes institutos religiosos; el Director de una de las de Sicilia, vió entrar en diferentes noviciados á más de setecientos congregantes de la suya. Y felicísimos resultados de este género han marcado en diferentes épocas los sólidos progresos, que en la piedad y en el deseo de mayor perfección caracterizaron siempre el espíritu de las demás congregaciones diseminadas por todos los países..... Sacerdotes y magnates, magistrados y militares, artistas, sabios, comerciantes, todas las clases de la sociedad, caben en ellas.... Su objeto no se limita tan sólo á las prácticas de piedad; sino que se extiende á la enseñanza de la doctrina cristiana, fomento de la piedad, reconciliación de los enemigos, alivio de todas las necesidades temporales, defensa de los desvalidos y restablecimiento del orden y armonía en las familias..... El orgullo, encubierto á veces bajo capa de piedad y de celo, excita desavenencias

en el seno de las cofradías y asociaciones de piedad,.... y satisficése, después de haber sembrado excisiones, con el mezquino recurso de *borrar* su nombre del registro de inscripciones!.... ¡Espíritu de refinado egoísmo y de discordia!.... ¡Espíritu satánico, que brama con hipócritas pretextos, por deshacer las obras de Dios!.... ¡Qué espíritu es el mío en el seno de las congregaciones?.... ¡Busco la gloria de Dios,.... ó la satisfacción de mi amor propio?....

Afectos,.... Propósitos,.... Coloquios,....

DIA XVI.

PECADO VENIAL.

I. *Preludio*.—Imaginarme como aquel infeliz de la Parábola, que, yendo de Jerusalén á Jericó, cayó en manos de ladrones que le despojaron é hirieron.

II. *Preludio*.—Pedir al Señor gracia para conocer el estado de mi alma y la deformidad del pecado venial.

PUNTO I.

En qué consiste el pecado venial.—El pecado venial no nos priva de la gracia y amistad de Dios; pero disminuye el fervor de la caridad y merece pena temporal. Distingúense en él cuatro grados:

- 1) *Imperfección*, ú omisión de una obra buena; que fácilmente podemos hacer. En ella no hay verdadera culpa; por lo que no es en rigor pecado venial.
- 2) *pecado venial indeliberado*; tampoco es verda-

dero pecado, pues no hay advertencia ni consentimiento.

3) *Deliberado y con plena voluntad*, pero no habitual.

4) *Plenamente voluntario y por costumbre*.

Si los de primera y segundo grado no deben alarmarme, aunque sí hacerme cauto y diligente en el servicio de Dios; no así los del grado tercero y cuarto, pues cométese con plena advertencia y arguyen poco temor de Dios, especialmente el que se comete por hábito ó costumbre,.... ¡En qué faltas caigo yo de ordinario?

PUNTO II.

Deformidad del pecado venial.—El pecado venial que se comete con deliberación es en sí verdaderamente mal y ofensa de Dios nuestro Señor; pues es un desorden en la elección de los medios que tienden á nuestro último fin,.... No menosprecie, como el pecado mortal, la amistad de Dios; pero la descuida con actos que desagradian á Su divina Majestad,.... Aunque con un solo pecado venial, una mentira leve, por ejemplo, pudiéramos conseguir que saliesen del infierno todos los condenados, no podríamos nunca cometerla; porque jamás puede ser lícito ofender á Dios, ni aun levemente,.... Y ¡tantos pecados veniales como he cometido yo con plena deliberación, y advertencia!.... Murmuraciones,.... mentiras,.... familiaridades peligrosas,.... disipación,.... egoísmo!....

PUNTO III.

Daños que causa al alma el pecado venial.—1) Disminuye el fervor de la caridad en el servicio de Dios.

2) Nos priva de aquel amor de benevolencia, con que Dios trata á las almas fervorosas, como en otro tiempo Abraham, Tobias, etc.

3) Impide que consigamos del Señor muchas gracias actuales, con que podríamos crecer en perfección.....

4) Hace que el alma aparezca fea y deforme á los ojos de Dios, como un cuerpo herido,..... como Job cubierto de úlceras, como Lázaro lleno de llagas á la puerta del Epulon.....

5) Hay en el alma *lucro casante* de méritos, pues la priva de merecer mucho más.....

6) *Daño emergente*, ó verdadero perjuicio con la tibieza que en el divino servicio causa el pecado.

7) Peligro extraordinario de perder la gracia; puesto que el venial, privándonos poco á poco del temor de Dios, va disponiendo el alma al pecado mortal. Por eso dice el Espíritu Santo: "*Poco á poco se arruinará el que desprecia las cosas pequeñas*....."

¿De cuántos bienes he venido privándome yo con los muchos pecados veniales, que he cometido.....? Como debo evitarlos en adelante?.....

PUNTO IV.

Como evitaron los Santos el pecado venial.—San Juan Bautista, del cual decía el divino Salvador que "entre los nacidos de mujer no había habido nadie

mayor que él," para librarse de caer en algún pecado el más leve, huyó al desierto, y allí vivió la mayor parte de su vida..... *Santa Catalina de Sena*, por una respuesta inadvertida que dió á su confesor, lloró é hizo penitencia durante muchos días..... *Santa Cristina*, para evitar pecados en otros, castigábase con inauditos rigores..... Y ¿qué penitencias ó sacrificios me impongo yo por los pecados veniales que cometo?.....

PUNTO V.

Medios que debo poner en práctica, para evitar los pecados veniales.—Debo, ante todo:

1) Orar con frecuencia, con humildad y con fervor.....

2) Hacer diligentemente examen de mi conciencia.....

3) *Mortificarme*, y mucho más en cosas pequeñas; porque máxima sapientísima es aquella de que: "Tanto más aprovecharás en el espíritu, cuanto mayor sea la guerra que á ti mismo te hagas."

4) Evitar el mal ejemplo de las personas de conciencia poco delicada; porque no ha de tener en cuenta el Señor lo que otros han hecho, sino lo que hemos hecho nosotros: "Ejemplo os he dado, dice El, para que pensando lo que yo he hecho con vosotros, así lo hagáis vosotros también."

5) Extirpar *vanos pretextos*, como por ejemplo, que "el rigor perjudica á la salud." Bueno es atender á la salud del cuerpo; pero no á costa de la salvación del alma; más daña á ésta la tibieza.

6) Huir con invencible tesón de esa *contemperi-*

zación funestísima, hoy tan en boga, con las máximas peligrosas del siglo. Tal es la escandalosa facilidad con que se deja de oír Misa en los días de fiesta, y se profana con ciertos trabajos, compras y ventas esos santos días, que deben consagrarse á Dios. . . . La lectura de libros y periódicos, que, sólo por ser peligrosos, están prohibidos por ley natural. . . . La asistencia á teatros, en que de ordinario ó con frecuencia quedan mal parados el honor de Dios y la virtud. . . . El que á esos y otros espectáculos asistan muchos, no prueba que sean inocentes. . . . Porque muchos sean los que se condenan ¿has de tener el mal gusto de condenarte tú también?

Afectos. . . . Propósitos. . . . Coloquios. . . .

DÍA XVII.

LA DIVINA MISERICORDIA.

I. *Preludio*.—Imaginarnos que estamos viendo á Cristo nuestro Señor perdonando sus pecados á la Magdalena.

II. *Preludio*.—Pedir al Señor gracia, para conocer la benignidad de su amantísimo Corazón, y confiar en El y amarle cada día más.

PUNTO I.

La infusa misericordia de Dios en tiempo de la Ley antigua.—Aparecía el Señor en aquellos lejanos tiempos lleno de majestad, que hacia temblar á los hebreos en el Siná, y fulminar gravísimas amenazas

por boca de los profetas. Y, sin embargo, muéstrase con frecuencia como madre tiernísima, siempre propensa á la benignidad y al perdón. "Yo juro, dice por el profeta Ezequiel, que no quiera la muerte del impío, sino que se convierta de su mal proceder, y viva. Convertios, convertios de vuestros perversos caminos; y por qué habéis de morir, oh vosotros, los de la casa de Israel!"—Gravísimos fueron los dos pecados del rey David; y con todo, al recordarlos compungido en presencia de Natán, diciendo de lo íntimo de su corazón: "Pequé contra el Señor," el profeta, divinamente inspirado, le contesta: "El Señor, que ve tu arrepentimiento, te ha perdonado tu pecado." Por eso, el agradecido monarca cantaba en uno de sus Salmos esta amorosa misericordia: "Cantando me estará eternamente las misericordias del Señor." ¡Verdaderamente, las misericordias del Señor son grandes sobre todas sus obras. . . .!

PUNTO II.

La última misericordia en tiempo de la Ley de gracia.—Anúnciela ya el ángel al castísimo Patriarca José, al decirle: "Dará á luz (María) un hijo á quien pondrás por nombre Jesús; pues él es el que ha de salvar á su pueblo ó librarle de sus pecados."—Pues, si su nombre es de Salvador; todas sus palabras parecen rebosar también benignidad y misericordia: "Porque el Hijo del hombre ha venido á buscar, decía El, y á salvar lo que había perecido. . . .—Y ¡cuánta amabilidad y ternura no se desprende de aquellas parábolas preciosísimas que El predicaba, del buen

Pastor, del Publicano y del Hijo pródigo, y de su clemencia al perdonar á la Magdalena, á la mujer adúltera, á Zaqueo, á San Pedro y al buen Ladrón, á quien concede, en medio de sus dolorosas angustias, y en aquel mismo día los eternos goces del Paraíso! No es maravilla, cuando en sus divinas predicaciones habia dicho tantas veces á las turbas: "*Venid á mí todos los que andáis agobiados con trabajos, que yo os aliviaré!*" Pues ¿quién habrá, por grande pecador que sea, que pueda desconfiar de su infinita misericordia?

PUNTO III.

Yo mismo soy prueba harto expresiva de esta infinita misericordia. Con sólo recordar las ofensas que en distintas épocas he cometido contra mi Dios y Señor amantísimo, motivos de sobra tengo para exclamar con el Real Profeta: "*Es grande tu misericordia para conmigo, y has sacado mi alma del infierno profundo, librándome de caer en él!*" Y aun después de tantas ingratitudes mías, ¡con cuántas gracias no viene regalándome desde entonces este Señor amabilísimo! Razón tengo yo para exclamar diariamente con el Salmista: "*¡Ah, Si me olvidase yo de ti, Oh, Dios mío, entregado sea al olvido, seca quede mi mano derecha; pegada quede mi lengua al paladar, si no me acordase de ti!*" oh, Dios clemente y misericordiosísimo!

Afectos. . . . Propósitos. . . . Coloquios. . . .

DIA XVIII.

EL REINO DE CRISTO.

I. *Preludio.*—Imaginaros ver á Cristo nuestro Señor predicando por los pueblos de la Judea y de la Galilea.

II. *Preludio.*—Pedir al Señor gracia para conocer intimamente, seguir y amar á Cristo, nuestro divino Rey.

PUNTO I.

Un Rey generoso y amabilísimo busca soldados que le sigan.—Hay un rey, elegido por el mismo Dios, como en otro tiempo David, para gobernar un gran pueblo. Este Rey, valeroso, nobilísimo y amable, reúne en sí todas las brillantes cualidades que han ennoblecido en todas las épocas á los más famosos monarcas del universo. En sabiduría supera á Salomón; en ánimo esforzado y heroico, á David y San Fernando; en delicadeza de conciencia y resignación, á San Luis; en celo por la gloria de Dios, á San Esteban, Carlo Magno y Felipe II. Es de aspecto agraciado y majestuoso, grande en sus empresas, magnánimo en arrollar y vencer todo género de dificultades, padre de sus vasallos y benigno y afable con todos. . . .

Este gran Rey, cuyas amables dotes describe en su libro de los Ejercicios espirituales San Ignacio de Loyola, no es otro que Cristo nuestro Señor, verdadero Hijo de Dios, la segunda Persona de la Santísima Trinidad, el Verbo divino que, por salvar nues-

tras almas, vino á vestirse de nuestra humana naturaleza en el seno virginal de María, verdadero Dios y verdadero Hombre. . . . Como Rey fué ya adorado por los Magos, días después de su nacimiento; los cuales, después de haber entrado en Jerusalén preguntando por este divino Niño, que ya en la cuna era Rey de los judíos, fueron á rendirle en Belén humilde tributo de vasallaje, amor y adoración. . . . Es Rey eterno, no mortal y caduco como los demás; porque "Jesucristo, como observa el Apóstol, el mismo que ayer, es hoy; y lo será por los siglos de los siglos. . . . Rey universal, por más que haya quien se niegue á reconocerle; y día vendrá en que ante este Rey de reyes y Señor de los que dominan se reñan todas las generaciones, y "al nombre de Jesús se doblará toda rodilla en el cielo, en la tierra y en el infierno". . . .

Es Rey el más excelso y el más excelso entre los reyes de la tierra." De su belleza dice el Espíritu Santo que es "el más gentil en hermosura entre los hijos de los hombres, y en sus labios se ve derramada encantadora gracia". . . . De su majestad basta decir que "es el resplandor de la gloria del Padre y vivo retrato de su sustancia" ó persona. En El "están encerrados todos los tesoros de la sabiduría y de la ciencia". . . . del poder, de la inteligencia, de la santidad.

Es Rey tan benéfico y amable, que "me amó, y se entregó á sí mismo á la muerte por mí. . . . Rey tan benéfico, que "no está lejos de cada uno de nosotros," sino que con nosotros habita por el grande amor que nos tiene: "sus delicias son estar con los hijos de los hombres."

Es legítimo Rey, por razón de la herencia y dona-

ción que ha recibido del Padre. "Yo, dice El, he sido por El, constituido Rey sobre Sión, su santo monte. . . . A mí me ha dicho el Señor: Tú eres mi hijo: Yo te engendré hoy. Pídemle, y te daré las naciones en herencia tuya, y extenderé tu dominio hasta los extremos de la tierra". . . . Es nuestro Rey por título de redención, pues resultamos de nuevo posesión suya, por cuanto por El hemos sido rescatados. . . . Rey nuestro es, además, por título de elección, porque como á Rey y guía amantísimo le hemos profesado en el bautismo. . . . Y que es Rey, El mismo se dignó confesarlo á Pilatos, al contestarlo: "Así es como lo dices; yo soy rey". . . . ¿Qué Rey tan majestuoso y tan amable. . . . ¿Le reconozco yo en todas mis obras como mi verdadero y dulcísimo Rey? . . .

Pues este Rey generosísimo reúne un día á sus capitanes y soldados; y les dice: Sabéis que un tirano se ha atrevido á invadir y devastar una de las provincias de mi imperio; yo me he propuesto ir á desalojarle de ella, vengarle y dar libertad á nuestros compatriotas. Los que de vosotros quisieran acompañarme, vengan conmigo, y síganme. No creo que pretendáis ser de mejor condición que vuestro Rey, y espero que os contentaréis con el alimento y el vestido que yo tenga. Trabajaréis conmigo de día, y velaréis de noche, y juntos pelearemos con fortaleza. Ninguno de vosotros morirá, á no ser que vuelva la espalda al enemigo; podréis ser heridos, pero de vuestras heridas fácilmente sanaréis. No temáis que se prolongue la guerra; en breve será vencido el tirano, y á mi regreso distribuiré abundantes premios á mis guerreros. A unos los constituiré por gover-

nadores de una ciudad; á otros, de dos; á otros de cinco, á cada uno según sus méritos. El que menor premio obtenga, será nombrado príncipe". . . . — ¡Qué Rey tan generoso y digno de incondicional adhesión. . . .!

PUNTO II.

Adhesión, que todos debemos mostrar á tan buen Rey.
—El pueblo, que gobierna este Rey, es todo el mundo, y todas las generaciones, desde Adán hasta el último de sus descendientes. . . . El Rey es nuestro amabilísimo Jesús, El tirano, que ha ocupado, no una provincia tan sólo, sino todo el imperio, es el demonio, y también el pecado. . . . La campaña, que resuelve emprender este gran Rey, es la grande obra de alejar de nosotros el pecado. . . . Las condiciones que se imponen á los seguidores de tan gran Rey, son los mandamientos de la ley de Dios, los preceptos de la Iglesia y toda la doctrina del Evangelio. Los guerreros más valerosos en esta campaña, son aquellos fieles ferrosísimos que quieran distinguirse en trabajar por la santificación propia y la salvación de los demás. . . .

¿Qué debemos contestar á las razonables y ventajosas propuestas de tan grande y nobilísimo Rey? . . . Sin duda que toda persona sensata y agradecida considerará justo y honroso afiliarse bajo sus banderas y militar á sus órdenes. . . . Roban nuestro afecto las virtudes y la amabilidad de algunos hombres distinguidos, de quienes nos hablan con elogio las historias. . . . Constantino y sus hijos, que se encomendaban con empeño á las oraciones de San

Antonio Abad, y se tenían por honrados con recibir cartas suyas; . . . el Emperador Máximo y su esposa, que por devoción á San Martín, no querían tomar vino, si antes no lo había gustado el santo Obispo; . . . el Papa y algunos cardenales, que se consideraban felices con sentar alguna vez á su mesa á San Francisco de Asís ó á Santo Domingo de Guzmán. . . . Y es, que los hombres virtuosos son, de una manera especial, imagen de Dios nuestro Señor, como lo entendían los fieles de Listria, al exclamar, viendo entre ellos hacer maravillas á San Pablo y San Bernabé: "*dioses son estos que han bajado á nosotros en figura de hombres*". . . .

Cuando huyendo del rebelde Absalón, salía David de Jerusalén descalzo y descubierto, vió entre los guerreros fieles que le seguían, al fiel getéo Etai, que el día anterior había entrado á su servicio; y conmovido ante este rasgo de extraordinaria lealtad, le invitó á volverse á la capital, para que pudiese recibir mercedes del nuevo rey; pero Etai le contestó: "*¡Vive Dios, y vive el rey mi Señor! que quiera que tú, oh Rey y señor mio, estuyeres, ó para vivir, ó para morir, allí estará tu siervo*". . . . Cuando los japoneses supieron que San Francisco Javier había ido desde Europa, á través de tantas penalidades, á visitar aquel lejano país para salvar sus almas, admirábanse en gran manera, y seguíanle gozosos con mucho respeto y entusiasmo. . . . Elestión, compañero de Alejandro Magno, de tal manera procuraba seguirle y complacerle, que hasta tenía á honra el llevar torcida la cabeza, por imitar en algo al invicto macedonio. . . . Los polacos en la batalla de Leipsik arros-

traban animosos toda clase de peligros, y muchos de ellos morían exclamando: "¡Viva el Emperador!"..... Ann la inhumana Isabel de Inglaterra llegó á tener entusiastas admiradores: y entre otros, Walter Raleigh tenía á gala el tender su capa sobre el fodo, para que sobre ella pasase aquella Reina de tristes recuerdos.....

Si, pues, en este mundo han tenido fieles y entusiastas seguidores los buenos, y aun algunos malos; ¿no será razón que, pecho por tierra, sigamos á nuestro divino Rey, Cristo Jesús, en las luchas que diariamente se nos ofrecen para huir el pecado y practicar la virtud?..... Y ¿á quién he seguido yo hasta hoy?..... ¿A quién, y hasta qué punto resuelvo seguir en adelante?.....

PUNTO III.

Los buenos soldados de este divino Rey debemos distinguirnos en su servicio.—Señaladísimas pruebas de amor, son las que El nos dió descendiendo de los cielos por salvar nuestras almas..... Y su vida santísima sobre la tierra fué vida de penalidades, de abnegación y de sacrificio por amor nuestro... Así que, entretantos que ingratos no correspondieron á sus beneficios, muchos habia que no podían resistir á la irresistible y divina influencia que ejercía sobre los corazones..... Por su oculta divinidad y su bondad sin precedente y encantadora, atrajo hacia sí á los pastores, á los Magos, á los discípulos, á la Samaritana, á la Magdalena..... por su liberalidad, al pueblo, que se disponia á hacerle Rey; por su sa-

biduria, á los soldados enviados por los fariseos para prenderle; por su conversacion, á Zaqueo; por su paciencia, al buen ladrón..... ¿Qué debo hacer yo, para seguirle, señalándome más que otros en su servicio?.....

Me ofreceré á El, no sólo para seguirle en la observancia de su santa ley, sino para imitarle en los caminos que incesantemente ha recorrido de tribulación y de sacrificio..... Y le diré con todo mi corazón: "Eterno Dios y Señor de todas las cosas: con vuestro favor y gracia, ante vuestra infinita Majestad, vuestra Madre Santísima y todos los santos de la corte celestial, declaro que quiero y deseo y es mi determinación deliberada, en cuanto sea compatible con vuestro mayor servicio y alabanza, imitaros en sufrir toda clase de injurias y vituperios, y no sólo la pobreza de espíritu, sino también pobreza actual, si vuestra divina Majestad se digna elegirme para padecer algo por su gloria....."

Afectos..... Propósitos..... Coloquios.....

DIA XIX.

EL CASTÍSIMO PATRIARCA SEÑOR SAN JOSÉ.

I. *Preludio*.—Imaginarnos que contemplamos á Señor San José en compañía de la Santísima Virgen y del divino Niño Jesús.

II. *Preludio*.—Pedit al Señor gracia, para conocer algo de la grandeza de Señor San José, y tenerle especial devoción.

traban animosos toda clase de peligros, y muchos de ellos morían exclamando: "¡Viva el Emperador!"..... Ann la inhumana Isabel de Inglaterra llegó á tener entusiastas admiradores: y entre otros, Walter Raleigh tenía á gala el tender su capa sobre el fodo, para que sobre ella pasase aquella Reina de tristes recuerdos.....

Si, pues, en este mundo han tenido fieles y entusiastas seguidores los buenos, y aun algunos malos; ¿no será razón que, pecho por tierra, sigamos á nuestro divino Rey, Cristo Jesús, en las luchas que diariamente se nos ofrecen para huir el pecado y practicar la virtud?..... Y ¿á quién he seguido yo hasta hoy?..... ¿A quién, y hasta qué punto resuelvo seguir en adelante?.....

PUNTO III.

Los buenos soldados de este divino Rey debemos distinguirnos en su servicio.—Señaladísimas pruebas de amor, son las que El nos dió descendiendo de los cielos por salvar nuestras almas..... Y su vida santísima sobre la tierra fué vida de penalidades, de abnegación y de sacrificio por amor nuestro... Así que, entretantos que ingratos no correspondieron á sus beneficios, muchos habia que no podían resistir á la irresistible y divina influencia que ejercía sobre los corazones..... Por su oculta divinidad y su bondad sin precedente y encantadora, atrajo hacia sí á los pastores, á los Magos, á los discípulos, á la Samaritana, á la Magdalena..... por su liberalidad, al pueblo, que se disponia á hacerle Rey; por su sa-

biduria, á los soldados enviados por los fariseos para prenderle; por su conversacion, á Zaqueo; por su paciencia, al buen ladrón..... ¿Qué debo hacer yo, para seguirle, señalándome más que otros en su servicio?.....

Me ofreceré á El, no sólo para seguirle en la observancia de su santa ley, sino para imitarle en los caminos que incesantemente ha recorrido de tribulación y de sacrificio..... Y le diré con todo mi corazón: "Eterno Dios y Señor de todas las cosas: con vuestro favor y gracia, ante vuestra infinita Majestad, vuestra Madre Santísima y todos los santos de la corte celestial, declaro que quiero y deseo y es mi determinación deliberada, en cuanto sea compatible con vuestro mayor servicio y alabanza, imitaros en sufrir toda clase de injurias y vituperios, y no sólo la pobreza de espíritu, sino también pobreza actual, si vuestra divina Majestad se digna elegirme para padecer algo por su gloria.....

Afectos..... Propósitos..... Coloquios.....

DIA XIX.

EL CASTÍSIMO PATRIARCA SEÑOR SAN JOSÉ.

I. *Preludio*.—Imaginarnos que contemplamos á Señor San José en compañía de la Santísima Virgen y del divino Niño Jesús.

II. *Preludio*.—Pedit al Señor gracia, para conocer algo de la grandeza de Señor San José, y tenerle especial devoción.

PUNTO I.

Grandeza de Señor San José.—Para concebir de ella alguna idea, bástame recordar que era Esposo purísimo de María y Padre legal de Jesús.
Esposo de María. ¡Virgen fué siempre el justo José, en aquel tiempo en que la virginidad no sólo tenía por enemigo al vicio, sino aún en cierto modo, á la misma virtud; puesto que, deseando todos que de su familia naciese el Mesías por tanto tiempo esperado, no se resignaban á renunciar á esta honra, negándose á tener herederos. . . . Si alguno llegaba á tal grado de abnegación que á esta gloria renunciase, no era ciertamente haciendo voto de virginidad. . . . Tales rasgos de heroísmo estaban sólo reservados á la pureza sin igual de María y á la de José. . . . Pero ¡qué dichosa y privilegiada fué en José esta hermosa virtud! . . . La gloria del Eterno Padre cifrase en serlo de un Hijo Dios por purísima generación, y esta gloria se dignó comunicarla proporcionalmente á María, siempre virgen y Madre purísima de Dios. . . . José, sin dejar de ser virgen, mereció también ser llamado Padre legal ó putativo del divino Jesús, porque María era su virginal Esposa, y ante las leyes humanas tenía que aparecer como Hijo de José el que, por obra del Espíritu Santo, lo fué de María. . . . La fuente que brota en un jardín, al dueño del jardín pertenece. . . . Para esta dicha tan singular de José, le preparó anticipadamente el Espíritu Santo, descendiendo sobre estos dos purísimos esposos, en el día de sus desposorios, en figura de paloma, símbolo de la inocencia de am-

bos, que mereció, sin duda, en María esa sobrenatural fecundidad, que envidiarían si envidiar pudiesen los mismos serafines. María era verdadera Esposa de José, y con éste comparte sus incomparables glorias. . . . Lloraba una mujer espartana la muerte de su hijo, que peleando en defensa de la patria, á todos había asombrado por su heroísmo: consolábanla muchas de sus amigas con el recuerdo de las memorables proezas de su hijo, y ella respondía con visible satisfacción: “¡Era mio! ¡Era hijo mio!” También José pudiera pronunciar con santo júbilo estas palabras, al recordar las singularísimas glorias de María. . . . Al considerar que la pureza y hermosura de su inmaculada Esposa llegaron á herir de amor purísimo el Corazón del mismo Dios, razón tiene para exclamar con dulcísimo consuelo y entrañable gratitud: “¡Mía es esta Virgen bellísima y santa sobre la santidad y pureza de todas las criaturas! ¡Es mi castísima y virginal Esposa!” ¡Cuánta grandeza en una criatura! ¡Llegar á ser purísimo Esposo de la Esposa inmaculada del mismo Dios.!

II. *¡Padre legal ó putativo de Jesús!*—A primera vista pudiéramos pensar si el ser tan sólo Padre legal del divino Jesús disminuye de algún modo la gloria de José. Pero, no; porque esto mismo nos dice que fué elegido para tan alta dignidad. . . . Si nosotros hubiésemos podido elegir padres que nos diesen el ser que hoy tenemos, elegiríamos, sin duda, los más dignos que pudiéramos encontrar sobre la tierra. Esto ha hecho Dios nuestro Señor, al elegir en José un padre legal para el Verbo divino

hecho Hombre..... Glorioso es para este santo Patriarca el que el Señor á nadie más que á él, háya querido honrar nunca con el título de Padre suyo.... A alguno, como á Moisés, se dignó engrandecer un día, dándole el título de "dios de Faraón". A los ángeles y á los santos los ha llamado también alguna vez pequeños dioses..... Pero Padre de Dios, aunque Padre legal, á nadie ha permitido lo llamasen nunca, más que á José..... Y lo más admirable es, que, como si hubiese querido Su divina Majestad que nunca apareciese como disputable ó de algún modo controvertible este glorioso título; El mismo no se resolvió á llamar públicamente Hijo suyo al divino Verbo ni en el Jordán, ni en el Tabor, sino después que había muerto entre celestiales deliquios de purísimo amor el castísimo Patriarca Señor San José.....

Y si Jesús, mientras vivió sobre la tierra, estuvo siempre sujeto á su purísima Madre y á Señor San José, ¿quién podrá calcular el poder de que gozará en el cielo nuestro glorioso Patriarca, como Esposo castísimo de María y Padre putativo de Jesús.....?

PUNTO II.

Poderoso patrocinio de Señor San José.—El poder de que goza en el cielo, es proporcionado al amor de que en la tierra le han dado tantas pruebas el divino Jesús y su purísima Madre..... Cuando el Señor instruyó á Moisés acerca de la calidad, forma y dimensiones que había de tener el propiciatorio, le mandó que éste fuese de oro purísimo y que sobre él, mirándose el uno al otro y con las alas extendi-

das, estuviesen colocados dos querubines. Estos representaban, como dicen algunos Santos Padres, á María y á José en actitud de emplear su protección en favor de los hombres; y el propiciatorio á Cristo nuestro Señor, de quien dice el Espíritu Santo que "es la víctima de propiciación por nuestros pecados, y no tan sólo por los nuestros, sino también por los de todo el mundo".....

Admiramos con razón el poder, que el Señor concedió un día á Josué, para que á su vez se detuviesen en su carrera el Sol y la Luna..... Pero ¡cuánto mayor no apareció sobre la tierra el poder de nuestro gran Patriarca Señor San José, al verse tantos años obedecido por el divino Sol de Justicia, Cristo Jesús, y por la Santísima Virgen, luna de gracia y de bondad.....! Magnífica fué la recompensa con que el Rey Asuero quiso premiar la fidelidad de Mardoqueo, mandando que con triunfo tan espléndido le condujese por las calles de la capital de la monarquía el poderoso Amán, diciendo en alta voz: "Así se honra al que el rey quiere honrar." Tales honores mereció Mardoqueo, por haber librado al Rey de una conjuración tramada para quitarle la vida..... Más que Mardoqueo hizo en favor del divino Jesús nuestro fidelísimo Patriarca, librándole en su niñez del furor de Herodes.....! ¡Cuán poderosa no será la influencia de que hoy goza en el cielo en favor de sus devotos.....! ¡Procuró yo con todo el empeño posible honrarle con piadosos obsequios y una vida de todo cristiana, para hacérmelo propicio, en especial para la hora de mi muerte.....?

Afectos..... Propósitos..... Coloquios.....

DIA XX.

NACIMIENTO DE JESÚS.

I. *Preámbulo*.—Imaginarlos rindiendo tiernísima adoración al divino Niño Jesús, reclinado en el pesebre, en la cueva de Belén.

II. *Preámbulo*.—Pedir al Señor conocimiento íntimo del Niño Jesús, para que, conociéndole, le ame, y, amándole, le imite.

PUNTO I.

Obediencia del divino Niño, aun en el seno virginal de María.—Era llegada la época, en que había de nacer al mundo el Descendido de las gentes..... el Mesías prometido..... el divino Verbo, encarnado por nuestro amor en el seno purísimo de una Virgen immaculada. Y El, que ya en su Encarnación nos dio lecciones de sublime abajamiento, descendiendo del cielo a la tierra, ahora quiere continuarlas, mostrándose obedientísimo y amante de la humildad y de la pobreza. Publicase un edicto del emperador Augusto, por el cual se manda a todos sus vasallos que vayan a empadronarse al lugar de su nacimiento. María y José viven en Nazaret; y es preciso que José, que desciende de la familia de David, vaya en cumplimiento del edicto a Belén..... María, próxima ya á su purísimo alumbramiento, le acompaña. por la llanura de Esdrelon, expuesta á las copiosas lluvias tan prolongadas y frecuentes durante el invierno..... por las peñascosas colinas de la Judea.....! desprovista de toda clase de ele-

mentos de comodidad, aunque modestísimamente sentada sobre una pólina y seguida de una humilde sirvienta..... En su seno purísimo alberga al Dios humanado, que por su inmensidad no cabe en los cielos, ni en la tierra.....! Es un emperador pagano el que ha publicado el edicto de universal empadronamiento;..... y aunque el divino Jesús no está obligado á cumplir con aquel mandato, obedece con su purísima Madre aun antes de nacer.....! Y yo, sujeto á las leyes de Dios..... de la familia..... de la sociedad..... obedezco por completo..... prontamente..... y con gusto.....?

PUNTO II.

Nace el divino Jesús en Belén.—Llegada á Belén la sagrada Familia, busca José con toda diligencia algún hospedaje; y con ser natural de aquella ciudad, y descendiente de tan distinguida familia, no le encuentra..... "Vino á los suyos el divino Jesús; y los suyos no han querido recibirle"..... José y María vense precisados á refugiarse en una cueva próxima á la ciudad.....! Y llegada la hora, "cuando un tranquilo silencio ocupaba todas las cosas, y la noche, siguiendo su curso, se hallaba en la mitad del camino, tu omnipotente palabra, oh, Señor, desde el cielo, desde tu real solio, saltó de repente en medio de la tierra"..... María, sin el más leve detrimento de su perpetua virginidad, dió á luz al Hijo de Dios, hecho hombre.....! ¡Cuáles serían sus primeras adoraciones..... de ternura..... de amor.....! Llegó después el castísimo José, y le rindió desde luego,

poseído de admiración y de gozo, sus primeros homenajes de rendimiento, amor y gratitud!.....
 ¡En qué estado de abandono y de pobreza nace el amabilísimo Jesús.....! Pero ¡cuán amable se aparece á mis ojos y á mi corazón, á medida que le veo más humillado y abatido por mi amor.....! Viene pobre y desconocido, porque no quiere que nos arrebate su grandeza..... ansia que nos acerquemos á El.....! Como en otro tiempo Moisés, cubre con el pobre velo de nuestra carne su divina cabeza, para que nos aproximemos á oír la publicación de una nueva ley..... de gracia, y de amor..... desea hacerse amar por la observancia de las admirables lecciones que viene á enseñarnos..... Es nuestro guía para la vida eterna; y apartése el primero en atacar los mortales enemigos del orgullo y de la soberbia..... Viene á redimirnos con su Pasión; y con ésta no podrían conciliarse la majestad y riqueza en su nacimiento..... Nace en pueblo extraño, y fuera de la pobre casa de su Madre purísima..... Por regia cámara tiene una cueva; por trono, un pesebre.....! Las zorras y los pájaros tienen sus madrigueras y sus nidos; el Hijo de Dios, hecho Hombre, no tiene dónde reclinar su cabeza.....! Y ¡yo busco con tanta ansia comodidades y riquezas.....!

¡Qué humildad.....! Humíllase, hasta hacerse vasallo de un emperador idólatra..... Espéralo anhelante la tierra, repitiendo la secular aspiración de todas las generaciones: "*Oh, si rasgaras los cielos, y descendieses! A tu presencia se derretirían como cera los montes!*" Y, sin embargo, quiere ser tratado como

desconocido, y que le rechacen los de su misma patria.....! Oscurece el brillo de su nacimiento, apareciendo como hijo de un pobre carpintero.....! Oculta su divinidad, y aun su Humanidad sacratísima la expone á las inclemencias de la estación, á los rigores de la pobreza y á la debilidad de la infancia.....! Y ¡yo, que quisiera aparecer y ser tenido por grande.....!

Viene al mundo, para regenerarle con su gracia, y apenas encuentra en él adoradores.....! Al contemplarle tiritando de frío en el pesebre, ¡le acocjo yo siquiera en lo más íntimo de mi corazón, tributándole expresivas alabanzas y homenaje de sincero y fierísimo amor.....! Pero ¡ay! que en ese corazón se niega tímidamente á entrar el divino Niño.....! Hay allí enemigos que pudieran hacerle llorar, y obligarle á huir.....! La soberbia,.... el odio,.... la sensualidad.....! ¡Ah! prefiere á corazones tales la pobre cueva á que le ha relegado su ardiente amor al hombre..... El buey y la pollina, calentándole humildes con su vaho, prestándole más precioso obsequio, que los hombres carnales y soberbios.....! Y yo ¡qué digo, qué ofrezco á mi divino Salvador, venido á la tierra por mí.....?

Afectos..... Propósitos..... Coloquios.....

DIA XXI.

HUIDA Á EGIPTO.

I. *Preliudio.*—Imaginarnos al divino Jesús en los brazos purísimos de María, que huye á Egipto, acompañada de Señor San José.

II. *Preliudio.*—Pedir al Señor conocimiento íntimo del Niño Jesús, para que, conociéndole, le ame, y amándole, le unte.

PUNTO I.

Aparece el ángel á José, y le manda que con el divino Niño y su Madre purísima haya á Egipto.—Habiendo sabido por los Magos el tirano Herodes que habia nacido ya el verdadero y legítimo Rey de los judíos, y resultando inútiles todos los esfuerzos que hizo para descubrirle y matarle, mandó degollar á todos los niños de aquel país, desde la más tierna edad hasta la de dos años, con el fin de que entre ellos pereciese el destinado al trono de la Judea.... A tal grado de injusticia y de inhumanidad llevan á veces al hombre el ansia insensata de figurar y las pasiones no con tiempo reprimidas.... No vacila Herodes en pretender contrariar los designios del mismo Dios; puesto que se trata de los elevados destinos de un Niño, cuyo nacimiento anunciaba la milagrosa estrella.... ¿Qué pasiones van brotando atrevidas en mi corazón....? ¿Qué hago para extirparlas....? Pero no tema el infeliz tirano; que no viene el divino Jesús á escalar tronos, ni á pretender humano encumbramiento ni abriantadas mi-

serias.... Al contrario, viene á brindarnos con reinos celestiales; por medio de una vida de constantes sacrificios que brindan al alma copiosas avenidas de dulcísima paz....

Aparecese el ángel á José, y le dice: *Levántate, toma al Niño y á su Madre, y huye á Egipto*.... No le dice esto á María, aunque es la más digna, después de Jesús; porque el Jefe de aquella santa Familia era José.... Yo debo respetar á Dios en los superiores de mi casa.... no debo usurpar sus atribuciones, ni presumir gobernar sin tener para ello derecho.... Esos frecuentes desórdenes de que sean muchos los que manden en una misma familia, introduce en ella la confusión y la discordia.... En las discordias no se encuentra á Dios....

PUNTO II.

José huye á Egipto con el divino Niño y su purísima Madre.—José no hace observaciones al ángel, sino que avisa inmediatamente á María, y emprenden la fuga.... Pudiera pensar el castísimo Patriarca: "¿Cómo!.... Hay que salvar á Jesús!.... Pues ¿no es El el que viene á salvarnos á todos....? Y á Egipto, donde á los hebreos nos tratan con tan duras prevenciones y tanto desprecio!.... Por que no al país de los Magos, que tanto se interesan por el divino Niño?".... Ninguna de estas reflexiones hace José.... Cuando se trata de llevar á cabo las inspiraciones ó providencias de Dios, no debe ocurrirnos otra idea que la de ejecutarlas cuanto antes y con la posible perfección.... José no muestra

resentimiento contra Herodes, no piensa en los resultados de aquella empresa. . . . Está persuadido de que los esfuerzos debemos hacerlos nosotros, con la divina gracia, sin preocuparnos del éxito. . . . ; Los resultados son de Dios. . . . ! Si para guiar al joven Tobías se prestó con tan amorosa diligencia el arcángel San Rafael, pudiera esperar José que para guiar al mismo Dios humanado y á la excelsa Reina de los ángeles, se apareciese visiblemente alguno de los espíritus celestiales; . . . pero ni esto piensa si quiera. Su fe vivísima le dice que donde está Dios está toda la corte del Empireo, y esto le basta. . . . ; Qué fe tan viva la de este santo Patriarca! . . . Y en María ¡qué docilidad, qué abnegación, qué amorosísimo abandono en la divina Providencia! . . . Y yo. . . ¿cómo cumplo con la divina voluntad en los sucesos prósperos. . . . ? ¿Cómo me resigno en los adversos! . . . ¿Con qué prontitud y delicadeza de conciencia correspondo á las divinas inspiraciones. . . . ?

PUNTO III.

La sagrada Familia permanece en Egipto hasta la muerte de Herodes.—Habíale dicho el ángel á José, al mandarle huir á Egipto: "Y estate allí hasta que yo te avise." Así lo hizo el santo Patriarca, sin preocuparse del tiempo que había de transcurrir, conociendo muy bien que debemos "descargar en el seno amoroso de nuestro Dios todas nuestras solicitudes, pues El tiene cuidado de nosotros." ¿Confío yo en la paternal providencia del Señor, sin anticiparme con insensatos deseos á sus soberanos designios. . . . ?

Afectos. . . . Propósitos. . . . Coloquios. . . .

DIA XXII.

LA VIDA PRIVADA DE CRISTO NUESTRO SEÑOR.

I. *Preludio.*—Imaginarnos que le estamos viendo trabajar en su humilde oficio de carpintero en el taller de Nazaret.

II. *Preludio.*—Pedir al Señor conocimiento íntimo del divino Jesús, para que, conociéndole, le ame, y, amándole, le imite.

PUNTO I.

Estaba sujeto á sus padres.—Nunca podremos admirar bastante esta profundísima humildad, esta inconcebible obediencia de Cristo nuestro Señor. Siendo Dios, obedece á sus creaturas. . . . Sapientísimo como es, déjase gobernar en todo, sin manifestar jamás su propio juicio. . . . En esta sumisión completa pasa en Nazaret veintitrés años. . . . A esa edad, los jóvenes tienen por lo común bastante entrenaado ya el hábito, ó al menos, los deseos de independencia. . . . y merced á ella son fácilmente seducidos. . . . Sometiase el divino Jesús, obedeciendo aun en las cosas más humildes. . . . El pediría con empeño á la Santísima Virgen y á Señor San José, que le mandasen en muchas cosas, en que nosotros encontramos más repugnancia. . . . ¿Esta es la sumisión, con que siempre estoy pendiente yo de la voluntad de mis padres y superiores. . . . ? ¿sobre todo, de la santísima voluntad de Dios, en todos los acontecimientos de mi vida. . . . ?

PUNTO II.

Adelantaba Jesús en sabiduría, en edad y en gracia delante de Dios y delante de los hombres.—No frecuentaba las escuelas, y bien sabemos que no le eran necesarias á la increada Sabiduría las enseñanzas de los hombres. Meditaba lo que más tarde habla de enseñar para admiración y provecho de los hombres. Como el sol, que oculto cuando brilla la aurora, va después aumentando poco á poco su claridad, así el divino Jesús comenzó á iluminar, aun en el seno materno, á su Madre purísima, á José, Zacarías, Juan é Isabel; después, á los pastores, á los Magos, al anciano Simeón y á Ana la profetisa. más tarde, á los Doctores de Jerusalén; á los treinta años, á todo el mundo, hasta que en su Pasión dolorosísima hundióse por breve tiempo en el ocaso. Ante la infinita Sabiduría, que no se desdena de ir apareciendo é iluminando por grados, ¡qué repugnante se muestra la presunción de los que con tan poco fundamento se imaginan sabios. . . . ! *Mientras que se jactaban de sabios, dice de ellos el Apóstol; pararon en ser unos necios.* No hay más sobria y saludable sabiduría, que atender á la salvación del alma, cumpliendo en todo la voluntad de Dios. ¿Cuál es la sabiduría á que yo aspiro? Adelantaba el divino Jesús en edad, aprovechando en la oración y en el trabajo los días que iban transcurriendo. Sin duda, que también nosotros adelantamos en edad. Hoy somos *más viejos* que ayer. pero ¿aprovechamos los días que pasan, de manera que se pueda decir de nosotros que á la

hora presente somos *más santos* que ayer? La edad importa poco; porque viejos hay, que son niños por su falta de juicio en perder tiempo en bagatelas y exponer un día y otro día la salvación de su alma. . . . ! Lo que importa es que nuestros días sean llenos de méritos y de virtudes.

Aprovechaba Cristo nuestro Señor en sabiduría, en edad y en gracia delante de Dios y delante de los hombres. En la oración y en todo género de buenas obras ¡cuánto crecían sus gracias y sus méritos. . . . ! Y ¡cuánto pudiera crecer también en mí la gracia, si me aprovechase con empeño de las que diariamente me concede Dios nuestro Señor. ! No menos amable era, sin duda, á los ojos del Padre celestial Cristo nuestro Bien, en el taller de Nazaret, que sobre la cumbre del Tabor, cuando rasgándose los cielos, oyóse la voz majestuosa del Eterno que manifestaba tener en El todas sus complacencias. . . . ! ¿Qué cuenta daré yo al Señor de los tesoros de gracias con que en distintas épocas se ha dignado enriquecerme. ? ¿Cómo correspondo yo ahora á estos preciosos auxilios. ?

PUNTO III.

Ejercía el divino Jesús en Nazaret el oficio de carpintero.—Siendo tan grande como era, no se desdenó de aprender un oficio humilde y trabajar en él. . . . para enseñarnos la obligación que tienen los hijos de trabajar, ayudando á sus padres. para instruirnos con su soberano ejemplo acerca de la premian-te necesidad de huir constantemente del ocio, del

cual brotan todos los vicios,..... para advertirnos que estamos obligados á cumplir con la divina ley del trabajo, impuesta ya á raíz de la creación á nuestros primeros padres: "*Comerás el pan, mediante el sudor de tu rostro*"..... Para excitarnos á que practiquemos constantemente actos de humildad, ejercitase en trabajos mecánicos, que parecían tan indignos de la alteza de su estirpe,..... Y perfeccionaba el trabajo, uniendo á él incesantemente la oración. . . .
 ¿ Cuáles son mis obligaciones,.....? ¿ Desdeño por ventura el trabajo, desconociendo la ley á que debo someterme,.....? ¿ Siento en mí esa insensata manía de pretender sobreponerme á los demás, aspirando desordenadamente á ocupaciones lustrosas,.... cómodas,.... ó lucrativas?.....

Afectos,.... Propósitos,.... Coloquios,....

DÍA XXIII.

EL SANTÍSIMO SACRAMENTO DEL ALTAR.

I. *Preludio*.—Imaginarnos que estamos viendo al divino Jesús en la sagrada Cena, instituyendo este augusto Sacramento.

II. *Preludio*.—Pedir al Señor la gracia de conocer la grandeza de su amor en este inefable Sacramento, y de recibirle con creciente fervor.

PUNTO I.

Grandeza del amor de Jesús en la institución de este divino Sacramento.—En él hizo el Señor en favor

nuestro un compendio de sus grandes maravillas. . . . Así lo recuerda la santa Iglesia, cuando pone en los labios del sacerdote, al lavarse en el altar las puntas de los dedos, estas palabras: "Quiero lavar mis manos, Señor, y hacerme semejante á los que se hallan en el estado de inocencia, para ser digno de acercarme á vuestro altar, oír vuestros sagrados cánticos y contar vuestras maravillas"..... Estas maravillas son las que arrebatan de admiración á la Iglesia, cuando al recordar este augusto Sacramento, prorrumpen en estas elocuentes exclamaciones: "*Oh, inefable misterio*".....! "*Oh, sagrado convite*".....! "*¡Oh, víctima saludable*".....! "*¡Oh, cuán suave es, Señor, tu espíritu*".....! No le bastan todavía á la Iglesia estas expresivas exclamaciones para manifestar su admiración y gratitud al Señor por este inefable Sacramento; sino que antes del gran milagro de la consagración, hace que el sacerdote recuerde que el divino Jesús al instituir la sagrada Eucaristia, tomó el pan "*en sus sagradas y venerables manos*".... Pero ¿no le bastaba tomarle con una mano á aquel Señor altísimo, que con tres dedos sostiene la máquina admirable del universo?..... No es maravilla que en esta ocasión se empleen estas significativas palabras, cuando, al hablar la Santísima Virgen del tiernísimo misterio de la Encarnación, decía que en él había hecho el Señor un esfuerzo del poder de su brazo.....

Contiene este divino Sacramento, más que el antiguo maná, toda clase de gracias y sabores espirituales..... Y no es extraño; porque así como la pupila de nuestro ojo, aunque tan pequeña, extiénd-

dese por interminables espacios; y el entendimiento, que no ocupa lugar, puede abarcar muchísimas verdades y recorrer gran parte de las maravillas del cielo; así una sola partícula de la sagrada Eucaristía contiene todas las gracias, porque en ella está todo un Dios; que es el epílogo y la fuente de todos los bienes. . . . ¡Qué admirable grandeza en este augustísimo Sacramento, compendio del amor inmenso de Dios hacia el hombre. . . .!

PUNTO II.

Gratitud que debemos mostrar al amabilísimo Jesús en este admirable misterio.—Para enseñarnos á agradecerse de la mejor manera que podamos, El mismo, después de la consagración del pan, dió gracias á su Eterno Padre, y terminados ya en aquella noche los misterios profundísimos del Cenáculo, cantó con sus apóstoles un himno en acción de gracias, y con ellos se dirigió á la falda del monte Olivete. . . . El mismo nombre de Eucaristía significa "acción de gracias," como si se nos quisiera recordar á cada instante la rendida gratitud que por este nuevo beneficio debemos á nuestro Dios. . . . Mucho más, teniendo presente que la sagrada Eucaristía es para nosotros *prenda de eterna gloria*, como nos lo promete nuestro amantísimo Salvador: "*Quien come mi carne y bebe mi sangre, tiene vida eterna, y yo le resucitaré en el último día*" Esto mismo se nos recuerda, cuando se nos administra la sagrada Eucaristía: "*El cuerpo de nuestro Señor Jesucristo guarde tu alma hasta la vida eterna*"

Debemos, pues, adorarle con todo rendimiento y amor. . . . "*Venid, adorémosle y caigamos de rodillas ante El*," ofreciéndole los afectos todos del corazón. Yo debo tributarle con toda el alma el incienso de mis alabanzas y oraciones. . . . desagradarle de los ultrajes que incesantemente recibe de malos cristianos en tantas irreverencias. . . . blasfemias. . . . profanaciones. . . .! Debó visitarle con frecuencia, "*dándole gracias por su grande gloria*," deseando con las más vivas ansias su reinado sobre todas las creaturas. . . . que por todas partes se le honre con la mayor esplendidez y magnificencia. . . . exponiéndole mis necesidades y miserias. . . . para que las remedie. . . . pidiéndole como á poderoso y benignísimo Rey gracias para mí. . . . para su santa Iglesia. . . . para mi familia, . . . amigos. . . . y enemigos. . . . para las almas benditas del Purgatorio. . . . para todo el mundo. . . .

Afectos. . . . Propósitos. . . . Coloquios. . . .

DIA XXIV.

LA ORACIÓN DE CRISTO NUESTRO SEÑOR
EN EL HUERTO.

I. *Preludio.*—Recordar cómo después de la última Cena, el divino Salvador bajó con once de sus Apóstoles hacia el Huerto de Getsemaní; y dejando ocho de ellos á la entrada, penetró con los otros tres en el Huerto, encargándoles que velasen y orasen, y El se puso á hacer oración en una cueva próxima, en

medio de tales angustias, que llegó á sudar sangre en abundancia. Un ángel bajó á confortarle; y levantándose reanimado de la oración, aprestóse á dar principio á su Pasión, despertando por tercera vez á sus Apóstoles.

II. *Preliudio*.—Imaginarnos á Jesús orando en la gruta de Getsemani, sufriendo mortales angustias.

III. *Preliudio*.—Pedir al Señor compasión, lágrimas é interno conocimiento de lo que Cristo sufre por mí.

Nota.—En esta meditación y en las dos siguientes, á los puntos ordinarios se añaden estos tres:

1) Lo que Cristo Nuestro Señor padece ó quiere padecer en su humanidad sacratísima; y en este punto nos excitaremos á dolernos y llorar tantos dolores.

2) Considerar cómo se oculta la divinidad, pudiendo tan fácilmente destruir á sus enemigos, y cómo deja padecer tan atrozmente á la Humanidad sacratísima.

3) Considerar que todo esto lo padece el Señor por mis pecados; y qué deberé yo hacer y padecer por El.

PUNTO I.

Terminada la sagrada Cena, bajó el divino Jesús con once de sus discípulos hacia el Huerto de Getsemani, y dejando á la entrada de éste ocho de ellos, penetró en él, acompañado de los otros tres.—Era ya muy de noche, cuando después de haber cantado con solemnidad el himno de acción de gracias, terminada la sagrada Cena, bajó Jesús con sus once Apóstoles hacia el

valle de Josafat, con el cual confina el Huerto de Getsemani. ¡De sus doce Apóstoles, uno le había abandonado y vendido á sus enemigos.

—;Perdió miserablemente su vocación de Apóstol el desgraciado Judas, por haber ido cayendo, y recayendo con más gravedad cada día, en sus aficiones desordenadas.! ¡Hay motivo para temer que, tal como está hoy mi conciencia, lleve camino de perder mi vocación de cristiano.? ¡Iban tristes los Apóstoles, como si algo desagradable presintiesen en aquella noche. Triste también el divino Jesús, les aseguró que, en efecto, tales habían de presentarse en aquella noche los acontecimientos, que ellos temerian y por ocasión de El padecerían escándalo dentro de poco. San Pedro, presumiendo de sí, protestó que él no se escandalizaría, aunque los demás lo hiciesen; pero. cayó, y de una manera más grave que los otros. Siendo yo tan frágil, ¿caigo tal vez en la manía ridícula de presumir que seré fiel. ó que no contraeré aquel vicio. ó que tengo tal virtud.?

Llegados á la entrada del Huerto de Getsemani, Jesús dejó allí ocho de sus Apóstoles, y con Pedro, Santiago y Juan penetró en el Huerto, llegó hasta un lugar peñascoso, á tiro de piedra de la gruta ó cueva, hoy convertida en capilla subterránea, y dejando allí á sus tres discípulos predilectos, encargándoles que velasen y orasen para no caer en tentación, entró en la gruta, y púsose en oración fervorosísima. Pero los tres Apóstoles no oraron; venciólos el sueño, y se durmieron. en aquella noche tristísima, en que había de haber extraordinario

narias ocasiones de que peligrase su fidelidad....
Y ¿cómo procedo yo en mis ejercicios espirituales....?

PUNTO II.

Angustiosa oración de Jesús.—Postrado con tiernísima devoción ante su Eterno Padre, el divino Jesús comenzó á entristecerse,..... atemorizarse y angustiarse,..... Y al contemplar la multitud y gravedad de los pecados de los hombres en todos los siglos, y la inutilidad para muchos de aquella sangre preciosísima y de infinito valor, que en tanta abundancia iba á derramar por nosotros, suplicaba en el colmo de la aflicción á su Eterno Padre que alejase de El aquella hora, diciendo: "¡Oh, Padre, Padre mío! todas las cosas te son posibles; aparta de mí este cáliz; mas no sea lo que yo quiero, sino lo que quieras tú"...... Levantóse para ver si velaban sus Apóstoles; y encontrándolos durmiendo, los despertó. Vuélve de nuevo á la oración; y en ella siente tales angustias, que apenas podia continuar en ella.... Sin embargo, orando persevera, repitiendo segunda y tercera vez la misma súplica á su Eterno Padre.... ¡Quiso enseñarme la perseverancia con que debo yo estar en la oración, por muchas que sean las aflicciones y contrariedades que me cerquen,.....!

PUNTO III.

Llegó á tal grado la agonía que sintió en la oración, que sudó sangre en mucha abundancia.—Creciendo por momentos las angustias de nuestro amabilísimo Je-

sús, y dormidos segunda y tercera vez sus Apóstoles, sintió mortal tristeza, hasta el punto de comenzar á sudar sangre tan copiosa, que corrió por el pavimento, después de haber empapado sus sagradas vestiduras..... Aparececese un ángel, no para librarle de aquellas angustias, sino para confortarle en ellas... enseñándoseme con esto que no debo yo aspirar á que cesen mis tentaciones y amarguras, sino á que el Señor me dé fuerzas para sobrellevarlas animoso y constante..... ¿Soy yo de los que ansian que su vida se vaya deslizando alegre y sin contrariedades.....? Si así pensase, y tales fuesen mis aspiraciones, razón habría para que se me dijese: "No sabes á qué espíritu perteneces".....

Afectos..... Propósitos..... Coloquios.....

DIA XXV.

TORMENTOS Y AFRENTAS DE JESÚS EN EL PRETORIO Y EN CASA DE HERODES.

- I. *Preludio.*—Recordar lo que padeció Cristo nuestro Señor en casa de Herodes y al ser pospuesto á Barrabás, y los bárbaros tormentos de la flagelación y coronación de espinas.
- II. *Preludio.*—Imaginarnos que estamos viendo al divino Jesús en cualquiera de esas angustias y tormentos.
- III. *Preludio.*—Pedir al Señor compasión, lágrimas é interno conocimiento de lo que Cristo sufrió por mí.

PUNTO I.

Es llevado Jesús de casa de Caifás al Pretorio, á presencia de Pilatos.—Después de las arientas y dolores padecidos por el divino Jesús en aquella noche trisísima, en casa de Caifás, donde los criados de éste y demás enemigos del Señor le insultaban de la manera más arientosa y cruel, vendándole los ojos, ... dándole de bofetadas, ... escupiéndole á aquel bellísimo semblante que ansiosos desean contemplar los ángeles, ... y dirigiéndole palabras las más descorteses y ofensivas, ... el divino Salvador, entre inhumanos atropellos y soeces insultos, es llevado á la mañana siguiente al Pretorio, para pedir contra El á Pilatos sentencia de muerte, ... Los pontífices y fariseos no entran, pretextando no querer contaminarse con formalidades judiciales en aquel día de Pascua, solemnísimo para ellos, ... ; Temen contaminarse, y no se avergüenzan de llevar un corazón lleno de hiel, y de gestionar por medios los más inicuos la muerte de un inocente, ... ; Eres también tú aficionado á exterioridades y aparatos de virtud, menospreciando entretanto la verdadera pureza del alma? ... ; De qué acusais á este hombre? pregunta Pilatos, ... ; Este hombre! ... Por este grado de desconocimiento y de desdén para con Jesús, comenzaban ya aquel día sus enemigos, ... ; "Si no fuese malhechor, no te lo hubiésemos traído aquí," contestan altaneros los escribas y fariseos, ... ; Malhechor el amabilísimo Jesús! ... De El nos vienen todos los bienes, ... Por todas partes pasaba haciendo bien, sanando enfermos, consolando affi-

gidos y multiplicando en favor de los necesitados estupendas maravillas, ... Y ¡le llaman malhechor, ... ! Pues ¿qué nombre queda para ellos, ... ? Y ¿qué calificativo reservan para ti, ... ? Si á Jesús, fuente de bienes y beneficios, tratan de este modo, no extrañes que á ti te correspondan con ofensas é ingratitude, aquellos á quienes favorezcamos, ... "Anda diciendo que es el ungido Rey de Israel," insisten los príncipes de los sacerdotes, ; Y lo es! Y lo ha probado con multitud de milagros, ... No querian reconocerlo aquellos malvados, porque estaban ciegos por el odio y por la envidia, ... Malos consejeros son estos vicios, ... ; Serian capaces de hacerte negar la resurrección de Lázaro, aunque le hubieses visto corromperse y heder en el sepulcro cuatro dias después de muerto, ... !

Entonces pregunta Pilatos á Jesús: "¿Eres tú el Rey de los judios?" ... "Así es como dices, soy Rey," contesta Jesús; pero mi reino no es de este mundo, ... todo aquel que pertenece á la verdad, escucha mi voz" ... Este es el carácter del reino de Cristo: la verdad y la justicia, ... ; Amo yo, y busco con todo el corazón estas virtudes? ... ; Jesucristo es Rey; pero Rey de tal naturaleza, que su reino jamás tendrá fin, ... Este es mi divino Rey, ... ; Le reconozco prácticamente como tal, ... ? Salió Pilatos hacia donde estaban los rencorosos acusadores del Salvador, y les dijo: "Yo ningún delito hallo en este hombre" ... No hallas delito en El? ... Pues yo sí; por su infinita caridad para conmigo, aparece cargado y agobiado con mis pecados todos y con los pecados de todo el mundo, ...

Por esto aparece como reo delante de ti, cuando soy yo el que, como reo y gran criminal, debiera comparecer. Pero, si no encuentras en El delito alguno, ¿por qué no lo pones en libertad? ¿Por qué no castigas severísimamente á sus calumniadores.? Porque es juez débil, dispuesto, como débil, á cometer cualquiera iniquidad; porque no ama, no busca la justicia; se ama y se busca á sí mismo; ¡No halla en El delito alguno! Eso debiera yo pensar. Pues si Jesús es bueno, ¿por qué le ofendo? por qué con tanta insistencia le persigo? Y si conmigo ha sido siempre tan bueno, tan fino, amante y generoso. ¿por qué le niego cosa alguna de las que me pido?

PUNTO II.

Es conducido Jesús á presencia de Herodes—Pílatos debiera haberle puesto ya en libertad, puesto que le constaba, y tenía declarado ya que era inocente. Pero el temor de desagradar á los judíos, por una parte, y por otra el deseo de reconciliarse con Herodes, le mueven á lisonjear á éste, reconociéndole el derecho de juzgar á Jesús, que era de la tetrarquía de Galilea. Envíale, pues, seguido de los que con tanta saña pedían su muerte, y comparece el amabilísimo Salvador en presencia de su nuevo juez. ¡Herodes mundano, soberbio, sensual y sobremanera escandaloso.! ¿Qué actitud tomará ante él el divino Nazareno.? Herodes manifiéstase muy complacido al ver en su presencia al gran taumaturgo, que por todas las comarcas de sus Estados habla

sembrado consuelos y beneficios, lecciones de purísima moral é innumerables maravillas en favor de los necesitados. El mismo había deseado verle en muchas ocasiones, y ahora se felicitaba de tenerle en su presencia. Rogóle, pues, que hiciese ante él alguno de tantos prodigios, pues le eran tan fáciles; persuadido de que si en ello le complacía, podría obtener su libertad. A todos estos elogios y lisonjeras promesas nada contesta el divino Jesús; y cierto que ninguna contestación merecía Herodes, pues no buscaba en la gracia que pedía á Jesús el bien de su alma ni el perdón de sus pecados, ni el bienestar de su pueblo, ni luz ni auxilios para gobernarle con acierto y con justicia. buscaba tan sólo la satisfacción de una vana curiosidad. Pero, ¿por qué no hablais, amantísimo Jesús? Una sola palabra que digáis, una sola maravilla que os dignéis hacer, basta para que recobréis vuestra libertad. ¡Libertad! ¡Gracia de los hombres. . . . ! El Señor no ha venido á buscarlas; sino á dar generoso por nosotros la libertad y la vida. El impúdico Tetrarca no merece ser complacido en sus deseos. Eso equivaldría á arrojar perlas á los animales inmundos.

Al considerarse, pues, deseado por el mansísimo Nazareno, Herodes y sus cortesanos le creyeron loco; y mandando que como á tal le vistiesen una túnica blanca, le enviaron á Pilatos. ¡Tratado como loco el divino Jesús, Sabiduría increada, que en sí contiene todos los tesoros de la sabiduría y de la ciencia de Dios.! Tal es el juicio de los mundanos, cuando se les contraria en sus locas aspi-

raciones..... cuando se les predica la necesidad de la virtud y la importancia de la vida de sacrificio....
"La predicación de la cruz ó de un Dios crucificado, parece una necedad á los ojos de los que se pierden".....
 ;Tenido por loco Cristo nuestro Señor!..... ¿Cómo es que permite ofensa tan atroz el Eterno Padre?.....
 ;Cómo no la vengan con inmediato é inaudito castigo los ángeles?..... Si mi divino Jesús es tratado como loco, ¿qué trato, qué calificativo tan injurioso puede haber, que para mí no sea aceptable.....?

PUXTO III.

Cristo nuestro Señor es bárbaramente azotado.
 Merced á la lisonjera consideración de Pilatos con Herodes en ese día, reconciliáronse ambos, volviendo á su antigua amistad.... Tales son, con frecuencia, las amistades del mundo, fundadas en la iniquidad, el interés y la intriga....! Y ¿quiénes son mis amigos.....? Ah! Sea siempre el primero, ó más bien el único, mi divino Jesús..... *"El que le halla, ha hallado mi verdadero tesoro".....* Precisado Pilatos á conocer de nuevo en la causa del calumniado Nazareno, recurre, para salvarle, á un medio que le pareció de ingeniosa eficacia. Siendo costumbre que todos los años, durante la Pascua, se diese libertad á uno de los presos, propuso á los judíos que eligiesen entre Jesús y Barrabás, persuadido de que el solo recuerdo de éste, que era homicida y ladrón, los indignaría y pedirían la libertad de Jesús. Pero el odio satánico que á Jesús profesaban los principes de los sacerdotes, movió á éstos á sugerir al pueblo que pi-

diese la libertad del asesino y del ladrón, á fin de que muriese Jesús.....! ¡Malvados!..... Si comparar al Verbo encarnado con los serafines, sería inferirle ofensa digna de muerte, pues equivalía á considerar iguales al Creador y á la creatura, ¿qué será compararle con un ladrón?..... Y ¿qué será, no ya compararle, sino posponerle?..... Y si así tratan á Cristo nuestro Señor, ¿tengo yo derecho á esperar ser tratado con mayor benignidad?..... Gran cordura estar constantemente penetrado de aquella sabia máxima: "Nunca creas haber aprovechado algo, mientras no te reputes por inferior á todos".....
"No des libertad á ese, sino á Barrabás," gritaba enfurecido el pueblo..... Tal es el grito, que en mi corazón alcanzan á veces las pasiones, cuando son ofensa de Cristo piden el triunfo del pecado.....

Viendo Pilatos que nada conseguía por este medio en favor del divino Jesús, recurre cobarde é iníco á otro no menos injusto, ofensivo y cruel, cual fué excitar en el pueblo la compasión hacia el inocente Nazareno, haciéndole azotar de un modo bárbaro é inhumano..... No reflexiona que, sobre ser injusto castigar á un inocente, era hacerle al amabilísimo Jesús el nuevo agravio de someterle á un tormento que la misma ley declaró propio de los esclavos.....

Desnudan de sus sacratísimas vestiduras al divino Jesús, y aparece la pureza por esencia expuesta á las atrevidas miradas de impúdicos y feroces sayones....
 ;Azotado el más noble y santo entre los hombres, el mismo Hijo de Dios, el inocentísimo Jesús, en quien no encuentra delito alguno el mismo juez.....!
 ;Azotado con tal inhumanidad, que uno de los lic-

tores, al contemplarle ya desfallecido y como exánime, no pudiendo contener su indignación, exclamó: "¿Así se mata á un hombre, sobre el cual no ha recaído todavía sentencia de muerte?"..... y rompiendo con su daga las cuerdas que ataban á la víctima divina á una columna, cayó el inocentísimo Jesús en el charco que de su purísima sangre se había formado en el pavimento..... ¡Azotado por mí..... por mis pecados..... por mi indigna sensualidad.....! Y El, el immaculado Cordero, sufriendo con tan serena majestad..... con tan admirable paciencia!.....

¡A mí debieran aplicarse esos crueles azotes....! ¡A mí, que soy el criminal, y criminal, por desgracia, envejecido ya en el pecado.....! Pero, ya que esto no sea, al menos "traeré siempre representada en mi cuerpo por todas partes la mortificación de Jesús, á fin de que la vida de Jesús se manifieste también en mi cuerpo"..... Recogeré con tiernísimo cuidado esa sangre divina, que brota del cuerpo sacratísimo de Jesús..... y regaré con ella mi pobre corazón, para que con tan precioso elemento regenerado, broten de él en adelante copiosos frutos de mortificación y amor á la pureza.....!

PUNTO IV.

17. Cristo nuestro Señor es coronado de espinas.—Apenas vestido Jesús de su sagrada túnica después del tormento cruel de los azotes: los soldados llevándole al patio del Pretorio, despojándole de ella segunda vez, y hacen de nuevo al inocentísimo Jesús víctima de

sus groseras burlas y soeces insultos..... Brota otra vez aquella sangre divina, al arrancarle precipitadamente la túnica, pegada á las innumerables heridas del sagrado cuerpo, y cubren su desnudez con un girón de sucia púrpura que encuentran por acaso en alguno de los rincones del Pretorio..... Ponen sobre su adorable cabeza una corona de punzantes espinas, siéntanle en contrahecho banquillo en lugar de trono; y colocando entre sus divinas manos una caña, á manera de cetro, los ciento veinte soldados de aquella innoble cohorte van desfilando ante El, diciéndole en son de burla: "*Dios te salve, Rey de los judíos!*" dándole golpes con la caña en su sacratísima cabeza é hincándole en ella cada vez más las punzadoras espinas..... y atrévase los miserables á arrojar inmundas salivas sobre aquel rostro divino, encanto de los cielos y alegría perpetua de los serafines.....! Venid, adoremos pecho por tierra y con los más puros sentimientos del alma á este divino Rey..... limpiemos con amoroso respeto su desfigurado rostro..... aceptemos como muy merecidas las bofetadas de la grosera cohorte;..... y pongámonos como débil caña en las manos del dulcísimo Jesús, para que haga de nuestra voluntad..... de nuestra vida..... y de todo nuestro ser todo cuanto le plazca.....

Manda Pilatos que lleven de nuevo á su presencia al inocentísimo Nazareno; y atónito al verle en estado tan deplorable, exánime y próximo á la muerte, dice á las turbas: "*He aquí que yo os le saco fuera, para que reconozcáis que yo no hallo en él delito alguno..... Ved aquí al hombre*"..... ¡Ah! ¿Es ese

aquel Señor amable y hermosísimo, que envuelto en un océano de gloria apareció un día transfigurado en el Tabor. . . . ? Es éste, como le pintaba el Espíritu Santo, el más gentil en hermosura entre los hijos de los hombres. . . . ? Si; Ese mismo es. . . . Estabas, tanto tiempo hace, paralítico, sin tener hombre, que con oportunidad te llevase á la saludable piscina; ? El ha venido á ser tu guía, tu maestro, tu Salvador. . . . ; He aquí á tu hombre. . . . ! Mejor diremos: tu Señor y tu Rey. . . . !

Afectos. . . . Propósitos. . . . Coligios. . . .

DÍA XXVI.

EL DIVINO JESÚS EN EL CALVARIO.

I. *Preldio*.—Recordar la crucifixión de Jesús y las palabras que pronunció próximo á morir.

II. *Preldio*.—Imaginar nos que le vemos pendiente de la cruz, y al pie de ella á la Santísima Virgen, transido el corazón de dolor, pero dotada de admirable fortaleza.

III. *Preldio*.—Pedir al Señor compasión, dolor y lágrimas, para llorar las angustias y tormentos de mi Señor Jesucristo, muerto para darme vida.

PUNTO I.

Lleva el divino Salvador la cruz á cuestras.—Pronunciada por Pilatos sentencia de muerte contra el divino Nazareno, á la salida del Pretorio fué presentada la cruz en que había de morir ajusticiado; la

cual puso desde luego sobre sus hombros llevándola animoso por la calle de la Amargura, camino del Calvario. Así nos invita y nos enseña á que llevemos resignados y alegres la nuestra: "*El que quiera venir en paz de mi, niéguese á sí mismo, tome su cruz, y sígame*". . . . Debo yo también llevar mi cruz, la cruz de mi estado y de mis obligaciones, que es llamada asimismo cruz de Cristo, porque El es el que me la impone. . . . Viendo tan desangrado y falto de fuerzas á Jesús, los judíos alquilaron á Simón Cireneo, para que le ayudase á llevarla. . . . En la grande obra de nuestra santificación el Señor requiere la cooperación nuestra. . . . Cuando animosos y alegres llevemos nuestra cruz, El nos dará poderoso auxilio para que la llevemos hasta el fin. . . .

Signe al divino Jesús innumerable turba. Muchos le insultan y muestran gozarse en sus angustias y dolores. . . . Entre tantos que aparecen hostiles, algunas piadosas mujeres lloranle y le compadecen. . . . ; Ah! Si yo le llorase también, y meditase con eficacia su Pasión acerbísima todos los días de mi vida. . . . ! Si llorase mis pecados y los de mis prójimos, y por ellos hiciese frutos dignos de penitencia. . . . ! Porque, "*si en el leño verde hacen esto, ¿en el seco qué harán?*". . . . Si así padece por mis pecados el inocente, ¿cuánto más no padecerá un día el pecador que no lllore los suyos. . . . ?

PUNTO II.

Crucifixión de Jesús.—Llevado el amabilísimo Jesús al Calvario, despójale de nuevo de sus sagra-

das vestiduras ¡Qué confusión la suya al verse desnudo a vista de aquella turba insolente y blasfema. . . . ! Colocada en tierra la cruz, clávanle á ella, haciéndole sufrir dolores acerbísimos, levantan en alto la cruz, enriquecida ya con tan precioso tesoro del cuerpo sacratísimo del Hombre Dios, y déjanla caer de golpe dentro del hoyo abierto en la peña ¡Qué dolores agudísimos sentiría el divino Jesús. . . . ! Ya está en su trono el invicto y generosísimo Rey. . . . verdadero trono de gloria, pues desde allí impera sobre todos los pueblos en toda la extensión de los siglos, sobre la muerte, el pecado, y el infierno. . . . Dánle á beber vino mezclado con hiel; gústale para mortificarse; pero no le bebe porque sus entrañas nada tienen de amargura, son entrañas de amor y de misericordia. . . . Clavados están sus sacratísimos pies y sus divinas manos, para expiar mis malas acciones y los malaventurados pasos que di en pos de mis fúestas pasiones. . . . Suspendido aparece mi divino Maestro entre el cielo y la tierra, enseñándome á levantar mi corazón hacia los intereses eternos. . . . El nos había dicho: "*Cuando yo seré levantado en alto en la tierra, todo lo atraeré á mí*." ¡Ah! Dignaos, amabilísimo Dueño de mi alma, atraer hacia Vos mi corazón, y clararle con Vos en la cruz, para que en los trabajos y aflicciones con Vos esté y los sienta dulces y llevaderos con el ejemplo y las poderosas gracias que brotan de lo alto de esa gloriosa Cruz. . . . !

PUNTO III.

Palabras de Cristo nuestro Señor en la cruz.—Para enseñanza y consuelo nuestro, el divino Jesús, próximo á morir por el hombre, pronuncia siete palabras ó siete cláusulas de altísima significación, como testamento preciosísimo de supremo interés para todas las generaciones.

I. *Padre, perdónalos; porque no saben lo que hacen.*—Confirma con su ejemplo lo que antes había enseñado, al mandar que amemos á nuestros enemigos. . . . Enemigos suyos son, los que le crucifican y blasfeman, y dice que "no saben lo que hacen." Cristo que ignoran todo el alcance de su pecado. . . . ¡Qué caridad tan ardiente la de nuestro amabilísimo Jesús ! Ellos no sabían lo que hacían, cuando de aquella manera pecaban. . . . Pero yo sí sé lo que hago, porque tengo ilustraciones y enseñanzas que ellos no tenían. . . . ¿Tengo enemigos. . . . ? ¿Me arrepiento de veras de todos mis pecados?

II. Reconociendo el buen Ladrón la grandeza y divinidad de Jesús, había vuelto á El los ojos y el corazón, diciéndole: "Señor, acordáos de mí cuando estéis en vuestro reino;" y clemente y generosísimo le contesta el divino Salvador: "*En verdad te digo, que hoy estarás conmigo en el paraíso.*" No atiende el Señor á las blasfemias con que le insultan, sino á los ruegos que se le dirigen, y en un instante concede el paraíso al que lo pide con toda la sinceridad del alma. . . . Sálvase el buen Ladrón; pero el malo, el desventurado Gestas ¿por qué no ora? ¿por qué no se arrepiente de sus pecados. . . . ? En aquel

dia de gracias, bien hubiera podido conseguir el cielo como el buen Ladrón..... Para morir santamente, ¿dónde podría encontrar sacerdote más á propósito, que el Sacerdote eterno, que con él y por él moria á su derecha.....? ¿Pienso yo seriamente en conseguir el cielo.....?

III. Al pie de la cruz estaba acompañándole en su agonía con heroica fortaleza su purísima Madre; allí estaba también el Discipulo amado, Vueltos á Ella los ojos, dicele el amabilísimo Maestro señalando á Juan: "*Mujer, he ahí á tu hijo.*" Y á su vez dice á éste: "*He ahí á tu Madre.*"..... En el casto y fidelísimo hijo del Zebedeo estamos representados todos nosotros, los hombres de todos los siglos. Ya no tenia más que darnos, y nos dió lo único que tenia sobre la tierra..... la criatura más amable..... lo que hay de más puro y más santo en los cielos y en la tierra, después de Dios..... Estas palabras de Jesús son eficaces respecto de Maria; pues queda, en efecto, constituida Madre nuestra adoptiva desde entonces, por el conocimiento que tiene de nuestras necesidades y el afecto tiernísimo que nos ama..... Respecto de nosotros, esas palabras *nos exhortan* á confiar en Maria y á portarnos con Ella como buenos hijos..... ¿Cómo manifiesto yo á Maria el amor que le debo como hijo, y la gratitud que merecen sus innumerables beneficios para conmigo.....?

IV. "*Dios mio, Dios mio, ¿por qué me has desamparado?*"—Hasta el mismo Padre Eterno parece desamparar al divino Jesús, á aquel Hijo amabilísimo, en quien desde lo alto de los cielos, sobre las aguas del Jordán y la montaña del Tabor, habia

manifestado tener todas sus complacencias..... Siéntese el inocentísimo Salvador, privado de todo consuelo interno, por más que su santísima voluntad esté inseparablemente unida á la de su Padre celestial..... Y es para nosotros importantísima lección, pues con ese incomprensible martirio del alma nos enseña á tolerar con fortaleza el *destierro del corazón* y las desolaciones del alma..... ¿Con qué constancia y con qué viveza de fe sufro yo, cuando aparecen, estas interiores penas del alma.....?

V. No es extraño que después de tantas ansiedades, tormentos y fatigas sintiese sed material el divino Jesús. Era, sin embargo, la sed espiritual la que más le atormentaba. Por eso, exclama: "*Sed tengo.*"..... Sed ardentísima de la salvación de las almas..... ¿Qué dieras tú en aquellos instantes, si pudieras calmar la sed abrasadora de tu divino Salvador.....? Pues, esos esfuerzos que entonces lucieras por consolarle, hazlos ahora, dedicando todos tus oficios, elementos, cualidades..... todo tu ser á las obras de propaganda católica..... á las prácticas de Misiones..... Ejercicios espirituales..... á todo aquello que pueda ser eficaz para salvar almas, para extinguir la ardiente sed de nuestro amabilísimo Salvador.....

VI. Con grande voz, muy próximo á los últimos instantes de su vida santísima, exclamó el amantísimo Jesús: "*Todo está consumado.*"..... Cumplíronse las ansiosas esperanzas de los patriarcas y los inspirados oráculos de los profetas..... Se ha terminado ya la grande obra de la Redención..... Ya puede decir con toda propiedad á su Eterno Pa-

dre el divino Salvador: "Tengo acabada la obra, cuyo ejecución me encomendaste"..... ¡Ah! Cada uno de nosotros, en el postrer instante de su vida podrá pensar: "Ya se ha consumado mi existencia"..... Pero no todos, por desgracia, pueden decir: "Se ha consumado la obra de mi santificación"..... Plegue á Su divina Majestad que, en adelante de tal manera viva yo, que logre morir con el dulce consuelo de esperar fundadamente, quanto sea dable á nuestra pequeñez, que se ha terminado con la divina gracia la obra de mi santificación, para la cual únicamente he venido á este mundo.....

VII. Estando ya para exhalar su último suspiro, dice el dulcísimo Jesús: "Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu"..... ¡Ah! Feliz aquel, cuyo espíritu recibe el Señor á la hora de la muerte.....! Pero, qué desgracia tan horrible la del que, por su infidelidad á la gracia, se ve rechazado de su Dios en ese apuradísimo trance.....! Piensas diariamente, y aun muchas veces al día en el estado de tu alma.....? Un solo momento, que será el momento indivisible de mi muerte, me separa de la eternidad.....! Ese momento vendrá cuando yo no lo espere.....! Si en ese instante mi espíritu fuese enemigo de Dios por el pecado, ¿cómo podré encomendárselo.....? Dame, oh Dios mío, la gracia de que no sea estéril para mi vuestra Pasión dolorosísima; dame la gracia de morir antes que ofenderos..... y que con todo el afecto del corazón, unido constantemente á Vos os diga diariamente: "En tus manos, Señor, encomiendo mi espíritu."

Afectos..... Propósitos..... Coloquios.....

DÍA XXVII.

LA RESURRECCIÓN DE JESÚS.

I. *Preludio.*—Recordar cómo después de la muerte del Salvador, el cuerpo sacratísimo quedó en la cruz, inseparablemente unido á la divinidad y fué depositado después en el sepulcro; el alma benditísima, unida también á la divinidad, descendió al Seno de Abraham á consolar y sacar de allí las almas de los justos del antiguo Testamento, y uniéndose al cuerpo sacratísimo al tercer día, resucitó el amabilísimo Jesús, lleno de gloria.

II. *Preludio.*—Imaginarnos que estamos viendo al divino Salvador aparecerse gozosísimo á su amantísima Madre en un lugar muy próximo al santo sepulcro, en el Calvario.

III. *Preludio.*—Pedir al Señor alegría y gozo intenso para gozarse con Cristo nuestro Señor resucitado.

NOTA.—A los puntos ordinarios, en ésta y en las tres meditaciones siguientes, se añadirán estos otros dos:

1) Considerar cómo la divinidad, que parecía oculta en la Pasión, déjase ver ahora por sus maravillosos efectos.

2) Reflexionar cómo se goza el amantísimo Jesús en ir visitando y consolando con su dulcísima presencia á sus fieles servidores, incomparablemente más amoroso y más sincero que los amigos de la tierra, que en ocasiones aparecen muy cariñosos y expansivos.

dre el divino Salvador: "Tengo acabada la obra, cuyo ejecución me encomendaste"..... ¡Ah! Cada uno de nosotros, en el postrer instante de su vida podrá pensar: "Ya se ha consumado mi existencia"..... Pero no todos, por desgracia, pueden decir: "Se ha consumado la obra de mi santificación"..... Plegue á Su divina Majestad que, en adelante de tal manera viva yo, que logre morir con el dulce consuelo de esperar fundadamente, quanto sea dable á nuestra pequeñez, que se ha terminado con la divina gracia la obra de mi santificación, para la cual únicamente he venido á este mundo.....

VII. Estando ya para exhalar su último suspiro, dice el dulcísimo Jesús: "Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu"..... ¡Ah! Feliz aquel, cuyo espíritu recibe el Señor á la hora de la muerte.....! Pero, ¿qué desgracia tan horrible la del que, por su infidelidad á la gracia, se ve rechazado de su Dios en ese apuradísimo trance.....! ¿Piensas diariamente, y aun muchas veces al día en el estado de tu alma.....? ¿Un solo momento, que será el momento indivisible de mi muerte, me separa de la eternidad.....! Ese momento vendrá cuando yo no lo espere.....! Si en ese instante mi espíritu fuese enemigo de Dios por el pecado, ¿cómo podré encomendárselo.....? Dame, oh Dios mío, la gracia de que no sea estéril para mi vuestra Pasión dolorosísima; dame la gracia de morir antes que ofenderos..... y que con todo el afecto del corazón, unido constantemente á Vos os diga diariamente: "En tus manos, Señor, encomiendo mi espíritu."

Afectos..... Propósitos..... Coloquios.....

DÍA XXVII.

LA RESURRECCIÓN DE JESÚS.

I. *Preludio.*—Recordar cómo después de la muerte del Salvador, el cuerpo sacratísimo quedó en la cruz, inseparablemente unido á la divinidad y fué depositado después en el sepulcro; el alma benditísima, unida también á la divinidad, descendió al Seno de Abraham á consolar y sacar de allí las almas de los justos del antiguo Testamento, y uniéndose al cuerpo sacratísimo al tercer día, resucitó el amabilísimo Jesús, lleno de gloria.

II. *Preludio.*—Imaginarnos que estamos viendo al divino Salvador aparecerse gozosísimo á su amantísima Madre en un lugar muy próximo al santo sepulcro, en el Calvario.

III. *Preludio.*—Pedir al Señor alegría y gozo intenso para gozarse con Cristo nuestro Señor resucitado.

NOTA.—A los puntos ordinarios, en ésta y en las tres meditaciones siguientes, se añadirán estos otros dos:

1) Considerar cómo la divinidad, que parecía oculta en la Pasión, déjase ver ahora por sus maravillosos efectos.

2) Reflexionar cómo se goza el amantísimo Jesús en ir visitando y consolando con su dulcísima presencia á sus fieles servidores, incomparablemente más amoroso y más sincero que los amigos de la tierra, que en ocasiones aparecen muy cariñosos y expansivos.

PUNTO I.

Resucita el Señor, curiquecido su cuerpo sacratísimo con los cuatro dotes de cuerpo glorioso.—Al amanecer del domingo, sale el divino Jesús del sepulcro, haciendo saltar la pesada lápida que le cubría, y rasga con incomparable majestad la atmósfera, ofuscando con su deslumbradora claridad á los soldados que guardaban vigilantes el monumento. Cruza rápido los aires, más glorioso que en su Transfiguración en el Tabor, más espléndido y brillante que mil soles.... Adornan su cuerpo sacratísimo los cuatro dotes gloriosos de claridad, agilidad, impassibilidad y sutilidad.... Con la claridad supera con ventaja el resplandor de millares de soles..... Así brillará un día nuestro cuerpo, si aquí "resplandece nuestra luz ante los hombres, por medio de buenas obras;" y esto requiere en nosotros humildad y abnegación..... Merced á la agilidad vuelan en un momento los cuerpos á donde se quiere.... Y este dote tendremos también, si somos prontos para corresponder á las divinas inspiraciones y progresar en sólidas virtudes, preparándonos con el conocimiento de nuestras miserias..... Por el dote de impassibilidad queda el cuerpo exento de la muerte y no pueden afectarle ya heridas ni enfermedades..... Y esto se adquiere para entonces con la paciencia y la mortificación..... Penetra el cuerpo glorioso los cuerpos más espesos y resistentes con el dote de la sutilidad;.... para conseguirla, penetremos y superemos nosotros, cuanto sea posible, los impedimentos que se nos ofrezcan en el camino de la virtud; por-

PUNTO II.

que, como dice el Apóstol, "*tudo lo podremos en Aquel que nos conforta*"..... Con estos dotes hermosísimos de cuerpo glorioso ¡con qué majestad no aparecería ante sus fieles siervos el divino Jesús...! á éstos se agregaban los vivísimos resplandores que brotaban de las sagradas llagas de sus pies, de sus manos y de su Costado sacratísimo.....

Aparécese á su Santísima Madre.—Muy de mañana había salido la celestial Señora de su casa del monte Sion, dirigiéndose al Calvario, para esperar, según las respetables tradiciones conservadas hasta hoy en la Palestina, el momento feliz de la gloriosa Resurrección de su divino Hijo..... Aparécese radiante de luz, de majestad y de hermosura..... ¿Quién podrá concebir las dulcísimas avenidas de gozo de aquella Madre santísima tan angustiada en los tres días últimos, desde la Pasión de su amabilísimo Jesús.....? Bien podría exclamar con el Real Profeta: "*Á proporción de los muchos dolores que atormentaron mi corazón, tus consuelos llenaron de alegría mi alma*"..... ¿Qué dulcísimos coloquios medianan entre ambos.....? ¿Qué regaladas y altísimas comunicaciones oíría la Inmaculada Virgen de aquellos labios stavísimos, en los cuales rebosaba en tanta copia la gracia del Espíritu Santo.....? Comenzaba ya entonces, sin duda, á gustar, de una manera especial, aquellas inenarrables delicias, que recuerda el Espíritu Santo, con estas significativas pa-

labras: "Quedaré plenamente saciado, cuando se me manifestará tu gloria"

Felicitemos, pues, con toda el alma á la Inmaculada Virgen por esta gloriosa Resurrección de su divino Hijo, diciéndole con la santa Iglesia: "Alegraos, Reina del cielo, aleluya; porque el que habéis merecido llevar en vuestro seno virginal, aleluya, resucitó, como lo había dicho. Rogad á Dios por nosotros, aleluya"

Afectos. Propósitos. Coloquios.

DÍA XXVIII

APARICIÓN DEL DIVINO JESÚS Á LA MAGDALENA.

I. *Preludio.*—Recordar cómo el mismo día de su gloriosa Resurrección se apareció Cristo nuestro Señor á María Magdalena.

II. *Preludio.*—Imaginarnos que estamos viendo á Jesús en esta aparición.

III. *Preludio.*—Pedir al Señor alegría y gozo intenso para gozarme con Cristo nuestro Señor resucitado.

PUNTO I.

Van las piadosas mujeres al sepulcro.—No habiendo podido ir el sábado al sepulcro, á ungir con preciosos aromas el cuerpo sacratísimo de Jesús, María Magdalena, María Madre de Santiago y Salomé, porque la ley Mosaica prohibía estas largas excursiones el día festivo; dispusieron á hacerlo el domingo muy de mañana, y salieron de Jerusalén con

dirección al Calvario. En medio de sus amorosas ansias, ocurriéronles la dificultad que podría ofrecerse á sus intentos, siendo tan pesada la lápida que cubría el sepulcro. No cesan, sin embargo, ante aquel temor, y continúan animosas la jornada. . . .

Al llegar al sepulcro, vieron la gran piedra, removida ya. que así premia el Señor nuestra fidelidad y constancia, removiendo las dificultades que parecen oponerse á que del todo le sirvamos,

"Halláronse con un joven sentado al lado derecho del sepulcro, vestido de un blanco ropaje, y se quedaron pasmadas. Pero él les dijo: "no tenéis que asustaros; vosotras venís á buscar á Jesús Nazareno, que fué crucificado; ya resucitó, no está aquí, mirad el lugar donde le pusieron".

PUNTO II.

Aparición á la Magdalena.—Hízoles el ángel el encargo de que fuesen á avisar de esto á los Apóstoles, y especialmente á Pedro, y alejáronse del sepulcro las piadosas mujeres, entre asustadas y gozosas. . . . Pero allí quedó la Magdalena, doliéndose de no encontrar á su divino dueño; llorando, porque creía que le habían llevado de allí, y mirando con frecuencia el sepulcro, como esperando que, á pesar de todo, conseguiría encontrar al Amado dulcísimo de su alma. Mucho se complace el Señor en las amorosas ansias con que le deseamos y buscamos, anhelando padecer por El y trabajar sin ostentación y con empeño por la divina gloria. . . . Contempla la Magdalena "dos ángeles vestidos de blanco,

sentados, uno á la cabecera y otro á los pies del sepulcro," los cuales le preguntaron: "Mujer ¿por qué lloras?"... ¡Cómo no ha de llorar aquel ardoroso corazón, si no encuentra, habiéndole buscado tan ansiosa, al divino objeto de su purísimo amor....!

"Porque se han llevado de aquí á mi Señor, dice ella, y no sé dónde le han puesto".... Volviéndose hacia atrás, vió á Jesús en pie; pero no le reconoció.... El amabilísimo Salvador quería ir manifestándosele por grados,.... que así suele Su divina Majestad despertar al alma por medio de las inspiraciones de la gracia, para que á El se vuelva del todo, desasida de todas las cosas de la tierra,.... Pregúntale también Jesús: "Mujer ¿por qué lloras? ¿á quién buscas?" Ella, suponiendo que sería el hortelano, le dice: "Señor, si tú le has quitado, dime dónde le puse, y yo me le llevaré".... Complacido de tan amorosas ansias, dicele Jesús: "María".... Conocióle al punto la Magdalena, y con todo el ardor de su alma le contestó: "¡Maestro!" é inmediatamente quiso adorarle con tiernísimo rendimiento: "No me toques, porque no he subido todavía á mi Padre, le dice el Señor; pero anda, vé á mis hermanos, y díles de mi parte; Subo á mi Padre y vuestro Padre; á mi Dios, y vuestro Dios"....

Su amor purísimo, sus lágrimas y su constancia en buscar á Jesús, merecieron esta dicha á la Magdalena.... ¿Busco yo incesantemente á mi Dios....? ¿Le busco á través de toda clase de dificultades, haciéndome superior á todo linaje de desconfianzas, desfallecimientos y fatigas....? Afectos.... Propósitos.... Coloquios....

Afectos.... Propósitos.... Coloquios....

DIA XXIX.

APARICIÓN DEL SEÑOR Á LOS DOS DISCÍPULOS.
QUE IBAN AL CASTILLO DE EMAUS.

I. *Preludio*.—Recordar cómo dos de los discípulos de Jesús, el mismo día de la Resurrección del Señor, iban de Jerusalén al castillo de Emaus, y el divino Salvador se les apareció en traje de peregrino.

II. *Preludio*.—Imaginarlos que estamos viendo al divino Jesús acompañado de estos dos discípulos, y hablando con ellos, y caminar en la misma dirección.

III. *Preludio*.—Pedir al Señor alegría y gozo intenso, para gozarme con Cristo nuestro Señor resucitado.

PUNTO I.

El divino Jesús se acerca á los dos discípulos.—Iban éstos preocupados, porque no sabían todavía que Jesús hubiese resucitado,.... cansanse de esperar,.... y buscan consuelos en las criaturas,.... en el campo, como si quisieran librarse de aquel aburrimiento.... Era el tercer día después de la muerte de Jesús,.... habíase aparecido á las piadosas mujeres y á otros,.... y ellos no lo creían.... Somos impacientes, y en ocasiones tenemos muy poca fe,.... queremos que los acontecimientos vengan tales como los esperamos, y precisamente cuando á nosotros se nos antoja.... Gran desorden,.... querer subordinarlo todo á nuestra voluntad, cuando todo debe hacerse tan sólo según la voluntad de Dios.... Nos olvidamos de aquella máxima sapientísima:

"Aguardo al Señor, y pòrtate varonilmente: cobre aliento tu corazón, y espera con paciencia al Señor"..... Hablaban de todo lo que había acontecido aquellos días en Jerusalén..... y el Señor, á quien tanto interesaban el bien de aquellos discípulos y el asunto importantísimo que trataban, acércase á ellos, como se acerca decidido y cariñoso el pastor á la oveja extraviada..... Ellos hablaban de la Pasión del Salvador,..... y yo ¿de qué hablo.....? ¿por ventura, de mis deseos, insaciables tal vez, y de mis gustos.....? Acércase á ellos Jesús, los saluda,.... y no le conocen.... Y era que, á la dureza del corazón y á la tenacidad del propio juicio, uníase entonces la tristeza..... que los hacía preocuparse demasiado..... prevalecían en ellos la falta de fe y el abatimiento; buscábase á sí mismos..... iban ciegos..... envolvíalos la nube de sus propias aspiraciones..... y apreciaciones no rectas.... También yo me veo precisado algunas veces á preguntarme: "¿Por qué estás triste, alma mía? ¿Por qué me tienes en esta agitación.....?"

PUNTO II.

Habla con ellos.—Dijoles, pues, el Señor: "¿Qué conversación es esa que, caminando, lleváis entre los dos, y por qué estáis tan tristes?"..... A esto contesta uno de ellos llamado Cleofas: "¿Tú sólo eres tan extranjero en Jerusalén, que no sabes lo que ha pasado en ella estos días?"..... Bien lo sabía el amabilísimo Jesús, como que por El habían pasado todos aquellos ruidosos acontecimientos:.....

y, sin embargo, pregunta á Cleofas: "¿Qué?... pues ¿qué ha pasado?..... Esta palabra "¿qué?" pinta con admirable propiedad la grandeza de alma del divino Jesús; porque significa:

- 1) El deseo que tiene de que sus compañeros de viaje manifiesten la enfermedad espiritual que los aqueja, para aplicar á ella el conveniente remedio.....
- 2) Aprovechase hábilmente de esta oportunidad, para recordar algunas circunstancias de su Pasión....
- 3) Da á entender con esa pregunta tan concisa, que ya se olvidaba de todos los tormentos y de todas las injurias que padeció en su Pasión.....
- 4) Concedía á sus penosísimos sufrimientos tan poca importancia, que volvería á sufrirlos una y otra vez, si fuesen necesarios..... Y yo ¿hablo de cosas temporales ó del asunto importantísimo del cielo....? ¿Oculto á mis superiores y confesores lo que pasa por mi alma.....? ¿Medito con frecuencia y tierna gratitud en la Pasión de Cristo nuestro Señor,.....? ¿Olvido fácilmente las ofensas que se me inferen....? Preciso es recordar que, al que ama, todo le parece poco.....

Buena opinión manifiestan del divino Jesús aquellos discípulos, al decir que "fue un profeta, poderoso en obras y en palabras, á los ojos de Dios y de todo el pueblo"..... Pero, esto es muy poco decir; porque Jesús es infinitamente más que profeta; es el verdadero Dios..... "Mas nosotros esperábamos que El era el que había de redimir á Israel; y no obstante, después de todo esto, he aquí que estamos ya en el tercer día después que acaecieron dichas cosas"..... ¿Qué poca fe manifiesta

Cleofas al hablar de esta manera.....! Cuando por nuestros caprichos ó juicio propio dejamos que á la razón se sobrepongan las pasiones, en peligro gravísimo estamos de caer..... Nuestra soberbia nos lanza á la ridícula pretensión de querer saberlo todo, sin considerar que la sabiduría de Dios "abarea fuertemente de un cabo á otro todas las cosas, y las ordena todas con suavidad".....

LIBRO DE LOS HECHOS
 VERITAS
 PUNTO III.

Suave y eficazmente las increpa.—No con indignación, sino por compasión y por celo, el amabilísimo Jesús, al oír las desatinadas observaciones de Cleofas, le dice: "¡Oh necios, y tardos de corazón para creer todo lo que anunciaron ya los profetas!..... "Necios" ó ignorantes los llama, porque habiéndole oído hablar á El tantas veces de este misterio, todavía no habían logrado entenderlo..... "Tardos de corazón," porque todavía dudaban de su Resurrección, siendo así que tenían suficientes motivos para creerla..... Así somos también nosotros en tantas ocasiones; pues á pesar de que muchas veces se nos repite la necesidad de practicar aquella mortificación, no acabamos de creerlo; y no obstante las frescas inspiraciones de la gracia, no nos resolvemos á que se haga en todo en nosotros la voluntad de Dios.....

¿Por ventura, les decía Jesús, no era conveniente que el Cristo padeciese todas estas cosas, y entrase así en su gloria?..... Vino para redimirnos, satisfaciendo por nosotros á su eterno Padre.....

Pero, si El por el camino de la tribulación entra en su gloria ¿qué deberé hacer yo para entrar en gloria que no es mía?

"Y empezando por Moisés, y discurrendo por todos los Profetas, les interpretaba en todas las Escrituras los lugares que hablaban de El"..... Este es el modo de enseñar, eficaz y suavísimo, que emplea el Señor..... habla con dulzura..... corrige..... é instruye..... ¿Este es también el método cristiano que yo sigo?.....

Al llegar cerca de la aldea á donde iban, el Señor hizo además de pasar adelante..... ¿Tenia tantos á quienes consolar! Pero los discípulos amorosamente le obligaron á que se quedase con ellos aquella noche..... Gusta el Señor de que suavemente le obliguemos con oraciones, gemidos, penitencias y lágrimas, diciéndole con tierna confianza como Jacob: "No te dejaré ir, si antes no me das la bendición"..... Sentáronse á la mesa; dieron los discípulos al amable peregrino el primer lugar; y éste, tomando el pan, le bendijo, y habiéndole partido, se lo distribuyó. "Con lo cual se les abrieron los ojos, y le conocieron; mas El de repente desapareció de su vista"..... Y ¿cómo no le conocieron los discípulos en el camino?..... ¿Omisó el Señor que le conociesen cuando estaban sentados á la mesa?

1) Para manifestar con esto cuánto aprecia la virtud de la hospitalidad y la práctica de las obras de misericordia.....

2) Para indicar que mas eficaces son los ejemplos, que las palabras. Santísimas eran las que vino corrigiéndoles por el camino; pero en la mesa da tes-

timonio de ellas con la modestia y piedad con que bendice el pan, y con la caridad con que le distribuye.....

3) Para hacernos entender cuanta eficacia tiene la sagrada Eucaristía, representada en el pan de Emaus, San Agustín y San Juan Crisóstomo opinan que en aquella ocasión consagró el pan el divino Salvador. Obras de misericordia;..... buen ejemplo..... y recepción de la sagrada Eucaristía... Son estas tres virtudes objeto de mi especial solicitud.....?

Afectos..... Propósitos..... Coloquios.....

DÍA XXX.

LA ASCENSIÓN DEL SEÑOR.

I. *Preludio*.—Recordar cómo á los cuarenta días de su Resurrección, el divino Jesús subió á los cielos en presencia de su purísima Madre y de sus discípulos, desde la cumbre del monte Olivete.

II. *Preludio*.—Imaginarnos que le vemos ir desde el monte Sion hasta el Olivete.

III. *Preludio*.—Pedir al Señor alegría y gozo intenso, para gozarme con Cristo nuestro Señor que sube á los cielos.

PUNTO I.

Sube el Señor á los cielos.—El mismo día en que se verificó este misterio, el divino Jesús se dignó conier con su Madre purísima, los apóstoles y muchos de sus discípulos en el Cenáculo..... ¡Qué amabili-

dad,....! Terminada la comida, en la cual blandamente increpó á los que no habían creído su Resurrección, salió con María y los demás concurrentes hacia el monte Olivete..... Cuarenta y tres días antes, ¡qué situación tan distinta la de Jesús y de sus once Apóstoles al recorrer aquel mismo camino la noche de la sagrada cena..... Así pasan las tribulaciones en este mundo,.... como pasan los goces también! ¡Sólo los del cielo son eternos,....! A la izquierda dejaron la gruta de Getsemani,.... y subieron hasta la cumbre del monte de los Olivos..... Desde allí se divisa la ciudad de Jerusalén, y mas allá el monte Calvario, que hoy forma ya parte de la ciudad..... Despidiéndose de su santísima Madre y de sus Apóstoles y discípulos, y bendiciéndolos con paternal ternura, fue lentamente elevándose por los aires con indecible majestad, hasta que una nube lucidísima, envolviéndole como para conducirlo en triunfal y riquísima carroza, le arrebató á la vista de su santísima Madre y de sus Apóstoles y discípulos, que con tierno interés le contemplaban desde el Olivete,.... Como aguilta generosa, el divino Jesús en este alegre misterio nos enseña á volar hacia nuestra patria..... Allí deben dirigirse nuestros pensamientos,.... y las aspiraciones é intenciones de nuestra vida,.... La triunfante Ascension del divino Jesús á los cielos debe consolarnos.... No nos abandona;.... va á prepararnos allá un lugar,.... un trono en que eternamente reñemos,.... ¡Con qué gloria se va acercando al Empíreo,....! Siguenle, como formando parte del triunfal cortejo, los justos que antes de su gloriosa

Resurrección habían poblado desde el principio del mundo el seno de Abraham.... Y cuántos millones de celestiales espíritus, aplaudiendo gozosos el triunfo esplendísimo del Rey inmortal de los siglos....

PUNTO II.

Lugar, que va á prepararnos el divino Jesús.—De una manera muy expresiva nos lo prometió Cristo nuestro Señor, al decirnos: *“Yo voy á preparar un lugar para vosotros”*.... Y ¿qué lugar es este...? El cielo.... lugar digno de todo amor, porque en él gozase perpetua paz, como asegura el Espíritu Santo: *“Reposará mi pueblo en hermosa mansión de paz, y en tabernáculos de perfecta seguridad, y en el descanso de la opulencia”*.... Es mansión de eterna ALEGRÍA. *“Llenos de gozo están, oh Sion, todos cuantos en tí habitan”*.... Gózase allí perfecta y perpetua SALUD, porque allí extiende para siempre sus preciosas ramas el verdadero Arbol de la vida: *“Ni habrá ya muerte, ni llanto, ni alaridos, ni habrá más dolor, porque las cosas de antes son pasadas”*.... Gozárase allí el don de una perfecta LIBERTAD: *“Las creaturas serán libertadas de esa servidumbre á la corrupción, para participar de la libertad y gloria de los hijos de Dios”*. LIBRES estaremos de TODO MAL, y gozaremos toda clase de BIENES: *“No padecerán hambre, ni sed, ni el ardor del Sol los ofenderá; porque aquel Señor.... los conducirá y llevará á beber en los manantiales de las aguas”* eternas.... Disfrutaremos para siempre de LA VISIÓN DEL MISMO DIOS: *“Sus ojos verán al Rey de los cielos en su gloria; y la tierra la mirarán lejos*

de ellos”.... Nada de lo que en la tierra nos agrada y embelesa, puede servirnos para dar alguna idea de la grandeza y hermosura del cielo.... Brillantes estrellas, planetas luminosos, el bello azul del firmamento.... todo eso no es más que como el pavimento inferior del Paraíso.... ¿Cuál será el de aquellas felicísimas mansiones en que eternamente gozan los santos y amigos de Dios....? Si al visitar el palacio de un gran rey, viésemos ya en los establos primorosas estatuas, exquisitos mármoles y los muros cubiertos de tapices finísimos y de cuadros de gran mérito artístico, ¿qué pensaríamos de la esplendidez y riqueza con que brillarían los salones y las regias cámaras?... Pues nada es este mundo, ó cuando más como humildísimo establo, respecto del celestial Paraíso....

Al pensar en él, preciso es confesar con San Bernardino de Sena, que se abisman el sentido, la imaginación, la razón y la inteligencia; porque es grande con la longitud de una eternidad interminable; con la latitud de una capacidad incalculable y con la celsitud de una sublimidad incomprendible.... Por eso, el Apóstol San Pablo, aunque arrebatado al Paraíso, *“oyó palabras inefables, que al hombre es imposible proferir”*, no le fué dable comunicarlas, y se limita á transcribirlo que siglos antes había escrito el Profeta Isaías: *“Desde que el mundo es mundo, jamás nadie ha entendido, ni ningún oído percibió, ni ha visto oja alguna, sino sólo Tú, oh Dios, las cosas que vienen preparadas para aquellos que te están aguardando”*.... Cuando San Agustín escribía su libro de la Bienaventuranza, oyó un día á la Hora de Com-

pletas una voz suavísima, que claramente se conocía no ser de las que resuenan en este mundo. Preguntó humildemente el santo Doctor quién era el que cantaba con voz tan dulce y arrebatadora, y oyó que le decían: "Yo soy tu amigo Jerónimo, que cuando vivía en este mundo, te hice algunas preguntas acerca de la gloria". . . . "¿Feliz tú, le replica Agustín, que ahora puedes ya resolver todas las dificultades que á mi ahora se me ocurren. . . ." "Para que yo las resolviese, contestó San Jerónimo, preciso es que me digas si puedes encerrar en un punto la vasta redondez de la tierra ó encerrar en un pequeño vaso todas las aguas de los ríos y de los mares. . . . Pues más imposible que todo eso, me sería á mi el explicarte lo que son los goces eternos del Paraíso. . . ." Y cierto, que si nosotros pudiéramos saberlo, ya no sería tan grande y admirable. . . . ¿Qué diríamos de una ciudad de cien millones de habitantes, en que todos fuesen reyes y papas, reinas y emperatrices? . . . Pues en el cielo todos son reyes, como asegura Cristo nuestro Señor, cuando dice: "Venid, benditos de mi padre, á poseer el reino que os está preparado desde el principio del mundo". . . . Por eso pintamos á los santos con coronas; porque corona propia de reyes ofrece á sus leales servidores Dios nuestro Señor: "Sé fiel hasta la muerte, y te daré la corona de vida," corona de que nadie podrá despojarte jamás. . . .

La visión beatífica que en el cielo gozan los bienaventurados, es la suma de todos los goces que pudiera concebir la imaginación más sonadora y más viva. . . . No; es incomparablemente más que todo eso. . . .! Y esta visión será eterna sin experimen-

tar la menor fatiga; porque el entendimiento descansaba en Dios como centro. . . . Si Jacob, al ver á su hijo José encumbrado á la dignidad de Virrey de Egipto decía que podía ya morir alegre; si el anciano Tobias sintió gozo indecible al recuperar el sentido de la vista; si el sacerdote Simeón, al tener en sus brazos al Salvador de Israel, aseguraba que ya podía morir contento. . . . ¿Cuál será el gozo del bienaventurado al verse en segurísima posesión de aquellos bienes eternos. . . .? Porque allí todos sus deseos los verán para siempre satisfechos. . . . Si deseasen hermosa, el espíritu Santo dice que "*brillarán como el Sol*." Si velocidad, "*como centellas que discurren por un cañaveral, así volarán de unas partes á otras*". . . . Si vida larga, "*los justos vivirán eternamente*". . . . Si satisfacciones, "*quedarán plenamente saciados, cuando se les manifieste la divina gloria*". . . . Si embriaguez de purísimos consuelos, "*quedarán embriagadas con la abundancia de la casa de Dios, y les hará beber en el torrente de sus delicias*". . . . Si dulcísimas melodías, gozarán de ellas al oír y entonar por toda la eternidad nuevos cantares. . . .

Todos los sentidos tendrán allí su goce especial. Los ojos brillarán como estrellas. . . . Vió el abad Silvano un pequeño visumbre del paraíso, y exclamó: "Cerraos, ojos; que después de lo que he visto, ya no quiero ver cosa alguna creada". . . . Un arquitecto alemán que dirigía un monasterio de cartujos, contempló en una ocasión un ángel; y parecióle tan elegante y tan hermoso, que por algún tiempo estuvo mirándole con inexplicable embeleso; y aseguró que si se hubiese detenido más en aquella

contemplación encantadora, hubiese perdido la vista. Pues ¿qué será ver por siglos eternos á nuestro Señor Jesucristo, cuya hermosura excede á la de los ángeles y de los santos, cuanto la claridad del Sol excede á la de las estrellas? Nada significan respecto de El la gloria y magnificencia de Salomón, á quien deseaban ver millares de súbditos y cuya sabiduría y grandeza contemplaba atónita la Reina de Saba. porque ¿en qué pudiera ser comparable el siervo con el Señor? Parte tan sólo de una de las manos sacratísimas de Cristo nuestro Señor, vió un día Santa Teresa de Jesús; y quedó con aquella vista tan conmovida, que pensaba morir en fuerza de la intensidad de su goce. La Beata Margarita María Alacoque, desde que vió el adorable Corazón de Jesús, ya no podía cesar en sus actos de purísimo amor.

Gozarán *los oídos*: armonías suavisimas. Oyó un día San Francisco de Asís las arrebataadoras notas que á la cítara arrancaba uno de los ángeles, y sintió en brevisimo tiempo tanta dulzura y alegría, que creyó morir. ¿Qué alegres impresiones no sentirán en el cielo los bienaventurados al oír millones de ángeles entonando el Trisagio con toda la gravedad y la pompa que puede desplegarse en el Paraíso, y al escuchar embelesados los cantares dulcísimos y eternamente nuevos con que millares de millares de vírgenes ensalzan las glorias del Cordero Inmaculado? Gozará también *el olfato* con fragancias suavisimas, respecto de las que en nada son comparables los más exquisitos olores que se gozan en este mundo. Signo ligerísimo de

esas celestiales fragancias, es la que por maravilla despiden á veces las reliquias de los santos, y la que dejan también en alguna ocasión los mismos bienaventurados, al aparecerse á los hombres por singular beneficio. Sentirá *el gusto* impresiones dulcísimas, mil veces más gratas que las que producía el maná entre los hebreos. Y no menos tendrá especiales goces *el tacto*, con las deliciosas y purísimas impresiones que pueden santamente desearse.

Todos estos goces suavisimos serán tales, que si de ellos pudiera caer una sola gota en el infierno, trocarase aquel abismo de tinieblas y de tormentos en lugar delicioso y felicísimo. Pequeño es el corazón del hombre para apurar aquellos goces inconcebibles y eternos. Por eso, dice el Señor al bienaventurado que éntre en el gozo de su Señor, porque los inmensos goces de Dios no pueden caber en nosotros. En ellos estará como deliciosísimamente sumergido el bienaventurado, como el pez en la vasta soledad de los mares, por todas partes rodeado y como saturado de aquellas celestiales delicias.

Este es el reino, que va á prepararnos en su Ascension gloriosísima nuestro divino Jesús. ¿Qué hago yo para merecerlo.? ¿Qué no debo hacer en adelante para gozar eternamente esas inenarrables delicias.?

Afectos. Propósitos. Coloquios.

UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO
CENTRO DE INVESTIGACIONES Y BIBLIOTECAS

DÍA XXXI.

MOTIVOS PARA AMAR A DIOS.

I. *Preludio*.—Imaginarlos que estamos delante de Dios nuestro Señor, de los ángeles y de los santos, que ruegan por nosotros.

II. *Preludio*.—Pedir al Señor interno conocimiento de tantos bienes como de El he recibido, para que, agradecido, me excite á amar y servir con toda el alma á Su divina Majestad.

PUNTO I.

Beneficios que he recibido de Dios.—Comenzaré recordando el de la creación: . . . recordaré con no menor gratitud los de la conservación y redención, . . . y tantos beneficios particulares cuya sola indicación pudiera llenar volúmenes enteros. . . . El haber nacido en país tan católico, . . . el haber tenido tan buenos padres, . . . haber recibido esta educación, . . . haberme librado de tantos peligros de alma y cuerpo. . . .! Salud, . . . indole, . . . talentos, . . . gracia, . . . posición, . . . todo es de Dios, . . . todo lo he recibido de El, . . . ¿Con todo eso he negociado para su mayor gloria, . . .? para la salvación de mi alma, . . .?

¿Y qué ofreceré al Señor por tantos y tales beneficios, . . .? Puesto que yo nada tengo, que no sea suyo, me daré todo á El como don que le es tan debido, sin reservarme de mi cosa alguna; y le diré con el patriarca San Ignacio de Loyola: "Tomad,

Señor, y recibid toda mi libertad, mi memoria, mi entendimiento y toda mi voluntad, todo cuanto tengo y poseo. Vos me lo disteis; á Vos, Señor, lo devuelvo; todo es vuestro; disponed de todo ello, según vuestra divina voluntad. Dadme vuestro amor y gracia; que esto me basta. . . .

PUNTO II.

Dios habita en las creaturas.—En todas ellas está Dios nuestro Señor, por razón de su inmensidad y de su absoluto poder; dando el ser á los elementos, vegetación á las plantas, sensación á los animales, inteligencia á los hombres. . . . Habita en mí, dándome todas estas propiedades que concede á las demás creaturas de los reinos animal, vegetal y mineral, . . . sobre todo, haciéndome por su divina gracia templo suyo, pues he sido creado á su imagen y semejanza, redimido por mi Señor Jesucristo y santificado con los dones del Espíritu Santo. . . .! De manera que estando tan cerca de mí, y viviendo en mí mismo, pues "dentro de El vivimos, nos movemos y existimos," no hay ni puede haber en mí cosa alguna, . . . palabras, . . . obras y pensamientos, . . . que no le sean clarísimamente conocidos. . . . El está en los muebles de que uso, . . . en los vestidos que me cubren, . . . en las paredes de mi habitación, . . . en todo cuanto soy, cuanto me rodea, . . . y cuanto existe, . . . ¿Puede darse testigo más abonado y fidelísimo de todo cuanto hago, . . . digo y pienso, . . .?

Y ¿qué le daré por esta continua y amorosísima vigilancia, con que me cuida y favorece, . . .? Le

ofreceré la persuasión íntima y el sentimiento respetuoso y constante de su misma presencia..... La presencia de Dios en todos los actos de mi vida me mirará más estrechamente. El:..... este es el gran secreto de la vida espiritual.....

PUNTO III.

Dios trabaja en las creaturas.—Considerémosle como si en todas ellas trabajase, puesto que realmente de El procede y de El en todos los instantes dependen la vida y la actividad de todos los seres,..... pues conserva y favorece con la vegetación, sensación é inteligencia á los hombres, animales, plantas, y elementos todos de la creación..... En mi pensaba con amorosa providencia, y por mí prestaba su asistencia y su poder á la tierra en que crecían aquellos saludables pastos, que daban crecimiento y robustez á los animales de cuya carne me alimento.... Allí pastaba aquella oveja, cuya lana ha servido después de tantas transformaciones, para tejer el vestido con que me cubro..... En aquellos otros campos y bajo los cuidados de la divina providencia, vejetaba frondoso y lozano aquel árbol, que dió por fruto esta manzana.... Esto reflexionaba un día la regaladísima Esposa del divino Jesús, Santa Maria Magdalena de Pazzi, cuando en el refectorio le sirvieron á la comida una manzana: al verla tan hermosa, tan sana y matizada de tan vivos colores, pensó desde luego en la paternal y tiernísima providencia con que el Señor nos atiende y nos regala, y tan dulce impresión causaron en su alma estas consideraciones,

que en aquel mismo sitio quedo elevada y estática delante de toda la comunidad.....

Pues ¿qué le ofreceré al Señor como pequeño testimonio de mi profunda gratitud por tan amorosos cuidados.....? Le ofreceré con toda el alma rectitud y pureza de intención en todos mis actos,..... obras, palabras y pensamientos..... ¿El dedica su actividad y su poder á favorecerme con tan prolifas atenciones.....? Pues yo viviré únicamente para El, y en todo trabajaré por El,..... para su mayor gloria.....

PUNTO IV.

Todo cuanto hay de bueno sobre la tierra, es un destello tan sólo de la infinita grandeza de Dios.—De El procede todo cuanto aquí nos agrada y embelena.... "Toda dádiva preciosa, y todo don perfecto, de arriba viene, como que descendiendo del Padre de las Luces, en quien no cabe mudanza, ni sombra de variación." Talentos, cualidades, virtudes: salud, riqueza, bondad, gracia y hermosura,..... todo descendiendo, todo tiene su origen en la fuente inagotable de todo bien, en Dios nuestro Señor, así como los rayos de luz vienen del Sol, y de las fuentes brotan las aguas.... Si hay algo que en este mundo me halague y me encadene,..... razón hay para trozar las más fuertes cadenas y los más encantadores halagos, si recuerdo que las riquezas y hermosura que de algún modo cautivan mi corazón, no son más que un destello, destello insignificante y no bien reflejado de aquella riqueza infinita que nunca se agota,..... de aquella suavísima y encantadora hermosura, que

hace más de sesenta siglos vienen contemplando ansiosos y dulcemente embalsados los ángeles; y la contemplarán sin pestañear y sin cansarse por toda la eternidad.!

Y ¿qué! Esa eterna hermosura, esa inagotable fuente de todo bien, ese inmenso piélago de suavidad, de riqueza, de misericordia, de santidad y de justicia, ¿nada dice á mi corazón,? Pues si en El encuentro todo lo bueno ¿por qué añorarme á las miserables naderías del mundo, que, sobre ser pobres y mezquinas, tan pronto pasan,? ¿Cómo no amar con toda el alma á este divino Dueño, que tanto me ha favorecido y esperado, que en mi vive, que á mi bien dedica sus amorosos cuidados y su infinito poder, á este Señor de tan adorable majestad y de tan encantadora belleza, ...?

Afectos. Propósitos. Coloquios.

El "Angelus Domini" y el "Regina Coeli."

El Seráfico Doctor San Buenaventura, en un Capítulo general celebrado en Pisa, mandó á todos los Padres de su Orden que exhortasen á los fieles á venerar, al vir por la tarde el sonido de la campana, el misterio de la Encarnación, rezando tres veces el *Ave Maria*. Esta piadosa práctica, introducida más tarde en otros países, fué aprobada por Juan XXII en una Bula expedida en Aviñón el 13 de Octubre de 1318, concediéndole algunos días de indulgencia. Tal fué el origen del *Angelus*.

V. *Angelus Domini nuntiavit* V. El Ángel del Señor anunció
María. á María.

R. *Et concepit de Spiritu* R. Y concibió del Espíritu
Santo. Santo.

Ave, María. *Dios te salve, María.*

V. *Ecce ancilla Domini.* V. He aquí la esclava del Se-
ñor.

R. *Fiat mihi secundum ver-* R. Hágase en mí según tu pa-
bum tuum. labra.

Ave, María. *Dios te salve, María.*

V. *Et Verbum carofactum est.* V. Y el Verbo se hizo carne.

R. *Et habitavit in nobis.* R. Y habitó entre nosotros.

Ave, María. *Dios te salve, María.*

V. *Ora pro nobis, sancta Dei* V. Ruega por nosotros, santa
Genitrix. Madre de Dios.

R. *Ut digni efficiamur pro-* R. Para que seamos dignos
missionibus Christi. de alcanzar las prome-
sas de Jesucristo.

Oramus.

Oramos.

Gratiam tuam, quesumus, Rogámoste, Señor, que in-
Domine, mentibus nostris in- fundéis vuestra gracia en
fundit; ut qui, Angelo nun- nuestras almas, para que,
tiante, Christi Filii tui In- pues hemos creído la Encar-
arnationem cognovimus, per nación de Vuestro Hijo y Se-
Passionem ejus et Crucem ad ñor nuestro Jesucristo, anun-
Resurrectionis gloriam per- ciada por el Ángel, por los
ducamur, Per eundem Chri- merecimientos de su santísi-
stum Dominum nostram. ma Pasión y muerte alcancemos
Amén. la gloria de su Resurrección. Por el mismo Cristo,
nuestro Señor. Amén.

(Durante el tiempo Pascual, en lugar del "Angelus," se reza en pie el "Regina coeli.")

hace más de sesenta siglos vienen contemplando ansiosos y dulcemente embalsados los ángeles; y la contemplarán sin pestañear y sin cansarse por toda la eternidad.!

Y ¿qué! Esa eterna hermosura, esa inagotable fuente de todo bien, ese inmenso piélago de suavidad, de riqueza, de misericordia, de santidad y de justicia, ¿nada dice á mi corazón,? Pues si en El encuentro todo lo bueno ¿por qué añorarme á las miserables naderías del mundo, que, sobre ser pobres y mezquinas, tan pronto pasan,? ¿Cómo no amar con toda el alma á este divino Dueño, que tanto me ha favorecido y esperado, que en mi vive, que á mi bien dedica sus amorosos cuidados y su infinito poder, á este Señor de tan adorable majestad y de tan encantadora belleza, ...?

Afectos. Propósitos. Coloquios.

El "Angelus Domini" y el "Regina Coeli."

El Seráfico Doctor San Buenaventura, en un Capítulo general celebrado en Pisa, mandó á todos los Padres de su Orden que exhortasen á los fieles á venerar, al vir por la tarde el sonido de la campana, el misterio de la Encarnación, rezando tres veces el *Ave Maria*. Esta piadosa práctica, introducida más tarde en otros países, fué aprobada por Juan XXII en una Bula expedida en Aviñón el 13 de Octubre de 1318, concediéndole algunos días de indulgencia. Tal fué el origen del *Angelus*.

V. *Angelus Domini nuntiavit* V. El Ángel del Señor anunció
María. á María.

R. *Et concepit de Spiritu* R. Y concibió del Espíritu
Santo. Santo.

Ave, María, *Dios te salve, María,*

V. *Ecce ancilla Domini.* V. He aquí la esclava del Se-
ñor.

R. *Fiat mihi secundum ver-* R. Hágase en mí según tu pa-
bum tuum. labra.

Ave, María, *Dios te salve, María,*

V. *Et Verbum carofactum est.* V. Y el Verbo se hizo carne.

R. *Et habitavit in nobis.* R. Y habitó entre nosotros.

Ave, María, *Dios te salve, María,*

V. *Ora pro nobis, sancta Dei* V. Ruega por nosotros, santa
Genitrix. Madre de Dios.

R. *Ut digni efficiamur pro-* R. Para que seamos dignos
missionibus Christi. de alcanzar las prome-
sas de Jesucristo.

Oramus.

Oramos.

Gratiam tuam, quesumus, Rogámoste, Señor, que in-
Domine, mentibus nostris in- fundéis vuestra gracia en
fundit; ut qui, Angelo nun- nuestras almas, para que,
tiante, Christi Filii tui In- pues hemos creído la Encar-
arnationem cognovimus, per nación de Vuestro Hijo y Se-
Passionem ejus et Crucem ad ñor nuestro Jesucristo, anun-
Resurrectionis gloriam per- ciada por el Ángel, por los
ducamur, Per eundem Chri- merecimientos de su santísi-
stum Dominum nostram. ma Pasión y muerte alcancemos
Amén. la gloria de su Resurrección. Por el mismo Cristo,
nuestro Señor. Amén.

(Durante el tiempo Pascual, en lugar del "Angelus," se reza en pie el "Regina coeli.")

Regina coeli letare, alleluia; Alegraos, Reina del Cielo, alleluia;
Quia quem meruisti portare, alleluia; Porque el que habéis merecido llevar en vuestro seno virginal, alleluia,
Resurrexisti, sicut dixit, alleluia; Resucitad, como lo habia dicho, alleluia,
Ora pro nobis Domine, alleluia. Rogad á Dios por no soñros, alleluia.

V. *Gaudete et letetare, Virgo Maria, alleluia.* V. Gozáos y alegráos, Virgen María, alleluia.

R. *Quia surrexit Dominus vere, alleluia.* R. Porque el Señor verdaderamente ha resucitado, alleluia.



Oremus.
 Deus, qui per Resurrectionem Filii tui Domini nostri Iesu Christi mundum laetificare dignatus es: praesta, quaesumus, ut per ejus Genitricem Virginem Mariam perpetuae capiamus gaudia vitae. Per eundem Christum Dominum nostrum. Amen.

Oremus.
 Oh Dios, que os habéis dignado alegrar al mundo por la Resurrección de nuestro Señor Jesucristo, vuestro Hijo; haced, os suplicamos, que por la intercesión de su Madre la Virgen María, consigamos los goces de la vida eterna. Por el mismo Jesucristo nuestro Señor. Así sea.

Indulgencia plenaria una vez al mes, el día que elijan, para todos los fieles que, cada día, al toque de la campana, por la madrugada, ó al medio día ó al anocheecer, recen devotamente, y de rodillas, el *Angelus* con las tres Ave Marias; á condición de que se confiesen, comulguen, y oren según las intenciones ordinarias, *Cum Suis*, en todos los demás días del año.

1 Para ganar estas indulgencias, no es necesario que la campana esté bendita. (Decretos auténticos, núm. 414.)

cada vez que recen con el corazón contrito y con devoción el *Angelus* con las tres Ave Marias. Estas indulgencias no quedan suspendidas durante el año santo.

Los religiosos, religiosas y demás personas que vivan en comunidad, si no pueden rezar el *Angelus* ó el *Regina coeli* al toque de la campana, por estar ocupados en ese momento en algún ejercicio de Regla; ganan del mismo modo las indulgencias, con tal que lo recen inmediatamente que terminen ese ejercicio.

Estas preces deben rezarse en fin todos los domingos del año, desde las primeras vísperas del sábado.

Durante el tiempo de Pascua, desde el Alleluia de la Misa del Sábado Santo hasta después de la Misa del Sábado después de Pentecostés, en vez del *Angelus*, se reza el *Regina coeli* en fin, con el verso y la oración correspondiente. Los que no sepan el *Regina coeli*, ganarán las indulgencias rezando el *Angelus*.

Los fieles que no hayan oído la campana, ganan las indulgencias si á las horas designadas, poco más ó menos, rezan devotamente y con el corazón contrito:

1 Benedicto XIV. Breve *Injunctae nobis*, del 14 de Septiembre de 1724.

2 Rescripto de la S. Congregación de Indulgencias, de 5 de Diciembre de 1727.

3 Notificación del Cardenal Vicario, publicada el 20 de Abril de 1742.

4 No se ganan las indulgencias, si se rezan otros versículos ó responsorios absiatis del expresado. (S. Congr. Indulg. en 12 de Marzo de 1853, Decc. autént. núm. 367, ad. 5.)

5 Pio VI, Rescripto de la Congregación de la Propaganda, el 18 de Marzo de 1781.

el *Angelus* ó el *Regina coeli*, según la diversidad de los tiempos.

Las mismas indulgencias ganan los fieles que por alguna causa razonable no puedan hincar de rodillas ú óir el toque de la campana,¹ con tal que dignamente, con atención y devoción recen por la mañana, ó al medio día ó al anochecer, el *Angelus* y las tres *Ave Marias*, con el versículo *Ora pro nobis* y la oración *Gratiam tuam*,² y durante el tiempo de Pascua, el *Regina coeli* con el versículo y la oración correspondiente: el que no los sabe ó no sabe leer, debe rezar en cambio cinco *Ave Marias*.

En los tres últimos días de la *Semana santa* se pueden ganar también las indulgencias del *Angelus*; pero el Sábado santo á medio día debe rezarse ya en pie el *Regina coeli*.

ORACIONES PARA ANTES DE LA CONFESIÓN.

¡Oh clementísimo Dios y Señor mío! Gracias innumerables Os doy, porque, siendo tantos y tan graves mis pecados, no habéis permitido que muriese estado tan miserable. Si hasta aquí he sido tan ingrato, firmemente propongo enmendar desde ahora mi vida, y en adelante corresponder diligente y reconocido á vuestras gracias. Y ahora, y siempre,

1 León XIII, por Rescripto de la S. Cong. de Indulgencias, del 3 de Abril de 1884.

2 Es necesario, para govar de esta concesión, pues esos versículos y oración no son obligatorios para los que rezan el *Angelus* "de rodillas" y "al toque de la campana."

3 Declaración de la S. Congreg. de Indulgencias, del 19 de Junio de 1885.

Os alabo y Os bendigo con toda el alma, Dios y Señor mío, que vivís y reináis por los siglos de los siglos.—Amén.

Iluminadme, Señor, Vos que tenéis tan observada toda mi vida y hasta los últimos repliegues de mi conciencia. ¡Venid, verdadera Luz! y disipad las tinieblas de mi corazón, para que pueda ver con claridad qué es lo que en mí Os desagrada, llore contrito mis pecados, los confiese todos con humildad y propósito de la enmienda, y Os satisfaga en la medida de mi pequeñez y debilidad.

Recibid, Señor, la confesión que voy á hacer, y perdonadme, dulcísimo Jesús mío, á quien yo, pecador miserable, soy indigno de nombrar; pues tanto Os he ofendido por mi culpa, por mi culpa, por mi gravísima culpa. Ante Vos me postro rendido, oh Bondad infinita, y me confundo y avergüenzo de levantar ante Vos mis ojos, porque se han multiplicado mis iniquidades y me tienen agobiado como pesada carga.... Pero Vos, oh clementísimo Jesús, seréis propicio á este pobre pecador. "No me reprendáis en medio de vuestra saña, no me castigéis en la fuerza de vuestro enojo, ni me arrojéis de vuestra presencia. ¡Oh buen Jesús, que habéis dicho! "No quiero la muerte del pecador, sino que se convierta y viva;" dignaos acogermé, pues vuelvo á Vos, penitente y contrito! Vos sois mi Salvador y mi Dios; yo vuestro siervo, aunque malo, aunque indigno y pecador. Pero ¡perdón, oh Jesús piadosísimo! que habéis muerto en la cruz para salvar á los pecadores.

Concedidme la gracia de una verdadera y perfecta contrición de mis pecados, para que los aborrezca y los deteste de lo íntimo de mi corazón. Enviad á mi alma un rayo de luz, que me haga conocer y confesar con dolor y arrepentimiento todas mis iniquidades é ingraticudes contra Vos.

¡Oh elementísima Virgen María, Madre amantísima de mi Señor Jesucristo, compadeceos de mí, é interceded en mi favor con vuestro divino Hijo. Pedidle para mí completo perdón de mis pecados, y perfecta enmienda de mi vida, para la salvación de mi alma y sempiterna gloria vuestra y de vuestro divino Hijo. — Amén.

La misma gracia os pido humildemente, santo Ángel de mi guarda y santos Patronos míos. Santos y Santas de Dios, interceded por este pobre pecador, que se arrepiente de sus culpas, y quiere confesarlas y enmendarse de ellas. — Amén.

PARA DESPUES DE LA CONFESION.

ORACIÓN.

Os ruego, dulcísimo Jesús mío, por los méritos de la bienaventurada Virgen María, vuestra purísima Madre y de todos los santos, que Os sea accepta esta confesión que acaba de hacer, y suplan vuestra piedad é infinita misericordia lo que en ésta y en las demás confesiones laya faltado en suficiencia de contrición, pureza é integridad, de manera que, por vues-

tra paternal elemencia, plena y perfectamente me tengáis por absuelto en el cielo. Vos, que vivís y reináis con Dios Padre en unidad del Espíritu Santo, por los siglos de los siglos. — Amén.

Vuelvo á Vos, oh benignísimo Jesús, y Os doy gracias por haberos dignado sanarme de la repugnante lepra de mis pecados. ¡Sea bendito Vuestro Nombre dulcísimo, oh buen Jesús, por los siglos de los siglos! Verdaderamente, Vos sois mi Jesús, es decir, mi Salvador, que á nadie rechazáis, aunque sea tan pecador como yo, que recibís en vuestra gracia á los que se Os acercan sinceramente arrepentidos y los inscribís en el número de vuestros hijos. Reconozco y bendigo, oh mi Jesús amabilísimo, esas tiernísimas entrañas de vuestra paternal misericordia, y desde hoy me consagro del todo á vuestro servicio. Ayudadme en mi debilidad, para que nunca vuelva á caer en mis anteriores pecados, ni jamás me separe de Vos. Estrechad con los brazos de Vuestro amor mi corazón y mi alma con tal fuerza, que pueda decir con el Apóstol: "¿Quién me separará del amor de Jesucristo?"

Salmo CII, en acción de gracias á Dios nuestro Señor, por el perdón de los pecados y demás beneficios que de El recibimos.

1. Bendice, oh alma mía, al Señor, y bendigan todas mis entrañas su santo Nombre.

2. Bendice al Señor, alma mía, y guárdate de olvidar ninguno de sus beneficios.

3. El es quien perdona todas tus maldades; quien sana todas tus dolencias.

4. Quien rescata de la muerte tu vida; el que te corona de misericordias y gracias.

5. El que sacia con sus bienes tus deseos; para que se renueve tu juventud como la del águila.

6. El Señor hace mercedes; y hace justicia á todos los que sufren agravios.

7. Hizo conocer á Moisés sus caminos, y á los hijos de Israel su voluntad.

8. Compasivo es el Señor y benigno, tardó en airarse y de gran clemencia.

9. No durará para siempre su enojo, ni estará amenazando perpetuamente.

10. No nos ha tratado según merecían nuestros pecados, ni dado el castigo debido á nuestras iniquidades.

11. Antes bien, enaúta es la elevación del cielo sobre la tierra, tanto ha engrandecido El su misericordia para con aquellos que le temen.

12. Cuanto dista el Oriente del Occidente, tan lejos ha echado de nosotros nuestras maldades.

13. Como un padre se compadece de sus hijos, así se ha compadecido el Señor de los que le temen.

14. Porque conoce bien El la fragilidad de nuestro ser. Tiene muy presente que somos polvo.

15. Y que los días del hombre son como el heno; como flor del campo, así florece, y se seca.

16. Porque el espíritu estará en él como de paso;

y así el hombre dejará pronto de existir, y le desconocerá el lugar mismo que ocupaba.

17. Pero la misericordia del Señor permanece desde la eternidad, y para siempre sobre aquellos que le temen. Su justicia no abandonará jamás á los hijos y nietos.

18. De aquellos que observan su alianza, y conservan la memoria de sus mandamientos, para ponerlos en práctica.

19. El Señor asentó en el cielo su trono; y su reino dominará sobre todos.

20. Bendecid al Señor todos vosotros, oh ángeles suyos, vosotros de gran poder y virtud, ejecutores de sus órdenes, prontos á obedecer la voz de sus mandatos.

21. Bendecid al Señor todos vosotros que componéis su celestial milicia, ministros suyos que hacéis su voluntad.

22. Criaturas todas de Dios, en cualquier lugar de su universal imperio, bendecid al Señor; bendecid tú, oh alma mía, al Señor.

ORACIONES

PARA ANTES DE LA COMUNION.

A la Mesa de tu dulcísimo banquete me acerco, oh Jesús mío piadosísimo, yo miserable pecador. Sin presumir de mérito alguno por mi parte, y confiando

1. Porque cuando el cuerpo y el alma después de la muerte se reúnan, se adentrará ésta, al ver impuro el cuerpo que dejó mortal.

2. Esto es, su fidelidad en las promesas.

tan sólo en vuestra bondad y misericordia, teno acercarme á tan pura y altísima Majestad. Porque tengo el cuerpo y el corazón manchado con muchos crímenes, y no he guardado con vigilancia el entendimiento, ni la lengua. Por esto, yo miserable, vacilando entre tantas angustias, recurro, oh Majestad piadosísima, á la fuente inexhausta de misericordia. Me apresuro á venir, para que me sanéis; acójeme bajo vuestra poderosa protección, y no pudiendo presentarme á Vos como Juez, suspiro por abrazaros como á Salvador. A Vos, Señor, manifiesto avergonzado mis llagas; conozco mis pecados, veo que son muchos y enormes; y temo. Pero espero, sobre todo, en vuestras misericordias, que no tienen número. Miradme, pues, con ojos de clemencia, amabilísimo Jesús, Rey eterno, Dios y Hombre, crucificado por amor nuestro. Oídmeme; pues espero en Vos, y apiadaos de mí, que estoy lleno de miserias y de pecados. Salve, Víctima saludable, ofrecida en el patíbulo de la cruz por mí y por todo el género humano. Salve, Sangre preciosa y nobilísima, que brotó de las Llagas de Cristo mi Señor crucificado, para lavar los pecados de todo el mundo. Acordaos, Señor, de vuestra creatura, que habéis redimido con vuestra divina sangre. Que ese cuerpo y esa sangre de infinito valor purifiquen mi alma, regeneren mis sentidos y me hagan fuerte contra las astucias y asechanzas del enemigo infernal.—Amén.

Encended, oh buen Jesús, con el fuego de vuestro amor este mi corazón, que os ofrezco en holocausto,

y extinguid toda llama de amor terreno, para que nada en el mundo me agrade fuera de Vos. En sólo vuestro amor deseo vivir y anhele morir.

Oigo vuestra voz, oh Jesús mio dulcísimo: "Venid á mí, todos los que andáis agobiados con trabajos y aflicciones; que yo os aliviaré." Extendidos en la cruz vuestros brazos, me esperaréis. Vengo, oh buen Jesús; admitidme, os ruego, para que estrechamente abrazado á Vos, para siempre perseveré en vuestro amor.

Mandáisme que no comparezca vacío en vuestra presencia. Pero ¿qué os daré, oh mi amantísimo Jesús? Recibid los dones de vuestra bondad; las facultades del alma que dedico desde hoy á vuestro obsequio: memoria, entendimiento y voluntad. Que de Vos sólo me acuerde; que nada sepa fuera de Vos; que sólo á Vos ame, y que en ninguna cosa mía me ocupe en adelante, sino en lo que es de vuestra mayor gloria.

PARA DESPUES DE LA COMUNION.

He encontrado al que ama mi alma; le abrazo, y ya no le dejaré. A Vos abrazo, mi dulce Jesús, y en Vos tengo todo el gozo que mi amor pudiera desear. Tengo en Vos el tesoro de mi corazón, y en Vos poseo todas las cosas. Sienta mi alma la grandeza de vuestra presencia, y guste cuán suave sois, oh Señor! para que purísimamente enamorada de Vos, nada busque ya fuera de Vos; nada ame, sino por Vos. Vos sois mi Rey; no os olvidéis de mis tribulaciones y miserias. Vos sois mi Juez;

perdonad mis pecados, y compadeceos de mí..... Vos sois mi médico; sanad todas mis enfermedades..... Vos, el Esposo de mi alma; desposaos conmigo para siempre..... Vos, mi Capitán y mi defensor; ponedme á vuestro lado, y pelee contra mí la mano de quien quiera..... Vos os habéis hecho víctima por mí; y yo os ofreceré perpetuamente sacrificio de alabanza..... Vos sois mi Redentor; redimid mi alma de mano de mis enemigos, y salvadme..... Vos sois mi Dios y todas mis cosas. Y ¿qué cosa puedo apetecer yo del cielo, ni qué he de desear sobre la tierra fuera de Vos, oh Dios mío?"

¿Que os daré, oh Padre de las misericordias? Porque de tal manera habéis amado al mundo, que disteis por él á vuestro Hijo unigénito, no sólo para que padeciese la muerte por nuestra salvación, sino para que fuese alimento de nuestras almas y estuviese con nosotros, hasta la consumación de los siglos. Ofrezcoos, pues, en acción de gracias, este mismo Hijo vuestro amadísimo, que, aunque indigno, acabo de recibir por beneficio vuestro, y con El me ofrezco á mí y todas mis cosas.....

¿Qué os daré, oh Hijo amabilísimo de Dios vivo? Porque, no sólo os habéis dignado tomar nuestra propia naturaleza y morir por mí, sino venir á mi corazón en vuestra propia carne, para que unido con vuestra carne á la mía, y con vuestra alma á mi misma alma, me hiciese en cierta manera uno con Vos, y puesto que soy ya partícipe de vuestra humanidad sacratísima, resultase partícipe también de vuestra

adorable divinidad..... ¡Oh dignación de inmensa caridad! ¿Quién es el hombre para que así le engrandezcáis ó para que se ocupen en él vuestro Corazón? ¡Oh Jesús mío! ¿De qué manera os daré gracias? ¿Qué os daré por aquel amor infinito, con que me habéis favorecido? Recibid en retorno todo mi ser; pues habiendo perecido todo él, por mí os habéis dado del todo á Vos mismo. Pero, pues yo no puedo ser oblación digna para Vos, os ofrezco á vuestro mismo Padre amantísimo, y con El al Espíritu Santo; os ofrezco á vuestra purísima Madre, la Virgen María, pues nada, después de vuestro eterno Padre, y del Espíritu Santo, puede seros tan amable como Ella en los cielos, ni en la tierra. Recibidme, pues, aunque indigno, oh Jesús, en unión de esta oblación preciosísima, y haced que eternamente goce de vuestra gloria, cuya prenda me habéis dado ya en este augusto Sacramento.—Amén.

¿Qué os daré, oh Espíritu Santo, que, procediendo del Padre y del Hijo, sois la fuente y el origen del amor que sobre mí habéis derramado con tanta bondad? Por Vos conmovido el Padre, dió al mundo á su Hijo Unigénito; por Vos el Hijo se ofreció á nuestra redención. Vos habéis enriquecido con vuestros dones, para que fuese Madre suya purísima, á la Inmaculada Virgen María, y de su carne virginal habéis formado ese precioso cuerpo, que ahora, por vuestro beneficio, acabo de recibir en el augusto Sacramento de la Eucaristía. Vos me hacéis participante de sus méritos; de Vos proceden los dones de todas las gracias. ¿Qué gracias, pues, os daré, oh divino Espíritu? Recibid mi corazón, que os habéis

dignado hacer objeto de vuestra benignidad y de vuestro amor. Purificadle, os ruego, de toda mancha de pecado; adornadle con los siete dones de vuestras gracias, y preparadle para que os sea agradable templo. . . . Venid, Paricéltio divino; venid, Padre de los pobres, fuente de las gracias.—Amén.

LA SANTA MISA.

Grande es la importancia de la sagrada *Misa*; así llamado este santo Sacrificio; porque, como enseña Santo Tomás, la ofrenda, es enviada del cielo á la tierra, pues de allí viene Cristo nuestro Señor al Sacramento; y los fieles por medio del sacerdote, y todos por mano de los ángeles, la vuelven á enviar de la tierra al cielo, presentándola á Dios nuestro Señor. Una de las excelencias de este santo Sacrificio, es que ha de ser perpetuo en la Iglesia hasta el fin del mundo. En él se presenta una ofrenda tan pura y santa, que no puede serlo más; porque es el mismo Jesucristo, Dios y Hombre verdadero, que en cuerpo mortal y pasible se ofreció en la noche de la Cena. No quiso el divino Jesús fiar tan preciosa ofrenda á solos sacerdotes que fuesen puros hombres; sino que, aunque para ello se vale de hombres que sean instrumentos suyos. El mismo quiere ser el principal sacerdote, y desde el cielo, por medio de los sacerdotes, que son como embajadores suyos, ofrece este Sacrificio por nosotros. Por eso, el sacerdote, citando consagra, no habla en su nombre, sino en el de Cristo nuestro Señor. Este santo Sacrificio es el mismo que el divino Jesús ofreció en la cruz,

aunque de diferente manera, como enseña el santo Concilio de Trento; porque en la cruz El mismo se sacrificó á sí mismo, puesto que por su voluntad se ofreció á la muerte, cuyos ejecutores fueron los verdugos; pero en la Misa ofreciese á sí mismo para representar esta Pasión, tomando por ejecutores á los sacerdotes. El Sacrificio de la cruz fue causa universal de nuestra redención, con el precio de la sangre que se derramaba por todos; pero el de la Misa, aunque contiene toda aquella sangre, es para aplicarla en particular á cada uno, aunque en lo demás son un mismo sacrificio.

Cuando el divino Salvador vino al mundo en carne mortal, para ser crucificado en la cruz, bajó del cielo el ejército de la milicia celestial, cantando con alegría. En la hora de este santo Sacrificio de la Misa, dice San Gregorio, á la palabra del sacerdote ábrense los cielos y bajan también los ángeles para asistir á este tremendo misterio. ¡Oh milagro de ardentísima caridad! El que está sentado en la gloria con el Padre, en aquel momento anda entre las manos de los hombres, y se entrega á los que quieren recibirle. El que "se sienta sobre los querubines, y vuela sobre las plumas de los vivos," viene á ser sacrificado para servir de alimento á los hombres. . . .

Es la Misa un sacrificio de acción de gracias, con infinita eficacia para agradecer á Dios todos los beneficios que nos ha hecho, aunque sean innumerables é infinitos; por eso se llama sacrificio *eucarístico*. Vale también para *impetrar* y alcanzar de Dios los demás bienes que le pedimos, corporales y espirituales, temporales y eternos; pues en ella no sólo pedimos

á Dios por título de misericordia, sino que le ofrecemos el precio que nos mereció Cristo nuestro Señor en su Pasión, que para nosotros es también título de justicia. Y no sólo pedimos en nombre de Cristo, sino que le ofrecemos al mismo Cristo con sus infinitos merecimientos.

Este divino Sacrificio es por excelencia *propiciatorio y satisfactorio* por nuestros pecados, aplicándonos por ellos las infinitas satisfacciones del Salvador, y el precio de su misma Pasión.

Todos lo que participan del fruto de la Misa, pueden reducirse á dos órdenes; los que la ofrecen y aquellos por quienes se ofrece. Entre los que la ofrecen, el principal es el *sacerdote*, el cual además de ser persona particular, necesitada de este mismo sacrificio como los demás fieles, en él es *persona pública* por dos títulos: porque representa la persona del sumo sacerdote Jesucristo nuestro Señor, cuyo instrumento es para ofrecer este Sacrificio; y porque le ofrece en nombre de la Iglesia universal. Ofrecen, en segundo lugar, este sacrificio todos los fieles que asisten á la Misa, ó piden que se diga por ellos; los cuales por medio del sacerdote y unidos con él hacen la misma ofrenda. Los demás fieles, excepto los excomulgados, pertenecen al segundo orden de aquellos por quienes se puede ofrecer; por modo de *impetración* se puede generalmente extender á todos los hombres del mundo; y por las benditas almas del Purgatorio por vía de *satisfacción* por sus pecados.

El primero de los *frutos* de la sagrada Misa, es la *remisión* de las culpas mortales, no como se hace por el Sacramento de la Penitencia, sino impetrando

para los pecadores por quienes se ofrece, la *perfecta contrición* con que se dispongan para que Dios les infunda la primera gracia, por la cual quedan justificados, aunque obligados á confesarlas en la primera ocasión que se les ofrezca. Otro de los frutos, es la *remisión de los pecados veniales*. El tercero, es alcanzar del Señor *aumento de gracias y virtudes* y los *dones sobrenaturales* á cuya impetración se ordena la santa Misa. Y el cuarto, es la *impetración de bienes temporales*, en el grado en que ayudan á nuestra salvación.

Antes de ponerse las sagradas vestiduras, el sacerdote *se lava las manos*, diciendo: "Da, Señor, virtud á mis manos, para purificarme de toda culpa, y para que sin mancha de alma y cuerpo pueda emplearme en tu servicio."

Las *sagradas vestiduras* representan muy al vivo la preparación de virtudes y buenas obras con que debe adornarse el sacerdote para celebrar dignamente la santa Misa.

El *amito*, con que se cubre primero la cabeza y después los hombros, cubriendo el cuello del vestido, representa la virtud de la esperanza y confianza en Dios, tan necesaria á los sacerdotes en la celebración de este augusto misterio; por eso dicen al imponérselo: "Pon, Señor, en mi cabeza el yelmo de salud, para vencer en los encuentros de los enemigos."

Es el *alba* una vestidura de lienzo, que cubre todo el cuerpo hasta los pies, y representa la inocencia de la vida y la limpieza del corazón. Al vestírsela, dice el sacerdote: "Blanquéame, Señor, y limpia mi corazón, para que blanqueado con la sangre del Cordero, goce de los deleites eternos."

Para ceñirsela, se aplica el *cingulo*, que representa la virtud de la castidad, y dice el sacerdote: "Cifíeme, Señor, con cingulo de pureza, y apaga en mi carne el humor de la sensualidad, para que permanezca en mí la virtud de la continencia y castidad."

El *manípulo*, que se pone al sacerdote en el brazo izquierdo, significa la virtud del ego, que engendra tristeza y dolor de los pecados propios y ajenos, en cuanto son contrarios a la honra de Dios y a la salvación de las almas. "Merezca, Señor, dice el sacerdote al ponerse, llevar el manípulo, ó manajo de llanto y dolor, para que reciba con alegría el jornal de mi trabajo." Tiene el manípulo en su centro una cruz á manera de escudo, que indica las armas defensivas que hemos de prevenir para la guerra que sostenemos contra los enemigos que nos combaten con las cosas adversas de esta vida.

La *estola*, que se pone al cuello, cruzándola por medio del pecho, y sujetándola con el cingulo, significa la obediencia que se ha de tener á la ley de Dios, la cual manda el Espíritu Santo que pongamos en nuestro cuello como collar de grande estima, preciándonos de sujetarnos á ella y de llevar su yugo con humilde rendimiento. Al ponerse, besando la cruz que tiene en el medio, dice el sacerdote: "Devuélveme, Señor, la estola y la vestidura de inmortalidad, que perdí por el pecado del primer padre; y, aunque siendo indigno, me llegó á tu sagrado Sacramento, merezca yo alcanzar el gozo eterno."

La *casulla*, que es la más importante de las sagradas vestiduras, significa la virtud de la caridad, que hace suave el yugo de la ley y cruz de Cristo, y la

carga de sus preceptos y consejos. Por eso, dice el sacerdote al ponerse: "Oh Señor, que dijiste: mi yugo es suave, y mi carga ligera, concédeme que lo lleve de tal manera, que alcance tu gracia."

MISA DE LA MADRE SANTISIMA DE LA LUZ.

*Comiñzase invocando á la Santísima Trinidad; por-
que con su virtud debe hacerse toda obra que tiene por
blanco á Dios.*

V. En el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo.—Amén.—Me acercaré al altar de Dios.

R. Del Dios que llena mi alma de gozo siempre nuevo.

V. Juzgadme, Señor, y separad mi causa de la de los impios: libradme del hombre injusto y engañoso.

R. Vos sois mi fortaleza, oh Dios mio; ¿por qué me habéis desechado? y ¿por qué me dejáis en la tristeza y oprimido por mi enemigo?

V. Haced brillar sobre mi vuestra luz y vuestra verdad; que me conduzcan sobre vuestro santo monte y á vuestros tabernáculos.

R. Y me acercaré al altar de Dios, del Dios que llena mi alma de un gozo siempre nuevo.

V. Cantaré vuestras alabanzas con el arpa, oh Señor Dios mio; ¿por qué estás triste, alma mía, y por qué me perturbas?

R. Espera en Dios; porque yo le tributaré todavía acciones de gracias; El es mi salvador y mi Dios.

V. Gloria al Padre, y al Hijo, y al Espíritu Santo.

Para ceñirsela, se aplica el *cingulo*, que representa la virtud de la castidad, y dice el sacerdote: "Cifíeme, Señor, con cingulo de pureza, y apaga en mi carne el humor de la sensualidad, para que permanezca en mí la virtud de la continencia y castidad."

El *manípulo*, que se pone al sacerdote en el brazo izquierdo, significa la virtud del ego, que engendra tristeza y dolor de los pecados propios y ajenos, en cuanto son contrarios a la honra de Dios y a la salvación de las almas. "Merezca, Señor, dice el sacerdote al ponérselo, llevar el manípulo, ó manajo de llanto y dolor, para que reciba con alegría el jornal de mi trabajo." Tiene el manípulo en su centro una cruz á manera de escudo, que indica las armas defensivas que hemos de prevenir para la guerra que sostenemos contra los enemigos que nos combaten con las cosas adversas de esta vida.

La *estola*, que se pone al cuello, cruzándola por medio del pecho, y sujetándola con el cingulo, significa la obediencia que se ha de tener á la ley de Dios, la cual manda el Espíritu Santo que pongamos en nuestro cuello como collar de grande estima, preciándonos de sujetarnos á ella y de llevar su yugo con humilde rendimiento. Al ponérsela, besando la cruz que tiene en el medio, dice el sacerdote: "Devuélveme, Señor, la estola y la vestidura de inmortalidad, que perdí por el pecado del primer padre; y, aunque siendo indigno, me llego á tu sagrado Sacramento, merezca yo alcanzar el gozo eterno."

La *casulla*, que es la más importante de las sagradas vestiduras, significa la virtud de la caridad, que hace suave el yugo de la ley y cruz de Cristo, y la

carga de sus preceptos y consejos. Por eso, dice el sacerdote al ponérsela: "Oh Señor, que dijiste: mi yugo es suave, y mi carga ligera, concédeme que lo lleve de tal manera, que alcance tu gracia."

MISA DE LA MADRE SANTISIMA DE LA LUZ.

*Comiñzase invocando á la Santísima Trinidad; por-
que con su virtud debe hacerse toda obra que tiene por
blanco á Dios.*

V. En el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo.—Amén.—Me acercaré al altar de Dios.

R. Del Dios que llena mi alma de gozo siempre nuevo.

V. Juzgadme, Señor, y separad mi causa de la de los impios: libradme del hombre injusto y engañoso.

R. Vos sois mi fortaleza, oh Dios mio; ¿por qué me habéis desechado? y ¿por qué me dejáis en la tristeza y oprimido por mi enemigo?

V. Haced brillar sobre mi vuestra luz y vuestra verdad; que me conduzcan sobre vuestro santo monte y á vuestros tabernáculos.

R. Y me acercaré al altar de Dios, del Dios que llena mi alma de un gozo siempre nuevo.

V. Cantaré vuestras alabanzas con el arpa, oh Señor Dios mio; ¿por qué estás triste, alma mía, y por qué me perturbas?

R. Espera en Dios; porque yo le tributaré todavía acciones de gracias; El es mi salvador y mi Dios.

V. Gloria al Padre, y al Hijo, y al Espíritu Santo.

R. Como era en el principio, y ahora, y siempre, y por los siglos de los siglos.—Amén.

V. Me acercaré al altar de Dios.

R. Del Dios que llena mi alma de un gozo siempre nuevo.

V. Nuestro auxilio está en el Nombre del Señor.

R. Que hizo el cielo y la tierra.

Reza el sacerdote la Confesión general, y el ministro contesta:

R. Tenga misericordia de ti el Dios omnipotente, y después de perdonarte tus pecados conózcate á la vida eterna.

V. Amén.

R. Yo, pecador, me confieso á Dios Todopoderoso, á la bienaventurada siempre Virgen María, al bienaventurado San Miguel Arcángel, á los Santos Apóstoles San Pedro y San Pablo, á todos los santos, y á Vos, Padre, que pecqué gravemente con el pensamiento, palabra y obra, por mi culpa, por mi culpa, por mi gravísima culpa. Y por tanto ruego á la bienaventurada siempre Virgen María, al bienaventurado San Miguel Arcángel, á los Santos Apóstoles San Pedro y San Pablo, á todos los santos, y á vos, Padre espiritual, que rogéis por mí á Dios nuestro Señor.

V. Tenga misericordia de nosotros el Dios omnipotente; y después de perdonaros vuestros pecados, conózcaos á la vida eterna.

R. Amén.

V. Concedáanos indulgencia, absolución y el perdón de nuestros pecados el Señor omnipotente y misericordioso.

R. Amén.

V. ¡Oh Dios! Con una sola de vuestras miradas nos daréis la vida.

R. Y vuestro pueblo se regocijará en Vos.

V. Hacednos sentir, Señor, vuestra misericordia.

R. Y dadnos el Salvador que nos prepararás.

V. Señor, oid mi oración.

R. Y lleguen á Vos mis clamores.

V. El Señor sea con vosotros.

R. Y con tu espíritu.

ORACIÓN.

Haced desaparecer de nuestros corazones, oh Dios, todas las culpas que los hagan indignos de seros presentados, y entrar en vuestro Santuario. Os lo pedimos por Cristo nuestro Señor.—Amén.

Rogámoste, Señor, por los méritos de tus santos, cuyas reliquias descansan en este altar, y de todos los demás Santos, que Os dignéis perdonarme todos mis pecados.—Amén.

El humo del incienso que en la Misa solemne se exhala de todas las partes del altar, significa la oración que la Iglesia dirige á Jesucristo, y que éste hace subir con la suya propia al trono de su Eterno Padre.

El Introito es como el principio de la Misa, y se toma casi siempre de algún salmo; porque en tiempo de los Apóstoles, antes de celebrar este misterio, cantaban los fieles con algunos salmos las divinas alabanzas. Significa el Introito la ansiedad con que los Patriarcas y Profetas esperaban al divino Mesías.

INTROITO.

Dios te salve, oh santa Madre, que habéis engendrado al Rey que gobierna los cielos y la tierra por toda la eternidad.

Ps. Hirviendo está el pecho mío en sublimes pensamientos: al Rey consagro yo estos cantares.

V. Gloria al Padre, y al Hijo, y al Espíritu Santo. Dios te salve, oh santa Madre, etc.

V. Señor, ten piedad de nosotros.

R. Señor, ten piedad de nosotros.

V. Señor, ten piedad de nosotros.

R. Cristo, ten piedad de nosotros.

V. Cristo, ten piedad de nosotros.

R. Cristo, ten piedad de nosotros.

V. Señor, ten piedad de nosotros.

R. Señor, ten piedad de nosotros.

V. Señor, ten piedad de nosotros.

Replétese nueve veces, tres á cada una de las Personas de la Santísima Trinidad, pidiendo á cada una que tenga piedad de nosotros, comenzando el sacerdote y respondiendo el ministro. Entre los griegos todo el pueblo le acompaña diciendo lo mismo, para significar la instancia con que debemos pedir á Dios misericordia.

El "Gloria in excelsis."

Gloria á Dios en las alturas, y paz en la tierra á los nombres de buena voluntad. Alabámoste, Señor; te bendecimos; te adoramos; te glorificamos; dámoste gracias por tu infinita gloria; Señor Dios

nuestro, Rey del cielo, Dios Padre todopoderoso; Señor, Hijo Unigénito de Dios, Jesucristo; Señor Dios, Cordero de Dios, Hijo del Padre, que borras los pecados del mundo, ten piedad de nosotros; que borras los pecados del mundo, recibe nuestras humildes súplicas; que estás sentado á la diestra del Padre, ten piedad de nosotros; porque tú sólo eres Santo, tú sólo Señor, tú sólo Altísimo, Jesucristo, con el Espíritu Santo, en la gloria de Dios Padre.—Amén.

Las primeras palabras de este himno las cantaron los ángeles en la noche de la Natividad del Señor, y repítense en la Misa, pues en ella se da también gloria á Dios en el cielo, y paz á los hombres en la tierra, levantándolos de los afectos de la tierra á los deseos de los bienes eternos del cielo. Las demás palabras de tiernas alabanzas y fervorosos afectos de adoración, acción de gracias y petición, han sido añadidas por la Iglesia.

V. El Señor sea con vosotros.

R. Y con tu espíritu.

Con estas palabras se saludaban los antiguos patriarcas y demás siervos de Dios; y la Iglesia se vale de ellas, porque sirven también de mutua exhortación, avisándonos de la presencia de Dios.

Siguen después las oraciones. El sacerdote nos invita á orar con él, y él ora en nombre de todos. De aquí el nombre de "colectas," que se les da, porque los fieles "se reúnen" para orar en común, y "se recogen" en el espíritu, para hacerla con atención y fervor. Casi todas estas oraciones se concluyen con las palabras "Por nuestro Señor Jesucristo," etc., haciendo mención del reino eterno

de los cielos, para que crezca en nosotros el fervor y la confianza.

ORACIÓN.

¡Oh Dios! que habéis querido que vuestro Verbo tomase cuerpo humano en el seno purísimo de la bienaventurada Virgen María en el momento en que el Ángel le anunció este misterio; concedednos, como humildemente os lo suplicamos, que honrando á la que reconocemos como verdadera Madre de Dios, seamos por Vos favorecidos en gracia de su poderosa intercesión. Por el mismo nuestro Señor Jesucristo vuestro Hijo, que con Vos vive y reina en unidad del Espíritu Santo, que es Dios, por los siglos de los siglos.—Amén.

Síguese la "Epístola," que es una lección de la sagrada Escritura, del viejo ó nuevo Testamento, distinta de los Evangelios, y nos recuerda la predicación de los Profetas, y en especial de San Juan Bautista. En general está tomada de las "Cartas" de San Pablo á otros Apóstoles, á alguna de las antiguas Iglesias, y por eso se llama "epístola." Desde los primeros tiempos del catolicismo eran leídas en la iglesia con mucho respeto. Terminada la Epístola, dícese "Gracias á Dios," en reconocimiento á Su divina Majestad, por la merced que se nos hace con estos avisos espirituales tan provechosos.

EPÍSTOLA.

Lección del Libro de la Sabiduría. (Eccli., 24.)
Yo como la vid broté pimpollos de suave olor, y

mis flores dan frutos de gloria y de riqueza. Yo soy la Madre del bello amor, y del temor, y de la ciencia de la salvación, y de la santa esperanza. En mí está toda la gracia para conocer el camino de la verdad; en mí toda esperanza de vida y de virtud. Venid á mí todos los que os halláis presos de mi amor, y saclaos de mis dulces frutos; porque mi espíritu es más dulce que la miel, y más suave que el panal de miel mi berencia. Se hará memoria de mí en toda la serie de los siglos. Los que de mí comen, tienen siempre hambre de mí, y tienen siempre sed los que de mí beben, jamás se empalagan. El que me escucha, jamás tendrá de qué avergonzarse; y aquellos que se guían por mí, no pecarán. Los que me esclarecen, obtendrán la vida eterna.

R. Gracias á Dios.

Podemos considerar en el "Gradual" la penitencia que hacían por los desiertos de la Judea los que recibían el bautismo de San Juan Bautista. El aleluya nos recuerda la alegría dulcísima que siente el alma, cuando tiene la dicha de recobrar la gracia.

GRADUAL.

Y saldrá un renuevo del tronco de Jessé, y de su raíz se elevará una flor. 4

1 O de la caridad.

2 O me dan á conocer á los demás, especialmente á los pequeños, y á los hambrientos que piden el pan de la divina palabra.

3 Jessé era padre de David.

4 Esto, según los Santos Padres y sagrados Expositores, debe entenderse de Cristo nuestro Señor.

V. Y reposará sobre él el Espíritu del Señor.
 Aleluya. Aleluya. V. Sabed que una Virgen concebirá y dará á luz un hijo, y su nombre será Emmanuel, ó Dios con nosotros. Aleluya.

Inclinado profundamente el sacerdote al medio del altar, dice esta oración:

Purifica mi corazón y mis labios; ¡oh Dios todopoderoso! como purificaste los labios del Profeta Isaías con un carbón encendido; dignate por tu infinita misericordia purificarme de este modo; para que pueda dignamente anunciar tu santo Evangelio. Por Jesucristo nuestro Señor.—Amén.

Dirigese el sacerdote al lado del Evangelio, y dice:

V. El Señor sea con vosotros.
 R. Y con tu espíritu.

Por la devoción y grande reverencia con que debe leerse el santo Evangelio, pide el sacerdote gracia y bendición á Dios nuestro Señor. Dicese antes de su lectura el "Domine vobiscum," para recordar que con los fieles está el Salvador; el cual decia: "Vosotros me llamáis Señor y Maestro, y decís bien, porque lo sois." Hácese sobre la libra la señal de la cruz, para significar que la doctrina del Evangelio es de Cristo crucificado y de los misterios de la cruz y mortificación; y la cruz con que nos signamos en la frente, boca y pecho, indica que esa doctrina debe imprimirse en el pensamiento, en la palabra y en la obra. Bésase el lugar del Evangelio en que se ha hecho la cruz, para significar la reverencia y el amor con que debe abrazarse su doctrina.

Y al leerle, todas se ponen en pie, para denotar la prontitud con que ha de ser practicada y la fortaleza con que debe ser defendida.

EVANGELIO.

(Lo que sigue, es del santo Evangelio, según San Lucas, cap. 2.)

En aquel tiempo, cuando ya se volvian (los padres de Jesús, de Jerusalén á Nazaret), se quedó el niño Jesús en Jerusalén, sin que sus padres lo advirtiesen. Antes bien persuadidos de que venia con alguno de los de su comitiva, anduvieron la jornada entera buscándole entre los parientes, y conocidos. Mas como no le hallasen, retornaron á Jerusalén, en busca suya. Y al cabo de tres dias de haberle perdido, le hallaron en el templo, sentado en medio de los doctores, que ora los escuchaba, ora les preguntaba. Y cuantos le oían quedaban pasmados de su sabiduría y de sus respuestas. Al verle, pues, sus padres, quedaron maravillados: Y su Madre le dijo: "Hijo, ¿por qué te has portado así con nosotros? Mira cómo tu padre y yo llenos de aflicción te hemos andado buscando." Y el les respondió: "¿Cómo es que me buscabais? ¿No sabiais que yo debo emplearme en las cosas que miran al servicio de mi Padre?" Mas ellos por entonces no comprendieron el sentido de su respuesta. En seguida se fué con ellos, y vino á Nazaret; y les estaba sujeto.

R. Alabado seas, Jesucristo.

Besa el sacerdote el Misal, en el comienzo del Evangelio, diciendo:

Por estas palabras evangélicas que se han leído, séannos perdonados nuestros pecados.

Vuelve en seguida al medio del altar, y reza el "Credo," ó Símbolo Niceno-Constantinopolitano, en el cual se contienen las principales verdades de la fe. Oyese en pie; pero al llegar al "Incarnatus est," hincan todos la rodilla, por tres razones: para adorar la infinita majestad de Dios por el beneficio tan singular de la Encarnación; para confesar y agradecer con este el anonadamiento del divino Verbo al tomar la forma de hombre; y para reconocer que si por nuestros pecados hemos caído tanto, por la divina misericordia nos levantamos al estado de gracia.

CREDO.

Creo en un solo Dios todopoderoso, Creador del cielo y de la tierra, de todas las cosas visibles é invisibles, y en un solo Señor Jesucristo, Hijo único de Dios, que nació del Padre, antes de todos los siglos: Dios de Dios, Luz de Luz, verdadero Dios de Dios verdadero; engendrado, no hecho; consubstancial al Padre, por quien han sido hechas todas las cosas. Que por nosotros los hombres, y por nuestra salvación, bajó de los cielos y tomó carne de la Virgen María por obra del Espíritu Santo; y se hizo hombre. Que por nosotros fue crucificado bajo el poder de Poncio Pilato, padeció y fue sepultado. Y resucitó al tercer día, según las Escrituras. Y subió al cielo; está sentado á la diestra del Padre. Y segunda vez vendrá lleno de gloria á juzgar á los vivos y á los muertos, cuyo reino no tendrá fin. Creo en el

Espíritu Santo, igualmente Señor y que da la vida, que procede del Padre y del Hijo; que con el Padre y el Hijo es conjuntamente adorado y glorificado; que habló por los Profetas. Creo en la Iglesia, que es una, santa, católica y apostólica. Confieso un solo bautismo para el perdón de los pecados, y espero la resurrección de los muertos y la vida del siglo futuro. Amén.

V. El Señor sea con vosotros.

R. Y con tu espíritu.

CREMOS.

Estando desposada su Madre María con José, se halló que habla concebido en su seno por obra del Espíritu Santo.

Invita á orar, y ora en secreto el sacerdote desde el Ofertorio, imitando á Cristo nuestro Señor, que en el patíbulo gloriosísimo de la Cruz habló en voz alta algunas veces, y otras en secreto. En el Ofertorio damos gracias al Verbo divino por la caridad y prontitud con que se ofreció á padecer por el hombre.

Ofrece al Señor el sacerdote la hostia en la patena, diciendo:

Recibe, oh Padre santo, Dios todopoderoso y eterno, esta hostia sin mancha, que yo, indigno siervo tuyo, te ofrezco á Ti, que eres mi Dios, el Dios vivo, el Dios verdadero. Te la ofrezco por mis pecados, por mis ofensas, y mis negligencias, que son innumerables; por todos los que se hallan aquí presentes, y también por todos los fieles cristianos vivos y difun-

tos: para que, así á ellos como á mí, nos aproveche para la salvación en la vida eterna.—Amén.

Tomando el cáliz, pone vino en él, bendice el agua, y de ella echa unas gotas en el cáliz, mezclándolas con el vino, y dice:

¡Oh Dios, que por un efecto admirable de tu poder has creado al hombre de una naturaleza tan excelente, y la has reparado de una manera más maravillosa todavía! Concédenos, por el misterio que representa esta mezcla del agua con el vino, la gracia de hacernos participantes de la divinidad de nuestro Señor Jesucristo, tu Hijo, que se dignó ser participante de nuestra humanidad; el cual, siendo Dios, vive y reina en unidad del Espíritu Santo, por todos los siglos de los siglos.—Amén.

Mézclanse al vino del cáliz algunas gotas de agua, después de bendecirla, para significar la sangre y agua que brotaron juntas del costado sacratísimo de Cristo nuestro Señor.

Toma el sacerdote el cáliz y le ofrece, diciendo:

Ofrecémoste, Señor, este cáliz saludable, suplicando á tu clemencia que suba hasta tu divina Majestad como agradable olor, para la salvación nuestra y la de todo el mundo.—Así sea.

Y juntas las manos, y apoyadas sobre la orilla del altar, dice:

A Ti nos presentamos, Señor, con humilde espíritu y corazón contrito; recíbenos propicio, y tal

aparezca en este día nuestro sacrificio en tu presencia, que te sea agradable, ¡oh Señor, Dios misericordioso!

Y extendiendo las manos, y levantando los ojos al cielo, continúa:

Ven, oh Espíritu Santificador, Dios todopoderoso y eterno! y bendice este sacrificio, destinado y preparado para honrar tu santo nombre.

Acercase después al lado de la Epístola, y lávase las extremidades de los dedos, diciendo:

Lavaré mis manos en compañía de los inocentes; y rodearé, Señor, tu altar, para oír las voces de alabanza, y referir todas tus maravillas. Señor, yo he amado el decoro de tu casa, y el lugar donde reside tu gloria. No pierdas, Dios mío, con los impíos mi alma, ni la vida mía con los hombres sanguinarios, en cuyas manos no se ve más que iniquidad, y cuya diestra está toda llena de sobornos. Mas yo he procedido según mi inocencia. Sálvame, Señor, y apiádate de mí. Mis pies se han dirigido siempre por el camino de la rectitud. Oh Señor, yo cantaré tus alabanzas en las reuniones de la Iglesia. Gloria al Padre, y al Hijo, y al Espíritu Santo. Como era en el principio, y ahora, y siempre, y en los siglos de los siglos.—Amén.

Como ya antes de recostarse los sagrados ornamentos, el sacerdote se ha lavado las manos, ahora se lava sólo las puntas de los dedos, para indicar que, limpio de culpas graves, desea purificarse de las más ligeras.

especialmente si hubiese caído en algunas desde que comenzó la Misa.

Vuelto al medio del altar, dice:

Recibe ¡Oh Trinidad santa! esta oblación que te ofrecemos en memoria de la Pasión, de la Resurrección y de la Ascensión de Jesucristo, nuestro Señor, y en honor de la bienaventurada siempre Virgen María, de San Juan Bautista, de los santos apóstoles San Pedro y San Pablo; de éstos (cuyas reliquias se veneran en el altar) y de todos los demás santos, para que á ellos les sirva de gloria, y á nosotros nos aproveche para nuestra salvación; y éstos, cuya memoria veneramos en la tierra, se dignen interceder por nosotros en el cielo. Por Jesucristo, nuestro Señor.—Amén.

Vuelto hacia el pueblo, dice:

V. Orad, hermanos, para que mi sacrificio, que es también vuestro, sea agradable á Dios todopoderoso.

R. Reciba el Señor el sacrificio que le ofreces, para alabanza y gloria de su nombre, y para nuestra utilidad particular y de toda la de su santa Iglesia.

V. Amén.

Después de haber invitado al pueblo á orar, como Jesucristo invitara á ello á sus Apóstoles la víspera de su Pasión dolorosísima, á fin de que no entrasen en tentación, el sacerdote vuelto hacia el altar dice la oración

SECRETA.

¡Oh Señor! Que la intercesión y las súplicas de la bienaventurada Virgen María, Madre de Nuestro di-

vino Hijo, hagan que esta ofrenda sea útil á nuestra paz y felicidad eternas. Por el mismo nuestro Señor Jesucristo, Nuestro Hijo, que contigo vive y reina en unidad del Espíritu Santo, que es Dios, por todos los siglos de los siglos.—Amén.

PREFACIO.

Nos recuerda el Prefacio los cánticos y la alegría de los hebreos en el día de Ramos, en que salieron á recibir al diestro Jesús con palmas y ramos de olivo, para que entrara triunfante en Jerusalén. Con él se prepara el corazón de los fieles á las divinas alabanzas y se les excita á que levanten al cielo los corazones.

V. Por todos los siglos de los siglos.

R. Así sea.

V. El Señor sea con vosotros.

R. Y con tu espíritu.

V. Elevad vuestros corazones.

R. Los tenemos ya elevados al Señor.

V. Demos gracias á Dios nuestro Señor.

R. Es digno y justo.

V. Verdaderamente digno y justo es, equitativo y saludable, que en todo tiempo y lugar os demos gracias, Señor Santo, Padre Omnipotente, Dios eterno, y el que os alabemos, bendigamos y glorifiquemos en la veneración de la Santísima Virgen María. La cual, después de haber concebido á Nuestro divino Hijo por inefable operación del Espíritu Santo, y conservando siempre la gloria de su virginidad, dió á luz al que es la Luz eterna, Jesucristo nuestro

Señor. Por quien los ángeles alaban á Vuestra Majestad; las Dominaciones la adoran; témenla las Potestades de los cielos, las Virtudes de los cielos y el ejército bienaventurado de los serafines celebran juntos vuestra gloria, en transportes de santo regocijo: haced, Señor, que unámos nosotros nuestros clamores con los de esos bienaventurados espíritus, para cantar incesantemente:

¡ Santo, Santo, Santo es el Señor Dios de los ejércitos! Llenos están de tu gloria los cielos y la tierra.
¡ Hosanna en las alturas! Bendito sea el que viene en nombre del Señor! ¡ Hosanna en las alturas!

EL CANON.

El canon es como "la regla" que debe guardarse en el ofrecimiento de este santo Sacrificio. La parte que precede á la Consagración es una oración devotísima al Padre Eterno, con quien son un solo Dios el Hijo y el Espíritu Santo. El mediano principal es su Hijo Unigénito, y tómase también por intercesores la Santísima Virgen, los apóstoles, algunos mártires y todos los santos en general. Lo que se pide es: la aceptación del Sacrificio en cuanto procede de los fieles que lo ofrecen, y la aplicación de sus frutos en favor de todos. Ofrecese generalmente por toda la Iglesia universal, el Papa, el Obispo, las autoridades superiores, todos los fieles y todas las circunstancias. En el "Memento," el sacerdote puede ohar y ofrecer la santa Misa por los demás personas, según le parezca oportuno; pues no sólo procede entonces como ministro público de la Iglesia, sino como persona particular. Púedese aplicar por los tres fines

que tiene para nuestro provecho, que son: en acción de gracias, en satisfacción de los pecados y para impetrar nuevas mercedes. Lo satisfacción se há de aplicar á la persona por quien se dice la Misa, y sin perjuicio de ésta, á todos los demás, en el grado que nuestro Señor crea conveniente aceptarlo.

Acabado el Prefacio, inclínase profundamente el sacerdote, y dice:

Con profundo respeto te suplicamos, Padre clementísimo, y te pedimos por nuestro Señor Jesucristo, tu Hijo, que aceptes y bendigas estos \dagger dones, estas \dagger ofrendas y estos santos \dagger sacrificios sin mancha, que en primer lugar te ofrecemos por tu santa Iglesia católica, para que te dignes darle la paz, conservarla, unirla y gobernarla por todo el orbe, así como á vuestro siervo el Papa N., nuestro Obispo N. y todos los fieles que profesan la fe católica y apostólica.

CONMEMORACIÓN DE LOS VIVOS.

Acuérdate, Señor, de tus siervos y siervas (N., N., N., por quienes se quiera pedir). Y de todos los que están aquí presentes, cuya fe y devoción te es bien conocida, por quienes te ofrecemos, ó que te ofrecen, este sacrificio de alabanza, por sí y por todos los suyos, por la redención de su alma, por la esperanza de su salvación y conservación; los cuales te ofrecen sus votos á Ti, Dios Eterno, vivo y verdadero. Comunicando, y venerando la memoria, en primer lugar, de la gloriosa Virgen María, Madre de nuestro Dios y Señor Jesucristo, y después de los bienaven-

turados apóstoles y mártires Pedro y Pablo, Andrés, Santiago, Juan, Tomás, Santiago, Felipe, Bartolomé, Mateo, Simón y Tadeo, Lino, Cleto, Clemente, Sixto, Cornelio, Cipriano, Lorenzo, Crisógono, Juan y Pablo, Cosme y Damián, y de todos los demás santos, por cuyos ruegos y méritos nos concedas que en todas nuestras cosas seamos fortalecidos con el auxilio de tu protección. Por Cristo nuestro Señor.—Amén.

Te rogamos, pues, Señor, recíbas propicio esta ofrenda de nuestra servidumbre, que es también la de toda tu familia, y hazgas que gocemos de tu paz durante esta vida, nos libres de la eterna condenación y nos inscribas en el número de tus escogidos. Por Jesucristo, nuestro Señor.—Amén.

La cual oblación te suplicamos, ¡oh Dios! te dignes hacerla en todo ✠ bendita, ✠ aprobada, ✠ racional y agradable á tus ojos, para que en favor nuestro se convierta en el cuerpo ✠ y la sangre ✠ de Jesucristo, tu amado Hijo y Señor nuestro.

CONSAGRACIÓN.

El cual el día antes de su Pasión tomó el pan en sus venerables y sagradas manos; y levantados los ojos al cielo, á Ti, Dios, su Padre todopoderoso, dándote gracias, le ben ✠ dijo, le partió y le dio á sus discípulos, diciendo: "Tomad y comed todos de él; PORQUE ESTE ES MI CUERPO."

Dichas estas palabras, en cuya virtud se obra el admirable misterio de la conversión del pan en el Cuerpo preciosísimo de nuestro Señor Jesucristo, el sacerdote

le adora de rodillas, y lo eleva después, para que el pueblo le adore también; en cuyos solemnes instantes pueden decir:

Te adoro, sagrado Cuerpo de mi Señor Jesucristo, que en el ara de la cruz fuiste digno sacrificio para la redención del mundo. Padre Eterno, mis pecados pedían venganza; pero aquí tenéis á vuestro Hijo Santísimo, que se ofrece por mí, pidiendo misericordia. Por sus méritos infinitos apiadados de este pobre pecador.

Terminada la adoración de la sagrada Hostia, el sacerdote continúa diciendo:

Iguualmente, después que cenó, tomando también este excelente Cáliz en sus venerables y sagradas manos, dando asimismo gracias, le ben ✠ dijo, y le dio á sus discípulos, diciendo: Tomad y bebed todos de él; PORQUE ESTE ES EL CÁLIZ DE MI SANGRE, DEL NUEVO Y ETERNO TESTAMENTO (MISTERIO DE RE), QUE SERÁ DERRAMADA POR VOSÓTROS, Y POR MUCHOS, EN PERDÓN DE LOS PECADOS. Todas las veces que hiciéreis estas cosas, las haréis en memoria de mí.

El sacerdote adora de rodillas la divina Sangre, contenida en el sagrado cáliz, y eleva éste, para que la adore el pueblo. Se puede rezar entonces esta breve oración:

Te adoro, preciosísima Sangre de mi Señor Jesucristo, que, derramada en la Cruz, lavaste mis pecados y los de todo el mundo. No permitáis, dulcísimo

Jesús, que Sangre de tanto valor sea en vano derramada por mí.

Después de la adoración de la sacratísima Sangre, dice el sacerdote:

Por lo cual, haciendo memoria nosotros, Señor, que somos tus siervos, y lo mismo tu santo pueblo, tanto de la bienaventurada Pasión del mismo Jesucristo, tu Hijo, Señor nuestro, y de su Resurrección de entre los muertos, como también de su gloriosa Ascensión al cielo, ofrecemos á tu incomparable Majestad, de los dones que nos habéis dado, una hostia ✠ pura, una Hostia ✠ santa, una Hostia ✠ inmaculada, el Pan ✠ santo de la vida eterna, y el Cáliz ✠ de la perpetua salvación.

Dignate, Señor, mirar este Pan de vida y este Cáliz de salvación con semblante propicio y sereno, y aceptarlos, como aceptaste los dones del justo Abel, tu siervo, y el sacrificio de nuestro patriarca Abraham, y el que te ofreció Melquisedec, tu Sumo Sacerdote, Sacrificio santo, Hostia inmaculada.

Humildemente te rogamos, Dios todopoderoso, mandes que estas ofrendas sean llevadas por las manos de tu santo ángel hasta tu sublime altar, en presencia de tu divina Majestad, para que todos cuantos, comulgando en este altar, recibamos el Cuerpo y la Sangre sacrosanta de tu Hijo, seamos llenos de todas las bendiciones y gracias del cielo. Por el mismo Jesucristo nuestro Señor.—Así sea.

CONMEMORACIÓN DE LOS DIFUNTOS.

Acuérdate también, Señor, de tus siervos y siervas (N., N., N., y demás difuntos que hayan de ser encomendados al Señor), que nos han precedido con la señal de la fe y duermen en el sueño de la paz.

Suplicámoste, Señor, que á ellos y á todos los que descansan en Jesucristo, les des por tu misericordia el lugar del refrigerio, de la luz y de la paz. Por el mismo Jesucristo, nuestro Señor.—Amén.

El sacerdote dáse un golpe de pecho, y continúa:

Y á nosotros también, pecadores, tus siervos, que esperamos en la muchedumbre de tus misericordias, concédenos que tengamos parte y compañía con tus santos apóstoles y mártires: con Juan, Esteban, Matías, Bernabé, Ignacio, Alejandro, Marcelino, Pedro, Felicitas, Perpetua, Agueda, Lucía, Inés, Cecilia, Anastasia, y con todos tus santos, en cuya compañía te pedimos nos recibas, no pesando nuestros méritos, sino haciéndonos gracia y misericordia. Por Jesucristo nuestro Señor.

Por el cual, Señor, produces siempre, santi ✠ ficas, vivi ✠ ficas, hen ✠ dices y nos das todos estos dones.

Adora después, hincando la rodilla, al Santísimo Sacramento, y haciendo tres veces la señal de la cruz sobre el sagrado cáliz, dice:

Por ✠ él, con ✠ él y en ✠ él, te corresponde todo el honor y toda la gloria, oh Dios, Padre todopoderoso, en unidad del Espíritu Santo.

Adora de nuevo el divino Sacramento, y dice:

V. Por todos los siglos de los siglos.

R. Amén.

V. Oremos. Instruidos por los saludables preceptos del Señor, y según la forma de la divina institución que nos ha sido prescrita, nos atrevemos á decir:

Padre nuestro, que estás en los cielos, santificado sea el tu nombre, venga á nos el tu reino, hágase tu voluntad así en la tierra como en el cielo.

El pan nuestro de cada día dánosle hoy, y perdónanos nuestras deudas, así como nosotros perdonamos á nuestros deudores, y no nos dejes caer en la tentación.

R. Mas libranos de mal.

V. Así sea. Rogámoste, Señor, que nos libres de todos los males pasados, presentes y futuros; y por la intercesión de la bienaventurada y gloriosa siempre Virgen María, Madre de Dios, y de tus bienaventurados apóstoles Pedro, Pablo y Andrés, y todos los santos, danos por tu bondad la paz en nuestros días, para que, asistidos del auxilio de tu misericordia, jamás seamos esclavos del pecado y estemos siempre seguros de toda perturbación. Por el mismo Jesucristo nuestro Señor, que, siendo Dios, vive y reina contigo, en unidad del Espíritu Santo, por todos los siglos de los siglos.

R. Amén.

Adora la sagrada Eucaristía, parte la divina Hostia, y echa una pequesísima parte de ella en el cáliz, en señal de que en el día de la Resurrección se volvió á juntar con su Sangre el Cuerpo sacratísimo de Jesús. Esto nos re-

cuerda también cómo el alma bendita de Jesús, al separarse de su purísimo Cuerpo, bajó al seno de Abraham, quedando la divinidad, como inmensa, con el cuerpo, al mismo tiempo que acompañaba al alma, al modo que ahora está el divino Salvador presente en las tres partes en que se ha dividido la sagrada Hostia. Dice, pues, el sacerdote:

V. La paz del Señor sea siempre con vosotros.

R. Y con tu espíritu.

V. Esta mezcla y consagración del Cuerpo y Sangre de nuestro Señor Jesucristo sea para nosotros, que le recibimos, un manantial de la vida eterna.— Amén.

Adora de nuevo la sagrada Eucaristía, y dice golpeándose el pecho:

Cordero de Dios, que quitas los pecados del mundo, ten piedad de nosotros.

Cordero de Dios, que quitas los pecados del mundo, ten piedad de nosotros.

Cordero de Dios, que quitas los pecados del mundo, danos la paz.

Señor mío Jesucristo, que dijiste á tus apóstoles:

"Yo os dejo la paz, yo os doy mi paz," no mires á mis pecados sino á la fe de tu Iglesia, y dignate darle la paz y unirla según tu voluntad. Tú, que, siendo Dios, vives y reinas por todos los siglos de los siglos.— Amén.

Señor mío Jesucristo, Hijo de Dios vivo, que por la voluntad del Padre y la cooperación del Espíritu Santo diste la vida al mundo con tu muerte; librame

por este tu sagrado Cuerpo y Sangre, de todos mis pecados y de todos los males; haz que yo esté siempre unido inviolablemente á tu santa ley, y no permitas que jamás me separe de Ti, que, siendo Dios, vives y reinas con el Padre y el Espíritu Santo, por todos los siglos de los siglos.—Amén.

La participación de tu Cuerpo, Señor mio Jesucristo, que, aunque indigno, me atrevo á recibir, no sea para mí motivo de juicio ni condenación, mas sirvame, por tu misericordia, de defensa para el alma, y para el cuerpo, y de saludable remedio. Concédeme esta gracia, Señor, Tú que, siendo Dios, vives y reinas con el Padre y el Espíritu Santo, por todos los siglos de los siglos.—Amén.

Adora el Santísimo Sacramento, y tomando en sus manos la sagrada Hostia, dice:

Recibiré el Pan celestial, e invocaré el nombre del Señor.

Señor, yo no soy digno de que entréis en mi pobre morada; pero decid una sola palabra, y sanará mi alma.

Señor, yo no soy digno de que entréis en mi pobre morada; pero decid una sola palabra, y sanará mi alma.

Señor, yo no soy digno de que entréis en mi pobre morada; pero decid una sola palabra, y sanará mi alma.

Y haciendo con la sagrada Hostia la señal de la cruz, dice:

El Cuerpo de nuestro Señor Jesucristo guarde mi alma para la vida eterna.—Así sea.

Entretanto, los fieles que no hayan de comungar en esta Misa, pueden hacer su comunión espiritual, diciendo interiormente:

Creo, Dios mio, que estás aquí presente en el Santísimo Sacramento del altar. Os adoro, y deseo mucho recibirlos. Venid, Dios mio, venid á mi corazón! Yo os abrazo: no os apartéis de mí!

Alma santísima de Cristo, santifícame.
Cuerpo preciosísimo de Cristo, sálvame.
Sangre purísima de Cristo, embriágame.
Agua del Costado de Cristo, purifícame.

Pasión de Cristo, cóntortame.
¡Oh mi buen Jesús! óyeme.
Dentro de tus llagas escóndeme.

No permitas que jamás me aparte de Ti.
Del maligno enemigo defiéndeme.
En la hora de mi muerte recíbeme.

Y mándame ir á Ti.
Para que junto con los ángeles y santos te alabe y te bendiga,

Por todos los siglos de los siglos.—Amén.

Después que el sacerdote ha recibido el divino Cuerpo de Jesús, adora la preciosísima Sangre contenida en el sagrado cáliz, y dice:

¿Qué compensaré yo al Señor por todos los beneficios que me ha hecho? Tomaré el cáliz de salud, é

invocaré el nombre del Señor; le invocaré cantando sus alabanzas, y quedará libre de mis enemigos.

Hace con el cáliz la señal de la cruz, y toma la Sangre sacramental, diciendo:

La Sangre de nuestro Señor Jesucristo guarde mi alma para la vida eterna.—Amén.

Y tomando vino en el cáliz, continúa:

Haz, Señor, que recibamos con un corazón puro lo que acabamos de tomar por la boca, y que este don temporal sea para nosotros remedio eterno.

Echando vino y agua en el cáliz, sobre los dedos, para la segunda ablución, dice:

Tu Cuerpo, que he recibido, ¡oh Señor!, y tu Sangre, que he bebido, péguense á mis entrañas, y haz que ninguna mancha de pecado permanezca en mí, que me he alimentado de sacramentos tan puros y santos; Tú, que vives y reinas por los siglos de los siglos.—Amén.

Purificado y limpio ya el cáliz, pasa el sacerdote al lado de la Epístola, y lee la

COMUNIÓN.

Feliz el seno purísimo de la bienaventurada Virgen María, en que se ha albergado el Hijo del Padre Eterno.

Dirigese el sacerdote al medio del altar, le besa, y vuelto al pueblo, dice:

V. El Señor sea con vosotros.

R. Y con tu espíritu.

POSTCOMUNIÓN.

Oremos. Haced, Señor, que esta comunión nos purifique de nuestros pecados, y que por la intercesión de la bienaventurada Virgen María, Madre de Dios, nos haga participantes del remedio celestial. Por el mismo Señor nuestro, Jesucristo, vuestro Hijo, que con Vos vive y reina en unidad del Espíritu Santo, que es Dios, por los siglos de los siglos. Amén.

Dirigiéndose al centro del altar, el sacerdote le besa, y vuelto al pueblo, dice:

V. El Señor sea con vosotros.

R. Y con tu espíritu.

V. Se acabó la Misa: idos.

R. Damos gracias á Dios.

Inclinado el sacerdote hacia el altar, reza esta oración:

Séate agradable, Trinidad santa, el obsequio de mi rendida devoción, y haz que el Sacrificio que acabo de ofrecer á los ojos de tu divina Majestad, te sea agradable, y que por tu misericordia sea propiciatorio para mí y para todos aquellos por quienes le he ofrecido.

Por Jesucristo, nuestro Señor.—Así sea.

Besa el altar, eleva los ojos y las manos al cielo, y dice:

Bendigaos el Dios todopoderoso.

Vuélvase al pueblo, y hace sobre él la señal de la cruz, diciendo:

Padre, e Hijo \dagger y Espíritu Santo.
R. Amén.

Dirigese el sacerdote al lado del Evangelio, y dice:

V. El Señor sea con vosotros.

R. Y con tu espíritu.

V. Principio del Santo Evangelio, según San Juan.

R. Glorificado seas, Señor.

V. En el principio era ya el Verbo, y el Verbo estaba en Dios, y el Verbo era Dios. El estaba en el principio en Dios. Por Él fueron hechas todas las cosas; y sin Él no se ha hecho cosa alguna de cuantas han sido hechas. En Él estaba la vida, y la vida era la luz de los hombres; y esta luz resplandece en medio de las tinieblas, y las tinieblas no la han recibido. Hubo un hombre enviado de Dios, que se llamaba Juan. Este vino como testigo, para dar testimonio de la luz, á fin de que por medio de él todos

1 Desde la eternidad.

2 "En Dios," indica la unidad de esencia. — "Con Dios," la distinción de Personas.

3 Como Hijo sayo coeterno y consubstancial.

4 Por medio de Él.

5 Y el principio de la vida así espiritual, como material, de todas las creaturas.

6 Con que el pecado ha cubierto toda la tierra.

7 Los hombres mundanos no la han abrazado.

creyesen; no era él la Luz, sino enviado para dar testimonio de Aquel que era la Luz. El Verbo era la luz verdadera, que cuanto es de sí alumbrá á todo hombre que viene á este mundo. En el mudo estaba, y el mundo fué por El hecho, y con todo el mundo no le conoció. Vino á su propia casa, y los suyos no le recibieron. Pero á todos los que le recibieron, que son los que creen en su nombre, dióles poder de llegar á ser hijos de Dios; los cuales no nacen de la sangre, ni de la voluntad de la carne; ni de querer de hombre, sino que nacen de Dios por la gracia. Y para eso el Verbo se hizo carne, y habitó en medio de nosotros; y nosotros hemos visto su gloria, gloria cual el Unigénito debía recibir del Padre, lleno de gracia y de verdad.

R. Gracias á Dios.

ORACIÓN.

Heme aquí, dulcísimo Jesús mío, que humillado me postro ante tu divina presencia, y con el más encendido fervor te pido imprimas en mi corazón vivos sentimientos de fe, esperanza y caridad, verdadero dolor y arrepentimiento de mis pecados y eficaz propósito de la enmienda; mientras con el mayor afecto y compasión de que mi alma es capaz, voy considerando y meditando tus cinco llagas, teniendo á la

1 O concupiscencia.

2 Esto es, unió á sí la naturaleza humana.

3 Lleno de gracia en sus obras admirables, y de verdad en la sabiduría de sus palabras.

vista lo que de Ti cantaba el santo profeta y Rey David: "Traspararon mis manos y mis pies, y se pueden contar todos mis huesos."

JACULATORIAS

sacadas de la sagrada Escritura, que se pueden recitar durante el día, según las diferentes necesidades del espíritu.

PARA PEDIR EL PERDÓN DE LOS PECADOS.

Pequé, Señor; mas ¿qué haré yo para aplacarte, oh divino Observador de los hombres? ¿Por qué me has puesto por blanco de tus enojos, tanto que ya me he hecho intolerable a mi mismo? (Job—VII—20).

Soltaré mi lengua, aunque sea contra mí; hablaré en medio de la amargura de mi alma. Le diré á mi Dios: No quieras condenarme de este modo: manifiéstame por qué me juzgas de esta suerte (Job, X—1 y 2).

Mira mi humillación y mi trabajo, y perdona todos mis pecados. (Ps. XXIV—18).

Echa en olvido las flaquezas de mi mocedad, Acuérdate de mí, según tu misericordia. (Ps. XXIV—7).

Vuelve, Señor, hacia mi tu vista, y ten compasión de mí; porque me veo solo y pobre (Ps. XXIV—16).

Ten piedad de mí, oh Dios, según la grandeza de tu misericordia; y según la muchedumbre de tus piedades, borra mi iniquidad. (Ps. L—1).

Vengan sobre mí tus piedades, y viviré; puesto

que tu Ley es mi dulce meditación (Ps. CXVIII—77).

Señor, Tú eres nuestro Padre; nosotros somos el barro, y Tú el alfarero. No te acuerdes más de nuestra maldad (Isaías, LXIV—8 y 9).

¿Quién dará agua á mi cabeza, y hará de mis ojos dos fuentes de lágrimas, para llorar día y noche.? (Jer. IX—1).

Yo iré á mi Padre, y le diré: Padre mío, pequé contra el cielo y contra Ti; ya no soy digno de ser llamado hijo tuyo (Luc. XV—18).

Jesús, hijo de David; ten piedad de mí (Luc. XVIII—38).

PARA PEDIR HUMILDAD.

Me abatiré todavía más de lo que he hecho, y seré despreciable á mis propios ojos (II. Reg. VI—22).

Mi memoria será esparcida y disipada como ceniza, y mi altiva cabeza reducida á polvo (Job. XIII—12).

Yo soy un gusano, y no hombre; el oprobio de los hombres, y el desecho de la plebe. (Ps. XXI—7).

¿Qué es el hombre, para que Tú te acuerdes de él? O ¿qué es el hijo del hombre, para que vengas á visitarle? (Ps. VIII—5).

Jesucristo se humilló á sí mismo, haciéndose obediente hasta la muerte, y muerte de cruz (Philipp. II—8). Y yo ¿me ensoberbeceré.?

PARA CONOCER LO QUE ES ESTA VIDA.

Nosotros, Señor, somos peregrinos y advenedizos delante de ti, como todos nuestros padres. Nuestros

días pasan como sombra sobre la tierra, sin que haya consistencia alguna (I. Paral. XXIX—15).

Ten lástima de mí, Señor; ya que mis días son nada. (Job VI—16).

Acuérdate, te ruego, que me formaste como de una masa de barro, y que me has de reducir á polvo. (Job X—9).

EN LOS DOLORES DEL ALMA.

Las tribulaciones de mi corazón se han multiplicado; librame de mis congojas. (Ps. XXIV—17).

¡Oh Señor! Bien ves todos mis deseos, y no te se ocultan mis gemidos. (Ps. XXXVII—10).

Consuéla, Señor, el alma de tu siervo; pues á Ti tengo de continuo elevado mi espíritu. (Ps. LXXXV—4).

Restituyeme, Dios mío, la alegría de tu Salvador, y fortaléceme con tu espíritu. (Ps. L—14).

AFECTOS DE RESIGNACIÓN.

Mi corazón, oh Dios, está pronto; dispuesto está mi corazón. (Ps. LI—8).

El es el Señor; haga lo que sea agradable á sus ojos. (I. Reg. III—18).

Hágase tu voluntad. (Matth. XXVI—42).

Señor, ¿qué quieres que haga? (Act. IX—6).

PARA PEDIR PACIENCIA.

El Señor me lo dió todo; el Señor me lo ha quitado; se ha hecho lo que es de su agrado. ¡Bendito sea el nombre del Señor! (Job I—21).

Si recibimos los bienes de la mano de Dios, por qué no recibiremos también los males? (Job II—10).

¿Quién soy yo, para que me atreva á contradecir á mi Señor? (Judith XII—13).

El Señor lo ha dispuesto. . . . Y ¿quién se atreverá á pedirle razón de por qué lo ha dispuesto así? (II. Reg. XVI—16).

Tomaré el cáliz de la salud, é invocaré el nombre del Señor. (Ps. XV—4).

CONTRA LAS TENTACIONES.

¿Cómo püedo yo cometer esa maldad, y pecar contra mi Dios. (Gen. XXXIX—9).

No permita Dios que jamás haga yo una cosa tal contra mi Señor. (I. Reg. XXIV—7).

Señor, Dios mío; dadme valor en este momento. (Judith XIII—9).

Ten, Señor, misericordia de mí; que estoy sin fuerzas. (Ps. VI—2).

Con tu ayuda seré libertado de la tentación; y al lado de mi Dios traspasaré toda muralla. (Ps. XVII—30).

¡Sálvame, oh Dios! porque las aguas han penetrado hasta mi alma. (Ps. LXVIII—2).

¡Ah! Si el Señor no me hubiese socorrido, seguramente sería ya el sépulcro mi morada. (Ps. XCIII—17).

Mejor es para mí el caer en vuestras manos sin haber hecho tal cosa, que el pecar en la presencia del Señor. (Dan. XIII—23).

PARA EXCITARSE Á CONFIAR EN DIOS.

Aun dado que el Señor me quitase la vida, en El esperaré. (Job XIII—15).

Líbrame, Señor, y ponme á tu lado, y pelée contra mí la mano de quien quiera. (Job XVII—3).

En Ti, ¡oh Dios mío! tengo puesta mi confianza; no quedaré avergonzado. (Ps. XXIV—2).

Aunque caminase yo por medio de la sombra de la muerte, no temeré ningún desastre; porque Tú estás conmigo. (Ps. XXII—4).

¡Oh Señor! En Ti tengo puesta mi esperanza; no quede yo para siempre confundido; sálvame, pues eres justo. (Ps. XXX—2).

El Señor es mi sostén; no temo nada de cuanto pueda hacerme el hombre. (Ps. CXVII—6).

EJERCICIO DE TEMOR DE DIOS.

¡Oh quién me diera que me guarecieses y escondieses en el sepulcro hasta que pase tu furor, y me señalases el plazo en que te has de acordar de mí! (Job XIV—13).

¿Qué será de mí cuando Dios habrá de venir á juzgar? ni ¿qué podré responderte cuando me pregunte? (Job XXXI—14).

Traspasa con tu santo temor mis carnes; pues tus juicios me han llenado de espanto. (Ps. CXVIII—120).

PARA HABLAR CON DISCRECIÓN.

Velaré sobre mi conducta, para no pecar con mi lengua. Ponia un candado en mi boca, cuando el pecador se presentaba contra mí. (Ps. XXXVII—2).

¿Quién pondrá un candado á mi boca, y sobre mis labios un sello inviolable para que no me deslice por su culpa, y no sea mi lengua la perdición mía? (Eccli. XXII—33).

Si alguno no tropieza en palabras, ese tal se puede decir que es varón perfecto. (Jac. III—2).

PARA CONOCER LA VOLUNTAD DE DIOS EN LAS COSAS DUDOSAS.

Hablad, Señor; que vuestro siervo os escucha. (I. Reg. III—10).

Muéstrame, ¡oh Señor! tus caminos, y enséñame tus senderos. (Ps. XXIV—4).

Enséñame á cumplir tu voluntad, pues Tú eres mi Dios. (Ps. CXLII—10).

Muéstrame el camino que debo seguir, ya que hacia Ti he levantado mi corazón. (Ps. CXLII—8).

Dios tenga misericordia de nosotros y nos bendiga; haga resplandecer sobre nosotros la luz de su rostro, y nos mire compasivo. (Ps. LXVI—2).

PROPÓSITOS DE SERVIR Á DIOS.

Tú rompiste, Señor, mis cadenas; á Ti ofreceré yo sacrificio de alabanza. . . . Cumpliré mis votos al Señor, á vista de todo su pueblo. (Ps. CXV—7 y 8).

Vuelve, alma mía, á tu sosiego; ya que el Señor te ha favorecido tanto. (Ps. CXIV—7).

He escogido ser el infimo en la casa de Dios, más bien que habitar en la morada de los impíos. (Ps. LXXXIII—11).

RECUERDO DE LA DIVINA PRESENCIA.

¿A dónde iré yo que me aleje de tu espíritu? ¿Y á dónde huiré que me aparte de tu presencia? Si subo al cielo, allí estás Tú; si bajo al abismo, allí te encuentro. Si al ravar el alba, me pusiese alas, y fuese á posar en el último extremo del mar: allá igualmente me conducirás tu mano, y me hallaré bajo el poder de tu diestra. (Ps. CXXXVIII—7 á 10).

Los ojos del Señor son mucho más luminosos que el Sol, y descubren todos los procedimientos de los hombres, y lo más profundo del abismo, y ven hasta los más recónditos senos del corazón humano. (Eclii. XXIII—28).

ALABANZAS Á DIOS, Y ACCIONES DE GRACIAS.

De todas las coyunturas de mis huesos saldrán voces que digan: ¡oh Señor! ¿quién hay semejante á Ti? (Ps. XXXIV—10).

Llénese de loores mi boca, para cantar todo el día tu gloria, y la grandeza tuya. (Ps. LXX—8).

Bendice, oh alma mía, al Señor, y bendigan todas mis entrañas su santo Nombre. Bendice al Señor, alma mía, y guárdate de olvidar ninguno de sus beneficios. (Ps. CII—1 y 2).

No á nosotros, Señor, no á nosotros, sino á tu nombre da toda la gloria. (Ps. CXIII—1).

¿Cómo podré corresponder al Señor por todas las mercedes que me ha hecho? (Ps. CXV—3).

AMOR DE DIOS Y DE LA GLORIA CELESTIAL.

Una sola cosa he pedido al Señor, ésta solicitaré; y es el que yo pueda vivir en la casa del Señor todos los días de mi vida, para contemplar las delicias del Señor, frecuentando su templo. (Ps. XXVI—4).

Contigo ha hablado mi corazón; en busca de Ti han andado mis ojos. Oh Señor, tu casa es la que yo busco. (Ps. XXVI—8).

Como brama el sediento ciervo por las fuentes de agua; así, oh Dios mío, clama por Ti el alma mía. Sedienta está mi alma del Dios fuerte y vivo. ¿Cuándo será que yo llegue y me presente ante la casa de Dios! (Ps. XLI—2 y 3).

¿Qué cosa pido apetecer yo del cielo, ni qué he de desear sobre la tierra fuera de Ti, oh Dios mío? ¡Ah! Mi carne y mi corazón desfallecen, oh Dios de mi alma; Dios, que eres la herencia mía por toda la eternidad. (Ps. LXXII—25 y 26).

¡Oh cuán amables son tus moradas, Señor de los ejércitos! Mi alma suspira y padece deliquios, ansiando estar en los atrios del Señor. Transportáanse de gozo mi corazón y mi cuerpo, contemplando al Dios vivo. (Ps. LXXXIII—2 y 3).

Más vale un solo día de estar en los atrios de tu templo, que millares fuera de ellos. (Ps. LXXXIII

ORACIONES DE LA TARDE.

VISITA AL SANTÍSIMO SACRAMENTO.

Adorable Salvador, que por un exceso inefable de vuestro amor hacia vuestra Iglesia, habéis querido quedar entre nosotros hasta la consumación de los siglos en ese augusto Sacramento de la Eucaristía, como Pastor entre sus ovejas, como un Padre entre sus hijos, y como Rey en medio de sus vasallos. Víctima sagrada, que elevada sin cesar entre el cielo y la tierra, contenéis la espada de la divina justicia, pronta á descargar sobre nosotros, y derramáis sobre nuestras almas torrentes de gracias y de bendiciones. Majestad adorable, ante quien tiemblan las columnas del cielo, estremécese la tierra hasta en sus fundamentos, y los ángeles cubren el rostro con sus alas. Nosotros no nos atrevemos á elevar nuestras miradas al trono que Vos ocupáis, ni fijarlas en los misteriosos velos que os ocultan á nuestros ojos. Cubiertos de confusión á vista de nuestros pecados, y sobre todo, de los que hemos cometido contra vuestro Sacramento adorable; derramamos en vuestra presencia nuestra alma abatida y anonadada.

¡Perdón! ¡Misericordia! amabilísimo Señor sacramentado, por todas las irreverencias cometidas por vuestro pueblo en vuestro templo, por su negligencia en rendiros sus homenajes en ese Sacramento inefable de la sagrada Eucaristía y en recibirlos con amor y gratitud en su pecho! ¡Perdón por sus profanaciones y sacrilegios! ¡Misericordia por todos los ultrajes que habéis recibido, y con frecuencia recibis,

en ese Sacramento de amor de parte de los herejes y de los infieles! ¡Misericordia por los que habéis recibido, y recibis todavía, diariamente de tantos malos cristianos!.... ¡Ah! De todo nuestro corazón y con los sentimientos del más vivo dolor, queremos desagraviaros en este día, y nos proponemos reparar en lo posible esos ultrajes con el respeto más profundo, con la más tierna devoción hacia la sagrada Eucaristía, y con el más vivo deseo de recibirlos con frecuencia en este Sacramento adorable. ¡Bendito y alabado para siempre el Santísimo Sacramento del altar!—Amén.

AL CORAZÓN AGONIZANTE DE JESÚS.

¡Oh misericordiosísimo Jesús, que ardéis en el más vivo amor á las almas! Suplicoos por las agonías de Vuestro Sacratísimo Corazón y por los dolores de vuestra Madre Inmaculada, que lavéis con vuestra sangre á todos los pecadores de la tierra que están en agonía y han de morir hoy.

¡Corazón agonizante de Jesús! Tened piedad de los moribundos!

A LOS ÁNGELES CUSTODIOS.

Ángeles santos, que sois nuestros custodios, defendednos en nuestros incesantes combates, para que no perezamos en el día del tremendo juicio.

V. Dios ha encomendado á sus ángeles.

R. Que te guarden en todos tus caminos.

ORACIÓN.

¡Oh Dios! que por inefable providencia os habéis dignado encomendarnos á la custodia de vuestros santos ángeles, conceded á vuestros humildes siervos que seamos incesantemente defendidos por su protección y gozemos de su compañía por toda la eternidad.—Amén.

EXAMEN DE CONCIENCIA.

El examen de conciencia, tan recomendado y tan necesario para toda clase de personas, abraza cinco puntos:

- 1) Dar gracias á Dios nuestro Señor por los beneficios recibidos.
- 2) Pedirle gracia para conocer nuestros pecados y arrepentirnos y enmendarnos de ellos.
- 3) Pedir cuenta al alma de las faltas en que hemos caído desde que nos levantamos hasta ahora, por pensamiento, palabra y obra, de hora en hora y de tiempo en tiempo.
- 4) Pedir perdón al Señor de todas esas faltas.
- 5) Proponer con su gracia la enmienda de todas ellas y terminar con un *Padre nuestra*.

En el 1) punto hasta decir: "Señor, yo os doy humildemente gracias por los beneficios de la creación, conservación, redención, y por todos los beneficios generales y particulares, por el de haberme hecho nacer de padres cristianos, por el de haber recibido los sacramentos del bautismo, confirmación y tantas veces los de la Penitencia y Eucaristía...."

En el 2) punto: "Dadme, Señor, luz para conocer mis pecados, y gracia para enmendarme de ellos, aborreciéndolos de todo corazón."

En el 3) punto, recordar brevemente lo que hemos hecho, hablado y pensado durante el día; el modo con que hemos hecho nuestros ejercicios espirituales, y aquellas obras en que solemos caer en mayores faltas. Para esto, muy bueno es al fin de cada hora del día ó de las principales ocupaciones de él, recogerse interiormente algunos instantes, y preguntar á su alma: "Alma mía ¿cómo has pasado esta hora?"...

En el 4) punto, se dirá: "Dios mío, perdonadme por vuestra infinita misericordia todos mis pecados y faltas. Pésame de haberos ofendido; pésame de haberos desagradado. Pésame, por ser Vos quien sois. Quisiera que se me partiera el corazón de dolor y arrepentimiento."

En el 5) punto: "Señor y Dios mío, propongo firmemente la enmienda; nunca más volver á cometer tal falta."—*Padre nuestro, Ave María, y Gloria Patri.*

ORACIÓN.

¡Oh amabilísimo Jesús! Con qué ingratitud me he portado con Vos, después que me habéis favorecido con tantos beneficios! ¡Cuántas horas del día he empleado mal, debiendo haberlas aprovechado en vuestro santo servicio! ¡Cuántas ocasiones de méritos eternos he descuidado! Detesto y condeno mi negligencia y mi malicia, y me duelo de haberos desagradado con tantos pecados y tanta disipación; ¡Cordero de Dios, que quitas los pecados del mundo, ten pie-

dad de mí, que conozco mi iniquidad y me pesa de todo corazón el haber ofendido á tu suma é infinita Bondad!

Me entregare al descanso, oh dulce Jesús, para reparar las fuerzas de mi cuerpo y consagrarme después con mayor aliento á tu divino servicio. Quisiera bendecirte tantas veces, cuantos sean los latidos de mi corazón en esta noche; tanto, como en el cielo te bendicen los ángeles; oh mi Jesús! En Ti creo, en Ti espero, á Ti amo sobre todas las cosas. Por Ti velo, por Ti duermo, para Ti vivo y con tu gracia quiero morir, amantísimo Jesús!

Y mientras te despojas de tus vestidos, puedes rezar por las benditas Animas del Purgatorio.

Al entrar en tu cama, di: "En tus manos, Señor, encomiendo mi espíritu. En paz con Dios y con los hombres dormiré y descansaré. Bendígame mi Señor Jesucristo crucificado, guárdeme y lléveme á la vida eterna.—Amén.

Una visita á la Madre Santísima de la Luz.

Puesto de rodillas ante una imagen de "LA MADRE SANTÍSIMA DE LA LUZ," se hace la señal de la cruz y se dice el

ACTO DE CONTRICIÓN.

Señor mío Jesucristo, Dios y Hombre verdadero, Creador y Redentor mío, por ser Vos quien sois y porque os amo sobre todas las cosas, me pesa, mil

veces me pesa de haberos ofendido. Apiadaos de mí, misericordiosísimo Señor, y perdonadme las ofensas é ingratitudes que he cometido contra Vos. ¡Cordero de Dios, que con tu divino poder é inconcebible caridad quitas los pecados del mundo, sálveme vuestra infinita misericordia; pues me conturban y agitan las tempestades de mis pasiones! Conducidme por la senda de la penitencia; pues en el alma me pesa de haberos ofendido, y propongo, con vuestra divina gracia, no volver á pecar en todos los días de mi vida. Ofrezcoos en satisfacción de mis pecados todas mis obras, mis trabajos, mi vida entera; y confío en vuestra inagotable bondad me daréis gracia para enmendarme y para perseverar en vuestro santo servicio, hasta el fin de mi vida.—Amén.

FELICITACIÓN Á LA MADRE SANTÍSIMA DE LA LUZ.

¡Salve, Inmaculada Virgen Maria, Madre Santísima de la Luz! ¡Salve, Lámpara inextinguible de aquella divina Luz, que ilumina vivísima y esplendorosa á todo el universo! ¡Salve, fulgido y purísimo Candelabro, en el cual con tan copiosos y deslumbradores destellos brillan los siete dones del Espíritu Santo! Dios te salve, Virgen incomparable, mil veces más sublime que el cielo, más pura que el Sol, más candida que la nieve, más olorosa que el lirio, más rubicunda que la rosa de primavera! ¡Oh, qué grande, qué admirable sois! El pensamiento no os comprende, y la lengua emudece cuando se resuelve á hablar de Vos. ¡Oh, Virgen de la más sublime santidad, por quien la humana naturaleza, caída en pecado, ha

sido reconciliada con Dios, y admirablemente unida á la naturaleza divina en la eterna Persona del Unigénito del Padre! Vos sola sois la bendita entre todas las mujeres; porque vos sola sois la que llevasteis la divina bendición en vuestro seno virginal, y por Vos sola fué librada la primera madre del género humano del vínculo de la antigua maldición.

Ninguna creatura ha habido, ni habrá jamás, entre los hijos de Adán, que brillase como Vos, con tanta pureza y hermosura. ¡Oh, Virgen, Madre más elevada que los cielos, que con el fulgor de tu luz iluminas á los hombres extraviados por el mortífero gusto á las cosas de la tierra! Nosotros os veneramos y felicitamos por tanta grandeza, con toda la devoción del alma, con todo el afecto del corazón. Elogios y alabanzas gloriosísimas se han dicho de Vos por boca de los profetas; grandes cosas ha hecho en Vos el Omnipotente; magníficas excepciones y piedades piensan y creen de Vos vuestros humildes y amantes siervos, los fieles hijos de la Iglesia católica. Nada hay, Señora, que á Vos se iguale; nada, que con Vos pueda compararse. Todo cuanto existe, ó está sobre Vos ó debajo de Vos. *Sobre Vos, sólo Dios.* Debajo de Vos, todo lo que no es Dios.

Os felicitamos, pues, Virgen amabilísima, por tanta gloria, y quisiéramos que todo el mundo os reconociese y confesase por aquella bellísima Aurora, que en todo tiempo ha aparecido brillante con incomparables destellos de esplendorosa luz. Y, pues son tantos y tan deslumbradores esos rayos vivísimos de Vuestra bondad y de Vuestra gloria, dignaos iluminar mi alma y alumbrar con ellos los espinosos sen-

deros de mi vida; para que durante ella os sirva como buen hijo, y después de la muerte os alabe dichoso por toda la eternidad.—Amén.

V.—Salve, brillante Aurora; tu nombre sea alabado.
R.—Por Ti desaparece la noche del pecado.

ORACIÓN.

Dios todopoderoso, que enriqueciste á la Bienaventurada Virgen María con tal abundancia de vivísima luz y tal pureza de inocencia y hermosura de santidad, que fuesen capaces de atraeros á Vos mismo á habitar en su seno virginal; concedéndonos por su mediación una pureza tal en nuestros afectos y pensamientos, que nos haga digno templo del Espíritu Santo; con el cual vivís y reináis en unidad del Padre por los siglos de los siglos.—Amén.

ALABANZAS Á LA MADRE SANTÍSIMA DE LA LUZ.

Dios te salve, MADRE SANTÍSIMA DE LA LUZ, refulgente *Estrella*, que con claridad deslumbradora nos muestras el seguro puerto de salvación.—*Dios te salve, María, llena eres de, etc.*

Dios te salve, clarísima *Estrella*, cuya luz es vida para los justos y alegría para los rectos de corazón.—*Dios te salve, María, etc.*

Dios te salve, *Estrella* nobilísima de Jacob, cuya luz alumbrá todo el orbe, y cuyo esplendor brilla en los cielos, siendo alegría para los bienaventurados, y penetra en los abismos, infundiendo temor á los demonios.—*Dios te salve, María, etc.*

ORACIÓN.

Oh, Madre Santísima de la Luz, gloriosa Emperatriz del universo, Torre de nuestra esperanza y Consuelo dulcísimo de los que vivimos desterrados en este valle de lágrimas y de miserias! Vuestro amoroso imperio resalta de una manera especial en el interior del hombre; y en las almas es donde principalmente, entre todas las criaturas visibles, sois glorificada con Vuestro divino Hijo, mereciendo por estas graciosas conquistas el título de Reina de los corazones. Persuadidos estamos de que la devoción hacia Vos es, en cada una de las almas, necesaria para que nos salvemos; y no desconocemos que, aun algunos entre los mismo herejes han reconocido que el no sentir hacia Vos estimación y amor es señal infalible de reprobación. Seros devoto, como dice San Juan Damasceno, es un arma de salvación que da Dios nuestro Señor, á los que quiere salvar. Y no es maravilla; porque siendo Vos la obra más perfecta de la infinita Majestad, lo mismo en la tierra por la gracia, que en el cielo por la gloria, quiere que en la tierra seáis glorificada y ensalzada por todos los hombres. Conseguidme, pues, Madre amabilísima, la gracia de una sincera y sólida devoción hacia Vos; para que, cifrando mi verdadera felicidad en amaros y en servirlos siempre, como fiel siervo y cariñoso hijo, logre una muerte feliz y con Vos la eternidad dichosísima de la gloria.—Amén.

*Gaude, Sponsa chara Dei;
Nam ut clara lux dici*

*Solis dotur lumine,
Sic tu facis orbem terrae
Tuae pacis resplendere,
Lucis plenitudine.*

(Sto. Tomás de Cantobery).

Triunfa, de Dios Esposa
Dulce y querida.
Como el Sol á los mundos
Su luz envía,
Luz verdadera
De paz y de ventura
Das tú á la tierra.

J. V.

OBSEQUIO Á LA MADRE SANTÍSIMA DE LA LUZ.

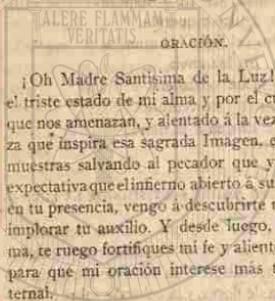
Adornar con flores ó de otra manera delicada los altares & imágenes de Maria. Un caballero portugués mandó en cierta ocasión á un esclavo moro que hiciese una corona de flores, y la colocase sobre la cabeza de una estatua de la Santísima Virgen. Hizolo de mala gana el esclavo; pero, aunque forzado este obsequio, se lo agradeció tanto la celestial Señora, que al otro día le inspiró un deseo vivísimo de pedir á su amo que le hiciese preparar para recibir el bautismo; gracia apreciablesísima que tantas veces había desechado.

UNIVERSIDAD
NOMINA D
ON GENERAL DE BIBLIOTECAS

Visita breve á la Madre Santísima de la Luz.*

Dios te salve, María Santísima, Hija de Dios Padre, etc.

Después de la última salutación y *Gloria Patri*, continúese con la siguiente



¡Oh Madre Santísima de la Luz! Alarmado por el triste estado de mi alma y por el cúmulo de males que nos amenazan, y alentado á la vez por la confianza que inspira esa sagrada Imagen, en la que te nos muestras salvando al pecador que ya no tenía más expectativa que el infierno abierto á sus pies; postrado en tu presencia, vengo á descubrirte mi corazón para implorar tu auxilio. Y desde luego, Madre Santísima, te ruego fortifiques mi fe y alientes mi confianza, para que mi oración interese más tu corazón maternal.

Al ver desencadenada la furia infernal que tan rudamente nos combate por medio de la impiedad, alguna vez me he creído tan fuerte como Pedro cuando decía á su divino Maestro: "Aunque sea menester que yo muera, no te negaré." Y sin embargo, yo sé que aquel valeroso Apóstol palideció ante una mujer y negó á tu Santísimo Hijo; y sé por lo mismo que yo, más débil aún, puedo caer más fácilmente. Al ver por otra parte las seducciones del mundo, los escándalos públicos y la relajación de las costumbres,

* De autor desconocido.

he deplorado tanto estrago y declamado contra sus autores; y con todo, el mundo me halaga, y mil veces he seguido sus máximas, cooperado á sus tendencias y participado de sus placeres.—Al considerar, por último, mi vanidad y orgullo, la impureza de mi corazón, y mis sobresaltos é inquietudes en los trabajos, me ha confundido tanta miseria y más de una vez he hecho nobles resoluciones que creía irrevocables; y con todo, yo siento que de ordinario estoy bajo el dominio de mis pasiones, y que hoy mismo están tan vivas, que ó impiden del todo, ó desvirtúan las pocas buenas obras que emprendo.

He aquí, Madre mía, la triste situación de mi alma y los peligros que me cercan; por eso, alarmado vengo á ti y recurro á tu maternal amparo. Tú, pues, que eres la Madre de la Luz, alcánzame la que necesito para no vacilar ni por un momento en los sagrados dogmas de la fe, para que á la hora de mi muerte pueda hacer solemne profesión de jamás haberme separado ni un punto de mis creencias.—Tú, que tan benignamente recibes el obsequio de esos corazones, recibe también el mío, para que no lo seduzca el mundo, ni se pegue á lo terreno, ni se abata en la adversidad, sino que, sobreponiéndose á todo, esté siempre sumiso á la voluntad de Dios.—Por fin, Señora: tú, cuyo poder es tanto, que con vigorosa mano levantas de la boca del infierno al alma miserable que ya se precipita en él, tómame también á mí y levántame de lo profundo de mi abyección, para no caer de nuevo oprimido del peso de mis pasiones, y sostenme así, mientras paso por entre tantos peligros como me cercan en esta vida; á fin de que, incorpora-

do algún día con las innumerables almas que tu poderosa diestra ha introducido en las mansiones celestiales, pueda con ellas bendecirte eternamente.—Amén.

Se termina con una Salve y la Oración: "Acuérdate, ¡oh, piadosísima Virgen María!"

Acción de Gracias por los beneficios recibidos de la Madre Santísima de la Luz.*

ACTO DE CONTRICIÓN.

Señor mío Jesucristo, Padre amorosísimo y autor omnipotente de todo cuanto existe, hème aquí en tu divina presencia, como el hijo pródigo, que, arrepentido de mis culpas y lleno de confianza vengo á arrojarme en el mar insondable de tu infinita misericordia.

Pequé, ¡Dios mío! lo confieso lleno de vergüenza; mas tú, que no quieres la muerte del pecador, sino que se convierta y viva, me concederás el perdón de mis culpas, interponiendo para ello los ruegos de tu Santísima Madre.

Perdón, ¡Dios mío! perdón, y mi lengua cantará día y noche tus misericordias.

ORACIÓN Á MARÍA SANTÍSIMA.

Reina de los ángeles y de los hombres, aurora la más hermosa, pues eres la Santa Madre de la Luz creada. Tú eres el tabernáculo de la Trinidad Beatísima.

* De Antonio G. Sánchez. 1880.

ma; por eso fuiste concebida sin pecado original. Escala misteriosa de Jacob, por donde suben y bajan día y noche las oraciones de tus devotos. Bellísima Esposa de los Cantares, Estrella de la mañana, Torre de fortaleza, Puerta del cielo, espejo sin mancha, huerto cerrado y refugio seguro de los que en ti creen. Bendita en el tiempo y en la eternidad. Permite, Señora y Madre mía, que hoy, día de gracias y mercedes, me acerque á tus altares saludándote con el Ángel llena de gracia.

PRIMERA AVE MARÍA.

Inmaculada Princesa
Del eterno Padre Hija,
Alegria de los santos,
Reina de las jerarquias:

Gózome porque os concede
La Majestad infinita,
Ser de su mismo poder
La Vice-Diosa divina;

Y que los ángeles todos,
Y todos los santos digan
Que sois del poder de Dios
La más poderosa y rica.

Por esta merced, Señora,
Que de la mano divina
Es por vuestra santidad
Tan justo á vos concedida;

Humilde y devoto os ruego
Que en mi postrer agonía,

Y en el último remate,
Tránsito y fin de mi vida.

Me libertéis del demonio
Y de su cruel tiranía;
Pues que, viviendo, os saludo
Diciéndoos: *Ave María.*

TALERE LA SEGUNDA AVE MARÍA.

Dulcísima de Dios Madre,
Objeto de sus delicias,
Pues el Señor os crió
Para su Madre escogida:

Tela blanca de pureza,
Que entre todas pura y limpia,
De ella el Verbo se vistió
Porque la vio sin mancha:

Gozome, blanca Paloma,
Que quien Madre os apelida,
Con ser de su Eterno Padre
La misma Sabiduría:

De su gloria y su saber
Tan altamente, María,
Os corona, que los cielos
Embelesados se admiran.

Mil parabienes os doy;
Gozaos, Princesa divina,
Y de mi suerte en el trance
Asistid, graciosa Niña,

Para librarme de errores,

De ignorancias y de insidias,
Y amparad á quien devoto
Os saluda: *Ave María.*

TERCERA AVE MARÍA.

Del Espíritu de amor
Aurora cándida y linda,
Y de sus tiernos regalos
Esposa favorecida:

Regocijo de los cielos,
Todos, Señora, os bendigan;
Os alternen parabienes,
Y anhorabuenas os rindan,

Porque vuestro dulce Esposo
Es espíritu de vida,
Más que á toda criatura
Os hizo amable y benigna.

Purpúrea Rosa, gozad
De mercedes tan subidas,
Y de angustias en mi muerte
Libradme con vuestra vista,

Alcanzándome, Señora,
Que pase de aquesta vida
Haciendo un acto de amor
En vuestras manos benditas;

Y que á gozar de Dios vaya,
Donde en vuestra compañía
Eternamente me goce
Pues os digo: *Ave María.*

ACCIÓN DE GRACIAS Á LA MADRE SANTÍSIMA
DE LA LUZ.

Dios te salve, llena de gracia: verjel ameno de la misteriosa Sion. Píesma saludable, por cuya intercesión se calma la justicia del divino Asuero, y que más fuerte que la valerosa Judit domas las fuerzas del enemigo común de nuestras almas. Al pronunciar tu bello nombre, Madre Santa de la Luz eterna, mis labios quedan más dulces que la miel de los panales, y mi corazón arrobado en el más tranquilo y delicioso éxtasis.

Y si en el borrascoso mar de mi existencia siempre has sido el faro luminoso de mi alma, el seguro puerto de mi salvación y la esperanza más firme de mi dicha eterna, sigue como hasta aquí siendo mi protectora y mi descanso. Protege, Señora mía, á nuestra Madre la Santa Iglesia Católica, Apostólica, Romana; da luz y acierto al Sumo Pontífice, á los pastores de su rebaño y autoridades emanadas de Dios: haz que los pecadores volvamos al camino recto de la salvación, y nunca dejes de cobijar con el manto de tu misericordia á esta bella ciudad de Leon, que risueña se engalana para celebrar tus glorias, St. Señora, y en el día último de mi vida, cuando ya empañada la vista, cárdenos los labios y muda la garganta me asalten las ansias de la muerte, sé, como hasta aquí, nuestra piadosa intercesora.

¡Adiós, Señora! Lleno de confianza me ausento de tu presencia, dándote mil gracias por los innumerables beneficios espirituales y temporales que me has concedido siempre. ¡Adiós, Madre nuestra! los án-

geles y las criaturas todas del universo no cesen un momento de alabar tu nombre por los siglos de los siglos.—Amén.

Devoción

para cada uno de los Miércoles del mes.

Por la señal de la santa Cruz, etc.

ACTO DE CONTRICIÓN.

Señor mío Jesucristo, Dios y Hombre verdadero, Creador, Padre y Redentor mío, por ser Vos quien sois y porque os amo sobre todas las cosas, me pesa, con todo mi corazón me pesa de haberos ofendido. Dadme, Padre amabilísimo, espíritu de compunción y de penitencia; deshágase en suspiros mi pecho y broten de mis ojos torrentes de lágrimas, para que con ellas, purificada y limpia mi alma, emprendá el camino de la virtud y pueda contemplar un día la encantadora luz de vuestro divino rostro. Propongo firmemente la enmienda de mi vida, y resuelvo con toda mi alma nunca más pecar, confesarme, cumplir la penitencia que me fuere impuesta y apartarme de todas las ocasiones de ofenderos. Ofrezcoos mi vida, obras y trabajos, en satisfacción de todos mis pecados; y confío en vuestra divina bondad y misericordia infinita me los perdonaréis por los méritos de vuestra preciosísima Sangre, Pasión y Muerte, y me daréis gracia para enmendarme y para perseverar en Vuestro santo servicio hasta el fin de mi vida.—Amén.

PRIMER MIERCOLES.

¡Oh, Virgen preclarísima, honra de nuestro linaje, y consuelo de nuestra vida, Madre Santísima de la Luz! ¡Qué lección tan expresiva para nuestras almas, contemplar que cuanto más te exalta y enaltece Dios nuestro Señor, eligiéndote para Madre suya, con mayor empeño te humilla y te abates ofreciéndote por su esclava! Comprendo la importancia y necesidad de esta preciosa virtud de la humildad, tesoro segurísimo de todas las virtudes, y tan amada de Dios nuestro Señor, que se complace como en descender de su altísimo solio, para contemplar y enriquecer de sus dones a los que por él se humillan y menosprecian. Vos, que con divina luz conocisteis con tanta claridad desde un principio que "*Dios resiste á los soberbios, y á los humildes les da su gracia*," dignaos conseguirme del Señor luz para conocer por completo mi pequeñez, y fortaleza para sobreponerme á los halagadores engaños, con que pretende perdersen el infernal enemigo, padre de la soberbia y de la mentira. Y puesto que humillarse es dar el primer paso para imitar á Jesucristo nuestro Señor, fomentad con abundante luz en mi alma el amor á todo género de humillaciones, que me hagan más fácil la práctica de las virtudes cristianas, y seguro después de la muerte el eterno goce de las delicias del cielo.—Amén.

ALABANZAS Á LA MADRE SANTÍSIMA DE LA LUZ.

Dios te salve, MADRE SANTÍSIMA DE LA LUZ, esplendorosa *Estrella del Mar*, cuyos brillantes rayos,

para los que surcan el mar proceloso de la vida, son de más precio que todas las riquezas de este mundo.—*Dios te salve, María, etc.*

Dios te salve, *Estrella del Mar*, á cuyos fulgores vivimos bogamos alegres por el mar de la amargura y del constante padecer.—*Dios te salve, María, etc.*

Dios te salve, fúlgida *Estrella del Mar*, á la cual no puede eclipsar nube alguna, y con cuya claridad es imposible padecer naufragio.—*Dios te salve, María, etc.*

Ad laudem Virginis invitat hominum

Ipsa mens hominis, lacta per Virginem,

Maria nascitur, salus credentium;

Et vere creditur salus nascentium.

Puella nobilis, comes humilium,

Magistra humilis, et dux nobilium,

Regina gloriæ, Regis et filia;

Sed Regis Filia ab intus gloriâ.

(El Cardenal Latino Frangipani).

Y A alabar á la Virgen nos convoca

Nuestra misma razón: venid, la Reina

Nace del mundo, la sin par María,

De los creyentes la esperanza cierta,

Noble doncella, de humildad profunda,

Portento celestial, guía y maestra;

Hija del Rey, y de los altos cielos

Con belleza interior la Reina excelsa.

J. V.

OBSEQUIO Á LA MADRE SANTÍSIMA DE LA LUZ.

Pedir perdón todos los días á la Santísima Virgen, por nuestras faltas anteriores en corresponder á sus innumerables beneficios.

Al monje Premonstratense San Hermann, que se había descuidado en los obsequios que solía ofrecer á María, se le apareció esta amabilísima Virgen con semblante menos agraciado, diciéndole en tono de queja: "Así debo de estar yo en tu alma negligente é indevota;" y desapareció, dejándole confuso y arrepentido.

SEGUNDO MIÉRCOLES.

*Por la señal, etc.
Acto de contrición, etc.*

ORACIÓN.

¡Oh, Madre Santísima de la Luz, Fuente de suavidad inefable, mar de inconcebible dulzura y abismo de maternal misericordia! ¡Oh, María, Virgen gloriosísima, lámpara pura y amable, que desde el primer momento de tu purísimo ser iluminas el mundo con los fulgores de tu gracia, y le bañas de espiritual claridad! ¡Qué grande apareces á los ojos de los hombres y de los ángeles, y aun en la presencia misma de Dios nuestro Señor, cuando con tan ingeniosa constancia consagras los instantes todos de tu purísima vida á la práctica de la más completa abnegación! Soberana de los cielos, Madre de los hombres, Reina de los án-

geles, santuario del Espíritu Santo y templo del divino Verbo; esplendor de la gloria del Padre. . . . ; tanta elevación y grandeza no son en Vuestro Corazón amabilísimo, sino motivos más poderosos para abnegaros sobre toda humana abnegación, refiriendo únicamente á Dios toda esa inconcebible alteza y toda la gloria que de ella os resulta. ¡Ah! si yo prácticamente me persuadiese de la necesidad de esta cristiana virtud! Comprendería que nadie puede tener entrada en el cielo, si no alcanza los tres grados de la evangélica abnegación: renunciar, por el amor de Dios, al amor de todas las cosas humanas, á la propia voluntad y á la gloria vana del mundo. Porque, verdad muy cierta es que "no podemos poseer la libertad perfecta, si no nos negamos del todo á nosotros mismos." Conseguidme, pues, Madre amabilísima, la virtud de la más completa abnegación; para que, resistiendo constantemente y con todo empeño á mis pasiones, halle la verdadera paz del alma; y agradándoos con ella, sirva como siervo fiel á Vuestro divino Hijo, y eternamente le goce y os alabe por los siglos de los siglos.—Amén.

ALABANZAS Á LA MADRE SANTÍSIMA DE LA LUZ.

Dios te salve, MADRE SANTÍSIMA DE LA LUZ, *Estrella refulgente del mar*, que guías y defiendes por el camino de la verdadera vida á los infelices pecadores, errantes en la triste peregrinación de este mundo.—
Dios te salve, María, etc.

Dios te salve, *Estrella purísima de la mañana*, que iluminando con perpetua esplendidez á los pueblos,

jamás te inclinas al ocaño del pecado.—*Dios te salve, María, etc.*

Dios te salve, *Estrella*, toda de fuego por tu ardentísima caridad, como Madre de aquel Señor amabilísimo, cuyo divino corazón constantemente se abraza en amor á las almas.—*Dios te salve, María, etc.*

*Ecco ad te confugio,
Virgo, nostra salvatio,
Spes salutis et veniae,
Mater misericordiae.
Serva ad te fugientem,
Salva de te confidentem,
Super omnes te adora,
Super cunctas te imploro.*

(Cardenal Latino Frangipani).

A Ti, Virgen soberana,
A Ti acudo y á Ti ruego,
Salvación nuestra, esperanza
De perdón y de consuelo.

A Ti imploro; sobre todos
Los moradores del cielo,
En Ti, sobre todos, fio;
Sobre todos te venero.

J. V.

OBSEQUIO Á LA MADRE SANTÍSIMA DE LA LUZ.

Invocar diariamente á María, pidiéndole una buena muerte.

Habiéndole pedido un día Santa Matilde que la asistiese en aquella hora tremenda, la celestial Señora se lo prometió, y le previno que con este fin rezase diariamente *tres Ave Marías*. La *primera*, para que, pues la había hecho tan poderosa el eterno Padre, se dignase emplear su poder contra el demonio y sus asaltos en aquel trance tan terrible. La *segunda*, para que en aquella hora la ilustrase y fortaleciese en la fe, librándola de los engaños de Satanás; puesto que su divino Hijo la había comunicado tan alta sabiduría. Y la *tercera*, para que, pues el Espíritu Santo la había infundido tan ardiente y purísimo amor, se dignase entonces comunicarle algo de éste, suavizando con esto aquellas extremas amarguras.

TERCER MIÉRCOLES.

Por la señal, etc.

Acto de contrición, etc.

ORACIÓN.

Oh, Madre Santísima de la Luz! Obra novísima y la más admirable, que ha salido de las manos de Dios! Virgen prodigiosa que iluminada con divinos esplandores, disipaste las tinieblas de la tierra introduciendo en ella la antigua luz de verdad y de justicia! Grande y muy urgente es la necesidad en que me hallo, de conocerte á mi mismo, para que en tiempo pueda con toda verdad decir con el Profeta: "Después que me iluminaste, herí mi pecho; y he quedado confuso y avergonzado." Porque, ¿cómo me atreveré

yo á alzar los ojos del corazón para ver á Dios, si no me resuelvo á mirarme y conocerme á mi mismo? ¡Triste consideración para mí, Madre dulcísima, y de todas maneras, gravísima angustia! Si me contemplo, no puedo tolerarme á mi mismo; si no me contemplo, tengo la desgracia de no conocerme. Si interiormente me miro, me avergüenzo; si no me miro, engañome con gravísimo riesgo de perderme. Si examino los repliegues y escondrijos de mi corazón, siento un horror intolerable; si no los examino, me expongo á inevitable condenación. En situación tan dolorosa, ¿á quién he de recurrir si no á Vos, Luz esplendorosa y amorosísima de los que yacen en tinieblas, para que me ayudéis con vuestro poderoso auxilio? Vos me enseñáis que "el que se conoce bien á sí mismo, se tiene por vil y despreciable, y no se deleita en las alabanzas humanas." Para que no pierda, pues, el tiempo y no me ponga en gravísimo riesgo de perder el alma, seguidme de Vuestro divino Hijo luz poderosa que alumbra por completo mi alma, y gracia eficaz que me ayude á curar sus lastimosas llagas. Así os será grata mi devoción, y me conduciréis benigna, con vuestra clemencia, á alabar en el reino de los cielos por toda la eternidad al Padre, y al Hijo y al Espíritu Santo.—Amén.

ALABANZAS Á LA MADRE SANTÍSIMA DE LA LUZ.

Dios te salve, MADRE SANTÍSIMA DE LA LUZ, fulgida *Estrella*, de la cual salió el Sol divino de Justicia, Cristo nuestro Señor.—*Dios te salve, María, llena eres de gracia, etc.*

Dios te salve, brillante *Estrella del mar*, en la cual se refleja vivísima la Luz del mundo.—*Dios te salve, María, etc.*

Dios te salve, *Estrella clarísima*, que con los rayos esplendorosos de su luz, ahuyenta las tinieblas del pecado y trueca en día sereno la noche de nuestros corazones.—*Dios te salve, María, etc.*

Me defende peccatorem,

Et ne tuum des honorem.

Alieno et eruditi,

Precor te, Regina coeli.

(El Papa Inocencio III).

De este gran pecador benigna escucha
La ferviente oración. Que me defienda,
Reina del cielo, tu potente mano,
Para gloria y honor de tu clemencia:

J. V.

OBSEQUIO Á LA MADRE SANTÍSIMA DE LA LUZ.

Al salir y al entrar en casa, ofrecerse á la Santísima Virgen.

Haciolo con mucho fervor al salir de su celda y volver á ella, el Beato Lanspergio, monje cartujo de eminente virtud, é imitante todos los de su Orden. Fácilmente podemos prestar á la celestial Señora este obsequio; y besar humildemente los pies de alguna Imagen suya, con esta ocasión.

CUARTO MIÉRCOLES.

*Por la señal, etc.**Acto de contrición, etc.*

ORACIÓN.

¡Oh, Madre Santísima de la Luz! ¡Clarísimo Espejo, que representa tan al vivo la divina hermosura! Pluguiese á Su divina Majestad que mi conciencia fuese constantemente espejo fiel, en que se reflejasen por completo las distintas situaciones de mi alma! Porque si con todo empeño reflexionase sobre los actos incesantes de mi vida, y diariamente y con invencible tesón hiciese con divina luz examen de mi conciencia; aprovecharía, sin dudas en el espíritu, no precisamente al encontrar faltas de que me doliese, sino doliéndome y avergonzándome de las faltas que en mi alma encontrase. Porque, estando tan obligado á velar día y noche por la pureza de mi corazón, sensible y vergonzoso sería que pudiera de algún modo aplicárseme aquella divina sentencia: "Pasó un día por el campo de un perezoso, y por la viña de un necio, y vi que todo estaba lleno de ortigas, y la superficie cubierta de espinas, y arruinada la cerca de piedra." Para que tan grave mal no venga en tiempo alguno sobre mi alma, recorro á Vos, Madre Santísima de la Luz. Muévaois á compasión mi mucha miseria; y con aquella amorosa libertad que suele emplear con su hijo una madre dignísima y cariñosa, pedid y alcanzadme de nuestro amabilísimo Jesús luminosa y eficientísima claridad, que alumbré y me haga conocer

los intrincados y oscuros senos de mi conciencia. Mostraos, esplendorosa Luz de mis ojos, mostraos benigna á la contemplación de mi espíritu; y las tinieblas de mi conciencia tomaránse bien pronto para mí en alegre y clarísimo día de vida. Que esta saludable diligencia en examinar cuidadoso los movimientos y las vías de mi corazón, sirva de humilde correspondencia á la maternal solícitud que despleáis generosa por la salvación de mi alma; y haciéndome agradable á los ojos purísimos de Jesús, con El y con Vos logre reinar un día por los siglos de los siglos.—Amén.

ALABANZAS Á LA MADRE SANTÍSIMA DE LA LUZ.

Dios te salve, MADRE SANTÍSIMA DE LA LUZ, proclara *Estrella*, que te elevas majestuosa sobre el grande y espacioso mar de este mundo, brillando con tus incalculables méritos é iluminando á los hombres con tus santísimos ejemplos.—*Dios te salve, María, etc.*

Dios te salve, brillantísima *Estrella*, cuya luz jamás contemplaron los naufragos, sin sentir al instante poderoso auxilio.—*Dios te salve, María, etc.*

Dios te salve, graciosa *Estrella del mar*, que consueles las solícitas á los atribulados, é iluminas benigna á los penitentes.—*Dios te salve, María, etc.*

*Hæc vita simplici decore duplicat;
Decore duplici se Deo simplicit,
Nam carne splendida dum mens poeniteat,
Fit tota nitida, ut Sponso splendeat,*

*Jam mittit praeonium haec Dei Filia
Ad Dei Filium, nardus et praemia,
Haec misso nuntio in caeli solium,
De caeli solio eduxit nuntium.*

(Cardenal Latino Frangipani).

Luciendo doble ornato y peregrino,
Unida con su Dios, de encantos llena
Aparece en el mundo que la admira,
Bella en el cuerpo y en el alma bella.
Hija amante de Dios, al Hijo eterno
De Dios envía generosa ofrenda,
Y al llegar hasta el solio de Dios santo,
Desde él alado mensajero vuela.

J. V.

OBSEQUIO Á LA MADRE SANTÍSIMA DE LA LUZ.

Encender velas ante alguna imagen de la Santísima Virgen.

Un santo solitario, que habitaba una gruta á diez leguas de Jerusalén, siempre que salía de ella encendía una vela ante una imagen de María que allí conservaba con mucha devoción, rogando á la celestial Señora que durante su ausencia se dignase cuidar de su preciosa Imagen. Y sucedió alguna vez que, estando ausente por el tiempo de seis meses, á su regreso halló la vela encendida y en el mismo estado en que la dejara.

QUINTO MIÉRCOLES.

*Por la señal, etc.
Acto de contrición, etc.*

ORACIÓN.

¡Oh, Madre Santísima de la Luz! Tabernáculo santo de Dios! ¡Nuevo Santuario de la divina gloria, labrado con bello arte de sobrehumano magisterio! ¡Sede brillantísima del mismo Dios, y puerta maravillosa de luz, de la cual brotaron rayos de salvación para todo el mundo! Vos sois el trono de gracia y la reconciliadora de Dios con los hombres; Vos, el gozo de la tierra, la reparadora del mundo, la gloria del género humano, el término de los consejos de Dios, el precio de la redención de Eva, la gloria de los hombres y la fuente de gracia y de inmortalidad. ¡Cuán grande vuestra piedad para con nosotros, y cuánta debe ser también para con Vos nuestro divino Hijo nuestra amorosa gratitud! Siendo tan marcada nuestra miseria y tantos los beneficios con que nos habéis enriquecido, tenemos que lamentar en el fondo del alma el que haya sido tan desproporcionada y tan mezquina para con Vos nuestra humilde correspondencia. Millares de veces deberíamos repetir diariamente aquellas expresivas palabras del Real Profeta: "Bendice al Señor, alma mía, y guárdate de olvidar ninguno de sus beneficios."

Todos los días, si: en los sucesos prósperos, porque nos consuelas; en los adversos, porque nos corriges; si fuese posible, antes de que existiésemos,

porque con tu amor y tu maternal solicitud has contribuido al ser de qué gozamos; cuando hemos pecado, porque impetraste nuestro perdón; cuando nos convertimos, porque nos auxiliaste; y cuando perseveramos, porque tuyos son en gran parte, después de Dios, el mérito de nuestros esfuerzos y la palma de nuestras victorias.

Gracias, pues, Madre amabilísima, por Vuestros continuos beneficios y Vuestra maternal misericordia. Alentame la consideración de que si grandes son mis ingratitudes, mucho mayor es Vuestra tiernísima clemencia; y aun después de mis pasadas deslealtades, mi corazón hace en Vuestro obsequio las más tiernas protestas de amor, y quedame ánimo todavía para deciros con San Felipe Neri: "Haced que me acuerde siempre de Vos, y Vos no dejéis de acordaros de mí."

ALABANZAS Á LA MADRE SANTÍSIMA DE LA LUZ.

Dios te salve, MADRE SANTÍSIMA DE LA LUZ, resplandeciente *Estrella del mar*, que con luz vivísima iluminas al mundo, hinchado, como las olas del mar, con la soberbia, hirviendo con la ira, y hediendo con todo género de vicios.—*Dios te salve, María, etc.*

Dios te salve, preciosísima *Estrella*, á cuya luz entran seguros en el suspirado puerto de la vida, los que imitadores de tu humildad y de tu pureza, navegan por el mar proceloso de este siglo.—*Dios te salve, María, etc.*

Dios te salve, *Estrella* benignísima de los justos, que al contemplarte con afecto de sincera devoción,

obtienen dulces consuelos, entre los peligros y temores continuos de este mundo.—*Dios te salve, María, etc.*

*Tu omnium es potentior,
Inter omnes et dulcior,
Inter omnes humilior,
Inter cunctos sublimior.
Nullus enim confunditur,
Reus tantum non perditur,
Qui se tibi commendabit,
Qui te, Virgo, invocabit.*

(El Cardenal Latino Frangipani).

Nadie en dulzura te iguala,
Ni en poder, ni en valimiento;
Ni nadie, cual Tú, se encumbra
Sobre los Tronos del cielo.
No se pierde, Virgen pura,
Ningún desdichado reo,
Si en sus peligros te invoca
Y hasta Tí eleva su ruego.

J. V.

OBSEQUIO Á LA MADRE SANTÍSIMA DE LA LUZ.

Dar diariamente gracias á la Santísima Virgen por los beneficios recibidos por su intercesión. Esto es muy justo; puesto que, como enseñan los Santos Padres, y en especial San Bernardo, "todo quiso el Señor que lo consiguiéramos por María."

Devoción para el Miércoles de cada semana.*

ACTO DE CONTRICIÓN.

Señor mío Jesucristo, etc.

Oración á María.

Clementísima Madre y Señora mía: aquí llego contrito y humillado á ponerme bajo la sombra de tu patrocinio. Conozco, Señora, la fealdad de mis vicios: me avergüenzo de ver que, titulándome tu devoto, te haya dado tantos sentimientos con las repetidas ofensas que he cometido contra tu divino Hijo. Mas ya me pesa de todo mi corazón de haber ofendido á mi amante Padre: ya me pesa, sacratísima Virgen, de haber despreciado tantas veces aquella preciosísima Sangre que con tanto amor derramó para mi rescate mi dulce Jesús, en el monte Calvario: me pesa, en fin, Virgen purísima, de haber correspondido tan mal á las repetidas inspiraciones que por tu franca mano he recibido. No volveré á pecar, no volveré á seguir los ímpetus de mis pasiones, no á darte más disgustos, amabilísima Madre mía. Así lo propongo delante de ti, y lo cumpliré exactamente, si con tu poderosa intercesión me alcanzas del Altísimo la gracia que necesito para que arreglando mi vida á los mandamientos del Señor, á la hora de mi muerte, logre la dicha de entregar mi espíritu en tus vírginales manos; por cuyo medio pase á gozar de las delicias eternas de la gloria.—Amén.

* Por un devoto de la Madre Santísima de la Luz. 1867.

ORACIÓN.

Poderosísima Madre y Señora mía, María Virgen, Madre Santísima de la Luz: ¡Oh qué consuelo siente mi corazón al considerar atentamente esa tu bella imagen! Por ella se me recuerda el anhelo y solicitud con que procuras que mi alma no sea presa del infernal Dragón del pecado: en ella veo la ternura y afabilidad con que intentas sacarme de la obscuridad de mis vicios: en ella, por último, advierto cómo vuelves á mí tus hermosos ojos para atraerme al rebaño feliz de tu Santísimo Hijo. . . . ¿Y es posible que esté mi alma tan endurecida, que no se mueva á dolor de sus culpas al ver á tan amorosa Madre? ¿Es posible que esté mi corazón tan empedernido, que no profese en adelante una verdadera devoción á tan benigna Reina y protectora. . . .? No, Señora, no. . . . ya me rindo á las divinas inspiraciones que por tu mediación recibe mi alma; pero mira que por mi sólo nada puedo, pues que no hay en mí otra cosa que ignorancias, errores, miserias, flaquezas, corrupción y maldad; pero con tu poderosa ayuda, primero dare la vida que cometer un solo pecado. Alcánzame, Madre misericordiosa, la brillante luz de la gracia, para que mis pasos se dirijan por la senda de los mandamientos: sirveme de guía que me alumbre para no tropezar en el escollo de la culpa: seas tú el norte que dirija á la pobre barquilla de mi alma en el mar borrascoso de esta vida, para que pueda llegar felizmente al puerto seguro de la eterna bienaventuranza.—Amén.

Se rezan siete Ave Marias á la Santísima Virgen,
en la forma siguiente.

I

A ti, María, ocurriré;
Que eres Madre de la Luz,
Y humilde te pediré,
Por tu santo Hijo Jesús,
El que ilumines mi fe.
Dios te salve, María, etc.

II

Por ti todo don se alcanza,
Como que eres mediadora.
En ti pongo mi confianza
Y te suplico, Señora,
El que alientes mi esperanza.
Dios te salve, María, etc.

III

Madre llena de bondad,
Del Santo Espíritu Esposa,
Te ruego con humildad,
Ave Fenix amorosa,
Que enciendas mi caridad.
Ave María, etc.

IV

Puerta de la santa Sion,
La más perfecta criatura,

Con todo mi corazón
Te suplico, Virgen pura,
Que aumentes mi devoción.
Ave María, etc.

V

De los enfermos salud
La Iglesia te ha proclamado;
Oye mi solicitud,
Cura mi alma del pecado
Y adórnala de virtud.
Ave María, etc.

VI

Tú quebrantaste la audacia
Del enemigo infernal.
Haz que yo con eficacia
Venza á este astuto rival,
Alcanzándome la gracia.
Ave María, etc.

VII

Deseo en el Empireo verte,
María, Madre de consuelo:
Para alcanzar esta suerte
Abreme, Señora, el cielo
Con una dichosa muerte.
Ave María. Gloria Patri, etc.

Aquí se hace la petición, y se reza después la siguiente

ORACIÓN.

¡Oh, sacratísima Virgen María, concebida en gracia sin la culpa original, Reina y Señora mía: hermosura del Empíreo; Estrella que nació de Jacob, cuyo resplandor ilumina el cielo y la tierra: *Luz* agradable de los Santos: *Luz* clarísima, que alumbrá toda la Iglesia; *Luz* purísima, de la cual nació el Sol de Justicia, Jesucristo Salvador del mundo: te suplico humildemente, ¡oh dulce Madre y Señora mía! recibas estas cortas oraciones, que en reverencia tuya he rezado: acepta este corto obsequio, que te tributo en este día ante esa sagrada Imagen, en que te venera la piedad cristiana con el honroso título de *Madre de la Luz*. No permitas, Señora, que me deje yo vencer de los asaltos del enemigo de mi salvación: librame de una muerte repentina, y haz que viva de suerte, como si cada momento fuera el último de mi vida. Alumbrá con un rayo de tu luz á aquellas infelices almas que están en pecado mortal, y por consiguiente en peligro de perder eternamente á tu Santísimo Hijo: mira por la exaltación de la fe católica, por la conversión de los infieles y herejes, por la perseverancia de los justos, y por el alivio y descanso de las benditas almas del purgatorio. Haz que sientan hoy tu particular protección todos los cristianos que te veneran con el título de *Madre Santísima de la Luz*; y experimente yo, aunque indigno y el último de tus devotos, que de ti me viene la luz de la gracia, que me haga descubrir los muchos precipicios de esta vida para apartarme de ellos: la *Luz* del consuelo que dulcifique mis aflicciones y trabajos: la *Luz* abrasadora

que me encienda en el amor de tu divino Hijo: la *Luz* indeficiente que me acompañe hasta mi última hora, y que llenando entonces mi corazón de alegría y de esperanza, sea como el anuncio seguro de que voy á gozar en tu compañía de la *Luz* eterna é increada, que puso en tus virginales manos todas las gracias, para que todas las almas te fueran deudoras en gran parte de su eterna bienaventuranza.—Amén.

JACULATORIA PARA ENTRE DÍA.

María, Madre de la Luz,
Defiéndeme del Dragón,
Y límpia mi corazón
Para dárselo á Jesús.

Devoción para todos los Miércoles del año. *

Puesto de rodillas delante de una imagen de la Santísima Virgen, y hecha la señal de la cruz, se dirá la siguiente

ORACIÓN.

Llegó el momento, hermosísima y amantísima Señora mía, en que mi corazón afligido por la culpa y agobiado por el peso que le han impuesto sus pasiones, vea sus errores: y conozca el deplorable estado en que se encuentra: no tengo á quien volver mis tristes ojos, nadie puede darme el alivio, ni exten-

* Del Bachiller D. José María Sánchez de Espinosa, Presbítero del Arzobispado de México. 1890.

der la mano para socorrer á este desvalido; solo tú, Señora, tú que eres el remedio de los afligidos, el consuelo de los desamparados, la Madre de los pecadores, y la luz que puede alumbrarnos. Aquí estoy, Señora, postrado ante tus altares regándolos con mi llanto, y presentándote liquidado de dolor mi corazón.

¿Para quién, Señora, se hicieron los favores? ¿No fueron para el infeliz? Si, Señora, es honor vuestro amparar á un desvalido: muevate á piedad la obscuridad en que me hallo; alúmbrame, Señora, y seré salvo; extiende tu mano protectora y respirará un cautivo del pecado: todo cuanto miro en tí me alienta y conforma: la dulzura de tu nombre, ese semblante agradable y risueño; todo, todo, me hace esperar mi felicidad: permite, Señora, que un desgraciado te llame Madre: sí, Madre Santísima, Madre de la Luz, Madre mía, piedad, misericordia. Acepta, por tanto, las alabanzas que mis labios te dan, y usa conmigo de tus antiguas gracias.

JACULATORIA.

Eres de la Trinidad
Sagrario, divina aurora;
Misericordia, Señora:
Madre de la Luz, piedad.

*Dios te salve, María Santísima, Hija de Dios Padre,
Virgen purísima antes del parto. Dios te salve, María,
etc.*

Cuando el Señor te escogió
Pará su Madre y Esposa;
De verte tan primorosa
Todo un Dios se suspendió:
Con razón me aliento yo
Al ver tu hermosa beldad.
Eres de la Trinidad, etc.

*Dios te salve, María Santísima, Madre de Dios Hijo,
Virgen purísima en el parto. Dios te salve, María, etc.*

En el monte del dolor
Como única mujer fuerte,
Viste terminó la muerte
La vida del Redentor;
Mas también el pecador
Vida halló en tu soledad.
Eres de la Trinidad, etc.

*Dios te salve, María Santísima, Esposa de Dios Es-
piritu Santo, Virgen castísima después del parto. Dios
te salve, María, etc.*

Tu nombre, bella María,
Que causa espanto al infierno,
Es para el hombre tan tierno,
Que en él halla su alegría:
Con razón, ¡oh Madre mía!
Exclamo al ver tu piedad:
Eres de la Trinidad, etc.

*Dios te salve, María Santísima, Templo y Sagrario
de la Santísima Trinidad, Virgen concebida sin la cul-
pa original. Dios te salve, María, etc.*

Convierte mi corazón,
Y en la postrer agonía
Espero serás mi guía
Para ir á la eterna Sion:
Alcánzame contrición
Y destruye mi maldad.
Eres de la Trinidad, etc.

Madre y Señora mía, eres Luz que disipas las sombras del engaño, eres la dulzura que deleíta el corazón, la poderosa Madre en quien espero y confío: aleja de mi todo peligro, guáñame, Señora; y en estos ocho días recíbeme por tuyo; yo volveré, Señora, á tus santísimos pies, yo daré á mi corazón la dicha de saludarte, y yo renovaré el amor que desde hoy te ofrezco. Angeles de la patria celestial, alabad por mí á la Madre Santísima de la Luz, Dios y Señor de la majestad y grandeza, pues sólo vos sabéis lo que es María, ensalzadla y engrandecedla: y tú, Madre y Señora, admite mi corazón: las necesidades que tiene tú las sabes, remédialas, derrama sobre mí el bálsamo suavísimo de tu amor; haz que en todas mis acciones te llame Madre de la Luz; alumbrame, compadécete de mí, y no permitas que sea presa del demonio, sosténme con tu santísima mano; y haz, puesto que te portas como Madre, que yo me porte contigo como tu amante hijo.—Amén.

Los cuatro Miércoles del mes,
dedicados á honor y alabanza de la Madre
Santísima de la Luz.*

ACTO DE CONTRICIÓN.

Señor mio Jesucristo, crucificado amante: me pesa de todo mi corazón de haberos ofendido, sólo por ser quien sois: propongo la enmienda, y me pesa de haber ofendido al Dios de la majestad, Amabilísimo Redentor mio, yo os suplico me perdonéis mis pecados, por las purísimas entrañas de María Santísima, á quien pido, pues es Madre de la Luz eterna, me comuniqué luz para confesarlos; dolor con que llorarlos, y gracia para no cometerlos jamás.—Amén.

PRIMER MIÉRCOLES.

En honor de la Concepción de nuestra Señora; pues la Omnipotencia desterró las sombras de la culpa con la luz soberana de su pureza.

ORACIÓN.

Eterno Dios y Señor, bajo cuyo poder estuvieron todas las cosas visibles é invisibles; y para darnoslas á conocer y ser en ellas alabado, quisiste formar á la Madre Santísima de la Luz, que es la primogénita de tus obras. Infinitas gracias os damos, ensalzando vuestro inmenso poder por la admirable creación de

* De D. José María Díaz Gumbon. 1940.

Convierte mi corazón,
 Y en la postrer agonía
 Espero serás mi guía
 Para ir á la eterna Sion:
 Alcánzame contrición
 Y destruye mi maldad.
Eres de la Trinidad, etc.

Madre y Señora mía, eres Luz que disipas las sombras del engaño, eres la dulzura que deleíta el corazón, la poderosa Madre en quien espero y confío: aleja de mi todo peligro, guáñame, Señora; y en estos ocho días recíbeme por tuyo; yo volveré, Señora, á tus santísimos pies, yo daré á mi corazón la dicha de saludarte, y yo renovaré el amor que desde hoy te ofrezco. Angeles de la patria celestial, alabad por mí á la Madre Santísima de la Luz, Dios y Señor de la majestad y grandeza, pues sólo vos sabéis lo que es María, ensalzadla y engrandecedla: y tú, Madre y Señora, admite mi corazón: las necesidades que tiene tú las sabes, remédialas, derrama sobre mí el bálsamo suavísimo de tu amor; haz que en todas mis acciones te llame Madre de la Luz; alumbrame, compadécete de mí, y no permitas que sea presa del demonio, sosténme con tu santísima mano; y haz, puesto que te portas como Madre, que yo me porte contigo como tu amante hijo.—Amén.

Los cuatro Miércoles del mes,
 dedicados á honor y alabanza de la Madre
 Santísima de la Luz.*

ACTO DE CONTRICIÓN.

Señor mio Jesucristo, crucificado amante: me pesa de todo mi corazón de haberos ofendido, sólo por ser quien sois: propongo la enmienda, y me pesa de haber ofendido al Dios de la majestad, Amabilísimo Redentor mio, yo os suplico me perdonéis mis pecados, por las purísimas entrañas de María Santísima, á quien pido, pues es Madre de la Luz eterna, me comuniqué luz para confesarlos; dolor con que llorarlos, y gracia para no cometerlos jamás.—Amén.

PRIMER MIÉRCOLES.

En honor de la Concepción de nuestra Señora; pues la Omnipotencia desterró las sombras de la culpa con la luz soberana de su pureza.

ORACIÓN.

Eterno Dios y Señor, bajo cuyo poder estuvieron todas las cosas visibles é invisibles; y para darnoslas á conocer y ser en ellas alabado, quisiste formar á la Madre Santísima de la Luz, que es la primogénita de tus obras. Infinitas gracias os damos, ensalzando vuestro inmenso poder por la admirable creación de

* De D. José María Díaz Gumbon. 1940.

María Santísima, pues que en Ella, como primogénita de todas las criaturas, quisiste echar el resto de tu Omnipotencia, criándola desde su primer instante Luz con todos los candores de tu gracia, sin permitir la acometiera ni la más ligera sombra de la culpa; y desterrando tu poderoso brazo al dragón que feroz y envidioso trataba vengativo de ponerle sus asechanzas, hiciste que obediente besase con reverencia su invicta planta: y tú, Señora, Luz admirable, María, que en tu primer instante estuviste en gracia, como luz de la misma Luz, pues de tus purísimas entrañas había de nacer la divina Luz, Cristo nuestro Señor; consíguenos, te rogamos, ¡oh, purísima María! el que jamás nos cerquen las tenebras del pecado, sino que auyentadas por tu gran poder, brillen en nuestras almas la luz y los esplendores de la gracia.—Amén.

Las nueve Ave Marias.

OPRECIMIENTO.

Elegida Luz, que asombras
 Con tal gracia refulgente,
 Que aquel brazo omnipotente
 Te preservó de las sombras:
 Sin que de estas la fealdad
 Ajae tus lucimientos:
 Que de Dios los ardimientos
 Guardaron tu claridad.
 Pues las luces que has logrado,
 Te consagran tantas palmas,
 Aparta de nuestras almas
 Las tenebras del pecado.

SEGUNDO MIÉRCOLES.

En honor del privilegio de la Encarnación del Verbo Eterno en el seno virginal de María Santísima, comunicándole su luz Cristo nuestro Señor.

Hecho el acto de Contrición, se dice la siguiente

ORACIÓN.

Soberana Virgen María, en quien el Eterno Padre con su Unigénito el Verbo divino y el Espíritu Santo admiran la rara y singular pureza de cuerpo y alma, complaciéndose las tres divinas Personas en tu rara, hermosa y singulares ventajas, con que excediste en pureza y candor á todas las criaturas; pues, como dice San Epifanio, como Madre de la Eterna Luz diste luz á los ángeles y á los hombres, al encarnar en tu purísimo seno el mismo Dios, que es el autor de las luces y de la gracia. Infinitas gracias rendimos á la Santísima Trinidad, porque te enriqueció con tan hermoso privilegio: y pues sois Madre de la Luz celestial, y Abogada de los pecadores, derramad, Reina soberana, en nuestros corazones esa brillante luz, ese amor hermoso al Redentor: enriqueced nuestras almas con celestiales dones. Así lo esperamos, pues en la obscura y triste noche de tiempo tan calamitoso en esta vida mortal, apareces Luna hermosa y llena de los rayos del divino Sol. Estos rayos te pedimos rendidos nos alcances, para que veamos con claridad en medio de las tenebras del siglo.—Amén.

Las nueve Ave Marias.

OFRECIMIENTO.

Virgen y Madre escogida
Para serlo del Amor,
De cuyo sacro esplendor
Te hallaste favorecida:
Fértil con tanta firmeza,
Que cuando á Cristo nos diste,
La naturaleza henchiste
Del raudal de su grandeza.
Tu gracia dame, Señora,
ahora y en nuestra muerte;
y logremos buena suerte,
siendo tú la Intercesora.

TERCER MIÉRCOLES.

En honor de la Asunción de nuestra Señora; por el privilegio de haber desterrado su Luz los horrores de la muerte, subiendo su cuerpo y alma á la gloria.

Hecho el acto de Contrición, se dice la siguiente

ORACIÓN.

Purísima María, que cual frondoso Ciprés fuiste elevada á la triunfante Sion luciendo tu hermosura sobre los coros de los ángeles, y recreándose en ella el mismo Dios. Ea, pues, hermosa Sion, Ciudad santa: vuelve á nosotros esos tus piadoso ojos; y cual ciprés que extiende benigno sus ramas, extiende, purísima María, los brazos de tu singular protección so-

bre todos los moradores de la tierra, para que asidos todos cual ansiosas avechitas, cuyo sustento y consuelo no es otro que la firme esperanza en tu bondad, consigamos eficaz remedio en nuestras aflicciones. Ea, dulce esperanza-nuestra, no nos desampares. Vida y dulzura crés de los míseros mortales; por eso te pedimos nos alcances del Señor una feliz muerte, principio de la eterna bienaventuranza.—Amén.

Las nueve Ave Marias.

OFRECIMIENTO.

Ciprés puro, que veloz
Al monte Sion exaltado,
Tanto á la cumbre has llegado
Que tocas al mismo Dios:
Tan crecido y descollado
Tu limpio y puro lucir,
Que no pudo introducir
Sus tósigos el pecado.

Pues que gozas tanta gloria
Y tan múltiple atributo,
Ruega de tu vientre al fruto
Nos dé en la muerte victoria.

CUARTO MIÉRCOLES.

En honor de la Coronación de María Santísima por Reño de los ángeles y abogada de los pecadores, á quienes convierte iluminándolos con su luz.

Hecho el acto de Contrición, se dice la siguiente

ORACIÓN.

Sacratísima María, que elevada al Empíreo fuiste constituida y proclamada por la augusta Trinidad Reina de los ángeles y Abogada de los pecadores, é ilumina con tu luz á los cortesanos del Empíreo, y destierras de los pecadores la calamidad y la miseria. Rogámoste humildemente que con esa esplendorosa Luz ilumines á los príncipes cristianos y des acierto á los Prelados de la Iglesia, y haz que tus devotos conserven para la fe que prometieron en el bautismo, destierra las herejías y ruega á Dios por nosotros, para que no nos separemos de la ley santa de tu Hijo, sino que siguiéndola merezcamos gozarte eternamente.

Las nueve Ave Marias.

OFRECIMIENTO.

Coronada Reina hermosa,
De los ángeles Señora.
Del pecador protectora,
Y de Dios joya preciosa:
De los ángeles sois Luz,
De los hombres norte y guía,
De los enfermos salud
Sois, dulcísima María.
Pues sois de todo lo criado
Reina, Maestra y Madre pia.
Velad por vuestros devotos,
Luz de luces, gran María.

COZOS.

Pues sois la Luz celestial
Que ilumina al pecador;
*Desarmad, dulce María,
De Dios el justo rigor.*

Esperanza sois, Señora,
De todos los afligidos:
A ti clamamos rendidos
Como á nuestra Protectora:
Pues sois la más clara aurora,
Madre del divino amor.

Desarmad, etc.
Luz hermosa y celestial,

Escogida para ser
Madre del que padecer
Se dignó por el mortal:
Por favor tan singular
Que os hizo el mismo Criador,
Desarmad, etc.

Lucero de la mañana
Sois, dulcísima María,
Pues sois el puerto y la guía
Y la Escala soberana:
Sois la que á el alba temprana
Aparece bella flor;
Desarmad, etc.

Vos sois Judit valerosa,
Abigail en lo prudente,
Rebeca alta y eminente,
Y Ester misericordiosa;
Sois ardiente mariposa

Que Dios ama con ardor;
Desarmad, etc.

Mira desde esa mansión
A todos los pecadores,
Y disfrute tus favores
Quien te rinde el corazón:
La Iglesia en esta ocasión
De ti implora su taylor;
Desarmad, dulce María,
De Dios el justo rigor.

**Triduo para pedir alguna gracia á la Madre
Santísima de la Luz.**

Por la señal, etc.

ACTO DE CONTRICIÓN.

Señor mío Jesucristo, Dios y Hombre verdadero, pésame de haberos ofendido, y de todo corazón me arrepiento de mis muchos pecados. Los aborrezco, y los detesto sobre todo mal; porque, al pecar, no sólo he perdido el Paraíso y he merecido el infierno, sino que Os he ofendido á Vos, Bondad infinita, digna de ser amada sobre todas las cosas. Propongo firmemente no volver á ofenderos más, mediante Vuestra divina gracia, evitar cuidadoso todas las ocasiones de pecado, y servirlos fielmente todos los días de mi vida.—Amén.

ORACIÓN PARA EL PRIMER DÍA.

¡Oh, Madre Santísima de la Luz! Arca escogida de salvación, siempre libre del común naufragio del pecado! Arca viviente, en la cual el género humano encuentra seguro asilo entre las aguas asoladoras del universal diluvio! Gracias con toda el alma tributamos al Eterno Padre, porque ni un solo instante permitió que Tú, primogénita suya amadísima, fueses hija de ira y de pecado; sino que en tu misma concepción te enriqueció con la gracia de la adopción divina. Por el grande y gloriosísimo conocimiento que tuviste de la excelencia de tu divino Hijo Jesús, te suplico me alcances gracia, para que yo, en lo posible, prácticamente le conozca. Yo bien sé, Madre felicísima, y por ello de corazón te felicito, que en él encontramos la *suma gracia*, pues está lleno de gracia y de verdad; la *suma santidad*, puesto que nadie pudo, ni podrá jamás argüirle de pecado; la *suma sabiduría*, como que en Él están encerrados todos los tesoros de la sabiduría y de la ciencia de Dios; la *suma dignidad*, pues todas las creaturas están á su albedrío, y es Cabeza adorabilísima de toda la Iglesia; y la *felicidad suma*, pues en Él reside la plenitud de la divinidad. Todo esto me enseña la fe; pero, ay, Madre mía amorosísima! ¡Cuán lejos están de confortarse con estas creencias los actos todos de mi vida! Consigueme, pues, del Señor el beneficio de que con mis obras, palabras y pensamientos la reconozca; que adquiera y conserve su gracia, y aspire con ella á la santidad, puesto que en eso consiste la verdadera sabiduría; y que en servirle y complaceros cifre yo

toda mi dignidad de hijo adoptivo de Dios y mi felicidad perpetua en el cielo.—Amén.

ORACIÓN PARA LOS TRES DÍAS.

¡Oh, María, Madre Santísima de la Luz! Por Ti nos han sido abiertas las puertas del Paraíso; por Ti ha sido allanado el camino que nos conduce al cielo; por Ti hemos sido adoptados hijos felices del Altísimo; y por tu medio se ha comunicado y seguirá comunicándose toda gloria, todo honor y toda santidad á las almas justas, desde Adán hasta el último de los hombres en el fin de los siglos. Tú fuiste y eres para los hombres camino de salvación y poderosa intercesora, que les consigue eficaces auxilios, con que puedan después merecer la vida eterna.

Con festivas alabanzas, pues, celebramos tus glorias, y te rogamos nos hagas participantes de la luz de la gracia, que en Ti resplandece. Acrecienta en nosotros tus dones; derrama sobre nosotros gozo espiritual, que nos haga menospreciar los goces de la tierra y aspirar á las virtudes sólidas que llevan á los goces eternos. Socórreme en esta necesidad en que me hallo, y consígueme la gracia que te pido, de (aquí se expone la petición), si conviene á la mayor gloria de Dios, y á la salvación de mi alma.—Amén.

V.—Por tu pureza, Virgen María,
R.—Haz puro el cuerpo y el alma mía.

ORACIÓN.

Señor, Dios Todopoderoso, que habéis enriquecido el alma purísima de María con torrentes de vivísima luz y con la plenitud de todas las gracias que derramasteis sobre todas las creaturas humanas, y aun las angélicas; haced que toda esta excelencia de méritos en la Madre Inmaculada de Vuestro divinisimo Hijo, redunde en beneficio nuestro, por su poderosa intercesión con Vos en nuestro obsequio.—Amén.

ALABANZAS Á LA MADRE SANTÍSIMA DE LA LUZ.

Dios te salve, MADRE SANTÍSIMA DE LA LUZ, brillante *Estrella del Mar*, que cuanto más cerca giras del polo, Cristo nuestro Bien, con tanta mayor perfección contemplas su gloria y participas de su grandeza.—*Dios te salve, María, etc.*

Dios te salve, clarísima *Estrella*, que careciendo de mancha por la pureza incomparable de tu vida, iluminas al mundo con los innumerables rayos de tus virtudes.—*Dios te salve, María, etc.*

Dios te salve, *Estrella lucidísima del Mar*, que alumbras, para guiarlos á las playas de la eterna vida, á tantos infelices que fluctúan entre las amargas olas de sus crímenes.—*Dios te salve, María, etc.*

Gaude flore Virginali

Quae honoré speciali

Transcendis splendiferum

Anglorum principatum,

Et sanctorum decoratum

Dignitate numerum.

(Santo Tomás de Cantorbery.)

Alégrate, María,
Fragante Rosa,
Que vences con el brillo
De tu corona
Al ángel bello
Y á los santos más grandes
Del alto cielo.

J. V.

OBSEQUIO Á LA MADRE SANTÍSIMA DE LA LUZ.

Hablar á menudo y con tierna complacencia de las virtudes y grandezas de María.—En esto consistía el mayor placer de San Juan Berchmans, de la Compañía de Jesús: en todas sus conversaciones buscaba ocasión de hablar de Ella; y para hacerlo con más facilidad y mayor fruto, había aprendido las principales alabanzas que de María han escrito los más eminentes autores. Nunca estaba tan contento, como cuando podía conversar con alguno que era especial devoto de la Santísima Virgen; porque entonces trabábase entre ambos una especie de competencia sobre cuál de los dos la alabaría mejor; y en esto llevaba siempre Berchmans la ventaja.

DIA SEGUNDO.

*Por la señal, etc.
Acto de contrición.*

ORACIÓN.

¡Oh, María, Madre Santísima de la Luz! En Ti, llena de gracia, alégrase y regocijase con amoroso entusiasmo toda creatura; y desde tu aparición sobre la tierra gozáronse los cielos, cantaron al Señor alabanzas suavisimas los ángeles, fué anunciada al mundo la paz, comenzó á desaparecer de la especie humana el oprobio con que se sentía envilecida; y, ahuyentadas las tinieblas que cubrían este valle de lágrimas, sonrió al hombre la aurora serena de una eterna alegría. Pero triste es, Virgen amabilísima, que para llegar al goce de esta alegría sin fin, equivoquemos el camino; corriendo tras las mezquinas satisfacciones del mundo, y olvidemos que para gustar las eternas alegrías del cielo, es menester que recorramos antes con paciencia las sendas espinosas de la cruz. Para librarnos de las funestas consecuencias que producen las alegrías del mundo, iluminad, Señora, nuestra alma, á fin de que conozcamos con claridad que la cruz es la llave del Paraíso y fuerte muro contra las corrientes asoladoras del pecado; que á medida que crecen en nosotros las tribulaciones, y animosos las sobrelevamos por amor de Dios, aumentanse también los verdaderos consuelos; y qué es motivo de sólida alegría participar de la Pasión de Jesucristo, llevando alegres la cruz, para que cuando aparezca su gloria, nos gocemos con El llenos de júbilo. Dignaos, pues, encender en mi corazón el fuego de un amor desinteresado y constante hacia vuestro divino Hijo, para que por El padezca gozoso en

esta vida, y con El y con Vos reine eternamente en la otra.—Amén.

ORACIÓN.

¡Oh, María, Madre Santísima etc.

V.—*Salve, Señora del mundo, que reparas la falta de Eva.*

R.—*Salve, Rosa sin espinas, de gracia y de virtudes llena.*

ORACIÓN.

¡Oh, Dios, que á la Bienaventurada Virgen María, Madre de tu divino Hijo, otorgaste la gloria de vencer á la infernal serpiente! Concédenos que, pues la veneramos siempre como Madre Santísima de la Luz, y libre de la esclavitud del infernal enemigo; por sus méritos é intercesión no perdamos jamás la preciosísima libertad de hijos tuyos, á tanto precio reconquistada, y sigamos siempre con fidelidad al divino Salvador, llevando animosos nuestra cruz. Por el mismo Cristo nuestro Señor.—Amén.

ALABANZAS Á LA MADRE SANTÍSIMA DE LA LUZ.

Dios te salve, MADRE SANTÍSIMA DE LA LUZ, *Estrella réfulgente de la mañana*, á cuya esplendorosa luz huyen los demonios, á los cuales apareces terrible como un ejército formado en orden de batalla, ansiosa de defender de su furor nuestras almas.—*Dios te salve, María, etc.*

Dios te salve, *Estrella clarísima de la mañana*, que

con tu viva luz nos excitas á corresponder con fidelidad á la gracia, desde la mañana de nuestra vida.—*Dios te salve, María, etc.*

Dios te salve, brillantísima *Estrella*, que con incesantes destellos, cada vez más luminosos, nos enseñas á progresar de virtud en virtud, de un bien en otro mejor, y llegar desde la vida activa á los dulces goces de la vida contemplativa.—*Dios te salve, María, etc.*

*Gaude, splendens Vas virtutum,
Cujus pendens est ad nutum
Tota coeli curia.
Te benignam et felicem,
Iesu dignam Gentricem,
Venerans in gloria.*

(Santo Tomás de Cantorbory.)

Triunfa. Vaso precioso
De las virtudes,
Gloria, amor y respeto.
De los Querubens,
Cual Madre pura
De Cristo, te venera
La alda curia.

J. V.

OBSEQUIO Á LA MADRE SANTÍSIMA DE LA LUZ.

Mortificarse en obsequio de Nuestra Señora.—La Beata *Musa*, por abstenerse de entretenimientos pueriles en su tierna edad, en reverencia de María, fue

convidada y llevada al cielo por la celestial Señora Y San Nicolás de Tolentino, que aun en su infancia ayudaba tres veces cada semana, en recompensa fué asistido por la Santísima Virgen en el trance de la muerte, y por Ella conducido al cielo.

MADRE PLANA
VERA
DIA TERCERO.

Por la señal, etc.
Acto de contrición.

ORACIÓN.

¡Oh, María, Madre Santísima de la Luz! ¡Oh, pura, inmaculada y bendita Virgen, Madre del Creador, gloria de la virginidad; Virgen admirable, que por tu singular pureza has atraído, para que en Ti habitase, al mismo Dios; Virgen sin ejemplo, Madre singularísima sin daño de tu perpetua virginidad! ¡Nube lucidísima, que derramando sobre nosotros lluvia de vida, salvaste la tierra, para que no pereciese con la aridez de la culpa! Tuyo es aquel Hijo amabilísimo, que de sí mismo decía: "Yo soy la luz del mundo; el que me sigue, no camina a oscuras, sino que tendrá la luz de la vida." ¡Qué dicha, seguir, entre tantas tinieblas que en este mundo nos rodean, á esta divina Luz! El es el camino, la verdad y la vida; y nadie puede ir al eterno Padre, sino por El; y cumplida felicidad sería para nosotros poder decirle algún día que "nuestros pies han seguido" sus huellas, y que hemos andado siempre por sus caminos, sin desviarnos nunca de ellos."

Dígnate, pues, Madre tiernísima y amable, conseguirme de nuestro amado Jesús la gracia de seguirle en sus ejemplos y enseñanzas, de manera que nada haya jamás en el mundo que pueda separarme de El; para que, fiel seguidor suyo en las tribulaciones de la vida, merezca eternamente acompañarle con Vos en las inenarrables felicidades del cielo.—Amén.

ORACIÓN.

¡Oh, María, Madre Santísima! etc.

V.—Serena Estrella del Mar, vivo esplendor de pureza,
R.—Toda tres lleno, María, de virtudes y belleza.

ORACIÓN.

Clementísimo Dios y Señor nuestro, que en la inocente paloma, anunciadora de salud y de paz después del diluvio, os habéis dignado representar la bellísima imagen de aquella Madre Virgen, que es después de Vos la iluminadora de los hombres y el principio de la salvación del mundo; salvadnos del naufragio del pecado, y haced que os sigamos siempre fieles hasta la muerte, por la intercesión poderosa de Aquella que no fué jamás envuelta entre las sombras del universal exterminio. Por Jesucristo nuestro Señor.—Amén.

ALABANZAS A LA MADRE SANTÍSIMA DE LA LUZ.

Dios te salve, MADRE SANTÍSIMA DE LA LUZ, titilante Estrella que brillas con el divino Sol de Justi-

cia, siendo tanto más viva tu luz cuanto más alta es su inconcebible dignidad.—*Dios te salve, María, etc.*

Dios te salve, *brillantisima Estrella*, que, como la más hermosa entre todas las mujeres, adornas con singular claridad el firmamento bellissimo de la Iglesia.—*Dios te salve, María, etc.*

Dios te salve, *Estrella preciosísima*, que rebosando raudales de luz y de gracia, nos llenas de tu plenitud maravillosa, mientras somos fieles en corresponder á las divinas inspiraciones.—*Dios te salve, María, etc.*

Gaude nexu voluntatis.

Et amplecti charitatis.

Quod juncto iis Altissimo;

Ut ad votum consecuaris

Quidquid Virgo, postularis

A Jesu dulcissimo.

(Santo Tomás de Canterbury.)

Alegrate, María,

Porque al Dios santo

Te unen estrechamente

De amor los lazos;

Para que obtengas

Con tus ruegos, oh, Virgen,

Cuanto desear.

J. V.

OBSEQUIO Á LA MADRE SANTÍSIMA DE LA LUZ.

Ofrecer á la Santísima Virgen el Corazón de su divino Hijo.—Esto hacia Santa Gertrudis, para compensar sus deseos en el servicio de María. Y tanto

gustaba de ello la Señora, que le aseguró que no podía haber obsequio alguno que más le agradase.

Semana devota en honor de la Madre Santísima de la Luz.

Por la señal, etc.

ACTO DE CONTRICIÓN.

Señor mío Jesucristo, Dios y Hombre verdadero, por ser Vos quien sois y porque os amo sobre todas las cosas, me pesa en el alma de haberos ofendido. Y para que en abundancia broten las lágrimas del origen mismo de donde procede la culpa, de este corazón ingrato y tantas veces rebelde, dignaos concederme vuestro perdón y vuestra gracia, para que el rigor saludable de la penitencia que por mis pecados me imponga, ablande mi dureza y triunfe por completo de mi obstinación. Propongo no volver á ofenderos más; concededme vuestros auxilios, para que en adelante, viviendo sólo para Vos, os sirva con fidelidad hasta el fin de mi vida.—Amén.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

CRACIÓN.

¡Oh, María, Madre Santísima de la Luz! ¡Nueva criatura de Dios y la más excelente que ha salido de sus divinas manos; urna purísima de la Divinidad, y riquísimo tesoro de gracia y de virtud; mi sa-

cia, siendo tanto más viva tu luz cuanto más alta es su inconcebible dignidad.—*Dios te salve, María, etc.*

Dios te salve, *brillantisima Estrella*, que, como la más hermosa entre todas las mujeres, adornas con singular claridad el firmamento bellissimo de la Iglesia.—*Dios te salve, María, etc.*

Dios te salve, *Estrella preciosísima*, que rebosando raudales de luz y de gracia, nos llenas de tu plenitud maravillosa, mientras somos fieles en corresponder á las divinas inspiraciones.—*Dios te salve, María, etc.*

Gaude nexu voluntatis.

Et amplecti charitatis.

Quod juncto iis Altissimo;

Ut ad votum consecuaris

Quidquid Virgo, postularis

A Iesu dulcissimo.

(Santo Tomás de Canterbury.)

Alegrate, María,

Porque al Dios santo

Te unen estrechamente

De amor los lazos;

Para que obtengas

Con tus ruegos, oh, Virgen,

Cuanto desear.

J. V.

OBSEQUIO Á LA MADRE SANTÍSIMA DE LA LUZ.

Ofrecer á la Santísima Virgen el Corazón de su divino Hijo.—Esto hacia Santa Gertrudis, para compensar sus deseos en el servicio de María. Y tanto

gustaba de ello la Señora, que le aseguró que no podía haber obsequio alguno que más le agradase.

Semana devota en honor de la Madre Santísima de la Luz.

Por la señal, etc.

ACTO DE CONTRICIÓN.

Señor mío Jesucristo, Dios y Hombre verdadero, por ser Vos quien sois y porque os amo sobre todas las cosas, me pesa en el alma de haberos ofendido. Y para que en abundancia broten las lágrimas del origen mismo de donde procede la culpa, de este corazón ingrato y tantas veces rebelde, dignaos concederme vuestro perdón y vuestra gracia, para que el rigor saludable de la penitencia que por mis pecados me imponga, ablande mi dureza y triunfe por completo de mi obstinación. Propongo no volver á ofenderos más; concededme vuestros auxilios, para que en adelante, viviendo sólo para Vos, os sirva con fidelidad hasta el fin de mi vida.—Amén.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

CRACIÓN.

¡Oh, María, Madre Santísima de la Luz! ¡Nueva criatura de Dios y la más excelente que ha salido de sus divinas manos; urna purísima de la Divinidad, y riquísimo tesoro de gracia y de virtud; mi sa-

lud, mi consuelo, mi vida! ; Altar de oro de los sagrados incienso, cuyo perfume suavísimo alegra el Corazón de Dios; Virgen, más brillante que todo rayo de luz! "En Vos está toda la gracia para conocer el camino de la verdad; en Vos, toda esperanza de vida y de virtud." Para agradaros, Madre bondadosísima, y para servir con lealtad á vuestro divino Hijo, en el alma deseo adquirir y practicar la virtud; pues el Espíritu Santo nos enseña que "la virtud sirve para todo, como que trae consigo la promesa de la tranquilidad de la vida presente y de la vida eterna." Y, pues sus caminos son caminos deliciosos, y llenas de paz todas sus sendas, conseguidme abundantes gracias para que desde luego prácticamente conozca la necesidad é importancia de las virtudes cristianas. Que conciba de la virtud grande estimación, puesto que es preferible á las más elevadas dignidades, y nada valen en su comparación las mayores riquezas. Haced que aspire siempre al mayor progreso en toda clase de virtudes; porque verdad cierta es que cuando comenzamos á no querer ser mejores, pronto dejamos de ser buenos. Sed en las virtudes mi Maestra; puesto que después de Dios sois para todo el mundo fuente purísima de esplendorosa luz; para que dócil á vuestra inspiración y á vuestra gracia, logre santificarme en la vida y gozar de la gloria eterna en el cielo.—Amén.

ALABANZAS Á LA MADRE SANTÍSIMA DE LA LUZ.

Dios te salve, MADRE SANTÍSIMA DE LA LUZ, Esplendor más hermoso que todo género de hermosu-

ras creadas, cuya luz, reflejando benigna en la inteligencia del hombre, no puede conocer ocaso.—*Dios te salve, María, etc.*

Dios te salve, *Estrella* fidelísima, que brillaste amorosa aun entre las tinieblas del Calvario, sin que los tormentos y amarguras que allí sufría tu divino Hijo, te moviesen nunca á separarte de El.—*Dios te salve, María, etc.*

Dios te salve, *Sol* brillantísimo y excelente, por la magnitud de tu misericordia, la claridad de tu pureza y el calor de tu caridad.—*Dios te salve, María, etc.*

ORACIÓN PARA TODOS LOS DÍAS.

¡Oh, María, Madre Santísima de la Luz! ; Huerto cerrado y singularísimo, que constituye las delicias del mismo Dios; Fuente sellada, cuyas aguas no logró enturbiar jamás el infernal enemigo! ; Virgen singularísima, cuya hermosura enamora el Corazón del mismo Dios, y á la cual reverencian amorosos y rendidos los hombres y aun los ángeles y serafines! Vos sois el sostén de nuestra naturaleza, que languidece en medio de tantos peligros y caídas. Por Vos, rota la funesta alianza de nuestros primeros padres con la infernal serpiente, renováse la enemistad del hombre con Satanás, y el género humano recobró la divina gracia por medio de Vuestro Hijo Jesucristo. Si los desventurados hijos de Eva nacieron un día sujetos á la muerte, recuperada ya la gracia que antes poseyeran felices nuestros padres, por Vos nacemos hoy á la vida, y vida eterna y felicísima.

Por vuestra singular pureza y vuestra fidelísima correspondencia á la gracia, no permitáis jamás que caigamos en el más leve pecado; porque los que por su desgracia le cometen, hácese enérgicos de su alma. Triste es la pintura que del infeliz pecador hace vuestro divino Esposo, el Espíritu Santo; y cómo no habla de dolernos que nuestra alma, "la hija de Sion, perdiese toda su hermosura;" que "se oscureciese el oro del templo," pues templo somos del divino Espíritu; y que, por el pecado quedasen feas y "denegridas" nuestras almas, antes de el "más blancas que la nieve, más lustrosas que la leche, más rubicundas que el marfil antiguo, y más bellas que el zafiro?" ¡Ah! No permitáis, Madre piadosísima, que venga en tiempo alguno sobre nosotros tal calamidad, á la cual mil veces sería preferible la muerte. Defendednos y guardadnos con vuestras celestiales gracias: para que, previniendo el pecado con actos de contrarias virtudes, conservemos vuestra maternal protección y la amistad de vuestro divino Hijo, y reinemos después eternamente con Vos en la gloria.—Amén.

Virgo pura ante partum,

Et in partu, et post partum,

Super omnes exaltata,

Cunctis iure ex preclata.

O Beata Beatarum,

O Regina reginarum,

Propter tuam pietatem,

Pelle meam paupertatem.

Et ad portum fac venire,

Nunquam sinus me perire,

*Sed ad coeli palatia,
Tua da ferri gratia.—Amén.*

(Cardenal Latino Frangipani).

Virgen Madre, siempre pura,

Más limpia que el Sol del cielo,

La más alta entre los santos,

Por tu maternal derecho;

Dichosa entre las dichosas,

Reina de reinas, te ruego,

La pobreza de mi alma

Arroja lejos, muy lejos;

Y libre de las tormentas

Del mundo, de males lleno,

Llévame al puerto seguro

Y á los palacios del cielo.

J. V.

OBSEQUIO Á LA MADRE SANTÍSIMA DE LA LUZ.

Abstenerse de algún vicio ó imperfección, en reverencia de María, comenzando por el que más prevalece. Esto es, muy conforme á los deseos manifestados por la Santísima Virgen en cierta ocasión á Santa Brigida, cuando le dijo: "Soy Madre de todos los pecadores que quieren enmendarse."—Un caballero persuadido por San Bernardo á que se abstudiese de pecados contra la castidad, al menos durante tres días, en reverencia de la pureza de María, consiguió del Señor tal constancia en sus buenos propósitos, que en adelante se mantuvo siempre casto y adelantó mucho en la virtud.

LUNES.

*Por la señal, etc.**Señor mío Jesucristo, etc.*

ORACIÓN.

¡Oh, María, Madre Santísima de la Luz! ¡Refugio y esperanza nuestra; luz y santificación de nuestras almas, y delicia de nuestros corazones! Vos sois para los hombres el camino de su vida, y, después de Dios, la causa de su eterna salvación; Vos, el consuelo de nuestras almas, el bálsamo eficazísimo para nuestras heridas, la celestial medicina para el mundo enfermo; y la brillantísima Estrella, que con la esplendorosa luz de su pureza y de sus virtudes, gozase en iluminar á los hombres, ciegos, en gran parte, por la espesa nube de mortíferas pasiones que los agitan y enloquecen. A pesar de que estamos destinados para el cielo, de muchos puede decirse, por desgracia, lo que ya en su tiempo lamentaba el profeta Isaías: "todos van descarriados por su camino, cada cual á su propio interés, desde el más alto hasta el más bajo." Olvidámonos con frecuencia de aquel importante aviso del Apóstol: "*A los ricos de este siglo mandales que no sean altivos, ni pongan su confianza en las riquezas caducas, sino en Dios vivo, que nos provee de todo abundantemente para nuestro uso.*"

Conseguídnos, pues, Madre piadosísima, que, teniendo en poco los perecederos bienes de la tierra, á vista de las eternas riquezas que esperamos, odie mos con todas las fuerzas de nuestra alma el funesto pecado de la avaricia, persuadidos de que "quien con-

fia en sus riquezas, caerá por tierra, al paso que los justos florecerán como árbol de verdes ramas," y de que el mejor destino que puede darse á los bienes con que Dios nos favorece, es aliviar las necesidades del pobre y del enfermo, preservar de la seducción al desvalido, propagar la doctrina católica entre los ignorantes y rendir á Su divina Majestad constantemente y con oportuna esplendidez el culto que por tantos títulos le es debido.

¡Madre amabilísima! Que no nos halaguen ni infatúen los miserables bienes de esta vida, pues bástanos los que nos esperan en la eterna. Que con secretas y convenientes limosnas redimamos nuestros pecados, y por ellas y con nuestra santa vida merezamos llegar á los eternos tabernáculos de la gloria.—Amén.

ALABANZAS Á LA MADRE SANTÍSIMA DE LA LUZ.

Dios te salve, MADRE SANTÍSIMA DE LA LUZ, *Esplendor purísimo* de los ángeles, de los apóstoles y de las almas justas.—*Dios te salve, María, etc.*

Dios te salve, benéfica y salvadora *Estrella*, que en este mar tempestuoso del mundo tranquilizas las almas, calmando sus fluctuaciones, sus temores y sus angustias.—*Dios te salve, María, etc.*

Dios te salve, María, *Sol esplendidísimo*, que en el celestial Paraíso aventajas en honor y en gloria á todos los santos, como el sol supera á los demás astros en luz y majestad.—*Dios te salve, María, etc.*

ORACIÓN PARA TODOS LOS DÍAS.

¡Oh, María! etc.

Memor esto servi tui,

Fac me semper pace frui,

O stella splendidissima,

O Domina dulcissima,

Adsis mihi supplicanti,

Et te multum invocanti;

Fac me digne te laudare,

Venerari et amare.

(Cardenal Latino Frangipani).

Dulce Señora, que habitas
En las alturas del cielo:
Limpia Estrella, que fulguras
Con refulgentes destellos,
Acuérdate que te invoco,
Acuérdate de tu siervo;
Dame paz, y haz que te alabe,
Y tu amor crezca en mi pecho.

J. V.

OROSEQUIO A LA MADRE SANTÍSIMA DE LA LUZ.

Dar limosna temporal ó espiritual en honor de la Santísima Virgen.—Santa Isabel, Reina de Hungría, ya desde niña, reservaba para los pobres todo el dinero que se le daba, y lo distribuía entre ellos en reverencia de la celestial Señora, pidiéndoles, en cambio, que rezasen por su intención el *Ave, María*.—San Gerardo, primer Obispo y protomártir de Hungría,

jamás negó cosa alguna que se le pidiese en nombre de María.—Y Alejandro de Ates abandonó el siglo y las honras que en él gozaba, para abrazar la humildad y pobreza de la Orden de San Francisco, porque le pidieron que así lo hiciese por amor á la Santísima Virgen.

MARTES.

Por la señal, etc.

Señor mio Jesucristo, etc.

ORACIÓN.

¡Oh, María, Madre Santísima de la Luz! ¡Lirio candidísimo de pureza; Madre inmaculada, que, concibiendo por obra del Espíritu Santo, permaneces siempre Virgen, y eres, sin experimentar dolor, la más pura de las madres! A Ti ha descendido, para llenarte de su gloria, el Hijo del Eterno Padre, y el Espíritu Santo, por medio de una operación inefable, te cubrió con su sombra; ¡Oh, Virgen y Madre á mirabilísima, que con divino Fruto de inconcebible pureza libras al mundo de las funestas consecuencias del pecado! Libranos, en especial á nosotros, de toda culpa que pueda manchar la virtud de la pureza; y haznos comprender con viva luz la importancia de aquella divina sentencia: "No te dejes arrastrar de tus pasiones, y refrena tus apetitos. Si satisfaces los antojos de tu alma, ella te hará la risa y fábula de tus enemigos;" porque "nuestros cuerpos son miembros de Cristo" nuestro Señor, y mientras permanecemos en su gracia, somos templo del Espíritu Santo.

Derrama, Virgen purísima, sobre mi alma, gracia

poderosa que fomento con eficacia en mi corazón el amor á la pureza y la práctica de la más delicada castidad; y que, aun entre los angustiosos esfuerzos de las frecuentes luchas que haya de sostener en defensa de la pureza, sostenga mi debilidad y constantemente me recuerde aquel encomio preciosísimo que Tu divino Esposo, el Espíritu Santo, hace de esta virtud: "Oh, cuán bella es la generación casta con esclarecida pureza! Inmortal es su memoria, y en honor delante de Dios y de los hombres." Ampárame, Madre amabilísima, entre los multiplicados peligros de lecturas, conversaciones y escándalos que por todas partes me rodean; para que, fiel á la castidad en esta vida, merezca el eterno galardón de la gloria.—Amén.

ALABANZAS Á LA MADRE SANTÍSIMA DE LA LUZ.

Dios te salve, MADRE SANTÍSIMA DE LA LUZ, hermosísima *Estrella*, cuyo brillo no ha sido empañado jamás; pues de Ti ha dicho el Espíritu Santo que eres *toda hermosa*.—*Dios te salve, María, etc.*

Dios te salve, brillante *Estrella del Mar*, que no sólo diriges al puerto de salvación á los que te son fieles, sino á los descaaminados é ingratos.—*Dios te salve, María, etc.*

Dios te salve, esplendoroso *Sol*, que proyectando siempre benéficos y salvadores rayos de luz, á todos llevas la alegría y el consuelo.—*Dios te salve, María, etc.*

ORACIÓN PARA TODOS LOS DÍAS.

¡Oh, María! etc.

*Ille potest desperare
Qui te non vult invocare;
Per te enim, salus nostra,
Paradisi patet porta.
Per te credo reparari,
Per te credo me salvari,
O Domina gloriosa,
Super omnes speciosa.*

(Cardenal Latino Frangipani).

Desespere el que olvidado
De Ti, no te invoque, ciego;
Salud nuestra, que las puertas
Nos franqueas de los cielos,
Por Ti, Reina Soberana,
Que me he de reformar creo;
Por Ti, hermosísima Virgen,
Que me he de salvar espero.

J. V.

OBSEQUIO Á LA MADRE SANTÍSIMA DE LA LUZ.

Amar la virtud de la castidad, especialmente en honor de María.—Esto hicieron los Santos Eduardo, Alejo, Ezeario y otros muchos.—El Beato Andrés de Chio sanó de una enfermedad peligrosa, por haber hecho voto de castidad en honor de la celestial Señora; y desde entonces se vistió de blanco, en me-

moria de este beneficio y de la obligación que por él había contraído.

MIÉRCOLES.

*Por la señal, etc.
Señor mio Jesucristo, etc.*

ALERE FLAMMAM
VERITATIS ORACIÓN.

¡Oh, María, Madre Santísima de la Luz! Perfecta é inmaculada paloma, en que tanto se complace el Espíritu Santo; paloma incomparable, más pura que la luz del cielo, cuya belleza forma las delicias del mismo Hijo de Dios; paloma purísima, cuya sencillez é inocencia no puede comprender la inteligencia del hombre! Vos sois el fresco rocío, que templa y fecundiza nuestro árido corazón, y la serena Luz de nuestra mente oscurecida por el hálito abrasador de las pasiones, Vos sois la creatura amabilísima que más se aproxima al Creador; y así como no ha habido jamás quien se aventajase á Vos, así no habrá nunca después de Vos quien se eleve á tan alto grado de santidad. Grande obstáculo para ella es la ira; porque, como nos enseña vuestro divino Esposo, *“la ira y el furor exaltado no dejan lugar á la misericordia; y el ímpetu de un hombre arrebatado ¿quién podrá soportarle?”* Y en cambio, es elemento muy poderoso para la santidad, la paciencia que tolera todo cuanto puede sobrellevarse; que todo lo sufre con gusto, y gózase en todo género de tribulaciones; que agradece al Señor de corazón las adversidades que la cercan,

y al adversario, que es causa de sus padecimientos, reconócele como singular bienhechor. Quien á esto aspira, y en estos bellísimos ensayos de heroicidad cristiana emplea su actividad y sus talentos, mucho tiene adelantado para ser santo é imitaros á Vos, Madre amabilísima, aunque desde muy lejos, en Nazaret y en el Calvario. Que esto es lo que, para que lleguemos á ser santos, nos recomienda vuestro Hijo, al decirnos: *“Dichosos seréis cuando los hombres por mi causa os maldijeren, y os persiguieren, y dijeren con mentira toda suerte de mal contra vosotros. Alegraos entonces y regocijaos, porque es muy grande la recompensa que os aguarda en los cielos.”*

Conseguidme, pues, Madre Santísima de la Luz, que, abriendo los ojos del alma á la meditación de estas verdades evangélicas, me esfuerce desde luego en ser paciente, sufriendo por Dios con serenidad y alegría los sucesos desagradables que me sobrevengan en los desprecios, enfermedades, pérdida de bienes, de fortuna, en la muerte de las personas queridas, y aun en las más angustiosas aflicciones del alma. *“Porque las aflicciones tan breves y tan ligeras de la vida presente nos producen el eterno peso de una sublime é incomparable gloria.”* ¡Que á esta aspire yo con eficacia, y ésta consiga por vuestra intercesión poderosa, alabándoos por toda la eternidad!—Amén.

ALABANZAS Á LA MADRE SANTÍSIMA DE LA LUZ. R

Dios te salve, MADRE SANTÍSIMA DE LA LUZ, brillante Rayo de la Divinidad, del cual brotó el esplendor purísimo que alegra nuestras almas, Cristo Jesús.—*Dios te salve, María, etc.*

Dios te salve, inclita *Estrella*, que alumbras á todo el siglo, y das luz de vida á los días y á los tiempos.
—*Dios te salve, María, etc.*

Dios te salve, vivísimo *Sol*, en que el divino Rey ha puesto su tabernáculo, y del cual salió como Esposo de su tálamo purísimo, Rey de las virtudes y Rey de la gloria, para que todos reinen por El.—*Dios te salve, María, etc.*

ORACIÓN PARA TODOS LOS DÍAS.

¡Oh, María! etc.

*Ave donum pietatis,
Me absolvas a peccatis,
Te devote invocare,
Hoc est valde salutare.
Nomen tuum, dulce nimis,
Memorandum est in primis,
Ubi tuum nomen sonat,
Spem salutis semper donat.*

(Cardenal Latino Frangipani).

Dios te salve, fuente pura
De salud y de consuelo.
Salud mia, de mis culpas
Las cadenas rompé luego.
Es dulce cual miel, Señora,
Tu nombre santo y excelso,
Y da al alma que lo escucha
Salud, esperanza, aliento.

J. V.

OBSEQUIO Á LA MADRE SANTÍSIMA DE LA LUZ.

Besar con devoción el sitio en que esté escrito el Nombre de María, ó con la misma reverencia su Rosario.—Esto hacia desde niña la Venerable Inocencia Rizzi, y llevaba, además, á la boca las cuentas de su Rosario, con el ansia con que pudieran aplicarse los labios á un panal de miel.

JUEVES.

Por la señal, etc.

Señor mio Jesucristo, etc.

ORACIÓN.

¡Oh, María, Madre Santísima de la Luz! ¡Mesa de oro preciosísima, que nos ofrece el Pan de verdadera vida, pan dulcísimo y único que satisface las frecuentes ansiedades del alma! ¡Virgen dignísima de perpetua alabanza, como no existió ni existirá jamás otra alguna; verdaderamente bendita entre todas las mujeres, pues sólo Tú nos ofreces el Fruto de eterna bendición! ¡Virgen sobre todas las vírgenes admirable, nacida para los goces de la divina bendición, que encaminas al cielo con el Fruto bendito de tu seno purísimo á los que la Eva infeliz, por su funesta intemperancia, sumergiera en el profundo abismo del pecado! A Ti figuraba aquella tosca piedra, de la cual brotaron para el sediento pueblo de Israel, abundantes y cristalinas aguas, significando que brotarian de Ti en favor del universo el don y el refrigerio de la gracia.

Mal se concilian con la gracia, por desdicha nuestra, las intemperancias con que á veces se ofende en el mundo á Dios nuestro Señor, por innobles excesos en la comida y en el beber. Con grande detrimento de su alma olvidanse muchos de aquel precepto del Apóstol, tan conforme al espíritu del catolicismo:

"Andemos con decencia y honestidad, como se suele andar durante el día; no en conuilonas y borracheras: ... mos revestidos de nuestro Señor Jesucristo, y no busquemos cómo contentar los ojosos de vuestra sensualidad."

Porque, se nos ha dado el cuerpo para que honestamente le alimentemos, no para que le complazcamos; para que le dominemos, no para que él nos domine; y para que nos sirva, no para que le sirvamos á él. Y los desórdenes que contra estos divinos designios se cometen, son tan funestos, que el Espíritu Santo se lamenta de ellos diciendo: *"¿Para quién son los vinos? ¿para qué padre son las desdichas? ¿contra quién serán las riñas? ¿para quién los precipicios? ¿para quién las heridas sin motivo alguno? ¿quién trae los ojos encendidos? ¿No son éstos los dados al vino, y los que hallan sus delicias en apurar copas?"*

Triste pintura, Madre amorosísima, que si necesitase comprobación, ofrecieranla muy cumplida los desórdenes y desgracias que muchas veces lamentamos, y que, sobre producir escándalos y escaseses, causan en algunos, por desgracia, la perdición eterna. ¡Ah! No lo consentas, Madre Santísima de la Luz. Libranos de tan terrible desgracia, y á nuestro pueblo librate de tal deshonor y de tantos males. Consíguenos de tu divino Hijo la gracia de la templanza, y que tengamos presente sin cesar aquella sabia pre-

vención del apóstol San Pedro: *"Sed sobrios, y estad en continua vela; porque nuestro enemigo el diablo anda girando como león rugiente al rededor de vosotros, en busca de presa que devorar."* Haz con tu maternal protección que nos mortifiquemos en la vida, para hacernos dignos de los eternos goces del cielo.—Amén.

ALABANZAS Á LA MADRE SANTÍSIMA DE LA LUZ.

Dios te salve, MADRE SANTÍSIMA DE LA LUZ, vivo Esplendor del universo, que disipas benigna las tinieblas del pecado, y alegras graciosa y amable todos los corazones.—*Dios te salve, María, etc.*

Dios te salve, Estrella Brillantísima, más fúlgida que todos los astros del firmamento, más digna que todos los Santos del Empireo.—*Dios te salve, María, etc.*

Dios te salve, esplendoroso Sol, que iluminas nuestro entendimiento, haciéndonos conocer la verdad, é inflamas el corazón, excitándole á purísimo y ardiente amor de Dios.—*Dios te salve, María, etc.*

ORACIÓN PARA TODOS LOS DÍAS

¡Oh, María! etc.

Christe Fili summi Patris

Per amorem tuae Maris,

Cujus ventem te portavit,

Et te dulci lacte parvit;

*Te per ipsam oro supplic,
Quia tu es salus duplex,
Rerum dator mundanarum,
Atque salus animarum.*

(El Papa Inocencio III.)

Cristo, del Sumo Padre Hijo querido,
Por amor de tu Madre, la que tierna
En su seno bendito te dió albergue,
Te amamantó y veló por Ti en la tierra,
Por ese amor inmenso yo te pido
A tus plantas postrado, que me atiendas,
Dador de todo bien, Fuente inexhausta
De gracias celestiales y terrenas.

J. V.

OBSEQUIO Á LA MADRE SANTÍSIMA DE LA LUZ.

En las fiestas de la Santísima Virgen, recibe los santos sacramentos y proponerse por modelo alguna de las virtudes propia de aquella festividad ó misterio. Esto hacía, entre tantos otros, San Vicente Ferrer; y será muy propio proponerse, por ejemplo, en el día de la Concepción la pureza de intención en todas las obras; en el de la Natividad, renovar nuestro espíritu con verdadero fervor; en el de la Presentación, proponernos el menosprecio de aquellas cosas que más nos halagan; en el de la Asunción, nuestra propia humildad y bajeza; en el de la Visitación, la caridad con el prójimo; en el de la Purificación, la obediencia á nuestros superiores; y en el de la Asunción un de-

seo ardiente de las cosas celestiales y la preparación para una santa muerte.

VIERNES.

*Por la señal, etc.
Señor mío Jesucristo, etc.*

ORACIÓN.

Oh María, Madre Santísima de la Luz! ¡Aura santísima y vivificante, que ahuyentas de tus verdaderos devotos en la tierra los espíritus malignos! Tú sola superas todos los méritos de los santos, y descuellas con admirable abundancia de dones y de gracias sobre los coros todos de los ángeles. No hay entre las maravillas de la naturaleza creatura tan hermosa, que pueda asemejarse á tu incomparable belleza. A Ti representaba aquella abrasada zarza, que veía Moisés quemarse sin consumirse, y te mostraba llena de la majestad de Dios. Tú eres la más preciosa primicia de la nobleza y de la recuperada honra de la naturaleza creada, que consigues la libertad de los hijos de Dios á los que yacen oprimidos por la servidumbre del pecado. Por Ti, el hombre caído se ha reparado de su ruina y ha logrado reconquistar los fueros de su primera dignidad. ¡Cuánta y cuán sólida grandeza!

Pero á la incomparable grandeza tuya, Virgen purísima, opónese por extremo la bajeza nuestra cuando nos oprime la inmensa desgracia de caer en pecado, y en especial cuando somos víctimas del pe-

cado rastro de la envidia. Porque "por la envidia del diablo entró la muerte en el mundo, é imitan al diablo las que son de su bando," como nos enseña el Espíritu Santo. Y triste es reconocer que, olvidados de Dios y de su alma, los envidiosos son más inclementes que las fieras, é iguales y aun peores que los demonios; porque de ordinario las fieras ármense contra nosotros, sólo cuando están hambrientas ó las provocamos; los envidiosos alimentan sus prevenciones y sus odios á veces entre los mismos beneficios que reciben; guerra crudelísima nos hacen ciertamente los demonios, y sin embargo, no se la hacen ellos mismos entre sí; mas entre los hombres, destinados todos ellos para el cielo, no es rara, por desgracia, que ardan disensiones y rencores, nacidos del funesto pecado de la envidia.

Libranos por tu amorosa clemencia, oh Madre Santísima de la Luz, de tan grave mal, y haz que fomentemos cuidadosos en nuestra alma el más sincero amor hacia nuestros prójimos, gozándonos en sus felicidades y doliéndonos de sus desdichas; porque señal es de verdadero amor de Dios el amor sincero que profesemos á nuestros hermanos. Que la entrañable caridad que por la divina gracia, con ellos tenga en la vida, me abra un día las puertas de la eterna gloria.—Amen.

ALABANZAS Á LA MADRE SANTÍSIMA DE LA LUZ.

Dios te salve, MADRE SANTÍSIMA DE LA LUZ, brillante Rayo de luz celestial, mil veces más vivo y hermoso que todas las luces que pueden brillar sobre la tierra.—*Dios te salve, María, etc.*

Dios te salve, resplendente Estrella, que precedes al Sol divino de Justicia, adelantándote á la justicia de Dios con tus piedades.—*Dios te salve, María, etc.*

Dios te salve, místico Sol, siempre esplendísimo, sin que jamás pueda eclipsarse la luna de tuéstras mudanzas é ingratitudes.—*Dios te salve, María, etc.*

ORACIÓN PARA TODOS LOS DÍAS.

¡Oh, María! etc.

Eja, rosa sine spina,

Peccatorum medicina,

Pro me Deum interpellá,

Ut me salvet a procello,

Hujus mundi tonitrundi,

Cujus flucius furibundi

Omni parte me impingunt

Et peccati sona stringunt.

(El Papa Inocencio III.)

Sin la punzante espina de la culpa

Rosa fragante, medicina cierta

Del pobre pecador, que en sus temores

Con fe en tus ruegos á tus plantas llega,

A Dios pide por mí, porque me salve

Del mundo pecador en la tormenta

Y de las olas que en su inmundicia

Mi pobre alma sumergir intentan.

J. V.

OBSERVIÓ A LA MADRE SANTÍSIMA DE LA LUZ.

Rezar muy á menudo y con tierna complacencia el Ave Maria, y siempre al comenzar alguna de vuestras obras.—Los verdaderos amantes de Maria la rezan siempre que da la hora el reloj; muchos cada cuarto de hora y cuando despiertan por la noche. El bienaventurado Alano de la Peña dice que esta piadosa práctica es señal de predestinación. Y la Santísima Virgen manifestó á Santo Domingo que, así como la redención del mundo habia comenzado en cierto modo por la salutación angélica, así por ella debe comenzarse todo cuanto se emprende, si se quiere obtener un feliz éxito, sobre todo en cosas que se refieren á la eterna salvación.—Santa Isabel, reina de Hungría, ocho días antes de las fiestas de Maria, se arrodillaba mil veces diariamente, rezando en cada una un Ave Maria.

El Doctor Eximio, venerable P. Francisco Suárez, de la Compañía de Jesús, solia decir que daria de buena gana toda su ciencia por un Ave Maria, bien rezada. Y San Alonso Rodríguez llegó al más alto grado de perfección, por rezarla con tiernísima devoción y con mucha frecuencia.

SABADO

Por la señal, etc.

Señor mío Jesucristo, etc.

ORACIÓN.

¡Oh Maria, Madre Santísima de la Luz! Humildemente postrados á vuestras plantas os saludamos

con amorosa reverencia, aclamándoos bienaventurada hasta el fin. Felicitándonos de ser vuestros siervos amantes y rendidos, nos alegramos de vuestra gloria y engrandecemos con todo el gozo de nuestra alma al Dios todopoderoso, que hizo en Vos cosas tan admirables. Vos sois el místico Paraíso, en que de nuevo aparecieron la inocencia y la virginidad de nuestros primeros padres; y abriendo con vuestra maternal mediación el paraíso de la gracia á los que de él habian sido arrojados por el pecado, los conducis benigna y amorosa á un reino felicísimo que nunca tendrá fin.

Pero para llegar á este reino de inacabables delicias, preciso es, oh Madre piadosa y amabilísima, que trabajemos en la medida de nuestras fuerzas. Así nos lo enseña vuestro divino Esposo, cuando nos dice: *“Todo cuanto pudieris hacer de bueno, hazlo sin perder tiempo; puesto que ni obra, ni pensamiento, ni sabiduría, ni ciencia, ha lugar en el sepulcro, hacia el cual vas corriendo.”* Perezosos son y muy poco cuerdos, los que quieren rejar con Dios, y no trabajar por Él; alégranse con los eternos premios que nos están prometidos, y retráelos el temor de combatir y de vencer sus pasiones, envalentonadas, y avasalladoras ya tal vez, por la benignidad con que han sido consentidas. Por eso, con mucha razón se ha dicho que “los deseos consumen al perezoso, pues sus manos no quieren trabajar poco ni mucho.” Y si aun los diligentes encuentran obstáculos poderosos en el camino de la virtud, cómo no han de hallarlos los perezosos, con grave temor de no poder vencerlos?

Mostrad, pues, vuestra piedad, Madre tiernísima,

en asunto de tanta trascendencia, y haced que detestando con toda nuestra alma la pereza en el cumplimiento de nuestros deberes y en el servicio de Dios, nos excitemos á ser diligentes y animosos, trabajando sin cesar por conseguir nuestra santificación en esta vida y los premios eternos en la otra.—Amén.

ALABANZAS Á LA MADRE SANTÍSIMA DE LA LUZ.

Dios te salve, MADRE SANTÍSIMA DE LA LUZ, Rayo purísimo del divino Sol, que, descendiendo sobre el terreno lodo de la humana naturaleza, la iluminas con vivísima luz, sin contaminarte en lo más mínimo.

—Dios te salve, María, etc.

Dios te salve, Estrella rutilante y fulgentísima, de la cual brotó con maravillosa pureza el divino Sol y Rey eterno de la gloria, amador y Redentor de nuestras almas.—Dios te salve, María, etc.

Dios te salve, radiante y hermosísimo Sol, que bañas con tus saludables esplendores los más remotos confines de la tierra.—Dios te salve, María, etc.

ORACIÓN PARA TODOS LOS DÍAS.

¡Oh, María! etc.

Da peccata me vitare,

Et quod justum est amare,

O dulcedo virginitalis,

Nunquam fuit, nec est talis,

Inter natas mulierum.

Omnium Creator, rerum

Te elegit Genitricem,

Qui Marianam peccatricem,

Emundavit a reatu,

Ipse tuo me peccatu

A peccatis cunctis tergat,

Ne infernus me demergat.

(El Papa Inocencio III.)

No hubo ni haber podrá mujer que ignale,

Oh dulce Virgen, á tu gloria inmensa;

A Ti eligió por Madre el que potente

De la nada sacó cielos y tierra.

Alcánzame del Hijo que engendraste

El que siempre evitar la culpa pueda,

Y que, ardiendo en amor de la justicia,

Camine siempre por su estrecha senda.

El que limpió á María pecadora

De su culpa, también de la miseria

De las mias me limpie por tu ruego,

Y del infierno, al fin, libre me vea.

I. V.

OBSEQUIO Á LA MADRE SANTÍSIMA DE LA LUZ.

Llevar constantemente al pecho el santo Escapulario de María.—Desde los tiempos de San Simón Stok apenas habrá habido cristiano verdaderamente devoto de María, que no haya tenido á gala el honrarse con esta saludabilísima librea de siervo de la Reina Inmaculada de los ángeles. Los sumos Pontífices han sido siempre muy devotos del santo Escapulario; cuéntase de Clemente VIII que quan-

do, al ser promovido á la Silla Pontificia, le quitaron las vestiduras de Cardenal para ponerle las de su altísima dignidad, el que esto hacia le despojó también del santo Escapulario, diciéndole que la vestidura pontificia encierra eminentemente la virtud de todos los demás hábitos; pero el piadoso Pontífice se resistió á que le despojasen del Escapulario, contestando: "*Dejadme á María, para que María no me deje á mí.*" Reyes, cardenales, obispos, guerreros ilustres y personajes célebres han mostrado en todo tiempo tiernísima predilección por el Escapulario de María. De las máximas, anécdotas y rasgos edificantes que sobre este punto se conservan, podrían escribirse muchos volúmenes.

La devoción de los siete Sábados en honor de la Madre Santísima de la Luz.

En una de sus apariciones ordenó la Madre Santísima de la Luz que, como previa disposición al día de su fiesta, que se celebra el miércoles inmediato antes de la Pascua del Espíritu Santo, se la dedicasen algún obsequio en cada uno de los siete sábados precedentes, á contar desde el sábado de Gloria. En ellos es muy conveniente oír la santa Misa, comulgar y hacer alguna mortificación ú obra especial de caridad, y emplear algún tiempo en la consideración de las grandezas de Nuestra Madre Santísima de la Luz. La comunión que corresponde al Sábado de Gloria, puede trasladarse al inmediato día de Pascua. En estos siete sábados se rinde algún culto especial al Espíritu Santo, en reverencia y acción

de gracias por los dones preciosísimos que infundió en el alma purísima de María, en todo el tiempo de su vida santísima, desde el primer instante de su Inmaculada Concepción. Comenzaron á celebrarse los siete sábados en Italia, con misa cantada, sermón y otras devociones populares y tiernísimas; y era tal la piedad de los fieles en esos obsequios, que de ordinario ardian ante la hermosa Imagen de la Madre Santísima de la Luz muchas lámparas, algunas veces más de ochenta.

Puede celebrarse también esta devoción en particular: no sólo los siete sábados anteriores á la fiesta de Pentecostés, sino en otros siete sábados seguidos del año, para obsequiar á la Madre Santísima de la Luz ó implorar del Señor por su medio algún beneficio.

PRIMER SABADO.

Por la señal, etc.

ACTO DE CONTRICIÓN.

Señor mío Jesucristo, Dios y Hombre verdadero, pésame de todo corazón, mil y mil veces me pesa de haberos ofendido. Yo, miserable, me he alejado de Vos por el pecado, y por eso me desconocieron los ángeles, y como en justo castigo de mi perversión fui arrojado de aquellas placidísimas regiones de luz y de paz. Pero, ya del todo arrepentido, firmemente propongo no volver á ofenderos más. Dadme, Padre clementísimo, vuestra gracia; otorgadme el perdón de mis pecados, y en adelante me dedicaré con toda

do, al ser promovido á la Silla Pontificia, le quitaron las vestiduras de Cardenal para ponerle las de su altísima dignidad, el que esto hacia le despojó también del santo Escapulario, diciéndole que la vestidura pontificia encierra eminentemente la virtud de todos los demás hábitos; pero el piadoso Pontífice se resistió á que le despojasen del Escapulario, contestando: "*Dejadme á María, para que María no me deje á mí.*" Reyes, cardenales, obispos, guerreros ilustres y personajes célebres han mostrado en todo tiempo tiernísima predilección por el Escapulario de María. De las máximas, anécdotas y rasgos edificantes que sobre este punto se conservan, podrían escribirse muchos volúmenes.

La devoción de los siete Sábados en honor de la Madre Santísima de la Luz.

En una de sus apariciones ordenó la Madre Santísima de la Luz que, como previa disposición al día de su fiesta, que se celebra el miércoles inmediato antes de la Pascua del Espíritu Santo, se la dedicasen algún obsequio en cada uno de los siete sábados precedentes, á contar desde el sábado de Gloria. En ellos es muy conveniente oír la santa Misa, comulgar y hacer alguna mortificación ú obra especial de caridad, y emplear algún tiempo en la consideración de las grandezas de Nuestra Madre Santísima de la Luz. La comunión que corresponde al Sábado de Gloria, puede trasladarse al inmediato día de Pascua. En estos siete sábados se rinde algún culto especial al Espíritu Santo, en reverencia y acción

de gracias por los dones preciosísimos que infundió en el alma purísima de María, en todo el tiempo de su vida santísima, desde el primer instante de su Inmaculada Concepción. Comenzaron á celebrarse los siete sábados en Italia, con misa cantada, sermón y otras devociones populares y tiernísimas; y era tal la piedad de los fieles en esos obsequios, que de ordinario ardian ante la hermosa Imagen de la Madre Santísima de la Luz muchas lámparas, algunas veces más de ochenta.

Puede celebrarse también esta devoción en particular: no sólo los siete sábados anteriores á la fiesta de Pentecostés, sino en otros siete sábados seguidos del año, para obsequiar á la Madre Santísima de la Luz ó implorar del Señor por su medio algún beneficio.

PRIMER SABADO.

Por la señal, etc.

ACTO DE CONTRICIÓN.

Señor mío Jesucristo, Dios y Hombre verdadero, pésame de todo corazón, mil y mil veces me pesa de haberos ofendido. Yo, miserable, me he alejado de Vos por el pecado, y por eso me desconocieron los ángeles, y como en justo castigo de mi perversión fui arrojado de aquellas placidísimas regiones de luz y de paz. Pero, ya del todo arrepentido, firmemente propongo no volver á ofenderos más. Dadme, Padre clementísimo, vuestra gracia; otorgadme el perdón de mis pecados, y en adelante me dedicaré con toda

el alma á serviros fielmente hasta el fin de mi vida.—
Amén.

ORACIÓN AL ESPÍRITU SANTO.

¡Oh divino Espíritu, consustancial y coeterno con el Padre, que tan perfectamente penetráis los insondables secretos y profundos misterios de la Divinidad! ¡Espíritu soberano y de altísima majestad, á quien adoran rendidas y temblando las potestades del cielo! Dignaos concedernos *el don del temor de Dios*, que nos conserve en humildad y aleje de nosotros el orgullo y la presunción, formidables obstáculos para la virtud. Que trabaje yo en el negocio importantísimo y único de mi salvación "con temer y temblor," como nos enseña el Apóstol; y sirviéndos y propagando vuestra gloria en la vida, merezca alabaros eternamente en el cielo.—Amén.

ALABANZAS AL ESPÍRITU SANTO.

I. ¡Oh divino Espíritu! Vos sois esplendorosa y bienaventurada Luz, que ilumináis con Vuestra visísima claridad hasta lo más íntimo del corazón de los fieles.

(Se contesta á cada una de estas siete alabanzas.)

¡Bendito seáis, oh divino Espíritu, que con tan maravillosa eficacia habéis renovado la faz de la tierra!—*Padre nuestro.—Ave María, y—Gloria Patri.*

II. ¡Oh divino Espíritu! Vos laváis las manchas de nuestra alma, regáis la tierra seca y árida de nuestros corazones, y con admirable eficacia curáis nuestras llagas.

¡Bendito seáis! etc.—*Padre nuestro.—Ave María, y—Gloria, etc.*

III. ¡Oh divino Espíritu! Sin Vuestra poderosa ayuda nada puede alcanzar el hombre, y nada puede haber en él que no le sea nocivo.

¡Bendito seáis! etc.—*Padre nuestro.—Ave María, y—Gloria, etc.*

IV. ¡Oh divino Espíritu! con Vuestro soberano poder superáis toda clase de dificultades. Hacéis de rudos pescadores, oradores elocuentísimos, cuya misteriosa palabra obliga á enmudecer á los sofistas. Y con Vuestra deslumbradora claridad arrebataís á las tenebrosas de la idolatría pueblos innumerables.

¡Bendito seáis! etc.—*Padre nuestro.—Ave María, y—Gloria, etc.*

V. ¡Oh divino Espíritu! Vos derramáis sobre los fieles vuestros siete dones, y dulcemente nos atraéis para que en Vos depositemos toda nuestra confianza.

¡Bendito seáis! etc.—*Padre nuestro.—Ave María, y—Gloria, etc.*

VI. ¡Oh divino Espíritu! Vos acordáis el mérito á la virtud y concedéis éxito felicísimo á la importante empresa de nuestra salvación, para regalarnos después con los goces eternos.

¡Bendito seáis! etc.—*Padre nuestro.—Ave María, y—Gloria, etc.*

VII. ¡Oh divino Espíritu! Vos plegáis nuestra tirantez, cambiáis en vivificante calor nuestro frío, y con celestial acierto guiáis nuestros pasos.

¡Bendito seáis! etc.—*Padre nuestro.—Ave María, y—Gloria, etc.*

ORACIÓN Á LA MADRE SANTÍSIMA DE LA LUZ.

¡Oh María, Madre Santísima de la Luz! ; Virgen amabilísima, más grata que toda dulzura! ; Tálamo virginal, del que, como purísimo Esposo, salió nuestro amabilísimo Salvador para ser la Luz del mundo y llevar á cabo la obra divina de la redención! Ante la consideración de vuestra portentosa santidad y sin igual pureza nos confundimos y anonadamos; pero quedamos por dicha vuestra el precioso recurso de la contrición, con la cual pidamos al Señor el perdón de los pecados con que hemos mancillado tantas veces la brillante estola de la gracia; y contando con vuestra tiernísima protección, bien podemos exclamar confiados: "*El espíritu compungido es el sacrificio más grato para Dios; no despreciarás; Oh Dios mío! el corazón contrito y humillado.*" Porque no suele, ni sabe, el Señor abandonar al que á El clama confiado, compungido de dolor el corazón; y la contrición es el ungüento preciosísimo que llena con suave fragancia toda la Iglesia. Confiado y arrepentido me dirijo á Vos, Madre Santísima de la Luz, para pedirós gracia, la gracia de la contrición. De la venturosa situación de luz y de paz, que disfrutaba antes de ofender á Vuestro dulcísimo Jesús, merecí ser arrojado de improviso, y llegué á arrastrarme, prófugo infeliz, entre las miserias abominables del pecado. Pero ya, del todo arrepentido busco con ansias abrasadoras el perdón y la gracia. Conseguidmela con vuestra intercesión poderosa, para que, correspondiendo á ella con fidelidad, en ella logre ser confirmado por siglos eternos en el cielo.—Amén.

ALABANZAS Á LA MADRE SANTÍSIMA DE LA LUZ.

Alabámoste y bendecímoste, MADRE SANTÍSIMA DE LA LUZ, *Esplendor* el más puro y brillante que hizo conocer al mundo al divino Sol de Justicia, Cristo nuestro Bien.—*Dios te salve, María, etc.*

Alabámoste y bendecímoste, fulgida *Estrella* de la mañana, que, accediendo benigna á las súplicas de tus fieles hijos, les concedes el vivificante calor de la gracia y las espirituales ternuras del amor hermoso.—*Dios te salve, María, etc.*

Alabámoste y bendecímoste, purísimo é incorruptible *Sol*, jamás eclipsado con sombra alguna de imperfección; pues como al Sol que alumbrá nuestro planeta, ni el fuego de acá abajo le abrasa, ni le ablanda el agua, ni la espada le hierde, ni le afecta contradicción alguna de la tierra; así tus benéficos esplendores no han podido jamás ser amortiguados por todos los insistentes esfuerzos de los infernales enemigos.—*Dios te salve, María, etc.*

Angelorum Imperatrix,

Peccatorum Consolatrix,

Consolare me lugentem,

In peccatis jam taetentem.

El Papa Inocencio III. dijo:
"El peccador consuelo y esperanza."

Del ángel puro esclarecida Reina,

De un alma triste que sus culpas lora

Calma, Señora, la doliente pena.

OBSEQUIO Á LA MADRE SANTÍSIMA DE LA LUZ.

Repetir con devoción esta antífona: "Dichoso el seno purísimo de María, en que fué concebido y vivió nueve meses el Hijo de Dios, hecho Hombre; y felices sus virginales pechos, que le lactaron."—Muchos años la veneró devotamente un eclesiástico; y padeciendo al último una enfermedad tan penosa, que delirando se despedazaba la lengua, se le apareció la Santísima Virgen, y regalándole con una gota de aquel dulcísimo néctar que él en tanto tiempo había bendecido, le sanó por completo, dejándole como anegado en un mar de celestiales consuelos, que le movieron á renunciar el mundo y á entrar en una Orden religiosa.

SEGUNDO SABADO.

*Por la señal, etc.
Señor mío Jesucristo, etc.*

ORACIÓN AL ESPÍRITU SANTO.

¡Oh divino Espíritu! ¡Paráclito consolador y vivificante, que rebosáis de amor hacia los hombres, é ilumináis con lenguas de fuego á los que se hallan reunidos con lazos de mutuo y cristiano amor! Dignaos, concedernos el don precioso de *piEDAD*; pues hemos recibido por vuestra gracia el espíritu de adopción de hijos, en virtud del cual clamamos con toda confianza: "Padre, ¡Oh Padre mío! Concedednos que deseemos constantemente la mayor gloria

de Dios, y lamentemos con toda el alma los ultrajes que por todas partes se le infieren; que con fe viva y sencilla amemos á la Iglesia Romana, nuestra Madre, que es la verdadera Iglesia de Dios, y con firme y amorosa confianza sigamos sus saludables doctrinas y practiquemos sus mandatos; que con afectuosa dulzura y enérgica constancia cumplamos con nuestros deberes religiosos, con nuestras prácticas de devoción y, en lo posible, con las obras de misericordia, obsequiando á Dios en nuestros prójimos. Y que, fieles en nuestros santos propósitos, os demos en la tierra mucha gloria y os amemos eternamente en el cielo.—Amén.

ALABANZAS AL ESPÍRITU SANTO.

I. ¡Oh divino Espíritu! Vos sois enviado para mi salvación, en forma de lenguas de fuego, y derramáis amoroso sobre las almas vuestra poderosa gracia y vuestros riquísimos dones.

(Se contesta.) "Bendito seas, oh Espíritu Santo, fuente de toda verdad."—*Padre nuestro.—Ave María, y—Gloria Patri, etc.*

II. ¡Oh divino Espíritu! Vos derramáis sobre los hombres encendido y benéfico rocío, y con él otorgáis misericordioso el perdón de todos los pecados. ¡Bendito seas! etc.—*Padre nuestro.—Ave María, y—Gloria, etc.*

III. ¡Oh divino Espíritu! Vos os habéis dignado elegir la hora de Tercia, para derramar sobre los Apóstoles vuestros dones. Vos nos enseñáis con sobrenaturales luces que debemos adorar á las tres divinas Personas en unidad de ciencia y de poder.

¡Bendito seáis! etc.—*Padre nuestro.*—*Ave María,*
y—*Gloria, etc.*

IV. ¡Oh divino Espíritu! Vos, que reposáis sobre el carro glorioso de los querubines, os dignáis bajar de los cielos sobre el Coro de los Apóstoles.

¡Bendito seáis! etc.—*Padre nuestro.*—*Ave María,*
y—*Gloria, etc.*

V. ¡Oh divino Espíritu! Vos, apareciendo en lenguas de fuego sobre las cabezas de los discípulos, y derramando sobre nosotros misteriosas gracias, producís en los corazones de los fieles esos nuevos acentos, en los cuales nada hay de disonancia, ni de tibieza.

¡Bendito seáis! etc.—*Padre nuestro.*—*Ave María,*
y—*Gloria, etc.*

VI. ¡Oh divino Espíritu! Vos sois el que ha inspirado á los profetas, exhortándolos á cantar con siglos de anticipación las alabanzas del amabilísimo Salvador, Jesús.

¡Bendito seáis! etc.—*Padre nuestro.*—*Ave María,*
y—*Gloria, etc.*

VII. ¡Oh divino Espíritu! Vos habéis fortalecido á los Apóstoles, para que llevasen el nombre de Jesús por todo el mundo.

¡Bendito seáis! etc.—*Padre nuestro.*—*Ave María,*
y—*Gloria, etc.*

ORACIÓN Á LA MADRE SANTÍSIMA DE LA LUZ.

¡Oh María, Madre Santísima de la Luz! ¡Gloriosa Señora mía, y después de la Santísima Trinidad, Señora de todo el universo! ¡Elemento de vida; Reiu-

gio de todos los hombres; Vida de todos los hijos de Adán; Virgen insigne y única, á la cual enriqueció el Señor con todos los tesoros del orbe! ¡Bendita sea Vuestra dignidad y excelencia; bendito el grado infinito de santidad á que habéis sido enaltecida! Al presentarme, Madre clementísima, ante el tribunal de mi conciencia, no puedo menos de consideraros reo de gravísimo juicio y reconocer la necesidad en que me hallo de abrazar y seguir con empeño el camino de la virtud. Lo que en esta empresa importantísima me preocupa, no es la perpetua extensión del tiempo, que debo dar á la penitencia que exigen mis pecados, sino la sinceridad y consecuente empeño con que me es necesario practicarla. Con razón me la inspira el Señor por el profeta, al decir: "*Latetis, pueri; purificatos, apartad de mis ojos la malignidad de vuestros pensamientos, cesad de obrar mal, aprended á hacer bien, buscad lo que es justo, socorred al oprimido, haced justicia al huérfano, amparad á la viuda. Y entonces tendid.*".....

Para que los caminos de mi penitencia sean rectos, y sea verdadera la detestación de mis pecados, y firme el propósito de expiarlos en adelante con una vida verdaderamente cristiana; conseguídmela abundancia de luz, Madre amabilísima, y la necesaria fortaleza para no desistir ante ningún género de dificultades. En vuestra tiernísima piedad confío, única y dulcísima esperanza mía después de Dios; amparadme, para que después de vivir santamente, muera dichoso y eternamente Os alabe en el cielo.—Amén.

ALABANZAS Á LA MADRE SANTÍSIMA DE LA LUZ.

Alabámoste y bendecímoste, MADRE SANTÍSIMA DE LA LUZ, *Esplendor* purísimo de la gloria, que llenas el mundo de las almas de benéfica y deslumbrante luz.—*Dios te salve, María, etc.*

Alabámoste y bendecímoste, brillante *Estrella* de la mañana, que ya en su feliz aparición sobre la tierra disipó las nubes de tristeza, que envolvían hacia muchos siglos á los desventurados hijos de Adán.—*Dios te salve, María, etc.*

Alabámoste y bendecímoste, esplendoroso *Sol*, que serena y constante como el Sol astronómico, ni te has exaltado por tu altísima elevación, ni abatido por posibilidad.—*Dios te salve, María, etc.*

Ad hanc, qui protigitur, respectans, angulum

Ultra non angitur viru pungentium;

Ad hanc si respicit qui mari mergitur,

Per hanc emerget, ab hac respicitur.

(Cardenal Frangipani).

El que triste á la Virgen mira y llama,
No siente del dolor la espina acerba;
Y el que en el mar su protección implora,
No se sumerge entre las ondas fieras.

J. V.

OBSEQUIO Á LA MADRE SANTÍSIMA DE LA LUZ.

No emprender obra alguna de consideración, sin haber implorado antes la asistencia de María.—Ele-

gida Priora del convento de Avila Santa Teresa de Jesús, su primer cuidado fué poner las llaves de él á los pies de una imagen de Nuestra Señora, que habia hecho colocar en el coro, en el lugar de la Prelada.—Santa Catalina de Suecia, siempre que le pedían consejo, se recogía interiormente para rogar á la Santísima Virgen le inspirase lo que debía contestar.—Sabido es que, ya desde que le fundó el Venerable Padre Margil, el Colegio Apostólico de Nuestra Señora de Guadalupe, de Zacatecas, reconoció siempre á esta celestial Señora por su Prelada.

TERCER SABADO.

Por la señal, etc.

Señor mio Jesucristo, etc.

ORACIÓN AL ESPÍRITU SANTO.

¡Oh divino Espíritu! ¡Mar inmenso de bondad, que con vuestra increada sabiduría y abrasado amor habéis atraído millones de idólatras al culto del verdadero Dios! Vos, que, colmando de delicias á los Apóstoles, os servís de ellos para embellecer la tierra con la gracia del bautismo; Vos, que derramando sobre las almas tesoros de amor purísimo y raudales de ciencia celestial, inspiráis en los que os aman el más tierno amor á la pureza, mil veces más cándida que los frescos lirios de deslumbradora blancura; dignaos enriquecer nuestra alma con el don de ciencia, que nos haga prácticamente conocer el fin altísimo para el cual hemos sido creados, y la conveniencia y

oportunidad de los medios que en la alta empresa de la salvación del alma debemos emplear. Ciencia clarísima y sobrenatural, con que nos persuadamos de la verdad de aquella recomendación del Apóstol: "Porque verdad es que en otro tiempo no erais sino tinieblas; mas ahora sois luz en el Señor. Y así proceded como hijos de la luz."

Haced que con este apreciablesimo don, desvanecidos todos los errores, aclaradas las más ligeras dudas y conocido el recto sendero, que á través del intrincado laberinto de los torcidos dictámenes del siglo lleva á la práctica de la virtud, crezcamos fervorosos en vuestro amor, redoblemos cada día nuestros esfuerzos en vuestro divino servicio, y muriendo con vuestros suavísimos consuelos, eternamente vivamos contemplándoos con gloria inenarrable en el cielo. —Amén.

ALABANZAS AL ESPÍRITU SANTO.

I. ¡Oh divino Espíritu! Cuando el Eterno Padre por medio de su Verbo creó los cielos, la tierra y el mar, Vos extendisteis benigno vuestra divinidad sobre las aguas, para hacerlas fecundas é inaugurar después entre los hombres una era dichosa de gloriosas conquistas y de salvadora cruz.

(Se contesta:) ¡Oh divino Espíritu! Que todo cuanto habéis creado os bendiga y eternamente os alabe! —Padre nuestro.—Ave María, y—Gloria Patri.

II. ¡Oh divino Espíritu! Vos dais á las aguas en el bautismo la virtud de vivificar las almas. Vuestro divino soplo infunde en los corazones la santidad y aliento maravilloso para las más altas empresas.

¡Oh divino Espíritu! etc.—Padre nuestro.—Ave María, y—Gloria, etc.

III. ¡Oh divino Espíritu! Con ese soberano soplo Vos habéis reducido á un solo rebaño bajo un solo pastor gran parte del mundo, antes por sangrientas luchas ó completa indiferencia dividido en diversos cultos, lenguas, costumbres y aspiraciones.

¡Oh divino Espíritu! etc.—Padre nuestro.—Ave María, y—Gloria, etc.

IV. ¡Oh divino Espíritu! Vos sois el que formáis el lazo venturoso que une á Dios con el hombre. Vos sois la soberana fortaleza que produce esta bendita unión.

¡Oh divino Espíritu! etc.—Padre nuestro.—Ave María, y—Gloria, etc.

V. ¡Oh divino Espíritu! Vos sois dulce y suave, digno de amor y de alabanza. Vos purificáis de los más ligeros resabios de la vanidad al alma, que con amor purísimo se abandona á vuestra inspiración. La pureza y la inocencia hacen vuestras delicias.

¡Oh divino Espíritu! etc.—Padre nuestro.—Ave María, y—Gloria, etc.

VI. ¡Oh divino Espíritu! Vos inspiráis suaves acentos á las almas á quienes consume la tristeza del destierro, y las consoláis librándoas de la desesperación. Vos regaláis con melodiosos acordes á los que gozan de alegría, y los ayudáis para que suspiren por Vos.

¡Oh divino Espíritu! etc.—Padre nuestro.—Ave María, y—Gloria, etc.

VII. ¡Oh divino Espíritu! Vos animáis á los corazones piadosos, inspiráis á los buenos y aconsejáis

á los afligidos. No hay corazón que á Vuestro amor purísimo se abandone, que no se sienta alentado para la virtud.

¡Oh divino Espíritu! etc.—*Padre nuestro.—Ave María, y—Gloria, etc.*

ORACIÓN Á LA MADRE SANTÍSIMA DE LA LUZ.

¡Oh María, Madre Santísima de la Luz! En Vos cifra su felicidad el género humano, que ningún otro refugio, después de Dios, puede tener, fuera de vuestro amoroso patrocinio. Vos sois también mi alegre esperanza, mi único consuelo, mi piadosa defensora y mi verdadera libertad. Os saludo, pues, con amoroso rendimiento. Virgen incomparable, que vencéis en gracia y hermosura á toda la naturaleza humana y angelica. Y, puesto que la devoción verdadera consiste en imitaros cuanto sea posible, á embellecer mi alma con el constante ejercicio de la mortificación deben dirigirse todos mis esfuerzos, "trayendo siempre representada en mi cuerpo por todas partes la mortificación de Jesús, á fin de que la vida de Jesús se manifieste también en mi cuerpo," como recomienda el Apóstol. Y en verdad, que por experiencia reconozco, Madre amabilísima, de cuánta necesidad es para tener tranquilo mi espíritu, no sólo contrariar con la necesaria eficacia las inconsideradas exigencias de mis sentidos, sino refrenar con saludable energía los desordenados afectos, con que á veces sorprendo agitadas y como anhosas las fibras más íntimas del corazón. Desconocida es para mí todavía la práctica tan necesaria de extirpar poco á poco en mi voluntad el ro-

dor gusano del amor propio, germen funesto de tantas turbaciones del alma y de tantas caídas.

Haced, pues, Madre Santísima de la Luz, que ilustrado con divina claridad mi espíritu, é íntimamente persuadido de que "mejor es el varón sufrido, que el valiente; y quien domina sus pasiones, que un conquistador de ciudades," en adelante me esfuerce en caminar animoso por la necesaria senda de la mortificación en el cuerpo y en el espíritu, á fin de que más estrechamente unido con estas prendas de verdadero amor á vuestro divino Hijo, reine un día en las celestiales mansiones de gloria perdurable.—Amén.

ALABANZAS Á LA MADRE SANTÍSIMA DE LA LUZ.

Alabámoste y bendecímoste, MADRE SANTÍSIMA DE LA LUZ, *Esplendor* purísimo de inocencia, nunca sujeta á la más ligera sombra de culpa, y asiento constante de plena y suavísima tranquilidad.—*Dios te salve, María, etc.*

Alabámoste y bendecímoste, *Estrella* brillantísima del mar, en torno de la cual gira complacido el universo, pues con embeleso dulcísimo te contempla toda la corte celestial.—*Dios te salve, María, etc.*

Alabámoste y bendecímoste, *Sol* esplendoroso y vivísimo, que luces con benéfica y saludable claridad en favor de los buenos y de los malos, remediando sus necesidades, y despertándolos con poderosa gracia de su peligroso letargo en el pecado.—*Dios te salve, María, etc.*

*Santo parens Iesu Christi,
Electa sola fuisti,
Esse Mater sine viro,
Et lactare modo miri.*

(El Papa Inocencio III.)

Para ser Madre santa de Dios Hombre,
Sin marchitarse ni sin par pureza,
La mano del Señor omnipotente
A ti sola escogió como más bella.

J. V.

OBSEQUIOS Á LA MADRE SANTÍSIMA DE LA LUZ.

Oir Misa, en obsequio de la Santísima Virgen.—Peiro Cisterciense, que solía oír muchas veces en obsequio de María, fué visto después de su muerte, rodeado de vivísimos resplandores entre los bienaventurados.—San Eugubino, Obispo de Inglaterra, celebraba siempre que podía, la Misa de Nuestra Señora; la cual se manifestó tan complacida de este obsequio, que un día se dignó asistir á ella, bañando al venturoso celebrante con abundantes torrentes de luz celestial.

CUARTO SABADO.

*Por la señal, etc.
Señor mio Jesucristo, etc.*

ORACIÓN AL ESPÍRITU SANTO.

¡Oh divino Espíritu! Vos, que á todas las almas encantáis con vuestra divina presencia; Vos, que

sois el principio de bondad y de amor que une al Padre y al Hijo, la pureza de su esencia, y toda benignidad, toda suavidad y toda fortaleza; dignaos concedernos este don celestial, germen de saludable energía que nos sostenga y nos aliente á través de los multiplicados obstáculos, que tienden á entorpecer la práctica de la virtud en los accidentados caminos de la vida del espíritu.

Tanta es nuestra miseria, que en las diarias luchas que nos vemos precisados á sostener contra los enemigos de nuestra alma, ó cedemos por puslanimidad, ó flaqueamos por nuestra excesiva confianza, que no tiene de ordinario otro fundamento que el ardor natural que procede del temperamento ó de la vanidad. Sólo puede salvarnos en este caso el don divino de la fortaleza, que destierre el desaliento y modere la confianza; y que transformando con luz celestial las aspiraciones del corazón, le mueva á renunciarse á sí mismo para sobreponerse á la tiranía de las máximas y pretensiones del mundo, y no buscar en todos sus afectos otro amor que el amor de Jesús, ni otra gloria que la gloria divina.

Dadnos este don, oh Espíritu de amor divino, para que, sirviéndoos con incansante fidelidad y sostenido tesón en esta vida, os alabemos después por siglos eternos en la gloria.—Amén.

ALABANZAS AL ESPÍRITU SANTO.

1. ¡Oh divino Espíritu! Vos purificáis al hombre de sus errores, le enseñáis lo que ignora, y le determináis á la práctica del bien en las perplejidades en que se encuentra.

(Se contesta.) ¡Homenaje tiernísimo de amor y gratitud os rendimos oh divino Espíritu, á Vos que por eterno amor procedéis del Padre y del Hijo.—*Padre nuestro,—Ave María, y—Gloria Patri, etc.*

II. ¡Oh divino Espíritu! Vos reanimáis al débil, acogéis al extraviado y dulcemente corregís al que yerra.

¡Homenaje tiernísimo! etc.—*Padre nuestro,—Ave María, y—Gloria, etc.*

III. ¡Oh divino Espíritu! Vos sostenéis con suavísima eficacia al que va á caer, ayudáis en sus esfuerzos al que combate y regaláis con gracias de perfección al que os ama.

¡Homenaje tiernísimo! etc.—*Padre nuestro,—Ave María, y—Gloria, etc.*

IV. ¡Oh divino Espíritu! Vos sois el que con gracia poderosa ha hecho salir del lago de la corrupción y de la miseria al que hoy es perfecto.

¡Homenaje tiernísimo! etc.—*Padre nuestro,—Ave María, y—Gloria, etc.*

V. ¡Oh divino Espíritu! Vos conducís á las almas perfectas por placido sendero de paz y de alegría, y las lleváis bajo la nube de la fe hasta el santuario de la Sabiduría increada.

¡Homenaje tiernísimo! etc.—*Padre nuestro,—Ave María, y—Gloria, etc.*

VI. ¡Oh divino Espíritu! Vos sois el fundamento de toda santidad, el alimento de la castidad angélica. Vos embellecéis la pobreza, hacéis dulce la pobreza, dais abasto á las caritativas larguezas, y sois el más firme apoyo de toda honestidad y de todo heroísmo.

¡Homenaje tiernísimo! etc.—*Padre nuestro,—Ave María, y—Gloria, etc.*

VII. ¡Oh divino Espíritu! Vos sois la armonía suavísima que á todo imprime celestial hermosura; porque Vos ordenáis con maravilloso concierto todas las cosas, adornándolas de vuestro gratísimo y soberano esplendor.

¡Homenaje tiernísimo! etc.—*Padre nuestro,—Ave María, y—Gloria, etc.*

ORACIÓN Á LA MADRE SANTÍSIMA DE LA LUZ.

¡Oh María, Madre Santísima de la Luz! ¡Incomensurable pílagro de las divinas gracias, y tesoro de todos los dones del Espíritu Santo! Prevenida con sobrecabundantes bendiciones del Altísimo, fuisteis ya en el materno seno maravillosamente enriquecida de singulares dones, para ser digna morada y verdadera Madre del Hijo de Dios; y los pueblos todos os confiesan hoy felizmente llena de gracia desde el principio de vuestra vida. Vos sois por dicha nuestra, la Inmaculada Virgen, á la cual reconocemos exaltada con tanta gloria, sobre todos los santos y los corps todos de los ángeles. Dispensadora sois de todos estos celestiales auxilios; por esto, recurrimos á Vos, Madre amabilísima, rogándoos que os dignéis conseguirnos las gracias que nos son necesarias para nuestra salvación; porque "nada puede atribuirse el hombre, si no le es dado del cielo," y sólo de la divina gracia puede ser efecto lo bueno que nosotros practicáremos.

Favorecednos con luz celestial, que nos haga ver

con eficacia la necesidad de corresponder fielmente á las gracias, que por vuestro medio nos conceda el divino Jesús. Haced que, sirviéndole con probada lealtad en esta vida, muramos en su gracia y con Vos eternamente le gocemos después en la gloria.—Amén.

ALABANZAS Á LA MADRE SANTÍSIMA DE LA LUZ.

Alabámoste y bendecímoste, MADRE SANTÍSIMA DE LA LUZ, *Esplendor* brillante de la Luz eterna, por la serenísima pureza de tu alma.—*Dios te salve, María, etc.*

Alabámoste y bendecímoste, *Estrella* rutilante del mar, que con tus purísimos atractivos reduces á la conversión y á la humildad á tantos corazones empedernidos envueltos en las miserias del pecado.—*Dios te salve, María, etc.*

Alabámoste y bendecímoste, magnífico y esplendoroso *Sol*, que, ilustrando con tus fulgores toda la tierra, conservas y multiplicas la gracia en favor de los justos, y consigues por tu mediación poderosa el perdón de los pecadores.—*Dios te salve, María, etc.*

Ave, mundi spes, María,

Ave, mitis, Ave, pia,

Ave, charitate plena,

Virgo dulcis et serena.

(El Papa Inocencio III).

Dios te salve, María, Dios te salve,
Esperanza segura de la tierra.
María, de piedad divina fienehida
Y de tesoros de dulzuras llena.

J. V.

OBSEQUIO Á LA MADRE SANTÍSIMA DE LA LUZ.

Obsequiar á María con verdadera devoción, huyendo con mucha diligencia del pecado.—Vio en una ocasión Santa Brigida que la Santísima Virgen defendía compasiva de las acusaciones del demonio á un devoto suyo; y que al mismo tiempo se abstenia de proteger á otro que, confiando con temeridad en su mal entendida devoción, había multiplicado sus ofensas contra Dios.—A otro que, perseverando en el pecado, le rezaba un día aquel versículo del himno "Ave, maris Stella:" "Muestra que eres Madre," respondió con gran severidad la celestial Señora: "Muestra tú, que eres hijo."

QUINTO SABADO.

Por la señal, etc.

Señor mio Jesucristo, etc.

ORACIÓN AL ESPÍRITU SANTO.

¡Oh divino Espíritu! Vos sois la Luz consoladora y vivísima de los corazones; y por Vos vamos al Padre celestial y á su divino Hijo. Como fuego devorador, que dulcemente abraza los espíritus, consumiendo en ellos la inútil escoria de afectos desordenados; como gratísima y deslumbradora luz que abre ancho camino entre las pavorosas oscuridades de espesas tinieblas; Vos, oh Espíritu Consolador, habéis sido enviado desde lo alto de los cielos por el Padre y el Hijo sobre los Apóstoles y discípulos,

presididos por María, Madre Santísima de la Luz, y llenando sus corazones y haciendo maravillosamente fecundas sus lenguas, nos invitáis á que unamos también nosotros en amoroso concierto los acentos de nuestros labios y los afectos todos de nuestro pecho, ¡Seáis para siempre bendito!

Concedednos, pues, oh Espíritu vivificador y amabilísimo, el *don de consejo*, que en las distintas situaciones en que podamos hallarnos y entre las resoluciones que hayamos de tomar, nos haga oír vuestra divina voluntad enseñándonos lo que en cada caso debamos hacer y los escollos é inconvenientes que sea preciso evitar. Y, pues, "vuestros soberanos pensamientos no son los pensamientos nuestros, ni son los vuestros nuestros caminos," favorecednos con vuestros sapientísimos consejos, librándonos de la gran calamidad de que nos gobernemos por nosotros mismos, "Enseñadme el camino de la santidad y de la justicia, y contemplaré gozoso las maravillas" de vuestra gracia, haciendo en todo vuestra santísima voluntad. Que en el cumplimiento de vuestro divino querer se emplee constantemente toda mi alma, para gozaros después eternamente en el cielo.—Amén.

ALABANZAS AL ESPÍRITU SANTO

I. ¡Oh divino, Espíritu! Vos ponéis la verdad en nuestras palabras, la honestidad en nuestras acciones, y la pureza en nuestros pensamientos.

(*Se contesta*.) ¡A Vos rendimos toda adoración, todo amor y toda gloria, oh divino Espíritu; y ansiosos de alabaros siempre, os pedimos que nuestro co-

razón y nuestros labios celebren perpetuamente vuestra santidad!—*Padre nuestro,—Ave María, y—Gloria, etc.*

II. ¡Oh divino Espíritu! Vos dirigís en nosotros el bien, creáis en nuestros corazones el más puro amor, nos fortalecéis solícito en la carrera; y á las puertas del Paraíso espléndidamente coronáis á los que habéis amado.

¡A Vos rendimos! etc.—*Padre nuestro,—Ave María, y—Gloria, etc.*

III. ¡Oh divino Espíritu! Vos sois luz incesante para los corazones piadosos, la recompensa de los justos, y la más dulce commiseración en favor de los que se hallan perdidos.

¡A Vos rendimos! etc.—*Padre nuestro,—Ave María, y—Gloria, etc.*

IV. ¡Oh divino Espíritu! Nadie tan bueno como Vos; nadie con Vos pudiera compararse en amor á la justicia y á la santidad. Nadie es capaz de igualar la fortaleza y espiritualidad de vuestra subsistencia. Con Vos nadie puede rivalizar en poder.

¡A Vos rendimos! etc.—*Padre nuestro,—Ave María, y—Gloria, etc.*

V. ¡Oh divino Espíritu! Vos sois Espíritu de Consejo, fuente de inteligencia, principio de toda felicidad y remedio eficazísimo contra el pecado.

¡A Vos rendimos! etc.—*Padre nuestro,—Ave María, y—Gloria, etc.*

VI. ¡Oh divino Espíritu! Vuestra soberana inspiración se extiende sobre los hombres; y los asiste cuando y cuanto queréis, y donde y hasta donde os agrada: Esa preciosísima inspiración los llena y

preserva de toda caída; los instruye y los colma de espirituales riquezas.

¡A Vos rendimos! etc.—*Padre nuestro*,—*Ave María*, y—*Gloria*, etc.

VII. ¡Oh divino Espíritu! Vos sois el don escogido, amáis siempre lo que es recto, y regaláis á vuestros fieles servidores con la inteligencia y el amor.

¡A Vos rendimos! etc.—*Padre nuestro*,—*Ave María*, y—*Gloria*, etc.

ORACIÓN Á LA MADRE SANTÍSIMA DE LA LUZ.

¡Oh María, Madre Santísima de la Luz! ¡Salve, Virgen amabilísima, digna de ser eternamente alabada y glorificada por los hombres y por los ángeles! ¡Salve, Guía la más segura de las vírgenes prudentes, que con el indeficiente fulgor de la mística lámpara de tus virtudes nos muestras el camino de santidad é inocencia, para que con inefable dicha sigamos al divino Cordero por donde quiera que vaya! ¡Salve, hermosísima doncella y Esposa inmaculada de Dios, que en pie á la defecha del eterno Rey y vestida con riquísimo traje de oro, nos cubres benigna con vestido de púrpura y el manto del divino perdón, después de haber vivido privados de gracia por la culpa! ¡Los cielos y la tierra, los ángeles y los hombres te bendigan, porque has sido siempre fidelísima á los adorables designios de la divina Majestad!

Por esta incalculable grandeza de tu alma benditísima, te suplicamos, oh dulce Madre nuestra, que nos consigas del Señor la gracia de que en todo nos

conformemos siempre con su voluntad sacratísima, íntimamente penetrados de aquellas saludables palabras de tu divino Hijo: *“Cualquiera que escucha estas mis instrucciones y las practica, será semejante á un hombre cuerdo que fundó su casa sobre piedra, y cayeron las lluvias, y los ríos salieron de madre, y soplaron los vientos, y dieron con ímpetu sobre la tal casa; mas no fué destruida, porque estaba fundada sobre piedra.”* Y piedra es, durísima y perdurable, para cimiento de nuestra santificación, el cumplir en todo con la voluntad de Dios; porque el que esto hace, entrará sin duda en el reino de los cielos.

Que esta nueva gracia consiga de tu piedad, oh Madre benditísima, para que fiel al divino querer en esta vida, sea feliz con los eternos goces en el cielo.—Amén.

ALABANZAS Á LA MADRE SANTÍSIMA DE LA LUZ.

Alabámoste y bendecímoste, MADRE SANTÍSIMA DE LA LUZ, *Esplendor* brillantísimo del universo, al cual ha sometido el Señor las inteligencias de los hombres y de los ángeles, para que la glorifiquen en la manera limitadísima que les sea posible.—*Dios te salve, María, etc.*

Alabámoste y bendecímoste, *Estrella* rutilante del mar, que dirige la nave de la Iglesia con su admirable doctrina y sus santísimos ejemplos.—*Dios te salve, María, etc.*

Alabámoste y bendecímoste, esplendoroso Sol, grande y perfecto en la práctica de toda buena obra y en el grado más alto de cada virtud.—*Dios te salve, María, etc.*

Gaude, Virgo, Mater pura,

Certa manens et secunda;

Quia tua gaudia

Non cessabunt, nec decrescent,

Sed durabunt, et florescent

Per aeterna saecula.

(Sto. Tomás de Cantobery).

Alégrate, Señora,

Porque estás cierta

De que tus puras glorias,

Virgen excelsa,

Durarán siempre

Creciendo de los siglos

En la corriente.

J. V.

OBSEQUIO Á LA MADRE SANTÍSIMA DE LA LUZ.

Rezar un Ave María, siempre que despertemos por la noche, para tener más presente á la Santísima Virgen.

—Esto hacía siempre Santa Matilde—Lo mismo hacía un santo sacerdote, recomendándolo, además, á los fieles en la confesión, observando con gran complacencia que los que en esta práctica perseveraban, recogían copiosos frutos de virtud.

SEXO SABADO.

Por la señal, etc.

Señor mio Jesucristo, etc.

ORACIÓN AL ESPÍRITU SANTO.

¡Oh divino Espíritu! ¡Amor purísimo y eterno del Padre y del Hijo, que sois para nosotros espléndido socorro, consuelo suavísimo y la más firme esperanza! ¡Sublimidad de los cielos y encanto de los hombres y de los ángeles; bondad y compasión con los pecadores; clemencia y largueza con los desvalidos! A Vos recurrimos hoy confiados y suplicantes, rogándoos os dignéis concedernos el don de *Inteligencia*.

Mucho os hemos pedido ya, oh Espíritu consolador; el don de Temor de Dios, para humillarnos; el de Piedad, para que nuestro corazón se abra al divino amor; el de Ciencia, para saber discernir entre el camino de salvación y las vías de pecado; el de Fortaleza, para las cotidianas luchas; y el de Consejo, para saber dirigir nuestros pensamientos y nuestras obras.

Ahora Os pedimos, Señor, el de *Inteligencia*, para poder conocer las íntimas relaciones que hay entre Vos y el alma fiel, y gozar de más dilatado horizonte en la consideración de las cosas celestiales, ó como deseaba el Apóstol á los fieles de Efeso, "*espíritu de sabiduría y de ilustración, para conoceros; iluminando los ojos de nuestro corazón, á fin de que sepamos cuál es la esperanza, ó lo que debemos esperar de nuestra vocación, y cuáles las riquezas y la gloria de vuestra herencia destinada para los santos.*"

¡Que conociéndolos y amándonos cada vez más, resulte algún tanto meritoria nuestra vida, y truequen-se un día nuestras ligeras penalidades en goces suavísimos de eterna gloria!—Amén.

ALABANZAS AL ESPÍRITU SANTO.

I. ¡Oh divino Espíritu! Vos sois deslumbradora luz y suavísimo perfume. Vos sois principio celestial, que confiere al elemento del agua misterioso y admirable poder.

(*Se repite:*) ¡Tiernísima y universal adoración á Vos, oh divino Paráclito, que sois eterno amor y fuente de vida para toda creatura.—Padre nuestro,—Ave María, y—Gloria, etc.

II. ¡Oh divino Espíritu! Vos sois el soberano y suavísimo Consolador, que instruis y regocijáis á las almas, inspirándoles en peligrosos combates y en situaciones difíciles heroico valor y altísima sabiduría.

¡Tiernísima! etc.—Padre nuestro.—Ave María, y—Gloria, etc.

III. ¡Oh divino Espíritu! Vos sois la armonía de nuestros espirituales cánticos, el encanto de nuestra vida, nuestra esperanza y nuestra gloria, y el que en tantas ocasiones nos regala con el don precioso de vivísima luz.

¡Tiernísima! etc.—Padre nuestro.—Ave María, y—Gloria, etc.

IV. ¡Oh divino Espíritu! Vos, que con lenguas de amoroso fuego hacéis cantar en el Empíreo aquel embelesador trisagio á un Dios tres veces santo; ahora Os derramáis desde lo alto de los cielos como abrasadora y dulcísima llama sobre los labios y los corazones de los hombres.

¡Tiernísima! etc.—Padre nuestro.—Ave María, y—Gloria, etc.

V. ¡Oh divino Espíritu! Vos, que eternamente sois celebrado, con el Padre y el Hijo en sublime concierto de maravillosa armonía, y Os dignáis dirigir Vuestra mirada sobre todas las creaturas, recorréis glorioso el universo, sentado sobre las ligeras alas de los serafines y derramando gracias y rayos de purísimo amor sobre los corazones.

¡Tiernísima! etc.—Padre nuestro.—Ave María, y—Gloria, etc.

VI. ¡Oh divino Espíritu! Vos habéis aparecido en el Cenáculo entre los Apóstoles como viento formidable, al violento ruido de temida tempestad, los habéis bautizado en el fuego, y purificado como el oro en medio de la llama. Alejad, pues, de nosotros las tinieblas del pecado, y revestidos de la luz de la gloria.

¡Tiernísima! etc.—Padre nuestro.—Ave María, y—Gloria, etc.

VII. ¡Oh divino Espíritu! El que es eternal Amor, por amor Os ha enviado á Vos, que sois Amor por esencia. Por Vos se ha unido á los miembros de su cuerpo místico, y sobre las siete columnas de nuestros dones ha establecido la Iglesia por El edificada. Alejad, pues, de sus hijos las tinieblas del pecado, y revestidos en su día de la luz de la gloria.

¡Tiernísima! etc.—Padre nuestro.—Ave María, y—Gloria, etc.

ORACIÓN Á LA MADRE SANTÍSIMA DE LA LUZ.

¡Oh María, Madre Santísima de la Luz! Paraíso de delicias, árbol de vida, muro fortísimo en defensa

de los fieles, y puerto de los que peligran en las deshechas tempestades del espíritu! Todo lo esperamos de vuestras misericordias, sabiendo cuánto es vuestro poder y conociendo por experiencia con cuánta bondad favorecéis á los miserables que os invocan. Prometiéndonos mucho todavía de vuestro amante y tiernísimo Corazón. Os damos hoy rendidas gracias por los innumerables beneficios que, por vuestra intercesión, hemos recibido de Dios nuestro Señor. Y, puesto que nadie se interesa como Vos en el acrecentamiento y propagación de la divina gloria, de todo corazón os suplicamos, Madre amorosísima, nos consigais la gracia de trabajar y de sufrir mucho en su obsequio. ¡Son tantas las almas que se encuentran en peligro gravísimo de perderse, y tantas angustias y dolores ha causado cada una de ellas á vuestro amadísimo Hijo!

Por otra parte, nuestra cualidad de hermanos y lo mucho que Os debemos nos insta, para que por esta necesidad, cada día creyente, nos intereseamos con toda el alma; puesto que "*Cristo*, Señor nuestro, *murió por todos, para que los que viven, no vivan ya para sí, sino para el que murió y resucitó por ellos*". Y, si, entre los divinos oficios, el más divino es cooperar á la salvación de las almas (como no hemos de preocuparnos de trabajar por ellas, nosotros que, después de haber recorrido tantas veces el camino del pecado, de él hemos salido por dicha nuestra, merced á Vuestra clemencia tiernísima y á la infinita bondad de nuestro divino Redentor?

Conseguidnos, pues, Madre Santísima de la Luz, ardiente celo por la salvación de las almas y enrique-

ced nuestro corazón con las preciosas virtudes de constancia y cristiana fortaleza para trabajar por la mayor gloria de Dios en empresas de propaganda católica, en piadosas asociaciones y en todo género de fatigas, dedicando á ello nuestra actividad, nuestros bienes, nuestros talentos é influencia social; todo, en fin, cuanto somos y cuanto podemos valer. Bien penetrados estamos de que todos los sacrificios y penalidades que á este santo objeto hayamos de consagrar, son, en suma, ligerísimo tributo que rendimos con justa razón á la divina gloria y al honor que Vos misma nos merecéis. Que el empeño en atender á la eterna salvación de otros nos merezca la propia salvación, y la eterna gloria del cielo!— Amén.

ALABANZAS Á LA MADRE SANTÍSIMA DE LA LUZ.

Alabámote y bendecímote, MADRE SANTÍSIMA DE LA LUZ, celestial *Sabiduría* que en los fieles hijos de la Iglesia infunde la verdadera vida, la vida de la gracia y de la gloria.—*Dios te salve, María, etc.*

Alabámote y bendecímote, graciosa *Estrella de la mañana*, que por la humildad brilló en medio de la niebla de la soberbia, por la pobreza en la de la avaricia, y en la obscura niebla de las satisfacciones del sentido por su virginidad más que angélica.—*Dios te salve, María, etc.*

Alabámote y bendecímote, brillantísimo *Sol*, enriquecido con el estable y perpetuo resplandor de todo género de virtudes en la más elevada perfección.—*Dios te salve, María, etc.*

*Sine culpa nata,
Sine culpa nata,
Mater ilibata,
Tu pro nobis sta:
Nos culpis solutos,
Recta fide imbutos,
Firma spe fac tutos,
Caritatem da,
Tu, venusta aurora,
Nos de coelo irroras,
Tu pro nobis ora,
Peccatorum spes.*

Concebida sin pecado,
Nacida pura y sin mancha,
Intercede por nosotros,
Reina y Madre Inmaculada.
Libres de culpas, aviva
En nosotros la fe santa,
La esperanza corrobora
Y la caridad inflama.
Aurora hermosa, del cielo
Luceve rocío de gracias,
Y ora por nosotros, Madre,
Del pecador esperanza.

ORSEQUITO Á LA MADRE SANTÍSIMA DE LA LUZ.

Dedicarse á *inculcar en otras la devoción á María*.
—Así lo aconsejaba la celestial Señora á Santa Bri-
gida, diciéndole: "Trabaja en que tus hijos, sean hijos
míos también."—La Venerable Madre Ana Santo-

nizza, Maestra de novicias durante veintisiete años
en el monasterio de Santa Ursula, dedicábase á esta
tarea dulcísima con el mayor empeño, poniendo mu-
cho mayor cuidado en las de menor capacidad y dis-
posición, para que por este medio supliese la gracia
lo que faltaba á la naturaleza.

SEPTIMO SABADO.

*Por la señal, etc.
Señor mío Jesucristo, etc.*

ORACIÓN AL ESPÍRITU SANTO.

¡Oh divino Espíritu! ¡Oh fuego misterioso y ce-
lestial, que al mismo tiempo brillas, enciendes y fe-
cundizas! Toda creatura iluminada por este princi-
pio dulcísimo de vida, confiesa con rendido espíritu
de adoración y de gratitud, que este fuego vivificante
y salvador es el Señor todopoderoso. ¡Oh Don, sobre
toda ponderación, excelente! ¡Oh Don, sobremanera
perfectísimo! Vos no sólo dais la inteligencia para
conocer, sino también el sentimiento para amar con
purísimo y generoso afecto. Por eso, con mucha ra-
zón nos decís por el Real Profeta: "*Custod y red
cudn suare ex el Señor.*"

Dignaos, pues, concedernos el don de Sabiduría,
que nos permita poseer y gustar las cosas divinas,
que nos hace conocer la fe iluminada por el don de
Inteligencia. Merced á esta "*vimus la gloria del Ver-
bo, gloria cual el Unigénito debía recibir del Padre,
lleno de gracia y de verdad.*" Mas por el don de Sabi-

duría, este divino Verbo, Sabiduría increada, "resplandor de la gloria del Padre, y vivo retrato de su sustancia ó Persona," se unirá más íntimamente á nosotros y nos regalará con mayores gracias y comunicaciones dulcísimas. ¡Oh divino Espíritu! para gozar de este altísimo don de Sabiduría, dignaos prepararnos con especiales gracias, á fin de que dóciles á vuestros amorosos designios, lleguemos á ser verdaderamente espirituales, puesto que "el hombre animal no puede hacerle copias de conocer las cosas que son del Espíritu de Dios." ¡Que este don preciosísimo sea para nosotros ocasión de daros mayor gloria en la vida, para merecer después de la muerte los eternos goces del cielo.—Amén.

ALABANZAS AL ESPÍRITU SANTO.

I. Os bendecimos, alabamos y adoramos con todo el corazón, oh Espíritu Santo, Espíritu Creador, que Os dignáis visitar las almas de los fieles y llenar de gracias celestiales los corazones que habéis creado.

(Se contesta.) ¡Ven, oh Espíritu Consolador! ¡Dirige nuestras lenguas, ablanda nuestros corazones, y haz que Os amemos con toda el alma!—Padre nuestro,—Ave María, y—Gloria, etc.

II. Os bendecimos, alabamos y adoramos con todo el corazón, oh Espíritu Santo, Espíritu Consolador, Don incomparable del Altísimo, Fuente de aguas vivas, fuego regenerador, amor purísimo y unción espiritual.

¡Ven, oh Espíritu! etc.—Padre nuestro,—Ave María, y—Gloria, etc.

III. Os bendecimos, alabamos y adoramos con todo el corazón, oh Espíritu Santo, Dado poderoso de la diestra del Eterno Padre, que solemnementemente prometido por El á los hombres, venis á enriquecerlos con la fuerza inefable de maravillosa palabra, y á derramar sobre nosotros vuestros siete dones preciosísimos.

¡Ven, oh Espíritu! etc.—Padre nuestro,—Ave María, y—Gloria, etc.

IV. Os bendecimos, alabamos y adoramos con todo el corazón, oh Espíritu Santo, Luz de los corazones, que os dignáis iluminar nuestras almas con Vuestra divina luz, infundir vuestro amor en nuestros corazones y sostener nuestra debilidad con vuestro celestial poder.

¡Ven, oh Espíritu! etc.—Padre nuestro,—Ave María, y—Gloria, etc.

V. Os bendecimos, alabamos y adoramos con todo el corazón, oh Espíritu Santo, Padre de los pobres y dador de todo bien, que Os dignáis alejar de nosotros al infernal enemigo, regalar nuestros corazones con paz suavísima y guiarnos como fortísimo y amoroso jefe, para que evitemos el encuentro funestísimo del pecado.

¡Ven, oh Espíritu! etc.—Padre nuestro,—Ave María, y—Gloria, etc.

VI. Os bendecimos, alabamos y adoramos con todo el corazón, oh Espíritu Santo, dulcísimo Consolador, huésped amable de nuestras almas y refrigerio suavísimo para disipar las ardorosas ansias del corazón.

¡Ven, oh Espíritu! etc.—*Padre nuestro*.—*Ave María*, y—*Gloria*, etc.

VII. Os bendecimos, alabamos y adoramos con todo el corazón, oh Espíritu Santo, reposo suspirado y tiernísimo en nuestros trabajos, refrigerante asilo en los abrasadores incendios del alma, y consuelo el más eficaz en la tribulación.

¡Ven, oh Espíritu! etc.—*Padre nuestro*.—*Ave María*, y—*Gloria*, etc.

ORACIÓN Á LA MADRE SANTÍSIMA DE LA LUZ.

¡Oh María, Madre Santísima de la Luz! Con todo el afecto de nuestra alma damos gracias á Dios nuestro Señor, porque Os ha hecho tan grande; á aquel Dios único y altísimo, que es santo por naturaleza y se ha complacido en derramar sobre Vos todos los tesoros de su gracia. Gracias rendimos á Dios Hijo, porque no permitió que, después de haberos redimido de una manera nobilísima y elegido para Madre suya, de la cual había de nacer hecho hombre para redimir y salvar á nuestro desventurado linaje, fueseis en tiempo alguno reducida á indigna servidumbre: sino que quiso que, pues habíais de ser ministra felicísima de nuestra redención, obtuvieseis en vuestra misma Concepción Immaculada el fruto preciosísimo de aquella. Incensantes gracias tributamos también al Espíritu Santo, que, habiéndoos predeterminado para Esposa suya y sagrario de su divinidad, no permitió jamás fueseis hollada por el infernal enemigo: sino que, previniéndoos con multiplicadas bendiciones de gracias, alejó de Vos para siempre y por completo toda sombra de pecado.

Por esta inconcebible elevación, por este cúmulo incalculable de gracias, con que ya en el primer instante de Vuestra vida purísima habéis sido enriquecida, Os suplicamos, Madre piadosísima, que Os dignéis conseguirnos tierna é intensa devoción hacia el Espíritu Santo, vuestro divino Esposo; puesto que nos es tan necesario, que "*ni nadie puede confesar que Jesús es el Señor, sino por el Espíritu Santo*," como enseña el Apóstol. Poderosos auxilios necesitamos en nuestras cotidianas luchas contra los enemigos del alma, y estos auxilios que por vuestra maternal solicitud se nos distribuyen, de El proceden, como El mismo nos dice: "*la caridad de Dios ha sido derramada en nuestros corazones por medio del Espíritu Santo, que se nos ha dado*." Arraigue, pues, en nuestra alma, y cada día con mayores esfuerzos, esta devoción suavísima al Espíritu Santo; que donde El reina, allí está la verdadera libertad. Que su amor purísimo y vivificante santifique vuestras almas; y viviendo para El en este mundo, muertos por completo á nosotros mismos, con El y con Vos renememos por felices eternidades en el cielo.—Amén.

ALABANZAS Á LA MADRE SANTÍSIMA DE LA LUZ.

Alabámoste y bendecímoste, MADRE SANTÍSIMA DE LA LUZ, altísima y celestial *Sabiduría*, en la cual no ha habido nunca eclipses, ni ignorancias.—*Dios te salve, María*, etc.

Alabámoste y bendecímoste, brillante *Estrella del mar*, iluminada por el divino Sol de Justicia, Cristo nuestro Señor, é iluminadora de otros muchos, mer-

ced á los esplendores vivísimos de este soberano Sol.
—*Dios te salve, María, etc.*

Alabámoste y bendecímoste, *Sol* purísimo y abrasador, á cuya sola vista derritese el hielo de los corazones más endurecidos.—*Dios te salve, María, etc.*

Ave sole pulchrior,

Stella matutina,

Lilio floridior,

Rosa sine spina,

Cunctis amabilior,

Agris medicina,

Omnibus potentior

Mater et Regina.

(San Tarasio, Patriarca de Constantinopla.)

Salve, Virgen santa,
Más que el Sol brillante,
Matutina Estrella,
Lirio de los valles;
Rosa sin espinas,
Reina nuestra amable,
Medicina dulce,
Poderosa Madre.

J. V.

OBSEQUIO Á LA MADRE SANTÍSIMA DE LA LUZ.

Prepararse para celebrar las fiestas de María.—Santa Gertrudis oyó al Señor prometer que recibiría con singular agrado á los que se habían dispuesto para celebrar devotamente la festividad de la Anunciación

de la Santísima Virgen; y en otra ocasión vió bajo el manto de María un coro de hermosísimas doncellas, á quienes contemplaba con amor; las cuales eran obsequiadas por los ángeles, porque devotamente se habían preparado para esta solemnidad.

Novena dedicada á la Madre Santísima de la Luz.

Por la señal, etc.

ACTO DE CONTRICIÓN.

Señor mío Jesucristo, Dios y Hombre verdadero, Creador, Padre y Redentor mío, por ser Vos quien sois, y porque os amo sobre todas las cosas, á mi me pesa, de lo íntimo del corazón me pesa de haberos ofendido. ¡Oh Jesús, Sol divino de salvación! Bañad con los rayos de vuestra esplendorosa luz lo más íntimo de mi alma, y perdonad mis muchos pecados, para que, desapareciendo la noche de la culpa, brille para mí el deseado día de la gracia. Propongo firmemente, con vuestra divina gracia, no volver á ofenderos en adelante, y espero me ayudaréis con vuestros poderosos auxilios para ser vuestro con fidelidad hasta el fin de mi vida.—Amén.

ORACIÓN PARA TODOS LOS DÍAS.

¡Oh María, Madre Santísima de la Luz! ¡Llena de gracia, gloria de nuestra naturaleza, alteza más sublime que las celestiales Potestades! Vos sois el Arca

ced á los esplendores vivísimos de este soberano Sol.
—*Dios te salve, María, etc.*

Alabámoste y bendecímoste, *Sol* purísimo y abrasador, á cuya sola vista derritese el hielo de los corazones más endurecidos.—*Dios te salve, María, etc.*

Ave sole pulchrior,

Stella matutina,

Lilio floridior,

Rosa sine spina,

Cunctis amabilior,

Agris medicina,

Omnibus potentior,

Mater et Regina.

(San Tarasio, Patriarca de Constantinopla.)

Salve, Virgen santa,
Más que el Sol brillante,
Matutina Estrella,
Lirio de los valles;
Rosa sin espinas,
Reina nuestra amable,
Medicina dulce,
Poderosa Madre.

J. V.

OBSEQUIO Á LA MADRE SANTÍSIMA DE LA LUZ.

Prepararse para celebrar las fiestas de María.—Santa Gertrudis oyó al Señor prometer que recibiría con singular agrado á los que se habían dispuesto para celebrar devotamente la festividad de la Anunciación

de la Santísima Virgen; y en otra ocasión vió bajo el manto de María un coro de hermosísimas doncellas, á quienes contemplaba con amor; las cuales eran obsequiadas por los ángeles, porque devotamente se habían preparado para esta solemnidad.

Novena dedicada á la Madre Santísima de la Luz.

Por la señal, etc.

ACTO DE CONTRICIÓN.

Señor mío Jesucristo, Dios y Hombre verdadero, Creador, Padre y Redentor mío, por ser Vos quien sois, y porque os amo sobre todas las cosas, á mi me pesa, de lo íntimo del corazón me pesa de haberos ofendido. ¡Oh Jesús, Sol divino de salvación! Bañad con los rayos de vuestra esplendorosa luz lo más íntimo de mi alma, y perdonad mis muchos pecados, para que, desapareciendo la noche de la culpa, brille para mí el deseado día de la gracia. Propongo firmemente, con vuestra divina gracia, no volver á ofenderos en adelante, y espero me ayudaréis con vuestros poderosos auxilios para ser vuestro con fidelidad hasta el fin de mi vida.—Amén.

ORACIÓN PARA TODOS LOS DÍAS.

¡Oh María, Madre Santísima de la Luz! ¡Llena de gracia, gloria de nuestra naturaleza, alteza más sublime que las celestiales Potestades! Vos sois el Arca

santa, que nos salvó del diluvio del pecado; árbol bellísimo de vida y Libro escrito por Dios, que anuló el testamento funestísimo del primer padre; Vos; la agradabilísima primavera que sucede al invierno de la tristeza y á la triste noche del pecado, y restituís al mundo, por nuestra dicha, el día de la piedad y el vivificante calor del Espíritu Santo. Por todas partes y en toda la extensión de los siglos resuenan los aplausos de las entusiastas felicitaciones que se dirigen, al ver que brota en suelo estéril una Rosa fragantísima, que con su olor embalsama la tierra y disipa el más leve vestigio de prevaricación. Muchas son las hijas que han acumulado tesoros de espirituales gracias; pero Vos, Virgen purísima entre las vírgenes, las habéis sobrepujado á todas.

Vos sois el trono de la divina piedad, en que el divino Jesús ejerce pacífica jurisdicción sobre la tierra; porque, en atención á vuestros méritos é intercesión poderosa concedes luz á los ciegos, reposo á los que se sienten fatigados por los incesantes trabajos de la vida, salud á los enfermos, abundancia á los necesitados, seguridad á los tímidos, la fe entre los amigos, la paz entre los enemigos, certeza en las dudas, consejo en el error, apoyo en los más recios combates, consuelo en las pruebas más duras, refugio en las penalidades del destierro, puerto en los horrores del naufragio, sabiduría en la ignorancia, exaltación en la humildad, gracia á los que en el camino de la virtud comienzan y adelantan, y gloria y corona á los que fieles y triunfantes perseveran hasta el fin.

Oíd, pues, Madre piadosísima, la humilde súplica que en estos nueve días Os dirijo, rogándoos me al-

cancéis del Señor luz para conocerle, y gracia y fortaleza para servirle, y el favor que os pido en esta novena, si es para mayor gloria de Dios, honor vuestro y bien de mi alma.—Amén.

Aquí se hace la petición de la gracia, que se desea conseguir en esta Novena.

ALABANZAS Á LA MADRE SANTÍSIMA DE LA LUZ.

Dios te salve, María, MADRE SANTÍSIMA DE LA LUZ, Estrella la más brillante después del divino Sol de Justicia, y elevada sobre los demás seres superiores de la creación, para guiarlos con la luz de tus celestiales ejemplos y atraer á los extraviados con la misteriosa influencia de la gracia.—*Dios te salve, María, etc.*

Dios te salve, *Sabiduría* amabilísima, objeto de suavísimo encanto para los encumbrados querubines, que conduces al justo por caminos rectos y le muestras el reino de Dios.—*Dios te salve, María, etc.*

Dios te salve, clarísimo Sol, que iluminas las inteligencias alcanzándoles el verdadero conocimiento de las cosas celestiales, y enciendes los corazones con ardorosos afectos de purísimo amor.—*Dios te salve, María, etc.*

ORACIÓN PARA EL PRIMER DÍA.

Oh María, Madre Santísima de la Luz! Candelabro purísimo, siempre iluminado por el esplendor indeficiente del mismo Dios, que habéis ahuyentado del mundo las tinieblas de la muerte, recreándole

con la luz purísima de la eterna vida! A Vos recurrimos hoy, ansiosos de librarnos de una de las causas más funestas y más eficaces de la muerte del espíritu, del asolador influjo de la concupiscencia, que es desordenado apetito de cosas caducas y terrenas; como que *"todo lo que hay en el mundo, es concupiscencia de la carne, concupiscencia de los ojos, y soberbia ó orgullo de la vida,"* según nos enseña el evangelista San Juan. Es una de las consideraciones más dolorosas, la de los incalculables estragos que por todas partes causa en las almas ese germen infeliz de corrupción y de pecado: porque verdad ciertísima es *"que los sentidos y pensamientos del corazón humano están inclinados al mal desde su niñez;"* y de aquí *"las riñas y pleitos"* entre los hombres; y por todas partes las pasiones, más ó menos embravecidas, causa de luchas incesantes en lo más íntimo del corazón. Por eso, Vuestro divino Esposo, el Espíritu Santo, nos excita á que le pidamos con empeño la represión de esa fuente de pecado, con estas palabras: *"Quita de mí la intemperancia de la gula, y no se apoderen de mí los apetitos de la sensualidad; ni quieras entregarme á un ánimo inercial y desenfrenado."*

Apíadnos, pues, de nuestra fragilidad y miseria, más peligrosa todavía en fuerza de los recios ataques de esa triple concupiscencia y de los desenfrenados escándalos y elementos de inmoralidad, que por todas partes nos cercan. Conseguídnos de Vuestro divino Hijo gracia poderosa, con que incesantemente luchemos y vencamos, recordando constantes y animosos que *"los que son de Jesucristo tienen crucificado su propia carne con los vicios y las pasiones."* De este

modo, libres de esas cadenas pesadimas, y ágiles para hacer en todo la divina voluntad, moriremos felices en la paz del Señor y con la protección Vuestra, para vivir eternamente dichosos en el cielo.—Amén.

LA MADRE SANTÍSIMA DE LA LUZ,
BELLÍSIMO ARCO IRIS EN FAVOR DE LOS HOMBRÉS.

Refiérenos el evangelista San Juan, en su inspirado libro del Apocalipsis, una visión maravillosa: *"Yo miré, dice Él, y he ahí un caballo blanco, y el que le montaba tenía UN ARCO, y diósele una corona, y salió victorioso para continuar las victorias."* Este arco de tan prodigiosa eficacia, dice San Alfonso de Ligorio, es figura de la Santísima Virgen, constantemente intercediendo ante la divina Justicia en favor de los infelices pecadores. "María, observa San Bernardino de Sena, es el Arco iris, constantemente colocado en las nubes del cielo para alejar la muerte;" porque Ella es la que nos ha dado á Aquel, que, en frase del Apóstol, es *"nuestra paz, y el que de los dos pueblos, Judo y Gentil, ha hecho uno, rompiendo, por medio del sacrificio de su carne, el muro de separación, esa enemistad que los dividía."*

La misma celestial Señora, en una de sus revelaciones á Santa Brígida, le decía: "Yo he conocido con la mayor claridad la fe católica, que mi divino Hijo ha enseñado con sus predicaciones á todos los que aspiran á ir al cielo. Yo domino el mundo por mis continuas plegarias; así como el arco iris, cuando aparece en las nubes, inclínase hacia la tierra y la toca por sus dos extremos; así yo, arco iris en el

celestial paraíso, inclinóme hacia los que viven sobre la tierra, influyendo con mi intercesión en los buenos y en los malos. Porque, me abato hasta los buenos, para que sean fieles y observen con perseverancia lo que prescribe la santa Iglesia; y desciendo hacia los malos, para que se conviertan de su mala vida."

Como en el firmamento, desde la promesa hecha por Dios nuestro Señor al patriarca Noé, el arco iris es consoladora memoria de aquella antigua alianza entre Dios y los hombres; así la mediación de este bellissimo y animado Arco iris en el Empíreo, es venturosa garantía y segurísima señal de la paz que conquista para nuestras almas. Con mucha razón la apellidan unánimes los Santos Padres la reguladora del mundo, el ángel de la paz, el propiciatorio de toda la tierra y la mediadora en favor de los hombres. Y así se nos aparece en esa su bellissima Imagen la Madre Santísima de la Luz, mil veces más hermosa y brillante que el arco iris, como sumergida en deslumbrador océano de celestial claridad, brindando con la divina reconciliación y la paz del alma á los pecadores, y arrancándolos con clemencia amabilísima á los engañadores goces del pecado y á las mortíferas garras del infernal dragón.

"Salid, almas venturosas, dice el devotísimo P. Poiré, y subid en espíritu hasta el cielo, ó, al menos, hasta la región del aire. Allí veréis un arco iris bellissimo, que encadenará con dulce encanto vuestros ojos, y en él veréis una perfecta Imagen de la Reina de la paz, que es la gloriosísima Virgen María. Porque, si el arco iris es maravilloso efecto del Sol, la

Inmaculada Madre de Dios es Hija del divino Sol de justicia y de la gracia, que es la única maravilla del mundo. Si el iris brilla con la variación de hermosos colores, María resplandece en toda clase de virtudes. Allí veréis el blanco de la virginidad, el color purpúreo de la caridad, el azul de la devoción, el anaranjado de la compasión maternal, el verde color de la esperanza, en una palabra, todas las virtudes de que está con tan graciosa profusión adornada, como dice el Real Profeta: "*A tu diestra está la Reina con vestido bordado de oro, y engalanada con varios adornos.*" ¡Oh celestial Arco iris, Madre Santísima de la Luz! ¡Arco fortísimo, poderoso é inexpugnable! Iluminad nuestras almas y defendednos con vuestra prodigiosa virtud, para que, viendo con claridad los peligros y los obstáculos que encontramos en el camino del cielo, los evitemos vigilantes y esforzados, para llegar victoriosos al puerto felicísimo de la gloria!

EJEMPLO.

Muchos son los beneficios que suficientemente acreditados se refieren, otorgados por Dios nuestro Señor en obsequio de la Santísima Virgen, bajo la amable advocación de la Madre Santísima de la Luz. Unas veces aplica el Señor su poderosa virtud al aceite de las lámparas que arden ante la preciosa imagen de la Madre Santísima de la Luz; otras, á las mismas estampas que representan en tan amable actitud á nuestra purísima y celestial Protectora; y con frecuencia se ve que Su divina Majestad se dig-

na obrar grandes maravillas en favor de los que á la Madre Santísima de la Luz ofrecen confiados y devotos velas encendidas.

Hallábase gravísimamente enferma en la ciudad de Palermo, en 1736, la Sra. Doña Teresa Syellio; habíamla desahuciado los médicos, y por instantes se temía su muerte. Instáronla á que se encomendase con viva fe á la Madre Santísima de la Luz, cuya imagen se hallaba expuesta á la pública veneración en la Iglesia del Colegio de San Francisco Javier. Hizolo la enferma, encargando se encendiesen ante la bellísima Imagen algunas velas de cera; y á los tres dias se sintió completamente sana.

*Felix coeli porta
Unde pax est orta,
Illic nos reporta
Ubi semper es.
Tecum collaetemur,
Sanctis commoremur,
Christo sociemur
Qui redemit nos.*

*Tibi laudem toto
Corde, voce, voto,
Quimo devoto
Omne canal, ox.
Amén.*

Puerta dichosa del cielo
De donde la paz brotara,
Al cielo donde tú vives
Lleva, oh Reina, nuestra alma

Que gocemos con los santos
Tu presencia soberana
Y la de Cristo tu Hijo
En la celeste morada

Que cuanto el hombre es y tiene,
Corazón, deseos, alma,
Lengua, ocupe, oh Madre tierna,
En cantar tus alabanzas.

J. V.

OBSEQUIO Á LA MADRE SANTÍSIMA DE LA LUZ.

Bendecir á la Santísima Virgen en sus purísimos y virginales miembros; Su seno purísimo, en que hospedó durante nueve meses á aquella infinita Majestad, que no cabe en los cielos ni en la tierra. Su Inmaculado Corazón, santuario de principalísimos misterios de nuestra fe. Su pecho virginal, que alimentó al que sustenta á todos los vivientes. Sus manos sacratísimas, que tantas veces envolvieron y fajaron al Creador del universo. Su regazo sacratísimo, en que tantas veces reposó el que es descanso y gloria cumplida de los bienaventurados. Sus purísimos labios, que con tanta frecuencia tuvieron la dicha de imprimir las más suaves y santas caricias en el divino semblante de Jesús. Sus brazos sacratísimos, que tantas veces sostuvieron al que con tres dedos mantiene la máquina admirable del universo.—De esta manera solía saludar á María el Brato Herman; y Ella, en premio, hizo desaparecer el impedimento que el santo tenía en la lengua; para que por las regiones de Polonia y Alemania pudiese predicar el santo Evangelio

y publicar las grandezas de la Virgen Inmaculada.

Ant. Celebremos con alegría la maternidad de la bienaventurada siempre virgen María.

V. Bendita Tú eres entre todas las mujeres.

R. Y bendito es el fruto de tu vientre.

ORACIÓN.

Oh Dios, que habéis querido que vuestro Verbo tomase cuerpo humano en el seno purísimo de la Bienaventurada Virgen María, en el instante en que el ángel le anunció este inefable misterio; concedednos que, honrando á la que veneramos como verdadera Madre de Dios, seamos de Vos favorecidos por medio de su poderosa intercesión. Por el mismo Jesucristo nuestro Señor.—Amén.

DIA SEGUNDO.

Por la señal, etc.

Señor mío Jesucristo, etc.

ORACIÓN PARA TODOS LOS DÍAS.

¡Oh, María! etc.

(*Petición, etc.*)

ALABANZAS Á LA MADRE SANTÍSIMA DE LA LUZ.

Dios te salve, MADRE SANTÍSIMA DE LA LUZ, fúlgida Estrella, cuyos esplendorosos rayos jamás perdieron su vivísima claridad, porque tu integridad maravillo-

sa nunca ha estado sujeta á la menor sombra de corrupción.—*Dios te salve, María, etc.*

Dios te salve, saludable y altísima *Subiduria*, que "no se halla en la tierra de los que viven en delicias."

—*Dios te salve, María, etc.*

Dios te salve, *Sol* benignísimo, del cual ha dicho el Espíritu Santo: "*Nunca jamás se pondrá tu Sol!*" porque Tú no tienes ocaso para nosotros, si por el pecado no nos resistimos á la benéfica influencia de tu luz purísima y de tu vivificante calor.—*Dios te salve, María, etc.*

ORACIÓN.

¡Oh María, Madre Santísima de la Luz! ¡Vara maravillosa, de la que floreció la bendición de la Vida, que puso venturoso fin á la maldición de la muerte! ¡Libro elegantísimo, escrito con el dedo del divino Verbo, en el cual destruida la escritura de ominosa esclavitud, se consignó nuestra verdadera y eterna libertad! ¡Esplendoroso trono del mismo Dios, fuente sellada del Espíritu Santo, y nube lucidísima, que hace llover sobre la tierra celestial rocío! ¡Lluvia constante de poderosa gracia necesitan nuestras almas, para no caer á los furiosos embates de la tentación, que tan á prueba pone en muchas ocasiones la fidelidad nuestra á Dios nuestro Señor. Cierto que la tentación, cuando á ella nos sobreponemos, es ventajosa; porque como nos enseña vuestro divino Esposo, "*Quien no ha sido tentado ¿qué es lo que puede saber? El varón experimentado en muchas cosas, será muy reflexivo.*" Pero ¡ay, Madre amabilísima! que, por nuestra culpable negligencia, la tentación á

veces nos aturde, nos arrolla y nos enloquece; y en esos momentos trisísimos que por falta de vigilancia no preveníamos, fácil es la caída, desdicha incomparable que á tantas almas ha perdido para siempre. Por eso nos recomienda diligencia tan esmerada el apóstol San Pedro, cuando dice: *"Sed sobrios, y estad en continua vela; porque vuestro enemigo el diablo anda girando como león rugiente á vuestro alrededor, en busca de presa que devorar."*

Con vuestro maternal auxilio no por eso desconfiamos; porque sabemos que la tentación es patrimonio de la espiritual milicia, que forma el carácter de vuestros siervos, mientras vivimos sobre la tierra; y no hay motivo para que nos imaginemos ser de más ventajosa condición que el Apóstol, el cual no vacilaba en confesar de sí propio: *"Para que la grandeza de las revelaciones no me dexanecese, se me ha dado el estímulo ó aguijón de mi carne que es como un ángel de Satanás, para que me abofetie."* Pero, para salir victoriosos en tan frecuentes y peligrosos combates, menester es, Madre piadosísima, que nos consigáis un rayo de esa vivísima luz, que, como luminoso mar, por todos lados os circunda, y que fortalezcáis con celestial vigor nuestro corazón, para que, fieles á la gracia entre las peligrosas tentaciones de esta vida, merezcamos hacernos dignos de aquella divina promesa: *"Al que venza, yo le daré á comer del árbol de la vida, que está en medio del paraíso de mi Dios."* Así sea.

LA MADRE SANTÍSIMA DE LA LUZ, AURORA FELICÍSIMA
EN FAVOR DE LOS HOMBRES.

Nuestra Madre Santísima es el camino por el cual se derrama sobre la tierra la luz del cielo; la senda por donde la abrasadora llama del divino amor inflama los corazones de los fieles. Por eso la reconoce la santa Iglesia como *"resplandeciente Puerta de la luz."* Es para nosotros aurora felicísima, porque viene á mediar con éxito sobre manera dichoso entre Dios y el hombre. Siglos hacía, que divinamente inspirado había dicho á Dios el Real Profeta: *"Tuyo es el día, y tuya es la noche; tú creaste la aurora y el Sol."* El día es la vida del justo, y la noche la vida del pecador. Para defender á su pueblo escogido, durante el día, de los abrasadores rayos del sol, entre éstos y aquel interponía el Señor una gigantesca columna de espesas nubes, y con otra columna de fuego le iluminaba entre las densas tinieblas de la noche; porque como nube benéfica protege siempre á las almas justas, y á los impíos los consume como fuego devorador. Es respecto de éstos aquel temible Sol, de que habla el sagrado libro del Eclesiástico, diciendo: *"Sol que abrasa tres veces más los montes, vibrando rayos de fuego!"* Y rayos asoladores vibra tres veces sobre los montes del siglo, que son los pecadores orgullosos endurecidos, devorándolos con gradual severidad en este mundo, en el juicio y en el infierno. Felizmente, entre Dios y los desgraciados pecadores, entre el eterno día y la noche de la culpa, luce bellísima y generosa la brillante Aurora. María, Madre Santísima de la Luz; y uno de tantos testimonios de esta

maternal protección, es el haberse dignado descender desde lo alto del Empíreo hasta la ciudad de Palermo, para dejarnos, por nuestra dicha, ese retrato preciosísimo, en que tan al vivo se representa su acitud hermisima de decidida y celestial Mediadora.

Es María aquella Puerta oriental, á que se refiere el profeta Ezequiel, cuando dice: *"La puerta del atrio interior que mira al Oriente estará cerrada; . . . mas el día del sábado se abrirá . . . y entrará el Príncipe . . . el divino Sol de justicia, que viene, precedido de aquella bellissima y celestial Aurora, á iluminar á los que yacen abatidos en la oscuridad de las tinieblas y en la sombra de la muerte. Y este es el caso mil veces venturoso, vaticinado siglos antes por Isaías, al decir: "El pueblo que andaba entre tinieblas vió una gran luz; amoteó el día á los que moraban en la sombra región de la muerte." Porque, aunque el primer hombre, como observa San Pedro Damiano, fué creado á la luz del día, á imagen de Dios; desde que cayó en la culpa, vióse rodeado de tinieblas densísimas. Preciso fué que nuestra benéfica Aurora, la Madre Santísima de la Luz, elevándose sobre el horizonte de los siglos, nos trajese la consoladora promesa de la venida de aquel divino Sol, que debía hacer gozar al hombre de la hermosa luz en que había sido creado, y que, por desgracia, brillara para él tan breve tiempo. Entonces, dice San Gregorio Taumaturgo, viéronse los primeros rayos de la luz intelectual; entonces se descubrieron las fuentes de la sabiduría y de la inmortalidad. Entonces, nota San Germán de Constantinopla, apareciendo María como el hermoso astro de la noche, disipáronse las tinie-*

blas y llenóse el mundo de apacible claridad. Y entonces fué cuando esta amabilísima Aurora, llamada por San Gregorio el Magno la esperanza del Sol, elevóse serena sobre nuestro hemisferio, envuelta en un mar inmenso de luz, resplandeciendo con majestad deslumbradora y desterrando la densa oscuridad de los siglos. ¡Oh celestial Aurora, Madre Santísima de la Luz! Dignaos mediar con vuestra maternal intercesión entre el Sol divino de justicia y la oscura noche de mis pecados; iluminad mi alma y alegrad mi pobre corazón, para que, trabajando en santificarme mientras dura el día de vuestra gracia, merezca vivir en el día eterno de la gloria!—Amén.

EJEMPLO.

En Petralia Soprana, una señora de buena vida, atormentada día y noche por agudísimos temores de conciencia, é inquieta con la incertidumbre de haber cometido algún pecado grave que no hubiese confesado, recurrió confiada á la Madre Santísima de la Luz, rogándola se dignase recordarle los pecados ocultos, que como veneno escondido le despedazaban el corazón, ó librarla de aquellos horribles temores que la sumergían en tan extraña tempestad de dolorosas angustias. Accedió benigna á sus ruegos la Madre Santísima de la Luz; y á la noche siguiente la hizo ver con vivísima claridad un grave pecado que había cometido en su juventud y no había confesado todavía. Inmediatamente, después que amaneció, fué á postrarse arrepentida á los pies del confesor, de-

claró humilde y compungida su pecado, y gozó desde entonces apacible y suavisima tranquilidad.

*Plena luce gratiae,
Rutilans, decora,
Solem, tu justitiae
Præcipuis, aurora;
Tota pulchra specie
Fulges omni hora:
Noctem delinquentiae
Fugas, sine mora.*

(San Melodio, Obispo de Tiro y mártir.)

Aurora esplendente
Colmada de gracia,
Al Sol de justicia,
Naciendo, señalas.
Hermoso es tu rostro
Y hermosa tu alma,
De la culpa, al punto,
Las sombras rechazas.

J. V

OBSEQUIO Á LA MADRE SANTÍSIMA DE LA LUZ.

Invocar con frecuencia el Nombre Santísimo de María.—Una mujer japonesa, antes de ser cristiana, invocaba cada día ciento cincuenta veces el nombre de su idolo Amida; pero, recibido el bautismo, substituyó este nombre con los Nombres dulcísimos de Jesús y de María, despertándola para esto su santo Angel Custodio así como para pronunciar el nombre del idolo había solido despertarla el demonio.

“Los ángeles, decía la purísima Reina del cielo á Santa Brigida, llénanse de júbilo al oír mi Nombre, y dan gracias á Dios de que, por mi medio, gozan de la Humanidad sacratísima de mi divino Hijo; las almas del Purgatorio se consuelan al oírlo; y con él tiemblan los demonios.”

Ant. Celebremos con alegría, etc.

DIA TERCERO.

Por la señal, etc.

Señor mío Jesucristo, etc.

ORACIÓN PARA TODOS LOS DÍAS.

¡Oh, María! etc.
(*Petición, etc.*)

ALABANZAS Á LA MADRE SANTÍSIMA DE LA LUZ.

Dios te salve, María, MADRE SANTÍSIMA DE LA LUZ, Estrella clarísima y espléndida por tu hermosura, purísima é inmaculada por tu inocencia y virginidad.

—*Dios te salve, María, etc.*

Dios te salve, Sol esplendoroso y benéfico, en cuyo nacimiento quedamos iluminados con poderosa gracia, como alumbra con sus rayos al mundo el Sol astronómico al elevarse sobre el horizonte.—*Dios te salve, María, etc.*

Dios te salve, Sabiduría felicísima, á la cual amó siempre la Sabiduría increada, Cristo nuestro Señor, sobre toda grandeza y sobre toda hermosura.—*Dios te salve, María, etc.*

ORACIÓN.

¡Oh María, Madre Santísima de la Luz! ; Delicia de Dios Padre, tabernáculo de Dios Hijo y templo del Espíritu Santo! ; Señora llena de gracia, que con vuestra abundancia reanimáis á todas las creaturas! ; Alteza incomprendible, elevada sobre todas las Potestades y Dominaciones angélicas por vuestra humildad profundísima y vuestra singular abnegación! ; Cuánto dista de Vos nuestra miseria, no sólo por falta de grandeza, sino por sobre de presunción y de propia voluntad! Porque en el afecto de muchas de las cosas que queremos no nos mueven el deseo del honor de Dios, ni el bien de nuestros prójimos, sino nuestra propia utilidad y el propio capricho, con perjuicio, á veces, de la caridad y de la divina gloria. Dejámonos arrastrar con frecuencia de nuestros propios gustos, sin preocuparnos de atender al gusto y soberana complacencia de Dios nuestro Señor; y olvidámonos de que nacimos para vencerlos en nuestro querer, á fin de que en nosotros triunfe tan sólo el querer divino.

Ya desde los remotos tiempos de la creación se nos recuerda que *"nuestro apetito está á nuestro mandar, y en nuestro deber y nuestra voluntad está el dominarle."* Por desgracia, las frecuentes satisfacciones de la propia voluntad nos llevan no pocas veces muy lejos de la adorable voluntad de Dios, y esto en tal manera, que Su divina Majestad se ve como precisado á quejarse de nuestra ingratitude y temeraria rebeldía, exclamando: *"Ya desde tiempo antiguo quebraste mi yugo, rompiste mis coyundas, y dijiste: "No*

quiero servir al Señor." Y llevamos tan allá nuestra ceguera, que por algunos mezquinos obsequios que á Dios nuestro Señor ofrecemos, al mismo tiempo que contrariamos su voluntad adorable, parecemos que hay motivo para que nos complazcamos, y aun para esperar alguna recompensa. ; Cuando será, Madre piadosísima, que prácticamente nos desengañemos, penetrándonos del verdadero espíritu de nuestra santa Religión? Plegue al Señor que meditemos muy seriamente sobre estas palabras altísimas: *"¿Cómo es que hemos ayunado, y tú no has hecho caso; hemos humillado nuestras almas, y te haces el desentendido!, dicen estos siervos, descomedidos á Su divina Majestad. "Es, responde el Señor, porque en el día mismo de vuestro ayuno hacéis todo cuanto se os antoja."*

Conseguídros, pues, Madre Santísima de la Luz, que claramente entendamos la necesidad é importancia de desprendernos de nuestra propia voluntad, imitando á nuestro divino Maestro, que de sí mismo decía: *"No pretenda hacer mi voluntad, sino la de Aquel que me ha enviado."* Que esta razonable y justísima abnegación nos eleve sobre los afectos que hoy nos tiranizan, uniéndonos más estrechamente cada día á nuestro divino Dueño, para reinar con El y con Vos eternamente en la gloria.—Amén.

NUESTRA MADRE SANTÍSIMA,

LUZ É ILUMINADORA DE LOS HOMBRES.

Todos los Santos Padres y sagrados intérpretes aplican á la Santísima Virgen María aquella misteriosa visión que contempló San Juan desde la isla de

Patmos, y nos refiere en el Apocalipsis: "En esto apareció un gran prodigio en el cielo: Una mujer vestida del Sol, y la luna debajo de sus pies, y en su cabeza una corona de doce estrellas." Si, pues, María está revestida del Sol, sin duda que aparece resplandeciente de luz; siendo esta luz tanto más incomparable, cuanto que el sol que la viste no es el del firmamento, sino el Sol divino de la eternidad. Y claramente lo recuerda por el Real Profeta el Espíritu Santo, cuando dice: "Puso Dios especialmente en el sol su tabernáculo; y á manera de esposo que sale de su cámara, salta como gigante á correr su carrera." Este esplendoroso sol, en que el Señor colocó su tabernáculo, es el seno purísimo de María, de donde salió vestido ya de su Humanidad sacratísima para emprender animoso como gigante la grande obra de nuestra redención.

Brilla la celestial Señora, dice Barbier, con la triple luz de sobrenatural sabiduría, de la inocencia virginal y de su vida santísima. Y tanto brilla con esta luz sobrehumana, observa Santa Brígida, que ilumina á los mismos ángeles; los demonios no se atreven á contemplar tanta claridad; palidecen y tiemblan, y al esplendor purísimo de María prefieren las tinieblas, como que huyen constantemente de la verdadera luz.

Complácese la benignísima Virgen en iluminar al hombre en la tenebrosa noche del pecado; que las culpas con que ofendemos á Dios nuestro Señor son vapores densísimos, que oscurecen la hermosura del alma. Y entonces es precisamente cuando esta Madre, tiernísima, "como el lucero de la mañana entre tinieblas," se aparece para alumbrarnos con clarísima luz.

á fin de que alejándonos de las tinieblas del pecado, abramos los ojos á la lumbré saludable de la gracia.

María, dice San Bernardino de Sena, aparece revestida de un triple sol; del sol de amor, del sol de esplendor y del sol de gloria. Por ese sol de amor purísimo y ardiente, entrega del todo su immaculado Corazón á Dios nuestro Señor, amándole Ella sola más que todos los bienaventurados. Los labios del Profeta, observa San Bernardo, han sido purificados con el fuego del amor: en amor sientense también abrasados los serafines; pero mucha mayor ventaja les lleva la Santísima Virgen; pues no sólo ha sido tocada, sino revestida, y como inundada, de este sagrado fuego. Vístela el sol de esplendores purísimos en el cielo. Y la superabundancia de gloria en que rebosa su alma benditísima, alhuye también, para más embellecerla é iluminarla, á su purísimo cuerpo. "Vos sois, oh Madre mía amantísima, como la aurora que avanza serena y majestuosa, le dice su divino Hijo, según las Revelaciones de Santa Brígida. Vos brilláis más que todos los cielos, y vuestra luz sobrepuja á la de los ángeles. A Vos habéis atraído, por vuestra pureza y hermosura, al verdadero Sol, es decir, mi divinidad; de manera que viniendo á Vos y fijándose en Vos, con su calor dulcísimo habéis quedado abrasada en mi amor. Vos habéis sido iluminada con sus esplendores más que todas las creaturas. Disipáronse las tinieblas de la tierra, y por Vos han quedado brillantes los mismos cielos."

Oh Madre Santísima, Luz é Iluminadora de los hombres! Bañad mi alma de uno solo de esos rayos

vivimos, que me alumbré, regeneré y fortalezca para emprender animoso el camino del cielo.—Amén.

EJEMPLO.

Célebre en los anales de la ciencia Teológica fué el P. Tomás Sánchez, de la Compañía de Jesús. A los diez y seis años de edad pretendió ser admitido en ella; pero como no daba pruebas de aptitud para los estudios, se le despidió con cristiana benignidad. Sin desanimarse agude, como en otro tiempo, el P. Suárez, á la maternal protección de María, y postrado ante una de sus imágenes, protesta que no saldrá de aquella cápsula, hasta que la celestial Señora le conceda la gracia de poder adelantar, en los estudios. Muy pronto se siente como renovado; y desde entonces su inteligencia se desarrolla hasta el grado de descellar entre todos sus condiscípulos, por la brillantez de su ingenio, y escribir después obras notabilísimas que acreditan su ciencia extraordinaria. Agradecido constantemente á su celestial bienhechora, jamás llegó á la ciudad de Córdoba, que no vistase con amorosa ternura la sagrada Imagen de María, ante la cual se había verificado en su inteligencia cambio tan maravilloso. En la vigilia de las festividades del Señor y su purísima Madre ayunaba siempre á pan y agua; cuatro veces por semana, además del Adviento y de la Cuaresma, alimentábase solamente de legumbres y de frutas secas. Del ordinario, no comía más que una vez al día, á la puesta del Sol. Después de sesenta años de una vida laboriosa y austerísima, siempre fiel á la devoción de la Inmaculada Virgen

María, se durmió en el útero del Señor, adornado todavía con la inocencia bautismal.

*Maria, tu sideris
Instar luminosa:
Stella maris diceris
Mire radiosa,
Nonám nata crederis
Tota gratuita,
Spina carens veteris
Culpae coeli rosa.*

(San Melodio, Obispo de Tiro.)

Por la luz, María,
Que doquier derramas,
Del mar prodigiosa
Estrella llamada;
Rosa sin la espina
De la culpa aciaga,
No nacida aun, todos
Graciosa te aguardan.

J. V.

OBSEQUIO A LA MADRE SANTÍSIMA DE LA LUZ.

Rezar con devoción el Rosario ó corona de la Santísima Virgen.—A Santo Domingo de Guzmán aseguró la Purísima Señora que el Rosario sería abundante lluvia del cielo, que facilitaría copiosísimo fruto en las almas. En cierta ocasión en que rezó el Rosario Santa Gertrudis, vió á los pies de Jesucristo tantos granos de oro, cuantas eran las palabras que había proferido al rezarle; y que Su divina Majestad ponía aquel oro

en las manos de su Inmaculada Madre, la cual lo guardó diciendo á Gertrulís que la consolaria con otros tantos favores á la hora de su muerte.

Ant. Celebremos con alegría, etc.

DIA CUARTO.

ALBRE FLAMMAN
 Por la señal, etc.
 Señor mio Jesucristo, etc.

ORACIÓN PARA TODOS LOS DÍAS.

¡Oh, María! etc.
 (Petición, etc.)

ALABANZAS Á LA MADRE SANTÍSIMA DE LA LUZ.

Dios te salve, María, MADRE SANTÍSIMA DE LA LUZ, fulgida *Estrella*, que jamás has estado privada de la luz de la gracia, ni oscurecida con pecado alguno mortal, venial, ni original.—*Dios te salve, María, etc.*

Dios te salve, *Sabiduría* beneficentísima, por cuyo amor ha creado y conserva el Señor la tierra; pues tiempo hace que por sus culpas merecieran ser severísimamente castigados los homilres, si Tú no les hubieses alcanzado gracia con tu intercesión constante y poderosa.—*Dios te salve, María, etc.*

Dios te salve, *Sol* esplendoroso y singularísimo, que entre todas las creaturas no has tenido ni tendrás nunca semejante.—*Dios te salve, María, etc.*

ORACIÓN.

¡Oh María, Madre Santísima de la Luz! ¡Señora toda santa, Madre de Dios, la sola purísima en el alma y en el cuerpo! Vos sois la vestidura immaculada de aquel Señor altísimo, que camina cubierto de luz como de vestido; sin comparación más alta y más gloriosa que los querubines y serafines; y llena por completo de todas las gracias de la beatísima Trinidad. Tan admirable grandeza es en gran parte debida á vuestra singular abnegación; porque andaban en Vos como á porfía, Madre amabilísima, el empeño de Dios en exaltaros y vuestro constante esfuerzo en abatiros. ¡Ah, qué deplorable contraste entre ese perfectísimo desasimiento de Vos misma, con tan abrasadoras ansias de perpetuo sacrificio, y el desordenado amor que nosotros nos tenemos! ¡Vos, la más elevada grandeza después del Altísimo, menospreciándoos! ¡Y nosotros, tan miserables é ingratos, insoportables por tantos defectos y pecados, amándonos desordenadamente, y á veces aun con ridícula demasia! Consecuencia tristísima de este propio amor en nosotros, es la resistencia á someternos y obdecir á los superiores; el constante empeño en procurarnos comodidades, alabanzas y distinciones, huyendo con ingeniosas industrias del menosprecio y de la cruz; el deseo de temporales satisfacciones y ganancias; y de ser conocidos y exaltados; el ansia de consuelos sensibles; el impertinente recuerdo, jactancioso tal vez, del lustre de la familia, riquezas, amigos y posición social; en suma, el tenernos á nosotros mismos por fin, sin persuadirnos

en la práctica de que es Dios, y nada más que Dios, el que debemos tener constantemente por fin de toda nuestra vida, y centro de todas nuestras aspiraciones. ¡Que desgracia, Madre piadosísima, que á tales excesos nos arrastre el amor á nosotros mismos! Porque si todo el bien del hombre consiste en amar á Dios, el mayor mal del hombre debe consistir en amarse á sí propio y prescindir de Dios. ¡Ah! Con razón nos enseña vuestro divino Hijo que el que se ama desordenadamente, se perderá; y el Espíritu Santo nos asegura que *quien cria en el regalo desde la niñez á su siervo (que es el amor de sí mismo y la propia carne), después la experimentará continua.*"

Conseguídnos, pues, Madre amantísima, la gracia de que nos despojemos de nuestro amor propio, excitando en nuestro corazón el más sincero menosprecio hacia nosotros mismos, la resignación de todo nuestro ser en la voluntad de Dios, ferviente oración y mortificación continua, y, sobre todo, el verdadero amor de Dios, que venza con maravillosa eficacia el amor que á nosotros mismos nos tenemos. Así desasidos en la vida, mereceremos gozar perdurables riquezas en el cielo. Amén.

LA MADRE SANTÍSIMA DE LA LUZ,
REALETICA ESTRELLA EN FAVOR DE LOS HOMBRES.

Triste es la completa oscuridad de la noche; pero alegrá los ojos y el corazón el vivo y variado fulgor de las estrellas, que son, en frase de Migliorati, como las flores del firmamento, las perlas del cielo y las

pupilas del mundo. Entre todas ellas, una hay que las aventaja en claridad, y es la *Estrella de la mañana*, que disipa las sombras de la noche, sigue al Sol en su carrera y resplandece con luz más viva todavía, entre las nubes más densas. Tal es María, la Madre Santísima de la Luz.

La estrella es de la naturaleza del fuego, es brillante, despide rayos vivísimos, y luce durante la noche; propiedades todas, dice Barbier, que admiramos en la Santísima Virgen. Porque toda Ella abrássase en amor de Dios, como la maravillosa Zarza de Oreb, que ardia y no se quemaba; es brillante y espléndida, con razón comparada á la aurora, á la luna y al mismo sol; de Ella brotó aquel divino rayo, que ilumina á todo hombre que viene á este mundo; y constantemente resplandece en la tempestuosa noche del siglo y de las pasiones.

María, como observa San Bernardino de Sena, es comparada con la estrella á causa de su nombre, su elevación y sus operaciones. El nombre de estrella significa firmeza; y fija estaba María en su cielo, que es su divino Hijo; durante su vida, por la irradiación de sus virtudes; y después de su muerte, por compasión. Brillan las estrellas desde las alturas del firmamento; y mucho más alto resplandece con luz visísimá y majestad de reina esta celestial Señora, desde lo alto del Empíreo y la más próxima á su divino Hijo Jesús. De grande importancia aparecen las operaciones de la estrella; pero incomparablemente mayor es la de los beneficios con que al mundo favorece esta mística y bellísima Estrella, María. Porque si la estrella sirve de signo, signo consolador de

la suspirada redención del hombre viene siendo la purísima Virgen desde los tiempos del profeta Isaías: "El Señor, dice este al rey Acab, *os dará LA SEÑAL; sabed que una Virgen concebirá y dará á luz un hijo, y su nombre será Emmanuél, ó Dios con nosotros.*" Si brilla la estrella en la obscuridad de la noche; María disipa las tinieblas que envolvían la tierra y llena de consuelo á los descendientes de Adán, que con ardentísimas ansias la esperaban. En los labios de Ella pone el sagrado libro del Eclesiástico estas palabras: "*Penetraré todas las partes más hondas de la tierra, y echaré una mirada sobre todos los que duermen; é iluminaré á todos los que esperan en el Señor.*"

Si la estrella purifica la noche, suavizando la intensidad del frío, enrareciendo el aire y segregando de él partículas nocivas; María, desde aquella luctuosa época en que las tinieblas cubrían la tierra, y el error y la corrupción esclavizaban los pueblos, viene constantemente purificando el cielo y disipando las más densas tinieblas. De Ella se dice en el inspirado libro de la Sabiduría, que es "*como una exhalación de la virtud de Dios, ó como una pura emanación de la gloria del Señor omnipotente.*" Si la estrella vivifica, siendo como la causa de la vida del globo terrestre; María, árbol de verdadera vida, produce el fruto bendito, que viene á ser saludable alimento de nuestras almas, y destierra para siempre la muerte, dándonos perpetua y felicísima vida. Si la estrella limpia el globo terráqueo, mitigando el frío helado de la noche y protegiendo las producciones de la tierra; María, en medio de la iniquidad de este mundo, del cual, personificado en Jerusalén, decía Jeremías que "conservaba

fresca su malicia, como el agua se conserva fresca en la cisterna," reanima y enervortiza los corazones; porque es por excelencia aquella Mujer fuerte, de la cual dice el libro de los Proverbios: "*No temerá para los de su casa los fríos ni las nieves; porque todos sus domésticos traen vestidos aferrados.*" Y si la estrella adorna y alegra el firmamento, María es el más rico ornamento de los cielos.

María es preciosísima Estrella para los que navegamos en el proceloso mar de este mundo; mar peligrosísimo por sus nocivas emanaciones, sus encrespadas olas y sus engaños é inconstancia.

¡Oh María, Madre Santísima de la Luz! ¡Brillante Estrella, que lucas esplendorosa entre tinieblas y tempestades! Bañad de claridad suavísima mi alma, para que camine recta por la senda de la virtud hacia el cielo.—Amén.

EJEMPLO.

Fuente de vivísima luz para conocer el estado de nuestra alma, y la voluntad adorable de Dios nuestro Señor respecto de nosotros, para cumplirla, es el libro de los *Ejercicios espirituales*, escrito por San Ignacio de Loyola. De él se ha dicho con frecuencia y con mucha razón, que son incomparablemente más las almas que por él se han salvado, que las letras que contiene. Pues bien; ese libro de oro, más que de San Ignacio, es obra de la Santísima Virgen. En 1600, la gran sierva de Dios, Doña Marina de Escobar, hija espiritual del extático P. Luis de la Puente, de la Compañía de Jesús, sabiendo que los religiosos de este Instituto se recogen todos los años á

hacer los Ejercicios espirituales, deséo hacerlos también por sí misma, extremando su recogimiento en su propia casa. Hábialos comenzado ya, cuando una mañana vió con los ojos del alma acercársele un ángel con aspecto de grande majestad, el cual la dijo que era el arcángel San Gabriel, enviado por la Santísima Virgen para comunicarle algunas cosas de grande importancia. En su profunda humildad, temió Doña Martina no fuese aquella una ilusión y supercheria preparada por Satanás; y pidió al ángel que antes de oírle, le permitiese tratar este asunto con Dios nuestro Señor, como solia hacerlo en ocasiones análogas. Puesta en oración con vivísimo sentimiento de humildad y de confusión y representándole su indignidad y su miseria, le suplicó se dignase preservarla de todo lo que no fuese conforme á su divina voluntad. Mandóla Su divina Majestad que escuchase al Arcángel; y de rodillas, en actitud del más profundo respeto oyó que la decía en nombre de la Reina purísima de los cielos estas palabras: "Los Ejercicios que has determinado hacer siguiendo el método de la Compañía de Jesús, meditando en ellos sobre la grandeza de Dios y los infinitos bienes que El os procura por medio de Jesucristo, causan singular placer á nuestra Reina. Y quiere que yo te lo declare: Ella fué en alguna manera la Fundadora de los Ejercicios y conmina siendo su Patrona; Ella fué la que inspiró á San Ignacio el plan de ellos, y le ayudó á desarrollarlos; por Ella, pues, ha tenido principio esta obra; más aún, Ella ha pasado todo el tiempo de su vida mortal ocupada en estos santos Ejercicios."

*Ave, Virgo gratiosa,
Stella sol clarior,
Mater Dei gloriosa;
Favo mellis dulcor,
Rubicunda plus quam rosa,
Lilio candidior;
Tu es palde speciosa,
Cunctis speciosior.*

(San Pascasio Rathberti, monje.

Salve, de Dios Madre,
Rutilante Estrella
Que al Sol vences, deice
Más que miel hiblea.
Al lirio y la rosa
Tu matiz afrenta;
Tú vences á todos,
En gracia y belleza.

OBSEQUIO Á LA MADRE SANTÍSIMA DE LA LUZ.

Ofrecer á María las buenas obras que hagamos, y unirlas con las suyas y con sus heroicas virtudes, para la mayor gloria de Jesús y de su purísima Madre. Fué vista un día en forma de blanquísima paloma el alma de un estudiante en manos de la Santísima Virgen, la cual hijo la llevaba al cielo para recompensar lo que había trabajado en el estudio, no por conveniencia y honra propia, sino para gloria de Su divina Majestad. Santa Bustrasia, religiosa carmelita, vió momentos antes de su muerte á la Em-

peratriz augusta de los cielos, más resplandeciente y más bella que el Sol, la cual, mostrándole preciosísimas coronas, la dijo: "*Hé aquí el premio de las obras y fatigas, que tantos veces me has ofrecido.*"

Ant. Celebremos con alegría, etc.



Per la señal, etc.

Señor mío Jesucristo, etc.

ORACIÓN PARA TODOS LOS DÍAS.

¡Oh, María! etc.

(Petición, etc.)

ALABANZAS A LA MADRE SANTÍSIMA DE LA LUZ.

Dios te salve, María, MADRE SANTÍSIMA DE LA LUZ, Estrella brillantísima que iluminas el mundo con las ilustraciones de tu divino Hijo, eterno esplendor del Padre celestial, y le inflammas comunicándole el fuego del Espíritu Santo.—*Dios te salve, María, etc.*

Dios te salve, Espejo clarísimo de las vírgenes, en que se refleja la hermosura de la castidad.—*Dios te salve, María, etc.*

Dios te salve, místico Sol, formado por la Santísima Trinidad, para iluminar el mundo con la luz del perdón y de la misericordia, de la gracia y de la gloria.—*Dios te salve, María, etc.*

ORACIÓN.

¡Oh María, Madre Santísima de la Luz! Arca resplandeciente de la eterna alianza; gloria del Paraíso; obra maestra del Creador, que descuellas admirable sobre todas las creaturas! ¡Virgen bendita que has hallado gracia delante de Dios, y puedes todo cuanto quieres! El que quiera alabarte dignamente y el que teme no alabarte bastante, deben quedar siempre mudos; porque no es posible que labios humanos pronuncien jamás alabanzas dignas de Ti. ¡Pluguiese a Su divina Majestad que en estas alabanzas dulcísimas, aunque tan imperfectas, se empleasen constantemente nuestros labios! No tendríamos que lamentar tantos pecados contra la divina gloria y el honor del prójimo, en que con frecuencia se deslizan nuestras lenguas. Porque "*toda especie de bestias, de aves y de serpientes, y de otros animales se amansan, y han sido domados por la naturaleza del hombre; mas la lengua ningún hombre puede domarla,*" como de ello se queja con tanta razón el apóstol Santiago. Siendo la lengua instrumento nobilísimo, con el cual tanta gloria pudiéramos dar a Dios nuestro Señor, empleáse con harta frecuencia en ofenderle. Deslizase como anguila, penetra como saeta, arrebata los amigos, multiplica los enemigos, provoca disputas, siembra discordias, y con una sola palabra hiere y mata, despojando de la tranquilidad y de la honra a sus mismos prójimos. ¡Qué ofensas tan sensibles a Dios nuestro Señor, oh Madre amabilísima, y qué estragos tan funestos entre hermanos! Con razón se lamenta de ellos Tu divino Esposo, al decir: "*Bien-*

aventurado el que estuvo á cubierto de la mala lengua, ni experimentó su furor, ni probó su yugo, ni fué atado con sus cadenas; porque su yugo es yugo de hierro, y sus cadenas son cadenas de bronce.

Dignate pues, oh Madre Santísima de la Luz, dedicarnos sobre nosotros en abundancia, para que intinamente nos penetremos de la necesidad de refrescar y dirigir sabiamente nuestra lengua; porque "el hombre bueno del buen tesoro de su corazón saca cosas buenas; así como el mal hombre del mal tesoro las saca malas. Porque de la abundancia del corazón habla la boca." Que tengamos siempre presente que "en el mucho hablar no faltará pecado," y que "quien guarda su boca y su lengua, guarda de angustias su alma;" para que, dedicando nuestras palabras á acrecentar en lo posible la gloria de Dios y á edificar y favorecer á nuestros prójimos, nos hagamos dignos de cantar eternamente las divinas alabanzas en el cielo.—Amén.

LA MADRE SANTÍSIMA DE LA LUZ,
LUNA HERMOSÍSIMA EN BENEFICIO DE LOS HOMBRES.

Es la luna entre todos los astros la que más se parece al Sol, cuya luz refleja para iluminarnos durante la noche. Tal es María respecto del divino Sol de justicia en favor de nuestras almas: en ella se reflejan el poder y la gracia de la infinita majestad de Dios, y con tan abundante y vivísima luz disipa las tinieblas de la noche, aleja la aridez, y tristeza de nuestras almas, alientalas con el poder de la gracia, y nos descubre las estratagemas de los monstruos del infierno, sus maquinaciones, sus arterias y sus formidables proyectos para perdersnos.

María es, en frase del Espíritu Santo, "hermosa como la luna," y aparece siempre en todo su majestuoso esplendor. Hállase constantemente en su plenitud, porque de lleno la ilumina el eterno Sol llenándola de sabiduría y de verdad. No es extraño que, siendo tan poderosa y tan clemente, acuda pronta y benignísima en socorro de las necesidades de nuestra alma, sin preocuparse de cuáles son los méritos que tengamos para invocarla. Mejor dicho, para Madre tan bondadosa y tan clemente, la más grave y apremiante necesidad es el mejor título para invocarla; y suple con mucha frecuencia la falta de verdadero mérito.

En su bondad compárasele con razón á la luna; porque, como observa San Hildeberto, así como la influencia de la luna se hace sentir en los cuerpos más humildes de la tierra; así también, la clemencia de nuestra Madre Santísima de la Luz empléase en favorecerá todos los pecadores, por indignos que sean. Más rápido que el curso del sol, es para nosotros el de la luna; y con frecuencia sucede, como nota San Anselmo, que más pronto resultamos favorecidos invocando el nombre de María, que el de Jesús; disponiéndolo así Su divina Majestad, para que en Ella pongamos toda nuestra confianza, puesto que la gloria de tal Madre cede en gloria y alabanza del divino Hijo. Por eso nos exhorta Hugo de San Victor á que, si la majestad infinita de Dios nos hace temer, acudamos sin temor á María; purísima es, y sobremanera santa y venerable, Reina del universo y Madre de Dios; pero es hija de Adán, y creatura como nosotros, aunque Reina y gloria de todas ellas.

Como la luna aparece á nuestros ojos, después del

sol, el mayor entre todos los astros; así también la Santísima Virgen es la más grande y excelente de todas las creaturas. Por muchos elogios que de esta excelencia pudiéramos decir, jamás llegarían á igualar los que Ella por tantos títulos merece; y bien podemos asegurar con San Basilio de Selencia: "El que alabándote, Virgen sacrosanta, dijese debidamente de Ti todo lo más ilustre y glorioso, nunca errará del blanco de la verdad; y con todo eso jamás igualará la grandeza de tu dignidad con expresión alguna." Y es que, aunque creatura, nuestra Madre Santísima constituye por sí sola una jerarquía sublime, en la cual siendo inferior sólo á su divino Hijo, forma un estado inaccesible á toda otra creatura, y contiene en sí con incomparable exceso todo lo bueno y hermoso de todas las perfecciones creadas. "Por cierto se debe tener, dice San Bernardino de Sena, que la gloriosa Virgen Maria excede todos los órdenes angélicos, como que por sí sola llena y contiene un estado cabal y perfecto."

Pero Maria, aunque comparada por su belleza á la luna, tiénela á sus pies en aquella maravillosa visión del Apocalipsis. En sus distintas fases, y en su frialdad y lucidez, la luna representa los bienes terrenales, la amistad, el amor y la vana ciencia del siglo; razón hay para que la celestial Señora los tenga bajo sus purísimos pies, siendo todo esto tan variable, mezquino y perecedero. La Santísima Virgen dice de sí misma en el sagrado libro del Eclesiástico: "*Yo soy la Madre del amor hermoso.*" Y cierto, que ese bellísimo amor, el amor del supremo Bien no pasa, ni

perjudica; como perjudican muchas veces, y pasan siempre, los miserables amores del mundo.

¡Oh mística y bellísima Luna, Madre Santísima de la Luz! Bañadme, Os ruego, con esos rayos benignísimos de luz celestial, para que no yerre en medio de la obscuridad que envuelve los caminos de la vida, y llegue felizmente á los goces de la eterna patria.—Amén.

EJEMPLO.

A Maria, Madre Santísima de la Luz, deben los más notables oradores sagrados la maravillosa eficacia de su palabra.

El célebre predicador, *P. Zucchi*, de la Compañía de Jesús, era admirable por la facilidad con que en todas las ocasiones desempeñaba este laborioso ministerio y por los copiosos frutos espirituales que en él obtenía. Durante muchos años, el número de sus sermones elevábase á treinta y cuatro cada semana; oíanle con avidez y con asombro las clases todas de la sociedad, y su extraordinaria y arrebatadora elocuencia atraía á sus sermones á los Prelados, Cardenales, y aun al mismo sumo Pontífice Alejandro VII. Y, sin embargo, este hombre, que con la fuerza de su palabra conmovía y dominaba los más empedernidos corazones, era impotente para escribir un plan el más sencillo de cualquiera plática doctrinal. No podía escribir; pero sabía hablar con avasalladora y maravillosa elocuencia. ¿Cómo explicar fenómeno tan raro y sorprendente? Un día que estaba en oración, hizole oír Su divina Majestad estas palabras: "Hijo mío, yo te prometo que no te faltará jamás la

palabra en el púlpito, con tal de que, antes de subir á él, reces devotamente un *Ave María*, para honrar á mi Santísima Madre." Este era el secreto de la prodigiosa elocuencia del P. Zucchi.

*Ave, vas sinceritatis,
Lux lucens in tenebris.
Ave, sidus claritatis,
Luna sine nebulis;
Ave, templum Deitatis,
Virgo venerabilis;
Ave, forma venerationis,
Honor nostri generis.*

(San Pascasio Ratbert, monje).

Salve, limpio Vaso,
Luz de las tinieblas,
Astro luminoso,
Luna que no mengua;
Templo de Dios vivo,
Virgen, Madre excelsa,
Gloria de los hombres,
Tipo de belleza.

J. V.

OBSEQUIOS Á LA MADRE SANTÍSIMA DE LA LUZ.

Alegrarse de todo corazón de las altísimas prerogativas y perfecciones de María.—Esto enseñó. Ella misma á *Santo Matilde*, que deseaba con ansia hacer algo en que pudiese complacerla. Y esto hacia con entusiasta fervor *Carlos*, hijo de Santa Brígida, mercediendo por ello alcanzar victoria del demonio á la

nora de la muerte.—Con entrañable ternura decía una vez *Santa Brígida* á la Santísima Virgen: "*Señora, antes escogería yo no haber tenido ser en el mundo, que el que Vuestra purísima Majestad no hubiese venido á él, y no fuese Madre de Dios, y Reina del universo.*" A lo cual respondió la celestial Señora: "*Ten por seguro que María valdrá mil veces más á Brígida, de lo que Brígida se vale á sí misma.*"

Ant. Celebremos con alegría, etc.

DIA SEXTO.

Por la señal, etc.

Señor mio Jesucristo, etc.

ORACIÓN PARA TODOS LOS DÍAS.

¡Oh María! etc.

(Petición, etc.)

ALABANZAS Á LA MADRE SANTÍSIMA DE LA LUZ.

Dios te salve, María, MADRE SANTÍSIMA DE LA LUZ, *Estrella* brillantísima, que difundes en favor nuestro rayos de misericordia y de bondad.—*Dios te salve, María, etc.*

Dios te salve, *Especjo* fidelísimo, en el cual se refleja toda forma de grandeza y de virtud.—*Dios te salve, María, etc.*

Dios te salve, singularísimo *Sal*, luz de las creaturas, espejo del Creador, que á todas ellas excedes en belleza, en utilidad y en claridad, y las eclipsas con tu admirable lucir.—*Dios te salve, María, etc.*

ORACIÓN.

¡Oh María, Madre Santísima de la Luz! ¡Virgen bellísima, é Inmaculada Esposa de Dios, que, cubierta con vestido de oro á la derecha del eterno Rey, á nosotros, despojados de la gracia por haber gustado la fruta vedada, nos vestís con púrpuro traje, con el manto del divino perdón! Vos sois la feliz escala, apoyada en Dios, por la cual de nuevo suben los hombres al cielo; Vos contempláis sentado á la diestra de Dios Padre, al que llevasteis en vuestro seno purísimo y reclinasteis cariñosa en el pesebre. Por Vos ha logrado el hombre trozar las fuertes cadenas con que le ahorrjara el infernal enemigo, y ligar animoso con ellas á su tiránico vencedor. ¡Gracias mil sean dadas á la infinita majestad de Dios, por tantas que en su inmensa bondad se ha dignado concederos! Y á Vos, Madre Santísima, ¡mil felicitaciones las más expresivas, por ese amor tiernísimo con que siempre habéis correspondido á sus gracias! ¡Ah, si nosotros nos decidiésemos á amarle también sobre todas las cosas! ¡Si comenzásemos por distinguirmos en temerle! He aquí la gracia que hoy os pedimos, Señora; que nos consigáis entrañemos en lo más íntimo de nuestra alma el santo temor de Dios.

Desde hace muchos siglos nos lo está inculcando el Espíritu Santo: "*Temed al Señor*, nos dice, y *servidle con un corazón bien perfecto y sincero*." Y á este santo temor da tanta importancia Su divina Majestad, que con mucha frecuencia nos le recuerda con estas palabras de indiscutible oportunidad en todos los siglos: "*Al Señor Dios hayo temerás, y á El sólo ser-*

virás," advirtiéndonos de paso que esta preciosa virtud ha de probarse constantemente con las obras; porque "*quien teme á Dios, nada descuida*." Haced, pues, Madre piadosísima, que prácticamente fomentemos y acrecentemos en nuestra alma este santo temor, persuadiéndonos de la deformidad del pecado, expiando con digna penitencia y satisfacción los que hemos cometido; concibiendo propósito firmísimo de nunca más cometerle en adelante, por leve que parezca; procediendo con mucho cuidado y diligencia en todas nuestras acciones, como que estamos constantemente en la presencia de Dios; y despojándonos de todo humano temor, que pudiera debilitar de algún modo en nosotros esta indispensable virtud. Así, Madre amorosísima, os complaceremos y daremos gloria, en lo posible, á Vuestro divino Hijo, con el cual y con Vos reinemos por siglos infinitos en el cielo.—Amén.

LA MADRE SANTÍSIMA DE LA LUZ
ESPLENDIDÍSIMO SOL EN BENEFICIO DE LOS HOMBRES.

Meditando San Pedro Damiano sobre las razones, por las cuales en el sagrado libro de los Cantares se dice de la Santísima Virgen que es "*Escogida como el Sol*," dice que el Espíritu Santo no ha encontrado objeto alguno con que compararla, entre todas las creaturas materiales; porque la claridad del Sol es muy superior á la de la luna. Esta, aunque parezca debilitar por su esplendor la luz de las estrellas, no las hace desaparecer; mientras que el sol, con la fuerza poderosa de su luz eclipsa por completo los demás

astros. Tal es María, cuyos méritos, excelencias y prerogativas la exaltan sobre todos los ángeles y demás bienaventurados, de manera que, fuera de Dios, no hay más brillo y esplendor que el suyo entre todas las creaturas. A los ojos de Su divina Majestad aparece siempre tan hermosa, tan pura y tan perfecta, que no pudiendo, por decirlo así, contener los transportes de su purísimo amor, la dice: *"Toda tú eres hermosa, oh amiga mía, no hay defecto alguno en tí."* Nada son, comparadas con su sabiduría y hermosura, la hermosura y sabiduría de Judit, de la cual decían los asirios, como refiere el Espíritu Santo: *"No hay en el mundo mujer semejante á ésta en la gentileza, en la hermosura del rostro, ni en el hablar discretamente."* Nada significan tampoco la gracia y amabilidad de Ester, de quien aseguran las sagradas Letras que *"era de extremada hermosura é increíble belleza, y así parecía graciosa y amable á los ojos de todos."* Excediendo incomparablemente en virtudes, perfección y belleza á todas las creaturas, como en brillo y en calor excede el sol á los demás astros, no es maravilla que aun los mismos ángeles se muestren admirados de tanta sublimidad y grandeza, y se pregunten extáticos: *"¿Quién es esta que va subiendo cual naciente aurora, bella como la luna, brillante como el sol, terrible y majestuosa como un ejército formado en orden de batalla?"* Baste decir que el divino Rey la ama incomparablemente más que á todas las demás creaturas, pues la dice: *"Has herido mi corazón, oh hermana mía, esposa amada, has herido mi corazón con una sola mirada tuya, con una trenza de tu cabello."*

Y, ¿cómo no ha de transformarla en místico y es-

plendroso sol aquella adhesión estrechísima al soberano Bien, por vía de unión y como de transformación en él, que divinizaba todas sus acciones haciéndolas dignas de incalculable mérito? Aquellos celestiales ardores que constantemente inflamaban en amor purísimo hacia Dios su inmaculado Corazón, convertíanla en sol ardiente y abrasador, cuyas llamas de encendida caridad no hubieran podido emular los mismos serafines. Y entonces fué, como observa Barbier, cuando aconteció un prodigio nunca oído: este purísimo Sol, en medio de sus voraces ardores y de sus transportes más que seráficos, produjo otro Sol naciente, del cual dice el Salmista que, "como esposo que sale de su tálamo saltó como gigante á correr su carrera." Tal es el Verbo encarnado, verdadero Sol de justicia, *"Luz verdadera, que cuanto es de sí alumbrá á todo hombre que viene á este mundo."*

Con razón, como dice San Bernardo, se nos representa á María vestida del Sol; porque sumergida en aquella luz inmensa é inaccesible del mismo Dios, ha penetrado cuanto no es decible, en el abismo infinitamente profundo de la divina Sabiduría. Pero María es mucho más brillante que el sol, como enseña el Espíritu Santo en el libro de la Sabiduría: *"Es más hermosa que el sol, y sobrepuja á todo el orden de las estrellas; y si se la compara con la luz, se llevo mucha ventaja."* Por eso la llama San Juan Damasceno "Puerta de la vida y Fuente de la luz;" y San Epifanio, dulcemente conmovido ante tal grandeza y abundancia de celestial claridad, exclama: *"Yo os saludo, oh Virgen santa, Madre de la Luz eterna, de aquella luz que en el cielo ilumina la multitud de los ángeles,*

llena el ojo incomprensible de los serafines, facilita al sol sus espléndidos ardores y disipa las tinieblas del mundo. . . . Yo os saludo, Madre de la Luz que subió al Empíreo é ilumina los cielos y la tierra. Fuéronle infundidos á María las siete luces del Espíritu Santo, que son sus siete dones; y pueden aplicarse muy bien aquellas palabras de su divino Hijo: "*Yo soy la Luz del mundo; el que me sigue, no camina á oscuras, sino que tendrá la luz de la vida.*"

¡Oh Madre Santísima de la Luz! ¡Espléndido Sol, cuya luz á todos favorece! Iluminad mi alma, abrasad en divino amor mi corazón, para que, elevado sobre las naderías y cuidados de la tierra, aspire con todo mi ser á los bienes celestiales y eternos.—Amén.

EJEMPLO.

A la especialísima protección de la Inmaculada Virgen María, deben muchos de los verdaderos sabios la ciencia extraordinaria que los ha hecho célebres: Uno de ellos es el Padre Francisco Suárez, de la Compañía de Jesús, llamado por la extensión y profundidad de sus conocimientos, el Doctor Eximio. La incapacidad que al principio de su vida religiosa manifiestó para los estudios, pasóle en peligro de ser despedido de la Compañía ó relegado al humilde grado de Hermano Coadjutor, que él mismo pidió, persuadido de su insuficiencia, por no perder su vocación religiosa. Postrado un día ante una Imagen de la Santísima Virgen, le rogó encarecidamente hiciese bejilar en su alma, para gloria de Dios nuestro Señor, un rayo de celestial sabiduría. Y de pronto, el humil-

disimo Suárez, por touos considerado hasta entonces como inepto é incapaz para los estudios, sorprende á sus condiscípulos y maestros por su maravillosa facilidad de comprensión y la singularísima lucidez de su inteligencia. Muy pronto eclipsó con el brillo de su sabiduría á los hombres más sabios de su época, hasta el grado de que el mismo Sumo Pontífice quiso honrar alguna vez su extraordinario mérito, acudiendo á oír sus lecciones en la misma ciudad de Roma. Y, sin embargo, este sabio de primer orden se complacia en asegurar que daría gustoso toda su ciencia por un *Ave María* bien rezada. Para aclarar los misteriosos problemas de la Teología y encontrar satisfactoria solución en sus dudas, imploraba el auxilio de María, postrado ante su sagrada Imagen. Su devoción á la inmaculada Reina de los ángeles fué siempre tiernísima; á la defensa de sus glorias consagró una de sus obras más excelentes; y para celebrar la santa Misa en sus principales festividades, preparábase con dos horas de fervorosa oración.

Sola Virgo parens,

Omni labe carens,

Sidus semper clementis,

Angelorum lux.

Mater sole amictio,

Semper benedicta,

Tu virago invicta,

Tu salus dñi.

Caput arguis teris,

Raman pacis geris:

Esther tu videris

Quam non urget lex;

Oculo respexit,
 Corde prædilexit,
 Dextera protexit
 Te, coclorum Rex.

Virgen pura y Madre á un tiempo
 Exenta de toda mancha,
 Estrella que siempre brilla,
 De los ángeles luz santa.
 Madre, á quien el Sol ardiente
 Con su lumbré envuelve y baña,
 Mujer fuerte y bendecida,
 Vida, salud y esperanza.
 Tú llevas de paz el ramo
 Y nueva Ester no obligada
 A dura ley, la cabeza
 De la serpiente quebrantas:
 Con preferencia Dios puso
 En Ti su angusta mirada,
 Y te protegío amoroso
 Con su diestra soberana.

J. V.

OBSEQUIO Á LA MADRE SANTÍSIMA DE LA LUZ.

Troer siempre consigo una Imagen de la Santísima Virgen.—Tanto le teme Satanás, que prometió un día á un ermitaño no volver á tentarle más en materia muy delicada, como hasta entonces, con tal que quitase de su celdilla una imagen de la celestial Señora, que conservaba con grande veneración. Esperaba vencerle de otra manera, viéndole privado de

esta eficazísima devoción.—El emperador *Ludovico Pio* llevaba siempre consigo una Imagen de María; y cuando salía á caza, mientras los demás se divertían en ella, él se quedaba arrodillado ante la sagrada Imagen.

Ant. Celebremos con alegría, etc.

DÍA SEPTIMO.

Por la señal, etc.

Señor, mio Jesucristo, etc.

ORACIÓN PARA TODOS LOS DÍAS.

[Oh María, etc.]

[Petición, etc.]

ALABANZAS Á LA MADRE SANTÍSIMA DE LA LUZ.

Dios te salve, María, MADRE SANTÍSIMA DE LA LUZ, rutilante *Estrella del mar*, no sólo iluminada é ilustrada, sino vestida del mismo divino Sol.—*Dios te salve, María, etc.*

Dios te salve, *Espejo* intelectual del Esplendor del Padre, con cuyo brillo purísimo quedamos ilustrados de sobrenatural claridad.—*Dios te salve, María, etc.*

Dios te salve, espléndido *Sol*, que á los infelices pecadores que yacen en lamentable corrupción, con tus méritos y ejemplos los atraes al culto de tu divino Hijo y á la práctica de la virtud: como el Sol físico, elevándose sobre el horizonte, atrae con su calor las gotas del agua salada, para resolverlas en saludable rocío.—*Dios te salve, María, etc.*

ORACIÓN.

¡Oh María, Madre Santísima de la Luz! ¡Virgen Inmaculada, que fuisteis concebida por benedictio del Padre, por obra del Hijo y con la cooperacion del Espíritu Santo, que da la vida! El Padre os creó Hija predilecta suya, el Hijo os preparó para Madre suya purísima, y el Espíritu Santo os enriqueció, para que fueseis su castísima Esposa. Todos los hombres os bendicen, y por todas partes resuenan en vuestro obsequio perpetuas y tiernísimas felicitaciones, al ver que abre el Señor el animado Paraíso, que, por medio del germen vivificante que de El brota, restituye á la vida á los desventurados hijos de Adán, un día expulsados del Edén y condenados á muerte infelicitísima. En mal hora se dejaron arrastrar á la culpa nuestros primeros padres, engañados por las malignas sugerencias de la infernal serpiente; y agravaron, por desgracia, su delito resistiéndose á confesarle con sinceridad. ¡Pleguese á Dios que aleccionados por esos tristes sucesos, fueseis más cautos sus descendientes, evitando cuidadosos el pecado, y confesándole con integridad, contritos y sinceros, si tuviesen la desgracia de cometerle! Y esta desgracia ¡es tan frecuente! Porque, "si dijéremos que no tenemos pecado, nosotros mismos nos engañamos, y no hay verdad en nosotros," como nos hace observar el Espíritu Santo.

Urge, pues, Madre piadosísima, que, ya que somos reos de tantos pecados, reconozcamos con humildad nuestra miseria y nuestra malicia; que mucho peor sería encubrirlos con hipocresía abomina-

ble, exhibiéndonos como justos, entre los hombres, cuando en la presencia de Dios, que escudriña lo más íntimo de los corazones, aparecemos tan miserables ó indignos. Conseguidnos, pues, gracia, para que nos movamos con empeño á confesar con sinceridad nuestras faltas, recordando consolados aquella divina sentencia: "No te avergüences de decir la verdad cuando se trata de tu alma." Y con cuánta integridad la hayamos de decir, nos lo enseña con estas palabras el Espíritu Santo: "Derrama como agua tu corazón ante su presencia;" porque no dice que derramemos el corazón como se derrama el aceite; la sangre, la leche ó el vino, pues de éstos siempre queda algo de sustancia, de color, olor ó sabor; sino que le derramemos como agua cuando no queda ni una sola gota; porque "quien encubre sus pecados, no podrá ser dirigido." Plegue al Señor, y os lo pedimos, Madre amantísima, con toda el alma, que tengamos siempre gracia para confesar arrepentidos nuestras faltas, recordando para nuestro consuelo aquellas inspiradas palabras del evangelista San Juan: "Pero si confesamos humildemente nuestros pecados, fiel y justo es el Señor para perdonarnoslos, y lavarnos de toda iniquidad según su promesa!" Que de este modo purificada el alma, se una cada vez más á Dios nuestro Señor, para que llegue á reinar con El eternamente en el cielo.—Amén. (R)

LA MADRE SANTÍSIMA DE LA LUZ, DOTADA
DE CELESTIAL SABIDURÍA.

Desde la purísima é inmaculada Concepción de María habitó en Ella con muy especial complacencia la Santísima Trinidad, y en Ella vivió sustancialmente todo un Dios hecho Hombre, durante los nueve meses que permaneció como en riquísimo tabernáculo, en su seno virginal. ¿Qué conocimientos tan íntimos y elevados no enriquecerían el alma bendita de María en esta larga y estrechísima unión con Dios nuestro Señor! La sabiduría que le fué comunicada era tan sublime, que jamás la oscureció sombra alguna de error ni de ignorancia; siempre perseveró enriquecida con abundantes luces de la fe más perfecta y de una contemplación clarísima de las cosas divinas. Si esa fe altísima pudiera ser distribuida entre todos los hombres, bastaría á iluminarlos á todos ellos. ¿Con qué regaladísimas visiones no enriquecería el Señor este su celestial tabernáculo, en que por tanto tiempo descansó con dulcísimas complacencias, hipostáticamente unida su divinidad á la humanidad sacratísima! "Imaginad, dice San Bernardino de Sena, que todas las creaturas racionales se convirtiesen en otros tantos Apóstoles, tan santos é ilustrados como San Pablo. Pues todas sus altísimas contemplaciones no llegarían á la contemplación de la Virgen; porque aunque San Pablo fué vaso escogido de santidad, María fué vaso inmediato é inmensamente más capaz de la divinidad." Si los excesos y finezas del amor divino son tan grandes é inexplicables, aun en su trato suavísimo con almas,

en que á veces encuentra ingratitud, rusticidad é ignorancia, ¿cuáles serían las dulces complacencias y altísimas comunicaciones que mediarían entre Dios nuestro Señor y la Santísima Virgen, en la cual todo era plenitud de santidad, de luz, de amor y de perfectísima correspondencia? "María, dice San Jerónimo, en el creer era toda fe, en el conocer toda ojos, toda caridad en el amar, y en obrar toda virtud."

¿Cómo no había de poseer la más alta sabiduría esta celestial Señora, siendo Ella en cierto modo la Sabiduría misma? A Ella aplican los Santos Padres las maravillosas propiedades que á la sabiduría atribuye la sagrada Escritura. Compárala al agua, al río y al mar; porque el agua fecundiza la tierra, riega las plantas y apaga la sed; pero María riega las almas áridas, satisface á los que sienten sed de justicia, alegra los corazones, alimentalos con esperanzas y gocees suavísimos, los fecundiza para la práctica de buenas obras, los rejuvenece y vivifica.

Y ¡qué contrastes tan notables y consoladores entre la verdadera sabiduría de esta celestial Señora y el imprudente proceder de Eva! "Esta, dice Cornelio Alapide, seducida por su loco afán de independencia, déjase arrastrar al pecado que hace infeliz á su descendencia; María, preservada por su sabiduría, mereció ser elegida para cooperar á la salvación del género humano. Eva fué como espina emponzoñada, que punzando á Adán, causó su muerte é hizo penetrar el veneno del pecado en todos los individuos de la familia humana; María, Virgen prudentísima, es la Sede de la Sabiduría, como la llama la Santa Iglesia. Eva nos ha herido, clavándonos dardo mor-

tal; María nos ha salvado, arrancándole prudente y valerosa. Eva ha escuchado á la serpiente, y por eso ha entrado la muerte en el mundo; María, en su admirable sabiduría, ha escuchado al Angel, proporcionándonos así la vida verdadera. Eva, prestando oído á la voz de la serpiente, ha dado entrada en su corazón al demonio; María, asintiendo á las palabras del Angel, ha concebido al Verbo divino en su seno virginal. Eva comió, con el bocado prohibido, fruto de muerte, y muerte tristísima comunicó á todos sus descendientes; María, alimentándose del fruto de la vida, ha dado vida felicísima á los hombres. En fin: la locura de Eva todo lo había destruido; la sabiduría de María todo lo ha reparado.

Por la sabiduría de nuestra Madre Santísima se nos han abierto los tesoros de la gracia: Ella será la vida y la gracia de nuestra alma.

¡Oh, Madre Santísima de la Luz, dotada de tan abundante y celestial sabiduría! Dignaos derramarla en nuestros pensamientos, nuestras palabras, nuestros deseos y todas nuestras empresas, obras y aspiraciones, para que en todo seamos de Dios y le sirvamos siempre para su mayor gloria.—Apén.

EJEMPLO

Los hombres que más se han distinguido por su talento y su sabiduría, de ordinario han descollado también en devoción y afecto tiernísimo á la Inmaculada Reina de los Angeles. Esto acontece de una manera especial entre los eclesiásticos y en las Ordenes religiosas. Por lo que hace á la *Compañía de*

Jesús, el P. Juan Eusebio Nieremberg; dice lo siguiente: "Mírense cuáles hayan sido los escritores más insignes de nuestra Compañía en todos géneros de doctrina, y los hallaremos especialísimos devotos de esta Señora." Y cita como eminentes en *Teología escolástica* al P. Suárez; en la *Moral* al P. Sánchez; en la *Mística* al P. Alvarez de Paz; en la *Escritura sagrada* á los PP. Barradas, Manuel de Sá, Juan Fernández y Maldonado; en *Controversia* al Beato Canisio, y en *Lingüística y Erudición eclesiástica* al P. Francisco Torres.

Pero, estos y otros muchos sabios, como los PP. Salmerón, Toledo y Belarmino, emplearon gozosos en perpetuar las alabanzas y las glorias de María todos sus talentos y actividad; y sin hacer mención de los que se han esforzado en enaltecerla en muchos tratados teológicos, panegíricos y piadosos, cuéntanse más de dos mil doscientas obras escritas por religiosos de la Compañía de Jesús en obsequio de la Santísima Virgen. De ellas, noventa y dos tratan de su santísima Vida; doscientas seis de sus grandezas y privilegios; noventa y ocho sobre la liturgia de María; treinta y seis sobre sus Fiestas y Misterios; trescientas cuarenta y cuatro sobre su Inmaculada Concepción; doscientas setenta y cuatro sobre otras fiestas; ciento diez y siete acerca de devociones particulares, como Mes de María, Rosario, Escapulario, etc.; doscientas veintiséis sobre sus Congregaciones y Cofrades; cuatrocientas cincuenta y una sobre sus peregrinaciones, reliquias y milagros; y ochenta y dos nos representan la música y las bellas artes, puestas

al servicio de María. Estas dos mil doscientas obras están escritas en casi todas las lenguas que se hablan sobre la tierra; latín, castellano, francés, italiano, inglés, alemán, portugués, polaco, ruso, griego, flamenco, bobentio, ilirico, árabe, etc., sin exceptuar las lenguas tamil, china y del Tonkin.

*Ace maris stella,
Munda Dei cella.*

*Innocens puella,
Gratiarum ros.*

*Ace iustus portus,
Voluptatis hortus.*

*Ix quo est exortus
Deitatis flos.*

*Rosa sine spino,
Viola in pruinis.*

*Vitae medicina
Dulcis super mel.*

*Candida natura,
Primo Dei cura;*

*Tu columba pura
Quae non habes fil.*

Salve, rutilante Estrella
Del mar, de Dios limpia casa,
Niña de inocencia espejo,
Rocío y fuente de gracias;
Puerto abrigado y seguro,
Jardín de delicias castas,
De donde la flor divina
Pura y fragante brotara.

Rosa sin espinas, fresca
Vida nacida entre escarcha,
Medicina de la vida,
Dulce más que miel al alma,
Candor de la luz del cielo,
Por Dios sobre todo amada,
Hermosa entre las hermosas,
Y sin hel paloma blanca.

J. V.

ORSEQUIO A LA MADRE SANTÍSIMA DE LA LUZ.

Rogar por las Almas del Purgatorio, que en esta vida han sido más devotas de la Santísima Virgen.— Esto hacía Santa María Magdalena de Pazzi, y viéndolo en éxtasis un día las terribles penas que padecen aquellas Almas benditas, ofreció para su refrigerio la Sangre preciosísima de Jesús. Y esto es muy del agrado de María; la cual en una ocasión se dignó decir á Santa Brígida que Ella era la "Madre de las sumas almas del Purgatorio."

Ant. Celebremos con alegría, etc.

DÍA OCTAVO.

Por la señal, etc.

Señor-mío Jesucristo, etc.

ORACIÓN PARA TODOS LOS DÍAS

¡Oh María! etc.

(Petición, etc.)

ALABANZAS Á LA MADRE SANTÍSIMA DE LA LUZ.

Dios te salve, María, MADRE SANTÍSIMA DE LA LUZ, Estrella siempre rutilante, y siempre clara en la fe, que nunca puede padecer eclipse.—*Dios te salve, María, etc.*

Dios te salve, clarísimo *Especo*, por el cual han recibido vivísimos rayos de salvadora claridad los que yacían en las densas tinieblas del pecado, al contemplar reflejado en Ti al divino Sol de justicia.—*Dios te salve, María, etc.*

Dios te salve, incómito *Sol*, que con admirable caridad diriges la vida del justo, invitándole á progresar de virtud en virtud, como en constante progreso desde su nacimiento hasta su plenitud va iluminándonos el sol desde que aparece en el horizonte.—*Dios te salve, María, etc.*

ORACIÓN.

¡Oh María, Madre Santísima de la Luz! Virgen llena de toda gracia, la más hermosa de todas las creaturas, la única bendita entre los hijos de Adán! ¡Pura, é inocentísima paloma, en cuyo candor immaculado se deleita el Hijo del Altísimo; cándido lirio, cuyo purísimo aroma corren á aspirar ansiosos todos cuantos sienten germinar en su alma el amor á la pureza y las delicias de la castidad! ¡Madre Virgen, mil veces admirable, cuyo seno purísimo, consagrado como por divina unción, ha podido contener á Aquel á quien no puede abarcar la inmensidad de los cielos!..... ¡Oh, cuán feliz habéis sido en vuestra

santísima vida, al contemplar con tan dulce complacencia su Humanidad sacratísima, prodigándole, como amorosa Madre los más tiernos cuidados y los más gratos obsequios de purísimo amor! Por dicha nuestra, la misma oportunidad tenemos, aunque tan indignos, todos los hijos de la Iglesia, siempre que le recibimos dentro de nuestro pecho en la sagrada Eucaristía. ¡Ah! si en estas felices circunstancias nos esmerásemos en acogerle en nuestro corazón con las debidas disposiciones! Digna sois Vos de eternas alabanzas, por haberle llevado con tan delicada pureza y tan ardorosos extremos de finísimo amor en vuestro seno virginal. Nombre imperecedero goza el Bautista, por haber tenido la dicha de bautizarle; y sin embargo, rehusaba con humildad rendida tanta honra, y estremecíase al acercarse á la divina Majestad. Glorioso es desde hace siglos el sepulcro, en que reposó después de su muerte su cuerpo preciosísimo. Pues ¿cuántas no deben ser mi santidad y mi pureza, para recibir en mi corazón, no ya el cuerpo muerto del hombre Dios, sino la sagrada Humanidad y la Divinidad adorable del que vive ya, para nunca más morir, triunfador y glorioso por los siglos de los siglos?

Conseguídmeme, pues, Madre piadosísima, la gracia de concebir y acrecentar en mi alma el más tierno, humilde y delicado amor hacia la sagrada Eucaristía, para que me acerque confiado á recibirla con las debidas disposiciones y crecienté fervor; animado con aquellas palabras dulcísimas de vuestro divino Hijo: "*Quien come mi carne y bebe mi sangre, tiene vida eterna; y yo le resucitaré en el último día. Porque*

mi carne verdaderamente es comida; y mi sangre es verdaderamente bebida. Quien come mi carne, y bebe mi sangre, en mí mora, y yo en él."

Y, pues sois amorosísima Madre del divino Jesús, que nos ofrece tan regalado y salutarero manjar, haced que el sincero amor con que frecuentemente le recibamos, asegure en nosotros la posesión de esta preciosa garantía de vida eterna.—Amén.

LA MADRE SANTÍSIMA DE LA LUZ, ADORNADA
DE SINGULAR PUREZA.

La pureza y la inocencia vistense del mismo candor, y tienden al mismo fin. Llámase inocencia la limpieza del corazón y la pureza del alma, y el que con ellas se halla enriquecido y en ellas persevera, tendrá la inmensa dicha de ver á Dios, como enseñaba nuestro amabilísimo Jesús. Innata y esencial es á Dios nuestro Señor la pureza; y por gracia la concedió á la Santísima Virgen, como enseña el Doctor Angélico, para que pudiese ser digna Madre del divino Salvador. Y tan pura fue en toda su vida santísima, esta prodigiosa imagen de la Santísima Trinidad, que á ésta apareció semejante en su maravilloso candor, con la diferencia de que en la Trinidad Beatísima la pureza es esencial, en María es participada y por gracia.

Dios está en todas partes *por esencia*, porque á todas las cosas de él ser; *por presencia*, porque todo lo ve; y *por potencia*, porque gobierna y sostiene el universo, y puede crear otros nuevos. Pero para trono de su majestad, y palacio de su grandeza, creó los

cielos, como dice el Real Profeta: "¿Quién como el Señor nuestro Dios? El tiene su morada en las alturas." Más sublime que los cielos es María, como dice San Jerónimo: "Si te llamo cielo nada digo; pues eres más pura, más brillante, y más alta que él." Y "cielo de los cielos" se llama María, por su pureza y hermosura, como morada predilecta de Dios nuestro Señor. Por eso, San Juan Crisostomo, dulcemente conmovido ante tal sublimidad y pureza, la saluda diciendo: "¡Dios te salve, trono de perlas, cielo de nieve, Virgen de inocencia, Madre purísima!"

Exquisita y perpetua pureza debía adornar el alma benditísima de María, pureza tal, observa San Anselmo, que no pudiera concebirse otra mayor después de la pureza divina; puesto que á María había de confiar el Señor, como á Madre, á su mismo divino Hijo, al cual ama como á sí mismo y engendra igual y consustancial con Él, desde toda la eternidad. Pura y purísima la proclamaban unánimes con el más tierno entusiasmo la santa Iglesia y los sagrados Doctores. "María, dice San Buenaventura, era purísima y castísima en su cuerpo, en sus sentidos, en su Corazón y en su bendita alma; tan pura, tan casta, que su sola presencia inspiraba pureza á los demás."

La pureza, como observa San Cipriano, es la gloria de nuestro cuerpo, el ornamento de las costumbres, la santidad de la mujer, el lazo de la castidad, el origen de la castidad, la paz de la casa y la base de la concordia. La pureza es sumamente reservada, y aparece siempre brillante; es venerable á los ojos de sus mismos enemigos, que tanto más la admiran, cuanto que no pueden combatirla ni triunfar de ella.

No busca la pureza ornamento alguno extraño, porque ella misma es su más bello ornamento. Hácenos agradables á Dios y nos une á Jesucristo; combate todos los movimientos ilícitos y pensamientos sensuales; conquista la paz para los cuerpos y para los espíritus; y feliz por sí, hace felices también á los que la poseen.

Sin pureza no se puede ver á Dios; como nadie puede ver la luz clarísima del sol, si no tiene limpios los ojos. ¿Cómo, pues, no había de ser pura sobre toda ponderación la Santísima Virgen, destinada á ser Madre de Dios, y hacer con el Hombre Dios, contemplándole de hito en hito, los más tiernos y cariñosos oficios que con un hijo amado puede hacer la madre más sensible, más dulce y afectuosa? Tan amante fué siempre de esta virtud, que cuando el celestial mensajero y arcángel San Gabriel vino á anunciarle que sería Madre del Altísimo, no aceptó esta suprema dignidad, sino después de haberse asegurado de que la maternidad divina no había de menoscabar en lo más mínimo el voto de virginidad, que tenía hecho. Pureza verdaderamente heroica, que hacía exclamar á San Bernardo: "¡Oh Corazón magnánimo! ¡Oh Corazón más firme y estable que la tierra, más elevado que el cielo! Mas, á fin de que sepan todos los siglos cuan fiel es Dios en recompensar á los que le sirven, María será Virgen y Madre á un mismo tiempo; será bendita entre todas las mujeres, y será bendito el fruto de su seno purísimo."

¡Oh Madre Santísima de la Luz! Dignaos infundir en nuestras almas la virtud preciosísima de la pureza, para que convertidos por ella en templos,

tabernáculos y vasos de la divinidad, vivamos siempre como fieles hijos de Dios, miembros de Jesucristo, y coherederos suyos en la gloria eterna.—Amén.

EJEMPLO.

En la ciudad de Caltagirone (Sicilia), según consta de expediente canónico debidamente formado, el P. Franciscano Fr. Bernardino de Augusta testificó que, habiendo conjurado á un energúmeno en presencia de algunos sacerdotes y personas autorizadas, para que hablase acerca de la pureza de María, dijo el 6 de Diciembre de 1731: "Nosotros (los demonios) no tenemos parte en Ella, porque siempre fué pura; y como fué siempre Virgen, antes del parto, en el parto y después del parto, así fué siempre Inmaculada en la mente de Dios y desde la eternidad, antes de su Concepción, en su Concepción y después de Ella," Abandonaron entonces al energúmeno algunos espíritus infernales, y con grande admiración de todos los circunstantes, gritaron: "*¡Viva María Inmaculada!*" El día 10 del mismo mes, después de haber atormentado horriblemente al energúmeno, y haberse visto obligado á alabar á María, exclamó uno de aquellos demonios que el haberla alabado le causaba mayor pena, que la eternidad misma de sus tormentos. "¡Yo alabar á mi eterna enemiga! decía él; ¡Yo que siempre te maldigo, y te maldeciré por toda la eternidad! ¡Yo alabarte! ¡Oh mi perdido poder ¿á dónde te fuiste?" De nuevo le obligó á hablar el exorcista, y entonces dijo á grandes voces: "*¡Qué hermosa eres, oh Virgen, en el primer instante de tu Concepción, zeucedora de nuestro reino!*"

*Ave, lumen gratiae,
Deo valde grata,
Summae Sapientiae
Nutu fabricata;
Rogis pudicitiae,
Nunquam inquinata,
Labis primigeniae
Semper illibata.*

(San Tarasio, Patriarca
de Constantinopla.)

Salve, Luz de gracia,
Reina incomparable,
Obra del Eterno
La más bella y grande;
Río de pureza,
Cuyo hermoso cauce
No manchó la culpa
De Adán nuestro padre.

J. V.

ORSEQUIO Á LA MADRE SANTÍSIMA DE LA LUZ.

*Ofrecer con alguna frecuencia á María una corona
de flores espirituales, ó sea de varios actos de virtudes
y de mortificaciones, practicados por su amor.—Esto
hacia diariamente San Estanislao de Kostka; y feliz-
mente, esto es muy común entre los verdaderos de-
votos de la Santísima Virgen, pues saben que nada
puede serle más agradable que imitarla en su santi-
dad y en sus virtudes.*

Ant. Celebremos con alegría, etc.

DIA NOVENO.

*Por la señal, etc.
Señor mio Jesucristo, etc.*

ORACIÓN PARA TODOS LOS DÍAS.

¡Oh María! etc.
(Petición, etc.)

ALABANZAS Á LA MADRE SANTÍSIMA DE LA LUZ.

Dios te salve, María, MADRE SANTÍSIMA DE LA LUZ,
Estrella virginal y clarísima, de la que vaticinara Ba-
laam: "De Jacob nacerá una Estrella," y á la cual
veneraron gozosos los Magos, al tributar sus rendi-
dos homenajes al Rey de reyes.—*Dios te salve, Ma-
ría, etc.*

Dios te salve, espiritual Espejo de altísimos vati-
cínios, por el cual predijeron los profetas la incom-
prendible abnegación del divino Verbo al vestirse de
nuestra humana naturaleza en tu seno virginal y pu-
rísimo.—*Dios te salve, María, etc.*

Dios te salve, hermosísimo Sol; pues, como la más
bella entre todas las creaturas, á semejanza del sol
entre los demás planetas, eres la primogenita y la
más digna entre todas ellas.—*Dios te salve, María, etc.*

ORACIONES.

¡Oh María, Madre Santísima de la Luz! Vos
sois la única que habéis superado toda pureza y vir-

ginidad; la maravillosa Zarza que vió Moisés arder sin consumirse; el monte santo; la ciudad de Dios; y la creatura singularísima, hermosa por naturaleza, en la cual no cabe sombra alguna de culpa! Semiejan- te á la graciosa aurora, clara como la luna, brillante como el sol, vestida del cándido ropaje de la gracia que no tiene mancha; desde que aparecéis en el mundo sois la maravilla del universo. Pero vuestra gracia y hermosura, Virgen inocentísima, no las constituyen tan sólo vistosas y fragantes flores, que suavemente embelesan los sentidos; sino dulces y copiosísimos frutos, que alimentan el alma y multi- plican y robustecen las místicas plantas que embalsaman el jardín amenísimo de la Iglesia. Porque las pruebas más expresivas del amor son las obras, y el verdadero amor de Dios no puede jamás permanecer ocioso.

¡ Ah! ¡ Si todos nosotros, Madre piadosísima, entiendiésemos prácticamente esta lección! Para que no nos limitemos á concebir hermosos planes que no se traducen en obras, ni gastemos un tiempo preciosí- simo en imaginar lo que debemos hacer sin mo- vernos á hacerlo en realidad; el Espíritu Santo nos previene con estas divinas sentencias: " *Todo árbol que no da buen fruto, será cortado y arrojado al fue- go. . . . No toda aquel que me dice: Oh Señor, Señor! entrará por eso en el reino de los cielos, sino el que hace lo voluntad de mi Padre celestial.*" Y en ver- dad, que fácilmente se nos ofrece la razón de la ne- cesidad de las buenas obras, una vez conocido el ca- rácter de nuestra santa Religión. Porque " *de qué servirá,* como observa el apóstol Santiago, *el que uno*

diga tener fe, si no tiene obras? ¿ Por ventura á ese tal la fe podrá salvarle? " La misma gloria de Dios nues- tro Señor, que debe constituir incesantemente la as- piración de todo nuestro ser, nos enseña también con no menor claridad que no bastan oportunos propo- sitos ni ardorosos suspiros cuando se trata de servir á Dios, sino que son necesarias las buenas obras: " *Brille así vuestra luz ante los hombres, enseña nues- tro divino Salvador, de manera que vean vuestras obras buenas, y glorifiquen á nuestro Padre que está en los cielos.*"

Conseguídnos, pues, Madre Santísima de la Luz, gracia que nos haga ser diligentes en la práctica de las obras buenas, y aprovechar cuidadosos las opor- tунidades que se nos ofrecen, para trabajar por la gloria de Dios y el bien espiritual y temporal de nuestros prójimos; juntos ó aislados, con muchos ó pocos clementos y con mayor ó menor probabilidad de éxito, persuadidos de que el éxito es de Dios, y los esfuerzos deben ser nuestros con el auxilio de la gracia; que después de haber trabajado mucho, re- conozamos con sincera humildad que somos siervos inútiles; y en vuestra compañía glorifiquemos al Se- ñor eternamente en los cielos! — Amén.

LA MADRE SANTÍSIMA DE LA LUZ, PORTENTO
DE CELESTIAL HERMOSURA. ®

Al hablar de la maravillosa hermosura de nuestra Madre Santísima, exclamaba San Bernardo: "Tú eres llamada hermosa como la luna, y con razón eres comparada con ella: sola ella entre todos los astros

puede parangonarse con el sol, pues radiante de belleza por su blancura argentina, resplandece en el cielo más que todas las estrellas. Tú, imagen expresiva del Sol, resplandeces gloriosa en los cielos por tu pureza virginal entre los muchos miles de astros que sirven á Dios. Tú, por tanto, hermosa como la luna, mejor dicho, más hermosa que la luna; porque eres toda hermosa, y mancha alguna no hay en Ti, ni tampoco cambio ó mutación. Tú eres escogida como el Sol, es decir, aquel Sol divino creador del sol. El es el escogido entre millares de hombres; Tú la escogida entre millares de mujeres: El es el escogido entre cuantas cosas existen; Tú la escogida entre cuantas cosas existen por El."

Unánimes y entusiastas convienen los Santos Padres en reconocer la hermosura incomparable de María. San Juan Damasceno dice: "Vos tenéis, Señora, una vida, y por consiguiente una hermosura que sobrepasa las leyes ordinarias de la naturaleza; y no es extraño, puesto que no la habéis recibido por vos misma, sino por Dios; porque Vos habéis sido formada con el fin de servir á la salvación de los hombres y cooperar al cumplimiento del designio, que el Señor había formado, de la Encarnación del Verbo Eterno. Vuestro *peito* ignora la sensualidad; pero á ejemplo de la misma razón, alimentase de santos afectos. Y así sois el verdadero árbol de la vida, que no podéis ofrecer sino buenos frutos, sobre todo después de haber dado al mundo el fruto de la vida verdadera, que no es otro que el Verbo encarnado. Vuestros *ojos* están formados para mirar siempre hacia arriba, y para fijarse sin cesar en vues-

tro Señor y en vuestro Dios. Vuestros *oídos* hallanse acostumbrados á la música de los ángeles y á las palabras del Espíritu Santo, sobre todo después que por ellas ha entrado la Salud del mundo. Vuestro *olfato* no tiene otro objeto, que aspirar la dulzura de los perfumes del celestial Esposo, cuyo solo nombre es un aroma universal. Vuestros *labios* sólo se emplean en alabar á Dios. Vuestra *lengua* destila sin cesar el néctar de santísimas palabras. Vuestro *Corazón* no respira, sino por Dios; no aspira, más que á Dios; no suspira sino por Dios. Vuestro *seno purísimo* es la regalada mansión de Aquel que contiene en sí todas las cosas, y no puede ser contenido en la inmensidad de los cielos. Vuestras *manos* son como la triunfal carroza en que se complace en aparecer la infinita majestad de Dios. En vuestro *regazo*, más puro que el trono formado de querubines, descansa el Hacedor altísimo, Creador de los cielos y de la tierra. Vuestros virginales *pies* han estado siempre iluminados con los esplendores de la ley de Dios, y todos sus pasos se han dirigido á encontrar al divino Esposo de las almas puras y atraerle con celestiales encantos á la tierra. En fin, Vos sois el santuario preciosísimo del Espíritu Santo; Vos sois un mar inmenso de todas las gracias; Vos sois toda pura, y toda hermosa."

San Andrés de Creta llama á María "estatua preciosísima, formada por la mano del mismo Dios."—Ricardo de San Victor dice que su aspecto es todo angélico, como su alma.—Jorge de Nicomedia exclama: "Oh Tú, la más bella y agradable de todas

las hermosuras! ; Oh Virgen santa, ornamento sin igual de toda belleza!"

De la hermosura encantadora de su alma purísima, da testimonio el Espíritu Santo, cuando la dice: "¡Oh, y qué hermosa eres, antigua mía! ¡Cuán bella eres!" Y esto mismo repite en otras páginas del sagrado libro del Cantar de los Cantares, añadiendo en una de ellas que es hermosa, y "vivos y brillantes sus ojos, como de paloma," "además de lo que dentro te oculta," como si quisiera indicar que su hermosura no es de esas bellezas terrenales que exteriormente fascinan, y con las cuales no están, tal vez, de acuerdo la vileza y ruindad del corazón. No; la hermosura y "la principal gloria ó lucimiento de esta hija del divino Rey, está en el interior," en lo íntimo de aquel Corazón purísimo é immaculado, constantemente encendido en amor de Dios y en caridad maternal y ternísima para con los hombres.

"Jamás se ha visto, dice el P. Poiré, una creatura tan hermosa, como la Santísima Virgen: tan bien dotada estaba de esta cualidad, que con razón podía decirse que la naturaleza había andado con Ella tan pródiga como la gracia, que su cuerpo no era menos perfecto que su alma; y que su hermosura, aunque no atendida, encerraba todo género de purísimos atractivos. Descollaban en Ella la majestad y la dulzura, que la hacían amar y temer, y la hacían más estimable, pues elevaba los corazones á Dios, inspiraba santos pensamientos y de todos los corazones hacía brotar castos deseos. Por otra parte, su divino Esposo, el Espíritu Santo, dignase reconocer complacido esta cualidad, llamándola toda hermosa y sin

mancha; es decir, hermosa en su aspecto, hermosa en su cuerpo purísimo, y más aún en su alma." Con sólo fijar la vista en el celestial semblante de María, San Dionisio Areopagita quedó como dulcemente arrebatado y fuera de sí, y comunicaba esta impresión al apóstol San Pablo, diciéndole: "Lo hubiera adorado como á Dios, si la fe diciera no me advirtiese que no lo era."

¡Oh Madre Santísima de la Luz, hermosa sobre toda hermosura! Conseguidnos gracia para purificar y embellecer, con buenas obras y cristianas virtudes, nuestras almas, y arrillar un día, después de las tempestades de esta vida, á las playas eternas del cielo. —Amén.

Ejem p l o .

Habia en la ciudad de Caltagirone un caballero que, avergonzándose de confesar al sacerdote los pecados cometidos, cometa frecuentes sacrilegios. Enfermó de muerte; y diciéndole el médico que era preciso recibiese los últimos sacramentos, nisaun en este caso se resolvió á confesarse bien y recibió también sacrilegamente los sacramentos del Viático y Extrema-unción. Próximo á morir, acometieronle tales angustias, que decía: "Yo estoy condenado sin remedio! Vendrán pronto los demonios, y me llevarán á arder en los infiernos." Consolábale los circunstantes, y creyeron, al fin, que deliraba; pero el sacerdote que le asistía, viendo que sus esfuerzos por tranquilizarle eran estériles y que estaba próxima la muerte, temiendo no estuviese limpia su conciencia, tomó una estampa de la Madre Santísima de la

Luz, é invocándola como á refugio de pecadores, la aplicó al pecho del moribundo. ¡Caso verdaderamente prodigioso! Iluminada al contacto de la preciosa Imagen la mente de aquel infeliz, cesó su turbación y pudiendo al sacerdote que se le acercase, se confesó con las mejores disposiciones y murió con dulcísimos consuelos.

*Ave solé purior,
Luna plena pulchrior,
Splendida Maria;
Coeli luce clarior,
Cunctis astris gratior,
Digna laude pia,
In te solem gratiae
Christus solé iustitiae
Mire radiavit:
Cujus lux laetitiae
Mortis et moestitiae
Tenebras fugavit.*

(San Pedro de Sicilia, obispo).

Salve, María, portento
Que amante creara Dios,
Más hermosa que la luna
Y más brillante que el sol.
Tú vences con la hermosa
De tus rayos, el fulgor
De los astros que del cielo
Tachonan el pabellón.
Como en sol de gracia hermoso
En Ti, cuando te creó,

Irradió el Sol de justicia

Su divino resplandor.

Cuya luz al afligido

Dió alegría y bendición,

Y las tinieblas de muerte

Con sus lumbrés ahuyentó.

J. V.

OBSEQUIO Á LA MADRE SANTÍSIMA DE LA LUZ.

Suplir las faltas que se cometen en el servicio de María, ofreciéndole la admirable obediencia que la dedicó siempre su divino Hijo.—Esto enseñó Cristo nuestro Señor á Santa Matilde; pues un día que la santa religiosa se lamentaba y confundía ante El, por no haberservido nunca á su purísima Madre tanto como debía, el dulcísimo Jesús, acercando á su divino Corazón la boca de Matilde, la dijo: “De aquí has de sacar todo cuanto desees ofrecer á mi amadísima Madre.”

Ant. Celebremos con alegría, etc.

En la festividad de la Madre Santísima
de la Luz.

Por la señal, etc.

ACTO DE CONTRICIÓN.

Señor mío Jesucristo, Dios y Hombre verdadero, por ser Vos quien sois, y porque os amo sobre todas las cosas, me pesa de todo corazón de haberos ofendido. Mancillada como ha estado mi alma por la de-

Luz, é invocándola como á refugio de pecadores, la aplicó al pecho del moribundo. ¡Caso verdaderamente prodigioso! Iluminada al contacto de la preciosa Imagen la mente de aquel infeliz, cesó su turbación y pudiendo al sacerdote que se le acercase, se confesó con las mejores disposiciones y murió con dulcísimos consuelos.

*Ave solé purior,
Luna plena pulchrior,
Splendida Maria,
Coeli luce clarior,
Cunctis astris gratior,
Digna laude pia,
In te solem gratiae
Christus solé iustitiae
Mire radiavit:
Cujus lux laetitiae
Mortis et moestitiae
Tenebras fugavit.*

(San Pedro de Sicilia, obispo).

Salve, María, portento
Que amante creara Dios,
Más hermosa que la luna
Y más brillante que el sol.
Tú vences con la hermosa
De tus rayos, el fulgor
De los astros que del cielo
Tachonan el pabellón.
Como en sol de gracia hermoso
En Ti, cuando te creó,

Irradió el Sol de justicia
Su divino resplandor.

Cuya luz al afligido
Dió alegría y bendición,
Y las tinieblas de muerte
Con sus lumbrés ahuyentó.

J. V.

OBSEQUIO Á LA MADRE SANTÍSIMA DE LA LUZ.

Suplir las faltas que se cometen en el servicio de María, ofreciéndole la admirable obediencia que la dedicó siempre su divino Hijo.—Esto enseñó Cristo nuestro Señor á Santa Matilde; pues un día que la santa religiosa se lamentaba y confundía ante Él, por no haberservido nunca á su purísima Madre tanto como debía, el dulcísimo Jesús, acercando á su divino Corazón la boca de Matilde, la dijo: “De aquí has de sacar todo cuanto desees ofrecer á mi amadísima Madre.”

Ant. Celebremos con alegría, etc.

En la festividad de la Madre Santísima
de la Luz.

Por la señal, etc.

ACTO DE CONTRICIÓN.

Señor mío Jesucristo, Dios y Hombre verdadero, por ser Vos quien sois, y porque os amo sobre todas las cosas, me pesa de todo corazón de haberos ofendido. Mancillada como ha estado mi alma por la de-

formidad de la culpa, reconozco que no soy digno de levantar hacia Vos mis ojos para contemplar vuestra imagen amabilísima; pero, pues habéis venido del cielo para invitar á los pecadores á penitencia, á Vos recorro arrepentido y confiado, en busca de misericordia y de perdón. Propongo firmemente la enmienda de nunca más pecar, y confío en vuestra misericordia infinita que me habéis de perdonar todas mis culpas y concederme gracia para perseverar en vuestro santo servicio hasta el fin de mi vida.— Amén.

ORACIÓN.

¡Oh Maris, Madre Santísima de la Luz! ; Estrella vivísima, que despedís rayos de luz extraordinaria; rayos felices que borran el oprobio de la humana naturaleza! ; Única esperanza del hombre después de Dios, á quien aplacais con vuestra intercesión poderosa en favor nuestro; Sede augusta de la divina Majestad; y Mediadora eficazísima, que conseguís todos los bienes de la vida y todas las gracias que se conceden á los hombres! ; Arca santísima, por todas partes revestida del oro de la gracia del Espíritu Santo! ; ¿Qué nombre, Madre amantísima, qué nombre Os daremos? ; Os llamaremos cielo? Pero Vos habéis llevado en vuestro seno purísimo al Creador de los cielos y de la tierra.— ; Os llamaremos Sol? Pero brilláis mucho más que el Sol; pues merecisteis concebir al divino Sol de justicia. ; Os compararemos á la luna? Pero, brillando con incomparable hermosura, y siempre bellísima, disteis la vida al más hermoso entre los hijos de los hombres.

—; Diremos que Os asemejáis al candelabro del templo? Pero vos sois aquella Luz de vida, que ilumináis benigna á los que se sientan en las tinieblas y en las sombras de la muerte. . . . Sois, pues, Madre Santísima de la Luz, la creatura más admirable y más gloriosa que ha podido formar el mismo Dios, y de todas ellas Reina y Señora, y Abogada y Madre poderosa y tiernísima.

Humildemente postrados en vuestra presencia, venimos á felicitaros de lo íntimo de nuestra alma, en este día de vuestras glorias; porque es un día especial de vuestras bondades y de vuestros triunfos. ; Cómo no celebrar con la más entrañable gratitud y los más dulces afectos del corazón aquellas cuatro apariciones gloriosísimas, con que os dignasteis favorecer á vuestra sierva, la seráfica religiosa de Palermo, á fin de proporcionarnos ese retrato maravilloso y preciosísimo, en que os veneramos bajo el amable título de "MADRE SANTÍSIMA DE LA LUZ?" ; Qué días aquellos de tan singular magnificencia, en que os dignasteis bajar de lo alto de los cielos, y dejaros ver, derramando vuestro semblante purísimos torrentes de tan viva luz, que en su comparación "parecía el sol una luciérnaga!" Ejército esplendente de serafines os cercaban volando, y sosteniendo sobre vuestra purísima cabeza triple corona imperial. Cubría vuestro virginal cuerpo un vestido talar, más lucido que el sol y más blanco que la nieve. Una faja granizada de piedras las más preciosas ceñía vuestro talle virginal, y de vuestros hombros delicadísima pendía con inimitable gracia un manto azul. Innumerable escuadrón de ángeles en respetuosa actitud formaba vuestro lu-

cido cortejo; y en medio de tanta grandeza aparecías benigna, afabilísima y risueña, toda complacencia, toda amor. . . Venías á buscar solícita nuestras almas; y un ángel, con profundo respeto hincando ante Vos las rodillas, os presentaba un cestillo lleno de corazones, que vuestro divino Jesús, tomándolos uno á uno, iba encendiendo en purísimo amor. . .

¡Oh, Madre tiernísima! ; cómo agradeceremos tan cariñosa protección y tan nimia solícitud por nuestro bien? Que os alaben todos esos millones de ángeles, que en rendida veneración os acompañan! Que os bendigan las generaciones todas del universo, cuya salvación eterna promovéis con maternal empeño. Que os bendigamos y os amemos de una manera especial, los que tenemos la dicha de contemplar ese maravilloso retrato, que de vuestra Belleza amabilísima nos dejasteis, como perpetua memoria de vuestra cariñosa y maternal protección. En este solemne día, en que gozosos celebramos acontecimiento tan feliz y detan benéfica trascendencia para nuestro pueblo, os damos con toda la sinceridad de nuestra alma gracias las más expresivas y afectuosas, y os pedimos de nuevo abundancia de luz y vuestro poderoso auxilio para amaros siempre con eficacia, cumpliendo con la ley de Dios y dedicando á su santo servicio toda nuestra actividad y todo nuestro ser. Así tendremos la dicha de complaceros, puesto que éste es el objeto de vuestra maternal solícitud; y aprovechando gracias tan preciosas en la vida, os acompañaremos un día en las eternas mansiones de la gloria.—Amén.

ALABANZAS Á LA MADRE SANTÍSIMA DE LA LUZ.

Dios te salve, María, MADRE SANTÍSIMA DE LA LUZ, digna de ser venerada con las más expresivas alabanzas, como la más pura entre todas las vírgenes, santa de alma y de cuerpo, la única que ha merecido dar al mundo, para nuestro remedio, á la Luz eterna, Cristo nuestro Bien.—*Dios te salve, María, etc.*

Dios te salve, Madre admirable, cuyo seno purísimo es un cielo, en el cual se dignó habitar el que llena con su inmensidad todo cuanto existe.—*Dios te salve, María, etc.*

Dios te salve, Madre de Dios, lucidísima é intacta, á cuya voz obedece el Rey de toda majestad.—*Dios te salve, María, etc.*

ORACIÓN.

¡Oh María, Madre Santísima de la Luz! ; Corona de gracia; ornamento de santidad; objeto de las divinas promesas; y primicias de la humana regeneración! ; Salve, purísima paloma, que nos traéis benigna el suspirado ramo de oliva, anunciándonos el fin del diluvio espiritual y mostrándonos el puerto seguro de salvación! Cándidas son vuestras alas como la plata, y resplandecen como oro purísimo, porque en ellas irradia la luz del Espíritu Santo, que con tan dulces complacencias habita en Vos, atraído por vuestra virginal pureza y vuestra rectitud de intención.

¡Ah! ; Si nosotros nos decidiésemos á imitaros en esta meritoria virtud! Porque es de absoluta necesidad, si nuestras obras no han de ser estériles para

la vida eterna; pues así como el edificio se apoya en las columnas, y éstas en sus bases; así nuestra vida espiritual tiene que fundarse en las virtudes, y éstas en la recta intención. Por eso nos la recomienda tanto el Apóstol, cuando dice: "*Ora comáis, ora bebéis, ó hagáis cualquiera otra cosa; hacedlo todo á gloria de Dios.*" Y ¿qué extraño que esto se nos pida, si Dios nuestro Señor debe ser constantemente el fin de todas nuestras obras? "*Todas las cosas las ha hecho el Señor para gloria de sí mismo;*" y bien claro nos dice por el Profeta que "*su gloria no la cederá á otro.*" Conseguidnos, pues, Madre amantísima, que en adelante en todo cuanto hagamos, hablemos, pensemos y suframos, nos preocupemos tan sólo de servir y complacer á Dios nuestro Señor; porque triste es que, después de una vida laboriosa en que hayamos practicado tal vez muchas obras buenas, púdiere haber razón para que, por falta de rectitud de intención, se nos aplicasen aquellas palabras del profeta Ageo: "*Habéis sembrado mucho y recogido poco; habéis comido, y no os habéis saciado; habéis bebido, y no habéis apogado vuestra sed; os habéis cargado de ropa, y no os habéis calentado; y aquel que ganaba salarios, los ha ido poniendo en saco rato.*"

¡Plegue al divino Corazón de Jesús, Madre Santísima de la Luz, que en este día memorable lluevan sobre nosotros especiales gracias, con las cuales nos excitemos á fomentar en todos los actos de nuestra vida pureza de intención, á mayor gloria de Dios y nuestra salvación eterna!—Amén.

NUESTRA MADRE SANTÍSIMA DE LA LUZ, MADRE CLEMENTÍSIMA DE LOS HOMBRES.

Es Maria verdadera Madre adoptiva, de los hombres; puesto que poco antes de morir nos la dió como Madre Cristo nuestro Señor, en la persona del apóstol San Juan, diciéndola: "*Mujer, he ahí á tu hijo,*" y á Juan: "*He ahí á tu Madre.*" Al consentir en ser Madre de Dios, consintió también Maria, cómo dice San Bernardino de Sena, en ser Madre de los hombres. En un sentido semejante recordaba el profeta Isaías que Sara, la madre de Isaac, lo era también de todos los judíos, porque eran descendientes de este antiguo patriarca; y el mismo Dios se dignó un día asegurar á Rebeca que en su materno seno llevaba dos pueblos, como que estaban personificados en Esaú y Jacob.

Maria puede conseguir todas las gracias que desea, por cuanto es Madre de Dios; pero como Madre de los hombres, *quiero* alcanzar todas cuantas sean necesarias. Un niño muy cristianamente educado, cuando por la primera vez le enseñó su piadosa madre á persignarse, habiendo pronunciado las palabras: "En el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo," dijo: "Pero aquí no se habla de la madre!" A esta instintiva exclamación del niño, contesta desde hace siglos la Iglesia católica: "Esa Madre cariñosa y tiernísima, es MARIA." Porque por nosotros y por nuestra eterna salvación descendió de los cielos el divino Verbo á hacerse hombre en el seno purísimo de Maria, como diariamente confesamos en el Credo: "*Que por nosotros los hombres y por nuestra salvación,*"

bajó de los cielos y tomó carne de la Virgen María por obra del Espíritu Santo, y se hizo hombre. Lo cual significa, para nuestro consuelo, que la causa de haber bajado Dios á hacerse hombre y haber sido destinada Ella para ser Madre purísima de este Dios, es únicamente la salvación nuestra; y esto en tal manera que sólo ha dado al divino Jesús la vida de hombre para darnos á nosotros la vida de Dios. Es, pues, María, Madre de los hombres, salvados por Jesucristo, no menos que Madre del divino Salvador. Y así se explica el que serena y valerosa sobre toda ponderación, María, inspirada por el mismo amor que movió al Eterno Padre á entregar por nuestra salvación á su divino Hijo, ofrezca al amabilísimo Jesús con el mismo fin en la cima del Calvario, constituyéndolo con resignación sublime en que su amadísimo Jesús tuera, á trueque de que vivamos nosotros á la vida de la gracia.

Como Madre, y Madre á costa de tantas angustias y dolores, María nos ama de la manera más entrañable y más tierna. Nos ama, en primer lugar, *por amor de Dios*, como Ella misma decía á su sierva Sor María del Crucifijo: "El fuego del divino amor, de que yo estaba abrasada, habría consumido el cielo y la tierra si hubiesen experimentado el incendio que yo padecía; y hasta los ardores de los serafines, en comparación de los míos, no eran más que un soplo de aire frío." Muévela, además, á amarnos *el amor que tiene á su divino Hijo*, crucificado por nuestro bien. "María nos dió verdaderamente á su Unigénito, cuando en virtud de su derecho de Madre, y en fuerza de la jurisdicción que en calidad de tal tenía sobre

él, le permitió que se entregase á la muerte; y cuando los demás callaban, unos por odio, otros por temor; María también callaba, pero por amor nuestro; y este fué el motivo por que no tomó á su cargo la defensa de su Hijo delante de los jueces." Muévela también á amarnos, el precio de la sangre de su divino Hijo, que Ella conocía muy bien ser de infinito valor. Una madre, cuyo hijo se hubiese generosamente sometido á durísimos padecimientos por su esclavo; no es verdad, dice San Ligorio, que amaría sobremanera á este, puesto que por él había sufrido tanto su hijo? Pues tal es el amor de María hacia el hombre, amor proporcionado al valor infinito de la sangre preciosísima de Jesús, con tanta abundancia derramada por nuestro bien.

De este amor dió pruebas muy significativas nuestra Madre Santísima de la Luz en el dichosísimo acontecimiento, que hoy con tanto júbilo celebramos. Pronto á dejarnos un expresivo retrato de su inimitable belleza, Ella misma, acompañada de millares de ángeles, se presenta en el estudio del pintor, haciendo saltar de gozo tiernísimo el corazón de la santa religiosa, á cuyas humildes súplicas accedía benigna. Allí se aparece con la misma arrebatadora belleza en su celestial semblante, el mismo traje, la actitud misma y el mismo océano de resplandores y de luz, con que se había aparecido la vez primera. Con las indicaciones que iba haciendo al pintor la religiosa, única persona de quien la celestial Señora se dejaba ver, indicaciones tan propias y tan exactas, como que delante de ella tenía el bellísimo y encantador original cuya presencia la sumergía en un mar de embalsado-

ras delicias; y, sobre todo, con la asistencia eficazísima de María, que INVISIBLEMENTE GUIABA EL PINCEL del artista, no es maravilla que el retrato resultase perfecto, cuanto puede verse con elementos de este mundo, y con ojos de carne. Admirase en él un aire celestial tan vivo, tan grave, tan penetrante y amable, que hasta hoy no ha sido posible sacar de él copia que con exactitud se le parezca. Pintores eminentes lo han intentado; y si pudieron igualarse con el inspirado artista en el dibujo, en el arte, en el concierto, hermosura y suavidad de colores, no han podido imitarle jamás en la sobrenatural belleza é inimitable gracia que parecen rebosar aquel semblante purísimo y todo el admirable conjunto de esa obra más que humana. "Más que humana, sí; porque no es sólo obra de hombre; en ella se empleó el pincel, invisiblemente dirigido por la Madre purísima del mismo Dios.

¡Oh Madre Santísima de la Luz! Gracias mil por vuestra amorosa dignación al dejarnos en esa bellísima pintura una prueba la más elocuente de vuestra maternal bondad para con nosotros. ¡Que os seamos fieles en la vida, para contemplar por siglos eternos vuestro semblante hermosísimo en el cielo!—Amén.

EJEMPLO.

En el país de Parménico (Italia) padecía Angela María Burgetto, una inflamación gravísima que no la permitía tomar ningún líquido. Ungiéronle la garganta con aceite de la lámpara de la Madre Santísima de la Luz, y quedó perfectamente sana. Pero,

como de esta salud milagrosamente concedida se valió para cometer algunos desórdenes, reprodujose con más fuerza la pasada enfermedad, y asaltóla agudísima fiebre con dolores acerbísimos por todo el cuerpo; tanto que en pocos días, desahuciada ya de los médicos y recibidos los santos sacramentos, entró en agonía. Una mujer piadosa, inspirada por el Señor, ungió á la moribunda con aceite de la lámpara de la Madre Santísima de la Luz, encaregando á los circunstantes que la encomendasen al Señor. Apenas terminada la unción, abre los ojos la enferma, y dice con admiración á su madre, que se hallaba llorosa á la cabecera de su cama: "¿Qué hace aquí tanta gente hincada en torno de mi lecho? Yo no tengo enfermedad alguna." Llamado el médico, declaró que la enferma no tenía fiebre, ni dolores, ni mal de ningún género.

Mater Dei et hominis.

Capas Trinitatis.

Mater exers criminis.

Norma sanctitatis.

MATER VERI LUMINIS.

Splendor puritatis.

Tu aeterni Numinis

Hortus voluptatis.

(San Metodio, obispo de Tiro.)

De Dios y del hombre

Eres Madre amada:

De santos modelo

Y Virgen sin mancha.

Candor de pureza,
Madre de Luz santa,
Jardín do el Eterno
Sus delicias halla.

J. V.

OBSEQUIO Á LA MADRE SANTÍSIMA DE LA LUZ.

Dirigir á María alguna breve súplica, antes de comenzar cualquiera obra. El venerable Obispo Hining solía comenzar todos sus sermones por alguna alabanza á María; y esta amabilísima Señora encargó un día á Santa Brigida participase al virtuoso prelado que en atención á su piadosa costumbre, haría con el oficios de buena Madre, alcanzándole una buena muerte y presentando su alma á Dios nuestro Señor.

Para el solemne aniversario
de la entrada triunfal de la Imagen de la Madre
Santísima de la Luz, en León, el 2
de Julio de 1732.

Por la señal, etc.

ACTO DE CONTRICIÓN.

Señor mio Jesucristo, Dios y Hombre verdadero, Creador y Redentor mio, por ser vos quien sois, y porque os amo sobre todas las cosas, en el alma me pesa de haberos ofendido. ¡Oh amabilísimo Jesús! ¿Cómo podré yo sostener vuestra justa cólera cuando hayáis de juzgarme? ¿Qué responderé, cuando

con tanta razón me deis en rostro con mis ingratitudes y pecados? ¡Ah! Perdonadme, para que del todo regenerado antes de mi salida de este mundo, cante sin cesar vuestras infinitas misericordias. ¡Oh! Si me fuese dado ahogar todas mis malas inclinaciones, concebir hacia Vos un amor ardentísimo, enriquecerme de vuestros dones, y entregarme del todo y para siempre á vuestro servicio! Dadme gracia para ello, oh Jesús amabilísimo, para perseverar en esta santa empresa hasta el último instante de mi vida. —Amén.

ORACIÓN.

¡Oh María, Madre Santísima de la Luz! ¡Reparadora de todos nuestros males; amor y deseo de todas las creaturas! ¡Gozaos por haber albergado con inefable pureza en Vuestro seno inmaculado al divino tesoro de la virginidad! ¡Gozaos, Madre admirablemente fecunda, que habéis tenido la dicha incomprendible de lactar con celestial licor al mismo que os ha dado el ser! ¡Gozaos, amenísimo Paraíso plantado por la mano del mismo Dios, en que con eterna frescura germinan fragantísimos lirios é inmarcesibles rosas, y en el cual brota para conocimiento de la verdad el Arbol de vida, que brinda con gloriosa inmortalidad á los que le gustan! ¡Gozaos, inmaculado y preciosísimo Palacio del supremo Rey, adornado con divina magnificencia, en el cual brilla como purísimo sol el tálamo del espiritual Esposo, en que nuestra pobre humanidad se ha desposado con el Verbo de Dios!

Poseídos de alegría dulcísima y de la más tierna

gratitud, nos acercamos á saludaros con rendida humildad en este día, feliz aniversario de aquel otro día, mil veces venturoso para nosotros, en que por medio de vuestra bellísima Imagen, con maternal benignidad habéis entrado entre los más ardorosos afectos de amor purísimo y las más entusiastas aclamaciones de gozo, en la venturosa ciudad de León, colocando en ella vuestro augusto trono, para remediar clemente nuestras necesidades y atender vigilante y amorosa á la salvación de nuestras almas. Desde entonces ¡cuántas gracias habéis derramado sobre ella! Y en lo temporal ¡con cuántos beneficios la habéis distinguido, y de qué males gravísimos la habéis librado! Con vuestra amabilísima presencia habéis alejado de ella la abundancia de rayos que antes con frecuencia la amenazaban, las epidemias que en otras comarcas han causado tantos estragos, y las terribles consecuencias de guerras y revoluciones con que se han visto tristemente assoladas otras regiones del hermoso país del Anáhuac. Nos habéis regalado con frecuentes y benéficas lluvias, y bañasteis de luz celestial nuestros hogares; haciendo florecer en ellos la paz de la familia, y con ella la viveza de la fe cristiana y el santo temor de Dios. Nos habéis concedido con la erección de nuestra diócesis, Pastores vigilantes y caritativos y un clero celoso y abnegado, que nos conduce á la gloria por los espinosos y saludables senderos de la mortificación y de la cruz. Vos sois para nosotros consuelo en la aflicción, amparo en la debilidad, luz esplendorosa en los casos difíciles y remedio seguro y eficaz en todo linaje de tribulaciones y de miserias. . . .

Gracias mil, Madre tierna y amabilísima, por tantos beneficios y amorosos cuidados. Perpetuad entre nosotros vuestro reinado felicísimo; que vuestros somos, é hijos vuestros amantísimos y agradecidos queremos ser hasta la muerte. De tantas gracias como veis que necesitamos, la que con preferencia é instantemente os pedimos, es la de sobreponernos á los muchos peligros que con frecuencia amenazan nuestra fe y con engañosos halagos pretenden precipitarnos en el abismo horroroso del pecado. Sostenednos, Madre piadosísima, con vuestra gracia; que os seamos fieles en la vida y con Vos reinemos para siempre en las felices mansiones de la gloria.—Amén.

ALABANZAS Á LA MADRE SANTÍSIMA DE LA LUZ.

Dios te salve, María, MADRE SANTÍSIMA DE LA LUZ, bendícto Sol, que todo el día iluminas las puertas de nuestros corazones, invitándonos á que te los franqueemos por completo para llenarlos de tus gracias, é instándonos amorosa con aquellas palabras con que llama el divino Pastor; "He aquí que estoy á la puerta de tu corazón, y llamo."—*Dios te salve, María, etc.*

Dios te salve, Sol esplendidísimo, Reina de las virgenes y de todos los santos, con más brillantez y magnificencia que el sol físico respecto de todos los astros.—*Dios te salve, María, etc.*

Dios te salve, brillantísimo Sol, que con tus esplendorosos y benéficos rayos disipas las tinieblas del error, exterminas las funestas herejías, iluminas el mundo é ilustras con tus santísimos ejemplos á toda la Iglesia.—*Dios te salve, María, etc.*

GRACIÓN.

Oh María, Madre Santísima de la Luz! Inmaculada paloma; cielo animado; asiento de la gracia, y abismo de las maravillas del Omnipotente!; Virgen egregia y admirable, á la cual las Potestades angélicas veneran como á su Señora!; Virgen excelente, que para los caídos en la culpa sois camino y puerta del cielo! Vos venéis en rubor á las rosas, en candor superáis á los lirios, descoláis en blancura sobre la nieve, y con vuestros incomparables fulgores eclipsáis los rayos del sol. Vos sois más excelsa que los ángeles, más noble que todos los santos, y más bella que toda hermosura creada. Pero; qué bien sienta en Vos tanta grandeza, cuando tales han sido vuestros méritos, que entre los fulgores de la más cándida inocencia servíais á Dios, sin descuidar esos minuciosos primores de las obras buenas, que nosotros solemos llamar "cosas pequeñas!"

Dignaos, Señora, ofrecernos con vuestra esplendorosa luz una nueva lección sobre los pequeños defectos que debemos evitar, y las cosas pequeñas que nos importa hacer; porque "quien es fiel en lo poco, también lo es en lo mucho; y quien es injusto en lo poco, también lo es en lo mucho." Insignificante es el río en su origen; pero dilatase y hácese caudaloso, con frecuencia enriquecido con el agua de rüeyos manantiales; y tal es el interior del hombre, que crece en méritos y virtudes con la constante diligencia en el cuidado de las cosas pequeñas; ó truécase, por desgracia, en gran pecador por las caídas repetidas y de continuo aumentadas; en faltas que en un princi-

pio parecieron insignificantes y poco á poco llegaron á ser enormes. Providencia adorable es muchas veces en Dios nuestro Señor retribuir con grandes recompensas pequeños obsequios; porque no se fija de ordinario en cuánto se le da, sino en la generosidad de la voluntad con que se le ofrece; por eso, á las cosas pequeñas da Su divina Majestad mucha importancia. Haced, pues, Madre amabilísima, que penetrados de esta verdad de tanto interés, nos preocupemos en adelante de evitar toda negligencia en rechazar tentaciones, peligros, pecados y pasiones, por pequeños que puedan aparecer; y en practicar toda clase de mortificaciones y obras buenas, que, aunque mínimas, pueden ser de mucho mérito, hechas con recta intención. Y que, procediendo con este cuidado, tengamos algún día la dicha de oír de los labios de vuestro divino Hijo aquellas suavisimas y consoladoras promesas que nos anuncia en su santo Evangelio: "Muy bien, siervo bueno y fiel, pues has sido fiel en pequeñas cosas, yo te confiaré muchas más; ven á participar del gozo de tu Señor."—Así sea.

— NUESTRA MADRE SANTÍSIMA DE LA LUZ, GRANDE
EN SUS MISERICORDIAS.

Al hablar el Doctor Melifluo de la misericordia de María, dice: "Que omita encomiar vuestra misericordia, oh Virgen bienaventurada, el que, habiéndoo invocado, no haya sido socorrido por Vos, si es que hay alguno. Cierto que nosotros, vuestros humildes siervos, regocijámonos con Vos al recordar vuestras virtudes; pero mucho más tratándose de

vuestra misericordia, pues toda la empleáis en favor nuestro. Alabamos vuestra virginidad, admiramos vuestra humildad; pero vuestra misericordia tiene para nosotros, miserables, un sabor más dulce; pensamos en ella con más afecto, la recordamos muchas más veces, y con más frecuencia la invocamos. . . . ¿Quién podrá, oh Virgen bendita, descubrir la longitud, la latitud, la altura y la profundidad de Vuestra misericordia? Porque su longitud abraza todos los siglos hasta el fin del mundo, y viene en auxilio de todos los que la invocan. Su latitud llena todo el mundo, de modo que toda la tierra está llena de vuestras misericordias; su altura toca con la restauración de la ciudad celestial; y su profundidad obtiene la libertad de aquellos que yacen en las tinieblas y en la sombra de la muerte."

"María, dice San Buenaventura, es el cielo; María es la tierra; María es el abismo. ¿Quién medirá la altura de este cielo, lo ancho de esta tierra, la profundidad de este abismo, la inmensidad de su misericordia, sino Aquel que la ha formado tan elevada, tan ancha, tan profunda, no sólo en gracia y en gloria, sino en misericordia, sobre todo?"

La misericordia de Dios, como decía Ella con tan admirable elocuencia en su precioso cántico "Magnificat," extiéndese de generación en generación. Puede decirse también de esta Madre tiernísima, observa Pablo de Santa Catarina, que su misericordia se extiende de siglo en siglo. ¡Oh Madre verdaderamente llena de misericordia! Si su misericordia se extiende aun sobre los enemigos de Jesucristo, sobre los judíos y los paganos, ¿cuánto más se ex-

tenderá sobre sus amigos, sobre los que la invocan, honran y sirven!

"María, nota San Ligorio, es Reina, no de justicia, sino de misericordia; no para castigar á los pecadores, sino para perdonarlos." El Señor ha hecho como dos partes del gobierno de su reino: El se ha reservado la dirección de la justicia; la de la misericordia, la ha reservado á su purísima Madre. San Andrés dice de Ella, que es un abismo de misericordia. El sabio Idiota asegura que es un Sol brillante, que de todos lados lanza rayos tan ardientes de misericordia, que nadie puede impedir sus efectos.

Esta indecible misericordia de la Inmaculada Madre de Dios nos recuerda la alegre solemnidad de este día, en que celebramos el dichoso arribo de la venerable Imagen de la Madre Santísima de la Luz á la ciudad de León, el día 2 de Julio de 1732: El origen tan sólo de esta maravillosa Pintura, aun prescindiendo de los numerosos beneficios que á ella se siguieron, nos recuerda que todo es en María gracia y misericordia. Desea tener el fervoroso P. Juan Antonio Genovesi, S. J., una Imagen de María, radiante de majestad y de belleza; de nobilísimo continente, pero de suave mirar y de apacible semblante, de modo que, excitando profunda admiración por su aire de cética grandeza, se lleve tras sí los corazones por su amabilidad y su dulzura. Pídesele á la celestial Señora que se digne intervenir en la pintura de esta hermosa Imagen; y Ella misma lleva su amorosa dignación hasta el extremo de descender de lo alto de los cielos, y presentarse á una sierva suya diciéndola: *Plíceme el atenderle* (al P. Genovesi), y por eso

he venido aquí con tanta abundancia de clemencia y de luz, para consolarle, anticipándole benigna á su descao. Dile que me agrada su obsequioso pensamiento, que admite mi protección su apostólico ministerio, y que quiero ser retratada en ti como ahora me ves. Observa bien mi actitud; mírame atentamente." Y al decir esto, inclinándose un tanto, se dejó ver en ademán de sacar con su diestra un alma pecadora de la horrenda garganta del infierno, y de tenerla suspensa de su mano, para que no fuera á precipitarse en él. Porque María nos consigne gracia del Señor para no morir en pecado, y para no caer en las tinieblas del pecado.

¡Oh Madre Santísima de la Luz! Dignaos continuar en favor nuestro, vuestros tiernísimos oficios de bondad y de misericordia, y luz y gracia para que á ellos correspondamos, fieles hasta la muerte, á fin de ser felices en la gloria.—Amén.

EJEMPLO.

En la ciudad del Monte San Julián, una doncellita, dedicada desde su niñez al divino servicio y muy adelantada en la oración y mortificación, fué regalada con extraordinarios favores del cielo después de haber consagrado al Señor con voto su virginidad. El año 1717, permitió Su divina Majestad, para conirmarla más en la virtud, que mientras ella oraba fuese asaltada por el demonio bajo una forma agradable, excitándola á la infidelidad para con su Dios. Horrorizada la piadosa doncella, invocó los dulcísimos nombres de Jesús y de María, y logró que hubiese avergonzado el infernal enemigo. Pero este insistió

en sus formidables sugestiones durante muchos años, apareciéndosele de distintas maneras, y algunas veces acompañado de otros demonios, amenazándola, con entrarse en su cuerpo y atormentarla. Valerosa en medio de tentaciones tan graves, á todas resistía la atribulada doncella; pero para tomar consejo de alguna persona de experiencia, se dirigió á Trapani, y comunicó todo cuanto le acontecía á un Padre de la Compañía de Jesús. Escuchóla éste admirado y agradeciendo al Señor la heroica fortaleza con que había favorecido á la joven; conoció que la que había de librarla de tan peligrosos asaltos había de ser la Santísima Virgen, y desde luego aconsejó á la animosa doncella que dedicase una Novena á la Madre Santísima de la Luz, y que si en ese tiempo se atreviese á molestarla Satanás, le dijese que en nombre de la Madre Santísima de la Luz se alejase inmediatamente. Comenzó la Novena, y el primer día se le presenta el demonio excitándola al pecado, con la seguridad de que no habría culpa en ella, si sólo consentía con el pensamiento. Resistió é hizole huir la joven, negándose con fortaleza; y la misma victoria consiguió el segundo día. Volvió de nuevo al día tercero, y la prometió no insistir, con tal que ella nada dijese de tales insistencias al confesor, á lo cual contestó animosa la doncella: "¡Maldito eres tú que no tienes la gracia de Dios!" Al sexto día se le apareció en formidable actitud, y acercándosele hizo ademán de descargar sobre ella una pesadísima maza de hierro; pero la joven, presentándole una estampa de la Madre Santísima de la Luz, le dijo: "Tú nada puedes contra Dios." Una y otra vez volvió á combatirla

con fieros asaltos y tentaciones peligrosísimas; pero siempre fué derrotado el infernal enemigo con sólo presentarle la estampa de nuestra celestial Señora. Hizo la joven otra Novena, agradecida á los poderosos auxilios, con que en tan temibles luchas la había favorecido la Madre Santísima de la Luz, y desde entonces no volvió ya á molestarla el rencoroso enemigo de nuestras almas.

*Monstra te esse Matrem,
Sumat per te preces,
Qui pro nobis natus
Tullit esse tuus.
Virgo singularis,
Inter omnes mitis,
Nos culpis solutos,
Miles fac et castas.
Vitam praesta puram,
Per para tutum,
Ut videntes Iesum
Semper collectemur.*

(Venancio Fortunato, obispo de Poitiers.)

Demuestranos que eres Madre
Y acepte vuestras plegarias
Por Ti, el que ser tuyo quiso
Y por nosotros se humana
¡Oh Virgen incomparable,
Más que cuantas hubo blanda,
Guardándonos de la culpa,
Nuestra vida haz quieta y casta.

Concedéenos sea pura,
Y una senda nos prepara
Fija, que á Jesús nos lleve
Y en gozo eternos nos haga.

J. V.

OBSEQUIO Á LA MADRE SANTÍSIMA DE LA LUZ.

*Pedir con frecuencia á la Santísima Virgen que con
tiernísimo amor muestre que es Madre nuestra, y nos consiga
la gracia de que nosotros sepamos mostrar con nuestras
obras que somos verdaderamente hijos suyos.—
Santa Clara, para obtener este doble beneficio, rezaba
diariamente gran número de Ave Marías, y mereció por medio
de esta piadosa práctica para sí y para su Orden la especial
protección de María.*

En memoria de la solemne Coronación de la maravillosa Imagen de la Madre Santísima de la Luz.

Por la señal, etc.

ACTO DE CONTRICIÓN.

Señor mío Jesucristo, Dios y Hombre verdadero, Creador y Redentor mío; por ser Vos quien sois, y porque Os amo sobre todas las cosas, en el alma me pesa de haberos ofendido. Vos, Señor, que escudriñáis el fondo de los corazones, conocéis por completo nuestra debilidad. Y esto me anima para recurrir á Vos, implorando avergonzado y rendido el perdón

de mis culpas. Peque, Dios mio; perdonadme por Vuestra infinita misericordia; y por la gloria misma de Vuestro nombre, dignaos remediar mi profunda miseria. Propongo de hoy en adelante no ofenderos más; y Os ruego me deis gracia para perseverar en este propósito y fielmente servirlos hasta el fin de mi vida.—Amén.

ALVARO PLANNAN
VERITATIS ORACIÓN

Oh Maria, Madre Santísima de la Luz! Reina amada del Altísimo, y colmada de todo género de bendiciones sin medida! Reina purísima, vestida del Sol, digna de ser coronada por las estrellas, y á cuyas virginales plantas se rinde obsequiosa la luna! Que satisfacción tan dulce, qué consuelo tan grato á nuestro corazón contemplaros hoy tan enaltecida en vuestra bellísima y maravillosa Imagen, solemnemente coronada en nombre y con autorización del augusto Vicario de Cristo nuestro Señor sobre la tierra! Con qué ardorosas ansias, Madre amabilísima, desearon para Vos nuestros padres esta distinción tan gloriosa! Con qué gratísima complacencia y amoroso entusiasmo Os contemplarian hoy tan honrada y enaltecida, aquella santa religiosa que directamente intervino en la pintura de Vuestro celestial retrato, aquellos infatigables promotores de vuestras glorias, los Genovesi y Genovesi, Alvarez de Lava, Gómez, Castillo y tantos otros operarios evangélicos de la Compañía de Jesús, que con piadoso ingenio y admirable actividad propagaban en sus laboriosas Misiones el conocimiento, la confianza y el amor á esta advocación dulcísima de Madre Santísima de la Luz,

como Vos misma. Os habiais dignado encargar de una manera especial! Permitidnos, Madre amantísima, que entre las suaves expansiones de este día de ardoroso júbilo para todos vuestros devotos, dediquemos un recuerdo de cariñosa gratitud y encomendemos con toda el alma á Vuestra maternal protección, á aquellos misioneros mexicanos, hijos fervorosos de la Compañía de Jesús, que inhumanamente arrancados del suelo patrio en el siglo XVIII, por obra de la impiedad, y diseminados en medio del más cruel abandono por distintas ciudades de Italia, dedicaron todos sus cuidados y hasta los cortísimos haberes necesarios para su modesta subsistencia, á haceros conocer por todos aquellos países bajo este título tan amable de Madre Santísima de la Luz, dedicándoos tríduos, novenas y solemnes fiestas, y erigiéndoos muchos y preciosos altares, en que para siempre fuéis venerada, recibiendo del pueblo fiel los tiernos y constantes obsequios que permitiesen las humildes rentas con que á perpetuidad dotaban vuestros cujos. Amables recuerdos han dejado también de su ardorosa devoción hacia Vos en esta advocación tan amable los Diez de Sollano, Aguado, Sierra y tantos otros, que hoy os contemplarán gozosos desde el cielo, como piadosamente esperamos, graciosamente coronada con áurea diadema, y sobre todo, con los ardorosísimos afectos de gratitud y de amor, que incesantemente exhalan en vuestro obsequio los leales pechos de los fieles mexicanos, y en especial, los de la privilegiada ciudad de León, tan tiernamente consagrada á vuestro amor y á vuestro culto desde que goza la indecible dicha de poseeros.

¡Oh Madre Santísima de la Luz, Reina y Señora nuestra! Humildemente postrados ante vuestra bellísima Imagen, Os reconocemos de nuevo en este día por nuestra cariñosa Madre y venerable Reina! Os tributamos desde lo más íntimo de nuestros corazones rendido vasallaje y sincero testimonio de obediencia, de gratitud, de veneración y de amor. ¡Que nuestras lenguas Os proclamen siempre, como solemnemente Os proclamamos hoy á la faz del cielo y de la tierra, por Madre tiernísima y benignísima Reina, á cuya honra dedicamos desde luego todo nuestro ser! ¡Reinad con eficacia sobre estos corazones, cuya infidelidad habéis lamentado tantas veces; reinad sobre nuestras almas, que algún día dieron, por desgracia, tan amarga pesadumbre á Vuestro Corazón purísimo é immaculado! ¡Potencias, sentidos, los miembros todos de nuestro cuerpo: que todos incessantemente Os alaben y bendigan como á Madre y como á Reina! Si una acción cualquiera, una palabra, un pensamiento, un gesto levísimo brotase en algún tiempo de nuestro ser contra vuestra honra ó vuestra voluntad soberana, desde ahora lo condenamos con toda el alma; y con encarecimiento Os pedimos, Reina y Madre amorosísima, que antes que tengamos que lamentar en nosotros la menor ofensa contra Vos ó contra vuestro divino Hijo, muramos en vuestra gracia; porque sería vida tristísima é infeliz la vida que conservásemos en desgracia vuestra. Honor, fidelidad y perpetua gloria á nuestra Reina benignísima la Madre Santísima de la Luz!

ALABANZAS Á LA MADRE SANTÍSIMA DE LA LUZ.

Dios te salve, *María*, MADRE SANTÍSIMA DE LA LUZ, *Reina* poderosa de los ángeles y de los hombres, enriquecida con toda clase de prerogativas, gracias, virtudes y con la abundancia de los dones del Espíritu Santo; *Reina* piadosísima, á quien ha sido otorgado el más amplio poder para enriquecer á los hombres con los incalculables tesoros de su misericordia. — *Dios te salve, María, etc.*

Dios te salve, *Reina* bellísima y de incomparable magnificencia, que sentada junto al trono del mismo Dios, brillas por tu pureza y hermosura; que subes del Líbano de la virginidad y embalsamas el mundo con el unguento olorosísimo de tus virtudes. — *Dios te salve, María, etc.*

Dios te salve, *Reina* agraciada y felicísima, cuyos labios al pronunciar en favor nuestro palabras de clemencia, son mil veces más dulces que la miel; de cuya lengua purísima brota, como de fuente inagotable, la alegría; y cuyas sacratísimas manos, impregnadas de aroma celestial, difunden por toda la tierra, al cobijarnos bajo su amorosa protección, suavísimos olores, que no se perciben entre las peligrosas delicias de los sentidos. — *Dios te salve, María, etc.*

ORACIÓN.

¡Oh *María*, Madre Santísima de la Luz!; *Reina* incomparable; Señora del universo; Puerta de salud y de vida! ¡Principio de la universal restauración; Virgen amabilísima, por la cual toda la naturaleza

creada bendice á Dios, y de El es bendecida! ¡Hermosa á los ojos del que Os mira, amable á los que Os contemplan, deliciosa á los que Os aman! Si al Arca antigua de la Alianza, imagen y figura de vuestra santidad, honró tanto Dios nuestro Señor ¿qué culto y qué veneración deberemos tributaros á Vos, que sois nuestra verdadera Reina? Por Vos, como serena aurora, que ilumina el mundo y precede al divino Sol de justicia, se dispó el odioso horror de las tinieblas, desapareció el poder del tirano infernal, quedó destruida la muerte y sujeto el abismo; el hombre fué reconciliado con Dios, firmáronse entre él y su Señor duraderas paces, y quedó bañado todo el orbe con la Luz clarísima de la verdad. ¡Salve, Virgen inocentísima, nuestra cariñosa Madre y nuestra benignísima Reina!

Si nuestra devoción hacia Vos ha de ser verdadera, imitando en lo posible vuestras heroicas virtudes ¿qué haremos para adquirir de algún modo sólido fervor en todas vuestras buenas obras? Porque, siendo tan grande el amor inmenso de Dios nuestro Señor hacia vuestras almas, natural es que nosotros seamos generosos con El amándole sin medida. Y, sin embargo, no todos le aman con la sinceridad y el fervor con que debieran. Porque unos van hacia El harto ocupados con la constante solicitud de las cosas de la tierra, y poca actividad les queda para dedicarla al divino servicio; otros pretenden servirle en algo, pero más que á Dios, atiéndense á sí mismos; otros, felizmente, dirigenle hacia El con irresistible anhelo, y sólo atienden al acrecentamiento de la divina gloria, con marcado menosprecio de sí

mismos. En este último grado figurasteis siempre Vos, oh Madre amabilísima, descollando como verdadera Reina, sobre las almas más fervorosas, y aun sobre el encendido amor de los mismos serafines, cuanto el sol aventaja en luz sobre las estrellas, cuanto en frondoso bosque sobresale el corpulento cedro sobre la humilde mata de yerba.

¡Ah! Conseguidnos, Reina y Madre dulcísima, esta preciosa virtud del fervor en las obras todas de nuestra vida, haciendo que con eficacia recordemos aquel saludable aviso del Espíritu Santo: "*No seáis flojos en cumplir vuestro deber; sed fervorosos de espíritu, acordándoos que al Señor es á quien servís.*" y que no nos limitemos en el divino servicio á conquistar tales ó cuales grados de mérito ó de virtud, sino que "*entre esos dones, aspiremos siempre á los mejores.*" Mucho espera el Señor de nuestra fidelidad hacia El, porque muchos y preciosísimos son los grados de gracia que derrama generosa sobre nuestras almas; y no sería digno ciertamente corresponder á ellos con limitación y tibieza, siendo así que "*la senda de los justos es como una luz brillante, que va en aumento y crece hasta el medio día.*"

En este día, pues, Reina y Madre piadosísima, en que con festivo aplauso y dulcísimos consuelos celebramos vuestra soberana grandeza, y la solemne coronación de vuestra maravillosa Imagen como de Madre Santísima de la Luz, alcanzados de vuestro divino Hijo rayos vivísimos de luz celestial, que, iluminando el alma, enciendan abrasadores el corazón, para que nuestro fervor en su santo servicio crezca cada día más, conquistándonos una vida santa, una

muerte dichosa, y después lauros eternos de gloria.
—Amén.

NUESTRA MADRE SANTÍSIMA DE LA LUZ, BENIGNÍSIMA,
Y PODEROSA REINA EN FAVOR DE LOS HOMBRES.

Figura y sombra tan sólo de nuestra Madre Santísima de la Luz, fueron las reinas más eminentes, amables y poderosas que registran los fastos de todas las edades: Ester y Betzabé, con haber dejado de su bondad y notable influencia sobre Asuero y Salomón tan gratos recuerdos, son expresión muy limitada y muy mezuada de la grandeza de nuestra Reina celestial, cuya saludable influencia se extiende á todos los pueblos, á todos los siglos, y aun más allá de los últimos lindes del tiempo, en las inmensas regiones de la eternidad.

Es María, como dice San Bernardino de Siena, la creatura más noble entre todas y sobre todas las más nobles del universo; en su ilustre genealogía, San Mateo cuenta cuarenta y dos generaciones desde Abraham hasta Jesucristo, y la celestial Señora desciende de cuarenta patriarcas, catorce reyes y catorce príncipes. María, observa San Buenaventura, reina con ilimitado imperio sobre todo el universo; porque es la Señora del cielo, de la tierra y hasta del infierno, como que ejerce su elevada soberanía sobre los ángeles, sobre los hombres y sobre los demonios. La celebrada Reina Ester iba seguida de dos doncellas; la una sostenía parte de sus amplias vestiduras, y en la otra se apoyaba con majestuosa dignidad. Dos clases de sirvas tiene igualmente la Santísima Vir-

gen; la creatura angélica y la humana. La humana es la que en el mundo se somete humilde á su soberanía, sosteniendo sus reales vestiduras; es decir, imitando sus virtudes y sus ejemplos. Apóyase sobre la creatura angélica, porqué la sirven y la veneran los ángeles; ¡Oh! qué poderoso motivo de alegría y consuelo para nosotros, al considerar que la Soberana de los ángeles es de nuestra misma humana naturaleza!

“Si os fijáis, dice San Antonino, en que María tiene á sus purísimas plantas la luna, sabed que con esto se significa el gran poder que la Inmaculada Madre de Dios tiene sobre el universo. Cierta es que en la casa de Dios hay diferentes grados y diversos órdenes: tales son los de los apóstoles, mártires, confesores, vírgenes y los nueve coros de los ángeles; y tantos como son los órdenes, son los reinos. Pero el reino de María está muy por encima de todos los demás, porque es la Reina de todos los príncipes del cielo.” ¡Feliz mortarqua la que tiene tal Reina!; Reina dichosa, la que puede contar con tales vasallos! ¡Mil y mil veces felices los que tienen la dicha de estar sujetos á tal Reina, y de contemplar por siglos y siglos su magnificencia y singular hermosura!

Todo el orden jerárquico en el cielo fúndase en la superioridad sobrenatural en la santidad y en la inocencia. San Dionisio Arcopagita asegura que los grados de santidad y de gracia equivalen á los de este principado celestial, y que cada grado superior, contiene las perfecciones de todos los grados inferiores. Así que, el más alto grado entre las angélicas jerarquías contiene todas las gracias de los ocho grados

inferiores, además de la gracia que le es propia. María, pues, hállese enriquecida con todas las gracias de los nueve coros de los ángeles, además de las incalculables gracias que posee como Madre Inmaculada de Dios y poderosa Reina de todos los bienaventurados.

A su admirable soberanía en los cielos se refieren aquellas palabras del sagrado libro del Eclesiástico: "En los altísimos cielos puse yo mi morada, y el trono mío sobre una columna de nubes; Yo sola hier todo el giro del cielo, y penetré por el profundo del abismo, me paseé por las olas del mar, y puse mis pies en todas las partes de la tierra; y en todos los pueblos y en todas las naciones tuvo el supremo dominio." Recorre los cielos, porque como Madre de Dios, sobrepuja en dignidad, en gloria y en poder á todos los ángeles y santos. Cristo nuestro Señor, en cuanto Hombre, excede en dignidad y aventaja incomparablemente á todo orden de la naturaleza creada; y como la grandeza y majestad de María son tan conformes á la majestad y grandeza de Jesús, claro aparece que á todas las creaturas que pueblan felices el cielo, excede sin comparación en grandeza la Santísima Virgen María.

Tal es, ó mejor dicho, casi infinitamente más que todo esto es la gloria de nuestra Madre Santísima de la Luz en el cielo y en la tierra, en beneficio de sus devotos. Y en esa gloria indescriptible, y en ese inmenso poder que ejerce sobre toda la creación, debemos gozarnos como hijos fieles y amantísimos de tal Madre y de tan excelsa Reina; porque todo ese poder lo ejerce en beneficio de los hombres, y en especial, en gracia de los más necesitados. ¡Oh Reina

amabilísima, Madre Santísima de la Luz! A vuestra inexplicable bondad nos acogemos, en vuestras poderosas manos depositamos nuestra alma. Que con esas gracias que en tanta abundancia derramáis, vivificada y fortalecida Os sea siempre fiel; en Vos descanse como en tiernísima Madre, como en benignísima Reina; y en vuestra amable compañía goce eternamente de Dios en el cielo.—Amén.

EJEMPLO.

Madre Santísima de la Luz, la Inmaculada Virgen María la concede en abundancia, no sólo á los verdaderos sabios, sino á las Instituciones eclesiásticas y religiosas, para que gobernadas con acierto, promuevan con más constante empeño de día en día la mayor gloria de Dios. Había muerto el P. Everardo Mercuriano, cuarto Preposito General de la Compañía de Jesús, y preparábase los Padres electores de este Instituto para darle un digno sucesor. Con gran fervor pedía á Su divina Majestad en la oración el P. Tomás de Blanc que tuviese feliz resultado la Congregación general reunida con aquel objeto, cuando admirado contempló en espíritu que la Santísima Virgen entraba en la sala de las sesiones, y tomando de la mano al P. Claudio Acquariva, que era el más joven de los electores, se adelantó con él y presentándole á los demás Padres congregados para aquel acto, les dijo: "Elegid á este por nuestro General;" y ellos inmediatamente se lo prometieron. Horas antes, el fervoroso P. Claudio Matthieu había tenido una visión parecida; la Santísima Virgen, acompañada

de San Ignacio de Loyola y de San Bernardo, presentaba por sí misma al P. Claudio Acquaviva á su divino Hijo, para que le eligiese General de la Compañía; y el amabilísimo Jesús, accediendo á los deseos de su purísima Madre, dió al P. Claudio su bendición. Fué efectivamente el P. Acquaviva uno de los Generales más ilustres de este Instituto; y entre tantas empresas de la mayor gloria de Dios, que promovió hasta su muerte, tenía singular complacencia en recomendar á todos sus hijos la más tierna devoción á María; empeño piadosísimo que desde los comienzos de la Compañía había preocupado constantemente á su glorioso Fundador.

Ipsam cote,

Ut de mole

Criminum te liberet;

Hanc appella,

Ne procella

Vitiorum superet.

Nemo dicet

Quantum licet

Laudans ejus merita,

Quae cunctorum,

Sunt sanctorum

Supra culmen posita.

(San Casimiro)

Ama á esta excelsa Reina;

Que ese amor santo

librará del peso

De tus pecados.

Y si la llamas,

Libre de la tormenta

Saldrá tu alma.

Siempre la lengua humana

Quedará corta,

Al cantar de esta Virgen

Madre la gloria;

Porque se encumbra

Sobre todos los santos,

Radiante y pura.

J. V.

OBSEQUIO Á LA MADRE SANTÍSIMA DE LA LUZ.

Ofrecer á Su divina Majestad, al prepararse para la sagrada Comunión, las virtudes y méritos de María.— A Santa Gertrudis, que deseaba con vivas ansias esta digna preparación, dió un día la Santísima Virgen una joya de admirable resplandor, adornada con muchas piedras preciosas que representaban sus virtudes; y con ella quedó Gertrudis magníficamente preparada para recibir á su divino Esposo Jesús.

Novena á la Inmaculada Virgen María,
Madre Santísima de la Luz.*

PRIMER DIA.

Puesto de rodillas delante de la Imagen de María Madre Santísima de la Luz, levantará el corazón á Dios, que está presente, y reverenciándole con profunda ado-

* Del P. Pedro de Echarri, de la Compañía de Jesús.—

de San Ignacio de Loyola y de San Bernardo, presentaba por sí misma al P. Claudio Acquaviva á su divino Hijo, para que le eligiese General de la Compañía; y el amabilísimo Jesús, accediendo á los deseos de su purísima Madre, dió al P. Claudio su bendición. Fué efectivamente el P. Acquaviva uno de los Generales más ilustres de este Instituto; y entre tantas empresas de la mayor gloria de Dios, que promovió hasta su muerte, tenía singular complacencia en recomendar á todos sus hijos la más tierna devoción á María; empeño piadosísimo que desde los comienzos de la Compañía había preocupado constantemente á su glorioso Fundador.

Ipsam cote,

Ut de mole

Criminum te liberet;

Hanc appella,

Ne procella

Vidorum superet.

Nemo dicet

Quantum licet

Laudans ejus merita,

Quae cunctorum,

Sunt sanctorum

Supra culmen posita.

(San Casimiro)

Ama á esta excelsa Reina;

Que ese amor santo

librará del peso

De tus pecados.

Y si la llamas,

Libre de la tormenta

Saldrá tu alma.

Siempre la lengua humana

Quedará corta,

Al cantar de esta Virgen

Madre la gloria;

Porque se encumbra

Sobre todos los santos,

Radiante y pura.

J. V.

OBSEQUIO Á LA MADRE SANTÍSIMA DE LA LUZ.

Ofrecer á Su divina Majestad, al prepararse para la sagrada Comunión, las virtudes y méritos de María.— A Santa Gertrudis, que deseaba con vivas ansias esta digna preparación, dió un día la Santísima Virgen una joya de admirable resplandor, adornada con muchas piedras preciosas que representaban sus virtudes; y con ella quedó Gertrudis magníficamente preparada para recibir á su divino Esposo Jesús.

Novena á la Inmaculada Virgen María,
Madre Santísima de la Luz.*

PRIMER DIA.

Puesto de rodillas delante de la Imagen de María Madre Santísima de la Luz, levantará el corazón á Dios, que está presente, y reverenciándole con profunda ado-

* Del P. Pedro de Echavari, de la Compañía de Jesús.—

ración, le ofrecerá sus obras, pensamientos y palabras á honor de Cristo Sol de justicia y de su clarísima Madre, y hará con el mayor dolor posible este

ACTO DE CONTRICIÓN.

Señor mio Jesucristo, verdadera Luz de cielos y tierra, que eclipsada en la Cruz con la funesta sombra de mis culpas, nos sacaste de las tinieblas del pecado al resplandor de la gracia: por lo que padeciste por mí, y por quien eres, me pesa, Dios mio, de todo mi corazón de haberte ofendido: propongo una firme enmienda, y no pecar más, y espero en vuestra bondad y misericordia infinita, me bas de perdonar por tu preciosa Sangre y por los méritos de tu pasión y muerte.—Amén.

Después se dirá la oración siguiente, con recuerdo al primer coro de los espíritus celestiales que llamamos y son los ángeles.

ORACIÓN.

Soberana Emperatriz de los cielos, María Madre Santísima de la Luz, y por eso Madre dignísima de Cristo, verdadero Sol de justicia; postrado á tus pies, y reconociendo mis graves culpas, te ruego y suplico por la Sangre de mi Redentor, que me comuniques el cuidado debido en la observancia de los divinos preceptos á que me inclina con inspiraciones continuas el ángel de mi guarda, uno de los que forman el primer coro de los celestiales espíritus. Haz, Soberana Princesa, que los imite yo en la pureza y en el

conato de cumplir en todo la voluntad de tu santísimo Hijo Jesús, que con el Padre y el Espíritu Santo, vive y reina por los siglos de los siglos.—Amén.

Esta oración sólo se dice el primer día, porque los demás se canta según los coros de ángeles. Acabada ella, se rezan con atención y fervor siete Ave Marias á la Santísima Madre, por las siete dones con que el Espíritu Santo la adornó y sublimó sobre todas las puras creaturas, y se le dan las gracias en esta breve.

CONGRATULACIÓN.

Espíritu Santo Paráclito, consolador y lumbré de las almas, Dios y Señor nuestro; á quien se atribuyen especialmente las obras de la justificación, como indicios de tu eterno amor; yo te doy infinitas gracias por los dones y excelencias incomparables con que sublimaste á María mi Señora, Madre Inmaculada de la increada Luz, Esposa tuya dignísima: y te suplico por sus merecimientos unidos á los de su precioso Hijo, me concedas un dolor intensísimo de mis culpas, para que así quede digno de tu amor y de tus dones; y por último logre gozarte eternamente y adorarte con el Padre y con el Hijo por los siglos de los siglos.—Amén.

Acabado esta oración gratulatoria, se dice al Niño Jesús, esta.

ORACIÓN.

Dulcísimo Jesús, que á la mano siniestra de María tu clarísima Madre, recibes de un ángel los humanos

corazones arrepentidos de sus culpas, y encendidos en tu amor. Haz, Señor dulcísimo, por los méritos de tu pasión y muerte, y por los que te complaciste en la pureza sin igual de tu Madre, que mi corazón deteste los errores y pecados que ha cometido, y se abraze en tu divino amor, para que sea digno de que mi ángel de guarda te lo presente, y eternamente te lo consagre, porque así te ame en los siglos de los siglos sin fin.—Amén.

Aquí se viene á levantar el corazón á Dios, y con gran fe y esperanza se le pide por los méritos de Cristo y la Pureza inefable de María, y el feliz suceso en el negocio ó cuidado porque se hace esta novena, suplicándole nos lo conceda del modo que fuere más conforme á su divina gloria, y la mayor utilidad y bien de nuestra alma.

Acabada la petición, se dirige el corazón á la Madre Santísima con esta

DEPRECACIÓN.

Augusta, soberana Virgen, Reina de los ángeles y de todos los bienaventurados, Inmaculada Madre de la Luz, que concebiste de tu sustancia y diste á luz la Luz eterna de los cielos y tierra, Cristo Jesús verdadero Hombre; postrado á tus pies humildemente, te suplico me alcances de tu soberano Hijo, el favor que en esta novena te pido: y que en éste y los demás negocios y cuidados de mi vida, el principal sea siempre en mi atención *aquel uno necesario*, que consiste en servir y amar á Dios de todo corazón. Haz, benigna y poderosa Reina, que, libré de la boca

del abismo y su infernal dragón, viva mi alma eternamente en tu compañía, alahando á Dios como los astros del firmamento, y cooperando con sus luces al resplandor incomparable de la tuya que es Luz de la Luz de tu Hijo: rayo de su esplendor y ornamento de su gloria.—Amén.

ORACIÓN.

A ti ocurre, oh Madre Santísima de la Luz! Reina soberana de los ángeles y de los hombres, como á mi seguro puerto á solicitar tu protección y amparo. Tú, eres Señora de este ingrato siervo; Madre de este indigno hijo, y salud de este desvalido enfermo, concebido en flaquezas y miserias: pero Tú como Señora todo lo puedes: como Madre todo lo suples, y como Salud todo lo curas: puedes hacer de un siervo inútil un diligente esclavo; de un hijo indigno quien dignamente te reverencie, y de un enfermo un espíritu sano. Desata las prisiones de los que ciegos sirven á sus pasiones, y la de los cautivos; ayuda á los flacos: pon en descanso á las afligidas almas del Purgatorio; remedia todas las necesidades de nuestra Santa Madre Iglesia, pues eres Luz resplandeciente para todos; y á mí, que me acocjo á tu amparo, concédela á mi atribulado espíritu para que camine por la senda que sea más agradable á tu Hijo santísimo, y de tu mayor servicio. Esto sólo te pido, esto sólo deseo y esto me atrae á tus aras, y no he de salir triste de donde todos vuelven con consuelo, por el amor con que te aman el Eterno Padre, su Hijo y tuyo Santísimo, y el Espíritu Santo, cuyas tres divinas

Personas son un solo Dios verdadero que vive y reina eternamente.—Amén.

SEGUNDO DIA.

Dulcísima Virgen María, Madre purísima de la Luz y Madre nuestra clementísima, que te ves obsequiada de los arcángeles, como ministros de Dios en los negocios más graves de su servicio: suplicote, Reina amabilísima, por los merecimientos de tu Hijo y tuyos, y por los que Dios se complace en este segundo coro, que me concedas el que coopere con ellos á cuanto fuere de la mayor gloria de Dios; y el negocio que en esta Novena solicito, dirigiéndolo á su mayor alabanza, y á mi mayor utilidad.—Amén.

TERCER DIA.

Soberana Virgen María, Madre clarísima de la eterna Luz que inspiras sobre aquellos celestes espíritus que se llaman Principados. Haz, Señora, que en nosotros ejerzan tu empleo, alumbrándonos, é instruyéndonos en el cumplimiento de nuestras obligaciones, ó por sí, ó por medio de los ángeles y arcángeles sus inferiores; y alcanzanos también de Dios lo que pido en esta Novena, enderezándolo á mayor honra y gloria de tu esclarecido Nombre.—Amén.

CUARTO DIA.

Santísima Virgen María, Madre Inmaculada de la Luz, postrado á tus sagrados pies te pido rendida-

mente me encomiendes á las Virtudes que componen el cuarto coro de los espíritus soberanos, y pues por ellos obra Dios las grandes maravillas de su poder, haz por su medio que en mi alma se practique el milagro de una grande conversión á Dios, de suerte que en adelante no desee ni aspire sino á lo que fuere de la mayor gloria divina, y que por sus merecimientos unidos á los tuyos y los de tu Hijo, alcance feliz éxito en el presente cuidado, dirigiéndolo en todo á tu sagrado beneplácito.—Amén.

QUINTO DIA.

Soberana Virgen María, esclarecida Madre de la Luz, y Reina de las Potestades, por cuyo medio refrena Dios el orgullo de los espíritus apóstatas y rebeldes, haz, benignísima Princesa, que también por su medio se reprima el furor de mis enemigos, y que mi alma se libre de caer en la boca del abismo, y en las fauces del infernal dragón, para que sea trofeo de su poder y misericordia. Te suplico asimismo, encamines el negocio de esta Novena á mayor gloria de Dios, honra tuya y bien de mi alma.—Amén.

SEXTO DIA.

Purísima Virgen María, Madre de la Luz increada, Reina poderosísima, que ejerces tu señorío y majestad en las mismas Dominaciones, que son los espíritus soberanos, que presiden á los inferiores coros como ministros de Dios ejecutores de su rectísima voluntad. Haz, Señora, que logremos el domi-

nio de nosotros mismos, venciéndonos y sujetando nuestros apetitos á la razón, para que observemos enteramente los divinos preceptos. Y concédeme también el favor particular que pido en esta Novena, á mayor gloria de Dios.—Amén.

SEPTIMO DIA.

Virgen benditísima Maria, Madre de la eterna Luz, que eres trono augusto de la Santísima Trinidad, y por eso reina de aquellos espiritus, en quienes descansa Dios como en asiento y trono de la grandeza y majestad. Por estos altísimos Príncipes, y especialmente por tu Hijo, Rey y Señor de todos, te ruego que mi alma llegue á una pureza tal, que merezca hospedar en ella á Dios, tan de asiento, que sea como trono de su agrado y complacencia; y el favor que pido en esta Novena, dirígelo, suavísima Señora, al fin del mayor obsequio de mi Dios.—Amén.

OCTAVO DIA.

Sapientísima Virgen y Madre de la eterna Sabiduría, por ser Madre Inmaculada de la Luz, María Reina de los querubines, así llamados por la plenitud de ciencia y sabiduría que gozan; alcánzame de Dios la ciencia más provechosa, y la que es ciencia de los Santos, un temor de Dios filial y reverente con que quiera perder todas las cosas antes que incurrir en ofensa suya. Haz, Reina y Señora, que en esto los imite; y juntamente intercede con tu soberano Hijo,

á favor de lo que solicito en esta Novena, ordenándolo enteramente á su divina rectísima voluntad.—Amén.

NOVENO DIA.

Amantísima y amabilísima Virgen Maria, Madre de la eterna Luz, Esposa dignísima del Espíritu Santo, en cuyo purísimo amor te abrasas, como Emperatriz de los serafines, aquellos supremos espiritus que se aventajan á los otros por el imponderable fuego que respiran, en que arden, y con que aman incesantemente á Dios. Consigue de Su Majestad, Señora, que mi alma se encienda en el fuego de ese mismo amor, de suerte, que se derrita en él y se transforme en Dios únicamente amado. Alcánzame también el éxito feliz en el negocio, que especialmente pido en esta Novena á mayor gloria de Dios y honor tuyo, Madre amabilísima de la Luz.—Amén.

SALUTACION.

que hacia á los Corazones dulcísimos de Jesús y Maria, la V. Maria Pillari, religiosa de Santo Domingo.

Una Ave Maria se dice primero, y acabado el ofrecimiento.

Dios te salve, Corazón dulcísimo de Jesús, fruto bendito del purísimo vientre de mi Señora la Virgen Maria; yo te ofrezco el castísimo y purísimo Corazón de tu Santísima Madre, con este miserable mío, y te doy humildes gracias por las infinitas y especiales prerrogativas con que enriqueciste y llenaste el corazón amplísimo de tu Santísima Madre.

AVE MARÍA.

Dios te salve, ardentísimo Corazón de la que, siendo como eres Madre de Dios, eres Reina del cielo. Yo te ofrezco el dulcísimo y piadosísimo Corazón de tu Santísimo Hijo mi Señor, y te doy humildes gracias, por los mismos servicios y obsequios con que le asististe; y á Ti, Hijo del Eterno Padre y Redentor mio, te doy humildes gracias por los innumerables privilegios con que enriqueciste y adornaste el Corazón de tu Santísima Madre; á quien invoco abogada ahora y en la hora de mi muerte.—Amén.

AVE MARÍA.

¡Oh dulcísimo Jesús! ¡Oh piadosísima María! En unión dulce y amorosa de entrambos Corazones os ofrezco este misero, pobre y helado corazón mio; valgame, Señor, tu clemencia; que yo en tan grande miseria me acoto á los méritos de tu pasión, y á los ruegos de tu Santísima Madre: dame de limosna, ¡oh amor divino! tu ardentísimo amor; para que no tenga ni posea otro mi corazón, que á Ti, Luz increada, Luz divina, y á tu Madre dulcísima, que los dos viven y reinan, con el Padre y el Espíritu Santo, por los siglos de los siglos.—Amén.

SALVE Á LA SANTÍSIMA MADRE DE LA LUZ.

Dios te salve, Virgen,
Del Empireo Reina,
Dios te salve, Madre
De la Luz excelsa;

Dios te salve, Vida
De las almas muertas,
Y dulzura suave
Y esperanza nuestra.
Tú entre las borrascas
De esta vida incierta,
Fres para todos
Cual polar estrella,
Porque nos alumbras
Entre las tinieblas,
A Ti levantamos
Voces lastimeras,
Como desterrados
Tristes hijos de Eva.
A Ti suspiramos;
Oye nuestras quejas;
En el hondo valle
De llanto y miseria,
Gemir á toda hora
Y llorar es fuerza.
Ea, pues, Señora,
Y abogada nuestra,
Vuelve hacia nosotros
Tus miradas tiernas,
Las luces brillantes
De tus ojos sean,
El dulce consuelo
En tanta tristeza.
Sientan los inflijos
De esas dos estrellas
Los perseguidores
De la santa Iglesia.

Míralos, ¡oh! Madre!
 Porque se conviertan.
 Y á nosotros mira
 Porque no nos vengas;
 Y cuando el fin llegue
 De nuestra carrera,
 Término dichoso
 El destierro tenga.
 Y entonces ¡oh! Madre!
 A la luz más bella
 De tu vientre fruto,
 A Jesús nos muestra:
 ¡Oh Virgen clemente!
 ¡Oh piadosa y tierna!
 ¡Oh dulce y amable!
 Suave y halagüeña!
 Madre de las luces,
 Por nosotros niega,
 Para que el pecado
 No nos oscurezca.
 Y que conducidos
 Por la luz eterna,
 De Jesús logremos
 La dulce promesa.—Amén.

Á NUESTRA MADRE SANTÍSIMA DE LA LUZ.

SONETO.

Tú eres la Luz de la fulgente aurora,
 La que ofusca el lucero matutino;
 Eres la Luz que á iluminarnos vino
 Y á consolar al misero que llora,

Eres la Luz, que los espacios dora
 Para mostrar la senda al peregrino,
 Cuando ha perdido el celestial camino
 Y ante tus plantas tu piedad implora,
 La Luz, que del Edén ha descendido,
 Es la excelsa Maria, Madre amante
 Que su luz celestial ha difundido,
 A Ella elevando oración constante,
 Mi guía, mi Norte y mi fanal ha sido,
 Como el faro del puerto al navegante.

P. ALARCON.

Novena á la Madre Santísima de la Luz.*

Entre la multitud de títulos con que la piedad cristiana venera á Maria Santísima Señora nuestra, ninguno más ajustado ni más propio á su dignidad altísima de Madre de Dios, que el de MADRE SANTÍSIMA DE LA LUZ. Llamar á Maria Santísima MADRE DE LA LUZ, es saludarla con el epíteto de que más se gloria Jesucristo, cual es el de Luz: es acordarle, que Ella es la celestial Aurora que nos trajo en sus brazos la verdadera divina Luz del cielo: y es, en una palabra, confesar para gloria y honra suya, que Ella es á quien el mundo debe toda su felicidad. De ningún otro símbolo ó jeroglífico hizo más aprecio Jesucristo que del de Luz: con ninguno otro quiso más expresamente ser conocido y venerado

* Del R. P. Fr. José Francisco Valdez, Religioso Descalzo de la Provincia de San Diego, de México.— 1792.

que con el de Luz: no contento con haber dicho por su boca que El era la Luz del mundo, quiso que su discípulo amado el Santo Evangelista añadiese con toda claridad que era la Luz verdadera que habia venido á alumbrar é iluminar al mundo: esto es, Luz, no simbólica ó metafórica, sino Luz que real y verdaderamente hacia los oficios de la luz, cuales son desterrar las tinieblas, ilustrar el mundo, alegrarlo, vivificarlo, ennoblecerlo, y poner á los ojos de los mortales la hermosura de las creaturas. Razón porque la Iglesia saluda á Jesucristo en el símbolo que canta en el santo sacrificio de la Misa, con el epíteto de Luz, que tiene su origen y nacimiento en la Luz eterna del Padre: Dios purísimamente engendrado del verdadero Dios, y Luz empañada de la verdadera Luz.

Tanto como esto es el aprecio que hace la Iglesia del título de Luz, con que venera á su divino Maestro Jesucristo; y ¿quién á vista de esto podrá poner en duda la complacencia que le resulta á María Santísima de la Luz? Y más, cuando el título de Luz no es tan privativo de Jesucristo, que no le convenga también por participación á la sagrada Reina de los ángeles: siendo verdad de fe que todos cuantos elogios, cuantas alabanzas, cuantos títulos y epítetos da la santa Iglesia á su sagrada Cabeza Jesucristo, tantos proporcionadamente le franquea y acomoda á María. En consecuencia de lo cual, no sólo es esta gloriosísima Señora MADRE DE LA LUZ, por haber dado el ser como Hombre á la divina Luz Jesús; sino también porque Ella es la que en compañía de su divino Hijo ilumina, alegra y regocija al mundo.

Así lo confiesan animosamente los Santos Padres, sin temor de agraviar en esto al Hombre-Dios, quien acepta y recibe como tributados á El, los elogios que se le tributan á su purísima Madre. Persuadida de esta verdad la piedad cristiana, y reconocida á los beneficios que debe á esta Señora, procura con la variedad de títulos y advocaciones con que saluda á María Santísima, desempeñar su gratitud, y satisfacer en algún modo las grandes deudas que contrae por esta beneficencia. Pero, siendo los mayores beneficios que podemos recibir de la mano amorosa de esta Señora, el que nos liberte de la eterna condenación y nos presente á su Hijo divinísimo, como ofrenda digna á tan alta y pura Majestad, ¿en qué otra advocación ó título de María Santísima se expresa con más claridad el reconocimiento de tales beneficios, que en esta de MARÍA, MADRE SANTÍSIMA DE LA LUZ? Aquí confesamos, publicamos y pregonamos, que el no haber caído en el profundo abismo del infierno, que el no habernos tragado el infernal dragón, y no estar ya ardiendo en aquellas eternas llamas, lo debemos á María, quien con el brazo poderoso de su intercesión embarazó ó detuvo nuestra caída, alcanzándonos de su Hijo Santísimo el auxilio de la gracia, para levantarnos del miserable estado de la culpa, á tiempo para reconocer nuestro riesgo, y apartarnos de él por medio de un arrepentimiento verdadero. Y que de la misma suerte el ofrecer nuestros corazones limpios de la asquerosa mancha de la culpa, y presentarlos á María quien agradable á Jesucristo, lo debemos á María, quien por medio de los ruegos con que incessantemente clama á su Hijo, nos

alcanzó la gracia de disponernos y proporcionarnos para poderlos poner delante de aquel justísimo Juez, como ofrenda digna de Su Majestad. Avivemos, pues, nuestra devoción, y para corresponder á tanto beneficio, y hacernos acredores á su continuación, hagamos esta Novena.

Hincándose de rodillas, y haciendo la señal de la Cruz, se da principio con el Acto de Contrición que se sigue:

ACTO DE CONTRICIÓN.

¡Oh Padre de las lumbres y Redentor dulcísimo de las almas, Jesús! ¿Como osaría este indigno y miserable pecador ponerse ahora en tu presencia, si la Luz de la fe no le enseñara que tu misericordia es infinita, y tu piedad inagotable? ¿Como tuviera yo valor para hablarte, si la fe no me enseñara que tu bondad es infinitamente mayor que mi maldad; y que nada deseas más que darramrar esos raudales de misericordia, que nacen de tu seno, en corazones humillados y arrepentidos? He aquí, Señor, que guiado yo de esta soberana Luz, y confiado en la fidelidad de tus promesas, vengo á tus plantas cubierto de vergüenza y de rubor, pero lleno también de confianza, á confesar mi ingratitud, á pedirte perdón, y á publicar que he merecido mil veces el infierno, que he merecido el que Tú me abandonases á una eterna perdición; pero que volviendo ahora tus ojos á mi arrepentimiento y mi dolor, te has de acordar de tu piedad, y me has de perdonar y darme gracia para enmendarme y perseverar en tu servicio hasta la muerte.—Amén.

ORACIÓN PARA TODOS LOS DÍAS.

¡Oh purísima Virgen María, Reina de los ángeles y de los hombres y Emperatriz angusta del Empíreo! ¿Cuánto me regocijo y alegro al verte honrada con el título de MADRE SANTÍSIMA DE LA LUZ! Eres verdaderamente Madre de la Luz, y te hiciste acreedora á este ilustre título desde el instante mismo en que concebiste en tu virginal seno, y le diste carne, al que es Luz increada y resplandor del Padre Eterno, Jesucristo Señor nuestro. ¿Qué gloria tan grande para Ti, y qué beneficio tan apreciable para mí! MADRE DE LA LUZ te has mostrado para mí tantas veces, cuantas me has alumbrado para que no cayese en aquel precipicio espantoso del infierno, á donde yo caminaba alucinado con el falso resplandor de los deleites mundanos. Hubiera caído ciertamente en el abismo, si Tú movida de tu piedad y misericordia no hubieras alargado el brazo de tu intercesión y me hubieras alcanzado del Todopoderoso un rayo de aquella Luz divina de la gracia, para que abriese los ojos, y viese el precipicio que me amenazaba. ¿Con qué afecto de reconocimiento y gratitud deberé corresponder á tan grande beneficio? ¿Qué paga será bastante para satisfacer tamaña deuda? Yo no encuentro otra que ofrecerte mi corazón: dignate admitirlo, y ponerlo entre esos que han logrado la fortuna de llegar á tus manos. Yo protesto que de aquí en adelante ya no es mío mi corazón; porque todo lo renuncio y lo sacrifico á tu soberanía, para que nada ame sino á Ti, nada deseé sino á Ti, nada busque, nada pretenda, nada solicite sino agradarte á Ti.

empleándose enteramente en el servicio de tu Santísimo Hijo, y mi amorosísimo Redentor Jesús.—Amén.

Se rezan cinco Ave Marías á honra del dulcísimo Nombre de María, y luego se dirá la Oración que corresponde á cada día.

ORACIÓN PARA EL PRIMER DÍA.

¡Oh purísima Reina de los ángeles, María Señora nuestra! ¿Qué bien acomodan á tu soberanía los elogios debidos á la Luz! Así como la Luz fué entre las creaturas materiales la primera que se llevó las atenciones del Criador, así tú entre las puras creaturas racionales, fuiste la primera que se mereció sus atenciones y su grado, siendo la Primogénita que salió de la boca del Altísimo. Sea para bien, que hayas logrado tan alta felicidad; que yo entretanto fiado en la benignidad de tu noble y generoso corazón, espero le envíes al mío un rayo de la hermosísima luz de gracia de que estás rodeada, para que abriendo los ojos á la verdad, en Dios sólo fije mi atención, en sólo Dios ponga mi amor, y no sean otros mis deseos sino agradar á sólo Dios. Ea, piadosísima Señora, vuelve tus ojos misericordiosos hacia este miserable pecador: vence con la poderosa influencia de tus luces la ceguedad obstinada de mi corazón, y ablanda su dureza, para que empleado en amar á mi Dios y mi Señor en esta vida, merezca gozar su vista en el día claro de la eternidad.—Amén.

ORACIÓN PARA EL SEGUNDO DÍA.

¡Oh MADRE SANTÍSIMA DE LA LUZ y Purísima Madre de Jesús! El oficio primero de la Luz material luego que salió de las manos del Artífice Supremo, fué desterrar las tinieblas en que estaba el mundo sumergido; y el efecto primero que vió el mundo luego que concebiste en tu Vientre virginal al Criador de todo lo que tiene ser, fué desterrarse las melancólicas sombras del pecado, y ahuyentarse las tinieblas del Paganismo y la infidelidad. ¿Qué título tan justo éste para apellidarte MADRE DE LA LUZ; y cuán poderoso motivo para excitar nuestro reconocimiento y gratitud á tan alto beneficio! Yo, Señora, en nombre de todos lo reconozco y lo confieso, y quisiera que reunidos en mi corazón los afectos de las creaturas todas racionales, todos, todos se emplearan en darte las debidas gracias; pero ya que no puedo darte las debidas gracias, te las doy como puedo. Seas para siempre bendita, y bendito para siempre el fruto de tu seno purísimo. Haz con tu poderosa intercesión, que, vencidas con la luz de la gracia las sombras que me ofuscan del pecado, suba á ver cara á cara al Sol increado en el Empíreo.—Amén.

ORACIÓN PARA EL TERCER DÍA.

¡Oh amabilísima Madre de los pecadores y Madre de Dios! ¿Con qué títulos tan justos te apellidas MADRE DE LA LUZ! Así como en el principio del mundo no había más que sombras, tinieblas y oscuridad hasta que nació la Luz, así en el mundo racional no

había más que ignorancia, pecados y maldad, hasta que saliste tú á derramar con el fruto bendito de tu vientre la Luz á los mortales! Qué desgracia tan grande sería la mía, si acercándome ahora, como me acerco, humilde y confiado á tu presencia, no lograra que me alumbrase esa Luz, y que se desterrasen de mi alma las tinieblas de mi ignorancia y mi maldad! ¡Oh! No sea así, Señora: yo estoy cierto de que no me engaño cuando confío en tu piedad y clemencia: poder tienes para hacerlo: piedad y clemencia tienes para desatirlo: Virgen poderosa, Virgen elemente, *Virgo potens, Virgo clemens*, te canta cada día y cada hora la Iglesia: ¿qué campo tan grande te ofrece mi miseria para acreditar tan ilustres elogios! Ejercita tu piedad con este infeliz pecador, ayudando con tu poder su corazón, y haciendo que se parta de dolor de haber ofendido á tu Hijo y su Criador.—Amén.

ORACIÓN PARA EL CUARTO DÍA.

¡Oh dulcísima Virgen María, Madre de los pecadores! ¿Qué hubiera sido el mundo, sino un horrible caos de oscuridad y confusión, si la hermosísima creatura, la Luz no lo hubiera vivificado y alegrado con sus beneficios resplandores? Sepultado hubiera quedado en un abismo de tristeza y melancolía, si la Luz no lo hubiera hermoseado y adornado. Pero, ¿qué es esto sino un rudo bosquejo y una ligera sombra del inmenso beneficio que á Ti te debe el mundo, por haberlo vivificado y alegrado con la Luz verdadera, Jesucristo? A Ti te debemos este bien: Tú eres por esto acreedora á nuestro reconocimiento:

Tú con aquel "*hágase en mí según su palabra*," sacaste del seno del Eterno Padre al Verbo divino, y lo pusiste en medio de las tinieblas de este mundo, para que las desvaneciese y lo iluminase. Célebreté en hora buena la Iglesia santa, y diga que eres Tú la causa de nuestra alegría: *Causa nostrae laetitiae*. Pero ¿cómo podré yo cantarte con verdad esta alabanza, si no me alcanzas de Dios la verdadera alegría, que es el gozo de la buena conciencia? Alcánzame, amada Madre mía, por aquel gozo que tuviste al verte sentada en el Empíreo al lado de aquel Hijo tuyo amabilísimo, que tantos dolores te había costado en el Calvario.—Amén.

ORACIÓN PARA EL QUINTO DÍA.

¡Oh Purísima Virgen María, Refugio de los pecadores! ¿Con qué ventajosas circunstancias miro copiadas en Ti las más brillantes propiedades de la Luz! Por inmundos y asquerosos que sean los lugares y sitios donde entra la Luz, siempre conserva ella su limpieza, sin mancharse jamás, ni disminuir sus lucimientos. Dibujo el más cabal y perfecto de tu pureza virginal, saliste á este mundo, cubierto todo y lleno de los asquerosos achaques de la culpa; pero saliste tan limpia, te conservaste tan pura y tan hermosa, que ni la mancha más ligera del pecado empaña tus candores. Renueva, piadosísima Señora, este prodigio en mi pobre corazón: entra en él por la gracia; y no sean obstáculo las feas manchas de mis culpas, para que lo ilumines con los rayos de la divina caridad y amor á mi Señor y mi Dios. Acredita

que eres Luz; y no te niegues á derramar las luces de la gracia sobre mi alma, que no desea otra cosa, sino limpiarse de las manchas de sus gravísimos pecados, para hacerse digna ofrenda á los ojos de tu santísimo Hijo, y lograr la bienaventuranza prometida á los limpios de corazón.—Amén.

VERITATIS

ORACIÓN PARA EL SEXTO DÍA.

¡Oh amabilísima Princesa del Empireo, y Abogada de los pecadores! ¡Cuán gloriosamente te acreditan de beneñca hermosa Luz los efectos de tu admirable bondad! No sólo alumbras nuestra ignorancia y ceguera alcanzándonos de Dios las luces que necesitamos para ver la verdad; mas también nos enardeces y fomentas, pidiendo incesantemente á Dios nos envíe los auxilios de su gracia, para encendernos en el fuego de su amor. Nadie más que yo está necesitado de este calor; yo me siento, Señora, tan helado y tan frío en la divina caridad, que sólo Tú con tu poderoso brazo puedes introducir en mi alma la llama de este amor; oye, pues, los clamores con que invoco su piedad; no te pido otra cosa, sino lo que Tú desear: no son otras mis súplicas, sino que prenda en mi corazón ese fuego que vino á encender tu Hijo Santísimo; ese fuego que El mismo dijo que deseaba se propagase y se extendiese en todo el mundo: ese fuego deseo, Señora, que me abraze; ese fuego te pido; y te lo pido por amor de aquel Señor que quiso hacerse Hijo tuyo por mi amor.—Amén.

ORACIÓN PARA EL SÉPTIMO DÍA.

¡Oh Soberana Madre del Creador, Reina de Angeles y hombres, Maria Señora nuestra; ¿quién no reconoce en Ti para admirarlos, los benévolos efectos de la Luz? Por más que las nubes quieran obscurecer ó apagar los rayos claros de la Luz, jamás se da Ella por vencida; antes lucha siempre para romper los obstáculos y comunicar sus influjos á la tierra. Puntualmente este es el carácter de tu benevolencia y tu misericordia: no te son obstáculo para ejercitar con los mortales tus piedades, las culpas y pecados; por más que las espesas nubes de nuestras maldades y torpezas se opongan á tu voluntad, Tú no dejas de continuar protegiéndonos, y de procurar con tus súplicas y ruegos que la misericordia del Altísimo envíe un rayo de luz que nos dé á conocer el infeliz estado de un alma oscurecida con la culpa. ¡Oh, amantísima Señora! No sean dificultad ahora mis gravísimos pecados, para que extremes conmigo tus piedades; no me he portado yo como Hijo tuyo; mas no por eso dejarás Tú de portarte como Madre; muestra que eres Madre mía intercediendo con tu Hijo, á fin de que me perdone, y me dé su gracia para no ofenderlo.—Amén. (R)

ORACIÓN PARA EL OCTAVO DÍA.

¡Oh gloriosísima Princesa de las alturas y Protectora de los hombres! El oficio más propio de la Luz es restituir á las criaturas los colores que les había robado la noche: los prados, los montes, las

flores, los animales, todo, todo vuelve á cobrar su hermosura y su color luego que sale la luz á descollar sobre los horizontes. ¿Y no es esto, Señora, lo que ejecuta tu recuerdo en nuestras almas? La noche de la culpa nos roba tristemente la esperanza de nuestra salvación; pero luego que aparece en nuestras almas la memoria de tus misericordias y clemencias, nos llenamos de esperanza, confiados en que tu patrocinio nos ha de alcanzar del Todopoderoso gracia para salir de la culpa y ponernos en su amistad. Pues sea así, Señora: válgame el conocer y confesar esta verdad, para que Tú te muevas á compasión de mi triste alma: vuelve hacia ella tus ojos misericordiosos, y no permitas la oscurezca otra vez la noche del pecado. Muestra que eres vida, dulzura y esperanza mía, y no me dejes jamás de tu mano, para que no perezca eternamente.—Amén.

ORACIÓN PARA EL NOVENO DÍA.

¡Oh piadosísima Madre de los pecadores y Reina de los ángeles! ¡Qué gloria tan grande, qué excelencia tan alta de la Luz, ser ella la que forma el día, y la que trae el consuelo á todos los vivientes! ¡Pero qué comparación merece ésta con la gloria que gozas Tú, de haber sido la Aurora que nos trajo al verdadero Sol que hizo el día claro de la ley de gracia, y el consuelo por quien suspiraron los patriarcas y profetas de la humana redención! Sea para siempre bendito aquel Señor que te sublimó á tal altura para hacernos felices á nosotros: bendito para siempre aquel Señor que quiso fueses Tú la hermosa Aurora

que nos anunciase su venida, para que supiésemos que las mercedes y beneficios que nos hace Su Majestad soberana, no nos vienen por otro medio sino por el de tu intercesión. Yo lo confieso así, Señora: y por tanto á Ti recurro, á Ti me acojo, y me pongo en tus manos, para que apiadada de mi miseria me alcances de tu santísimo Hijo el perdón de mis culpas: haz, Señora, que amanezca en mi corazón el día de la gracia y amistad de Dios, y que jamás se oscurezca con la noche del pecado.—Amén.

ORACIÓN Á LA SÁCRADA FAMILIA, CON QUE SE DA FIN
Á LA NOVENA.

¡Oh Sacratísima Familia, Jesús, María, José, Joaquín y Ana, la más santa, la más pura, y la más agradable á Dios que vió jamás la tierra! Yo os reverencio y os bendigo; y postrado humildemente en vuestra presencia, vengo á implorar vuestro favor y patrocinio. Las gravísimas culpas con que he ofendido á mi Dios y mi Señor, y el conocimiento de que no está muy lejos el último instante de mi vida, me tienen justamente temeroso de que la rectitud de su juicio me prive eternamente de su vista, y me condene á pagar en el infierno mis desacatos y osadías. Me diera por perdido, si vuestra poderosa intercesión no infundiera en mi pecho una segura confianza de que habéis de alcanzarme el perdón. Triunfantes ya vosotros, y gozando, sin riesgo de perderla, la amistad y gracia del Señor, y no teniendo ya necesidad de pedir algo para vosotros, ¿en qué podéis emplear mejor vuestro valimiento, que en suplicar

por este miserable pecador? El celo de la honra y gloria de Dios y el bien de las almas, lejos de haberse extinguido en vuestro corazón en esa felicísima morada, arde con más actividad y fervor; empleadlos, pues, en restituirme á la amistad y gracia de mi Dios; empleadlos en alcanzarme una perfecta contrición de mis pecados, un propósito firme de la enmienda de mi vida, una perseverancia final en mis propósitos, y una dichosa muerte.—Amén.

Padre nuestro, Ave María, y Gloria Patri.

**Novena de la Visitación
para dar gracias á la Madre Sma. de la Luz,**

por su advenimiento á la Ciudad de León é impetrar
una buena muerte.*

ACTO DE CONTRICIÓN.

Omnipotente y sempiterno Dios, cuya grandeza no cabe en los cielos, y ante cuya majestad tiemblan de pavor las potestades y se humillan los altos serafines; ¿qué deberé yo hacer en vuestra divina presencia, cuando no sólo soy un vil y asqueroso gusanillo de la tierra, sino además, un pecador abominable, que tantas veces he provocado vuestra justicia con mis innumerables culpas y enormes delitos? Pero; ¡ah, Dios y Señor mío! Yo sé que la grandeza de vuestra bondad iguala á la gran-

* Del *Cantuaigo* Magistral de la *Catedral* de León, D. José de la Merced Sierra.—1888.

deza de vuestro Ser, y que si mis pecados piden venganza y castigo, la Sangre preciosísima de vuestro divino Hijo clama perdón y misericordia para este miserable. Perdonadme, pues; ¡oh Padre Eterno! por la Pasión y muerte de vuestro Unigénito, en quien tenéis todas vuestras complacencias; miradle muriendo en una cruz por satisfacer los derechos de vuestra justicia; atended á los sentimientos de su Sagrado Corazón, que Vos sólo comprendéis; y en vista de una víctima tan inocente, tan santa y tan pura, soltad el azóte con que merecí ser castigado y dadme el ósculo de vuestra paz, que me restituya á vuestra amistad y gracia, en la cual deseo vivir y morir, para ir á alabar eternamente vuestras misericordias en el cielo. Así os lo ruego por los méritos de mi Redentor Jesucristo, que conmigo y el Espíritu Santo vive y reina por los siglos de los siglos.—Amén.

ORACIÓN PARA TODOS LOS DÍAS.

¡Oh Madre Santísima de la Luz, Virgen la más amable, dulce, tierna y benévola que ha salido de las manos del Creador, para consuelo, amparo y bien de todos los mortales! Nosotros Os alabamos, bendecimos y tributamos el justo homenaje de las más rendidas gracias, por la dignación que habéis tenido de regalar á esta ciudad vuestra soberana Imagen, bendita por esa vuestra misma mano, que con tan blando afecto acarició al Niño Jesús en el pesebre, y con tan dolorosa compasión tomó sus llagas, cuando fué bajado de la cruz y puesto en vuestro regazo.

Al mismo tiempo, benignísima Señora. Os agradecemos en lo íntimo del alma, el que hayáis escogido para hacernos este rico presente, el mismo día en que nuestra madre la Santa Iglesia celebra vuestra visitación á vuestra prima Santa Isabel; en lo cual entendieron nuestros padres, y hemos experimentado constantemente, tus hijos, que veniais á dispensarnos singulares favores, como los derramasteis á manos llenas en aquella ciudad de Judá.

Con tan plausible motivo os consagramos este novenario, en el cual queremos refrescar la memoria de vuestras liberalidades, para perpetuo testimonio de ellas á las futuras generaciones é impetrar de vuestra bondad inagotable, la gracia de que á la hora de nuestra muerte, nos hagáis una visita, para entregar nuestra alma en vuestras maternales manos. Así os lo suplicamos por el divino Niño que tan graciosamente sostenéis en vuestro brazo izquierdo.—Amén.

DÍA PRIMERO.

Serenísima Reina y Señora del universo, que siendo Madre de Dios vivo, dejasteis vuestro apacible retiro y os levantasteis con santo apresuramiento, para ir personalmente á visitar á la anciana y dichosa Santa Isabel. ¡Ah! Sin duda que esta noble matrona jamás olvidaría tan alta distinción.

¡Pues ¿cómo podremos olvidar la que nos habéis hecho, atravesando los mares para venir á nosotros desde Sicilia y fijar aquí vuestra morada? ¿Qué visitéis en nosotros para honrarnos con esta predilección?..... ¡Oh, mil veces bendita vuestra inefable

misericordia, pues como verdadera Madre allá corréis más solícita donde está el hijo más necesitado!

Permitidnos pues, oh Madre Santísima de la Luz, que nos unamos al coro de los ángeles para daros las debidas gracias por este singular favor, y que con ellos y especialmente con nuestros ángeles custodios os supliquemos nos visitéis en la hora de nuestra muerte, y nos concedáis la gracia que en secreto os pedimos, si fuere así de vuestro agrado.—Amén.

Se hace la petición, y después se resan tres Ave Marias en esta forma:

Dios te salve, María Santísima, Poderosísima Hija de Dios Padre, Virgen purísima antes del parto. Dios te salve, María, etc.

¡Oh Madre de la Luz, Virgen María!
Ahuyenta de tu pueblo la herejía.

Dios te salve, María Santísima, dignísima Madre de Dios Hijo, Virgen purísima en el parto. Dios te salve, María, etc.

¡Oh Madre de la Luz, Virgen María!
Asistíme piadosa en mi agonía.

Dios te salve, María Santísima, Castísima Esposa de Dios Espíritu Santo, Virgen purísima después del parto. Dios te salve, María, etc.

¡Oh Madre de la Luz, Virgen María!
Que se salve por Vos el alma mía.

Se concluye con la oración final y alabanzas.

DIA SEGUNDO.

Piadosísima Virgen María, cuyas entrañas son tan compasivas para el miserable, que merecéis el nombre, no sólo de misericordiosa, sino aun el de la misma misericordia. ¿Cuáles serían los afectuosos sentimientos de vuestra alma purísima y las dulces emociones de vuestro corazón cuando vuestros divinos ojos divisaron de lejos la habitación de vuestra prima, á donde os llevaban los impulsos del Espíritu Santo?

Pues de la misma manera, oh gran Señora, nosotros contemplamos hoy las amorosas ansias y maternal anhelo, con que os acercasteis á este humilde pueblo, por medio de vuestra portentosa Imagen, que era la prenda segura de los insignes favores con que habíais resuelto beneficiarnos.

Por tal motivo, nos postramos reverentemente á vuestras plantas, unidos con el coro de los arcángeles, para significaros nuestro eterno reconocimiento y suplicaros que en nuestra última hora, consoléis nuestra agonía con vuestra deseadísimá presencia, y entretanto nos concedáis la gracia que ahora os pedimos.—Amén.

Se hace la petición, se rezan después las tres Ave Marias en la forma dicha, y se concluye con la oración final.

DIA TERCERO.

*Grande asombro es, Virgen María, considerar que Vos, la Esposa del Espíritu Santo, hayáis ido á Isa-

bel, la Esposa de Zacarías; y que el Hijo de Dios humanado en vuestro seno virginal, haya ido á Juan encarcelado en el vientre de su Madre; ¡Oh qué misterio! ¡El Verbo divino rodeado de sus eternos é infinitos resplandores, se coloca hoy frente á frente de un niño envuelto en las tinieblas del pecado original! Pero ¿á quiénes vinisteis, ¡oh Virgen Santa! cuando entró vuestra veneranda Imagen en las calles de esta población, y llegó á la pobre casa en donde había de permanecer entre nosotros? ¿Ante quiénes se presentó ese vuestro divino Niño, que mostráis en vuestro brazo izquierdo, si no fué delante de unos pobres pecadores, mil veces más necesitados y miserables que Juan el Bautista?

Os debemos, pues, por esta dignación tan excelente, todo el amor y gratitud de nuestra alma, y para satisfacer siquiera una pequeña parte de esta deuda, nos asociamos al coro de los Principados para alabaros y bendeciros, suplicándoos que cuando se anublen nuestros ojos por nuestra próxima partida de este mundo, veamos la serena luz de vuestro rostro, y si es conveniente para este fin, nos concedáis la gracia que ahora os pedimos.—Amén.

Se hace la petición, se rezan después las tres Ave Marias en la forma dicha, y se concluye con la oración final.

DIA CUARTO.

Purísima Doncellita y divinísima Madre de Dios, cuya humildad fué tanto más profunda; cuanto más encumbrada fué vuestra grandeza: nosotros os ad-

miramos, ensalzamos y bendecimos por haber sido la primera en saludar á Santa Isabel, regalando sus oídos con los acentos de vuestra voz argentina y dulce, que ahora regocija los cielos, con el inefable canto que sólo es dado entonar á las vírgenes que siguen al Cordero, y en cuya célica armonía dominan poderosísimamente las notas inimitables que salen de vuestra garganta.

Así creemos que al presentaros en este nuestro afortunado suelo delante de nuestros antepasados, seríais la primera en hablarles al corazón con esa voz interna y mística, que oye en silencio nuestra alma, cuando contempla vuestra soberana Imagen; y nosotros también conecíamos, benignísima Protectora nuestra, que mil y mil veces os habéis anticipado á enviarnos saludables inspiraciones y á socorrer nuestras necesidades, aún antes de haber implorado vuestro patrocinio.

Por esto nos unimos al coro de las Potestades para cantar vuestras misericordias, esperando que en los últimos momentos de nuestra vida nos concederéis la dicha de oír vuestra voz dulcísima y la gracia que confiadamente os pedimos ahora en esta Novena.—Amén.

Se hace la petición, se rezan después las tres Ave Marías en la forma dicha, y se concluye con la oración final.

DÍA QUINTO.

¡Oh cuán grata y deseable es vuestra presencia, Virgen bondadosísima, pues basta Ella sola para que

huyan precipitadamente los males y afluayan abundantemente los bienes! Así aconteció en la dichosa casa de vuestra prima Isabel, pues tan luego como percibió la salutación que salió de vuestros graciosos labios, sintió que daba saltos de alegría el niño que llevaba en su seno. ¡Oh mil veces venturoso niño que en tales momentos, traspasando los términos de la naturaleza, anunció con sus gozosos movimientos que estaba presente el Cordero de Dios que quita los pecados del mundo!

Pero también felices nosotros, oh Madre Santísima de la Luz, pues desde que llegastéis á nosotros, todo este pueblo ha dado saltos de alegría, viéndose por vuestra intercesión libre de los males que le han afligido y colmado siempre de celestiales favores, así en el orden de la naturaleza, como en el de la gracia.

Justo es, pues, que os demos las debidas gracias, y á fin de suplir de algún modo nuestra insuficiencia, nos unimos al coro de las Virtudes para tributaros vuestras alabanzas, y pedir os el mismo tiempo que os dignéis asistir á nuestro último trance y nos llenéis de alegría, para salir en paz de este mundo. Y si es conducente á este objeto la gracia particular que deseamos conseguir en esta novena, os rogamos que os dignéis otorgárnosla.—Amén. (R)

Se hace la petición, se rezan después las tres Ave Marías en la forma dicha, y se concluye con la oración final.

DIA SEXTO.

Amantísima Virgen María, cuyas santas y preciosas manos son depositarias de todas las gracias que nos concede vuestro divino Hijo: nosotros nos alegramos al considerar que por vuestra mediación, no sólo el niño Juan fué lleno del Espíritu Santo, sino que de él redundó en su bendita Madre, para que iluminada por esta Luz divina, pudiera celebrar vuestras incalificables glorias, y cantar vuestra soberana excelcitud y grandeza.

Y ¿quién, si no Vos, Señora, ha obtenido del Padre de las luces que en este pueblo arda inextinguible la fe católica, á pesar de los furiosos vientos de la incredulidad? ¿Quién, sino Vos, nos ha alcanzado tantas ilustraciones para la vida eterna, las cuales, creciendo cada día de claridad en claridad, han llegado á su mayor brillantéz con la erección de este obispado, de que sois dignísima Patrona? ¡Oh insigne Bienhechora nuestra! ¡Cuán incapaces somos, no sólo de expresar sino aun de concebir cuánto os debemos! Disimulad, pues, nuestra pequeñez, y aceptad nuestras humildes gracias que con el coro de las Dominaciones os tributamos, esperando que á la hora de nuestra muerte, estando Vos presente, haréis con vuestros ruegos que la Luz del Espíritu Santo se infunda en nuestros corazones, concediéndonos, si conduce á este fin, la gracia que ahora os pedimos.—Amén.

Se hace la petición, se rezan después las tres Ave Marias en la forma dicha, y se concluye con la oración final.

DIA SEPTIMO.

Gloriosísima Virgen María, á quien después de Dios se debe todo honor y alabanza, con absoluta preferencia á toda otra creatura: nosotros nos congratulamos por los magníficos encomios que contestó á vuestra salutación la santa y nobilísima Isabel, pues obedeciendo no ya á los impulsos de la amistad y parentesco, sino á las inspiraciones del Espíritu Santo, abrió sus labios llena de alborozo, y exclamó en alta voz diciéndonos: *¡Bendita tú entre las mujeres, y bendito el fruto de tu vientre!*

Estas mismas palabras, oh augusta Señora del universo, han sido repetidas en todos los siglos por todas las generaciones, y nosotros las hemos recogido de los labios de nuestros padres, cuando éramos todavía niños, y después, de la boca de los predicadores que nos han enseñado á honrarlos, en unión de vuestro tierno Niño, con estas expresiones, tan llenas de unión celestial y de sagrado fuego.

Bien sabéis, Madre Santísima, que en vuestra devoción hemos cifrado nuestra dicha, especialmente desde que os dignasteis honrar este lugar con vuestra presencia; por lo cual celebramos hoy vuestras grandezas con el coro de los Tronos, suplicándoos que á la hora de nuestra muerte, no veamos á vuestro divino Hijo como Juez tremendo, sino que nos le presentéis en vuestros brazos como dulce Niño; y finalmente, que si la gracia que ahora os pedimos ha de conducirnos á nuestra salvación, nos la concedáis propicia.—Amén.

Se hace la petición, se rezan después las tres Ave Marias en la forma dicha, y se concluye con la oración final.

DIA OCTAVO.

¡Con cuánta razón, oh excelsa Virgen, vuestra dichosa prima, después de haberos proclamado la bendita entre las mujeres, y bendito también el precioso fruto de vuestro seno virginal, añadió penetrada de la más profunda humildad: "Y ¿de dónde á mí que la Madre de mi Señor venga á visitarme?..... Bienaventurada la que creiste; porque cumplido será lo que te fué dicho de parte del Señor."

¡Oh! ¡qué cuadro tan sorprendente y magnífico se presentaría entonces á la mirada profética de Isabel! ¡Un Dios hecho Hombre! ¡Una Virgen hecha Madre de Dios! ¡Los resplandores de la Divinidad del Hijo envolviendo la fecunda virginidad de su Madre! ¿Cómo, pues, no habla de humillarse Isabel?

Pero, Señora: ¿con cuánta mayor razón debemos humillarnos nosotros, al ser honrados con vuestra visita? ¡Ah, Madre Santísima de la Luz! En este vuestro pueblo, ni los padres de familia son como Zacarías, ni las madres como Isabel, ni los hijos como Juan. Todos somos unos pobres pecadores; mas no por esto nos habéis desechado, sino antes bien nos habéis cubierto con vuestro manto, manifestando así que la Reina de la misericordia tiene por súbditos á los miserables.

Por tan inestimable é inmerecido favor nos postramos á vuestros pies, con el coro de los querubines, y en unión de ellos os rogamos que en la hora de

nuestra muerte nos inundéis con vuestra presencia, sentimientos de humildad para ser exaltados á la vida eterna, y nos concedáis la merced que ahora os pedimos.—Amén.

Se hace la petición, se rezan después las tres Ave Marias en la forma dicha, y se concluye con la oración final.

DIA NOVENO.

¡Oh Madre Santísima de la Luz! Vos coronasteis vuestra visita á Santa Isabel, con un cántico tan divino, que sólo vuestros labios fueron dignos de entonar. ¿Cómo, pues, nos atreveríamos á pronunciarlo, si no es porque sabemos que una madre gusta de que su hijo repita, aunque sea balbuceando, las palabras que ella le dicta? Concedéfnos, por tanto, altísima Señora, que primero purifiquen los serafines nuestra lengua con su sagrado fuego, para decir después con toda la efusión de nuestra alma:

Glorifica mi alma al Señor: y mi espíritu se regocijó en Dios mi Salvador.

Porque miró la baja de su esclava; pues ya desde ahora me llamarán bienaventurada todas las generaciones.

Porque me ha hecho grandes cosas, el que es Todopoderoso: y Santo el nombre de él.

Y su misericordia de generación en generación sobre los que le temen.

Hizo valentía con su brazo; esparció á los soberbios del pensamiento de su corazón.

Destronó á los poderosos; y ensalzó á los humildes.

Hinchó de bienes á los hambrientos; y á los ricos dejó vacíos.

Recibió á Israel su siervo, acordándose de su misericordia.

Así como habló á nuestros padres, á Abraham, y á su descendencia por los siglos de los siglos!

¡Oh María! Por amor de la Sabiduría Eterna que os inspiró estas palabras, dignaos visitarnos á la hora de nuestra muerte y recibir en vuestras manos nuestro espíritu.

Se hace la petición, se rezan después las tres Aves Marias en la forma dicha, y se concluye con la siguiente

ORACIÓN FINAL.

¡Oh Madre Santísima de la Luz y dulcísima Madre nuestra! El número de los favores, gracias y dones que os debemos, excede á cuanto puede retener nuestra memoria, á cuanto se ha consignado en los anales de este pueblo, á todo, en fin, cuanto puede expresar nuestra torpe lengua, y sólo está escrito en vuestro amantísimo Corazón y en el de vuestro divino Hijo. ¡Ojalá hubiéramos correspondido á cada una de vuestras finezas con el amor y gratitud que justamente habéis merecido! Pero ¡ay! para confusión nuestra, confesamos que mil y mil veces, olvidando vuestras bondades, hemos perpetrado tantas culpas, iniquidades y crímenes, que á veces hemos obligado al Dios justo á descargar sobre nosotros el castigo; mas apenas hemos recibido el pri-

mer azote, cuando Vos, enternecida por nuestro llanto, os habéis interpuesto entre Su Majestad y nosotros, y con vuestros maternales ruegos habéis desarmado su brazo.

¡Ah, Madre Santísima de la Luz! Nunca, nunca, por piedad, nos abandonéis, porque ¿á merced de quién se quedaría este obispado? ¿Con quién nos quedaríamos nosotros? ¿Con quién nuestras familias y nuestros hijos? ¿Con quién todo este pueblo que tanto habéis amado?

No, Señora, creemos que no tendréis corazón para abandonarnos, porque una Madre como Vos, no puede olvidarse de sus hijos, aunque delincuentes.

Alcanzados, pues, los sentimientos de una verdadera y eficaz penitencia de nuestros pecados; enjuagad, como siempre, nuestras lágrimas, remediad nuestras necesidades, protegéd á las personas que celebran vuestro advenimiento á esta ciudad, cubridnos á todos con vuestro manto, para vivir siempre bajo vuestra protección, y dignaos cortar Vos misma con vuestras manos el hilo de nuestra vida, para entregar en ellas nuestra alma á nuestro Creador, que vive y reina por los siglos de los siglos.—Amén.

**Triduo Sagrado
para celebrar con provecho espiritual la fiesta
de la Madre Santísima de la Luz,**

*En Purísima siempre, Virgen María,
y conseguir de Dios Nuestro Señor, con esta soberana invocación,
los dones y gracias que se le piden.*

Puédese celebrar este sagrado Triduo tres días antes del miércoles que precede á la Pascua del Espíritu Santo, para disponer nuestros corazones á que sean digna morada de Dios Trino y Uno, para que así el Espíritu divino posea y rija enteramente el corazón del hombre: también se podrá hacer en cualquier tiempo, en que quieras alcanzar algún favor de la amabilísima Madre, ó prevenirte á celebrar alguna de sus festividades.

Procurarás en estos tres días toda pureza de conciencia, pidiendo la divina gracia, sin la cual no hay obsequio que sea meritorio á los ojos de Dios, ni del todo agradable á los de María. Por tanto, te confesarás el primer día de este Triduo, que se empezará en domingo; procurarás la práctica de las verdaderas y sólidas virtudes; porque es verdad constante que la verdadera devoción con la Virgen María, Madre Santísima de la Luz, es la imitación de sus heroicas virtudes de humildad, paciencia, pureza, modestia, caridad, celo de la salvación de las almas, y de todas las demás de que es perfectísima idea y ejemplar. A más de esto, oirás todos los días misa, con la debida decencia y compostura interior y exterior; rezarás el Rosario y Oficio Parvo con fervor y devoción; vela-

rás en la guarda de todos los sentidos, especialmente de los ojos, oídos, lengua, que son las ventanas por donde entra la muerte en el alma. Leerás, luego que te levantes, la meditación; te acordarás entre día frecuentemente del afecto y propósito, y ejercitarás la virtud que á cada día le corresponda.

Puesto, pues, de rodillas ante la Imagen de la Madre Santísima de la Luz, avivarás la fe y confianza con que por medio de la Soberana Madre te consolará la Divina Majestad, como más fuere de su mayor gloria y provecho de tu alma, y ofreciéndote nuevamente por hijo, siervo y devoto suyo, harás el acto de contrición á la Santísima Trinidad.

ACTO DE CONTRICIÓN.

Amorosísimo Dios Triduo y Uno, Padre, Hijo y Espíritu Santo, en quien creo, en quien espero, á quien amo: conozco que siendo tú mi Padre, no te amé: siendo mi Redentor, te desprecié: siendo mi bienhechor, no te correspondí: conozco que me olvidé de ser hijo, de ser fiel, y de ser agradecido: conozco con cuántos títulos he merecido tu ira y mi perdición; pero ya, Señor, confieso que pequé contra el cielo, y delante de ti; me pesa de haberte ofendido, sólo porque eres Dios, porque eres suma hermosura y digno de ser amado; propongo no ofenderte más, y enmendar mi vida, según tu santa ley.

Y á ti, Madre Santísima de la Luz y Patrona nuestra, bien veo cuánto te he agraviado en ofender á tu amorosísimo Padre, Hijo y Esposo; pero te prometo no darte más disgusto; y así has presente al Eter-

no Padre, que eres su Hija: á tu Santísimo-Hijo, que eres su Madre y nuestra; y al Espíritu Santo, que eres su Esposa, para que por tu medio consiga gracia con que no sea yo infiel, ni ingrato, sino verdadero hijo tuyo y de la Santísima Trinidad, que sea bendita y alabada siempre de todas las criaturas.—Amén.

ALERE FLAMMAM
MEDITATIONES
MEDITACIÓN PARA EL DÍA PRIMERO.

No ha hecho Dios criatura más excelente, más amable, ni más hermosa que María. No hay criatura ni más noble ni más poderosa, ni que menos necesite de nosotros: con todo nos tiene tanto amor, que bajó en su Imagen de la Luz al mundo, deseando que yo sea su hijo, y nombrándose mi Madre: ¿Y yo no la he de tener por Madre? Y mi corazón? no se deshace ni se abrasa todo en amor de María?

FRUTO ESPIRITUAL.

En la misa ó delante de esta Santísima Imagen corresponderás al favor de María Santísima, eligiéndola por Madre tuya; y dile que quieres ser su hijo. Pero para mostrar que no te avergüenzas, sino que haces gala de parecerlo, siempre que veas alguna imagen suya le harás reverencia y le dirás: *Ave María, Santísima Madre de la Luz.*

ORACIÓN. II. ETERNO PADRE.

Clementísimo Eterno Padre, Dios y Señor del Universo, que quisiste que tu Santísima Hija te imi-

tara de algún modo en enviar su Imagen al mundo por amor á los hombres, para remedio de todas nuestras necesidades espirituales y temporales; te damos infinitas gracias por tan singular beneficio: y á ti, Soberana Señora, acompañada de los ángeles, arcángeles y tronos, te agradecemos el amor con que viniste para nuestro amparo, y para manifestar que como divina misionera nada más deseas que nuestra eterna salvación y que te tengamos y reconozcamos por Madre. ¡Oh, y cuánto deseas que te busquemos como hijos! Indignos de serlo somos, dulce Señora; pero si tu amor, con todo, quiere que lo seamos, por Madre te tenemos, como á Madre te amamos y como Madre, de tu mano queremos los bienes de esta vida y los de la otra.—Amén, Jesús.

Aquí se rezan tres Ave Marias y tres veces el Gloria Patri en honra de la Santísima Trinidad, y la salutación "Dios te salve, María, Hija de Dios Padre: Dios te salve, María, Madre de Dios Hijo, etc.

ORACIÓN.

Santísima Madre de la Luz, Purísima Virgen María, pues tú misma dices que vienes para remedio de los que te buscarán en sus necesidades, no desdén mis súplicas cuando humildemente imploro tu favor: inclina á mis ruegos tus misericordiosas entrañas y tu amoroso corazón, para que yo consiga lo que deseo y pido en este sagrado Triduo, si ha de ser para mayor gloria de Dios, honra tuya y provecho de mi alma.—Amén.

Aquí cada uno hace con viva fe su petición á la Madre Santísima; después se prosigue con la siguiente:

Hermosísima Virgen María, Madre Santísima de la Luz, Madre y Señora nuestra, que, siendo Templo de la Santísima Trinidad, vienes á buscar entre los hombres un templo en que colocar tu Imagen, y quieres que cada uno sea templo vivo de esa tu soberana invocación, para que sea guía de los pecadores que erraron el camino de la eterna salvación, Luz de los ciegos, salud de los enfermos, resurrección de los muertos, socorro de los pobres, libertad de los cautivos, consuelo de los afligidos, amparo de los perseguidos, alegría de los tristes, asilo universal de todos, y manantial continuo de beneficios: hazed, Madre Santísima, que nos acordemos que somos templos vivos de Dios. Representad á nuestro Creador, cómo salimos de su omnipotencia, á imagen y semejanza suya, para que no permita en ofensa suya, que seámos semejantes al demonio, sino que restaure y perfeccione la imagen que crió, mejorándola en los justos, avivándola en los tibios, y en los pecadores renovándola. Y tú, Madre mía, de la claridad de tu Imagen desprende un rayo de luz, que nos dé á conocer la grandeza de ser templos é imágenes de Dios, para que no borrándolas nunca por la culpa, nunca degeneremos de hijos suyos y tuyos.—Amén.

MEDITACIÓN PARA EL DÍA SEGUNDO.

María Santísima, Madre de la Increada Luz, siendo Reina y Señora de todo el mundo y Emperatriz

del cielo, es tan humilde que hasta en su rostro lo manifiesta: ama tanto á los pobres y á los humildes, que de ellos se vale para cosas grandes de su gloria, despreciando á los poderosos y soberbios. ¿Y me atreveré yo á ser soberbio y altivo con mis prójimos y con los pobres y humildes?

FRUTO ESPIRITUAL.

Abomina querer ser más que otro, y no trates con superioridad á ninguno, pues son las señales ciertas de la soberbia. Sufre con humildad cualquier desprecio de tu persona, y venera á todos como si fueran tus superiores, pues el que se humilla será exaltado.

ORACIÓN Á JESUCRISTO.

¡Oh, amantísimo Redentor nuestro! Hijo Unigénito del Padre y verdadero Hijo de María Santísima, Virgen Purísima; te damos cuantas gracias podemos, porque te imitó en algún modo la Imagen de tu Santísima Madre en venir como tú al mundo por amor de hombres; y porque quisiste, para que aun en esto fuera tu Imagen y semejanza, que como tú te valiste de unos hombres rudos y humildes para acreditar tu fe, así tu Santísima Madre, para crédito y fe de su palabra, se valiera de una humilde y simple sierva vuestra. Y á ti, humilde Señora y dulce Madre nuestra, que aun en tu imagen muestras cuanto te exaltó tu humildad hasta sobre los soberanos espíritus, acompañada de las Potestades, Principados y Dominaciones, y hasta poner vuestras plantas sobre

tres hermosos serafines; te damos los parabienes por la dignidad que gozas y la elevación en que te vemos; y te pedimos una verdadera humildad, con que, conociendo que somos nada, y que todo se lo debemos á Dios y á ti, imitemos tu humildad y la de tu Santísimo Hijo, para ser exaltados en la gloria y cantar tus misericordias por toda la eternidad en compañía de los ángeles y santos.—Amén. Jesús.

Lo demás, como el primer día.

MEDITACIÓN PARA EL DÍA TERCERO.

María Santísima, Madre de la Luz es Madre del amor. Nada aprecia más, ni le podemos ofrecer cosa mejor que nuestro amor. Por eso quiso que la Santísima Imagen se pintase con la mayor expresión del amor, que es sacar de la boca del dragón infernal aquella alma, y mantenerla estrechamente asida con su mano, para que no vuelva á caer: quiso también que aquel ángel presentara en un azafate los corazones de los hombres á su Santísimo Hijo, para que tomándolos uno á uno, no menos con su vista, que con su contacto, los encendiese en caridad y amor. También quiso para acreditar este amor, despedir de sí, cuando se apareció, un torrente de luz tan viva y tan copiosa, que en su comparación hubiera parecido una lucerna del campo el mismo sol. ¿Y podré yo aborrecer á mi prójimo? ¿Podré hacerme ciego, sordo y mudo á su necesidad, siendo todos hijos de un padre y una madre celestial?

FRUTO ESPIRITUAL.

De ninguno digas, sino lo bueno. Darás una limosna, y de hoy en adelante mira con compasión á los pobres: no los desprecies; considera en cada uno de ellos á Jesucristo desfilado en aquel traje, y si no los puedes socorrer, despidelos con caridad y amor.

ORACIÓN AL ESPÍRITU SANTO.

¡Oh, amabilísimo Espíritu Santo! centro del amor eterno y Esposo de la Virgen María, que quisiste te imitara en algún modo la Madre Santísima de la Luz, en bajar tan colmada de excesivos resplandores, que decía aquella gran sierva de Dios, no podía concebir cómo pudiera ser mayor la luz del día eterno en la gloria; en lo cual nos manifiestas cuánto deseas encender á los hombres en amor de Dios y de María, á quien tanto enriqueciste con sus dones y gracias; te damos infinitas gracias por tan grande amor; y acompañados de las Virtudes, Quertubines y Serafines, damos á tu santísima Esposa los plácemes y parabienes, de que venga á suceder en parte en el empleo de su divino amante Esposo. Y tú, amabilísima y dulcísima Señora, que tanto deseas nuestra eterna salvación y perfección, haz que sólo con mirarte é invocarte, Madre Santísima de la Luz, prenda en nosotros fuego que abraze y ablande nuestros duros corazones, para que queden con más y más luz de tus excelencias y blasones, para conocerte y para amarte; y que cada día se enciendan, abrasen y consuman en tu amor, á fin de que siguiendo tu voluntad, no hagamos, ni

intentemos más que lo que tú nos inspires y lo que tú quisieres, con lo cual agradaremos á la Santísima Trinidad.—Amén, Jesús.

Lo demás, como el día primero.

MEDITACIÓN PARA EL DÍA MIÉRCOLES.

María Santísima viene en su Imagen de la Luz desde el cielo á entregarse toda á nosotros, ¿ y nosotros no nos entregaremos del todo á María? Fia un hombre su salud de un médico; fia su pleito de un abogado; fia en otro hombre para sus pretensiones, ¿ y tendremos dificultad en fiar nuestras cosas á María, cuando nos viene franqueando su poder, su protección y su maternal amor, y estando nuestros intereses espirituales y temporales más ciertos y seguros en sus manos, que en las nuestras? Según esto, quien no ama á esta amable Madre, ó no tiene corazón en el pecho ó no merece tenerlo; y quien no pone sus ojos en la belleza de esta misteriosa Imagen y con los ojos todo su afecto, ¿ no es ciego ó merece serlo? Esta divina misionera viene en busca de nuestras almas, porque las quiere todas para su dulcísimo Hijo Jesús, que con el precio de su sangre las compró; ¿ y rehusas tú darle la mano para que te saque de la boca del infernal dragón, dignándose esta gran Reina hacerlo con tan maternal amor?

FRUTO ESPIRITUAL.

Te pondrás delante de María, Madre Santísima de la Luz, le harás una total entrega de tu persona y de

todas las cosas, prometiéndola no emprender ninguna sin implorar antes su favor, pues con su protección aun lo más imposible vencerás; y sin ella aun lo más fácil no conseguirás; porque Su Majestad quiere, según muchos Santos Padres, no hacer gracia alguna, que no sea por medio de María.

ORACIÓN Á TODA LA SANTÍSIMA TRINIDAD.

¡ Oh, poderosísima, sapientísima y amantísima Trinidad, Padre, Hijo y Espíritu Santo! postrado humildemente ante Vuestro divino acatamiento, y acompañado de toda la corte celestial y de su Soberana Reina, tu querida Hija, Madre y Esposa, te damos infinitas gracias por habernos dado en su milagrosa Imagen de Madre Santísima de la Luz una señal tan grande de tu poder, una prueba tan clara de tu sabiduría y una muestra tan admirable de tu amor: ayúdanos con tu gracia para que conozcamos y amemos á la que es centro de tu amor, á la que nos has dado para que la sirvamos y amemos, y para que contemplándola y amándola, te contemplemos y amemos; ¡ oh, augustísima, dulcísima y hermosísima Trinidad!, en la gloria.—Amén.

Breve semana á la Madre Santísima de la Luz.*

ACTO DE CONTRICIÓN.

¿Hasta cuándo, Señora,

Te injuriaré?

¿Y al sumo Bien
insultaré?

Yo le he ofendido,

Yo le he agraviado;

Pequé y me pesa

De haber pecado.

Madre piadosa,

Dame tu Luz,

Para con ella

Desenojar

y amar de veras

A mi Jesús.

DOMINGO.

Purísima Señora: veo sobre mí el peso de la divina ira; ; Ay de mí! que la bondad del Altísimo tiene el golpe para que vos le roguéis: Si, Madre mía, quiere por tus súplicas concederme luces para el arrepentimiento y perdón, alcanzádmelo por vuestra piedad para volver á su amistad.—Amén.

Tres Ave Marias, y todos los días la siguiente.

* Del Pbro. D. José Francisco Ladislao Mejía de la Torre, cura de la ciudad de Cinco Señores. 1849.

ORACIÓN.

A ti clamo, piadosísima Madre mía, para que te compadezcas de mí en la situación lastimosa en que me hallo, y me alcances de tu precioso Hijo la luz eficaz de la gracia, para llorar mis culpas, vivir y morir en su amor.—Amén.

LUNES.

Dulcísima Madre mía: ¿Quién dará agua á mi cabeza, y á mis ojos fuente de lágrimas para llorar la mala correspondencia que he dado á mi Criador? Así lo conozco, y espero en vuestro favor alcanzar la luz de la gracia, para que herido mi corazón de dolor, se deshaga en llanto, de haber ofendido á Dios.—Amén.

MARTES.

Inmaculada Princesa: oid mis súplicas; ¿no os lastima mi desgracia? ¿no os commueven mis suspiros? Siendo vos el recurso que me dió mi Salvador, ¿me abandonaréis? no lo creo, dulce Madre mía, y espero en vuestra caridad alcanzar luces para hacer lo que me pedís, pues mi alma desea agradaros.—Amén.

MIÉRCOLES.

Soberana Reina: nada os niega vuestro amado Hijo de cuanto le pedís, y pues sois mi Madre, pedidle me dé luz para conocer quién es Dios, á quien he ofendido, y quién soy yo, que le he injuriado, para

que arrepentido llore amargamente mi temeridad.—Amén.

JUEVES.

Emperatriz poderosa: la Sabiduría eterna os ha coimado de infinitas prerogativas; favorecedme por ellas, é interceded con vuestros ruegos, para que me conceda la luz especial de la gracia; no sólo para poner fin á mi iniquidad, sino también para alcanzar una santidad perfecta.—Amén.

VIERNES.

Madre de los pecadores: asombrosa ha sido mi iniquidad y numerosas mis culpas; mas porque yo sea tan gran pecador, ¿me abandonaréis? No, gran Señora, no; antes bien, como mi Madre, debéis favorecerme y alcanzar de Dios la luz poderosa de la gracia, para amarle eternamente.—Amén.

SÁBADO.

Amorosisima Madre mía: cuanto más ha lastimado vuestro corazón la obstinación de las culpas en que he vivido: con tanta más confianza llego á pedir misericordia. Alcanzadme con la Luz de la gracia, para llorar mis culpas.—Amén.

PEQUEÑO ACTO DE FE, ESPERANZA Y CARIDAD.

Creo en Dios Padre, que me ha criado á su imagen y semejanza; creo en Dios Hijo, que me ha redimi-

do con su preciosa Sangre; creo en Dios Espíritu Santo, que me ha santificado con su gracia; creo todas las verdades que cree nuestra Madre la Iglesia: aumenta, Señor, mi fe. Espero en Dios misericordioso que no será confundido, para siempre. Amo á mi Dios con todo mi corazón. Me pesa en el alma haberle ofendido. Perdona, Señor, á este infeliz pecador, borra todos mis pecados: ten misericordia de mí según tu grande misericordia.—Amén.

Semana devotísima en obsequio de la Virgen María Nuestra Señora, bajo el amabilísimo título de Madre Santísima de la Luz.*

JESÚS, MARÍA, JOSEPH, JOAQUÍN Y ANA.

Introducción que debe leerse con mucha atención y cuidado.

Aunque siempre han sido mis deseos promover el culto y devoción de María Santísima, Nuestra Señora, en todas su advocaciones, pues en todas ellas se nos pone á la vista su Original divino, que es, y debe ser el más amable objeto de nuestro respeto y devoción; con todo, en este devocionario, en que pretendido se ejerciten los verdaderos devotos de esta Immaculada Reina de los ángeles, en los siete días de cada una de las semanas del año, quiero que particularmente la veneremos en su imagen y augustísimo renombre de Madre Santísima de la Luz, por motivos de mucho peso que me obligan á esta solicitud.

* De un Sacerdote religioso del Colegio Apostólico de Guadalupe, de Zacatecas, 1807.

Sea el primero, el beneplácito que debo dar al querer, y voluntad de la Santísima Virgen: pues siendo éste, como en efecto es, el primer título que recibió de la misma boca del Altísimo, como se refiere en el libro del Eclesiástico, cap. 24, por estas palabras: *Ego ex ore Altissimi prodixi, primogenita ante omnium creaturam. Ego feci in Coelis, ut oriretur lumen infidelium*, y esto no como quiera, sino antes que fuera el mundo, como se dice en el mismo capítulo: *Ab initio, et ante saecula creata sum*. Y si estas expresiones se deben entender de María Santísima, como lo ha declarado la Iglesia nuestra Madre, ¿no debemos confesar que desde entonces fué escogida para Madre Santísima de la Luz? Creo que no hay duda en esto; pero si alguno la tuviere, ocurra á los libros de la Mística Ciudad de Dios, que escribió la Madre Sor María de Jesús de Agreda, y en su primera parte hallará la revelación que tuvo, en que la misma Virgen María le manifestó el grande regocijo que tuvo cuando fué subida á los cielos, teniendo solos tres años de edad, y que toda la Santísima Trinidad colocó en su cabeza una corona de materia y piedras inestimables, constituyéndola desde entonces (ó dió mejor) confirmando aquella elección, que fué hecha en ella desde *ab aeterno*, y adornándola con una refulgentísima vestidura que le vistieron los serafines; vió que toda ella estaba sembrada de unas letras, ó cifras de oro finísimo y muy retulgente, en que se leían estas palabras: *María, Hija del Padre, Esposa del Espíritu Santo, y Madre de la verdadera Luz*.

Dejo aparte, por no cansar la atención de mis amados lectores, los Textos de la Sagrada Escritura, las

declaraciones de los Concilios, los dichos de los Santos Padres, de los Doctores de la Iglesia, y excelentes Teólogos que afirman esta verdad, y podrá ver el curioso en la Carta Apologética que escribió en el año de 1786 el Padre Predicador Apostólico Fray José Antonio Alcócer, Lector que fué de Sagrada Teología en este Colegio, en donde verá sobradamente comprobado que el título de Madre Santísima de la Luz en María Señora nuestra, es el más antiguo: y en esta virtud, ¿no podremos decir, y con mucha razón, que este bello título ha sido del que, como de una fuente perenne, han dimanado las muchas y diversas advocaciones en que la veneramos? Ved aquí el segundo motivo que me obliga á solicitar su devoción y cultos bajo de este regaladísimo título de Madre Santísima de la Luz.

El tercero es, para que viendo con atención á esta divina imagen, consideremos los tres muy grandes beneficios que nos dispensa sin cesar, librándonos de los tres mayores enemigos que nos persiguen en la vida mortal, bajo de cuyos tres aspectos, podemos contemplar aquella figura infernal que se le pinta al lado, y confesar que como Madre amorosísima nos defiende y sostiene con su poderoso brazo, para que no caigamos en las garras del dragón, en las fauces del Infierno, ni en la mayor de las miserias, que es la culpa mortal.

Es el cuarto motivo que me impele á solicitar la devoción de esta Señora bajo la advocación de Madre Santísima de la Luz, el gran deseo que tengo de la salvación de las almas, pues estoy cierto de que cuantos la veneraren en esta Santa Imagen, pueden

asegurarla, y esto no fundado en mi solo dictamen, sino en el que me dan los Santos Padres y la Sagrada Escritura; citando á ésta dice San Antonino *in 4 part. tit. 17, pár. 5*, que Jesucristo es preciso que oiga los ruegos de la Santísima Virgen, no sólo por el respeto que le debe como á Madre, sino también por el empeño que con ella ha tomado con sus promesas, habiéndole ya dicho en persona de Salomón: *peccid, Madre, todo lo que deseáis, porque á mí no me es lícito rechazar alguno de vuestros ruegos: Impossibile est (son palabras del Santo), Deiparavi non exaudiri: iuxta illud, quod in figura ejus dixit Salomon Matri suae: Peto, Mater mea; neque fas est, ut averlam faciam tuam.*

A esto se añade lo que dice San Bernardo, *Serm. 3. Vigil. Nativit.* Que Jesucristo no puede menos que conceder á su Madre Purísima cuanto á nuestro favor y para la salud de cualquiera le pidiere, *Exaudita est pro sua reverentia in causa tua, et totius generis humani.* Y para mayor consuelo nuestro, y para que más nos confirmemos en la devoción de María Santísima, veamos lo que de ella dice San Antonino en el lugar arriba citado: "Los ruegos de María Santísima (son sus palabras) se fundan en un cierto derecho que ella tiene en sí misma para alcanzar todo lo que pide; porque siendo Madre de Dios, parece que casi de justicia le debe conceder su Hijo divinísimo todo cuanto pidiere á favor de sus devotos." *Oratio Virginis immititur gratiae Dei jure naturali et justitiae Evangelij: Nam Filius non tantum tenetur honorare, sed obedire, quod est de jure naturae.* Y últimamente, San Pedro Damiano, en el Sermón 45 de Nativit. dice: que

la Santísima Virgen se presenta delante del trono de Dios como Madre, no como esclava, y que casi le manda como Señora. *Accedit ad aureum reconciliatio- nis Altare, non rogans, sed imperans, Domina, non ancilla.*

Pues si todos estos privilegios le son concedidos á la Soberana Emperatriz de todo lo criado, por haber sido escogida para Madre de la Increada Luz desde *ab aeterno*, sea el último motivo el de exhortar á todos los fieles á que la veneren en esta su Santa Imagen, asegurados de que por su intercesión y ruegos, nos hemos de ver libres de los tres enemigos crudelísimos, demonio, infierno y pecado mortal, y conseguiremos una feliz y dichosa muerte para gozar de la visión beatífica por toda la eternidad en la gloria.—Amén.

Puesto de rodillas delante de una Imagen de Nuestra Señora de la Luz, si la hubiere, se dirá el Acto de Contrición, y luego la Oración siguiente, que es para todos los días.

Santísima Madre de la Luz, mi amabilísima Señora, yo te alabo y te amo con todo mi corazón, dándote humildes gracias por todos los beneficios que he recibido, y por todos los males de que he sido librado por tu misericordia; y me doy, me entrego y dedico por esclavo é hijo tuyo, ahora, siempre y por toda la eternidad. Protesto, con todo mi corazón, Madre y Señora mía, que quiero y es mi voluntad vivir y morir bajo el manto de tu protección y en el seno de tu misericordia; y firmemente propongo tener

mi alma limpia siempre de toda culpa mortal, y quiero morir antes que cometerla: ayúdame, piadosísima Madre, y haz que todas mis obras, palabras y pensamientos; que todas mis aflicciones y trabajos; que toda mi vida, y hasta mi muerte, sean ordenados siempre á la mayor gloria de Dios, en honor tuyo, en tu obsequio y bien de mi alma.—Amén, Jesús.

DOMINGO.

Hermosísima Reina de los Angeles, Madre Santísima de la increada Luz, suplicote, Señora, por aquella inimitable humildad en que te ejercitaste todo el tiempo de tu vida, aún en medio de los grandes privilegios que el Altísimo te concedió de Madre de Dios y Emperatriz de todo lo creado, me alcances del Señor esta virtud excelentísima, para que dando de mano á cualquiera acción de soberbia, por ligera que sea, alcance de Su Majestad, mediante tu poderosa intercesión, los premios que á los humildes tiene prometidos en las felicidades eternas de la gloria.—Amén.

Se rezan dos Ave Marias con Gloria Patri, y acabadas se dice la siguiente

ORACIÓN.

Madre Santísima de Luz, María Purísima, que en medio de una limpieza sin igual, sin semejante, que te transforma dignamente en la divinidad¹ no sólo

¹ S. Aug. Sermon. de Assump.

no desdeñas á los pecadores, sino que los recibes con admirable benignidad si se acogen á ti, como lo diste á ver á Santa Gertrudis²; y se lo has hecho ver á cuantos se han acogido á ti.³ Yo, Señora, tampoco vacilo en venir á ti, y lleno de confianza, ponerme para siempre en tu mano, en esa mano poderosa, y todo poderosa⁴ como que pende de aquel brazo Omnipotente, cuya pujanza se esforzó en tus grandezas⁵ en gloria suya y beneficio nuestro. ¡Oh, Madre mía! jamás me dejes de tu mano, sin cuyo esfuerzo se hubiera mi alma precipitado ya (*¡Oh, cuantas veces!*) al Infierno. A tí te reconozco y doy humildes gracias de no estar condenado ya⁵ y asido firmemente de tu mano, confío seguramente que ella no ha de dejarme hasta llevarme al cielo, donde te alabe y glorifique eternamente.—Amén, Jesús.

Se hace la petición, confiados en que por la intercesión de María Santísima hemos de conseguir cuanto en lo espiritual y temporal necesitamos para salvar nuestras almas, que es el principal fin y el más interesante que tenemos, y luego se dirá con mucha devoción la siguiente

ORACIÓN.

¡Oh, dulcísimo Jesús! Ten misericordia de mí, pecador: Yo este mi tibio corazón, y muy corto servi-

¹ Lohner. Hiper.

² S. Anselm.

³ S. Ped. Dam. Sermon. 1. de Nativit. S. Buenav. Sp. cap. 8.

⁴ S. Luc. cap. 1. v. 51.

⁵ S. Bern. Sermon. 68.

cio para con tu Santísima Madre, lo encomiendo á tu divino Corazón, para que sea purificado de las faltas, y del todo perfeccionado.—Amén, Jesús.

Se recarán en cada día, para finalizar este ejercicio, tres Ave-Marias con Gloria Patri, aplicándolas por las Almas benditas del Purgatorio, por los que están en pecado mortal, y por los que se hallan actualmente en agonía.

LUNES.

Todo el ejercicio como ayer, y luego la siguiente

ORACIÓN.

Amabilísima y Santísima Madre de la Luz, por aquel grande desprecio que hiciste mientras viviste en este mundo, de todos sus tesoros y bienes aparentes, y por aquella suma pobreza con que te mantuviste, te suplico intercedas por mí con tu Hijo preciosísimo, para que me conceda en toda su perfección esta santísima virtud, y que libre del vicio de la avaricia, solamente aspire sin cesar al goce de los eternos bienes de la gloria, en donde alabe y engrandezca su santísimo nombre, por los siglos de los siglos.—Amén, Jesús.

Se recan las dos Ave-Marias, y lo demás como el primer día.

MARTES.

El Acto de Contrición, y lo demás como el primer día.

ORACIÓN.

Inmaculada Princesa y Madre Santísima de la Luz, por aquella pureza angélica con que el Altísimo te adornó, te suplico me alcances de Su Majestad la hermosísima virtud de la castidad, tan perfecta, que en ninguno de los instantes de mi vida manche, ni aun levemente, mi conciencia con alguna torpeza, sino que limpia y purificada mi alma de todo pecado, merezca por tu intercesión, que siempre habite por la gracia tu Santísimo Hijo en ella: quien con el Padre y el Espíritu Santo vive y reina por los siglos, de los siglos.—Amén, Jesús.

Las dos Ave-Marias, y lo demás como el primer día.

MIÉRCOLES.

El Acto de Contrición, etc., y luego la siguiente

ORACIÓN.

Ejemplo de paciencia y Madre Santísima de la Luz, por los innumerables agravios que en tu vida santísima sufriste con tan excelente paz y quietud de tu espíritu, te suplico me alcances del Señor esta hermosísima virtud, y que no me permita el menor movimiento de ira, sino que tolerando cuantos agravios me hicieren las criaturas de este mundo por amor del que por mí sufrió tan grandes improperios, alcance de Su Majestad, por tus méritos, gozar de su amorosa vista en la gloria, en donde por toda la eternidad le alabe.—Amén, Jesús.

Las dos Ave-Marias, etc.

JUEVES.

El Acto de Contrición, etc., y luego la siguiente

ORACIÓN.

Dulcísima María y Madre Santísima de la Luz, por la nunca vista é incomparable templanza con que usaste de los manjares en tu vida santísima, te suplico me alcances de tu Santísimo Hijo la santa virtud de la abstinencia en toda su perfección; y que libre de todo afecto al perverso vicio de la gula, sólo aspire á saciarme con la vista de mi Dios en el cielo, donde alabe y engrandezca sus misericordias por toda la eternidad.—Amén, Jesús.

Las dos Ave Marias, etc.

VIERNES.

El Acto de Contrición, etc., y la siguiente

ORACIÓN.

Antorcha lucidísima del celestial Paraíso, Madre Santísima de la Luz, por aquella ardentísima caridad, cuya llama de amor para con Dios y las criaturas estubo siempre encendida en tu purísimo Corazón, te suplico me alcances del Padre de las luces una caridad encendidísima, con la que desterrando de mi corazón todo afecto envidioso, aunque muy leve, y ejercitándome sin cesar en actos de amor de Dios y del prójimo, los continúe en la gloria, donde

ya libre de las prisiones de esta carne mortal, engrandezca las misericordias del Señor, y le alabe por los siglos de los siglos.—Amén, Jesús.

Las dos Ave Marias, etc.

SÁBADO.

El Acto de Contrición, etc., y la siguiente

ORACIÓN.

Aurora divinísima, que con tus celestiales resplandores descubres los caminos seguros de la piedad á los pobrecitos pecadores; Madre Santísima de la Luz, que los alumbras en las tinieblas de la culpa, para que les amanezca el día refulgente de la gracia; por aquella prontitud y diligencia tan divina con que siempre te empleaste en servicio de Dios, te suplico destierres de mi corazón cualquiera tedio, negligencia ó pereza que me pueda detener en los caminos del divino servicio, y que consiga por tu intercesión y méritos emplearme siempre, con la mayor diligencia y cuidado, en obras del agrado de Dios, en esta vida, para que después de ella te alabe en su gloria, por toda la eternidad.—Amén, Jesús.

Las dos Ave Marias, etc.

Gozos en obsequio de la Virgen María, Madre Santísima de la Luz.

¡Oh, Fuente de resplandores!

Estrella del mar y guía,
dadnos luces, Madre pia,
á justos y pecadores.

La Trinidad eminente
ab aeterno te eligió,
y Madre te declaró
de la Luz indeficiente.

Tu grande Soberanía
despide mil resplandores:
dadnos luces, Madre pia,
á justos y pecadores.

Son tales tus luces bellas
que á los Infernos asombras,
y en tu presencia son sombras
las luces de las estrellas.

Excedes con gallardía
de Luna y Sol los primores:
dadnos luces, Madre pia,
á justos y pecadores.

Dos hijos en tu regazo
sustentas con lazo estrecho,
al Niño Dios con tu pecho,
al pecador con tu brazo.

Al alma que parecía
libras de eternos ardores:
dadnos luces, Madre pia,
á justos y pecadores.

Al ver el claro arrebol
de tu rostro refulgente,
el serafin más ardiente
te venera como á un Sol.

Desde el cielo nos envía
Luz con que nos acalores:
dadnos luces, Madre pia,
á justos y pecadores.

Pues en tí, Madre, esperamos
la guía, gracia y acierto,
concedenos feliz puerto
en este mar que surcamos.

No perece quien se fia
de tus maternos favores:
dadnos luces, Madre pia,
á justos y pecadores.

¡Oh, Fuente de resplandores!
Estrella del mar y guía:
dadnos luces, Madre pia,
á justos y pecadores.

**Canción religiosa
con que los devotos de la Madre Sma. de la Luz,**

Dignísima Patrona del Obispado de León,
acostumbran alabarla é impetrar sus favores.*

CORO.

¡Salve, salve, Virgen pura,
de la Luz intacta Madre,
Esposa del Santo Espíritu,
Hija y delicia del Padre!

* Del Caudrigo Don José de la Merced Sierra.—1883.

Como exenta de pecado
desde tu primer instante,
eres pura, hermosa y bella,
toda amable y toda amante.
¡Salve, salve, etc.

Vuelve á nos tus lindos ojos
y escucha nuestros gemidos,
pues somos ¡ay! unos pobres
en pecado concebidos.
¡Salve, salve, etc.

Es miel para nuestra boca
tu dulce nombre, María,
música para el oído
y para el alma alegría.
¡Salve, salve, etc.

En las borrascas del mundo
es tu Nombre nuestro faro:
¡que en la muerte también sea
nuestro refugio y amparo!
¡Salve, salve, etc.

Como inocente paloma,
en el templo á Dios pedías
que perdonara á su pueblo
y nos enviara al Mesías.
¡Salve, salve, etc.

Haz que en el templo elevemos
fervorosas oraciones,

y que no lo convirtamos
en caverna de ladrones.
¡Salve, salve, etc.

Era tu Esposo cual lirio,
y Tú cual blanca azucena,
era José varón justo,
y Tú la de gracia llena.
¡Salve, salve, etc.

Los ruegos de ambos impetren
de la divina clemencia,
que en nuestro estado vivamos
con dulce paz é inocencia.
¡Salve, salve, etc.

Fuiste la Virgen fecunda
por el Profeta predicha:
¡ni antes hubo semejante,
ni otra contará tu dicha!
¡Salve, salve, etc.

Tu virginidad intacta,
que hoy cantamos con anhelo,
haga que en eternos himnos
la cantemos en el cielo.
¡Salve, salve, etc.

Todo mártir á tus plantas
rinda su gloriosa palma,
pues eres Reina de mártires
por los dolores de tu alma.
¡Salve, salve, etc.

Ya que sabes de aflicciones,
y de penas, y de llanto;
cuando mires nuestro lloro,
enjúgalo con tu manto.

¡Salve, salve, etc.

Fuiste, en fin, tan exaltada
del cielo en el firmamento,
que sólo el trono divino
es más alto que tu asiento.

¡Salve, salve, etc.

Por tus gracias y virtudes
alcánzanos, ¡oh MARÍA!
que eternamente gocemos
de Dios en tu compañía.

¡Salve, salve, etc.

El Illmo. señor Obispo, Dr. D. Tomás Baron y Morales, concede cuarenta días de indulgencia á las personas que rezaren ó cantaren devotamente los versos que anteceden.

A la Madre Santísima de la Luz.

ESTRIBILLO.

Venid, los que estéis
Entre las tinieblas,
A recibir luces.
De la Luz más bellá.

La que es Madre pura
De la Luz eterna,
Es Madre también
Y Señora nuestra.

Venid, etc.

Si nuestra alma está
De oscuridad llena,
De esta hermosa Virgen
Su luz la hermosea.

Venid, etc.

Y si nuestras culpas
La han puesto tan fea,
María quitará
Todo el horror de ella.

Venid, etc.

Aquesta Señora,
Cual bella Amalthea,
Con su luz nos nutre,
Alumbra y recrea.

Venid, etc.

Venid, venid todos,
Y de sus influencias
Gozad, pues las da
A manos muy llenas.

Venid, etc.

A todos acoge
Su beneficencia.

Tanto al alma justa,
Como á la proterva.

Venid, etc.

Llega, Pecador,

Ven, no te detengas;
Que en tí mas bien quiere
Mostrar su grandeza.

Venid, etc.

Madre es amorosa,
Pues que con su diestra
Del Tartáreo Can
Al alma liberta.

Venid, etc.

No perecerás,
Si te acoges á ella;
Pues te da de Madre
Señales muy ciertas.

Venid, etc.

Tus mismos delitos,
Tus yerros y ofensas
Mueven á esta Madre
Que se compadezca.

Venid, etc.

Lleguemos, por tanto,
A esta Madre nuestra,
Aunque esté nuestra alma
De miserias llena.

Venid, etc.

Corazones puros
Recibe y acepta
De mano de su Hijo,
Que se los presenta.

Venid, etc.

Recibe los nuestros,
Madre Virgen bella,
Y también con ellos
Nuestra alma entera.

Venid, etc.

Amarte tan sólo
Nuestra alma desea;
Pues con sólo amarte
Queda satisfecha.

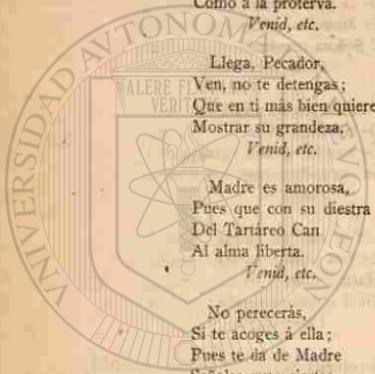
Venid, etc.

Haz, pues, que nosotros,
Dulcisima Reina,
Por siempre te amemos,
Como á Madre nuestra.

Venid, etc.

Que después gocemos
De tu Real presencia
Aquestos tus hijos
En la gloria eterna.

Venid, etc.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECA

BIBLIOTECA CENTRAL
U.A.N.L.

Alabanzas á la Madre Santísima de la Luz.

Virgen y Madre

LUZ de las almas,

Hoy te pedimos

Luces de gracia.

Tú concebida

Fuiste sin mancha,

Y desde entonces

Tres veces santa.

Tú eres la hermosa

De Dios amada,

En cuyo seno

El Verbo encarna.

De ese tu Vientre

La Luz increada,

Salió encubierta

De forma humana.

Tus castos pechos

Alimentaban

Al Creador mismo

Que el ser te daba.

Cuando en las bodas

De Caná te hallas,

Un gran milagro

Tu ruego alcanza

Luego que tu hijo

Glorioso se halla,

A ti primero

Te mira y habla,

Y cuando al cielo

Triunfante se alza,

Tú eres testigo

De gloria tanta.

Si el fuego sacro

Del cielo baja,

Tú más que todos

En él te abrasas.

Mueres, Señora;

Mas reanimada,

Tu alma y tu cuerpo

Al cielo pasan.

De allí diriges

Tiernas miradas

A los que humildes

Tu auxilio claman.

Eres ¡oh Virgen!

La Soberana,

Y al cielo y tierra

Tu imperio abraza.

Tú de la boca

La presa arrancas

Al dragón fiero

Que nos amaga.

Los corazones

De los que te aman,

Los purificas

Y los inflamas.

Tú nuestra dicha,

Nuestra esperanza,

Vida y dulzura,

Consuelo y gracia.

En vida y muerte

Eres LUZ clara,
Que nos conduce
A la Sion santa.
Virgen y Madre,
LUZ de las almas,
Hoy te pedimos
Luces de gracia.

Alabanzas á la Madre Santísima de la Luz.

Dios te salve, Madre hermosa
De la LUZ sacra é inmensa,
Aurora del mejor Sol,
Lucida y divina Estrella.

Dios te salve, digno asiento
De la Sabiduría eterna,
Trono de dulces piedades
Y alivio de nuestras penas.

Dios te salve, dulce hechizo
De la Trinidad suprema,
Emperatriz soberana
De los cielos y la tierra.

LUZ eres que al mismo Dios
Nos trajiste de la excelsa
Diestra del Eterno Padre,
Cautivo de tu belleza.

LUZ eres, que nos alumbras
En las más tristes tinieblas
De errores y de ignorancias,
Para que salgamos de ellas.

LUZ que nos robas el alma,
LUZ que ilustras sus potencias,

LUZ que el corazón inflamas,
LUZ que á todos nos alientas.

LUZ que al infierno confundes
LUZ que á los ciegos alegras,
LUZ digna de todo amor,
LUZ sin par en su belleza.

¡Oh, quién te amara, Señora,
Con sentidos y potencias!
¡Quién por amarte, oh María,
Una y mil vidas perdiera!

Bendita seas, dulce Madre,
Única escogida Reina,
Y bendito el que te creó
Para gloria suya y nuestra.

Amén, Madre dulce y pia,
Amén, bellísima Estrella,
Amén, Madre de la LUZ,
Amén, amén Madre nuestra.

Amén, Madre dulce y pia,
Amén, bellísima Estrella,
Amén, Madre de la LUZ,
Amén, amén Madre nuestra.

Ave María á la Madre Santísima de la Luz.*

Salve, celestial María,
De la Luz intacta Madre,
Salve, pues tienes por Hijo
Al mismo Verbo del Padre.

* Del Canónigo Don José de la Merced Sierra.

Todas las generaciones
Te bendicen á porfía,
Y de un siglo en otro siglo
Repiten: *Ave María.*

Fuimos todos concebidos
Del pecado en la desgracia:
Pero Tú desde el principio
Fuiste la *llena de gracia.*

Como Hija, Madre y Esposa
Dios te ha tenido consigo:
Cuán feliz eres, María,
Porque el *Señor es contigo.*

Por milagro sin ejemplo
Siendo Madre, Virgen eres:
Salve mil veces, *bendita*
Entre todas las mujeres.

También para siempre sea
Con gloria eterna ensalzado,
Jesús, el fruto bendito
De tu vientre inmaculado.

Santa te proclama el cielo
Con angélica armonía;
Y nosotros repetimos:
¡Oh Santa, oh Santa María!

Queriendo el Omnipotente
Ostentar su gloria en Vos,
Extendió todo su brazo
Y os hizo *Madre de Dios.*

Virgen Madre, pues el cielo
Te otorgó tales favores,
Miranos benigna y ruega
Por nosotros pecadores

Hoy, más que nunca, mil sectas
Nos combaten, oh Señora:
Pues Tú también más que nunca,
Defiende á tus hijos *ahora.*

Mas sobre todo, María,
Muéstrate piadosa y fuerte
Librándonos del infierno
En la hora de nuestra muerte.

De Ti, pues, celestial Madre,
Esperamos todo bien
En esta vida azarosa
Y en la eternidad.—*Amén.*

A la Madre Santísima de la Luz.

Madre de la Luz increada,
Tú eres de mi vida el faro,
En la desgracia mi amparo,
Y el consuelo en mi aflicción.
Sosténme siempre, Señora
Con esa tu mano fuerte:
Y defiéndeme en la muerte,
De las fauces del dragón.

* Del Sr. Dean de la Catedral de León, Don José María Veldazquez.

A la Madre Santísima de la Luz.*

*Prodivi primogenita ante
omnem creaturam.*

Ecclí 24-5.

Yo nael la primogénita
antes que toda otra criatura.

SONETO.

Cuando el Dios de bondad y de ternura
En su reposo eterno se encontraba,
Una Niña en su mente jugueteaba
De todas las creaturas la más pura.
Y al dar principio á la grandiosa hechura
De los seres sin cuento en que pensaba,
Por el ser comenzó que retrataba
Su bella Niña, su sin par creatura.
Ese ser es la Luz resplandeciente.
Es la obra más hermosa y peregrina
Que brotara del *fiat* omnipotente.
Y por eso eres LUZ, Virgen divina,
Y MADRE DE LA LUZ indeficiente,
Que á los pobres mortales ilumina.

En honor á la Madre Santísima de la Luz.

De todas las grandes empresas, la Madre Santísima de la Luz es para sus fieles hijos de León, inspiradora dulcísima y poderosa Abogada.

* Del Sr. Deán Don José María Velázquez.—1900.

Prueba expresiva es, entre tantas otras que pudiéramos recordar, la tierna memoria que entre amorosos suspiros le consagraron los sacerdotes de la diócesis de León, al terminar sus Ejercicios espirituales el 22 de Noviembre de 1899.

Organo fervoroso y autorizado de los ardientes votos de aquel clero celosísimo, el Deán de la santa Iglesia catedral de León, Don José María Velázquez, dedicó á la celestial Señora y Madre Santísima de la Luz con aquella ocasión estos preciosos versos latinos:

Sacerdotibus exercitiis spiritualibus adstantibus, munusculum. In honorem B. M. Virginis de Lumine

Qui curis pressi vivitis
Et pacis Regna quaeritis,
Quam vobis ipsa dexteram
Maria tendit, carpite.

Aeterni namque Luminis
Mater cum sit, in tenebras
Quas vicit illa Tartari
Non sinet vos incidere.

Ergo cor vestum tollite,
In calatho omnes ponite
Quem pronus fert pro munere
Ad Jesu pedes Angelus.

Non inferam caliginem
In fine perhorrebitis
Si ad Inextincti Luminis
Matrem securi fugitis.

Pequeño obsequio en honor de la Madre Santísima de la Luz, á los Sacerdotes que acaban de hacer Ejercicios espirituales.

Los que vivís agobiados por las solicitudes de la vida y buscáis el reino de la eterna paz, asios de la diestra poderosa, que os tiende benígna la Purísima Virgen María.

Porque, siendo Ella la Madre de la Luz eterna, no permitirá que caigáis en aquellas tinieblas del abismo, que Ella venció generosa é invulnerable.

Tomad, pues, animosos vuestro corazón, y depositadle en el venturoso castillo, que rendido ofrece el ángel, como cariñoso obsequio, á los pies del Niño Jesús.

No tendréis por qué temer en el ocaso de vuestra vida los eternos fuegos del abismo, si en tiempo acudís confiados á la Madre Santísima de la inextinguible Luz.

**Himno á la Madre Santísima de la Luz
en acción de gracias.***

Mística rosa de sin par pureza
Que llenas con tu aroma todo el cielo:
Blanca azucena, cuyo olor divino
Aspira sólo el Dios del universo:

* De Don Ignacio Anstri.—1861.

Nitida estrella, fúlgida y radiante,
Que eres guía del náufrago, que incierto
Desesperado lucha con las olas
Clamando á ti, cual su único remedio:
Fanal hermoso, que con luz preciosa
Penetras suave á lo interior del pecho
Del pecador, que vive encenagado
Apurando del vicio los venenos;
Y con tu mano maternal lo libras
Del dragón infernal, y del averno,
Porque llena de celo, á nuestras almas
Sacas piadosa del inmundo cieno
Y de la errada senda del pecado,
Para ponerlas en el buen sendero:
Madre divina, que amorosa acoges
El huérfano, que gime bajo el peso
De la miseria, del dolor, del llanto,
Y en tu santo, piadoso y tierno pecho,
Halla de sus pesares el alivio,
Y encuentra de sus males el remedio:
Paño que enjugas las amargas lágrimas
De la viuda infelice, que en tu seno,
Que es el consuelo de los afligidos,
Va á descargar de su dolor el peso,
Y se levanta de tus plantas pura
Llevando de sus males el remedio:
Pues conviertes sus penas y aflicciones,
O ya en conformidad ó ya en contento.
Tú, que eres Madre de una Luz, más pura
Que la del sol, que diariamente vemos:
Tú, que eres Madre de una Luz más suave
Que la que manda el matinal lucero:

Tú, que eres Madre de la Luz sublime
 Que alumbró en torno al trono del Eterno:
 Tú, Madre de la Luz, que llenó el mundo
 De gracias, de mercede, y consuelos:
 Tú, que nos das la Luz de eterna vida:
 Tú, que eres la salud de los enfermos:
 ¡Que eres la Madre de los pecadores!
 Sí: ¡nuestra Madre! porque el Dios del cielo
 Nos dió para llamarte, Madre nuestra,
 Moribundo en el Golgota, el derecho:
 Tu Hijo divino, puro, sacrosanto,
 Al espirar, clavado en un madero,
 Por colmo á sus bondades quiso darnos
 Este precioso tronco puerta del cielo:
 Y Tú nos adoptaste, Madre mía,
 Y por eso eres el refugio nuestra.
 La Luz de nuestras almas, nuestra vida,
 Nuestro bien, nuestra guía, nuestro consuelo,
 Y la palabra más hermosa y dulce,
 Que hace saltar de gozo nuestro pecho,
 Es repetir á todos en voz alta
 A cada hora, momento por momento:
 Es nuestra Madre, ¡nuestra tierna Madre!
 La que es delicias de ese Dios Eterno!
 Y por eso, Señora y Madre nuestra,
 Vamos á tu presencia y á tu templo
 A descargar el corazón llagado,
 A desahogar la pena, que deshecho
 Nos hace derramar el llanto á mares,
 El llanto de dolor, ¡llanto de fuego!
 Pero ¿quién se levanta, tierna Madre
 De tus plantas divinas sin consuelo.

En estos días de luto, de aflicciones,
 Días de castigos, que á ese Dios eterno
 Le plugo enviarnos para corregirnos
 De nuestros repetidos desaciertos?
 Tu clemencia no más, Virgen querida,
 Ha detenido el golpe, que severo
 Iba el Señor á descargar airado
 Para cubrir á León de triste duelo;
 Por que Tú le dijiste, "¡Son mis hijos!"
 Y pusiste, Señora, el tierno pecho
 Que alimentó en Belén al Dios hecho Hombre,
 Entre el justo castigo del Eterno
 Y nosotros, rebeldes pecadores.

Tú no quisiste que el dichoso pueblo
 Que te aclamó por su única Patrona
 Bañara en sangre su infelice suelo,
 Y tu mano piadosa de aquí aparta.
 De esa cruel tempestad, el ronco trueno,
 ¿Cómo darte las gracias, Madre mía?
 ¿Cómo manifestarte, cual debemos,
 La tierna gratitud á tus favores,
 Que convertir debiera nuestro pecho
 En una hoguera de tu amor divino,
 ¡En que estuviera el corazón ardiendo?
 ¡Es muy pequeño el hombre y miserable
 Para tanto favor corresponderos!
 Mas si es verdad que tantos beneficios
 Pagarte dignamente no podemos,
 Ese Niño que tienes en tus brazos,
 Que amorosa reclinó en su seno,
 Que admite por ofrenda corazones,
 Para quemarlos en su dulce fuego;

Recibirá piadoso el que á tus plantas
De amor por muestra, y gratitud, ponemos.

Tú, Niño, que desde el cielo,
Desde el trono celestial
A su vientre virginal
Descendiste en este suelo,
Tú, bello Niño Jesús,
Que sonríes entre sus brazos,
Tú dirige nuestros pasos
A la MADRE DE LA LUZ.
Tú, que naciste en Belén
Entre miseria y pobreza,
Y ceñiste tu cabeza
De espinas por nuestro bien:
Tú que eres Hijo del Padre,
Y del mundo redención,
Quema nuestro corazón
Con el amor de tu Madre,
Y haz, Niño, que en mi agonía
Y en el trance de mi muerte
Tan sólo á decir acierte,
¡Salva mi alma, Madre mía!
¡Sálvala, Madre de Luz!
Por tu dolor y quebranto,
Y lávala con el llanto
Con que regaste la Cruz,
Presentala blanca y pura
Al Señor Omnipotente,
Y haz que cante eternamente
Lleno de santa ventura:
Gloria á Ti, Niña preciosa,

Hija del Eterno Padre,
Del Hijo divino, Madre,
Del Santo Espíritu, Esposa.

Plegarias á la Madre Santísima de la Luz. *

*Madre de la Luz,
Madre de bondad,
Quitanos Señora,
Tanta ceguedad.*

Eres digna Madre	El Niño que hermoso,
De la eterna Luz,	Tu pecho recrea
Que al venir al mundo	Es el fin dichoso
Se llamó Jesús.	Que el alma desea.

Eres también Madre	Nuestra alma rebelde
Del pobre mortal,	Necesita Luz;
Que por Ti consigues	Para que recuerde
Gracia celestial.	Que ofendió á Jesús.

Tu virginea planta	¡Roeга, tierna Madre,
Triunfa del dragón,	Que alcancemos Luz,
Que asedia al camino	Para amar por siempre
De la salvación.	A Cristo Jesús.

Y del igneo abismo	Mira qué de engaños
Cuidas de apartar	Nos hacen saltar,
A los que fervientes	Haz no los sigamos,
Te aman sin cesar.	Para no llorar.

Por Ti conseguimos	Mira con qué saña
Santa contrición,	Nos busca el dragón,
Con que á Dios rendimos	Libranos, Señora,
Todo el corazón.	De su investigación.

* Del Cántico de la Catedral de San Luis Potosí; Don Pedro M. Segura.

Recibirá piadoso el que á tus plantas
De amor por muestra, y gratitud, ponemos.

Tú, Niño, que desde el cielo,
Desde el trono celestial
A su vientre virginal
Descendiste en este suelo,
Tú, bello Niño Jesús,
Que sonríes entre sus brazos,
Tú dirige nuestros pasos
A la MADRE DE LA LUZ.
Tú, que naciste en Belén
Entre miseria y pobreza,
Y ceñiste tu cabeza
De espinas por nuestro bien:
Tú que eres Hijo del Padre,
Y del mundo redención,
Quema nuestro corazón
Con el amor de tu Madre,
Y haz, Niño, que en mi agonía
Y en el trance de mi muerte
Tan sólo á decir acierte,
¡Salva mi alma, Madre mía!
¡Sálvala, Madre de Luz!
Por tu dolor y quebranto,
Y lávala con el llanto
Con que regaste la Cruz,
Presentala blanca y pura
Al Señor Omnipotente,
Y haz que cante eternamente
Lleno de santa ventura:
Gloria á Ti, Niña preciosa,

Hija del Eterno Padre,
Del Hijo divino, Madre,
Del Santo Espíritu, Esposa.

Plegarias á la Madre Santísima de la Luz. *

*Madre de la Luz,
Madre de bondad,
Quitanos Señora,
Tanta ceguedad.*

Eres digna Madre
De la eterna Luz,
Que al venir al mundo
Se llamó Jesús.

El Niño que hermoso,
Tu pecho recrea
Es el fin dichoso
Que el alma desea.

Eres también Madre
Del pobre mortal,
Que por Ti consigues
Gracia celestial.

Nuestra alma rebelde
Necesita Luz;
Para que recuerde
Que ofendió á Jesús.

Tu virginea planta
Triunfa del dragón,
Que asedia al camino
De la salvación.

¡Roea, tierna Madre,
Que alcancemos Luz,
Para amar por siempre
A Cristo Jesús.

Y del igneo abismo
Cuidas de apartar
A los que fervientes
Te aman sin cesar.

Mira qué de engaños
Nos hacen saltar,
Haz no los sigamos,
Para no llorar.

Por Ti conseguimos
Santa contrición,
Con que á Dios rendimos
Todo el corazón.

Mira con qué saña
Nos busca el dragón,
Libranos, Señora,
De su investigación.

* Del Cántico de la Catedral de San Luis Potosí; Don Pedro M. Segura.

Porque Tú eres vida,
Esperanza y paz,
Del hombre que deja
Al mundo falaz.

Y si Tú nos libras
Del eterno mal,
¿Qué temer podemos,
Virgen celestial?

Por tí, Madre pia,
Mil bienes vendrán
Al alma que te ama
Y no cesarán.

Postrados pedimos
Con santa emoción,
Nos protejas siempre
Con tu bendición.

Para que pasando
A la eternidad,
Contigo alabemos
A la Trinidad.

Y por esto todos
Todos sin cesar;
Te diremos siempre
Y en cualquier lugar:

"Siempre Madre amable
De la eterna Luz,"
Muéstranos propicio
Al niño Jesús.

Para que sigamos
Todos la verdad,
Que solo su Iglesia
Tiene en realidad.

Y también amemos
Todos su bondad,
Y nos apartemos
De la iniquidad.

Madre de la Luz
Madre de bondad,
Quitanos, Señora,
Tanta oscuridad.

Himno a la Madre Santísima de la Luz.*

CORO.

De la Luz la Madre
A nosotros viene:
Por tanta ventura
Cantemos alegres.

¿Qué viste en nosotros
los pobres leproses,
pues que con tu Imagen
así nos prefieres?

Tú eres la bendita
entre las mujeres,
y la portadora
de todos los bienes.

* Del Candnigo Don José de la Merced Sierra.

Veá, ven en buen hora,
y nunca nos dejes,
mora entre nosotros,
mora para siempre.

Si acaso el azote
de tu Hijo nos hiera,
Tú harás con tus ruegos
que el castigo cese.

Si tus bellos ojos
piadosos nos vieren,
seremos, Señora,
felices mil veces.

El oro y la plata,
y la honra y placeres,
junto a Ti son nada,
Paloma inocente.

¿Cuán to eres hermosal
amable; ¿cuánto eres?
¿Quién á darte el alma
resistirse puede?

Si en la hora postrera
Tú nos asistieres,
nada más pedimos;
¡Queremos la muerte!

El Hlmo. Sr. Dr. D. Tomás Barón y Morales se dignó conceder á sus diocesanos cuarenta días de indulgencia por cada vez que cantaren ó rezaren este himno.

A mayor gloria de Dios, y en honor de
la "Madre Santísima de la Luz,"
se terminó la impresión de
esta obra el día 30
de Septiembre

del año
1902.





UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE

DIRECCIÓN GENERAL DE BIB

INDICE.

	Págs.
Al lector	III
Parte primera.—Origen, título y cultos.	1
Protesta del autor.	2
CAPÍTULO I.—ORIGEN DE LA FORTITOSA IMAGEN DE LA «MADRE SANTÍSIMA DE LA LUZ».	3
I.—Invocación.	5
II.—Primera Aparición de María.—Tentativa infructuosa del pintor.	8
III.—Segunda Aparición.—María en el estudio del pintor.—La portentosa Imagen.	15
IV.—Oportunidad de la presencia del dragón infernal en la maravillosa pintura.—María nos consigue gracia para no morir en pecado, y para no caer en las tinieblas del pecado	27
V.—El P. Juan Antonio Genovesi.	31
CAPÍTULO II.—EL AMABLE TÍTULO DE «MADRE SANTÍSIMA DE LA LUZ».	35
I.—Fundamentos del título de «Madre Santísima de la Luz».—Es Madre de la «Luz Increada», de la verdadera «Alegria», de la «Vida» por excelencia	35
II.—María es «Aurora», es «Luz», es «Sol».	43
III.—María es «Luz» por su pureza inmaculada.	53
IV.—María es «Luz» por su Nombre dulcísimo y su hermosura.—Sus ojos son fuentes de luz.	61
V.—María es «Luz» por su sabiduría.	68
VI.—Nada acerca de los divinos misterios le enseñaron los hombres, ni aun los ángeles.—Los discípulos de María adelantaron en sabiduría en breve tiempo.	85
VII.—María supera en sabiduría a los ángeles.—Es Doctora de los doctores más excelentes.—Con la luz vivísima de su sabiduría extirpó todas las herejías	94
CAPÍTULO III.—CULTOS QUE A LA MADRE SANTÍSIMA DE	

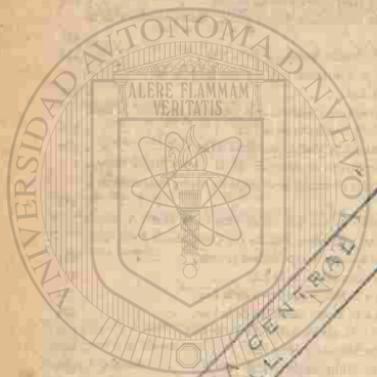
LA LUZ HAN VENIDO TRIBUTÁNDOSELE HASTA LA ÉPOCA DE LA SOLEMNE CORONACIÓN DE SU MARAVILLOSA IMAGEN	105
I.—La milagrosa Imagen de la «Madre Santísima de la Luz» en las Misiones de Sicilia	105
II.—El P. José María Genovese	113
III.—La maravillosa Imagen de la «Madre Santísima de la Luz» en León	121
IV.—«La Madre Santísima de la Luz» es jurada Patrona de León.—El Patrona principal del Obispado.—Su culto en varios Estados de la República.	132
V.—Los Padres de la Compañía de Jesús propagan este culto por los países en donde predicaban.—P. Franciso Javier Gómez.—P. Miguel Castillo.—Propagación también por Italia; erige altares y celebran fiestas en honor de María en esta dulcísima advocación	135
VI.—Cultos é indulgencias en Bolonia y otras ciudades de Italia.—En varias ciudades de España y de México.	148
VII.—Beneficios de la Madre Santísima de la Luz á la ciudad de León, preservándola de rayos, sequías, guerras, pestes y revoluciones.—Inundación de 1888.—Erección del Obispado.—Cabildo.—El primer Obispo de León.	155
VIII.—Se terminan las obras de la Catedral.—Cae la clave de un arco sin causar desgracias.—Casa de Lovato.—Cámpala.—Traslación de la maravillosa Imagen al nuevo templo.—Camarin.—Ara.—Torre.—Sacristía.—Atrio.—Reloj.—Reparación de la Catedral.—Peregrinaciones.	162
IX.—La «Candelá» de la Madre Santísima de la Luz.—Los «Siete Sábados».—La Archicofradía de «La Madre Santísima de la Luz» en León.—Seminario.—Los tres días de rogativas públicas.—Conferencias de Caridad.—Peticiones de Oficio y Misa propia de la Madre Santísima de la Luz.	170
X.—Preparativos para la Coronación de la milagrosa Imagen de la Madre Santísima de la Luz.—Breve de Su Santidad, en que concede la gracia de la Coronación, y Edicto del señor Obispo de León dándole á conocer á sus diócesanos.	174

Reparación de la Catedral de León.—El nuevo Altar.—Fiestas de la Coronación.	177
Parte segunda.—Obsequios que podemos dedicar á la Madre Santísima de la Luz	1
Advertencia	3
PRÁCTICAS CRISTIANAS DE CADA DÍA	5
Oraciones de la mañana.	6
Método para meditar	9
Días	16
I.—La Santísima Trinidad	20
II.—La Madre Santísima de la Luz	22
III.—Fin del hombre	26
IV.—Fin de las demás creaturas	26
V.—Necesidad de hacerse indiferente en el uso de las creaturas.	30
VI.—Defenidad y castigo del pecado mortal	34
VII.—Naturaleza y fealdad del pecado	38
VIII.—La Inmaculada Concepción de María	41
IX.—El Sagrado Corazón de Jesús	45
X.—Infierno.	47
XI.—Muerte.	51
XII.—La Aparición de Nuestra Sra. de Guadalupe.	58
XIII.—Juicio particular.	63
XIV.—Eternidad	67
XV.—Congregaciones piadosas.	70
XVI.—Pecado venial	74
XVII.—La divina Misericordia	78
XVIII.—El Reino de Cristo	81
XIX.—El Casillero Patriarca Señor San José	87
XX.—Nacimiento de Jesús	92
XXI.—Huida á Egipto	99
XXII.—La vida privada de Cristo nuestro Señor	99
XXIII.—El Santísimo Sacramento del Altar.	102
XXIV.—La Oración de Cristo nuestro Señor en el Huerto	105
XXV.—Tormentos y afrentas de Jesús en el Pretorio y en casa de Herodes	109

	Págs.
Día XXVI.—El divino Jesús en el Calvario	118
.. XXVII.—La Resurrección de Jesús	125
.. XXVIII.—Aparición del Divino Jesús á la Magdalena	128
.. XXIX.—Aparición del Señor á los dos discípulos, que iban al castillo de Emaús	131
.. XXX.—La Ascensión del Señor	136
.. XXXI.—Motivos para amar á Dios	144
El «Ángelus Dominio» y el «Regina Coeli»	148
Oraciones para antes de la Confesión	152
.. para después de la Confesión	154
.. para antes de la Comunión	157
.. para después de la Comunión	159
La santa Misa	162
Mías de la Madre Santísima de la Luz	167
Jarulatorias . . . según las diferentes necesidades del espíritu	196
Oraciones de la tarde	204
Examen de conciencia	206

Una Visita á la Madre Santísima de la Luz	208
Visita breve á la Madre Santísima de la Luz	214
Acción de gracias . . . á la Madre Santísima de la Luz	216
Devoción para cada uno de los <i>Miércoles</i> del mes	221
.. para el <i>Miércoles</i> de cada semana	236
.. para todos los <i>Miércoles</i> del año	241
Las cuatro <i>Miércoles</i> del mes	245
<i>Triduo</i> para pedir alguna gracia á la Madre Santísima de la Luz	252
<i>Semana devota</i> en honor de la Madre Santísima de la Luz	263
La devoción de los <i>Siete Sábados</i> , en honor de la Madre Santísima de la Luz	288
<i>Novena</i> dedicada á la Madre Santísima de la Luz	327
En la festividad de la Madre Santísima de la Luz	397
Para el solemne aniversario de la entrada triunfal de la Imagen de la Madre Santísima de la Luz, en León, el 2 de Julio de 1732	408

	Págs.
En memoria de la solemne Coronación de la maravillosa Imagen de la Madre Santísima de la Luz	419
<i>Novena</i> á la Inmaculada Virgen María, Madre Santísima de la Luz	431
<i>Novena</i> á la Madre Santísima de la Luz	443
<i>Novena</i> de la Visitación para dar gracias á la Madre Santísima de la Luz	456
<i>Triduo</i> sagrado para celebrar con provecho espiritual la fiesta de la Madre Santísima de la Luz	479
Breve semana á la Madre Santísima de la Luz	480
<i>Semana devotísima</i> en obsequio de la Virgen María Nuestra Señora, bajo el amabilísimo título de Madre Santísima de la Luz	483
Canción religiosa con que los devotos de la Madre Santísima de la Luz, Dignísima Patrona del Obispado de León, acostumbran sabiamente á impetrar sus favores	495
Á la Madre Santísima de la Luz	498
Alabanzas á la Madre Santísima de la Luz	502
Alabanzas á la Madre Santísima de la Luz	504
Ave María á la Madre Santísima de la Luz	505
Á la Madre Santísima de la Luz	507
Á la Madre Santísima de la Luz	508
En honor á la Madre Santísima de la Luz	508
Himno á la Madre Santísima de la Luz en acción de gracias	510
Plegarias á la Madre Santísima de la Luz	515
Himno á la Madre Santísima de la Luz	516



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

FE DE ERRATAS

Parte	Página	Línea	Dice	Léase
I	VII	21	Hesebon,	Betsaida,
		38	unacorona	una corona
		43	entre	entre
		45	<i>Rece al-</i>	<i>Recebt,</i>
		47	<i>splendissima</i>	<i>splendissimo</i>
		47	JUBARE	JUBARE
		50	clamor	el ansor
		74	deleguas	de leguas
		81	oratoría	oratoria
		108	al	el
		174	consignado	consignada
		187	el venerable	el venerable
II	60	17	porque	por que
		2	regular	secular
		15	<i>Ad hunc</i>	<i>Ad hunc</i>
		29	libras del peso	Te libras del peso

®



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
ASOCIACIÓN GENERAL DE BIBLIÓTECA